

MANUEL JÍMENEZ DELGADO

# Y las Cartas dejaron de llegar



Dē librum tremens

Y las cartas  
dejaron de llegar

**MANUEL JIMÉNEZ DELGADO**

De librum tremens

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra total o parcialmente sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Todos los derechos reservados.

Impreso en España. *Printed in Spain.*

Título original: *Y las cartas dejaron de llegar*

© De Librum Tremens, 2019

© Manuel Jiménez Delgado, 2019

Calle Nardo, 53, Soto de La Moraleja, Alcobendas, 28109

Primera Edición ebook, 2019

ISBN: 978-84-15074-75-5

Portada: Planet Market y Mari Carmen López.

*A mi padre.*

*¿Acaso puede el viento explicar cómo se convirtió en tempestad?  
Lale Andersen*

*Voy a hablar de asuntos controvertidos. No pido perdón por ello.  
Ronald Reagan*

*Nota del autor:*

*La siguiente historia es un relato novelado que se desarrolla en hechos históricos. Se ha buscado el mayor rigor histórico posible, aunque algunos pasajes se han adaptado al desarrollo ficticio propio del medio novelístico.*

*La familia Durán es ficticia y otros personajes también lo son.*

## 1. La carta

Madrid, 2014

Mario caminaba despacio, la mochila le pesaba y no tenía ganas de volver a casa, quería llegar, pero no tenía ganas. Suena a contradicción, pero era así, tenía hambre y quería comer, quería ponerse un rato a jugar a la consola, aquel juego lo tenía enganchado, pero sabía que no podría hacerlo. Tenía que cumplir el arresto que su padre le había puesto por las bajas notas de la primera evaluación, pero sobre todo por el asunto de su pelea en el recreo. Solo de pensarlo se ponía de mal humor. Dos semanas había estado expulsado simplemente por defenderse cuando vinieron a pegarle. Su padre se había puesto como una furia: «¡Tienes quince años y no piensas en nada útil! ¡Es que te crees que tu padre y tu madre vamos a vivir para siempre! ¡Qué vergüenza! ¡Peleándote como un matón! ¿Pues sabes una cosa? Vas a ir al curso del psicólogo ese y mientras dure ni consola, ni juegos... ni nada». Lo recordaba como si hubiera sido ayer. Aunque febrero iba por su mitad, calculaba que, si sacaba buenas notas en marzo, su padre le levantaría el castigo y podría llevarse la consola en Semana Santa a la playa, si es que este año iban, claro.

La avenida que lo llevaba a casa estaba tranquila, una amplia alameda perfilada con árboles que mostraban sus ramas desnudas en aquel frío invierno. Mario intentaba apurar los últimos instantes de su libertad, antes de llegar al encierro que era su casa, almorzaría en la cocina con Doña Obdulia y se iría a su cuarto a estudiar o a hacer que lo hacía. No necesitaba, no podía estudiar tantas horas, pero no saldría de la habitación hasta las cinco y media, que llegaría su padre de la productora, merendaría y volvería al cuarto a por otra hora más hasta que tuviera la «libertad condicional» para estar un rato en el ordenador que terminaría sobre las ocho cuando llegara su madre de la editorial. La perspectiva de aquella tarde gris de martes era de lo más halagüeña. Se imaginó como uno de aquellos presos de las películas antiguas que tanto gustaban a su padre.

El aire frío comenzó a ganar fuerza y una nube negra que parecía



insignificante en un mar de grises cuando salió del instituto ahora se transformaba en una gran ballena que amenazaba con soltar un océano sobre la ciudad. Don Marcelo, desde el interior de su quiosco, lo saludó para advertirle: «¡Mario! Va a caer una que va a temblar Madrid», dijo mientras señalaba hacia arriba. El chico le sonrió con un asentimiento y apretó el paso. Su casa estaba cerca, uno de aquellos edificios lujosos en aquel barrio de clase alta que estaba a un kilómetro y medio del instituto.

Al llegar ya chispeaba. Fue un alivio cuando abrió la pesada puerta de grueso cristal con un ostentoso tirador. La cálida penumbra siguió siéndola incluso cuando el automático iluminó tenuemente el enorme recibidor de aquel edificio de diez plantas que unía dos bloques gemelos. Mario caminó casi de puntillas hasta el ascensor, no quería que aquel Golem, aquel orco, aquel entrometido que era Nicanor el conserje le oyera para salir a decirle cualquier cosa. Pero no hubo suerte. Desde el cuarto de la portería asomó su cabeza calva, redonda con esos ojos vidriosos, grandes como huevos fritos para chillar:

—¡Mario! —Silencio—. ¡Mario! —Más silencio—. ¿Pero es que no me oyes?

—¿Qué? —dijo con fastidio, cosa que el amargado cincuentón notó con satisfacción.

—¿Obdulia sigue sorda? —Mario lo miró intentando saber a qué venía aquello—. Es que ha venido el cartero con una carta certificada y he tenido que firmar yo para que no se la llevara. Estuvimos un buen rato tocando el telefonillo y tuve que firmar porque parecía importante. Estaba preocupado por si le había pasado algo... —Hablabla como si un torrente de palabras y saliva saliera de una presa gigantesca—. Bueno, al final volví a subir para tocarle varias veces y resulta que no estaba, porque cuando bajé la vi entrar que venía del Mercadona y... total, que le di la carta, y la muy tonta ¿no sabes lo que hizo? —No esperó a que Mario dijera nada—. Abrió el sobre pensando que era para ella. —Dio una risotada que le salió muy amanerada. Mario tenía hambre y entornó los ojos para imaginárselo con una flecha clavada en la espalda— ¡Te estoy molestando! ¡Pues perdone su excelencia! Yo ya he cumplido. Le dices a tu padre que la carta la abrió la Obdulia, que ya está muy mayor para ser chacha, la verdad.

—Doña Obdulia no es una chacha —dijo Mario con la mayor frialdad.

—¿Ah, no? —rio el viejo—. ¿Y entonces qué es? A ver si resulta que va

a ser ministra de algo o la hija perdida del zar y no me he enterado.

Mario pulsó el botón del ascensor y la puerta corrediza se abrió, miró a Nicanor, que tenía esa expresión que tienen las personas desocupadas que esperan un combate de gritos e insultos, pero Mario sabía que llevaría las de perder.

—De acuerdo, se lo diré a mi padre. —Y entró en el ascensor, pulsó el último piso. Comenzaron a cerrarse despacio las puertas.

—Más te vale —dijo Nicanor desbordando la misma altanería provocadora que ocultaba cuando sus padres estaban delante para añadir—: y baja esos humos, que solo eres un niño grande, nada más.

El ascensor se elevaba. Mario tragaba la rabia, las ganas de contestarle, sabía cómo era aquel engendro, capaz de inventarse cualquier historia para que su padre le echara la bronca. Que si lo había visto fumando, que si lo vio bebiendo cervezas con dos gamberros en el jardín interior del edificio, que si los vecinos se quejaban cuando entraba con los patines de hockey puestos... cualquier cosa.

Abrió la puerta de casa y saludó con un fuerte «hola», Obdulia le respondió desde la cocina. Mario pasó la llave, olía a puchero, su estómago le dio una punzada de hambre, pero algo captó su atención: sobre el mueble de caoba lacada junto a la puerta estaban las cartas de distintos colores que iban del blanco perfecto al sepia, todas inmaculadas y perfectas, todas o para su padre o para su madre, para él no había nada, nunca había recibido una carta. Se fijó en la última, la que le había dicho el imbécil de Nicanor, una carta con las marcas del certificado, a la izquierda un membrete impreso que ponía Ministerio de Asuntos Exteriores y bajo el fino plástico transparente del recuadro del destinatario «A la atención de Santiago Durán González». ¿El abuelo? Era para el abuelo, no para su padre. Oyó cómo doña Obdulia lo llamaba, se enfriaba la comida.

—Voy —dijo mientras caminaba despacio ensimismado.

La curiosidad le pudo. Sacó la carta del sobre, entró en la cocina, Obdulia le daba explicaciones de que Nicanor no le había dicho que la carta no era para ella, al contrario, al parecer le dijo que la habían traído para ella y como su nieto estaba de misión en África se había asustado. Mario asentía centrando su atención en leer aquella carta con aquel lenguaje tan formal y al mismo tiempo tan misteriosa. Era para su abuelo, de eso no había duda, pero algo tenía que estar equivocado. Todo lo que contaba a él no le sonaba de

nada. La guardó en el sobre, para poder comer bien. Oía a doña Obdulia hablar, pero el muchacho solo miraba hacia el sobre rasgado. Qué cosa más extraña.

Miguel miraba desde la silla giratoria de su despacho la vitrina de premios que había ganado durante tres décadas. Apoyado en la mesa, observaba el Óscar a mejor película extranjera que lograron en el 99. Sin duda fue el gran momento de Animatógrafo Producciones, aunque los demás tampoco eran de despreciar: el León de Venecia, los Goya, los premios en Cannes... Le gustaba mirar aquel pasado que seguía vivo en su memoria, aunque el mundo del cine había cambiado tanto que muchas veces él deseaba el retiro. Suspiró cuando sonó el interfono y su secretaria le dijo que los americanos suspendían la reunión por la tormenta, seguían en Lisboa y no llegarían hasta mañana. Su mirada se detuvo en los carteles de las películas diseñados por su mujer, buena época en la que trabajaban juntos. Miró el reloj, las cuatro de la tarde.

—Pues sin reunión con los americanos —le respondió sosteniendo el botón del interfono— aquí no tengo nada que hacer. Para cualquier cosa estaré en mi casa.

—Lo que usted diga, don Miguel.

Se puso el abrigo que colgaba del perchero en el bonito y amplio despacho de director general de Animatógrafo Producciones. Comprobó que el ficus junto a la amplia ventana tuviera la tierra húmeda, cogió su maletín y salió. Tenía ganas de llegar a casa. Con los años se hacía más hogareño. Además, Obdulia lo había llamado explicándole no sé qué de una carta certificada que había abierto por equivocación. A cosas como esas, hacía una década, no les hubiera prestado atención, pero ahora a mitad de su cincuentena eran una excusa para ir a casa.

Llegó cuando el reloj de péndulo del salón marcaba las cinco en punto. Mientras cerraba la puerta, recordó cuando llegaba a casa siempre tarde, incluso de madrugada. Sonrió levemente mientras recogía las cartas que estaban sobre la mesita. La foto de Marta le miraba desde un marco de plata en una estantería. En esa foto Marta tendría quince años, estaba en el instituto, llevaba el jersey azul oscuro con el escudo del colegio y un polo blanco debajo, sonreía mostrando los dientes y una mirada tímida, se parecía a su abuela. Miguel suspiró, el año 2000 no fue un buen año. Desde entonces nada tenía brillo ni luz ni nada.

—Don Miguel, buenas tardes. ¿Desea algo para merendar? —dijo Obdulia, que se acercaba a la puerta de cristal esmerilado del recibidor del lujoso apartamento.

—Lo de siempre, doña Obdulia —dijo mientras cogía las cartas. Casi todas eran para Isabel. Se fijó en la que estaba abierta—. Lo tomaré en mi despacho. ¿El chico está estudiando?

—Sí, desde que llegó. Comió y se fue a su habitación.

—Está bien. A ver si logramos hacer un hombre de él.

—Es un buen muchacho —dijo Obdulia con ese aire quejumbroso de mujer sesentona que vivía en una eterna preocupación.

—Sí, cuando quiere lo es. —Miguel puso una expresión cansada para repetir—: Cuando quiere, claro que lo es.

La mujer salió del despacho para volver minutos más tarde con la merienda en una bandeja. Miguel separó las cartas que iban para Isabel y fue a las suyas, todo publicidad y revistas promocionales que le llegaban porque alguien pensaba que en las productoras aún se contrataba de esa manera. Tiró toda aquella propaganda a la papelera. Miró la que estaba abierta con una etiqueta de envío certificado, un escudo del Ministerio de Asuntos Exteriores en una esquina, y el destinatario era Santiago Durán González, su padre.

Santiago hacía cuatro años que no vivía con ellos, su carácter se había agriado con los años y la convivencia era muy difícil, o eso decía siempre Miguel, que se sentía culpable de haberlo metido en una residencia cuando las discusiones con el anciano empezaron a ser diarias. Estuvo poco viviendo con ellos, solo un año que fue una constante bronca, y en la residencia aguantó todavía menos. A los seis meses de haberle buscado aquel carísimo lugar, se marchó. Una fuga que puso a todos de los nervios, con denuncia a la policía por desaparición. Búsqueda que duró hasta que el viejo llamó desde su antigua casa, diciéndole con un ladrido que dejara de mandarle policías a buscarlo, que él se quedaba allí. Ahora vivía con su hermana, que vino de Canarias a Madrid solo para estar con él, una anciana de gran fortaleza física y mental que era la única que tenía paciencia para no discutir, incluso era la única a la no era capaz de sacar de quicio. Leyó la carta detenidamente, de todo aquello hacía ya setenta años... ¿Y ahora venían con esto?

Isabel salió tarde de su oficina, las nueve de la noche de aquel frío febrero. El guardia de seguridad que daba la ronda por el solitario edificio de oficinas la saludó desde el pasillo de enfrente, en medio un patio enorme con

una fuente que a esas horas estaba apagada. Era la última en salir, prácticamente a las siete de la tarde no quedaba nadie, llevaba trabajando en aquella editorial desde que la fundó hacía ya quince años. Había sido su sueño, una apuesta arriesgada que había funcionado. Pocos libros, pero de autores muy prestigiosos, mucha calidad en la edición y a pesar de que nadie, ni ella misma pensó en durar mucho tiempo, allí seguía superando años, pasando crisis y pagando créditos bancarios.

Sacó su pequeño Citroën del garaje para poner rumbo a casa. Nevaba, se alegró de no haberse demorado media hora más. Condujo despacio, vio cómo la ciudad se iba quedando muerta en las calles, pero viva en las luces de las casas. Encendió la calefacción, subió el sonido de la radio. Sin prestar atención a las voces de las noticias, parada en un semáforo, vio cómo corrían entre los coches varios vagabundos que huían de los policías que intentaban llevarlos a un refugio. Eran veloces en aquel suelo tan húmedo, donde el hielo pugnaba con la nieve. Allí en medio los veía salir de un callejón, uno resbaló para caerse en la acera mientras otro de ellos, un hombre flaco, demacrado, con el pelo lacio, calvas en muchos sitios, ojos hundidos, ropa sucia, pasada de moda, con aquella expresión de ausencia que tienen todos los yonquis... Las luces del coche le daban directamente cuando miró hacia el que se había caído a unos metros de él, en plena acera. Isabel vio que era una mujer cuando se levantó, joven, aunque de edad indeterminada. La vagabunda tenía los mismos rasgos que el hombre, la misma expresión, la misma ropa sucia. El hombre corrió hacia ella, pero de la frente de la mujer surgió un grueso chorro de sangre, que la hizo irse al suelo. El hombre la miró un instante para echar a correr cuando los policías locales llegaban a la carrera. Isabel oyó un claxon detrás de ella, el semáforo estaba en verde y tenía que seguir.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pensaba en Marta, en dónde estaría aquella fría noche, ahora mismo podría estar corriendo delante de gente que solo quería llevarla a un albergue donde pasar la noche, podría estar caída con la cabeza abierta sin que a nadie le importara, podría estar sola en un hospital muriéndose... Se llevó la mano a la boca para no gritar. Tenía que dejar esos pensamientos, la psicóloga se lo había dicho muchas veces, pero le costaba evitarlos una vez que empezaban. Su hija Marta se había ido de casa cuando tenía diecisiete años. No fue algo de la noche a la mañana, ya había hecho algo parecido cuando cumplió los dieciséis. Fugarse, estar días y aparecer cuando la policía la detenía al

desalojar un viejo edificio lleno de ocupas o ir con ella a juicios por agresiones, robos, drogas. Había jurado y prometido mil veces que no volvería a pasar, pero siempre volvía a pasar hasta que desapareció totalmente.

Al llegar a casa, evitó mirar hacia la foto de Marta, todo era demasiado vívido como para mirarla y no llorar. Así que apretó el paso y fue al comedor, donde estaban Mario y Miguel a punto de cenar. El chico tenía esa expresión de mártir que ponía desde que su padre lo había arrestado y Miguel hacía de padre enfadado. Le acarició el pelo a su hijo y besó en la mejilla a su marido.

El dormitorio estaba iluminado por las lámparas acopladas en el cabecero de la cama, además del plafón del techo. Isabel salía del baño llevando su pijama de invierno, se había puesto una crema hidratante. Miguel ojeaba un guion enviado a la productora.

—*¿Dos días al año?* —dijo ella leyendo el título que figuraba en la portada—. *¿De Laura González?*

—Sí, es un guion adaptado de la novela romántica que hace la propia autora —afirmó con la cabeza—. Está en preproducción y tiene potencial, saldrá una buena película. —Marcó la página doblando la esquina para cerrarlo y dejarlo en la mesilla de noche—. Esperemos que no lo estropeen los guionistas con sus retoques. —Se quitó las gafas dejándolas sobre el guion.

—*¿Sigue todo igual?* —dijo ella mientras se metía en la cama.

—Discuto mucho con ellos, intentando que no piensen tanto en los efectos especiales y más en los argumentos. A veces me siento un dinosaurio —sonrió con resignación—. *¿Y tú?*

—Bien, como siempre. El libro de Nicolás Estrada está siendo un éxito, pagará muchas facturas.

—Es un buen libro, lógico que venda.

—*¿Cómo está tu padre?* —dijo ella cambiando de tema.

—Bien, el próximo lunes le dan el alta, pero está bien. —Hizo una pausa para apagar desde el interruptor sobre su mesilla de noche la luz del techo y la de su lámpara—. Ayer estuve allí y no hicimos más que discutir y ya había tenido varias con los enfermeros, así que en plena forma.

—*¡Por Dios! ¡Qué hombre! ¿Lo irás a buscar cuando le den el alta?*

—Eso tenía pensado, pero él dice que no, que cogerá un taxi. Ya sabes cómo es.

—No le hagas caso.

—Menos mal que no se lo hago, que si no... Mandaré a alguien de la productora a buscarlo, solo por mi tía Candelaria, que no tiene la culpa de nada.

—Es increíble la paciencia que puede llegar a tener esa mujer.

—Solo ella lo aguanta.

—Por cierto, ¿qué carta es esa del Ministerio?

—Fantasmas del pasado —dijo con tono burlón pasándole el sobre rasgado.

—La invitación es solemne. —Apagó la luz de su lámpara dejando la habitación a oscuras—. Parecen bastante interesados.

—Pues se van a quedar con las ganas —sentenció—. Con noventa y tres años, no se está para viajes.

—Aun así, creo que deberías llevársela.

—Pues —dijo con fastidio— que el viernes se la lleve Mario, se la deje a tía Candelaria para que el lunes cuando llegue del hospital, la lea. Yo no tengo ánimos para verlo tantas veces.

## 2. Desconocidos

Una salida, era una salida, pensó Mario cuando su padre le encargó que fuera a la casa de su abuelo a llevarle la carta. Aquel viernes hacía frío, pero el cielo estaba despejado, con un azul añil digno de una foto. La nieve se había derretido y pudo ir en el autobús sin el agobio que era Madrid cuando nevaba, además era viernes, y en viernes todo cambia, todo es distinto. Pensaba bajarse en la tienda de juegos y ver si su dinero ahorrado en aquellas semanas de arresto le daba para alguno, aunque fuera de segunda mano o algún cómic, no sabía bien. Eso sí, tampoco podía entretenerse, su padre le había dicho que era llevar la carta, dársela a la tía, estar un rato con ella y volver. Pues, bueno, eso haría.

Tía Candelaria era su tía abuela, aunque él siempre la había llamado así. La mujer rozaba los ochenta años, o igual los tenía ya. Mario no lo sabía exactamente. Lo cierto es que aquella mujer arrugada, de pelo blanco sujeto en un moño, de carácter jovial, había nacido en el sur de Tenerife, al igual que su abuelo, aunque ella solo vivía en Madrid desde que su sobrino la llamó para pedirle ayuda con su padre. Viuda desde hacía diez y con tres hijos nacidos en Venezuela a donde emigró cuando era una recién casada, ahora que los tres vivían en distintos países de Sudamérica, ella no tenía a nadie más que al gruñón de su hermano. Dejó la soledad de su vida en la isla y se marchó a la capital. El abuelo, sin embargo, sí vivía en Madrid desde que vino a hacer la mili en el año cuarenta.

Le abrió la puerta sorprendida, no esperaba ver al muchacho, era muy raro que viniera solo. ¿Quién quiere ver a dos vejestorios?, se preguntaba a modo de reproche lastimero, que siempre era respondido con un «que no, tía, es que siempre tengo cosas que estudiar», dicho con el mismo tono de súplica.

—¿Cómo está el abuelo? —preguntó Mario mientras cogía el bocadillo que le había preparado en un momento su tía.

—Bien, como una roca. Le dan el alta el lunes —dijo poniendo la mano en el vaso de vidrio verde para saber si la leche con Cola Cao estaba caliente —, pero toda esta semana ha estado perfectamente. Creo que no le dieron el alta el viernes por la edad que tiene.



—Tía —dijo el chico mientras masticaba el sabroso pan con mortadela —, ¿el abuelo estuvo en la guerra?

—¿Tu abuelo? —dijo la mujer dándose cuenta de lo absurdo de la pregunta— ¡Qué va!, él se libró por la edad. Era muy joven. Tu tío abuelo Miguel sí que fue, era ocho años mayor.

—¿Tío abuelo Miguel? —Mario nunca había oído hablar de más familia que la que conocía.

—Sí —dijo la anciana mitigando la sorpresa de que aquel chico nunca hubiera oído hablar de personas que para ella seguían vivas en su recuerdo. La vida pasaba y el olvido era el auténtico asesino—. Espera que te enseñe una foto.

Mario aprovechó para beber al menos la mitad del vaso y dar unos buenos mordiscos al bocadillo. Su tía abuela apareció con un álbum de fotos forrado de tela verde, lo abrió para mostrar unas gruesas páginas de cartón negro con fotos, unas en blanco y negro, otras en sepia, algunas desvaídas, a punto de borrarse. Señaló una del tamaño de una cuartilla que tenía unas marcas de óxido en las esquinas, prueba de que durante años estuvo en un marco, colgada en su casa de Tenerife. La mujer miró a través de los cristales de sus gafas durante un instante en silencio. Mario observaba la fotografía con curiosidad. Frente a él siete desconocidos lo miraban, todos ellos vestidos de forma extraña. Los hombres con trajes y corbatas con aspecto de ajados, de usados. Los dos más viejos llevaban sombreros y bigotes, el más joven no tenía sombrero, una mujer llevaba un bebé vestido de blanco en los brazos, y delante dos niños, uno más pequeño que otro, en pantalón corto y camisas blancas miraban atentamente.

—Este es tu abuelo —dijo señalando al más alto de los dos niños—. Aquí tendría diez años.

—Parece que tiene menos.

—Bueno, es que en esa época los niños... Todos éramos más pequeños, más bajitos y delgados que ahora. Esta soy yo —señaló sobre el bebé. Mario sonrió—. Tendría un año.

—¿Y el otro niño? —dijo señalándolo.

—Es tu tío abuelo Antonio. Era dos años más viejo que Santiago, pero más bajito y delgado, y este —dijo señalando al muchacho de unos dieciséis o diecisiete años— tu tío abuelo Miguel. Aquí tienes a tu bisabuelo Andrés, a tu bisabuela Brígida y a tu tatarabuelo Ignacio.

—¿Mi tatarabuelo? ¡Jo! —dijo como si fuera imposible todo aquello—. ¿Pero cuántos años tenía?

—No sé —se encogió de hombros ella—. Sesenta años o por ahí.

—Pues tampoco hace tanto —dijo Mario desbordando ingenuidad.

—La foto tiene más años que los que tenía él entonces —dijo ella dejando escapar una risa mientras pasaba una página—. Aquí tienes a tu tío abuelo Miguel con el uniforme de legionario. —Un hombre joven miraba a la cámara con una sonrisa abierta. Su mirada tenía un aire de desafío propio de un hombre de veintitantos. Ya no tenía el bigote ralo de la foto anterior, los brazos en jarra, la camisa con tres botones abiertos, detrás el fondo pintado de un estudio de fotografía profesional cuyas letras estaban estampadas en dorado en la base, Estudio Fotográfico Melilla, 1935—. Fue antes de la guerra, la foto quiero decir.

—¿En qué bando estuvo?

—Con los nacionales, como todos los legionarios.

—¡Con los fachas! —dijo con sorpresa—. ¿Los franquistas?

—Bueno —dijo la mujer con naturalidad—, en esa época los llamábamos los nacionales. Facha no se utilizaba y franquista tampoco.

—¿Quién es este? —dijo señalando la foto en sepia de un sacerdote con un sombrero cuadrado sin ala que miraba a la cámara tras sus gafas redondas y expresión seria.

—Es tu tío abuelo Antonio cuando tenía quince años —dijo mirando la foto con ternura.

—¿Qué joven! ¿Y era cura?

—Estaba en el seminario.

—¿Dónde? ¿En Tenerife?

—No, él hizo cuatro años en el seminario de La Laguna y después se fue al de Madrid. Yo era muy niña cuando eso, pero me acuerdo de él cuando venía de vacaciones, sus gafas redondas, su cara delgada, aquel aspecto de buen niño que tenía. Siempre me traía caramelos de café con leche y me contaba historias de santos o me traía alguna cartilla para pintar. —Su voz se quebró. Mario la miraba, sabía que estaba aguantando las ganas de llorar, su madre hacía lo mismo cuando hablaba de Marta.

—¿Y el abuelo?

—Tu abuelo —dijo limpiándose una lágrima que había escapado a la contención—, pues bueno, aquí está. —Le enseñó fotos de un muchacho

delante de una iglesia. Fotos viejas, amarillentas, otras donde ya era un hombre adulto, de unos cuarenta, vestido con traje y corbata en un despacho o en ciudades que parecían muy lejanas.

—Tía, ¿qué es la División Azul? —dijo el muchacho sacando de su bolsillo la carta que había venido a traer.

Del primer estante de una librería llena hasta los topes en el despacho de su abuelo la mujer sacó una caja metálica de gran tamaño. Según le dijo, el abuelo nunca utilizó ese despacho mientras estuvo trabajando, al igual que la casa, que hasta que no se jubiló no volvió a Madrid, pero últimamente se encerraba allí a escribir, a leer, guardar libros, archivar recuerdos, oír música... Mario estaba sentado en un sillón castellano de tres plazas junto a una mesita baja. Era como una especie de zona de espera, donde hablar sin la rigidez de la enorme mesa de madera que estaba en el extremo de aquella habitación. Miraba los libros. Todos tenían aspecto severo, lomos encuadernados en piel con títulos de clásicos de la literatura o leyes de derecho con muchas décadas antes de que él naciera. Había también libros escritos en inglés, en alemán, con escudos estampados de las Naciones Unidas. Las fotos eran la mayoría en blanco y negro, tamaño folio y enmarcadas con la misma sobriedad que aquel despacho. Mario las miraba incapaz de saber quiénes eran los hombres que aparecían al lado de su abuelo, que, con un bigote recortado y el pelo peinado hacia atrás, a veces sonreía y otras miraba serio a la cámara. En una creyó identificar a Franco, que le daba la mano a su abuelo sonriendo junto a una mesa con un letrero que ponía Spain.

—Tía, ¿este es Franco? —preguntó mirando a su abuela, que cargaba la voluminosa caja metálica hasta colocarla en la pequeña mesa.

—No, ese es Ike Eisenhower.

—¿Quién?

—Eisenhower, el presidente de los Estados Unidos.

—¿Pero ese no es Obama?

—¿Qué os enseñan en el instituto? —dijo la mujer con una expresión de consternación y sorpresa—. Eisenhower fue el presidente de los Estados Unidos en los cincuenta, vino a España y todo. Creo que esta foto es de una visita a la ONU.

—¿Qué fue a hacer el abuelo a la ONU? ¿A visitar a Eisenhower?

—No —rio su tía—, tu abuelo pertenecía a la legación diplomática. Fue

embajador en la ONU durante mucho tiempo.

Lo miró fijamente. Aquel muchacho era la primera vez que oía hablar de aquello. Se sintió triste, pero al mismo tiempo recordó lo poco que sabía ella, de la vida de sus abuelos antes de que ella naciera y cómo se enteró, con más edad de la que ahora tenía Mario, de que su abuelo materno había vivido en Cuba diez años siendo un alocado veinteañero y tuvo que huir por un asunto de juego y faldas. Ley de vida, los jóvenes olvidan a los que se van. Abrió la caja, cuya tapa quedó sujeta a las bisagras, metió la mano para sacar un sobre encerado con un elástico como cierre, lo apartó para sacar el grupo de fotos de distinto tamaño. Seleccionó la primera y se la mostró a su nieto:

—Este es tu abuelo.

Mario se quedó sorprendido. Frente a él un hombre joven de veintiún años, serio, sin la pose chulesca, canalla y legionaria de su tío abuelo. Este era un desconocido para él, su abuelo era un hombre nonagenario, calvo, gruñón, que a veces llevaba una sonda para poder respirar bien, pero allí estaba un joven con expresión tímida pero mirada decidida, su pelo engominado hacia atrás, delgado. Vestía el uniforme del ejército alemán, que parecía nuevo, impoluto, sin mancha; detrás, una lona de color gris claro servía como fondo. Le dio la vuelta. Escrito en una bonita caligrafía ponía «Queridos padres, un abrazo desde Alemania. Os recordamos mucho. Agosto de 1941».

—¿«Os recordamos»? —dijo Mario mirando a su tía abuela.

—Sí, es que fueron los dos. —Mostró otra, donde aparecía el mismo fondo, pero con dos hombres vestidos con el mismo uniforme, ambos con fusil al hombro y casco puesto—. Tu abuelo y su hermano Miguel. Qué diferentes parecían. —Candelaria suspiró.

Miraron las fotos. La mayoría eran fotos divertidas de hombres haciendo el ganso. Era incapaz de reconocer a su abuelo. Mario lo veía riéndose en la mayoría, posando junto a un enorme jabalí o un tanque. Había una en la que salía junto a un letrero indicador como esos que hay en las carreteras. Estaba serio, desafiante, con el fusil en la mano y la pierna pisando una estrella de piedra en el suelo con una hoz y un martillo, su mirada centelleaba, ahí sí que parecía un guerrero. En otra foto aparecía una mujer con el pelo recogido en un discreto moño, con un traje chaqueta elegante. Era una mujer de rostro atractivo, delgada e igual de elegante que su traje. Era joven, de grandes ojos marrones, que miraba a la cámara con una extraña expresión. La foto también

era de estudio y parecía sacada de contexto, como si se hubiera colado allí procedente del baúl de los recuerdos de otra persona. Mario siguió pasando hasta que volvió a ver a la mujer. Estaba vestida de manera más informal, con una bata de campesina y un pañuelo en la cabeza. Tras ella tenía una ventana de grueso vidrio y se veían la modestia agreste de aquella casa. Ella sonreía, esta vez de una manera diáfana, sincera, alegre, nada que ver con la expresión entre resignada y melancólica de la anterior, aquí toda ella era optimismo. En la última foto aparecían los dos, él sentado en una silla de mimbre de alto respaldo mientras ella, a su lado, casi de perfil, le cogía la mano, levantándola con el brazo flexionado. Era una foto de dos personas que se tenían mucha confianza, era una foto en un porche, una foto de primavera, una foto de mayo con ella en un traje de tela muy fina. Enseñaba las piernas hasta los muslos y el pelo despeinado. Su abuelo tenía ese aire inconfundible de pelo mojado que se había secado al sol, no llevaba la guerrera del uniforme, solo una camiseta blanca y lo que parecía un pantalón corto, estaba descalzo. Ambos sonreían.

Guardó las fotos en el sobre, colocó el elástico para depositarlas en el hueco de donde las había sacado. Extrajo una caja rectangular llena de sobres de cartas abiertas, algunas en papel amarillento, otras con membrete, muchas escritas en inglés, alemán, incluso en ruso. Mario identificó en una de ellas el logotipo de una editorial, la abrió:

«Estimado don Santiago Durán González, le agradecemos que se haya puesto en contacto con nosotros para mostrarnos su obra, pero desgraciadamente en la actualidad no se ajusta a la temática que marca nuestra línea editorial. Aun así, le reiteramos nuestro agradecimiento...».

—¿El abuelo escribió un libro?

—Varios.

—Pero no se los publicaron, ¿no?

—Claro que sí, tiene varios publicados sobre su estancia en la ONU —dijo su tía señalando las estanterías—. Esos tres blancos de ahí, que ponen *La España de Franco en la ONU*. Aquel naranja tan gordo también es de él.

—Pero estas son cartas de rechazo.

—Es que ese es este —dijo mientras sacaba del fondo de la caja un taco de folios cosidos en un tosco pero digno encuadernado. En la portada sobre un trozo de cartulina del tamaño de una tarjeta de visita, mecanografiado, aparecía entre comillas «Y las cartas dejaron de llegar» y debajo, a doble espacio, Santiago Durán González—. Lo envió a una editorial, pero cuando

llegó la respuesta, se dio por vencido, lo guardó para no sacarlo más.

—¿De qué trata?

—No lo sé —meneó la cabeza—. Nunca nos dejaba leer las cosas que hacía. Creo que era sobre lo que le pasó en Rusia.

—¿En la segunda guerra mundial? —dijo Mario con asombro mientras miraba el libro, abriéndolo para observar sus páginas mecanografiadas en aquel papel que aún conservaba el blanco original.

—Sí, en la segunda guerra mundial.

—¿Puedo leerlo? —dijo justo en el momento que sonaba el timbre del portero electrónico. Era su padre o tal vez su madre que venía a buscarlo. La tía abuela se levantó y fue a atender la llamada para volver confirmando la noticia. Su madre había venido a llevarlo a casa. Puso cara de desilusión. —Tía, ¿me dejas llevármelo para leerlo? —Vio la cara de duda de su tía abuela—. Te prometo que el lunes te lo devuelvo... Por favor —dijo con una súplica que brotaba sinceridad.

—Tu abuelo se pondrá como una furia si se entera.

—¿Se lo pido cuando venga? —dijo anticipando la respuesta.

—Te va a decir que no, parece que lo estoy oyendo... —Su tía vio la cara de decepción que puso mientras colocaba el grueso libro en la caja—. Venga, llévatelo —dijo con decisión.

—¿De verdad? —A Mario los ojos se le abrieron como platos.

—Sí, venga. Te lo llevas, lo lees con tranquilidad y cuando acabes me lo traes. Para que se llene de polvo ahí dentro...

—Gracias, tía —dijo eufórico dándole un abrazo—. Lo traigo el lunes.

—No te preocupes, que son muchas páginas. Léelo tranquilo, que si tu abuelo pregunta, que lo dudo mucho, ya me las entiendo con él.

Isabel conducía mientras volvía a cubrirse el cielo de nubes. Un guardia le hacía señas para que pasara mientras regulaba el tráfico, el trayecto estaba imposible aquella fría tarde de viernes. Miró el libro de tapas rojizas que llevaba su hijo sobre las rodillas.

—¿Qué es eso?

—Un libro del abuelo. Me lo prestó tía Candelaria para que lo leyera.

—¿Y eso? —preguntó amablemente—. ¿Tú leyendo?

—Bueno, es de la segunda guerra mundial —respondió Mario con el tono de «queda aclarado todo».

—¡Ah! ¡Tu tema favorito! —Y sonrió—. ¿Le diste la carta?

—Sí.

—¿Dijo algo?

—Que el lunes cuando vuelva el abuelo se la da y a ver qué dice.

Oyendo a su hijo hablar pensó en Marta, solo fue un instante, pero se la imaginó en el asiento trasero, hecha ya una mujer, con las preocupaciones propias de una chica que empezara a vivir la vida adulta fuera de la universidad. Pero su hija nunca había ido a la universidad, ni ella sabía bien dónde estaba. Solo esperaba que algún día volviera para no irse nunca. Algún día. Esas dos palabras eran la auténtica losa que marcaba su vida en los últimos años.

Mario no cumplió su promesa, no empezó a leer el libro ese fin de semana, no porque no quiso, sino porque no pudo.

### 3. El libro

El timbre sonó temprano para ser sábado. Lo despertó, pero no se movió, había estado jugando con la consola hasta las tantas y no pensaba levantarse hasta las once. Oyó cómo su padre se levantaba diciendo que eran las ocho de la mañana, doña Obdulia, que había abierto la puerta, lo había llamado nerviosa. Su madre instantes después salió anudándose la bata sobre su pijama. Mario salió de la cama cuando oyó a su padre llamar a su madre, la vio acelerar el paso por el pasillo. No pudo evitarlo, salió de su habitación, casi furtivamente caminó hacia la puerta del salón, despacio, nervioso, sin entrar en él. Tenía que ver quién había venido, oía voces desconocidas. La luz de aquella mañana gris y lluviosa se colaba por las ventanas de la casa, pero el pasillo estaba en penumbra. Desde allí se quedó parado cuando un quejido resonó en la casa. Mario tardó en darse cuenta de que había sido un lamento, casi un grito de dolor. Retrocedió hasta la mitad del camino. La puerta del vestíbulo que comunicaba el pasillo con el salón se abrió y Mario vio salir a doña Obdulia, que corría a la cocina. Segundos más tarde volvía a pasar por la puerta con un vaso de agua. Mario vio que estaba llorando. ¿Había sido ella la que había gritado? Volvió a acercarse muy despacio, escuchó las palabras *sobredosis* y *casa ocupada*, casi a hurtadillas desde la puerta del vestíbulo miró al salón.

Su madre lloraba abrazada a su padre, ambos sentados en el sillón, mientras este la animaba a que bebiera agua. Se fijó en la cara de su padre, pálida, desencajada, miraba sin ver a aquellos hombres con aspecto serio, ambos con gruesas chaquetas que no se habían quitado y ese aire en sus rostros de fatalidad infinita de quien no acaba de acostumbrarse a dar ese tipo de noticias.

—¿Cuándo podríamos verla? —preguntó su padre con voz temblorosa.

—Cuando ustedes quieran. Necesitaremos que la reconozca. Con uno es suficiente, incluso puede ser un familiar cercano.

—Yo iré —dijo su padre con voz confusa mientras su madre entre sollozos decía «mi niña, mi pobre niña».

Mario supo lo que había pasado. Marta había muerto. No podía creerlo,



se dio la vuelta para volver a su cuarto. Odiaba a su hermana, siempre la recordaba chillando, escupiendo, rompiendo cosas, haciendo sufrir a sus padres, con aquel pelo pintado y cortado de forma extraña, siempre estropeándolo todo, haciéndolos llorar cuando se marchaba con un portazo tras días después de que ellos se ilusionaran con su vuelta. Ellos, que miraban la foto de la entrada y suspiraban con tristeza. No entendía cómo podían buscarla, desear tanto que volviera, con todo el daño que les hacía siempre. Pero ahora había muerto, ya no volvería nunca. Se quedó parado pensando en que jamás volvería a verla, sus padres estarían pensando lo mismo. Vivirían sus vidas sin la esperanza de que pudiera curarse, ser la chica a la que tanto quisieron. Las piernas le fallaron, se sentó en el suelo para llorar con los brazos apoyados en las rodillas. Sus padres habían perdido para siempre a su hija. Solo tenía quince años y la muerte era algo nuevo para él, pero comprendió el dolor que sentían, así que lloró sin pudor hasta que sintió que alguien se acercaba para acariciarle la cabeza. Era su padre que, con los ojos llenos de lágrimas, lo levantaba para darle un abrazo.

—Se ha ido —le dijo mientras lo besaba.

Mario no tenía un traje negro que ponerse para el entierro de su hermana, pero con aquel frío no hizo falta. Todo el mundo llevaba ropa de abrigo, a pesar de que un sol primaveral estaba en lo alto de un cielo sin una nube. Había muchísima gente, amigos de su padre, gente del cine, productores, guionistas, actores, amigos de su madre, editores, escritores, pero también familiares. A muchos de ellos no los conocía. Vio a sus primos, que no veía desde el verano y a otros desde hacía años, incluso se alegró de ver a varios de sus amigos del instituto. Habían venido a estar con él. Lo agradeció muchísimo. Aun así, permaneció junto al ataúd cerrado de su hermana. Su madre no había querido verla, no quería recordarla así, él tampoco.

El abuelo llegó embutido en un grueso abrigo negro, junto con su hermana. Besos y abrazos de tía Candelaria. El abuelo no saludó a nadie, solo se sentó junto a él para permanecer en silencio mirando el ataúd de su nieta, sin decir nada, con los ojos fijos en las coronas de flores o tal vez en la foto de gran tamaño en la que ella miraba sonriendo sobre un trípode hacia los asistentes a su misa de réquiem. Era una foto del antes, del antes de que todo cambiara, del antes de que algo se torciera y nada volviera a ser lo que debía haber sido. Su abuelo estrechaba las manos a aquellos desconocidos que les daban el pésame, sin decir ni una sola palabra, sin mirarlos a la cara, como si

todo aquello no fuera con él. Era irritante, cortante, mal encarado siempre, como un pozo de mal humor.

Mario salió enfadado de la Iglesia cuando aún no había empezado la misa, no soportaba ver a su abuelo comportarse así. Saldría un momento para volver cuando la misa comenzara. Sus amigos lo acompañaron fuera, para pasear entre las lápidas del cementerio, comentando lo poco que sabía de la vida de Marta durante su huida a ninguna parte. Habían hablado de la muerte y de la vida con la imagen distorsionada y ajena de unos adolescentes que han oído hablar de algo extraño, una fantasía lejana que solo pasaba a viejos, a enfermos y en las películas.

—¿Ese viejo es tu abuelo? —le preguntó Ricardo, con la cabeza metida en un gorro de lana que dejaba ver los rizos de su pelo juvenil.

—Sí —respondió Mario mirando hacia la entrada de las escaleras de la capilla donde su abuelo charlaba con otro viejo, al que había visto varias veces antes. Sintió rabia. Su abuelo había estado callado durante el velatorio, distante, mirando absorto el ataúd como si fuera un programa de televisión que no le interesase, y ahora estaba ahí hablando con aquel tipo de gafas redondas cuando a él no le había dicho nada, apenas un beso en la mejilla—. Es mi abuelo y es un capullo.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Mariló desde su cara redonda y una melena alborotada que parecía surgida de los años ochenta—. Parece viejísimo.

—Creo que noventa o cien. Ochenta y pico, no sé.

—¡Joder! ¡Qué viejo! —exclamó con asombro Vicente.

—¿No te llevas con él? —preguntó Alba, una chica de pelo negro, con aparatos en la boca.

—No sé, apenas. —Se encogió de hombros—. De crío pues algo sí que me llevaba, pero desde hace tiempo... casi nada.

—Los viejos son un rollo, no se enteran de nada. Solo de sus rollos de viejos —sentenció Fernando tras sus gafas gruesas y su pelo cortado a cepillo.

—Mi abuelo —dijo Ricardo, deseoso de añadir su opinión— no sabe nada más que de programas de la tele y movidas de viejos.

—El mío —dijo Mario con rabia mientras caminaba la veintena de metros que lo separaban de la capilla, acompañado de sus amigos— no sabe de nada, o yo no sé si sabe de algo. Solo sabe echar broncas y hacer sentirse mal a los demás, seguro que está enfadado por perderse la Ruleta de la

Fortuna... No sabe lo mal que lo estamos pasando en mi casa. No se entera, solo de lo suyo, que es estar todo el día encerrado en su despacho o soltar maldiciones por todo —dijo repitiendo algo que había escuchado a su padre decir más de una vez—. Además, es un facha que te cagas, que en la guerra estuvo con Franco y con Hitler.

—¡Qué fuerte! ¡Como los malos de los videojuegos!

—Sí —respondió Mario antes de volver a entrar en la atestada capilla —, en cualquier lado que estuviera, él sería de los malos, eso es seguro.

En la misa escuchó al cura, se sorprendió por la belleza de los textos bíblicos que leyó, incluso por las palabras durante la homilía. Sintió el dolor de sus padres, vio caer lágrimas de los ojos de su madre, que eran secadas al instante con un pañuelo, ojos enrojecidos. Al terminar, el féretro fue llevado en una mesa con ruedas por los pasillos cuajados de lápidas del cementerio. Nombres desconocidos, fechas de hacía décadas, algunas con flores, otras simplemente en su mármol desnudo, en aquella auténtica ciudad de muertos que era el principal cementerio de Madrid. La campana tañía con la cadencia de difuntos. Solo se oía ese sonido casi hipnótico, roto por el llanto de sus padres, abrazados, hombro con hombro, gafas de sol como máscara para disfrazar lo indisimulable, la pena absoluta por tener que despedirse de su niña. Mario vio cómo el ataúd era empujado suavemente dentro de su hueco, del sarcófago de cemento donde permanecería para siempre. Recordó un retazo de su hermana, cuando ella era Marta y él un niño pequeño que se había caído de bruces al subirse en un monopatín y una herida en la rodilla le hacía sangrar. Ella llegó con un bote de mercurio que le puso con delicadeza mientras le canturreaba una canción de unos dibujos infantiles para terminar dándole a escoger el tipo de tirita que quería y explicándole por qué las pequeñas eran mejor que las grandes para esa herida. Le dio un beso y ambos recitaron el «sana, sana, culito de rana» en aquella tarde de agosto de hacía tanto tiempo. Mario no pudo evitarlo y rompió a llorar de una forma tranquila, pero sin consuelo hasta que notó un brazo sobre su hombro. Se dio la vuelta para abrazarse al pecho de su abuelo y llorar sobre él.

La sirena que marcaba el final de las clases sonó aquel viernes como una liberación. Mario había vuelto ese día a clase después de casi una semana de luto. Se le había hecho larguísima y fue un consuelo que sus amigos lo acompañaran hasta el portal de su edificio, donde lo despidieron con la promesa de quedar para ir al cine la semana siguiente. Cuando subió a casa se

encontró con la grata sorpresa de ver allí a sus padres, habían vuelto del trabajo y lo esperaban para almorzar. Sonrió y ellos le sonrieron. Fue una novedad reconfortante en aquella semana de sombras y silencio. Doña Obdulia había hecho una sabrosa receta de cordero y sin consultarles sirvió vino en la comida, aplicando la sentencia de que las penas con pan son menos penas. Tras la comida abundante y la conversación sobre temas de sus vidas diarias, todo menos Marta, los tres entendían, sabían, querían que el tiempo de sufrir pasara. No podían seguir llorando, tenían que volver a sus vidas.

—Por cierto —dijo su padre mientras bebía un sorbo de café—, mi padre dice que va a ir.

—Pero... —dijo su madre, mitad indignada mitad divertida— ¿de dónde saca energía ese hombre? ¿Piensa que tiene treinta años ahora?

—No lo sé —dijo encogiéndose de hombros Miguel—, pero le he dicho que no puedo acompañarle.

—¿Y te dijo que va solo? —preguntó Isabel ante la afirmación de su marido—. Como si no lo conociera. Pero qué hombre más testarudo.

—Soltó cuatro maldiciones y un «no me hace falta nadie». Pero no puede ir, con su edad no lo dejan viajar solo —Miguel bebió vino— y menos a Rusia. Así que se quedará con las ganas.

—No entiendo qué se le ha perdido allí y después de tantos años.

—Ya sabes. Está para allá —dijo poniéndose el dedo índice en la frente—, chochea y no se da cuenta. Muchos años.

Tras la cena, sus padres fueron a su habitación, querían dormir la siesta. Mario también fue a la suya. Cerró la puerta tras de sí. No quería ver la tele, el ordenador no estaba en su cuarto y la consola no la encendería sin que su padre le diera permiso. Pensó en pedirselo, pero tampoco tenía ganas. Solo quería hacer un poco el vago tumbado en la cama y esperar a la hora de la merienda.

Doña Obdulia había prometido ir a comprar churros para preparar chocolate. Leería algo. Miró los libros que tenía en la repisa sobre su cama, todos más que vistos... ¡No! Allí estaba en el sitio donde lo dejó hacía una semana el libro de su abuelo. Volvió a sentir la curiosidad del día que su tía Candelaria se lo prestó. Era sobre la segunda guerra mundial e igual no era un rollo y se reía un rato. ¿Se reía? No sabía por qué se iba a reír, pero las batallitas de los viejos siempre le parecían cosas disparatadas.

Lo cogió y se tumbó en la cama, ojeó sus páginas de pulcra

mecanografía. De su interior se deslizó una foto de un hombre joven, sin duda era su abuelo. Lo reconoció por la cicatriz que aún le recorría la mejilla. Estaba vestido con un uniforme blanco, una especie de abrigo enorme y un casco forrado de tela del mismo color. Miró la página de donde había caído. En el pie de aquel hueco vacío se leía «Kolpino, 1942». Al lado, otra foto casi suelta, donde se veía un banquete de Nochevieja en un gran salón, con hombres y mujeres de uniforme, sonriendo, sombreritos de papel y copas de champán, una pequeña banda de música y en la parte trasera un pino de Navidad con velas, un «Feliz 1943» escrito sobre una sábana colgada a modo de pancarta. Dejó las dos fotos en la mesilla junto a su cama, al igual que tres cartas que estaban al final del libro, todas de un tal Simon Wiesenthal, de Viena. El matasellos ponía 1955 y varios recortes de periódicos en un sobre. Volvió al principio del libro, colocándolo firmemente sobre la almohada para pasar las primeras hojas en blanco.

### **«Y las cartas dejaron de llegar»**

Mi nombre es Santiago Durán González y esta no solo es mi historia. Todo lo que narro lo viví en carne propia y cuando me permito la licencia de contar algo que no vi es porque me lo contaron testigos de primera mano. No soy escritor profesional, ni siquiera aficionado, no conozco las técnicas de la alta literatura ni de la baja y solo quiero contar una parte de mi vida que podría ser de interés para alguien. Quiero aclarar que tampoco soy historiador, escribo de memoria, por lo tanto, este no es un libro que pueda servir como estudio histórico de la División Azul o de la campaña en Rusia. No hay grandes datos ni tampoco lecciones magistrales de estrategias. El que busque eso sabe que tiene grandes libros escritos con muchos detalles sobre el tema por historiadores y militares. Esto solamente es mi experiencia personal como miembro de la División Española de Voluntarios y también es un pedazo de mi vida, así como un homenaje a los Divisionarios que fueron a Rusia, a los que volvieron y a los que allí quedaron.

# Primera Parte

## Flotando sobre océanos

### sin forma

#### 1. Inocencia

**Adeje, sur de Tenerife, 15 de agosto de 1929**

El mar estaba tranquilo. La inmensa línea del horizonte separaba dos tipos de azul casi idénticos, el del mar y la inmensidad del cielo, solo roto por el perfil irregular, aunque armónico de la isla de la Gomera que, a un centenar de kilómetros de nosotros, parecía guisarse en una nube de vapor bajo un sol inclemente.

El abuelo cantaba llamando a la morena. Lo hacía de forma queda, como una letanía casi religiosa mientras miraba en el interior de una pequeña caja de madera con un viejo vidrio en el fondo, que, metido en el agua, le enseñaba el fondo marino, al menos el fondo cercano de aquellas piedras color cobalto que se transformaban en un azar de líquenes, crustáceos, burgados, pequeños corales y todo tipo de vegetación, pero al abuelo no le interesaba nada de aquello. Con ojo avizor, más cazador que pescador, observaba los auténticos matorrales de musgo marrón que tapaban las grietas en las rocas, las cavernas sumergidas donde vivían las morenas. Esperaba pacientemente. En algún momento aparecería la fea y monstruosa cabeza de esa serpiente marina que se abalanzaría sobre la carnada sostenida por su nieto Miguel en el extremo de un palo que agitaba en el agua. Una vez que la viera, le daría el aviso para que estuviera atento. Tenía que andarse rápido. Si no tiraba del palo cuando la morena empezara a morder, las fuertes mandíbulas del poderoso animal

arrancarían la carnada para llevársela a su cueva. Tendrían que empezar otra vez.

—¡Afirmate! —le gritó a Miguel justo al ver una sombra moverse rápido entre los musgos—. ¡Ahí viene! ¡Mira que es enorme!

Miguel, serio y decidido, se concentró. El abuelo le había dicho mil veces cómo tenía que tirar del palo y en qué momento para que el animal no se escapara. La vio venir, movía su cuerpo ondulándolo como las serpientes de las películas de Tarzán que veía en el cine cuando no traían del Oeste o de risa. Le gustaban las de Charlot y del Gordo y el Flaco. ¡Pero qué estaba pensando! Tenía que estar a lo que estaba. Veía al animal acercarse. Su cabeza era feísima, color violeta muy oscuro con dos ojos blancos sin párpados. La boca grande y recta se abría para morder el trozo de calamar embadurnado de sangre de pescado que estaba atado al palo. Vio cómo los afilados dientes aparecían para morder.

—¡Ahora! —gritó el abuelo al mismo tiempo que él lo pensaba.

Tiró del palo para sacar al enorme animal que, sorprendido, seguía aferrado a la carnada.

—¡Apártense! —nos dijo el abuelo para coger un mazo de madera—. Si les coge un dedo del pie, se lo arranca. Estos bichos son muy traicioneros y fuera del agua todavía más.

Golpeó con brusquedad en la cabeza de la serpiente marina. Tres golpes secos hicieron que quedara inerte, el cuarto la mató. El abuelo sacó la navaja para cortar al animal desde la mandíbula hasta la cola, en un largo trazo. Miguel miraba sin inmutarse, con una pose de frialdad fingida en sus dieciséis años, que lo hacían a sus ojos ya un hombre, o al menos un aspirante a serlo. Nos miró a mí y a Antonio con deleite burlón cuando pusimos cara de asco con un poco de miedo al ver salir tripas y sangre del corte. El abuelo limpiaba el interior del animal sobre aquellas rocas calientes, duras, quemadas por milenios de sol y salitre. Mis hermanos y yo observábamos, con los pantalones cortos que usábamos los días de verano. Las camisas estaban sobre las piedras secas, bien alejadas del agua. Mirábamos en silencio trabajar a nuestro abuelo, su bigote grande, su cuerpo delgado y fibroso. A veces nos contaba historias de cuando estuvo en Cuba en la guerra contra los mambises. A mi padre y a mis tíos les parecía un pesado cuando hablaba de todo aquello, pero a nosotros nos gustaba sentarnos por la noche para oírle hablar, aunque madre siempre nos decía que tendríamos pesadillas con aquellas historias. Yo

nunca las tuve. Siempre soñaba con guerras en barrancos de algún lugar en Cuba, luchas contra cientos de mulatos que salían de todas partes, o con los peligrosos americanos, tan altos y con tantas armas. Soñaba con la batalla de San Juan en la que el abuelo fue de los pocos que sobrevivieron. Siempre contaba cómo agotó su munición y siguió peleando con un machete de los que usaban los campesinos. Mi hermano Antonio sí tenía pesadillas, y se despertaba con llantos por la noche, pero yo nunca, ni Miguel tampoco.

—Acércame la pandorga, Antonio —dijo el abuelo.

Mi hermano cogió la red atada a un círculo de varilla metálica que se tiraba al fondo del mar con cebo para izarla de un tirón cuando tuviera peces dentro. El abuelo metió la serpiente descabezada, sería la bolsa donde la llevaríamos hasta la casa. Miguel, diligente, demostrando que sabía bien lo que tenía que hacer sin que se lo dijeran, tiró las entrañas y la cabeza cortada del monstruo al agua para quedarse mirando con curiosidad cómo una centena de pequeños peces aparecidos de la nada se comían todo. Antonio y yo nos unimos a nuestro hermano mayor. El reflejo del agua hacía que fuera como un espejo. Mi hermano Miguel con su pelo encrespado, su bigote de pelusilla oscura, su nariz grande y los ojos claros de madre. Antonio tenía dos años más que yo, pero era de mi altura, flaco, con la cara de niño de escuela, la piel clara de superviviente de una enfermedad que casi se lo lleva a la tumba cuando apenas tenía nueve años, ese aire de niño frágil, sus gafas redondas que llevaba a todas partes, el pelo al cero como el mío. En verano hacía calor.

—¡Ignacio! —gritó padre llamando al abuelo. Estaba a un centenar de metros de donde nos encontrábamos, en aquella acogedora cala que formaba un pequeño puerto natural—. ¡Ignacio!

—Venga —nos dijo el abuelo—, poneos las camisas, vuestra madre dio a luz.

—¡Ignacio! —volvía a gritar padre desde la puerta de la casa donde habíamos ido a pasar el día de la Candelaria y madre se había puesto de parto.

—¿Qué? —respondió el abuelo mientras se echaba a la espalda la preciada pieza. Nosotros, con las camisas puestas, apretábamos el paso hacia la casa.

—¡Una niña! —gritó padre—. ¡Una hermosura de cuatro kilos! —rio.

El abuelo sonrió bajo su poblado mostacho. Nosotros echamos a correr sobre aquellas piedras calientes, secas y peligrosas, con los dos pulpos capturados con la pandorga. Muertos, los sosteníamos por la cabeza y entre



risas intentábamos correr, no caernos y no mancharnos las camisas. Abajo, el mar chocaba suavemente contra las piedras blanquecinas por la sal acumulada durante siglos.

—Ni se os ocurra entrar a ver a la niña con esas manos sucias —exclamó doña Teresa, la partera a la que había ido a buscar padre para que viniera con urgencia.

—Váyanse a bañar —dijo padre—. Ya los llamamos cuando esté la comida.

—¡Pero queremos ver a la niña! —dijo Antonio con el mismo tono de desilusión que se reflejó en nuestras caras.

—La ven después, cuando los llame.

Estuvimos nadando en aquella agua cálida de mar de agosto, en aquella playa mitad arena mitad piedras, subiéndonos en las tres o cuatro barcas que, atadas a corchos anclados, se convertían en nuestro trampolín. El sol y el calor hacían brillar el agua, dorar nuestras pieles. Veíamos con cierta envidia cómo los hombres y mujeres de aquella pequeña aldea de pescadores entraban en la casa de la Compañía en la que madre se había puesto de parto. No era nuestra, por supuesto. Mi padre solo era un simple encargado para la empresa inglesa que poseía el terreno y empaquetaba los tomates para mandarlos a Europa. Aquella casa era de la Compañía y uno de los jefes se la había prestado para que pasara el día festivo, una especie de premio al trabajo.

Salimos del agua para ponernos al sol, que nos secó al instante. Antonio nos decía que la niña se llamaría Candelaria porque era su día, mientras que Miguel decía que sería Blanca porque madre se lo había dicho. Yo solo hablé para preguntarles dónde irían las nubes en los días que el cielo estaba tan despejado, pero no supieron aclararme el tema.

Padre nos llamó. Volvimos a correr, riéndonos, poniéndonos nombres graciosos, empujándonos, jugando a los coches de carreras... hasta llegar a la casa donde el abuelo, sentado en una piedra blanqueada con la misma cal que la casa, nos mandó a parar con la mano.

—¡Eje! —dijo como dirigiéndose a las cabras que tanto había tratado en su juventud—. Miren que su madre está acostada y cansada, así que calladitos ahí dentro, no estén tocando a la niña, que es chiquita. —Encendió un cigarrillo de papel amarillento—. No se estén, que la comida está casi lista.

Entramos en aquella casa extraña, que conocíamos de otras veces, pero que no era la nuestra. Anduvimos por aquel amplio salón hasta salir al patio

de la casa y entrar en una habitación con cuatro camas. Madre estaba en la más grande junto a la ventana abierta, recostada sobre varias almohadas. Nos miró. Tenía aspecto de cansada, estaba ojerosa, pero al mismo tiempo parecía muy contenta, el pelo suelto. Pocas veces la había visto sin el moño, que se había hecho aquella mañana cuando pensaba que a la niña le quedaban dos semanas todavía para nacer. Nos miró con sus ojos grises.

—Vengan —dijo con cariño—, acérquense para que conozcan a su hermana.

Pasamos callados. Padre estaba a su lado, alto, fuerte y severo. Su rostro era él de Miguel, pero sin el tono de ferocidad que mi hermano mayor tendría. Ambos nos miraban acercarnos con una expresión que no supe entender en ese momento, pero ahora sé que era orgullo. Para mis padres, gente sencilla que vivía en una época antigua, de candiles, fotingos, bailes en el casino, jornadas de sol a sol cuidando de la pequeña huerta familiar o plantando la tierra de otros, de tardes de domingo en la plaza, vestidos con la ropa de la procesión cuando venía el cine al pueblo, algún sábado cuando había baile con una parranda de cuatro que juntaban sus instrumentos... Para ellos nosotros éramos su mayor tesoro, el orgullo de tener cuatro hijos sanos que crecían, que sobrevivían a un mundo lleno de enfermedades, de plagas, de accidentes...

Con cuidado y curiosidad miramos a la niña desde el borde de la cama. Ella abrió los ojos, era pequeña, de piel sonrosada. La ventana abierta, la luz del mediodía, la belleza cansada de mi madre, que apenas tenía treinta años, los ojos emocionados de mi padre, el brazo de Miguel sobre mi hombro y el de Antonio, que había empezado a llorar en silencio de forma tímida como él hacía las cosas.

—Iros a comer —dijo padre dándonos un beso a cada uno—. No estéis tristes. Es vuestra hermana, ahora sois cuatro. Sois la razón de todos los que han venido antes que vosotros.

Salimos a comer, atraídos por el olor a la morena recién frita. La mesa estaba puesta. Papas guisadas, gruesos rejos de pulpo, trozos de morena y el colorido de los mojos verdes y rojos. Comimos en una esquina, encogidos todavía por lo que habíamos visto, nuestra madre con la niña en los brazos y nuestro padre emocionado. Antonio fue agasajado por todos los presentes, que supieron que había estado llorando, lo que hizo que se distanciara aún más. Primos, primas, tías, tíos, iban llegando atraídos por la noticia del parto de madre. A Miguel, callado y serio, no le gustaba que lo vieran así, quería que

todos se fueran, que nos quedáramos solo nosotros, estar mirando a madre con la niña, ver a padre mirarla. ¿Qué hacían todos aquellos allí?, parecía decir con una mirada torva hacia la mesa. Antonio, con los ojos enrojecidos, intentaba comer mecánicamente, quería llorar por la alegría que sentía, su hermanita había nacido y estaba sana, quería ir a verla, pero aquella gente estaba allí haciendo bromas sobre sus lágrimas, lo estaba pasando mal. No sé por qué lo hice, supongo que era el pequeño y un poco payaso, pero mis hermanos estaban de mal humor. No me gustaba que estuvieran así, quería hacer bromas, que Miguel cogiera la guitarra para cantar coplas o que contara cuentos graciosos, que nos hicieran reír a Antonio y a mí hasta tirarnos al suelo de la risa. Así que empecé a hacer caras. Me ponía las manos detrás de las orejas para chillar como un mono, o el dedo en la nariz, para echarla hacia atrás mientras aflautaba la voz o hacía una pedorreta. No lo conseguí a la primera, ni a la segunda, pero a la tercera mis hermanos empezaron a reír, poco a poco hasta acabar en risotadas, y hasta el primo Nicolás, que miraba desde su parálisis cerebral provocada hacía siete años por un machete rifeño en algún lugar del norte de Marruecos, comenzó a reír. Mi abuelo se acercó para darme un beso y sentarse a comer con nosotros.

#### **Adeje, sur de Tenerife, 12 de octubre de 1934**

Estábamos reunidos en la cocina. La luz amarilla de las velas iluminaba en sus candiles mientras la familia cenaba. Padre, madre, el abuelo Ignacio, Antonio, Miguel, la pequeña Candelaria, que ya cumplía los cinco años, y yo. Fuera, el pueblo estaba en fiesta, ventorrillos, turroneiros, músicos en la plaza tocando pasodobles, marchas, zarzuelas y las nuevas melodías llegadas de Cuba que tanto gustaban a todo el mundo, luz eléctrica en las farolas. Pero allí en casa nadie tenía ganas de fiesta. En silencio comíamos las garbanzas con panceta que madre había hecho por la mañana con una buena dosis de lágrimas y lamentos.

—Deja de llorar —dijo padre cuando madre soltó la cuchara en un plato sin apenas tocar— y come tranquila. Las cosas son como son.

—Pero... —dijo madre enérgica— es que encima se van los dos... y tan lejos.

—¡Coño! —le respondió padre entre sorprendido y socarrón—. ¿No esperarás que Miguel no vaya a la mili?

—Andrés, no me tomes por boba —se quejó madre— que tú sabes que no es eso lo que digo. —Miró a Antonio, que tras sus lentes tenía pintado en

su cara un sentimiento de culpa reflejado en su silencio—. ¿No tenías suficiente con La Laguna? —Se arrepintió al instante.

—¡Brígida! —dijo padre extendiendo la a—. No seas torrontuda, ya oíste al padre Anselmo.

—Sí que lo oí... Claro, como él no tiene hijos.

—Pero es una buena oportunidad para el muchacho —dijo con calma mediadora el abuelo.

—Claro que lo es —ratificó padre— y el chico no es tan niño.

—Con tres años más que él yo me fui a Cuba a matar mambises —apostilló el abuelo exagerando.

—Pero ahora con todos esos locos quemando iglesias y corriendo detrás de los curas —dijo ella con la voz de la preocupación—. ¡Ay, Dios mío!

—Eso son boberías —dijo padre, que se las sabía todas—. Con las derechas en el poder eso ya se acabó. Robles y Lerroux meterán en cintura a todos esos, y como dice don Manuel el maestro, en un año como mucho el rey otra vez en Madrid.

El abuelo acompañaba afirmando con la cabeza.

Madre calló, no derrotada por los argumentos de los dos hombres de la casa, sino por la expresión dolida de su hijo. Ella sabía que era una muy buena oportunidad para él, que lo había recomendado el obispo en persona para que fuera admitido en el seminario de Madrid. No podía negar que estaba actuando de forma egoísta, no quería que se fuera, solo era eso. Ya era muy duro cuando pasaba semanas en el seminario de La Laguna, pero al menos allí sabía que él volvía al menos una vez cada dos meses o incluso cada mes. Llevaba tres años yendo y viniendo. Ella se sentía muy orgullosa de verlo tan aplicado, tan formal con aquella sotana negra de seminarista, que ayudaba en la misa a don Anselmo cuando venía. El domingo había hecho la homilía dedicada a Santa Úrsula, en la iglesia llena hasta los topes. Los vecinos lo felicitaron al final. Don Juan, el alcalde, dijo que era un orgullo para el pueblo y cuando se enteró de que se iba al seminario en Madrid, le estrechó la mano para felicitarlo y después abrazarlos a ellos, diciendo que deberían estar muy contentos. Padre sí que lo estaba, pero ella simplemente no quería que su hijo se fuera.

—¿Y tú? —dijo padre mirando a Miguel—. A Melilla a servir, pues da las gracias por que ya no hay guerra en Marruecos. Así que a hacer los tres años y volver hecho un hombre.

—Quita —dijo el abuelo sin ser consciente de que movía un avispero—,

que igual te buscas una novia y te quedas en esa península. ¡Ay! Si yo me hubiera quedado en Cuba.

—¡Padre! —dijo madre con desesperación—. Estese callado y no esté metiendo ideas en la cabeza.

—Esté tranquila, madre, que yo pienso volver nada más que acabe aquello. Seguro que no me gusta —dijo Miguel con aire conciliador, pero mintiendo como un bellaco. Yo sabía que quería ver mundo, viajar a sitios que veía en las películas y no volver al pueblo hasta los sesenta años por lo menos.

Madre asintió con una expresión que viajaba entre la resignación y la duda. Miguel era ya un hombre, era diferente a Antonio, no solo por la edad, sino por su carácter fuerte, inquieto, bravucón en algunos momentos, pero con un corazón muy noble. Ella hubiera preferido que hubiera ido a hacer la mili a Santa Cruz o a Las Palmas, pero no veía con malos ojos que saliera del pueblo un tiempo. Sabía que tonteaba con unas chicas que no le gustaban nada a ella, sobre todo esa que le sacaba casi cinco años y la veía revolotear alrededor de su hijo en las fiestas, en la era, en el molino e incluso la había visto en la cantina. Sería bueno que se fuera un tiempo.

—Madre —dijo Antonio—, yo no me voy a Madrid por molestarla a usted, ni por causarle penas o quebrantos. Cuando me dijeron en el seminario que podía ir, que en Madrid me aceptaron, que mis comentarios escritos sobre los evangelios, San Agustín y la Biblia les gustaron mucho... —hizo una pausa donde había una sensación de culpa— no pensé en nada más. No pensé en usted, en lo mucho que podría sentir mi marcha. Fui un egoísta al no pensar en el enorme disgusto que le ocasionaría, pero ahora ya no puedo renunciar. Los papeles están firmados, los pasajes pagados y me esperan en Madrid. Así que me iré con la penitencia de saber que la dejo a usted contrariada y triste por mi marcha. Solo espero que me perdone.

Madre quedó callada mirando a su hijo, su expresión de chiquillo adquirió una fortaleza madura. En ese momento vio lo que otros en el seminario habían visto, era un puño de acero bajo aquella apariencia de guante de seda, había un león delante de ella. Se levantó para ir a donde estaba, le dio dos besos, con lágrimas cayendo.

—Mi niño, no hay nada que perdonar —dijo abrazándolo—, solo que tu madre es una vieja boba que no quiere que te vayas. Pero si tienes que irte, va a ser muy bueno para ti y todas esas cosas que te han dicho que puedes llegar a

ser si vas son verdad. No te preocupes por mí. —Volvió a besarle.

Una sensación de alivio recorrió la cocina y todos nos sentimos mejor.

—¿A qué hora os dijo Damián que venía a buscaros?

—A las cuatro —dijo Miguel—, que el barco sale a las cinco hacia Santa Cruz.

—De aquí a Los Cristianos hay un buen trecho en ese barrizal que se habrá convertido la carretera con las lluvias de ayer —dijo el abuelo— y además el barco no espera. Así que hoy a acostarse pronto.

Estábamos acostados cuando mi hermano Miguel sopló la vela de la lamparita. La oscuridad llenó el cuarto. Fuera se oía todavía a una parranda tocando, pero duraría poco, había empezado a llover. Siempre llovía por las fiestas, pensé. Mis hermanos se movían inquietos, mañana se irían, no dormirían conmigo en aquella habitación.

—Antonio —dije sabiendo que estaba despierto—. ¿Por qué quieres ser cura?

—Sí, ya no podrás ir con chicas —dijo Miguel sonando a repetido, de las veces que había venido con esas.

—¿Os acordáis del Día de San Sebastián de hace cuatro años?

—¿Cuándo la lluvia? —dijo mi hermano.

—Sí.

—Aquello sí que fue una lluvia grandísima —dije recordando lo que llovió aquel veinte de enero, en lo que parecía un día tranquilo. De repente se cubrió para soltar un océano de furia sobre la pequeña ermita donde la gente del pueblo hacía la romería de San Sebastián.

—Hubo que dejarlo todo —decía desde su cama Miguel— y correr dentro de la iglesia. Casi no pueden cerrar las puertas de todos los que estábamos allí dentro. Lo pasamos fatal.

—Y cuando estábamos dentro, nos dimos cuenta de que tú no estabas —dije divertido—. ¡No veas a madre chillando y a padre soltando maldiciones para que abrieran la puerta! Cuando salimos y no te vimos...

—Cómo lo íbamos a ver si aquello parecía una cortina de agua —dijo Miguel con su voz ya grave de adulto— y se oía correr el agua por los barrancos que daba hasta miedo. No veas qué susto. Padre salió corriendo llamándote a gritos, pero se volvió cuando el barro no le dejó seguir. Estaba pálido como un papel. Don Máximo el guardia civil salió a intentar ver si te veía, pero volvió ensopado. Tenía el bigote cuando volvió como un mejicano.

—Reímos los tres divertidos.

—Pero mira, de repente apareciste —dije como si tal cosa—, así caminando todo mojado, pero sin rastros de barro ni nada. Madre parecía una loca, te abrazaba, te besaba y al mismo tiempo te daba nalgadas. —Reíamos—. «Mi niño, mi niño, ¡ay, mi niño!». Un beso, un abrazo y una nalgada con un «¡Que vaya susto el inconsciente!».

—Padre me arrestó toda la semana.

—Sí, fue tu primer y único arresto —dijo Miguel dejando de reír—. Pero nunca nos dijiste dónde te metiste, dónde estabas que no venías.

—Estaba ayudando a un niño pequeño.

—¿Qué niño? ¿Del pueblo?

—No, era forastero. Yo nunca lo había visto.

—¿Forastero?

—Solo sé que cuando empezó a llover lo vi en la parte de atrás de la ermita. Estaba solo, llorando y con las piernas llenas de barro. Me dio mucha pena y, bueno, le ayudé a salir del barro, le pregunté por sus padres y me dijo que su madre estaba en la Cueva del Humilladero, que él se había perdido. No sé, pero no me lo pensé dos veces, cogí de la mano a aquel niño y caminé hasta la cuevita, no era mucho. Allí estaba una mujer joven —dijo mirándonos a los dos que, con los ojos al techo, escuchábamos atentamente su historia—, más o menos de tu edad, Miguel. Se lanzó hacia el niño con una mirada de alivio y amor que me cortó la respiración. Me dio las gracias. Yo les dije que tenían que venir a refugiarse a la ermita, que no podían quedarse allí. El niño me miró y me dijo que me fuera tranquilo, que ellos estaban a salvo. No sé por qué, pero no insistí, para verlos meterse bajo aquella lluvia. Me di la vuelta para volver. No había dado diez pasos cuando oí una voz de un hombre, no sé de dónde venía, pero allí estaba. Solo me dijo: «Sacadlo, Él lo parará». — Nos quedamos callados, sin saber qué decir.

—¿Por eso le dijiste al cura que sacara al Santo? —dijo Miguel

—Sí.

—¿Y por eso dejó de llover casi cuando salió la procesión? —pregunté yo.

—Sí.

No dijimos nada más. Permanecimos en silencio. Sabíamos que nos había contado algo muy íntimo, muy suyo, que no había contado en aquellos años. No pensábamos preguntarle nada más. Solo una frase suya rompió el

silencio.

—Por eso quiero ser cura, para agradecerle a aquel niño que me escogiera para ayudarme.

Todavía era de noche cuando madre ya andaba en la cocina, pero no solo era ella. La casa estaba viva, activa. Todos en silencio se preparaban para el momento en que Damián viniera en su camión a buscarlos. En el pequeño espejo ovalado del cuarto Miguel terminaba de afeitarse y limpiaba la Gillette en una jofaina esmaltada en blanco. Buscó en el espejo para encontrar mis ojos que lo miraban fijamente desde mi cama donde estaba sentado. Se dio la vuelta, terminó de abrocharse la camisa. Al lado tenía la chaqueta, la misma que llevaba a las fiestas. Se la puso. De un azul grisáceo le daba un aire mayor. Volvió a mirarme. Fuera madre hablaba con padre y el abuelo en voz baja y les pedía que no despertaran a Candelaria.

—Santiago —dijo Miguel clavándome sus ojos mientras hacía una pausa—, yo no voy a volver.

—Pero...

—No voy a volver, porque no quiero volver. Te lo digo porque ya eres casi un hombre. No se lo digas a madre. —Yo asentí con seriedad, pero estaba al borde de las lágrimas—. Ella piensa que voy a volver cuando pasen estos tres años, pero no va a ser así. No quiero vivir en este pueblo, quiero vivir en otro sitio, ver mundo. No soporto pensar que los tomates es lo que me queda, que solo veré este desierto. Te lo cuento para que cojas mis cosas para ti. No esperes, no voy a volver a buscar nada. —Su voz se aceleró. Supe que estaba intentando no llorar—. La escopeta si quieres la vendes, desvía un montón, pero seguro que Domingo te da un duro, ya sabes cómo es para todo eso. Después guardas el duro, ahorras un poco y cuando vayas a Santa Cruz, te compras una buena. Vas a ver qué bien cazas —su voz se hacía débil— y cuando nos volvamos a ver, me cuentas todo lo que cazaste.

Lo abracé, pero no lloré, no quería mojarle la chaqueta. Me besó en la frente. Antonio entró, llevaba su sotana, los anteojos redondos, el sombrero de seminarista y los evangelios en la mano, había estado rezando en la huerta. Permaneció en silencio para acercarse y abrazarnos a los dos. Fue nuestra despedida.

El Perkins resoplaba en la tranquila calle. Había despertado a todos los vecinos que se asomaban a ver cómo los chicos de Andrés y Brígida se iban para la Península. Mujeres enlutadas, chicas jóvenes con aire de vejez



sobrevenida, hombres curtidos acostumbrados a ver partir a sus vecinos. Damián desde la cabina del camión esperaba tranquilo, no había prisa, no era la primera vez que llevaba a alguien. Aquellos chicos cogerían el barco en el pequeño puerto de Los Cristianos que en cuatro horas los llevaría al de Santa Cruz donde estaría el barco para Cádiz. Según le dijo el padre, uno se iría en tren a Madrid al seminario, y el otro en la misma Cádiz cogería un barco militar que lo llevaría a Melilla. Un largo viaje. Aquella gente tenía derecho a despedirse.

Madre los abrazaba muy triste, padre, en una de esas crueldades que el destino reserva a los hombres, evitaba llorar en la despedida, solemne, serio, pero sin derramar una lágrima. El abuelo igual. «¡Cuídense mucho!». «¡Escriban nada más llegar!». Comida en una cacharra, preparada con primor. Un cariño infinito iba en aquellas maletas de madera, hechas por Lucas el carpintero y pagadas a plazos con el esfuerzo que suponía todo en aquellos tiempos. Metió unas mudas, lo justo para los primeros días.

Yo los abracé a los dos. Antonio me dijo que estudiara, que no fuera tonto, que no perdiera el tiempo en boberías, que él sabía que yo era muy inteligente. Yo le dije que sí, que se lo prometía, que estudiaría y me portaría bien, no haría diabluras. Me prometió que nos volveríamos a ver pronto. No lo creí.

Candelaria apareció en la puerta, se había despertado y en camisón había salido buscando a su familia. Madre la cogió en brazos y la tapó con un chal de lana. Hacía frío. Ellos se despidieron con un abrazo de la niña, que no era consciente de lo que estaba pasando, pero sí sabía que su madre lloraba, así que se puso triste.

Don Marcelo apareció corriendo, temeroso de que Antonio se hubiera ido sin despedirlo. Aquel viejo cura de pueblo siempre había estado con sus feligreses, desde que hacía cuarenta y cinco años llegó allí desde su Galicia natal, a la que apenas recordaba. Vio al alcalde entre los allí presentes, muchos vecinos los despedían. Miró a Antonio y sintió un escalofrío, no supo por qué, pero aquel muchacho haría grandes cosas en la Iglesia.

—Subid ya —dijo el abuelo, al que aquella emoción casi claustrofóbica empezaba a hacerle daño—, que se os va a escapar el barco.

Últimos abrazos. Mis dos hermanos subieron a lo alto del camión, cerraron las puertas tras de sí. El abuelo apremió a Damián para que se los llevara. El camión bajó la calle mientras mi madre lloraba en un pañuelo. Mi

padre los vio irse, en silencio. Cuando Antonio y Miguel miraron hacia atrás por el cristal trasero de la cabina y saludaron con la mano, todos los que estaban allí les devolvieron el saludo. «¡Buen viaje!», gritaron varios. «¡Volved pronto!», gritaron otros.

Yo tenía trece años, no era un niño, pero no pude evitarlo y salí corriendo detrás del camión. Corrí todo lo que pude. Mis hermanos me miraron asombrados al verme aparecer, yo los miraba diciéndoles adiós con la mano, ellos me devolvían el saludo. Hasta que no sé por qué, me llevé las manos a los labios, tirándolos hacia abajo, puse los ojos en blanco, en la mueca más absurda y cómica que se me ocurrió. Ellos rieron en la cabina, yo hice otra, esta vez ya quedándome quieto debajo de la luz blanquecina de un poste justo en el final del pueblo, mientras ellos miraban desde el cristal de atrás. Los vi reír. El camión se alejó perdiéndose en la oscuridad.

Fue la última vez que estuvimos los tres juntos.

## **2. El crimen**

**Madrid, 18 de julio de 1936.**

Hacía calor en Madrid aquel día de verano. El seminario estaba prácticamente vacío debido a las estivales. Solo quedaban los seminaristas llegados de provincias, con familias sin recursos que no podían pagarse el viaje a casa. Se notaba la tranquilidad de un edificio acostumbrado al bullicio de jóvenes. Ahora solo dieciséis pasaban las horas en aquel enorme lugar lleno de pasillos, aulas, capillas, bibliotecas... En el aula de juegos los diez más pequeños jugaban con los juegos de mesa. Era su tiempo libre, el asueto de verano. El padre Nicolás, sentado en una silla junto a la puerta, los miraba mientras sostenía un libro en su regazo que no podía leer. Su cabeza de octogenario estaba en las noticias que había oído en la radio. El ejército de Marruecos se había levantado contra la República. A cada minuto llegaban noticias de regiones militares que se declaraban en rebeldía, aunque eran pocas. La mayoría del Ejército estaba con el Gobierno. Parecía un fracaso en toda regla. De todas maneras, el ambiente en la ciudad era tenso, tanto que no se había atrevido a sacar a los chicos al descampado para que jugaran un rato

al fútbol. Ese día tocaba enclaustramiento hasta que las cosas mejorarán. Recordó cómo fue el 31. Un escalofrío le recorrió su viejo cuerpo.

Antonio estaba una planta por encima, en la espaciosa biblioteca, donde redactaba cuentos inventados por él en latín. Era su afición desde que llegó al seminario e hizo el primero. Desde entonces ya tenía casi trescientos cuentos para niños, todos en un pulcro latín y decorados por él mismo como si se tratara de miniaturas medievales. Los tenía guardados en una caja para llevárselos como regalo a Candelaria. Le gustaba estar en la biblioteca, aquella paz que se respiraba, todos aquellos libros que había leído en esos años. Tenía casi diecisiete y pronto se ordenaría, pero el padre Francisco, el prefecto de teólogos, le decía que su labor no sería una parroquia, sino la teología. Le habían maravillado sus ponencias sobre la libertad del individuo en el cristianismo, o sobre el discernimiento que nos aleja de la superstición. Antonio, que se había hecho a la idea de llevar una parroquia, e incluso de ir a misiones a Fernando Po, recibió las noticias con desilusión, pero el padre Francisco supo animarlo diciéndole que la Santa Madre Iglesia necesitaba pensadores que supieran hilvanar, trasladar a palabras comunes el pensamiento de Dios. Aquellas palabras aún resonaban en su cabeza y era eso a lo que se dedicaba casi todo el día, salvo cuando estaba en misa, escribiendo aquellos cuentos o jugando al fútbol con los otros seminaristas. Ahora los de su edad estaban todos en sus casas, madrileños que pudieron irse de vacaciones. Esperaba que estuvieran bien.

—¡Dios mío! ¡Estás aquí! —dijo irrumpiendo en la biblioteca el rector del seminario, el padre Marcos. Estaba agitado, tenía la respiración acelerada, su cuerpo espigado como un ciprés se movía de forma nerviosa y compulsiva, su rostro anguloso se estiraba de la misma manera. Lo miró con ojos llenos de pánico—. ¡Viene una turba hacia aquí!

—¿Qué turba? —preguntó Antonio dejando en la mesa la estilográfica con la que hacía su preciosista caligrafía medieval—. ¿Quién viene?

—Me acaba de llamar el padre Gumersindo para avisarme de que al menos una treintena de hombres se dirigen hacia aquí. Van gritándolo por la calle con fusiles.

—¿Fusiles?

—Giral ha ordenado repartir armas como si fueran golosinas... —dijo enfadado—. Eso sí, solo a los suyos.

—¿Pero nosotros qué les hemos hecho?

—¡Por favor, Antonio! Tenemos que irnos —dijo mientras Antonio lo seguía por el pasillo que bajaba a la planta de abajo—. El padre Francisco y el padre Nicolás están encargándose de consumir las sagradas formas. Salvador —dijo hablando del conserje— está cerrando postigos y reforzando la puerta. Los chicos están poniéndose las ropas de calle. Corre a ponerte las tuyas.

—¿Pero a dónde vamos a ir?

—A un piso que tienen los calatravos aquí cerca.

Antonio entró en la enorme sala donde las silenciosas camas de sus compañeros nunca le habían parecido tan tristes, apretó el paso para abrir el armario donde guardaba sus cosas. Sacó un traje, solo con verlo sabía que le quedaba pequeño, parecería un adefesio con aquello. Cuando los oyó.

Dos golpes secos sonaron en la puerta del seminario. Se quedó quieto, petrificado cuando con un crujido le dijo que la puerta de la calle había cedido. Oyó un griterío, más golpes contra la puerta de gruesos cristales que era la última defensa de aquel edificio hecho para el rezo y la enseñanza, no para la violencia.

—¡Abran a la Revolución! —gritó una voz desconocida desde el vestíbulo mientras se oían más golpes.

Antonio, sin la sotana, sale al pasillo en busca de los suyos. Lleva la camisa blanca sin cuello y los pantalones negros. Es un cura, se nota que es un cura, pero no puede hacer otra cosa. El rector lo ve así vestido, arquea las cejas con sorpresa, pero no puede hacer otra cosa, pone un dedo delante de los labios, silencio, y con un ademán le dice que lo siga. Atraviesan los pasillos interiores, huyendo de los gritos y los golpes en la puerta. Los dieciséis seminaristas y los tres sacerdotes salen por la puerta de servicio, suben al camión que conduce el nervioso conserje junto con su hijo de quince años, se juegan la vida por aquello. La ciudad es una locura, de controles, milicias, camiones erizados de fusiles... En el interior del seminario los milicianos han conseguido entrar. Con una enloquecida violencia recorren el vacío edificio buscando a sus víctimas. Se les han escapado.

**Madrid, 19 de julio de 1936.**

Miguel Durán maldice su suerte. Su primer permiso largo en meses y tiene que coincidir con el alzamiento de las tropas en Marruecos. Escucha la radio en el vestíbulo de Casa Brigitte, donde lleva escondido con sus camaradas los también caballeros legionarios Tomás Bernal, madrileño,

Rodrigo Moreno, sevillano, y Pavel Browazky, moscovita. Los cuatro maldecían el momento cuando se les ocurrió ir a Madrid a pasar unos días de permiso, pero a nadie se le pasaba por la cabeza que la situación iba a degenerar tan rápido. El asesinato de Calvo Sotelo les había cogido ya en Madrid. Pensaron volver, pero lo dejaron. Al fin y al cabo, la vuelta sería para hoy. ¿Quién podía pensar que esto iba a pasar?, se repetían mil veces.

—¿Qué dice la radio? —preguntó Pavel desde sus ojos azules y su cabeza rubia de ruso «blanco» que recaló en Valencia con su familia huyendo del paraíso de Lenin.

—Mentiras —respondió Miguel como si una sierra cortara un trozo de hierro oxidado—. Dice que Madrid está tranquila y que el alzamiento está fracasando en toda España.

—¿Y esos tiros que se escuchan qué son? —dijo quejumbroso Rodrigo, trianero de padre desconocido y madre puta, duro como un clavo en un ataúd, legionario hasta la médula.

La puerta se abrió para dejar entrar a Aline, una chica de Vallecas que en realidad se llamaba Gervasia, pero ese nombre no atraía clientes. Había salido a comprar comida, al menos esa era la excusa. En realidad, tenía que ver cómo estaba el patio. Brigitte la madama, Anselma como había sido bautizada en Cangas de Onís hacía cuarenta años, le había encargado que se diera un paseo hasta la estación para ver si aquellos cuatro podían irse de una vez. Habían pagado muy bien, habían sido generosos con las chicas, y habían sido buenos clientes, pero no podía tenerlos allí más tiempo. Su hermano le había contado cómo fue la revolución del 34 en Asturias. ¡Ni hablar! Tenían que irse pronto, un par de días más como mucho.

—Eso ahí fuera es una locura — ¡dijo Gervasia. Su cara atractiva, sus pecas y su pelo rojo le habían hecho ganar mucho dinero—. Es como si todo fuera normal, los cafés abiertos, las tiendas, los almacenes..., pero de repente llega un camión con hombres armados, todos con escopetas, y empiezan a disparar contra los balcones de las casas gritando, o se paran en mitad de la calle y montan un control pidiendo cédulas a quien les parece... —Bebió un vaso de agua que le trajo una de las chicas, todas congregadas a su alrededor atendiendo a lo que decía, cosa a la que no estaba acostumbrada, mientras los legionarios hacían lo mismo, cosa a lo que sí estaba acostumbrada—. A los que tienen pinta de rico o de cura los montan en el camión o simplemente los matan. Vi cómo golpeaban a uno al que le encontraron una estampa de la

Virgen en la cartera. No esperaron a nada. Lo tiraron al suelo y a golpes con las culatas hasta que la cabeza era solo una mancha.

—Santa Madre de Dios —dijo una de las más jóvenes, de piernas infinitas en las medias de seda de un cliente generoso.

—Mejor no digas eso en la calle —le replicó Gervasia con sorna—. Están quemando iglesias. Hasta la catedral de San Isidro ha ardido y se ha venido abajo.

—No se atreverán.

—No, claro que no —dijo con su acento vallecano—, ya lo han hecho.

—¿Y la policía? —dijo con voz cavernaria Tomás Bernal, nacido en un hospicio de Carabanchel, padre desconocido, madre desconocida, descuidero durante años, hasta que la Legión se cruzó en su camino—. ¿Qué coño hacen los de Asalto?

—La Guardia de Asalto pues colaborar, que para eso se está —dijo al estilo cañí la pelirroja—. Muchos de ellos se quitan el uniforme y salen a unirse a los tumultos, otros simplemente desaparecen cuando aparecen los otros y los más, pues encerrados en los cuarteles.

—Pandilla de cobardes. ¡Hijos de puta! —exclamó Miguel para susto de Anselma, que temía que medio Madrid lo hubiera oído.

—Si hasta dicen que le han cortado la cabeza a un general que estaba en un hospital —se quedó pensativa durante un instante—, a un tal López Ochoa.

—Pero si ese es más republicano que Maura —dijo con la boca abierta Pavel.

—Pues dicen que la cabeza está clavada en una pica en el mismo hospital de Carabanchel donde se la cortaron —un sorbo de agua—. Y una cosa más.

—¿Qué cosa? —dijo Anselma sin saber que podría ir peor.

—Están registrando todas las casas, los pisos, los apartamentos. Todo.

**Madrid, 20 de julio de 1936.**

El primer golpe fue seco. Una culata golpeaba con fuerza la puerta. Sonaron gritos que despertaron bruscamente a los dieciséis muchachos y a los tres adultos que se escondían en aquel piso de largos pasillos y altos techos. Llevaban un día y medio rezando en silencio, hablando en murmullos, sin encender la luz, sin el más mínimo ruido. Tenían que simular lo imposible, que el piso estaba vacío. Ayer oyeron cómo los milicianos llegaban al de abajo, registraban las casas para irse con varios detenidos. Hombres jóvenes que salían mientras sus madres lloraban implorando piedad. Los padres se ponían

las chaquetas y los sombreros para acompañarlos con la idea de «esto se lo aclaro yo al juez» mientras los milicianos sonreían burlones entre ellos diciendo «venga, venga, acompáñelo... que lo aclara usted».

Antonio sabía a qué venían. Se levantó de un brinco para vestirse. Vio cómo los niños lo miraban desde las camas, con el pavor en el rostro. Tras él, el mayor era Mauro, de trece años, un chico nacido en Bogotá cuyos padres esperaban que volviera de la lejana España convertido en sacerdote de la iglesia donde se había bautizado a seis generaciones de su familia. En aquel momento Mauro solo era un niño delgado de tez ambarina que lo miraba esperando lo imposible, que le dijera que nada de aquello estaba pasando. Miró a todos los demás, niños asustados. Luis era el más pequeño, un niño rubio, flaco y enfermizo que, con sus ocho años, había llegado desde un orfanato gallego. Uno de esos niños con la seriedad perpetua de la derrota y la tragedia escrita en la cara.

—Vestíos y rápido —dijo Antonio con esa autoridad suya que era al mismo tiempo orden y recomendación.

Todos a una brincaron fuera de sus camas, muchas de ellas compartidas, para vestirse mientras los golpes y los gritos se repetían. Oyó a don Marcos ir a la puerta de la habitación para abrirla. Tenía el rostro serio, de misa de réquiem, y asintió mirando a Antonio, que ya estaba vestido con sus gafas redondas puestas y le devolvió el asentimiento. No fue un gesto preparatorio, ni una advertencia, fue un gesto de fatalidad, una despedida, un se acabó. El muchacho era consciente de lo que pasaría cuando se abriera la puerta.

—El padre Francisco ha ido a abrir la puerta —dijo con una mirada gris como los cielos de tormenta—. Será mejor no resistirnos. Igual nos tratan bien. No hemos hecho nada.

Antonio asintió, miró a los niños que ya estaba vestidos.

—No os preocupéis, no va a pasar nada —dijo con su tono de mayor confianza—. Salgamos al pasillo, esperemos con los padres.

El padre Francisco giró la llave en la cerradura, quitó los dos fechillos. Los golpes cesaron, se hizo el silencio, solo fue un espejismo. Cuando el pestillo de la puerta la dejó abierta, un empujón hizo que la hoja chocara con el sacerdote, que se fue al suelo. Hombres entraron como una jauría enloquecida para comenzar a golpear al sacerdote en el suelo con sus culatas, uno de ellos usaba una pala. Don Francisco, prefecto de teólogos del seminario, fue asesinado a golpes en aquel piso extraño, su cabeza abierta en

un gran charco de sangre.

Don Marcos, rector del seminario, movido por el asombro y la sorpresa, corrió hacia aquellos hombres para impedir lo que ya era un hecho, su hermano en la fe, su amigo, estaba muerto. Como un resorte, chilló:

—¡Por el amor de Dios! ¡Hemos abierto la puerta! ¡Clemencia!

Un miliciano con la mandíbula acabada en pico, bien parecido, ojos pequeños y fríos, tocado con una gorra roja y negra, levantó violentamente el brazo para estrellar la pala que llevaba en la mano contra la cabeza de don Marcos, que se fue al suelo para no levantarse jamás.

Alfonso, miliciano de veintiún años, liberado de la cárcel hacía cuatro días cuando cumplía una condena por portar explosivos y violar a dos vecinas de Vallecas, acababa de matar a su octavo cura desde que asesinó al primero en la mañana del dieciocho. Enloquecido por la adrenalina, chilló:

—¡Cuervos de mierda! —dijo golpeando de nuevo la cabeza del cadáver del sacerdote cuyos pómulos se hundían aún más—. ¡Cucarachas!

Por la puerta entró un miliciano de barriga prominente. Llevaba unas botas de montar de un carísimo color cuero que no combinaban con su ropa raída, sucia, con la camisa de un solo botón junto al cuello. Llevaba una gorra al estilo militar con los mismos colores que el asesino de don Marcos, pero este tenía letras bordadas en blanco CNT—FAI. Caminó por el pasillo mirándolos fríamente. Le dio una palmada en la espalda a Alfonso.

—Tranquilízate, Alfonso, que no estamos en la Modelo —dijo con sorna, para añadir con un grito—: ¡Ustedes son los curas que escaparon del seminario!

El padre Nicolás lo miró sin entender, estaba ido, fuera de sí, como en una nube fuera de su cuerpo, dos guías espirituales acababan de morir a golpes delante de sus propios ojos. Aquello no podía estar pasando. Miró a aquel hombre de rostro redondo, sombra de barba hasta los pómulos, que le gritaba mirándole.

—Este viejo de mierda está lelo —dijo Botas de Montar mirando a sus hombres—. Vamos a ver si los ángeles lo refrescan.

Sus hombres rieron. Alfonso corrió hacia la puerta del pequeño balcón para abrirla de par en par con una contundente patada. Dos milicianos con sus fusiles colgados a la espalda se lanzaron sobre el viejo sacerdote, al que cogieron por los brazos para levantarlo. Eran fuertes y estaban ociosos, pudieron sin problemas correr con él hacia el balcón para tirarlo de espaldas.



«Vuela, vuela», gritaban desde lo alto los que lo miraban entre risas y eran acompañados por los de abajo, que lo veían estamparse contra el suelo, a unos metros del camión gris oscuro con las mismas letras que las gorras de los milicianos.

Con indiferencia Botas de Montar observaba el piso. Su vista recorría lo espartano de las muebles, lo vacío de sus cajones, un armario lleno de sotanas, una foto coloreada de una Inmaculada de Murillo... Allí solo había polvo y roña, un piso deshabitado. Miró al grupo de niños asustados que se pegaba en la pared del pasillo interior, todos pálidos, con el rostro demudado. Los más pequeños lloraban en silencio, con lágrimas cayendo por sus mejillas. ¡Curas de mierda! ¡Murciélagos! ¡Lacra! Miró al más alto, un chico con gafas redondas, la piel casi traslúcida, la mirada directa a los ojos, pero misteriosamente tranquila. Era el mayor, eso sin duda. Se acercó para intimidarlo. El chico no se asustó, solo lo miraba.

—Somos los seminaristas que salimos de nuestro seminario cuando llegaron los milicianos —dijo sereno Antonio.

El hombre lo miró con sorpresa, no era habitual que le hablaran de esa manera tan tranquila.

—O sea, que sois los que nos estabais disparando desde las ventanas —dijo en el silencio sepulcral que reinaba en el piso. Fuera en la lejanía sonaban tiros que traía la tímida brisa de aquella mañana estival.

—No teníamos armas en el seminario. Nunca hemos disparado un arma.

—¡Mentiroso! —le chilló en la cara—. ¡Nos disparasteis!

—¿Con qué armas?

—Ya aparecerán —dijo tajante para añadir con una mueca a modo de sonrisa—: tenlo por seguro que aparecerán.

Botas de Montar se movió por la habitación, la mirada del curita le seguía. ¡Pajarraco sucio! Miró a uno de los niños, el más pequeño y delgado. Rubio y con ojos claros, una cara de desgraciado que tiraba para atrás.

—Que se vayan vistiendo y para fuera —dijo con satisfacción al ver la algarabía de sus hombres—. Nos los llevamos al Retiro.

—Estamos vestidos —dijo Antonio con decisión.

—Poneos las sotanas —señaló el armario de aquel salón, lleno de viejas prendas de hacía décadas—, que os vean como los cuervos que sois.

—Pero no son nuestras...

—¡Que os las pongáis! ¡Cuervos! ¡Ratas!

No podían esperar más. Sabían que la madama solo tenía que denunciarlos para salvarse. Los cuatro legionarios salieron a la calle tranquila y solitaria, vestidos de milicianos. No consiguieron gorras ni enseñas políticas, porque las chicas del burdel no tenían, pero sí pantalones de faena, camisas a punto de convertirse en trapos y alpargatas. Todo cuanto más sucio y usado mejor, aunque no había que exagerar, los milicianos sospechaban de la ropa exageradamente vieja, solo un tipo con la raya del pantalón bien planchada o una camisa con todos los botones les atraía más.

Despedidos de las chicas en la *maison* con un suspiro de alivio por parte de Madame Brigitte cuando los vio desaparecer tras la puerta aquella mañana. Los cuatro legionarios recorrían las calles rumbo a la estación de trenes. Había algo de irrealidad en todo aquello que veían. La ciudad era como si estuviera en paz, con las cafeterías, los bares, los negocios abiertos, mientras en una esquina ardía una iglesia con un centenar de curiosos mirando. Un camión repleto de hombres armados con rifles pasaba a toda velocidad. De un portal sacaban a dos hombres para meterlos en un coche con las letras pintadas del PC, todo entre llantos quejumbrosos de varias mujeres que protestaban por la detención de sus maridos y las burlas de otras que, al grito de «¡Burguesas... pim... pam... pum!», se mofaban del sufrimiento de aquellas desdichadas. Más adelante, un miliciano de unos quince años llevaba atado de las muñecas a un cura de larga sotana con un capirote de orejas de burro. El hombre, de unos cincuenta años, tenía un corte sobre la ceja. Miguel sintió que la preocupación por su hermano volvía a crecer, esa pregunta retórica del «qué le van a hacer si es un niño» ya no le convencía. Una de las chicas había preguntado por ahí y le habían dicho que el seminario estaba vacío cuando fue requisado, que se creía que los seminaristas estaban ya fuera de Madrid. Cerró un instante los ojos para desear que fuera cierto, que no fuera un rumor en aquella ciudad plagada de ellos.

—Se nota a la legua que no somos milicianos —dijo en voz baja Bernal con ese aire suyo patibulario.

—Lo noté desde que salimos del burdel —remarcó Miguel.

—Son las hechuras, el pelado, las armas... —dijo Rodrigo señalando al ruso con expresión de burla—. Y ¡joder! Este que da el cante. ¿No podrías ser moreno y medir menos, hijo de puta?

Pavel sonrió, solo a un español se le ocurría hacer bromas en aquella situación. Reconocía que tenía razón, que habían sido varias las miradas de

sospecha sobre él, pero hasta ahora ningún miliciano se le había acercado, posiblemente intimidados por la envergadura de su metro ochenta y tres. ¿Pero hasta cuándo se mantendrían a distancia?

—Calles secundarias —dijo Miguel a modo de orden, con los nervios a flor de piel. Los otros, con la misma tensión marcada en todo el cuerpo, le siguieron por las calles que fluían alrededor de la Gran Vía.

El traqueteo del camión llevó a los dieciséis muchachos a recorrer el centro de Madrid. La lona les impedía ver dónde estaban exactamente, aunque por el camino hicieron paradas donde subieron un padre y un hijo vestidos con la ropa de porteros de cine. El hijo tenía sangre en la nariz. El padre se les quedó mirando al subir, solo con verlos con aquellas sotanas antiguas no necesitó decir nada más. Movi6 la cabeza con pesar, mir6 a Antonio para decir con un hilo de voz:

—Padre... Me denuncian por querer cobrar una factura —dijo rompiendo a llorar, llevándose las manos a la cara con esa vergüenza tan española por la dignidad perdida.

—Valor —respondió Antonio poniéndole la mano en el hombro como si de un pésame se tratara—, valor. Pronto todo se aclarará.

Una mujer joven subió cuando pararon en la calle de Toledo. Llevaba ropa elegante, el pelo despeinado, la cara golpeada, la falda ceñida, desgarrada en la cintura. Su pelo rubio recogido en lo que había sido un moderno peinado, sus ojos grises miraban hacia sus rodillas, la expresión perdida que tienen todos aquellos a los que acaban de hacerles algo tan horrendo que ya nada importa. No dijo nada, solo permaneció en silencio. En la calle Bailén subió un hombre mayor, de grandes bigotes y patillas canosas. Antonio record6 al padre Nicolás, pero este era más grande, más fuerte. Se sent6 serio y salud6, haciéndose entender con una boca sin dientes.

—Señores párrocos, señores empleados del cine Capitol, señorita —dijo haciendo una genuflexión en cada caso—, yo soy el general Jacinto Valverde Mondéjar a su servicio. General retirado hace ya casi treinta años y que nunca pens6 en que, a mis casi noventa y cuatro años, me fueran a fusilar en mi propio país, en la ciudad en la que nací, arrancándome de la casa que ha sido el hogar de mi familia desde la época de Felipe V.

Todos allí lo miraban en silencio. Antonio supo que, de todos, aquel hombre era el único que veía con lucidez el final de todo aquello.

Bernal sali6 de la estación de trenes, camin6 hacia el lugar donde,

ocultos por unas cajas, le esperaban sus compañeros.

—No hay forma de subir a un tren —dijo negando con la cabeza—. Hay controles en todas partes y tipos pidiendo la cédula. CNT, PC, POUM, PSOE... Todo el jodido Frente Popular está ahí dentro, disputándose cada baldosa como si fueran las cotas del frente.

—Pues les enseñamos el pasaje y cuando vean en la cédula lo de legionario, vas a ver tú dónde acabamos pasando la noche —dijo Pavel, con aquella fatalidad resignada.

—¿Qué hacemos? —dijo Miguel, para quejarse—. Yo no soy de esta ciudad, pero Bernal, tú si eres de aquí, da alguna idea de cómo salir de este laberinto.

Bernal miró hacia la estación como si meditara los pros y los contras de una decisión arriesgada.

—Solo se me ocurre llegar a Carabanchel por las alcantarillas. Allí todavía conozco gente de mi época de quincallero. No sé de qué pie cojearán, porque visto lo visto, no me extraña que sean milicianos y nos den matarile, pero si queda alguna hermandad, posiblemente nos ayuden a salir de Madrid.

—Pues juguemos esa carta —dijo Miguel.

—No queda otra —apostilló Rodrigo—. ¿Vale cualquier boca de alcantarilla?

—No —dijo Bernal—, por aquí hay una mejor.

Caminaron entre las estrechas calles. Todo estaba en silencio, no se veía a nadie. Una ciudad atemorizada se encogía tras los vidrios de las ventanas con temor a que la mala baba de uno de aquellos matarifes decidiera que su casa tenía pinta de tener quintacolumnistas dentro. Así vivían los madrileños en 1936, como aquellas postales de chinos esperando a que pasara el tifón sobre su aldea.

Mientras apretaban el paso, oyeron gritos quedos y apagados. Eran mujeres y estaban en el camino que les separaba de la boca de alcantarilla que Bernal sabía que los llevaría casi directo hacia el barrio donde nació. Rodrigo se adelantó para mirar intentando no ser visto desde la esquina. Impávido e inexpresivo, volvió para traer novedades, como si del avistamiento de una cabila moruna se tratase.

—Son cuatros milicianos que van a violar a tres novicias —dijo como si fuera algo corriente. Marruecos había curtido a todos aquellos hombres con un espíritu tan áspero como las palmeras de Melilla.

—¿Novicias? —dijo el ruso, al cual las cosas católicas todavía se le enredaban—. ¿Cómo sabes que son novicias?

—Pues hábitos blancos y ninguna tiene más de catorce años...

—Vaya una mierda —dijo reprobando Bernal mientras Rodrigo asentía.

Ambos habían vivido una larga carrera como delincuentes desde que eran muy críos. Eran puteros, ladrones, habían matado gente sin pensarlo, para ganar dinero o por un simple quíteme de allí esas pajas. Pero su manera de pensar estaba vinculada al honor. Violar a una niña era algo repugnante, una bajeza tan grande como violar a una monja, quemar una iglesia o matar a un cura. Era ponerse a mal para siempre con Dios, y eso era algo imperdonable en un mundo donde la muerte los acechaba en cualquier esquina.

—¿Tenemos que pasar por ahí? —dijo el ruso.

—Siempre hay otro camino —dijo el madrileño encogiéndose de hombros.

Miguel sacó el revólver que llevaba en el cinturón, oculto bajo la camisa. Lo abrió para ver el cargador, giró el tambor comprobando que las seis balas estaban en su sitio.

—Yo no sé ustedes —dijo con aquella pose seca y temible que adoptaba cuando quería—, pero yo tengo un hermano en el seminario que no sé si está vivo o muerto. Si alguien le está haciendo lo mismo que a esas niñas. Igual, quiera Dios, está en un lugar seguro preparándose para comer, pero eso no lo sé, y como no lo sé, esos cuatro cabrones van a pagar bien caro haberse cruzado en mi camino.

—*Cagonlaputa* —dijo satisfecho el sevillano—, ese es mi Miguel.

Estaban en el Retiro, no sabía dónde, pero oía los rugidos de la Casa de Fieras. Dos milicianos habían retirado la lona trasera para quitar los pasadores de la puerta.

—¡Venga, hijos de puta! —gritó un hombre de voz aflautada, pelo corto cercano al rape, pero con un fleco que caía sobre la frente. Metido en una gabardina de cuero rojísimo, sudaba como un cochinillo en un horno, pero a su entender aquella gabardina le daba autoridad sobre aquella gentuza analfabeta a la que trataba de organizar. Se hacía llamar *Robespierre* y decía que el mismísimo Largo Caballero le había prometido el mando de una columna.

Los dos milicianos que habían abierto la trasera empezaron a meter prisa a los que bajaban de un salto. Antonio procuró caer sobre los dos pies. Quedó en el sitio mirando hacia el camión para ayudar a los más pequeños. Mauro, el

muchacho colombiano, lo imitó, al fin y al cabo, eran los mayores. Pero no los dejaron, los apartaron a empujones. Los niños fueron saliendo sin problemas. Algunos saltaban cogidos de la mano cuando sabían que su hermano no podría saltar. La mujer resbaló en el mismo borde, se agarró al costado del camión, pero aun así se dio un buen golpe contra el suelo. Las risas de las milicianas fueron crueles, los insultos, las burlas de aquellas mujeres que con furia la ridiculizaban, con un odio surgido de una envidia muy profunda y oscura. Antonio se dio cuenta en aquel momento de la cantidad de gente que había allí. Calculó que unas doscientas personas, tal vez más. Miró a su alrededor para ver una bandera de la URSS, ya no había emblemas de la CNT. Los niños se agruparon a su alrededor, todos en silencio, todos asustados. El padre y el hijo habían bajado. Cuando un miliciano le quitó de un golpe el pañuelo de la cara, la sangre brotó.

—No te preocupes, que ahora te vamos a abrir otro agujero para que te salga toda —dijo uno de ellos ante las risotadas crueles de los demás—. Id allí con los cuervos y esperad.

Padre e hijo se acercaron. El padre balbucía lamentos, mientras el hijo intentaba respirar por la nariz rota. Los niños se agrupaban más. Benito, un cordobés de ocho años, que había sido criado por sus abuelos hasta que estos murieron, le daba la mano. Antonio lo notaba temblar con miedo. En la otra estaba Marquitos, un chico mitad filipino mitad español. Su padre, un marinero ferrolano afincado en Madrid, lo dejó en el seminario cuando la madre murió, y nunca lo volvieron a ver. Estaba asustado, musitando por una madre que nunca conoció. Delante Gregorio que, con sus diez años, miraba a todos lados, mandíbula desencajada, ojos que buscaban algo, pero sin encontrarlo.

La mujer se acercó a ellos. Venía seria, limpiándose la tierra de la falda. Alzó la cabeza para mirarlos. Sus ojos recorrieron al grupo de niños para detenerse en Antonio, que la miraba a los ojos.

—¡Dios mío! Si sois unos críos —dijo casi para sí misma.

Se acercó para coger de la mano a Abraham, un gitanillo de Granada, al que, con sus ocho años, las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Rómulo corrió a cogerse de la otra mano. Ella, que no tenía hijos, que con veintitrés años no pensaba tenerlos por el momento, supo en ese instante que no los tendría. Miró al suelo, con pesar, para pensar en Joaquín. ¿Dónde estaría? Lo imaginó en aquel bar de La Habana donde se habían conocido hacía ya casi

tres años. Una voz la sacó de sus pensamientos.

—Dios se lo pague, señora —le dijo Antonio. Ella asintió levemente.

El viejo general salía del camión rodeado de un cerco de risas histéricas que veían los esfuerzos del anciano por no caerse. Una vez en el suelo, los empujones y las zancadillas de un grupo de niños animados por sus madres que les incitaban a tirarle pequeños guijarros. El general Jacinto Valverde Mondéjar hizo su último desfile hasta que lo colocaron en el grupo. *Robespierre* se le acercó con una sonrisa burlona.

—Conque un general —dijo desbordando desprecio—. ¿Asustado, su excelencia?

—¿Miedo? —dijo el anciano alzando la voz con los ojos como platos—. Miedo daba la rebelión bóxer en aquel mes y medio que estuve en Pekín protegiendo la embajada, rodeado de millones de amarillos vociferantes pidiendo nuestras tripas. Miedo daban los yanquis en la colina de San Juan con toda aquella artillería. Miedo daban los moros y los rifeños ocultos en los barrancos del Atlas. Esos sí que eran hombres, uno de ellos valía más que todos ustedes juntos. ¿Miedo?, vosotros sois una panda de matones de tres al cuarto. —El miliciano levantó la mano para abofetearlo, pero el viejo lo miró desafiante—. ¡Compórtate como un hombre y márame de una vez!

*Robespierre* sacó la automática que le había dado uno del sindicato, apuntó a la cabeza del viejo.

—Di tus últimas palabras, viejo sucio.

—¡Viva España!

La bala le entró en la cabeza con un fuerte estampido que dejó sordos a los más cercanos durante unos segundos. El viejo general cayó hacia atrás con un agujero donde manaba la sangre como impulsada por una bomba. Antonio hizo un movimiento para ir a socorrer a aquel hombre, pero un miliciano lo miró con dureza para añadir un «ya es inútil, curita». El público aplaudía a *Robespierre*, que se quitaba con ceremonia su gorra con una hoz y un martillo, toscamente dibujadas a tinta.

—¡Venga! —gritó uno de ellos con pantalón de pana y una cuerda por cinturón—. ¡Todos al muro! ¡Que os vamos a retratar!

El portero del cine Capitol se acercó a Antonio con su hijo con la tez azulada, que se asfixiaba poco a poco y había perdido la consciencia casi en su totalidad. El hombre lo miró con aquellos ojos suplicantes, de bonachón que ingenuamente había pensado que nadie lo podría denunciar nunca, porque

él no había hecho mal a nadie.

—Por favor, padre, la extremaunción para mí y para mi hijo.

—Pero... yo no... —La sorpresa y la culpa heló el temple de Antonio. No podía dejar a aquel hombre sin consuelo. Simplemente los bendijo—: *Dominus noster Jesus Christus te absolvat. Et ego auctoritate ipsius...*

*Robespierre* abrió los ojos, con una sorpresa que llevaba al pasmo. No iba a permitir que aquello pasara en su ejecución, así que sacó la porra de madera que le había dado un guardia de asalto, levantó el brazo para dejarla caer con fuerza sobre la cabeza genuflexa de aquel meapilas. Pero no acababan ahí las sorpresas. Cuando su brazo estaba en lo alto, aquel seminarista de gafas redondas dejó sus bendiciones para agarrarle con un rápido movimiento. El jefe de milicianos lo miró con furia. El portero del cine se había apartado con su hijo moribundo, con lo cual el golpe ya no era efectivo. El miliciano hizo ademán de soltarse, pero aquel chico no lo dejaba.

—Usted nos matará hoy —dijo Antonio con la tranquilidad necesaria para que su voz parara la ira de aquel hombre y se escuchara tan clara que le prestara atención todo el público vociferante que, atónitos ante la imagen, miraba sorprendido—. Hoy moriremos todos bajo unas balas que nos castigan por un crimen que no hemos cometido. Hoy nos matarás a todos inocentes, como otros han matado a otros tantos inocentes a lo largo de la historia del mundo. Nosotros entraremos en el reino de los cielos cuando usted termine y allí pediremos al mismísimo Dios en persona que le ilumine... a usted y a los aquí presentes. —Soltó el brazo para mirar a las caras silenciosas—. Para que vuestro corazón se llene del amor del Padre, que calme eso que os mortifica y os hace odiar.

—¿Pediréis por nosotros? —le preguntó destilando odio y añadiendo entre dientes—: ¿Nos perdonaréis?

—Por nuestra parte ya lo estáis —dijo con una sinceridad que ardió en los allí presentes, que guardaban un silencio sepulcral.

Antonio supo que su destino en la vida había sido aquel momento. Su fe, ya de por sí templada como el acero, se hizo aún mayor. Levantó el brazo y bendijo a todos los allí presentes, que lo miraban boquiabiertos, para terminar con un «*Deinde, ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen*».

*Robespierre* no podía permitir aquello, escupió a Antonio en la cara, pero no resonaron carcajadas entre los que miraban. Solo silencio. El



miliciano gritó: «¡Venga, al paredón! Si tantas ganas tenéis de morir, ya estáis tardando!».

Los jóvenes milicianos se acercaron para empujarlos, pero no hizo falta. Los niños, como un rebaño, se colocaron alrededor de su pastor para comenzar a caminar. Aquel chico de gafas redondas se limpió con la manga de la sotana el escupitajo de su rostro para mirar hacia aquel cielo de julio y comenzar a cantar aquella canción que les había enseñado el padre Venancio. Aquel cura de Silos, que los dirigía en el coro del seminario, le contaba sobre la espiritualidad de la música a la hora de transmitir la fe y siempre hablaba de llevarlos al Camino de Santiago. Ya no podría ser, padre, pensó Antonio.

—*Dum pater familias* —dijo con la misma fuerza melódica con la que se había cantado durante siglos aquella canción milenaria.

—*Rex universorum* —respondieron todos de forma correcta, sin precipitaciones y con la misma melodía. Al fin y al cabo, ellos eran parte del coro del seminario—. *Donaret provincias Ius apostolorum, Iacobus Yspanias Lux illustrat morum.*

Detrás del grupo la mujer había soltado a los niños que llevaba de las manos, que ya no lloraban y querían ir con los otros. La mujer miraba con fascinación a aquel muchacho, cómo había hablado, lo que había dicho. Cuando lo oyó cantar, sintió la misma tranquilidad que de niña sentía con los abrazos de su padre, y cuando los niños le respondieron, por primera vez en todo el día lloró, pero no por lo cerca que estaba su muerte, sino por ser consciente del crimen enorme que se estaba cometiendo.

*Robespierre* no los hizo callar, temía que no le hicieran caso y el ridículo fuera aún mayor. La gente estaba en silencio, incluso la chiquillería estaba callada, junto a sus madres. Observaba que a ninguno se le ocurría persignarse, o sería el siguiente en ir al paredón.

—¡Qué coño estáis haciendo! —resonó desde un extremo. Los milicianos vieron a un militar que, hecho una furia, se acercaba a paso ligero—. ¡Qué pasa aquí! —decía desde su bigote bien recortado en un rostro bien parecido bajo una gorra de oficial del ejército de la República.

—¿Y tú quién eres? —dijo con sorna el jefe de milicianos.

—Soy el comandante Beltrán Santillana de la Mota. Oficial del Ejército Republicano. ¡Exijo saber qué pasa aquí! ¡Bajo qué ordenes vais a fusilar a estos!

—¡Aquí no hay comandantes ni mierdas que valgan! —gritó *Robespierre* para hacerse oír—. ¡Aquí somos todos camaradas! —Gritos de aprobación general.

—¡Aquí lo que no va a haber es ningún fusilamiento hasta que yo no vea ordenes firmadas! —dijo autoritario el militar.

—No tengo que darle explicaciones de nada. Nosotros somos el ejército del pueblo y... —dijo amenazante *Robespierre*— más vale que vaya a pelear con los fascistas en la sierra antes de que se meta en un lio aquí en Madrid.

—¡Maldito! ¡Cómo se atreve! —dijo el comandante haciendo el ademán de sacar la pistola de la cartuchera de cuero negro. No le dio tiempo. Un golpe en la cabeza por detrás con la culata de un rifle miliciano le hizo irse al suelo sin conocimiento. Las risas del público volvieron.

—Venga, nosotros a lo nuestro —dijo *Robespierre* con satisfacción ante la algarabía general—. A ese quitadlo del medio, que igual lo fusilamos después si nos quedamos con hambre.

Dos tipos lo retiraron, sujetándolo por los pies y los brazos. Cuerpo inerte, sangre en la cabeza. La mujer sintió que la última esperanza se evaporaba. Los niños volvían a cantar.

—*Primus ex apostolis, Martir Ierosolimis, Iacobus egregio, Sacer est martirio.*

Una veintena de hombres lo apuntó con los rifles. Ella lo veía todo como si fuera algo que no le afectaba, una representación siniestra que no iba con ella. Los muchachos seguían cantando cuando aquel matarife levantó un palo con un trozo de tela roja atada a un extremo. El padre miraba a su hijo, que recuperaba la consciencia, le musitaba: «Tranquilo, Mateo, que esto acabará pronto». La mujer miró hacia el cielo para dejar viajar su mente a un cielo similar sobre la Calle 23, con ella y Joaquín escogiendo un regalo de cumpleaños para la bonachona de Gracia, que cumplía años por esa fecha. Después irían en taxi a comer langosta al Sleepy Joe's, aquel restaurante lleno de ricos americanos, escritores y habaneros cosmopolitas, largas sobremesas y tertulias interminables con tazas de café o vasos de oscuro ron.

El portero del cine Capitol abrazó a su hijo para besarlo en la mejilla, había dejado de sangrar. Pensó en su mujer y madre del chico, la imaginó nerviosa, volviéndose loca, preguntando en los colmados, los mentideros, puerta a puerta, y ellos sin llegar.

Beltrán Santillana de la Mota, comandante del Ejército Republicano,

levantó la cabeza del suelo. Le dolía, era como una especie de piedra atada a su cuello, pero la imagen del palo bajando con aquellos apretando los gatillos de sus mortíferos máuseres le hizo soltar una maldición.

—¡Pandilla de cabrones! —gritó con rabia—. ¡Me encargaré de vosotros! ¡Eso tenedlo claro!

Antonio vio las bocas de los rifles, el pañuelo atado a un palo descender, los niños seguían cantando. Él los animó con un «¡Dios nos espera!». Sus padres vinieron a su cabeza, sus hermanos, su abuelo. Se despidió de ellos mentalmente con un «No sufráis, me voy contento, sé que Dios me espera, rezaré por vosotros». El pañuelo bajó.

Veinte balas salieron de los fusiles, cortaron el aire para rasgar las viejas sotanas decimonónicas y entrar en los cuerpos de los seminaristas. Niños que cayeron unos sobre otros, con heridas mortales y borbotones de sangre. Una bala en el pecho de Antonio hacía que le costara respirar cada vez más, boqueaba como un pececillo fuera del agua. Oía los gemidos de los niños, que se iban apagando. Le sobresaltó un tiro cercano, después otro, y otro... hasta que lo vio. Aquel hombre lo miraba desde arriba, con los ojos cargados de odio.

—¿Dónde está tu Dios ahora? —dijo con rabia.

El hombre le disparó dos veces.

Así murió mi hermano Antonio, rodeado de sus hermanos en la fe, en aquella explanada del Retiro. Su cuerpo estuvo allí días hasta que los empleados del servicio de recogida de basura se llevaron los cuerpos para enterrarlos en una fosa común. Nunca supimos exactamente el lugar donde fue enterrado en aquel malvado mes de julio de 1936.

### **3. Voluntarios, 1941**

Casa Eladio estaba atestada de soldados. Era una bodega fuera del cuartel que vendía a precio de soldadesca lo mismo que vendía la cantina cuartelera, pero allí no había mandos rondando que aguaran la fiesta. Aun así, todos sabíamos que Eladio, veterano retirado de las guerras de África, que escapó con vida del desastre de Annual, con los rifeños corriendo tras él a machetazos, que había sobrevivido al Madrid revolucionario escondido en un

sótano justo debajo de aquel mismo bar, informaba a la recién creada Brigada de Investigación Social. Aunque todos temíamos más que informara a la Policía Militar o, peor aún, que fuera con el cuento a los sargentos. Así que nos andábamos con ojo con lo que decíamos y a quién criticábamos.

Mi hermano Miguel y yo compartíamos aquella mesa de lata, cuya pintura verde hacía mucho que había saltado de los bordes. Lo miré mientras él trasegaba aquel orujo que vendía Eladio. La guerra lo había envejecido, parecía más viejo que los casi treinta años que rondaba. Su piel tirante en unas facciones huesudas, su nariz prominente. El pelo se le había oscurecido, pero seguía teniendo esa tendencia a rizarse cuando crecía. Bigote fino, patillas legionarias y aquellos ojos claros que no eran los mismos de cuando niño.

—Según me dicen, se llama Ramón Turión Albertos, alias «Robespierre» y es un hijo de puta de mucho cuidado, que fusiló mañana, tarde y noche. Fue de los hombres de García Atadel e hizo de todo en la Brigada del Amanecer hasta que lo nombraron jefe de un tribunal popular y se dio gusto —dijo tras dejar el vaso vacío sobre la mesa. Su uniforme de legionario se veía impecable, lucido con ese desplante de bravuconería que tanto le gustaba, camisa abierta, mangas recogidas, farruco y perdonavidas. Añadió—: Parece que en el 39 escapó de un campamento en Francia. Los comunistas franceses le facilitaron los papeles para que llegara a Rusia.

—¿Eso es seguro? —pregunté un poco cansado de sus pesquisas, que me sonaban siempre a humo.

—Pues claro que es seguro —me respondió con sorpresa y esa ligera irritación que se le ponía en la voz cuando le llevaban la contraria—. Te he dicho que tengo un conocido en el Ministerio y me dice que lo último que se sabe de ese es que salió de Francia con un pasaporte ruso a su nombre desde una estación de París, en un tren rumbo al este.

—Una aguja en un pajar —dije apurando mi vaso de orujo.

Ví a Diego Bazaga, le saludé con un ademán. A lo tonto en aquella tarde de jueves media compañía estaba allí intentando no perder lo que no tenían en partidas inacabables de mus. En la radio detrás de la barra sonaba la voz de Conchita Piquer cantando aquello de «Él vino en un barco, de nombre extranjero...». En la otra mesa Martín Carballo lo canturreaba por lo bajini mientras repartía las cartas. Tenía que ir ganando, era un fullero, nadie podía tener tanta suerte.

—¡Joder, Santiago! ¡Que está en Rusia! —me dijo mi hermano.

—Ya, como si Rusia fuera el pueblo —dije abriendo las manos.

—No, no es pueblo, don Perfecto —dijo con sorna—. Pero no creerás que ese tipo está de copas con Hitler. —Movi6 el vaso vacío en el aire para que Eladio lo viera—. Ese está en Rusia, con la Pasionaria, el Lister, el Campesino y la madre que los parió.

—Tengo tantas ganas de encontrarle como tú —aclaré, no quería que me viniera con esas—, pero no quiero dar palos de ciego. Tirar para Rusia y que al final esté en México o en Argentina.

—¿No te estarás rajando? —dijo con esa mirada seria que ponía—. Hace un año que juraste bandera, te quedan dos años de mili, pura y dura. O sea, guardias por un tubo, maniobras con suerte cada tres meses, si no cada dos...

—Que no me convenzas —dije dando un sorbo al orujo recién puesto, sabía a clavo, tenía que ser de otro barril—. Ya tengo el papel relleno como me dijiste, mañana tengo permiso hasta la noche, así que nada más que salga por la mañana estoy en la fila.

—Pues no tardes que hoy las colas eran enormes. —Se llevó su vaso a la boca—. Una pena que no te hayas apuntado a Falange...

—Si me apunto a Falange, tardarán una o dos semanas en darme el carné. Cuando vaya a apuntarme como voluntario, ya estarán en Rusia.

—Bueno, tú dices que estás interesado en hacerte falangista, que piensas ir por la tarde o mañana o pasado —se encogió de hombros—. Lo importante es que te cojan.

—Espero tener suerte, aunque con tanta gente... —Hice un gesto fatalista.

—Siendo hermano de veterano legionario y encima falangista pues no creo que te quedes fuera. Además, tú eres militar en activo, gustarás a los militares que, según me cuentan, están como locos por meter soldados en la División y frenar el número de falangistas.

—¿Y entonces? —dije lleno de sorpresa—. ¿Para qué tu prisa en hacerte flecha?

—Qué sé yo —dijo indiferente—. Me dijeron que había prioridad para los falangistas y bueno... me apunté, me hicieron la entrevista y aquí me tienes, un legionario en un partido lleno de estudiantes como tú —reímos—. ¿Cómo te va en la Universidad?

—Pues bien. —Estudiaba Derecho desde que vine a Madrid. Intentaba

combinar los estudios con la mili en Infantería—. Medio liado, pero voy tirando.

—Qué orgullosos deben estar los padres contigo. —Levantó el vaso a modo de brindis—. ¡Un hijo universitario!

—Por ahora solo estudiante y ya veremos. —Vi cómo en una esquina Voluntario hacía como que leía un ejemplar de ABC. El titular hablaba de lo que todo el mundo hablaba, el discurso de Serrano Suñer y su «¡Rusia es culpable!», que se repetía de boca en boca como el estribillo del *Bésame mucho*.

—¿Cómo están ellos?

—¿Padre y madre?

—Y el abuelo —añadió.

—Pues cuando los dejé de salud estaban bien... —Miré hacia la ventana del bar. Un mulo tirando de un carro pasaba despacio, un paisano vendía patatas en saco o a granel—. Lo de Antonio fue muy duro. Los tres años que duró la guerra fueron un sinvivir, no solo porque no sabíamos dónde estaba, sino por ti, aunque creo que todos podíamos jurar que tú sobrevivirías seguro, pero también teníamos la idea de que él había muerto —bebí—. Madre no, ella siempre decía que podía estar vivo, escondido, en casa de alguna familia. No sé si se engañaba, pero cuando acabó la guerra y empezaron a llegar noticias de lo que había pasado... —Me clavaba los ojos con un interés solo propio de alguien que lo está viviendo en su cabeza—. Días oscuros después de que llamaste aquella tarde para decírnoslo.

Miguel quedó serio, la luz de aquella tarde de junio le marcó el rostro. Por unos instantes sus ojos se vidriaron en lo que eran lágrimas a punto de caer. Apuró de un trago lo que quedaba en su vaso. Yo lo imité.

—¿Por qué no has vuelto al pueblo? —le pregunté.

—Te dije que no pensaba volver a vivir allí —dijo secamente.

—No digo a vivir. Solo a ver a los padres, unos días de un permiso largo.

—No se me ha... —dijo.

—Ellos te echan de menos —lo interrumpí. Sabía que debajo de aquella rudeza, estaba mi hermano Miguel y conmigo no tenía que fingir la pose de perdonavidas legionario.

Se levantó, colocó sobre la mesa tres monedas de diez céntimos. La conversación había terminado. Sacó un cigarrillo, negro, sin filtro, se lo

colocó en la boca, rascó la perilla del mechero de cuerda mientras hacía yesca.

—No te olvides de ir a eso mañana bien temprano —dijo a media boca mientras aspiraba hacia dentro intentando formar llama. El humo salió del cigarrillo—. Nos vemos el jueves —dijo sombrío. Dio unos pasos hasta la puerta para volverse. Tenía los ojos acuosos otra vez. Me miró, clavándome los en los míos, con el cigarrillo como un trozo de carbón sujeto en una esquina de su boca—. No he vuelto porque les fallé, a ellos y a tu hermano.

Dio media vuelta para salir de aquella bodega llena de soldados de infantería, dejándome allí, callado e intrigado, pensativo, incluso cuando compañeros al verme solo se sentaron alrededor a comentar lo que todo el mundo comentaba, la invasión de Rusia por parte de Alemania. Fuera en la calle dos falangistas muy jóvenes pegaban un cartel blanco con grandes letras rojas que decía «Alistaos para luchar contra el comunismo». Yo bebí en silencio, mi mente estaba en otro sitio, en esa grieta que acababa de ver en lo que yo creía una roca dura y sólida.

Me costó menos entrar en Falange y que me seleccionaran para la División Azul, que en aquella época todavía se llamaba División Española de Voluntarios, que decírselo a mis padres. Aquella mañana, tras salir del cuartel, me encontré en el trolebús a Rafa Domínguez, que hacía la mili conmigo y que estudiaba arquitectura.

—Vete a la universidad, que en el SEU te hacen todo —me dijo con aquel acento sevillano que tanta gracia me hacía—. Yo fui y mira, en media hora salí falangista y divisionario.

—¿Pero seguro?

—Seguro no hay nada —dijo comiéndose la mitad del «nada»—, pero me dijeron que casi. Parece que Falange quiere llenar la División del máximo de falangistas posibles, aunque, bueno, los militares parece que no están muy por la labor.

A mí me ilusionó que Rafa se hubiera alistado. Ya conocía a varios de los que habían presentado los papeles. No era lo mismo ir solo que ir con amigos. Cierto que mi hermano Miguel también iba, pero yo prefería ir con gente de mi edad y mi experiencia que con veteranos legionarios. Quería a mi hermano, pero a veces su condescendencia, cuando no su paternalismo, me sacaban de quicio. Lo cierto es que el sevillano tenía razón. En la oficina del

Sindicato de Estudiantes Universitarios me solucionaron todo en el mismo sitio, me hicieron cuatro preguntas, rellené los papeles en la misma mesa y el mismísimo José Miguel Guitarte, con el pelo engominado peinado con raya rectilínea y aquel bigote fino que tanto estaba de moda, me firmó la entrada en Falange. Tengo que decir que yo no sabía quién era él hasta que el chico con pecas en la cara que me atendía tras una máquina de escribir me dijo que «el mismísimo jefe nacional del SEU estaba estos días firmando las solicitudes». Fue muy cercano cuando me firmó los papeles, o al menos me lo pareció, me felicitó por mi decisión, se mostró bastante interesado cuando le dije que era de Tenerife, que estaba estudiando Derecho, aunque cuando le hablé de mi hermano legionario arrugó el gesto para al instante sonreír cuando le dije que era falangista. Firmado, y todo relleno, pasó el siguiente que esperaba en el pasillo. Yo me fui a disfrutar de mi día de permiso en Madrid y Guitarte a sus asuntos, no sin antes decirme que diera por hecho que saldría para Rusia en el primer que saliera de Madrid, y añadió: «Igual vamos en el mismo tren».

Cuando aparecieron los listados de admitidos y rechazados, sentí un gran alivio al verme junto a mi hermano entre los que habían pasado el corte. También estaban muchos de mis compañeros del cuartel, casi todos los que se habían presentado, no así los de mi hermano, que apenas habían elegido a unos cuantos. Sin duda era una división de voluntarios, pero voluntarios falangistas sobre todo.

—Pues no veas el cabreo que tienen en el ejército —me dijo Miguel en aquella cálida tarde en el Retiro, mientras tomábamos un vermut en el quiosco junto a varias centenas de madrileños que disfrutaban del sol. En el estanque una decena larga de barcas llevaban a parejas de todo tipo—. Si no llego a apuntarme a Falange me quedo fuera.

—¿Del grupo tuyo? —le pregunté interesado.

—Pues Pavel, ya que necesitan intérpretes. Pero del resto los han dejado a todos fuera. —Dio un sorbo mientras miraba a una mujer de espectacular figura y añadió de forma lacónica las frases tópicas que todos los veteranos repetían cada vez que no se hacía lo que ellos querían—. Para eso ganamos la guerra.

—Bueno, alguno irá.

—Pues según dicen los oficiales y los mandos, todos militares.

—Pues en el listado se ve un montón de jefes de Falange —dije con sorpresa—. Si hasta va Ridruejo y Guitarte, que yo pensé que era una



fantasmada, pero no...

—De tropa todos —me cortó— o a dar discursos. Pero ¿mando en plaza? Los militares.

—¿Qué piensas hacer en estos días de permiso? —dije cambiando de tema.

—Pues disfrutar de la vida —se encogió de hombros—, que allí vete a saber qué nos espera.

—¿Qué te parece? —dije decidido—. Visitar a los padres antes de irnos.

—¿Un viaje a Tenerife? —Se rio de forma forzada—. Dije disfrutar de la vida, no desperdiciarla.

—Cogemos el tren mañana, nos ponemos en Cádiz por la noche, pasado cogemos el correo aéreo, que nos planta en el aeródromo de Los Rodeos, viaje a Santa Cruz, cogemos el correíllo a Los Cristianos y esa tarde estamos en casa. Seis días en casa, para después estar en Santa Cruz para hacer la vuelta de la misma manera.

—¿Te sobra el dinero?

—Lo consulté en el cuartel con el capitán Vidal. Me dijo que sin problemas, que tendríamos prioridad en subir a ese avión y volver a tiempo. Al ser correo militar, sería a cargo del ejército.

—Se nos escapa uno de esos barcos y nos perdemos lo de Rusia.

—Se nos escapa uno de esos barcos y volveríamos a Madrid un par de días después, como mucho más tarde y aquí todavía no se habría ido nadie —dije con sorna.

—Te la sabes todas —dijo mirando el estanque. Se oía a un heladero sonando la campana y gritando lo de «helados de nata al corte».

—Y tú también, las excusas.

—Es que no quiero ir —dijo mirando a un grupo de niños vestidos de falangistas que paseaban en formación con sus boinas rojas.

—¿Sabes? —dije jugándome la baza—. Creo que tienen derecho a que los vayamos a ver. Estamos obligados a ir.

—¿Obligados? —dijo mirándome con sorpresa y media sonrisa de burla.

—Piénsalo. Puede ser que sea la última vez que nos vean.

La sonrisa se borró de su cara para pasar a la incredulidad.

—¡Venga! Los alemanes van a todo trapo rumbo a Moscú. Posiblemente cuando lleguemos será para controlar carreteras, perseguir a guerrilleros y poco más. Hitler se merienda al Ejército Rojo...

—¡Para de una vez con eso! —le interrumpí—. Eso está bien que lo diga yo que no luché en la guerra, pero ¿tú? —Me miraba callado—. Tú sabes que es una guerra, no te voy a contar nada que no sepas, solo que puede que no volvamos. Puede que nuestros padres nos pierdan a los dos y a mi juicio —me llevé la mano al pecho—, padre y madre se merecen que nos despedamos de ellos, que se lo contemos nosotros en persona, más allá de esa carta que les escribí, sí, esa en la que tú no quisiste escribir nada. Se lo debemos.

Me miró callado para desviar la mirada hacia el monumento del estanque. Sabía que estaba pensando, mascullando una respuesta que no le salía fácil. En un extremo vio aparecer a una mujer vestida de enfermera que empujaba la silla de ruedas de un octogenario, parecían salidos de una escena de una película de Imperio Argentina.

—Vale —dijo dando un pequeño golpe de fastidio sobre la mesa de madera pintada—, habrá que ir.

Todo salió como le dije a Miguel, ni retrasos ni nos quedamos fuera de nada. Pero aquel viaje fue extraño. El pueblo había cambiado. No era la luz eléctrica en las casas, ni que hubiera una centralita de teléfonos detrás del ayuntamiento, tampoco las obras para la mejora de la carretera, ni siquiera los seis coches que eran toda una novedad. El pueblo ya no era el mismo.

Nuestra llegada fue todo un acontecimiento, no por mí, yo solo era un soldado que volvía de permiso cuartelero, ninguna novedad, pero Miguel era un veterano de la Legión que había escapado del Madrid revolucionario, perseguido por milicianos del PC, para acabar refugiándose en el Alcázar de Toledo. Como él decía, «tras nosotros cerraron la puerta». Estuvo allí dentro los dos meses y seis días que duró el asedio. Dos días después se incorporó a su puesto en la Legión, donde figuraba como desertor, cosa que fue rápidamente subsanada.

Mi hermano era un héroe y en aquel pueblo de gente sencilla lo recibieron como lo que era. Don Juan seguía siendo el alcalde, y fue con Quintín el de la Sindical, que era el jefe local de Falange. También fue don Marcelo que, con su sotana, su sentimiento de culpa y pena, nos hizo acordarnos de Antonio. Aquel día tuvo mucho de romería, con mi madre sacando platos y poniendo comida, con gente entrando y saliendo, mi padre yendo a por caña, aquel sucedáneo barato de ron que tanto gustaba por aquel entonces. Miguel, siempre reacio con lo de contar las cosas que hizo en la guerra, hizo el esfuerzo para no quedar mal. Siempre me dijo que la mayoría

de la gente solo escuchaba a los veteranos para después murmurar un «pues no se te ve que lo hayas pasado muy mal» o «muy fantástico te oigo», cuando no te llamaban embustero, algo en lo que le di la razón muchos años después.

A la hora de la cena toda aquella algarabía desapareció. Cenamos en casa y puedo decir que era la primera vez que veía realmente a mi familia desde que llegamos. Sentados en aquella mesa, con un potaje de verduras en el plato, con la cacharra del gofio de trigo, pasando de mano en mano. Me fijé en lo marcada que estaba la tristeza en sus rostros. Mi madre vestía de luto con el pelo recogido. Había perdido totalmente la juventud de su rostro, de la muchacha alegre que le cantaba isas. Le gustaba hacer de comer para mucha gente y siempre llevaba esa mirada divertida. Esa muchacha que no era mucho mayor que yo en ese día, esa muchacha que era mi madre cuando yo era un niño de rodillas peladas, esa muchacha había desaparecido hacía mucho tiempo. Mi padre ya no era aquel gigante lleno de fortaleza y autoridad que recordaba, aquel hombre que solo se doblegaba ante mi madre, que solo callaba cuando ella lo interrumpía, aquel hombre que seguía siendo capataz en la empaquetadora de tomates, pero que ya no era nada de lo que pudo ser. Su mirada era distraída, absorta en un mundo interior que solo él conocía. El abuelo seguía igual, aparentemente enérgico y gruñón, aceptando con resignación fatalista todo lo que había venido. Había empezado a fumar en pipa, decía que le quitaba la tos. Solo Candelaria daba un toque alegre a aquella casa. Con sus doce años, era una niña curiosa, avispada, ingenua, que reía de forma escandalosa como lo había hecho su madre antes de que la vida le pasara por encima.

Nos quedamos en nuestras antiguas camas, como no podía ser de otra manera. La cama de Antonio seguía en su sitio. Sin hacer, con el colchón desnudo, como una especie de sudario a la espera de la vuelta de su dueño. Vi en la cara de Miguel una amargura enorme al verla, él no había convivido con ella cuatro años como yo. «No debimos haber venido», dijo entre dientes, y sin decirlo le di la razón.

Aquellos días fueron de paseos con mi hermano y la pequeña Candelaria, que nos acompañaba con su fresca alegría. Era algo de agradecer. Subíamos por las laderas de las montañas que rodeaban al pueblo, veíamos los paisajes, los lugares de nuestra infancia, la era, el tanque, el cerco, la Boca del Paso, el Barranco del Infierno con aquella cascada que, dependiendo de la lluvia en aquel ingrato clima, podía ser débil o un torrente atronador... Nuestro pasado

que era el presente de Candelaria. Cuando nos encontrábamos con alguien del pueblo, algún vecino, algún amigo, intercambiábamos saludos, preguntas, interés por la familia, pero algo no iba igual. Notábamos la mirada, la extrañeza, el recelo. Éramos extraños para aquella gente.

La noche antes de irnos nos sentamos en la huerta con el abuelo. Mi hermano y yo fumábamos unos Bisontes y el abuelo un oloroso tabaco de pipa. Sobre la desvencijada mesa en aquel cuarto de aperos un candil daba una luz amarillenta que hacía que nuestros rasgos parecieran esculpidos en una cueva prehistórica. Tres vasos de caña, un plato con trozos de un queso curado, fuerte y duro, unos higos pasados secos, dulces y tiernos.

—Nunca me he sentido más extraño —dijo Miguel— que en estos días. Es como si fuera forastero en este pueblo.

—El pueblo ha cambiado —sentencié mientras miraba hacia la oscura noche de verano que se filtraba por la puerta, las montañas recortadas bajo la luna—. No sé cómo ni cuándo, pero solo hace un año y medio que me fui y me cuesta reconocerlo.

—El pueblo no ha cambiado en nada —dijo el abuelo—, sigue siendo el mismo que antes de que te fueras, de que se fueran los dos.

—Ha cambiado, abuelo —dije rebatiéndolo—, lo noto.

—Bueno, ahora hay luz eléctrica y todos esos hilos del teléfono —dijo dando una calada a su pipa—, pero el pueblo no ha cambiado ni un poquito. Sigue siendo lo mismo que dejasteis, el mismo lugar donde nacisteis y os criasteis.

—Pues si no es el pueblo —dijo Miguel bebiendo un poco de aquella bebida fuerte que raspaba la garganta a la que el abuelo ponía ruda y trozos de fruta para intentar darle sabor—, es la gente la que ha cambiado. Nunca he visto tantas miradas de desconfianza, esos silencios... Es como si no me conocieran, como si fuera la primera vez que me ven y estuvieran esperando a que les fuera a engañar.

—No es que sean hostiles —dije buscando las palabras—, es eso que dices, como si no fuera uno de aquí.

—Es que ya no lo son —dijo el abuelo con su voz áspera.

—¿Entonces de dónde...?

—Ustedes tienen ese brillo en los ojos —interrumpió a Miguel—, esa forma de comportarse, de hablar, que les hace que no sean de aquí.

—¿Qué brillo? —dijo mi hermano con la expresión de «ya empieza a

desvariar».

—No sé expresarlo mejor. —El abuelo tiró de la pipa con una fuerte exhalación, las hebras de tabaco se pusieron rojas hasta llegar al amarillo brillante—. Solo sé que mucha gente se ha ido del pueblo, muchos se marcharon a trabajar a América o, como vosotros, al ejército en la península, a guerras de las que ya nadie se acuerda... y volvieron cambiados, con ese mismo brillo en la mirada que tienen ustedes. Yo fui a la guerra en Cuba con los de mi quinta, vuestro padre fue a Marruecos con los de la suya y así generaciones pasadas. Muchos han emigrado y han vuelto, como si no se hubieran ido. Pero unos cuantos vuelven buscando el pueblo que dejaron atrás, y descubren que no existe, que no se sienten de aquí, que no tienen nada, incluso necesitan huir, marcharse cuanto antes. No reconocen a nadie, tienen la mente muy lejos de aquí. —Bebió del pequeño vaso, nos miró con los ojos relampagueando en algo que no tenía nada que ver con el alcohol—. Váyanse —hizo una pausa para observar nuestras caras, atentas y confusas—, no se queden en este pueblo. Digo después, cuando acabe la guerra, no vuelvan. Sí, alguna vez a ver a sus padres, una vez cada tanto, pero no se queden mucho tiempo —hizo un gesto casi mímico con las manos—, solo unos besos, un saludo, unas noches y se marchan. Cuando los padres ya no estén, no vuelvan nunca.

—Pero, abuelo... —Quise terciar para evitar la congoja que me llenaba el pecho al escucharlo. No es que quisiera negar lo que decía, es que quería que se callase de una vez porque tenía razón.

—¡Nunca, Santiago! ¡Miguel! —dijo señalándonos—. Si vuelven, si se quedan aquí, se volverán unos amargados. Vuestra niñez no volverá, ténganlo claro, sus raíces ya solo están en los recuerdos, en el pasado, y eso no vuelve. No vuelvan, no caigan en esa trampa. Ustedes no son de aquí, esto ya no es suyo.

Por la mañana nos levantamos de madrugada. En silencio nos vestimos. Me afeité pensando en las palabras del abuelo. Cuando me puse la camisa del uniforme que madre me había lavado y planchado, supe que aquella ya no era mi casa. Vi las esquinas, los cuartos, las camas, las viejas fotos colgando de marcos. Caminé a la cocina, con su fogón, sus cortinas de tela blanca de cuadros rojos en lugar de puertas de muebles que ocultaban los platos y calderos, el patio de atrás que daba a la pequeña huerta, con la mesa de madera bajo la parra. Recordé juegos con mis hermanos, aventuras, riñas de

madre cuando nos portábamos mal, cuando hacíamos diabluras y padre gritaba desde la entrada: «¡Como vaya, van a saber!». Las perras que nos daba el abuelo para que fuéramos a la venta a comprar golosinas, las comidas con todos en la mesa y la Navidad. Delante de la puerta, justo antes de salir, volví la cabeza para mirar todo aquello. Me despedí.

Fuera estaba la familia, esperando a que saliera para despedirse. Inocencio, un joven guardia civil, se había ofrecido a llevarnos en su viejo Chrysler, que ronroneaba en la calle vacía. No había nadie más. Madre nos abrazó y lloró, Candelaria nos besó para decirnos que escribiéramos contándole todo, que ella nos escribiría muchísimo, nos imaginaba como esas novelas de Verne que tanto leía. Me emocionó su ternura, su inocencia y le di un fuerte abrazo. «No cambies nunca», creo que le dije. El abuelo nos dio un abrazo, no dijo nada más. Padre sacó del bolsillo dos relojes de pulsera, correas de cuero, cajas de acero pulido, comprados en el Marruecos francés cuando era un joven soldado. Nos los dio sin más explicación. Los cogimos sabiendo que durante años habían sido su recuerdo de su aventura africana. Nos miró para darnos una explicación, pero solo le entendimos la palabra suerte. Sus ojos se llenaron de lágrimas, nos abrazó al mismo tiempo y ese instante, en aquel cálido amanecer de principios de julio de 1941, fue la primera vez en nuestra vida que lo vimos llorar sin ocultar las lágrimas.

#### 4. Alemania, 1941

La estación del Norte estaba de bote en bote, la gente se había acercado a despedirnos de forma masiva. Familiares, veteranos, compañeros que no iban, gente que quería ir pero que no los cogieron, que no pasaron la prueba, que se les olvidó pasarla, curiosos que miraban con asombro, novias que se despedían con un «no me olvides», falangistas que lucían el uniforme gritando lemas joseantonianos brazo en alto, padres atribulados que se abrazaban a sus hijos en la misma ventana del vagón... Dos consignas se repetían: «Vuelve pronto» y «¡Devolvedles la visita a los rojos!». Gente que se había subido sobre los vagones, dando vítores, cantando *Soldadito Español* a grito pelado. En la lejanía me pareció oír los compases de *Comandante Farías*, aunque no sé si era una banda militar o un disco. Con aquel gentío apenas podía ver más que aquel mar de caras desde la ventana que compartía con Rafa Domínguez que, con medio cuerpo fuera, no sabía muy bien a quién saludaba si él era sevillano y no había venido nadie a despedirlo. En el otro extremo de la ventana, aprisionado, estaba Carballo, otro de los compañeros míos de mili, que daba gritos a no sé quién de otro vagón, haciéndole señas para que mirara a un grupo de muchachas que habían venido a despedirnos.

La estación estaba engalanada con banderas españolas y alemanas, en cada vagón había una de Falange, todo era como una fiesta. Los empleados de la estación empezaron a dar órdenes para que se bajaran todos los que se habían subido al techo. El silbato agudo de los ferroviarios unidos al del tren hizo que los más reacios bajaran temiendo acabar en Alemania con nosotros. Un hombre joven, vestido de militar con una decena de medallas en el pecho, un parche en un ojo y una manga recogida donde debía ir un brazo, nos miró para gritar: «¡Matad a todos esos comunistas! ¡No dejéis ni uno!». Un coro de voces le respondió desde el tren: «¡Lo haremos! ¡Pagarán por lo que nos hicieron!». Yo me uní con un sonoro «¡nos vengaremos!». Si aquel hombre hubiera gritado cualquier otra cosa, no habría tenido tantas respuestas, pero el anticomunismo y el deseo de revancha eran lo que nos movía a todos los divisionarios. Es cierto que muchos eran falangistas, yo mismo tenía el carné de Falange, pero con toda sinceridad, para mí era solo un papel. Yo viajaba a

Rusia para vengar la muerte de mi hermano Antonio, quería llevar la misma desolación y violencia que ellos habían traído a España.

El tren se puso en marcha entre un mar de despedidas, brazos en alto, vivas de todo tipo y un *Cara al Sol* desafinado por el ruido de la locomotora. Calmada la situación por las órdenes de los sargentos, todos nos sentamos para empezar ese ritual, tan viejo como el propio ejército, que consiste en conocer a los camaradas para unir los puntos invisibles que crean los grupos afines. De eso yo tenía el tema hecho, ya que cerca de una veintena de compañeros del cuartel se habían alistado. Mi hermano viajaba en otro vagón. Lo habían hecho sargento, cosa que le sorprendió bastante, ya que en la guerra nunca pasó de cabo, ni siquiera por las seis medallas que llevaba en el pecho.

Aquel día de verano, cuando la conversación banal se espació con grandes silencios hasta que el silencio, la modorra y el aburrimiento llenaron el tren, me concentré en el paisaje peninsular, en los nombres de los pueblos, en la gente que veíamos en las estaciones, en las pancartas, en los vítores, en los niños que corrían saludándonos, en aquella España de 1941 cuyas cicatrices aún estaban abiertas.

Dormía apoyando la cabeza sobre el cristal de la ventana cuando me desperté sobresaltado. Mitad consciente, mitad dormido, miré alrededor buscando lo que me había despertado. El tren estaba parado y un grupo de divisionarios se levantaban veloces de sus asientos para bajar la ventana, asomar medio cuerpo y gritar insultos. Miré confuso para decir «¿qué pasa?».

—Que han tirado una botella contra la ventana —dijo un chico rubio con aspecto bisoño y la boina roja carlista embutida hasta la frente, para añadir mirándome fijamente—: ¡Joder! ¡Estás herido!

—A ver —dijo un entrometido que estaba al lado—. Ha sido con un cristal de la ventana.

—No me estén tocando. —Me quejé apartando la mano que quería tocarme la herida. Me llevé las manos a la cabeza. Justo en donde empezaba la línea del pelo tenía un trozo de cristal clavado. Rafa Domínguez se acercó rápidamente. Su tez morena y agitanada, su cara redonda y sus ojos marrones miraron la herida.

—Es un trozo de cristal —dijo descubriendo la pólvora—. Sácalo, no es nada. No tienes más —añadió mirando con ojo clínico su revisión de mi cabeza que completó con un manotazo como si estuviera quitando el polvo.

—¡Estate quieto! ¡Anda! —dije para con cuidado quitarme el trozo de



crystal. Lo observé y me pareció enorme—. ¿Quién demonios ha tirado esa botella?

—Vete a que te vea el enfermero —dijo el sargento Valdivia—. Al menos que te vende.

—A sus órdenes, mi sargento.

Me levanté y caminé rápido por el pasillo hasta el vagón siguiente, donde sabía que estaba uno de los matasanos. Ignoré las expresiones burlonas que me lanzaron varios del tipo «el primer herido de la División». El enfermero me puso una venda alrededor de la frente tapando una buena dosis de mercurio esparcido con la generosidad del que quiere acabar cuanto antes, para completar con un esparadrapo. De esa guisa volví a mi asiento mientras los sargentos ponían orden en los vagones.

—¡Cierren las ventanas! —gritaban—. ¡No hagan caso a las provocaciones!

Los cabos quitaban a empujones a los *sordos* que no querían oír las órdenes y preferían seguir insultando a grito pelado a los que desde la estación nos insultaban al grito de «¡fascistas de mierda!» O nos deseaban un próspero viaje con un sonoro «¡ojalá os maten en Rusia!». Muchos de los nuestros les decían de todo. Me sorprendía cómo muchos ignoraban las órdenes directas, como si fueran algo opcional. Uno de esos estaba fuera en la ventana agitando su boina roja y diciéndole a aquellos rojos todo lo que pensaba hacer con los comunistas que pillara en Rusia cuando el cabo Castro, asturiano de Gijón, tan grande y fornido como buena persona, le cogió del cinturón para tirar de él.

—¡No me oíste o qué! —le chilló en la cara de sorpresa indignada que puso el muchacho—. ¡Vuelve a tu asiento y calladito!

El chico se puso la boina para marcharse con un desplante muy poco militar.

—Estos novatos sin mili —dijo Castro mirándonos desde su nariz aguileña. Sacó un paquete de Camel, nos ofreció unos cigarrillos a mí, a Rafa y a Carballo, que cogimos encantados. Me miró mientras los encendíamos en un mechero de gasolina—. Con ese vendaje pareces el soldado de Nápoles.

—El enfermero, que tenía prisa —dije sonriendo—. ¿Quién tiró la botella?

—Rojos —dijo Carballo—, quiénes van a ser.

—Según parece, los rojos que estaban en el norte de Francia —dijo Castro— salieron huyendo a la zona de Vichy cuando llegó Hitler, así que hay

sobrepoblación en esta parte.

—¿Los tolera Pétain? —pregunté sorprendido.

—Qué va —dijo Castro—. Según le comentó el encargado de la estación a un capitán, parece que los gendarmes hacen redadas a diario a la caza de grupos comunistas, incluso hay centros de detención por todas partes, pero no dan abasto.

Tuvo que dar otro grito para que unos cinco o seis reclutas volvieran a sus asientos, ya que querían bajarse a pelear con aquellos rojos que les hacían cortes de mangas.

—Estos no han hecho mucha mili, ¿verdad? —dijo Rafa.

—Me dijo el sargento que teníamos a muchos que no han visto un cuartel ni en foto y que piensan que están en la universidad con rollos falangistas de camarada esto y camarada lo otro.

—Tiene que ser —dije meneando la cabeza—, porque eso de repetir las órdenes y que se queden mirando como si no tuvieran que cumplirlas...

—Tranquilos —dijo con sonrisa lobuna— que, según parece, en Alemania cerramos el cepo y cuando empiecen los arrestos, vas a ver cómo cogen el carril.

—Más les vale —añadí con temor por mí mismo. No quería pensar en que aquella indisciplina se produjera en un campo de batalla.

—Por cierto —dijo Voluntario llegando del sitio en el que se había perdido durante varias horas—, los alemanes están a trescientos kilómetros de Moscú. Me lo ha dicho un «cocinilla» que sabe francés y lo leyó en un periódico en la estación. —Se sentó junto a nosotros, pasándose la mano por su tupé bien peinado, aceptando el cigarrillo que le ofrecía el cabo.

—O sea, que igual cuando lleguemos... —dijo Carballo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Igual ya no hay guerra ni hay nada —dijo Castro.

Nos quedamos en silencio. Sinceramente me quedé preocupado. Yo quería ir a la pelea. Sí, era cierto que también deseaba desfilar en Moscú, poner una caja de dinamita en el mausoleo de Lenin, volarlo por los aires y, si me dejaban, hasta fusilar a Stalin. Pero en ese momento perder la posibilidad de una batalla me aterraba, no por el hecho de matar gente o disparar un arma, sino por la idea de la épica de la batalla. En mi cabeza veía la batalla como aquellas imágenes donde los soldados de Cortés cargaban bandera en mano contra una masa vociferante de aztecas, o mejor aún, como los Tercios

tomando Amberes a sangre y fuego en un atardecer digno de un cuadro de Rubens. Esa era mi guerra y yo la quería.

Las bandas de música, las chicas vestidas con trajes folclóricos, las banderas y los alcaldes en las estaciones nos mostraron que ya estábamos en Alemania. Dejamos la indiferencia y el desprecio de los franceses para pasar a los agasajos cordiales de los teutones. En cada estación que parábamos había una algarabía de alemanes saludándonos, vitoreándonos y dándonos las gracias por unirnos en su lucha. Algunas de las pancartas que leíamos eran más que singulares, ya que si se leían literalmente estaban equivocadas, porque allí ninguno se había alistado para luchar por el Reich o por Hitler, ni siquiera por Alemania. Nosotros estábamos para luchar contra el comunismo que para todos había provocado nuestra guerra civil, del resto todo nos daba igual y los asuntos de Alemania no eran los nuestros.

Miguel me había dicho que hubo un rumor de que, en vez de Rusia como objetivo, muchos decían que los alemanes pedirían una división de voluntarios para luchar en África contra lo que quedaba del ejército francés. Nunca se supo si fue solo un rumor o hubo algo de cierto en eso, pero si lo hubiera llegado a haber, no se habría alistado nadie. El enemigo era el comunismo y nadie más, a nadie le interesaba conquistar África para los alemanes.

Los pueblos y las ciudades pasaban delante de nosotros. El paisaje era increíble, como atravesar uno de aquellos libros de cuentos que leía de niño. El verano alemán era sorprendentemente cálido y aquellos cielos despejados, con aquel sol que hacía que todo brillase. El bosque era omnipresente, todo lo inundaba de un verde oscuro, que rozaba en muchos casos el azul. Las casas eran también como salidas de un cuento, donde esperabas ver a una bruja apareciendo tras la puerta mientras Hansel engorda en una jaula y Gretel planea cómo liberar a su hermano. Las iglesias, los campanarios llenos de relojes vistosos, los tejados de pizarra, las estatuas empotradas en las fachadas, las Vírgenes rubias que sostienen al Niño Jesús que, con aspecto serio, clava una lanza en el hocico del demonio, los crucifijos en las carreteras, las imponentes catedrales y los enormes edificios municipales con siglos de antigüedad, caballeros teutónicos que parecían haber atravesado la pared para quedarse congelados en sus fachadas. Adoré el sur de Alemania.

Grafenwoehr, así se llamaba la pequeña ciudad bávara donde estaba nuestro cuartel, aunque miento si digo que aquello era un cuartel, al menos como nosotros lo entendíamos en España. Sé que fuimos de los pocos que

viamos en un tren con asientos. La mayoría de los otros convoyes llegaron en trenes de mercancías y siempre nos dijeron lo mal que lo pasaron, como si nosotros hubiéramos viajado en el Palace. Me costó caminar después de tantos días en aquel tren. Cuando pisé la estación, me quedé quieto esperando el vaivén, pero no se movió nada, aquello era suelo firme. Sonreí para mis adentros. Miré las caras de mis compañeros, algunos lo llevaban peor que otros. Voluntario estaba como si acabara de dormir en un hotel, sonriente, peinado, con gomina y haciendo de relaciones públicas. Rafa Domínguez, pálido, sus mejillas caídas, las arrugas marcadas, ojeras negras como la noche, necesitaba dormir en una cama urgentemente. Carballo bromeaba con unos que había conocido en el tren, que eran de Calatayud y les preguntaba por la Dolores, pero se le notaba cansado. Todos lo estábamos. Una banda tocaba pasodobles y mandos alemanes saludaban efusivamente a los nuestros. Vi a Miguel bajar con varios de sus amigos legionarios, tenía expresión seria, estaba cansado. Se me acercó.

—Ya te quitaron el turbante —dijo con media sonrisa.

—Hace cinco días por lo menos que me lo quité yo mismo.

—Pues la marca del mercurio sigue ahí —dijo aguzando la mirada con interés—, pero el corte ya lo tienes más que cerrado. O sea, que el mercurio dura más que el corte. —Sonrió por su propio chiste, se le notaba cansadísimo.

—¿Nos dejarán dormir nada más llegar? —pregunté aventurándome a que me dijera que ya me enteraría.

—Sí, claro —dijo mirando hacia un teniente que se acercaba a donde estaban los otros sargentos—. No vamos a empezar a hacer instrucción con todo el mundo así hecho fosfatina. Mañana empezará la rutina.

—¿Crees que llegaremos a tiempo?

—¿De qué? —dijo, cada vez más concentrado en el oficial que hablaba con los otros sargentos.

—De dar algún tiro en Rusia —dije mientras él caminaba hacia el teniente.

—No lo sé —dijo mirándome un instante—. Igual la guerra termina mientras estamos aquí de instrucción.

Se marchó para ir a hablar con aquel teniente que le daba instrucciones. La banda tocaba *España cañí* y varios divisionarios con sorna coreaban los «¡olé!» como si estuvieran en una plaza de toros. Dos alemanes de la policía

militar, con aquellas placas sobre el pecho, miraban asombrados las risas y las fiestas que traían consigo aquellos españoles. Yo sonreí burlón. Si llego a saber los problemas que nos iba a generar aquello, igual hasta hubiera sonreído más y que se fastidien los *doiches*.

—¡Atención! —Los sargentos nos llamaron a todos para que nos dirigiéramos a los camiones donde nos llevarían a lo que pensábamos que era un cuartel y no lo era.

Grafenwoehr era una ciudad en medio de un bosque enorme. El edificio de entrada y las dos calles grandes y anchas componían la entrada a aquel complejo militar, que se diseminaba por aquellas hectáreas donde había pequeños cuarteles con barracones, cantinas, tiendas. Era como si fuera un hotel. En la entrada había hasta una tienda de recuerdos, un casino para oficiales, bar para la tropa, tienda de ultramarinos, un teatro y un cine, todo en dos bonitas calles principales que bautizamos como Mayor y Leopoldo. En los alrededores vivían mandos alemanes.

Sinceramente mirábamos todo aquello con los ojos como platos. Las casas tenían esas maderas que se ven en las fachadas, que hacen tan pintorescas las casas típicas alemanas, y esos tejados picudos de tejas de pizarra bien colocadas. Todo estaba limpio y ordenado. Como dije, aquello no era un cuartel, era algo así como un escenario de un teatro, donde todo estaba colocado en el punto exacto para que nos sintiéramos confortables. Miré el cartel de la película que proyectaban en el cine, era una alemana que no supe ni por asomo traducir el título.

—*Heimkehr* —dijo una voz en perfecto alemán a mi espalda. Me volví para ver a un oficial de la Wehrmacht, alto, rubio, delgado. Fumaba unos cigarrillos con olor a pan bizcochado, que no supe de qué marca eran. Iba sin sombrero, así que no lo saludé, tampoco me cuadré, solo lo miré con curiosidad—. *La vuelta a casa* es su título traducido en español. Es una película muy famosa en Alemania.

—Ah —atiné a decir, sorprendido de que un comandante se dirigiera de esa manera tan cordial a un soldado raso y por el español casi sin acento en que me habló—. Habla usted muy bien el español.

—Muchas gracias —dijo con una pequeña genuflexión—. Fui enlace de la Wehrmacht en Burgos durante la Guerra Civil y en mi vida civil fui traductor de español.

—Entiendo. —Oía el barullo de los chicos que eran llamados

alfabéticamente a la oficina de vestuario.

—Disculpe que no me haya presentado —dijo el alemán tendiéndome la mano. Tendría cincuenta y tantos años—. Mi nombre es Tobías Müller. ¿Le gusta a usted el cine?

—Pues sí, las de vaqueros, sobre todo —dije sintiéndome un tonto—. Me llamo Santiago Durán y disculpe que no le salude, pero si no lleva la gorra... Y tampoco sé si hay que saludar a los mandos alemanes.

—Lo sé —dijo dando una cantarina risotada—, no se preocupe. Ustedes acaban de llegar, ya nos irán conociendo. Eso sí, desgraciadamente no tenemos muy buenas relaciones con Hollywood para traer películas de vaqueros, pero esperemos que le guste el cine alemán... —me miró con un punto de ¿sorna?— y por supuesto que también traeremos películas españolas.

—Gracias —le dije sin saber qué decir.

—De nada —dijo sonriendo para señalar por encima de mi hombro—. Creo que le llaman.

Me di la vuelta para ver a un sorprendido Rafa, que miraba al alemán y añadía un «Santiago, te toca».

—Sí, me llaman —dije en el momento que se me cayó la boina que llevaba trabada al hombro. Me agaché a cogerla. Al hacerlo vi un atisbo de burla en sus ojos—. Bueno, con su permiso.

—Sí, marche —dijo con tono paternal—, marche, no haga esperar a los chicos de vestuario.

Salí corriendo hacia un alemán que berreaba mi nombre con ceño de fruncida impaciencia, y dije un «¡aquí!». Pasé con el tipo a un vestuario donde muchos se vestían con los nuevos uniformes. Otros esperaban en una pequeña cola a que el de la ventanilla terminara de discutir con el divisionario de turno que no quería entregar tal o cual parte del uniforme. Un sargento se negaba a entregar la boina roja, diciendo que había luchado toda la guerra con ella. El siguiente de la fila la entregó sin problemas. Era un *camisa vieja* de la época dura de la República y decía que la boina no era propia del partido, sino una imposición de Franco. Sonrió satisfecho cuando yo la entregué sin poner problemas. Yo le devolví la sonrisa, aunque se equivocaba en mis motivaciones. Para mí era solo una boina. Sabía que era asunto de los requetés, de los carlistas, pero en realidad a mí me daba igual. Conservé la camisa azul porque todos lo hicieron, a pesar de que a aquel gigantón alemán que me hizo el paquete de ropa nueva no le gustó nada que no se la entregase.

El paquete era enorme y tenía todo lo necesario, según los alemanes, para ir a la guerra a Rusia. Muchos de los veteranos de la nuestra decían que completaron tres años de guerra con la mitad de aquello. Yo me sentía como un niño en día de Reyes, abriendo juguetes caros, intrigado y temeroso de romperlos. El alemán me dio las tallas correctas, se vio que conmigo acertó, ya que otros no hacían sino reclamarle nuevas prendas. Me puse delante del espejo para verme con el uniforme gris de campaña. Era elegante, moderno, nada de esas polainas arcaicas ni perneras hasta la rodilla.

Al salir de la oficina vi cómo la División había pasado del uniforme color tierra con la mancha roja de los miles de boinas a germanizarse. Sonreí cuando vi a Rafa, con esa piel tan morena, en el *feldgrau*, que viéndolo con buena luz parecía más verde que gris. Lo cierto era que todo aquello tenía un poco aire de carnaval. Nos reíamos unos de otros cuando nos veíamos, bromas sobre el casco, sobre si había que llevar el cuello abrochado, que si el casco valía como bacinilla... Cuando salió Carballo, lo hizo imitando a un alemán que daba órdenes. Todos nos reímos hasta que el tono empezó a recordar mucho a Hitler. Un sargento dijo un «chsss, que hay ropa tendida» y se acabó la imitación.

Ví a Miguel con la ropa de sargento alemán. Estaba con otros veteranos. Sinceramente si se hubieran vestido de bailarinas del teatro Martín, habrían dado la misma impresión patibularia de legionarios que hedían a guerra, a campamento militar en el Rif, a encamisadas solucionadas a golpe de

bayoneta, a africanismo y orujo o cazalla, dependiendo del gusto. Me acerqué con timidez. Mi hermano me miró serio, cortante, me intimidó, pero de repente sonrió.

—¡Santiago! No te conocía con ese casco —rio—. Ven *pacá*, ¡alemán!

—Y tú de sargento.

—¡Sí, imagínate! Y con esta gorra de plato que parezco el portero del Ritz. —Sus amigos rieron—. Ven aquí que te presente. —Los otros me miraron—. Este es mi hermano pequeño Santiago, soldado, divisionario, falangista y patriota.

—¿Qué más se puede pedir? —dijo Pavel, ruso hasta la médula, anticomunista como todos, legionario y uno más del cuerpo de traductores de la División.

Me presentó a siete de sus camaradas. Yo los saludé con marcialidad. Al fin y al cabo, eran sargentos. Ni ellos querían confianza conmigo ni yo con ellos. Macías, Browazky, Bueso, Sena, Valladares... Mi teoría cuartelera era que cuanto menos te conocieran los sargentos, menos posibilidad tenías de meterte en líos, pero ahí yo tenía a mi hermano, así que no quedaba otra.

Una voz resonó en el extremo de la calle.

—Nos llaman —dijo el sargento Hernández, un hombre de ojos claros y con ojeras hasta la barbilla—. A ver si nos llevan a los barracones de una vez y nos dejan dormir.

Así fue. Unos camiones nos llevaron hasta lo que parecían unas casitas de campo entre aquel paisaje cuajado de árboles. Todo estaba limpio. Las casas tenían habitaciones grandes. En la mía cupimos diez hombres. Era como estar en una especie de hotel. Yo nunca había estado en hoteles, pero estaba claro que no era ni parecido al cuartel de Madrid. Voluntario cogió la litera al lado de la mía, debajo Carballo y Rafa, al resto los iría conociendo bien más adelante, ya que estaba muy cansado para recordar nada.

—Somos de la compañía tal, batallón cual y del regimiento... —dijo Voluntario. Estaba en calzoncillos y lo leía en una hoja que nos habían repartido con la ropa. Nadie lo escuchaba, todos dormíamos profundamente. Se encogió de hombros al vernos dormir—. Pues si a ustedes les da lo mismo, más me da a mí —dijo hablando solo al meterse en la cama. Dio un beso a la foto de su novia, una muchacha de trenzas negras, gruesos labios y mirada altanera, que lo esperaba en Alicante. «Siempre tuya. Jaci», ponía en la parte baja de la fotografía. Jaci de Jacinta, siempre aclaraba Voluntario, cuyo



nombre real era José García Cifuentes, pero como tenía esa tendencia, algo irritante por otra parte, de ofrecerse voluntario para cualquier cosa que se pidiera, supiera hacerla o no, en el cuartel le pusieron Voluntario, y así se quedó.

En los días siguientes diecinueve trenes fueron llegando de forma escalonada, incluso el último ya no era esperado por nadie. Todo un ejército de españoles repartido en aquel campo enorme, diseminado en una especie de parque militar donde todo quedaba lejos. Yo apuraba el desayuno mientras Carballo rebañaba una especie de bizcocho duro en una ondilla de leche. Junto a nosotros estaban Mogán, un maestro de escuela, larguirucho, del mismo pueblo grancanario que llevaba su apodo; Villa, un estudiante de medicina, nacido en Villaviciosa de Odón, donde pensaba volver para abrir consulta cuando acabase la carrera; Morcón, carnicero murciano de Algezares, chico noble, que nunca había salido de Murcia hasta que fue llamado a filas en Madrid. Le gustó tanto la idea de ir a Rusia a luchar que se alistó el primero. ¿Morcón? Por esa manía que tenía de decir lo bien que hacía ese sabroso embutido, en realidad hablaba de cualquiera, pero ese fue el que puso su mote.

—Por ahora esto es como hacer la mili, pero aquí —dijo Villa.

—Sí, repetir la instrucción —dije con fastidio—. Yo pensaba que me había librado de tanta marcha, tanta carrera, tanto campo de tiro.

—Santiago, que nos vamos para la guerra —dijo Carballo con ese acento acelerado que tenía—, que esto no es hacer guardias mirando a las chicas en Madrid.

—Pues como sigamos aquí parados... —Fruncí las cejas para morder con ganas el trozo de pan con mantequilla.

—Se nos acaba la guerra y llegamos allí para el desfile —completó mi frase Morcón.

—Igual ni para eso —dijo Mogán—, igual la jura de mañana y punto.

—Sí —me reí—, de excursión para Alemania y vuelta para atrás.

—Venga —dijo Carballo—, que hoy toca prácticas con mortero. —Se puso de pie sacudiéndose las migas de pan de la guerrera.

La mañana era desapacible, todos pensábamos que iba a llover en aquel 31 de julio, noté chispear más de una vez. Pero no llovió, simplemente estaba nublado. Los españoles llegamos allí en formación, tardamos una hora completa en entrar en el campo de instrucción de Kramerberg. De forma marcial, con una exactitud matemática, nos colocamos en los lugares que nos

correspondía. En silencio, sin algaradas ni historias, queríamos cerrar las bocas a los alemanes que en aquellos diez días no habían hecho más que quejarse por todo lo que hacíamos, que si ruido, que si el uniforme, que si mirábamos a todos lados cuando ellos explicaban, que si hablábamos demasiado, que si nos creíamos que sabíamos más que ellos... Allí estábamos en perfecta formación, demostrando la disciplina que ya conocíamos la mayoría de nosotros, o bien por la mili o bien por la guerra. Los bisoños, aquellos que no tenían experiencia militar, la habían adquirido en aquellos diez días a marchas forzadas gracias a aquellos hierros oxidados que eran tipos como mi hermano, Browazky, Bueso, Melián, Basilio, Angulo... Sargentos que los habían puesto en su sitio, haciéndoles olvidar las historias del igualitarismo falangista que muchos creían que era el mismo sistema del ejército. No, amigo, aquello no era el SEU, ni las reuniones de la facultad.

Una banda de música tocaba marchas militares. Las banderas rodeaban el enorme campo, alternando alemanas con españolas, la de Falange y la carlista. En el medio, justo enfrente de nosotros, un altar adornado en rojo y gualda. En las tribunas vi a todos los peces gordos del Estado Mayor, con Muñoz Grandes a la cabeza. Llevaba el uniforme de general alemán, pero no con gorra de plato, usaba el casco. No sé, pero yo cada vez que lo veía me acordaba de Manolete, pero con mala leche. A su lado estaban los mandos alemanes. Yo no conocía a ninguno, pero sí me fijé en uno de ellos, el mismo rubiales con quien había hablado nada más llegar. Me intrigó aquello. Sabía que el ejército alemán tenía muchas de las medidas igualitarias que soñaba Falange, pero me sorprendía tanto que un preboste buscara cháchara con un soldado.

Una compañía de honor alemana desfiló, todos muy rectos y formales, para colocarse en su posición. Los estandartes alemanes desenvainaron y rindieron homenaje a la bandera de España. Un toque de corneta hizo que el abanderado español, el alférez Herrador, al que conocía de vista, se colocara a la par que la bandera alemana. Cesó la música, el silencio recorrió aquel campo, una brisa fresca nos hizo dudar de que estuviéramos en el último día de julio. En la tribuna hubo movimiento. Era el general Fromm, que yo había visto en secuencias del NODO, incluso en fotos en periódicos. Estaba claro que no era como si hubiera venido Hitler, pero Fromm era famoso.

Un páter desde el altar ofició una misa solemne. Para los españoles era algo de lo más normal y aceptado. Nosotros teníamos misa diaria y rezo del

rosario. Ciertamente que era voluntario, pero iban muchos. Sin embargo, a los alemanes les molestaba todo lo que tuviera que ver con misas, crucifijos y curas. No en sí a los soldados alemanes y menos en una zona católica como aquella, pero sí era verdad que, oficialmente, el ejército no tenía religión, incluso si me apuran, diría que ni siquiera estaba bien visto ser cristiano. Pero, les gustara o no, allí todos de rodillas, levantándonos cuando tocaba, escuchamos misa en latín, rezando el Padrenuestro, el Credo y todo lo que hiciera falta.

Terminada la misa, en medio de un silencio absoluto, se oyó por los altavoces el juramento en alemán recitado como si fueran ladridos por parte de un general alemán desde la tribuna. Después lo leyó en español el coronel Troncoso. «¿Juráis ante Dios y por vuestro honor de españoles absoluta obediencia al jefe del Ejército Alemán, Adolf Hitler, en la lucha contra el comunismo, y juráis combatir como valientes soldados, dispuestos a dar vuestra vida en cada instante por cumplir este juramento?». Tres segundos más tarde todos a una gritamos: «¡Sí, juro!». Nuestro juramento era diferente al de otros países que participaban en la guerra del lado de Alemania, ya que nosotros dejábamos claro que solo sería por la batalla contra los comunistas, nada más.

Muñoz Grandes juró sobre la espada que le puso delante un general alemán, al igual que los miembros de su estado mayor. Tras los juramentos, se volvió hacia nosotros y nos dio un discurso sobre la necesidad de la lucha contra los rojos, los buenos que éramos y todo eso. Terminó con tres vivas a Alemania, al Führer y al Ejército alemán. Contestamos al unísono con un «viva» en cada uno. Justo antes de retirarse, una voz anónima desde la tropa, que yo identifiqué claramente, gritó «¡Viva España!», respondida con un «¡viva!» que se oyó en Moscú.

Las caras de los alemanes eran de un asombro que iba de la sorpresa a la rabia. Muñoz Grandes sonrió mirando al general alemán con una expresión que decía «qué quiere que le diga». Los mandos españoles se habían unido al grito de tropa, lo cual enfadó a los *cabezas cuadradas* aún más. Para ellos los «vivas» los daban los oficiales, previa autorización del protocolo, no la soldadesca. El general alemán Fromm dio por clausurada aquella singular ceremonia de juramento. Nos cuadramos para desfilar ante la tribuna, las nubes se abrieron por fin, y a pleno pulmón cantamos el *Cara al sol* para acabar de sacar de quicio a los alemanes. Total, de perdidos al río.

Dicen que Núremberg es la ciudad más alemana de toda Alemania. Yo, hasta que nos dieron el día de permiso, no conocía otra, solo lo que había visto desde el tren. Pero sin duda aquella gran ciudad, tan cercana a nuestra base, era toda ella un tópico sobre la imagen que cualquier enciclopedia infantil quisiera mostrar como Alemania. No me extrañaba que los nazis la hubieran elegido como lugar de sus grandes fastos, aunque a mí personalmente los edificios creados para que Hitler se luciera no me gustaban. Esos coliseos, estadios, edificios cuadriculados imitando la arquitectura romana o griega, me parecían pegotes que no venían a cuento en una ciudad con un casco histórico que parecía surgir de una ilustración de una caja de bombones.

Aquel día la ciudad a la orilla del río Pegnitz, la ciudad del gran Pachelbel, recibió una invasión en toda regla. Miles de divisionarios caímos sobre ella con el ánimo dispuesto a pasárnoslo bien, eso sí, encaminados con un garrote en la frente por parte de los mandos, que nos leyeron la cartilla diciendo que serían inflexibles si la armábamos. Todos ya veníamos aleccionados por la cartilla de buena conducta que nos habían dado los alemanes, explicando cómo teníamos que comportarnos. Cuando las leías nos entraba la risa. Por ejemplo, había una que nos advertía de no pasear por la noche con chicas menores de edad, respetar a las mujeres alemanas, o donde nos explicaban como si fuéramos niños pequeños que no podíamos vender comida del cuartel en el mercado negro. Total, que como colegiales nos dedicamos a explorar la ciudad.

Carballo iba delante, abriendo el paso y diciéndonos que no sé quién le había dicho que en no sé dónde había una bodeguita que hacían un pescado buenísimo. Recorrimos todo el centro de Núremberg intentando localizar el negocio. Carballo, en su acento mitad gallego mitad portugués, utilizaba su dedo como brújula y un «por aquí, que aquel me dijo que era una calle estrecha». No sé cuánto nos hizo andar, pero cuando vimos que dábamos vueltas para acabar en la misma calle peatonal llena de cervecerías con salchichas colgando, le dijimos que se dejara de bodegas y de pescado para meternos en una de aquellas. Yo estaba en unas clases cuarteleras de alemán y de ruso, así que tenía unas nociones del idioma de los *fritzs*, por lo menos para pedir una ración para siete de aquellas salchichas blancas guisadas y sendas cervezas, que para nuestra sorpresa estaban tibias. Comimos, bebimos y fumamos en aquel lugar tan bonito. Nos reímos y hablamos a voces. Los alemanes nos pedían que bajáramos la voz, cosa que no hicimos. Era la

primera vez que en un bar nos decían que había que hablar bajo, ni que estuviéramos en una iglesia. De allí salimos bien comidos y bien bebidos. Carballo propuso ir a una casa de señoritas que le había dicho algún otro, que estaba regentada por una viuda colombiana, así que por lo menos el problema no sería el idioma. Éramos jóvenes, estábamos a mil kilómetros de casa, allí no nos conocía nadie y estaba claro que las costumbres de castidad y moralidad española no funcionaban por aquellos lares.

No sé cuántas vueltas dimos por callejuelas secundarias buscando la «casa de señoritas de la colombiana». Tampoco sé muy bien quién era el que le había dado las indicaciones, y no tengo ni idea de cómo nos dejamos llevar de nuevo por el dedo índice de Carballo y sus señas. Acabamos preguntándole a unos soldados alemanes con pinta de calaveras que, con sonrisa de complicidad, nos mandaron a una casita baja, muy bonita, que tenía como nombre Der Garten der Luste, algo así como El jardín de las delicias.

Todo era rosa allí dentro, cubierto por tela tipo velo, cuadros de mujeres desnudas de la mitología griega y una cincuentona que nos abrió la puerta. Llevaba un traje de esos de señorona de principios de siglo, un peinado como los de las fotos de la reina María Cristina cuando era joven, una voz profunda, cavernosa, que nos recibió con amabilidad. Según le entendí, las chicas estaban en la parte de arriba y bajarían en un momento, las podíamos esperar en la sala a la que nos llevó. Era una salita grande, llena de sillones de cuero, con las paredes en rosa palo que tanto gustaba a la dueña. Era como esos clubes ingleses con cuadros, chimenea, mesas con tablero de ajedrez, incluso con una especie de piano. Morcón me dio un codazo fruto del nerviosismo cuando vio que las fotos que colgaban de los pequeños marcos eran de mujeres desnudas. Para ser sincero y reconocerlo, yo, como todos, me sorprendí al verlas. Incluso en varias aparecían mujeres desnudas abrazadas.

—Chicos —dijo Voluntario desde detrás de una barra de bar que había en el fondo mientras mostraba una botella de whisky—, ¿a alguien le apetece una copita?

—Eso debe de costar una fortuna —dijo Mogán mirando la botella.

—Claro —le replicó Voluntario con ese desparpajo alicantino—. Esto es una casa fina y no el burdel de la tía Lola.

—Pues así debe de costar —sentenció el grancanario.

—Mejor suéltalo —dijo Morcón—, no sea que...

—Vamos a ver —dijo Voluntario con su cara de profesor

condescendiente—, mis queridos catetos de pueblo. Yo soy de Alicante, y aquí mi querido Rafa, que es sevillano —dijo señalándolo—, sabe cosas de gente de ciudad y de mundo, que en los sitios del putiferio para gente de bien —hizo una muestra con la mano que incluía a su persona y a Rafa— la bebida es solo la miel que engancha para que te entones y sueltes el dinero con las chicas —hizo una pausa—. Por lo tanto, queridos paletos de pueblos que no están en los mapas, como yo y mi queridísimo compatriota de ciudad Rafa Domínguez sabemos —que ya asentía con sonrisa orgullosa—, esto es un obsequio de la casa.

—¡Claro que sí! —dijo Rafa llevando la zeta andaluza al extremo—. Que como no habéis visto mundo, pues no lo sabéis.

—Pues cállate y pon una ronda, camarero de mundo —dijo Villa.

Fueron varias rondas en aquellos vasos de cristal grueso. El whisky era excelente, creo que allí era la primera vez que lo probábamos, aunque por supuesto Rafa y Voluntario sabían de whisky más que nadie.

—En la etiqueta pone *scotch whisky* —dijo Rafa en medio del vapor etílico que vaciaba la segunda botella—, porque el whisky lo inventó un tal Scotch en Escocia, que era un tipo que inventó todo tipo de bebidas.

—Pues yo vi en Madrid un bar en la Gran Vía donde en el whisky no ponía *scotch* —dijo Carballo sin apenas abrir los labios, en ese idioma suyo de palabras cortadas que apenas era inteligible.

—Porque ese no era el auténtico. O sea, no era de la bodega del tal Scotch. Whisky para pobres es lo que era ese.

Cuando la tercera botella daba sus estertores, se abrió la puerta de la sala y entró la madama con un grupito de unas doce chicas vestidas con lencería de la fina, mucha transparencia, encaje, bordados, corpiños, incluso muchas con batas de gasa muy fina donde se transparentaba el cuerpo desnudo. Nuestros ojos como platos viendo aquel espectáculo de belleza femenina.

Las alemanas se movían entre nosotros con la misma soltura que si hubieran sido camaradas de la sección femenina repartiendo tabaco en la estación de Madrid. Estaban desnudas, pero no les importaba que nosotros estuviéramos allí con la boca abierta. Nos ofrecían copas con la naturalidad de las camareras de una cervecería.

Yo me puse a practicar el alemán con una rubia que tendría mi edad. Era pechugona y puedo decir sin ruborizarme que era la primera mujer desnuda que veía en mi vida. Los otros iban siendo emparejados por la madama con

otras rubias, alguna pelirroja, varias morenas. Si no hubiera sido por la dueña, no nos habríamos atrevido a decir ni media.

Voluntario, lanzado y curtido en estos menesteres, se levantó del sillón cogido de la mano con una exuberante aria germánica para caminar hacia la puerta que esta le indicaba. Entendí que por ahí se iba a las habitaciones. Pero la madama se acercó hacia él y le habló. Voluntario no entendió nada, ella se lo repitió en algo que parecía francés. Voluntario le hizo con la mano el gesto internacional de «espere» para darse la vuelta, mirarme y decir:

—Mira a ver qué dice esta tía loca —puso cara de extrañeza—, que ahora le da por ponerse de conversación.

Me acerqué. La mujer tuvo que repetirme dos veces lo que estaba diciendo.

—Quiere que le pagemos la bebida antes de subir con las chicas.

—¿Sí?

—Eso dice. —Puse cara de «di algo, ya que sabes tanto».

— ¡Joder con la vieja arpía! —El silencio en la sala se podía cortar, salvo por el gramófono que machacaba discos de cantantes alemanes—. Vaya avara la mala puta. ¿Y cuánto es?

—*Fünfundvierzig* —dijo con una sonrisa más falsa que los decorados de Cifesa.

—Cuarenta y cinco.

—¡Ah! Bueno, tanto no es —dijo Voluntario sacando su cartera entre risas de los presentes—. Tranquilos, chicos, que pago yo y después arreglamos. —Rebuscó en las monedas para poner sobre las manos de la mujer una moneda de cincuenta *reichspfening* mientras canturreaba *Los Nardos*—. Aquí tiene la señora. Y con el cambio les pone una ronda a estos desgraciados, a ver si les quitamos el pelo de la dehesa y los hacemos personas.

Todos reímos y el ambiente se relajó.

—*Fünfundvierzig reichsmark* —dijo la vieja con aspecto helado—. ¡*Reichsmark!*

—¿Qué quiere ahora? —Voluntario me miró absorto.

—Marcos —dije con asombro en la voz—, cuarenta y cinco marcos, no esa calderilla. Marcos, no céntimos.

Voluntario puso la misma cara que todos allí. Cuarenta y cinco marcos era un montón de dinero. Ninguno los tenía. Ni siquiera entre los siete los

juntábamos. Voluntario cogió la moneda, la guardó en el bolsillo. La mujer lo fulminaba con la mirada. Las chicas se pusieron de pie y se agruparon, eran toda una escuadra de tipas con mala leche. Aunque en aquel momento que me las echaran todas.

—*Was werden Sie tun, meine Herren?*

—Nos pregunta que qué vamos a hacer.

Silencio.

—*Ich werde die Polizei rufen, wenn in zehn Minuten.*

—Va a llamar a la policía en diez minutos.

—No podemos meter la pata de esta manera —dijo Mogán con un tono de desesperación—. En nuestro primer permiso y ya detenidos.

—Todavía no nos han detenido —dijo Villa con su tranquilidad de futuro médico.

—¡Joder! Presos de los guardias en Alemania —dijo Morcón sudando el whisky por cada poro de la piel—. Se cuenta y no se cree.

—¡Calla, animal! —le espetó Rafa—. ¡Que en Alemania no hay Guardia Civil!

—¿Ah no? Pues yo los he visto en el cuartel.

—Porque son divisionarios, han venido con nosotros, ¡mendrugó! —le respondió el sevillano con cierta desesperación.

—Ya, ya —dije—, pero ahora ¿qué dicen los listos?, los de ciudad que se las sabían todas. ¡Venga, que hablen los listos!

Ambos callados. Algunas de las chicas miraban divertidas, con un punto de sadismo enfermizo. La madama se acercó al teléfono que elegantemente estaba sobre una mesita redonda con una lámpara con forma de mujer desnuda que sostenía una tulipa rosa, cogió el auricular para descolgarlo, se lo llevó a la oreja para marcar. Pero Carballo como una centella, puso una mano rápida sobre la máquina y colgó la llamada.

—Traduce —me dijo. Yo asentí—. Señora, ha habido un mal entendido. Nosotros no tenemos ese dinero en metálico ahora mismo. Pero sí en nuestra base militar.

—Dice que si no lo tenemos aquí, que le da lo mismo. Ella quiere el dinero ahora —tradujo a la *frau*.

—Bien —dijo Carballo sin inmutarse—, si usted mira por la ventana —señaló a una en el centro de la sala—, podrá ver con aspecto despreocupado a tres camaradas divisionarios. —Todos los allí presentes miramos para ver a



tres guripas que haraganeaban fumando en aquella callejuela de piedra adoquinada—. Uno de ellos es nieto del duque de Angulema, aunque por modestia no lo comenta. El otro es ahijado de Juan March, famoso banquero español cuyo padrino no pudo evitar el ardor guerrero de juventud de su ahijado. Y el tercero por la izquierda, ese pelirrojo, pertenece a una de las familias más ricas de Navarra.

—Pregunta que si ellos pagarán las bebidas —traduje a una cada vez más interesada mujer.

—Por supuesto que sí, señora. Ellos nos prestarán el dinero, téngalo por seguro.

—Dice que los llames desde aquí.

—No puede ser, señora. Son gente de calidad, no se les puede llamar a gritos desde una ventana. Usted me abre la puerta, me deja salir, yo cruzo la calle y les invito a venir.

—¿Y si no quieren?

—Vendrán. Ellos son jóvenes, con dinero y nadie se resiste a hacer gasto en una casa tan importante como esta.

—Dice que ¿y si te echas a correr cuando te abra la puerta? No se fía.

—¡Por Dios, señora! —dijo poniendo cara de indignación—. Le juro por mi honor de divisionario, de caballero español, que no causaría ofensa al uniforme que visto ni al juramento que he hecho hoy en forma sagrada. Antes la muerte caiga sobre mí que la humillación de insultar al uniforme que visto.

—Dice que está bien, que los vayas a buscar.

La mujer ordenó algo a las chicas, que comenzaron a sonreír otra vez. Creo que se preparaban para la llegada de aquellos tres señoritos. Sacó la llave de un bolsillo escondido en su ancha falda, caminó hacia la puerta con el divisionario detrás. Todos mirábamos desde la entrada de la salita. La mujer giró la llave, la gruesa puerta se abrió. La madama no se había quitado todavía de delante cuando Carballo le dio un fuerte empujón fuera de la casa, salió de un salto sobre la vieja y al grito de «¡corran, atontados!». Sin esperar nada más y todos a una, salimos corriendo detrás.

Incluso los tres «señoritos», que sin saber lo que estaba pasando, echaron a correr con nosotros, por si acaso estuvieran repartiendo y se las fueran a llevar todas. Después nos enteramos de que uno era Carrasco, torero maletilla de Albacete, el otro era Madriles, un falangista más castizo que Lavapiés, el tercero era irlandés que había venido a España con los

voluntarios de O'Duffy a luchar con Franco y le había gustado tanto que se había casado con una catalana, y ahora volvía a estar de voluntario, pero en Rusia. No paramos hasta llegar a donde habíamos quedado con los camiones que nos recogerían a última hora de la tarde. Gastamos el dinero en una cervecería cercana. No paramos de reírnos con Carballo y su interpretación.

Esa fue nuestro primer permiso en Núremberg. Vendrían muchos y mejores, más tranquilos, incluso con mucho éxito con las chicas, no de pago, que con esas no repetimos. Muchas alemanas que se rindieron a nuestra labia y eso que el único que sabía alemán era yo. Porque no hay nada mejor que una mujer para motivar a aprender un idioma extranjero.

La instrucción en Grafenwoehr era similar a la mili en España, salvo que aquí había más parte práctica y teórica sobre el manejo de armas de todo tipo, desde el clásico tiro con el fusil máuser que nos habían adjudicado a cada uno, pasando por ametralladoras de todo tipo, morteros de todos los calibres y hasta el uso de armas rusas. Había un curso de iniciación al alemán y otro de ruso. Me apunté voluntario a los dos. Los días pasaban en una sucesión de rutinas. Por las mañanas todo físico. Creo que corrimos por todos los caminos de aquella enorme base. La instrucción alemana nunca me pareció más dura que la española, pero sirvió para que los que no habían pasado por un cuartel en España cogieran el ritmo, y eso incluía a los del simulacro que era la Milicia Universitaria.

Aquella tarde de viernes estábamos haciendo prácticas con la potente ametralladora MG. Yo me intercambiaba con Rafa y Voluntario, representando los papeles de tirador, cargador y ojeador. La máquina era muy potente, fácil de usar y muy ruidosa. Éramos como críos jugando con petardos en la fiesta. Pero Rafa tenía otra cosa en mente.

—El tema —decía en una pausa en los disparos para que Voluntario repusiera una cinta de balas— es que las tres hijas tienen a los novios en el frente y, bueno...

—¿Pero eso te lo dijo la madre? —le interrumpió Voluntario.

—No, mejor aún, el padre —dijo colocando la cinta en el hueco de la ametralladora.

—¿Y en qué te habló? ¿En sevillano? —dijo Voluntario, que simulaba los movimientos de observador buscando un enemigo que era una diana—. Porque tú de alemán el *ja* y el *nein*.

—No te enteras de nada —dijo el hijo de un modesto alfarero de Triana

—. El padre es argentino de abuelos alemanes, que se fueron para la Argentina después de no sé qué guerra, y él volvió a Alemania cuando oyó que con Hitler se ataban perros con longaniza.

—¡Joder! ¡Vaya gente más rara! —exclamé mientras apuntaba con la mira, pulsé el gatillo y la cinta de la ametralladora entró y salió por el otro lado en cuestión de segundos—. Se van para Argentina donde todo el mundo va a hacerse rico...

—Yo qué sé, eso me dijo, eso os digo. Además, ¡vaya preocupación tenéis por esa gente! —dijo con ese aire de indignado que tanto nos hacía sonreír—. Yo solo sé que el tipo me dijo que, si quería, el sábado pues podía ir a su casa a cenar y después salir al cine con sus hijas. Pues le dije que sí y me dijo que, si tenía dos amigos, que fueran caballeros, educados, pues mejor. Como le dije que de esos aquí no había, que solo había sinvergüenzas, pues me dijo que llevara sinvergüenzas. —Puso esa cara que ponía de serio cuando decía algo disparatado. Nos reímos.

—Que sí, hombre —dijo Voluntario mientras saludaba al instructor alemán que desde la lejanía nos mandaba a callar—, vamos los tres el sábado y ya está.

—Pero hay que comportarse —aclaró—, que no son unas frescas.

—Ya —dije con sorna—, los padres quieren que las saquemos de paseo, tres desconocidos y ellas con novios.

—¡Venga ya! Que aquí las cosas no son como en España —dijo mientras sonaba una sirena que indicaba que la instrucción había terminado.

—¡Uy! —dije burlón—. Me da a mí que este ya vio el percal y está encandilado.

—¿Sí? —dijo Voluntario mirándolo con interés—. ¿Están buenas?

—Iros a la mierda —dijo cargándose la metralleta al hombro para llevarla al depósito que hacía de armería junto al campo de tiro, ante nuestra mirada insistente—. Sí, son muy rubias, muy altas... y sí están muy buenas.

—Pues mejor me lo pones —dijo Voluntario limpiándose el sudor del cuello con un pañuelo.

—Eso sí, yo me pido la mayor —nos reímos mientras íbamos a colocarnos en formación para ir a los camiones que nos devolvieran a nuestros barracones—, eso que os quede claro. Astrid se llama, esa para mí... Vosotros os buscáis la vida con las otras dos, pero a esa ni mirarla.

Nos echamos a reír hasta que sonó el toque de «a formar» y la seriedad y

el silencio nos llegó de repente. El sargento Castro nos informó de las quejas habituales de los mandos alemanes, que como eran siempre las mismas. Pues fue como oír llover. Que si hablábamos muy alto, que si no llevábamos el uniforme como era, que si demasiada confianza con las mujeres, que si la gorra no podíamos ponérsela como nos diera la gana ni siquiera en permisos, que esto y que lo otro. Lo que sí nos alegró fue que nos dijo que el periodo de instrucción se estaba recortando y que, si seguíamos así, pronto estaríamos en Rusia dando tiros.

Nos subimos a los camiones la mar de contentos, dando vivas hasta que oímos en el camión de delante cantar la de *Soldadito español*. No nos hicimos esperar y, en un instante, toda la columna de camiones la cantaba a voz en grito por aquella vereda de bosques bávaros, bajo un cielo azul sin una nube.

Era una de esas casas alemanas de la alta burguesía del siglo XIX, de fachada pétreo, con ventanas rectangulares y triángulos encima de cada una de ellas. Desde allí se veía una iglesia de dos campanarios puntiagudos de color verde claro. La calle adoquinada era señorial, una zona para gente con posibles, sin duda allí no vivía morralla. Un viejo Hispano-Suiza pasó despacio, sin apenas hacer ruido, junto a nosotros. La puerta del edificio era una de esas gruesas de sólida madera. Rafa tiró de una cadena y en algún lugar del interior se escuchó el tañido de una campanilla. Pasarían cinco minutos hasta que volvió a tirar de la campana. Esta vez, tras varios «¿estás seguro de que era aquí?», la puerta se abrió. Un viejo rubio de tez rosada y ojos de un azul casi blanco nos miró con desconfianza. Su mirada iba de nuestras caras a los uniformes, parándose en los escudos de los brazos donde asomaba la roja y gualda. No supimos si era desconfiado por naturaleza o solo con nosotros, pero estaba claro que este no era el argentino.

—¿Cómo se llama el padre? —le pregunté al sevillano.

—Arnaldo Baumler, o algo así.

—Lo mejor es lo del algo así —dije con tono de hartazgo para mirar al alemán y preguntarle—: *Bitte...*

No me dio tiempo. Por las escaleras una chica rubia delgada bajaba apresuradamente. Su rostro disimuladamente tenso quería representar alegría, aunque más parecía una chica que intentaba encontrar alguna prueba comprometedoras antes de que su madre la viera. Dijo algo en alemán al hombre que se apartó, para marcharse al fondo pasillo, donde se quedó como una especie de búho. Ella salió a la calle, pero no cerró la puerta. Aquello me

olía a plantón al kilómetro.

—Rafael, te ruego excuses... —dijo en un perfecto español con un extraño acento que iba del argentino al alemán para mirarnos al resto. Hizo una pausa—. Señores, les ruego que excusen a mi padre, pero no va a poder recibirlos en mi casa como él le... le prometió a vos... a ustedes. —Hablaba bajo, volviendo la cabeza nerviosa hacia el fondo del pasillo donde el viejo trasteaba con unas cuerdas—. Por lo tanto, no va a poder ser la cena en casa. Es muy bochornoso para nuestra familia...

—No se preocupe —le dije ante el apuro de la muchacha—. Nosotros al igual que venimos nos vamos, y tan amigos.

—Y si no, más amigos todavía —reafirmó Voluntario. Rafa permaneció en silencio, con esa cara de niño que le dicen que no puede salir al parque.

—¿Pues nos vamos entonces? —dijo Rafa con expresión de disgusto—. Espero que no sea por algo por lo que dije el otro día.

—No —se apresuró ella—, la cena en mi casa con mis padres no puede ser, pero podemos... si ustedes quieren... —Nos miró a los tres, que asentimos intrigados—... cenar en una cervecería y después ir al cine. Lo que pensábamos hacer, pero sin cenar en mi casa, aunque sea una molestia para ustedes y no sea lo acordado.

—Olvídate de lo acordado —dijo Rafa ansioso—, que de acordado nada. Claro que queremos, ¿verdad, chicos?

—Sí, claro que sí —dije con seguridad. Sinceramente no me apetecía comer en aquella casa con una gente a la que no conocía. La cervecería me parecía un sitio más neutral.

—Pues yo subo a buscar a mis hermanas. —Volvió a mirar hacia el fondo del pasillo—. ¿Ustedes podrían esperarnos en la esquina de la calle?

Asentimos y sin mediar palabra cerró la puerta. Nos miramos intrigados para echar a caminar la centena de metros que nos separaba de la otra esquina. La calle estaba animada, los alemanes nos miraban fijándose en nuestras insignias y en cómo asomaba por el cuello, la camisa azul que llevábamos bajo la guerrera. *Die spaniche*, oíamos decir acompañados de miradas de todo tipo, desde la frialdad más absoluta que rayaba el desprecio hasta una admiración exagerada. Sabíamos que los alemanes se dividían en dos bandos: los que pensaban que éramos unos aprovechados que nos uníamos al carro ganador para repartirnos lo que habían conseguido ellos y los que nos miraban como los viejos tercios que dominaban los campos de batalla en el siglo XVII.

Que ni que decir que a mí me gustaba mucho la última interpretación. Pero también había versiones mucho más ofensivas, aunque en aquel momento solo me preocupaba ver a las hermanas alemanas de aquella chica tan formal.

Se acercaban las tres, delgadas, rubias, con falda hasta debajo de la rodilla, sombreros elegantes, todo muy femenino. Eran unas chicas muy elegantes, pero se notaba a la legua que querían aparentar más edad. Astrid ejerció de hermana mayor haciendo las presentaciones. Ángela era la hermana «del medio», un año menor que ella, y Anke era la pequeña, nos dijo que tenía diecinueve, pero yo lo dudé bastante. Voluntario, con la excusa de no saber alemán, se me adelantó para escoger a Ángela y dejarme a mí con la pequeña Anke, cuyo español era escaso. No diré que me tocó bailar con la más fea, porque la niña era la más guapa de las tres, pero era precisamente eso, una niña.

Fuimos a una cervecería junto a la catedral donde pedimos salchichas y cervezas. Astrid me juró que Anke podía beber cerveza. Yo, sin creerla mucho, lo di por bueno. La conversación era animada. Las dos mayores nos contaban cosas de su niñez en Argentina, de la cosmopolita Buenos Aires, de la pampa y de la cantidad de cosas que se podían comprar en cualquier tienda bonaerense. Nos dijeron que les gustaba Alemania, que eran felices allí, aunque aquello sonaba a latiguillo que, a fuerza de repetirlo, sonaba cada vez más impostado. Nosotros hablamos sobre España y sobre nuestros lugares de procedencia. Mostraron interés sincero, incluso se sorprendieron con algunas anécdotas pintorescas. Cuando pensábamos que los camareros se habían olvidado de nosotros, apareció una *Fraulein* llevando unas jarras de cerveza del color de la madera barnizada y una gigantesca cazuela de salchichas blancas cocidas flotando en agua. Rafa repartió cerveza, una para cada uno, y salchichas, dos por cabeza, y entonces nos dimos cuenta.

Aquellas muchachas tenían hambre, mucha hambre. No es que estuvieran famélicas al borde de la muerte, pero sí estaban acostumbradas a pasar hambre, lo cual nos sorprendió, porque eso estábamos acostumbrados a verlo en España, donde casi todo el mundo intentaba arañar de aquí y de allá para completar la dieta, fuera de la cartilla de racionamiento.

—Yo con una tengo —dije sonriendo—, no tengo mucha hambre. ¿La quieres?

Anke aceptó al instante. Rafa me miró, leyéndome en la cara, y pidió otra ración de salchichas con un gesto a la camarera, que asintió tomando nota,

pero sin moverse del sitio. Sin duda, el servicio en Alemania no tenía nada que ver con el de España. Astrid se dio cuenta, lo noté en su cara, su expresión reflejaba vergüenza, pero no dijo nada, no rechazó la comida. Nosotros en el cuartel teníamos más que cubiertas las necesidades alimenticias y pensábamos que en toda Alemania pasaba lo mismo. Bueno, eso lo pensábamos antes de venir.

Salimos de la cervecería para caminar por la avenida hasta un cine donde proyectaban películas españolas por la presencia de tantos divisionarios en la ciudad los fines de semana. Echaban una de risa, *Héroe a la fuerza*, pero me quedé fuera con Anke. La muchacha no sabía español como para seguir una película, no era plan para dejarla allí tirada. Me propuso pasear por la parte vieja de Núremberg, yo ya la conocía, pero era agradable tener a Anke como guía. Me contaba anécdotas sobre edificios, placas y estatuas con un desparpajo que la hacía muy graciosa, aunque yo no sabía si lo que me contaba era cierto o no. Con tanto paseo, la invité a tomar un helado en un puesto callejero. Solo tenían sabor a nata. Nos sentamos en un parquecito bien iluminado.

—¿Por qué no cenamos con tus padres? —pregunté sin esperar a nada. No es que fuera importante, pero me picaba la curiosidad además de temer la respuesta.

—Porque el viejo Aldous, el conserje y su mujer son informantes de la Gestapo —dijo como si tal cosa mientras lamía la bola de insípido helado.

—¿Informantes? —dije sorprendido. O sea, que no era porque no tenían qué comer, pensé, o igual es que no quería decírmelo.

—Sí, que pasan informes a la Gestapo.

—Sé lo que son informantes. ¿Pero qué miedo había?

—Los informantes llevan informes de todo lo que pasa en los edificios, de quiénes son las visitas, la frecuencia de todo.

—¿Y qué miedo tienen tus padres?

—Le quitaron su empresa de importación de carne de Argentina cuando empezó la guerra —me miró para añadir como si fuera lo más normal del mundo—: y teme que las cosas vayan a peor desde que nos quitaron el pasaporte.

—¿Por qué os lo quitaron?

—Porque mi padre quiso sacar pasajes para volver a Argentina hace un año, cuando Hitler le quitó la empresa por no venderle la carne al precio que

le decían.

—¿Y qué malo había en que tres soldados fueran a tu casa a cenar?

—Si hubierais sido alemanes, nada.

—¿Y cómo somos españoles...? —Guardé silencio poniendo cara de «venga, dímelo».

—Bueno —dijo terminándose la galleta del helado—, pero no te enfades.

—No me enfado.

—Muchos nazis consideran que no sois arios, que ni siquiera sois blancos, y mi padre pensó que un informe sobre asuntos raciales era demasiado. —Me quedé asombrado mirándola—. Pero no te enfades, que eso no lo pensamos ni mis hermanas ni yo.

—No te preocupes —dije para tranquilizarla. Sonreí pensando en todos esos nazis españoles que en Madrid hacían campaña tarde, mañana y noche para poner a un nazi en lugar de Franco—. O sea que, si hubiéramos subido, podríais tener problemas.

—Según mi padre, hasta detenernos.

—¿Detención?

—Sí, hay muchas detenciones. Si haces algo que no le gusta al Partido, puedes ir detenido. —Y añadió con gesto de chica explicada—: no hace falta ser judío o comunista para que te detengan. Si acumulas denuncias, te visita la Gestapo.

—¿Tus hermanas no tienen novio?

—Los dos muertos. —No dije nada—. Adler y Emil, ambos muertos en el frente.

—¿Dónde?

—Ambos en Rusia.

—Entonces hace poco.

—Sí —contestó para añadir con ese tono de chica ingenua que quiere aparentar madurez—, mi padre quiere que nos casemos con extranjeros que nos saquen de Alemania.

—Pero tú eres muy niña todavía.

—De eso nada, que tengo quin... —se ruborizó—. Bueno, casi dieciséis.

—Yo tengo veintiuno —dije encendiendo un cigarrillo de una marca alemana que había conseguido en la cantina del cuartel— y pronto estaré en el frente, así que... —Sonreí con el cigarro mordido entre los dientes—. Está claro que no soy para nada un buen partido para ti.



—Aparento más edad y sé muchas cosas —dijo con un tono entre ofendida y melosa. Yo no le dije más nada, no quería ir por donde iba ella.

—Cómete el helado antes de que se derrita.

—Me encantan los helados —dijo devorando el segundo—. Antes eran mejores, pero desde que está el racionamiento, mi madre dice que apenas tienen leche. Desde que repartieron las cartillas cada vez hay menos comida.

—Pues en los bares hay de todo —dije sorprendido.

—Pues en las tiendas no —dijo cortante—. Cuando hay pollo, solo hay pollo, y si se acaba... igual está tres días con los mostradores vacíos y de repente les llegan unos kilos de panceta que la gente compra por si acaso no viene nada más en otra semana. La semana pasada las tiendas se llenaron de carne en lata por todas partes. Todo el mundo gastó sus puntos de racionamiento de carne, por si acaso no había más carne en una buena temporada. Se agotaron todas las latas en unos días y la semana siguiente llegó un cargamento de estropajos y sal que llenó toda la tienda. Las carnicerías tuvieron que cerrar.

Nos levantamos para pasear por las calles rumbo al cine. La película tenía que estar terminando. La avenida estaba transitada, mucha gente paseaba y el tráfico era muchísimo mayor que en Madrid. Costaba creer lo que contaba la muchacha. Pasamos por la entrada de un suntuoso hotel con alfombra roja sobre los cinco escalones que ascendían a una puerta victoriana y un conserje sesentón con levita y gorra de plato. Un Mercedes negro estaba parado allí con un soldado junto a la puerta abierta. Pasé mirándolo distraídamente, estaba en posición de firme, con una expresión casi teatral.

—*Halt!* —oí gritar a mi espalda.

Miré pensando que no iba conmigo, pero por la escalera del hotel bajaban tres oficiales alemanes. En esa época me liaba bastante con los galones del ejército alemán, todo ese rollo de los colores de los cordones y demás. Miré con curiosidad. Aquellos tipos no eran oficiales, eran generales, y lo más sorprendente era que uno de ellos se estaba dirigiendo a mí.

Me cuadré e hice como que no entendía. En realidad, sabía que el trío de viejos estaba indignado por que llevara la guerrera sin abotonar hasta el cuello y la camisa azul saliendo por él, además de la gorra ladeada. La bronca me pareció interminable hasta que desde la entrada bajó corriendo otro uniformado.

—*Ist spanisch!* —advirtió mientras bajaba las escaleras.

Los viejos lo miraron intrigados, miraron hacia mí como si estuvieran viendo a un extraño animal del que hubieran oído hablar, pero dudaran de su existencia. El interés se transformó en altiva indiferencia para comentar entre ellos mientras entraban en el coche que era una falta de respeto hacia el uniforme, que yo parecía un pirata más que un soldado alemán, que si todos íbamos así, más valía que nos pusieran unos carromatos de gitanos. En ese momento reconocí al que bajaba. Era el mando alemán que hacía de enlace entre los alemanes y la División. Tenía la cara sonriente y relajada y me miraba desde sus ojos azules con una expresión de complicidad. Yo seguía firme.

—Descanse —dijo en español con amabilidad. Me relajé—. No se preocupe. Muchos alemanes todavía tienen que acostumbrarse a que llegó el calor de España. —Sonrió para ofrecerme un cigarrillo que acepté enseguida. Lo encendió con un mechero chapado en oro, que olió a gasolina cuando produjo la llama—. ¿De permiso?

—Sí, tenemos hasta mañana por la noche para volver.

—¿Y qué tal? —inclinó la cabeza para mirar con interés a Anke y hacer una expresión de picardía—. Bien acompañado le veo... Santiago, ¿no es verdad?

—Sí, me llamo Santiago —dije sorprendido y extraño por que se acordara de mi nombre.

—Es jovencita, ¿eh? —dijo acercándose a modo de confianza.

—Es solo una amiga, nada más.

—¡Españoles! —dijo riendo—. Todos sois unos Valentinos.

—Qué va —dije pensando en que Rodolfo Valentino no era español.

—¿Me presenta a la señorita?

—Sí... —Miré a la muchacha con expresión de «qué quieres que haga»—. Ella es Anke Baumler.

—Encantado —dijo cogiéndole la mano para dar un enérgico y rápido beso. Ella asintió para corresponder con una formalidad en alemán que no entendí.

En el interior del coche uno de los cabeza de perro rezongó algo incomprensible. Tocaba ir despidiéndose.

—Se me impacientan los generales —dijo Müller con aire de comprensión fastidiada—. Disfruten, que la noche es joven. Pregunte a cualquier nuremburgés por los locales de jazz y verán lo bien que se lo

pasan.

—De acuerdo. Gracias.

—Disfruten —dijo desde el interior del coche.

Anke me miró asombrada. Yo no quería hablar delante de aquel portero. Ahora todos me parecían confidentes de alguien. Caminamos por la calle hasta que ella me preguntó:

—¿Y ese quién era? ¿De qué lo conoces?

—Un mando alemán que hace de enlace entre la División y la Wehrmacht. Es coronel, creo.

—¿De la Wehrmacht? —Asentí—. Pues apesta a Gestapo, pero como una col podrida.

—A ti todos te parecen de la Gestapo —me reí—, no hay Gestapo en la División. Ni siquiera la policía militar alemana puede detenernos o la justicia militar juzgarnos. Para eso está nuestra policía y nuestros tribunales.

—Pues si no es Gestapo, es un Ángel Negro.

—¿Ángel Negro?

—De las SS.

—Mira, ahí están —dije señalando a los cuatro que salían del cine.

Fuimos a un local de *jazz*, como me recomendó aquel coronel. Según comentaron las chicas, el *jazz* era algo casi ilegal en toda Alemania, pero algunos bares y clubes nocturnos seguían arriesgándose con la música americana. Nos sorprendió eso. En España teníamos a nuestra querida Rina Celi, que con su orquesta tocaba un *jazz* increíble, incluso había dado conciertos en el Circo Price para recolectar fondos para la División. Es cierto que a muchos en el gobierno y en Falange no les gustaba, pero no había *night club* o *boîte* que se preciara que no tuviera una orquesta de *jazz* o *hot*, que también lo llamábamos así. Así que a todos nos gustaba y a Franco no se le ocurrió prohibirlo.

Bailamos durante horas. Creo que eran las tres de la madrugada cuando tocaron la última pieza en aquel club de gruesa puerta cerrada con ventana cajonera por la que se asomaba un portero antes de abrir. La bebida era carísima, así que nos conformamos con dos rondas. La música era muy buena, las iluminaciones de colores y el ambiente nos gustaron mucho. No éramos los únicos vestidos de uniforme. Conocimos a varios soldados alemanes con los que hicimos las amistades sinceras y profundas que se hacen en los bares. Bailamos muchísimo, como si estuviéramos oyendo el clarinete de nuestro

Bonet de San Pedro y su *Raskayú*. Anke intentó seducirme muchas veces, pero logré evitar la tentación, maldiciendo que no tuviera cuatro años más. Voluntario y Rafa tuvieron mucha más suerte.

Eran las cuatro cuando nos despedimos de ellas, no sin quedar para el próximo sábado. Aunque yo no estaba tan convencido de aquello, no me apetecía hacer de niñera otra vez. Además, aquella historia de informantes, cartillas de racionamiento, chivatazos, detenciones, eso de no considerarnos blancos, incluso la sospecha de la chica sobre el coronel alemán era algo que me inquietaba. Pensé en comentárselo a los chicos mientras esperábamos que abriera algún sitio para desayunar, pero no quise sembrar desconfianza, así que me limité a escuchar cómo Rafa hablaba de Astrid, se le notaba enamorado pero a la legua, y cómo Voluntario contaba detalles lascivos de Ángela. Ese sí que no estaba enamorado.

Era nuestro cuarto permiso de fin de semana y los rumores del adiós a Núremberg crecían por todos lados. No era algo cierto, nadie nos lo había confirmado, pero radio macuto informaba que tal vez en un mes estaríamos camino de Rusia. Así que fuimos a celebrarlo a una cervecería en pleno corazón de la ciudad. La Hundekopf hervía de actividad. Propiedad de una familia múniquesa, era un salón enorme con una centena de mesas largas con una veintena de sillas en cada una. El techo pintado, como si de un bodegón se tratase, mostraba los productos típicos de la zona junto con instrumentos musicales de las bandas bávaras. Unas camareras de muy buen ver, vestidas con el traje tradicional, iban de mesa en mesa tomando los pedidos, para volver cargadas con la comida y las cervezas. Si alguien hubiera visto todo aquello, le habría parecido increíble que en Alemania hubiese racionamiento en los domicilios particulares.

Pollo a la brasa con patatas fritas, salchichas guisadas y codillo asado, esas eran las tres especialidades y de eso pedimos. Sentados en cinco grandes mesas, los españolitos trasegamos la cerveza como si fuera agua. Comimos como solo comen hombres jóvenes. En un lado de la sala una banda de seis músicos tocaba las polkas y marchas que tanto gustaban a los alemanes. Nosotros hablábamos a voces para hacernos entender, reíamos con los chistes y ocurrencias de cualquiera mientras deglutíamos toda aquella carne sabrosa que sabíamos que en España no hubiéramos podido pagarla. Pero allí no teníamos gastos y era como si la vida se terminase pronto, o mejor aún, como si estuviéramos viviendo el comienzo de una vida llena de oportunidades. Si

alguien nos hubiera dicho en aquel momento que en la guerra íbamos a morir muchos de los que estábamos allí, nos habríamos reído de él. Cuando la banda se tomaba un respiro, cantábamos canciones cuarteleras, muchas compuestas en el mismo Grafenwoehr, llenas de bravuconería y rimas pegadizas.

Nadie sabe cómo empezó, esas cosas no se saben bien nunca, pero hubo un momento en que oímos a Jerez, un estudiante de ingeniería, bullanguero y bromista, cuyo padre había sido miembro del PSOE y al que habían fusilado los comunistas, y que ahora viajaba a Rusia a devolverles la visita. Pues Jerez dio un grito:

—¡Que no me digas más «chsss»! —dijo colérico mirando hacia una mesa donde unos alemanes de uniforme lo miraban—. ¡Que a mí no me manda a callar ni mi padre, ¿te enteras?!

Lo oímos como un cañonazo, la orquesta había parado hacía rato y la voz resonó. El alemán, que estaba acompañado por camaradas en varias mesas, le replicó algo que en mi mesa no llegamos a escuchar, pero sí la salva de carcajadas de las mesas donde nuestros aliados germánicos cenaban. Lo siguiente fue ver saltar a Jerez como una exhalación sobre el alemán. Del resto, una marea de uniformes grises chocando de un lado hacia el otro. Inicialmente muchos pensamos en separarlos, pero no pudo ser. Caímos unos sobre otros en una tormenta de insultos y puñetazos que convirtió el local en un campo de batalla de mesas torcidas, sillas volcadas, comida en el suelo y preciosa cerveza color marrón derramada por todas partes.

Una de las camareras de más edad gritó en alemán aquello de «*Ich rief die Polisei! Sie sind auf dem Weg!*» para añadir en un truculento español: «¡Policía yo hablo! ¡Policía camino!». Todo el mundo siguió a lo suyo, a partirle la boca al *fritz* más cercano o, al menos, a no recibir mucho de aquellos grandullones. La mujer dio una orden a sus chicas que atravesaron el local sosteniendo unas varas negras con un gancho en la punta. Se colocaron en las ventanas y con la punta accionaron los postigos para abrir las gruesas cristalerías coloreadas que daban a la calle. Me di cuenta cuando propiné un puñetazo a un *doiche* que, en mi estado de borrachera, me cayó mal desde que lo vi. El aire fresco entró en una bocanada, pero no se trataba de eso. No les interesaba que estuviéramos frescos para pelear.

Cuando de repente oímos las sirenas acercarse por la avenida, los españoles nos quedamos quietos sin saber que hacer durante un instante. Los alemanes nos enseñaron el camino. Como una exhalación, todos aquellos tipos

dejaron de pelear y como alma que lleva el diablo salieron en tromba por las ventanas abiertas. No sé cómo lo hicieron, pero en unos segundos allí no quedaba un soldado alemán. Voluntario me miró sorprendido encogiéndose de hombros. Una de las chicas dijo «¡Vamos!», todos la miramos y ella movió la cabeza indicándonos las ventanas. Por allí salimos en tropel. Comprendí entonces el motivo de que abrieran las ventanas. ¿Cuántas habían destrozado en situaciones similares? También entendí lo de pagar antes de servir, cosa a la que en España ninguno estaba acostumbrado. Pero ahora todo aquello era lo de menos. Solo pensábamos en correr y desperdigarnos en pequeños grupos por las calles de Núremberg.

Llegamos a una placita silenciosa. Yo tenía que sentarme. Voluntario me dijo que descansáramos un poco. Rafa no había venido, estaría despidiéndose de su Astrid. Mogán tenía sangre en la nariz, pero poca cosa. Morcón, un ojo morado, a pesar de haber estado repartiendo tortas entre los alemanes como un animal, Carrasco no hacía sino reírse, Irlanda se hurgaba en la boca buscando un diente que se le movía, Madriles había ido a buscar un sitio para vomitar...

—Voy a cerrar los ojos un momento, pero un ratito nada más. —Tenía la mejilla entumecida de un puñetazo.

—*Was für eine Schande! Das ist Privateigentum!* —exclamó indignado aquella mañana de domingo un vecino sesentón desde su ventana.

Abrí los ojos para mirarlo y asentir con la cabeza. Le di un codazo a Voluntario, los otros se despertaron mirando entontecidos al viejo. Con un «nos metimos en un jardín privado. Ahuecando el ala, que no quiero correr delante de la policía». Miré el reloj. Eran las nueve de la mañana. Caminamos despacio y callados, con la resaca embotándonos la cabeza. La ciudad parecía anestesiada, vacía, como Madrid en domingo. Las campanas de la catedral repicaron llamando a misa.

—¿Vamos? —preguntó Morcón.

—¿Una homilía entera en alemán? —respondió Villa asombrado.

—Una misa es una misa —dijo Voluntario poniéndose de pie y caminando hacia la catedral.

Oímos misa en la parte de atrás de aquella inmensa catedral. No estábamos presentables para lucirnos en el altar mayor. Nos sorprendió que no se llenara más, una misa de domingo en una ciudad grande como aquella y que solo se llenara un tercio era inconcebible en España. Pero aquí las cosas eran distintas, lo de la religión no estaba bien visto, ni siquiera en el ejército, y se

notaba una barbaridad, ya que nuestros páteres y nuestras misas diarias, rezos del rosario, irritaban a los alemanes. Sin duda, en aquella Alemania, el dios único y omnipotente era el Estado y Hitler una especie de médium pagano que era capaz de hablar por esa divinidad que lo abarcaba todo. No me entiendan mal, el cristianismo no estaba prohibido, pero allí había otra religión que competía con todo su poder.

El fresco dentro de la catedral y la tranquilidad de aquella hora de misa hizo que saliéramos mucho mejor de lo que entramos. Un tipo en una esquina tenía un puesto de *currywurst*, salchichas al estilo berlinés. Un guripa cocinillas que nos encontró por allí nos explicó qué era eso del curry, y ese día lo bautizamos como Curry. En esta estábamos con aquellas salchichas con salsa de tomate y el curry ese espolvoreado por encima cuando apareció una patrulla militar, pero no de las alemanas, sino de las nuestras. Nos pusimos de pie y los dos guardias civiles, desde la ventana de su Volkswagen, nos llamaron:

—Los permisos se han suspendido —dijo uno de ellos con cara de disfrutar—. Ayer la armaron en una cervecería, y no han hecho sino llegar quejas y denuncias. —Asentimos poniendo cara de comprensión fatalista y maldecimos la irresponsabilidad de los que habían estado metidos en esa bronca—. Vosotros habréis estado metidos en eso, ¿no? Os veo cascadillos...

—Qué va, señor guardia, nosotros acabamos de salir de misa de doce —aclaró Voluntario poniendo cara de seminarista.

Los guardias escrutaron nuestras caras llenas de cardenales, contusiones, sangre seca...

—Ya, ya —dijo el que conducía, un veterano al que ni el estricto reglamento alemán había evitado que no se afeitara el bigote—, ya veo que sois unos santos. Hay que volver al cuartel antes de las dos, así que andando. Si veis a algún guripa, se lo decís. —Pisaron el acelerador y se fueron calle abajo.

Caminamos por la calle rumbo a la plaza donde nos recogerían los camiones. Todos maldiciendo nuestra suerte, aunque yo prefería ir al cuartel para poder dormir. Pasamos delante de la cervecería, donde una pareja de policías alemanes y la dueña hablaban por señas con Carballo.

—Mira al desaparecido —dije asombrado, ya que le había perdido la pista desde la bronca—. ¿Qué le habrá pasado?

—¿Lo habrán detenido? —dijo Mogán justo en el momento que la dueña,

los policías y Carballo se echaban a reír.

—Sí, pues para estar detenido, lo veo de mucha risa —dijo voluntario pasándose la mano por el pelo.

Nos acercamos. Los policías nos miraron con curiosidad. La mujer puso cara de lobo al vernos y cerró la puerta para pasar la llave. La cervecería estaba cerrada hasta la tarde, dijo de forma seca para marcharse calle arriba. Los policías le dieron unas palmaditas en la espalda a Carballo y se fueron. Él se quedó allí mirándonos, con una media sonrisa.

—Chicos —dijo al fin—, tengo más hambre que el perro de un ciego.

—Pues poco hay que rascar —le dije—. Han suspendido los permisos y hay que volver para el cuartel.

—¡Pero cómo!

—Sí, por la pelea de anoche.

—¿Qué pelea? —dijo con la duda en la cara.

—La que empezó el jerezano —dije sin pensar.

—¡Cómo qué pelea! —interrumpió Carrasco—. ¡La de anoche, la única que hubo!

—Yo no sé de peleas —dijo encogiéndose de hombros—. Fui al baño cuando estábamos con canticos, me senté en la taza del retrete y me desperté a las seis. La cervecería cerrada a cal y canto. Llevo dando gritos desde entonces para que me abrieran. Ahora porque llegó la policía y sabían dónde vivía la mujer, que si no... —dijo sonriendo— me da el lunes.

Estallamos en una carcajada.

Los días pasaban y la monotonía de la instrucción hacía que corrieran de manera muy rápida. Ya todo nos parecía familiar. Las películas en el cine de la base o ir al teatro a ver alguna actuación. Sobre todo eran coros o conciertos de música clásica, que era algo que a los alemanes les encantaba. También estaba la misa y el rezo del rosario, todos los días había antes de la cena. Yo solo iba los domingos, aunque los páteres, aquellos curas castrenses, mitad monjes mitad soldados, estaban siempre quejándose de que durante la semana eran siempre los mismos a los que veían.

Muñoz Grandes había felicitado a toda la división por las calificaciones en todas las pruebas, tanto físicas como armamentísticas. En solo un mes controlábamos todo tipo de armamento propio de una división alemana de infantería. Incluso los divisionarios más novatos que no tenían ni siquiera la mili empezada ya se habían hecho a la disciplina militar. La indisciplina y los



caprichos se habían terminado hacía mucho y la división era un grupo compacto, una unidad militar disciplinada, donde todos éramos soldados y punto. Daba igual qué vuelta traías antes de llegar, si eras falangista, legionario, requeté, de los regulares... Si llevabas en el ejército desde que el Cid aprendió a montar o si no habías visto un uniforme en tu vida, si hiciste la guerra con los nacionales o si preferías no contar en qué bando la hiciste, si venías por la aventura, para cristianizar Rusia, buscando venganza, limpiar tu hoja de servicios demasiado republicana para el nuevo gusto imperante. Allí éramos todos divisionarios y no había más que hablar.

—Dicen que posiblemente nos quede un mes aquí —dijo Rafa mientras ojeaba la revista *Signal* en la cantina—, o sea, que no van a ser tres meses de instrucción.

—Pues yo creo —dijo desde la barra con su voz nasal Pastor, un divisionario de treinta años que venía de una aldea perdida en algún punto de los Montes Universales en Aragón donde se había dedicado toda su vida a ser pastor de ovejas merinas, de ahí la originalidad de su apodo— que como sigamos a este ritmo nos quedan semanas y no meses.

—Di que sí, Pastor —sentenció Diego Bazaga levantando el vaso de vino tinto a modo de brindis torero—, que de tanto correr, trepar y saltar, vamos a ir a la guerra cojitranco.

—Tú ríete —le dijo el aragonés—, pero yo de cargar el mortero y disparar sobres balas de paja ya estoy más que cansado. Que cuando lleguemos a Rusia, si no hay paja, no voy a saber disparar.

Todos reímos. Pastor era el abuelo de los infantes. No había ningún soldado raso, ni siquiera cabos que tuvieran treinta años, pero él era mucho más que eso, era la caricatura del paleta de los chistes de *La Ametralladora*, aquella revista de humor absurdo que tanto nos gustaba en aquella época. Solo decir que el día que se incorporó a la División, apareció con sus cosas en unas alforjas de esparto que había traído a pie desde su casa en las montañas.

En la mesa Carrasco piensa si envidia o no, las cartas son tentadoras, pero no se fía de Carballo, que se las sabe todas. Mientras Voluntario espera su turno, pasándose las manos por el tupé, el sargento Castro ya le ha dicho que vaya pidiendo hora con el barbero, que lo tiene muy grande. En el otro extremo Irlanda trata de descifrar todos aquellos movimientos de cartas de aquel endiablado juego.

—Y tú —me dijo mirándome Mogán mientras comía un bocadillo de esas

coles fermentadas que tanto gustaban a los alemanes—. ¿No puedes preguntarle a tu hermano si sabe algo?

—Se lo preguntaría —dije apartando la mirada de *Los que vivimos*, un libro en español que me había regalado una *frau* dueña de un negocio de salchichas— si lo viera, pero lo veo de higos a brevas.

—Por cierto —dijo Villa fumando como un carretero—, aquello de ir el sábado a donde tu amiga a cenar pollo ¿en qué quedó?

—Pues en que nos está esperando con los pollos comprados, así que espero que no se me raje ninguno —dije sentenciando—. No me hagan quedar mal...

Como si nos hubiera oído, Miguel apareció por la puerta. Serio y autoritario, ignoró los saludos militares de los allí presentes para hacerme un leve gesto con la cabeza y desaparecer tras la puerta. Los chicos me miraron, Carballo musitó un «si antes lo nombran...». Yo me guardé el libro en el bolsillo de la guerrera y salí.

El pasillo estaba vacío, tres guripas miraban los listados de los turnos de cocina, pero de mi hermano nada de nada. Miré en la puerta de salida, allí estaba fumando un oloroso cigarro Das Reich. Tenía cara de eso mismo, de sargento autoritario y africanista. Guripa era el término despectivo con el que bautizaron los mandos a todos los falangistas que sin experiencia militar ingresaron en la División, pero terminó siendo una especie de mote usado por todos, igual que lo de africanista, para todos los que eran como mi hermano, veteranos con mili de antes de la guerra, curtidos del Rif y los rifeños, guerra completa, autoritario, ceñudo y con una mala leche impresionante.

—¿Qué tal? —dije intrigado por ver lo que quería.

—¿Cómo va esa instrucción? —dijo dando una potente calada—. Mucha risa y mucha fiesta, según me han dicho.

—Pues a los que te lo hayan dicho —hice una pausa— les dices que, salvo un par de cosas, el resto ya lo tenía más que superado con la mili en España.

—Mira —me cortó—, mientras tú has estado de fiesta con los amiguetes, de cervezas, alemanitas jovencillas, risas y fiestas, yo he estado moviéndome, tirando del hilo, relacionándome con gente que sabe, invitando a unos y a otros. —Sacó otro cigarrillo, se lo puso en los labios para encenderlo con una cerilla de papel negro de cabeza roja arrancada de una caja con un dibujo de un gato negro.

—¿Y? —le dije sin acritud. Sabía de su nuevo carácter, lleno de rabia contenida, accesos de ira, resabio con periodos tanto de misteriosa nostalgia como de euforia desmedida. Ahora estaba en plan «te toco las narices y punto».

—Pues resulta que conozco a un tipo, un pez gordo que me dijo que conocía a otro tipo que tenía mano... por no decir muchísima mano en la Abwehr, tanta que cuando le pedí ayuda con lo nuestro, me dijo que lo diera por hecho. —Guardé silencio, no tenía muy claro qué era lo nuestro—. Si te digo la verdad, pensaba que era una fantasmada, que ya se sabe... mucho conozco a todo el mundo y después no conocen a nadie.

—¿Te dijo algo? —aventuré.

—Pues sí. —Sacó un sobre color manila que me dio—. Ábrelo.

Saqué una fotografía de un hombre de pómulos hundidos, ojeras, mandíbula angulosa y pelo peinado hacia atrás, chaqueta oscura y camisa blanca. No había visto a aquel hombre en mi vida. Lo miré intrigado.

—Dale la vuelta.

En tinta negra reciente alguien había escrito en mayúsculas «Ramón Turión Albertos» y entre paréntesis «1940». Me di cuenta de quién se trataba. Debajo en letras mayúsculas, pero más pequeñas «Frunze, comandante, primer regimiento motorizado, Brigada Internacional del NKVD».

—¿Sabes qué significa?

—¿Que sabemos dónde está?

—Sí, señor —dijo sonriendo—. en Moscú.

—¿Cómo lo saben los alemanes?

—Pues resulta que el tal Turión llegó a Alemania cuando estaba en plena luna de miel con los rusos. Ya sabes, todo eso del tratado de colaboración entre ambos gobiernos y demás. Pues solo tuvo que llegar a Berlín, presentarse en la embajada rusa y recibió pasaporte con viaje directo al país de los soviets. Según parece incluso mandó un batallón en Polonia a mitad del cuarenta, junto con alemanes cazando partisanos polacos. —Al ver mi cara de asombro añadió—: Sí, parece que eso era muy frecuente en los años que fueron aliados. Incluso me dijo qué rusos venían a recibir clases e instrucción en academias alemanas.

—¿Y cómo sabes que está en Moscú?

—Ese regimiento está en Moscú preparando el asedio.

—¿Cómo lo saben los alemanes?

—¡Joder! ¡Porque tienen gente en todos lados! Y en Rusia más que en ningún sitio.

—Vale —dije sin poner un tono que le aguará la fiesta—. ¿Sabemos que nuestro destino será Moscú?

—Sí —dijo con cara de pillo.

—¿Sí? ¿En serio? —alcé la voz con sorpresa.

—La toma de Moscú. Ni más ni menos. —Sonreía al verme la cara de contento que puse, pero se puso serio de repente—. Pero, Santiago, ¡por Dios!, no digas nada, que me metes en un follón.

—Tranquilo. Yo chitón. —E hice el gesto que hacíamos de niños cuando simulaba coserme los labios—. Ni media palabra, te lo juro.

—Pues vamos a caer sobre los comunistas en todo el corazón.

—Bien —dije apretando los dientes y viéndome a mí mismo dando patadas en las puertas del Kremlin mientras Stalin y toda su patulea se escondían bajo las camas—. ¡Corred, corred que vienen los españoles!

—¡Sí! —dijo cogiéndome de los brazos y riéndose.

—Por cierto, ¿sabes cuándo nos vamos? Todo el mundo dice que en dos meses...

—A tus amigos les dices que será pronto, que menos de dos meses. A ti te digo que posiblemente en dos semanas estaremos en camino.

Asentí. Él me invitó a un cigarrillo de los suyos, pero yo lo rechacé para sacar una cajetilla de Camel que me había regalado mi amiga cantinera. Se quedó boquiabierto para aceptar de inmediato.

Charlamos como lo que siempre habíamos sido, hermanos que se querían y pensaban que todo saldría bien. Le comenté las cartas que habían llegado de casa y que él se negaba a leer mostrando una indiferencia que me asombraba. En aquel momento sí escuchó atento. Nos reímos recordando las cosas de cuando éramos críos y jugábamos en aquellos barrancos que rodeaban al pueblo. Qué pronto quedarían lejanos aquellos tiempos de cielos despejados en la Baviera de risas, mujeres y cervezas.

## 5. Camino a la guerra, 1941

Un paso detrás de otro. Así empezamos haciendo un kilómetro cada diez minutos a un ritmo espectacular, pero no duró. A la semana hacíamos el kilómetro en casi veinte y más adelante ya no sabíamos ni cuánto estábamos haciendo, ni siquiera dónde estábamos. Sabíamos que habíamos salido el 22 de agosto, después de haber estado varios días llenando trenes con todo tipo de cosas que no podríamos transportar a pie.

Cuando nos dijeron que el tren solo nos acercaría lo más posible, pero que tendríamos que hacer mil kilómetros a pie hasta llegar, todo el mundo, desde los guripas de tres al cuarto como yo hasta los mandos, montó en cólera. Era increíble que nos fuéramos a perder la toma de Moscú simplemente porque los alemanes no querían ponernos trenes. Todo el mundo echaba chispas con ese tema. Tanto era el enfado que el propio enlace con la Wehrmacht, el omnipresente Tobías Müller, nos dijo que era imposible, que Alemania necesitaba treinta trenes diarios con suministros para mantener la guerra funcionando solo en el sector de Moscú y que nosotros requeriríamos sesenta. También aclaró, con aquel tono de recepcionista de hotel que da la bienvenida, que todo el ejército alemán se desplazaba así, que era imposible tener tantos trenes funcionando y menos aún con las ruinosas vías férreas soviéticas. Bueno, pues sí, nos callaron la boca, porque estuvimos a punto de la sublevación al sospechar que nos lo hacían por ser españoles.

Ahora llevábamos tres semanas caminando. Estábamos a punto de salir de Polonia, según nos decían los sargentos, pero el asunto era un «si usted lo dice, mi sargento». Cuando no era un camino rural, era una pista forestal. Cuando no simplemente atravesar el bosque hasta enlazar con un camino de cabras que nos llevaba a un pequeño pueblo donde acampábamos a las afueras para por la mañana seguir el camino rural hasta desviarnos por una pista forestal. Y así todos los días.

Mi hermano Miguel, odioso como buen suboficial, gritaba aquello de «¡Tranquilos, que mañana será peor!». El camino dejaba muchos heridos a los que subíamos a los carros tirados por aquellos cientos de caballos que compartían penas y sufrimientos con nosotros. A mí se me abrió el pie, como a

tantos, y lo solucioné con doble calcetín y las botas apretadas al máximo. También estaban las llagas, a las que poníamos grasa para intentar que se secaran lo antes posible y dejaran de doler. Eso sí, penas y sufrimientos de boca para dentro, para afuera todos decíamos que «aquello no era nada» y que «venga, *palante*». Aunque Villa y Curry tuvieron que ir varios días en el carro, por sendos esguinces que les pusieron los tobillos hinchados como pipas de aguacates.

—Huele a pan caliente —dijo Carballo en una pequeña ciudad polaca en la que hacíamos tres días de descanso para poder recuperar a los heridos leves y que en los carros solo fueran los más graves.

—Sí —dije olisqueando el aire—, y es pan del bueno.

Raudos y veloces, hicimos una colecta entre la cuadrilla de siempre para comprar unas hogazas. No íbamos a ir todo el batallón a comprar pan, así que, siguiendo el olor, nos fuimos hasta una pequeña panadería regentada por un hombre de unos cincuenta años y una chica joven de pelo rubio recogido en una trenza enrollada como un moño.

—¡Joder! ¡Cómo está la *panienka*! —dijo Carballo con la confianza de que nadie hablaba español.

Los allí presentes, dos mujeres maduras que eran atendidas por el hombre y la muchacha, se nos quedaron mirando. Los ojos dilatados, sorpresa en la cara que se transformó en miedo. El hombre se acercó al mostrador, como si quisiera traspasarlo, y comenzó a decirnos cosas en un tono lastimero. Mezclaba palabras en polaco y alemán, pero yo no entendía lo que decía. Simplemente señalé una hogaza de pan que tenía en la repisa tras él y saqué diez dedos. Me miró sorprendido, volví a repetir el gesto. Carballo puso en el mostrador los *reichspfennig* según el precio que pagábamos en Núremberg. El hombre estaba paralizado, miraba las monedas como si fuera algo extraño.

—¿Y a este qué le pasa? —dije abriendo las manos.

La *panienka*, término en polaco que definía a toda muchacha joven y que los guripas utilizábamos cada vez que veíamos a una chica guapa, cogió diez panes para ir metiéndolos en un macuto que trajo Carballo. El hombre pareció reaccionar para coger los *reichspfennig* que costaban los panes, empujando con los dedos las monedas de más. Sin duda las cosas en Polonia estaban más baratas. La muchacha nos dijo *dziękuję*, que entendí como gracias. Hicimos un gesto con la cabeza y como si un cubo de agua congelada despertara al hombre, este salió de detrás del mostrador repitiendo una vez tras otra los

*dziękuję* para abrirnos la puerta. Al salir fue y señaló los emblemas rojo y gualdas de los brazos:

—*Hiszpański?* —dijo mirándonos con la curiosidad de un niño que se encuentra un juguete en la calle.

—Sí, españoles —le dije en español ya en la calle levantando el dedo al estilo cesar romano en el circo, añadiendo un saludo con la mano, correspondido por el hombre—. Adiós, don usted.

—Vaya gente más rara —dijo Carballo—. Parecía que había entrado Drácula y Frankenstein por cómo nos miraban.

—Será por ti, que estás hecho un Frankenstein —dije burlón cuando alguien nos llamó de un grito en alemán.

Nos dimos la vuelta. Un soldado alemán se acercaba corriendo hacia nosotros. Tenía la nariz torcida, era chaparro y cuadriculado, tanto de cuerpo como de cara. El casco lo llevaba metido hasta las cejas, el cuello aprisionado por el uniforme donde se veían las runas de las SS.

—En esa tienda no podéis comprar —dijo en alemán con una voz nasal—, es tienda de judíos.

—¿Qué dice este?

—Dice que los de la tienda eran judíos y que no podemos comprar allí.

—¿Judíos? ¡Venga ya! —dijo con desprecio—. Este está pirado.

—Sí, judíos, y es ilegal comprar en sus tiendas.

—Pues a buenas horas, mangas verdes —dije en español encogiéndome los hombros, lo cual molestó mucho al *doiche*, que se puso rojo como una pimienta, y se lanzó a coger el macuto con los panes y tirar de él. Carballo forcejaba defendiendo nuestra compra con un «sale, bicho». Yo no esperé a nada, simplemente le di un puñetazo directo a aquella cara de animal de bellota que tenía. El alemán se fue al suelo para quedarse allí un instante, quieto, mirándome sorprendido mientras se tocaba la mejilla con expresión de mimoso al que le dicen que no por primera vez. Le aguanté la mirada y con la chulería propia de mis veintiún años añadí—: ¡Qué! ¿Quieres otra?

—Déjalo, está grillado —dijo Carballo tirándome de la manga—. Vamos, que hay hambre.

Echamos a caminar dejando al alemán levantándose del suelo.

Carballo se encargó de contar la historia a todo el que quiso oírlo mientras los de siempre nos comíamos aquel pan tan tierno, algunos estropeándolo al untarle el queso en tubo de pasta de dientes que

suministraban los alemanes, otros añorando los embutidos de España, pero todos sorprendidos por ver judíos que no se parecían en nada a los que aparecían en los carteles de propaganda con gabanes negros, nariz deforme y ojos de rata. Pero nosotros no podíamos decir mucho porque ninguno había visto a un judío en España.

Era un domingo frío de septiembre, iluminado por un sol distante, alto, que no calentaba. Habíamos parado en un claro en mitad de un bosque de pinos enormes para dar una oportunidad de recuperación a los heridos, a los rezagados y a las gargantas de los sargentos para que dejaran de echar broncas a los que no seguían el ritmo. Pero sobre todo para hacer una misa de campaña que sería masiva, con tres páteres oficiándola en un altar. No es que fuera una novedad, todos los domingos parábamos para escuchar misa, pero ese día fue distinto.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti...* —dijo el joven capellán castrense Víctor Íñiguez, natural de Oñate, en Guipúzcoa, tres años más viejo que yo, que lucía una cicatriz que le atravesaba el cuello, fruto de una soga de la que colgó en el 36 antes de que la rama que lo sostenía se partiese.

—Amén —dijimos todos, pero el páter no dijo nada. Repetimos el amén, pero seguía en silencio, mirando como un pasmarote hacia un extremo, los otros sacerdotes concentrados en lo mismo. Todos seguimos la mirada.

Alrededor de poco más de un centenar de campesinos estaban en el borde de aquel claro, puestos de rodillas, con la cabeza descubierta y sus gorras en la mano, dispuestos a escuchar misa.

—Páter, que nos dan las uvas —dijo Bernardo Rosales, un macarra de Regulares, que fue mandado callar por un grito de un teniente.

—Quien sepa polaco que les diga que pueden acercarse.

—*Przystapcie, nie ma problemu* —les dijo varias veces Pavel, con su polaco con acento mitad ruso mitad valenciano.

Aquellos campesinos se colocaron en grupo en un lateral. Escucharon misa con una fe y un respeto propios de la gente sencilla, de los creyentes sinceros. Cuando terminaron, los páteres junto con los intérpretes hablaron con ellos. Lo que contaron nos dejó sorprendidos.

—Son de un pequeño pueblo de leñadores a dos kilómetros de aquí —nos contaba Pavel—. Según parece, llevan semanas sin oír misa, porque los alemanes llegaron a su pueblo buscando judíos, pero como estos habían huido, sospecharon del cura, lo colgaron y quemaron la iglesia.



El silencio se podía cortar. Los comentarios de sorpresa fueron silenciados por los sargentos, que metían prisa para ponernos en marcha.

—¡Vamos! ¡En fila de a cuatro! —gritó el capitán Palacios con aquel vozarrón que tenía—. ¡Y andando!

La columna avanzó en silencio, meditabunda. Supongo que cada uno tendría sus motivos, pero allí muchos empezamos a cuestionarnos de qué iban los alemanes. Si en realidad aquello era una cruzada contra el comunismo o un apañío para conquistar territorio. Aquel silencio era extraño, sobre todo en el inicio de la marcha, los oficiales lo notaron.

—Sargento Durán —dijo Palacios en un caballo marrón con calcetines que montaba desde que empezó la marcha.

—¿Sí, mi capitán? —respondió mi hermano desde el principio de la columna.

—Muy callada veo a la tropa —sentenció Palacios.

—¡Vamos, columna! —gritó Miguel—. ¡Que se oiga en Moscú que vienen los españoles!

—¡Soldadito español, soldadito valiente, la alegría del Sol, fue besarte en la frente...! —coreamos a todo pulmón, casi de forma monótona por la cantidad de veces que la cantábamos.

—¡Sargento! —gritó desde el caballo Palacios haciendo que todos nos calláramos.

—¿Sí, mi capitán?

—¡Cambie de disco, que ese está muy rayado!

—¡Atención, columna! ¡Otra cosa!

Silencio, nadie cantaba. No sabíamos cuál cantar. Algunos se arrancaron con el *Cara al sol*, pero la mirada de Miguel los hizo parar. Cuando de repente sonó la voz de Carballo:

—A París va papá y no dice para qué, si a ver el Moulin Rouge o buscar algún bebé. A París va papá en el rápido de Irún, no se sabe si a negocios o se marcha al buen tuntún. —Cantó con la voz aflautada intentado hacer una versión de Celia Gámez, pero con un cómico acento inglés. Todos nos reímos mientras él sonreía con aquella expresión suya de pillo. Palacios se dio la vuelta sobre su caballo para asentir aguantando la risa.

—¡Vamos, que no pare el gramófono!

—Y ya en la estación todo es preguntar, todo es suponer y rumorear, y su hijita al ver que se va papá se puso a gritar desde el andén. —Carballo lo

hacía genial. Todos aguantábamos la risa para unirnos en el coro.

—Si vas a París, papá, cuidado con los apaches, si en juerga de taxis vas, procura salvar los baches —todos a coro—. Si vas a París, papá, no comas *foie-gras* de pato, ni vayas al cabaret si quieres pasar el rato. Te irás al bazar y allí un muñeco a mí tú me comprarás, lo mismo que a mi hermanito, si vas a París, papá. Al volver de París en su casa se encontró...

Como si estuviéramos en un teatro de variedades en la Gran Vía, entre risas fueron saliendo coplas de la Piquer, canciones de borrachos, pasodobles, folclore de todas partes y todo lo que se nos ocurría.

Entramos a ritmo de chotis en Bielorrusia. Junto a una estación de trenes al lado de un edificio de aduanas destruido, una panda de niños pequeños nos saludaba bailando a nuestro paso. Todos llevaban la estrella amarilla en el pecho y agitaban las manos. Voluntario les tiró un puñado de caramelos que había comprado por el camino. Los niños, maravillados, se volvieron locos recogiendo los del suelo entre risas. Dos soldados alemanes con aspecto de veteranos se acercaron al borde de la carretera, nos miraron con desprecio para luego gritar a los niños. Detrás de ellos vimos a otros soldados custodiando a varias centenas de personas que subían a un tren de ganado y que nos miraban con una apatía casi mortecina.

Dejamos de cantar, continuamos en silencio.

—Para eso sí tienen trenes —dije en alto.

—¡Chitón!, que hay ropa tendida —dijo el cabo Marlasca mientras con la cabeza señalaba brevemente a los alemanes que nos acompañaban.

—¡Robar! —chilló enojado Rafa ante el asombro de todos.

—Contrólate, Domínguez, o te cae la mundial —le dijo mi hermano mientras todos mirábamos asombrados cómo el alférez Noriega nos leía un listado llegado del alto mando con todas las quejas y denuncias puestas por los alemanes. Era cierto que la mayoría de ellas eran verdad, pero lo de robar... Eso era una mentira que nos dejó con la boca abierta.

—No hay problema, sargento —dijo el alférez Noriega, falangista hasta el tuétano y defensor de las ideas de igualitarismo, hermandad y camaradería entre soldados que tanto sacaban de quicio a los africanistas como mi hermano—. Hable, Domínguez.

—Mi alférez —titubeó él—, si a los alemanes le molestamos tanto, ¿por qué aceptaron que viniéramos?

—No lo sé, soldado —dijo reflexivo el alférez mientras mirábamos

firmes en aquel campamento de Grodno, una ciudad encajonada entre la frontera polaca y la lituana—. Pero es lo que hay. Las acusaciones son muy serias, como acaban de oír. El Estado Mayor empieza a estar seriamente preocupado por todo esto.

—Pero, mi alférez —mi hermano se puso tenso mirando a Domínguez, que volvía a replicar, pero Noriega asintió con la cabeza para volver a permitirle hablar—, lo de robar es mentira.

—Lo sé, y me consta que desde la oficialidad hasta el mismísimo Muñoz Grandes lo saben también. Pero el resto de las acusaciones, sean exageradas o no, tenéis que cortarlas de raíz, pero cortarlas de inmediato, o incluso la propia División peligrará.

Aquella mañana salimos hacia Vilna, la capital de Lituania. Fueron tres días de marcha forzada bajo una lluvia intensa que nos hizo llegar agotados.

El prostíbulo que los alemanes habían montado para los soldados daba de todo menos ganas de ir. Aquello era como presentar una instancia en un ayuntamiento para solicitar cualquier tipo de permiso. Tenías que rellenar todo tipo de formularios, se te adjudicaba una prostituta y después de que se te espolvoreara con vete tú a saber qué desinfectante, te ibas a un cuarto que olía al mismo producto que te habían echado a ti. Cuando salías, firmabas otro papel con tus datos y los de la chica. Todo muy estadístico, germánico y repulsivo. Nunca me han gustado los burdeles, pero aquello era lo peor.

Allí estaba yo, apoyado en aquella esquina, dando la espalda al ancho callejón donde estaba el burdel del ejército alemán, mirando a una calle céntrica de Vilna, que era lo más parecido a una ciudad que habíamos visto en muchos kilómetros de marcha. No se podía comparar con Grodno. En esta había vida, restaurantes, teatros funcionando, hasta un cine donde ponían una película alemana, *El judío Juss*, uno de esos rollos alemanes sobre los judíos. Estaba claro que allí no iba a llegar ninguna de la Piquer. Miraba la avenida mientras esperaba que los chicos salieran del burdel de una vez. Cada cierto tiempo me volvía al oír cómo se abría la puerta, pero siempre eran otros. Abrí la guerrera para sacar un paquete de cigarrillos, me puse uno en los labios y lo encendí con calma. Era un Overstolz, una maravilla de tabaco. Así dejaría de oler a insecticida.

Un convoy apareció a toda velocidad en la avenida, dos camiones, dos motos con sidecar y dos Volkswagen que pararon a unos metros de un cine que estaba a dos manzanas de allí. Todo muy rápido. Del primer camión bajaron

una decena de soldados que se fueron hasta la acera junto a la puerta de un edificio de cuatro plantas. De los coches salieron varios suboficiales y un oficial, que señalaron la puerta. En la calle los transeúntes apretaban el paso, alejándose a la carrera, aunque algunos se quedaban a mirar con una expresión malsana. La puerta se quebró a la tercera patada y los soldados entraron. Era una redada, por lo que parecía, pero me sorprendió que fuera en plena calle principal. Se oían los chillidos, los golpes en las puertas, las amenazas en alemán, las órdenes, gritos en lituano... Una ventana se rompió en el último piso y de ella cayó un cuerpo que chocó contra la piedra gris de la acera. Intenté ver si había sido otra cosa, pero no. Allí estaba un chorro de sangre que salía de la cabeza rota como una nuez. ¿Habría saltado huyendo? Un alemán se asomó por la ventana para gritarle a los de abajo: «¿Pero no dicen que los judíos pueden volar?». Los de abajo comenzaron a reír. Hacía rato que yo había dejado de saborear el cigarrillo y solo miraba aquella escena. Por la puerta del edificio comenzaron a salir grupos de personas, manos en alto y fila india, bien vestidos, aunque sin lujos, gente de clase media, de ciudad, todos con la estrella amarilla en el pecho y en la espalda a la altura del hombro. No parecían judíos, bueno, a mí los judíos que había visto desde que salimos de Alemania me parecían igual que cualquiera.

Sonó un tiro, seguido de una ráfaga corta de ametralladora. Resonó en el interior del edificio. Oí chillar a varios en alemán «¡Se escapa!» y «¡Han ido por detrás!». Los que estaban en la calle se pusieron nerviosos, sacaron las porras para meter prisa a los que subían a los camiones. Los porrazos sobre aquellos desgraciados me dolían hasta a mí, que estaba a veinte metros. Les daba igual. Una vieja de unos sesenta años recibió porrazos como un muchacho de catorce.

Entonces lo oí tras de mí. Me di la vuelta para ver que alguien había saltado de un muro que dividía dos edificios y que cerraba el callejón por el lado izquierdo. Una joven de largo pelo castaño, un traje gris similar a los que usaban las dependientas en las *boutiques* de lujo de Madrid. Miraba hacia arriba esperando a que un niño saltara, pero este no se decidía y la muchacha se impacientaba. Me acerqué. Ella se quedó mirándome, congelada. En su cara había terror, pero también una frustración que la ponía al borde del llanto. Le vi la estrella amarilla. Sus ojos eran grandes y me miraba con desesperación. Yo levanté los brazos y en mi mejor alemán, esperando que lo entendiese, ya que de lituano solo sabía decir alguna palabra suelta, dije:

—Tranquila. No tienes problema conmigo.

Ella siguió callada, igual de rígida, pero no sé si fue por mi tono de voz bajo, mi acento o la sinceridad con la que me expresé, que pasó del terror a la confusión. Me acerqué al niño. Me di cuenta de que lo que le impedía saltar era la niña pequeña que llevaba cogida de la mano. Los dos eran rubios, con ojos azules y sendas estrellas en el pecho. Cogí a la pequeña por las axilas para depositarla con suavidad en el suelo y el chico saltó entonces. La mujer, ¿su madre?, no esperó a nada, los cogió de la mano para correr por delante de la fachada del burdel hasta el edificio que hacía esquina justo enfrente de donde había saltado. Cogió una manivela de una puerta metálica corrediza, tiró de ella, pero estaba atascada, se abría muy despacio. Me miró. Sus ojos, sus pómulos, su expresión, eran de una mujer fuerte, decidida:

—*Bitte, Sie mir?* —me dijo en un perfecto alemán.

Yo la ayudé abriendo la puerta con un movimiento fuerte y sostenido. Ellos pasaron y la mujer por un instante se volvió a mirarme. La bandera de mi hombro le explicó más cosas de las que podía haber preguntado.

—*Danke* —dijo a modo de despedida y echar a correr por aquel patio de vecinos al que había entrado.

Yo cerré la puerta y reventé la cerradura con un golpe seco de mi bota. Con la imagen de aquel rostro en mi cabeza caminé hasta la esquina donde había estado mirando la avenida. No quería que los *doiches* sospecharan nada, porque los oía merodear como perros de caza tras el muro, donde aquellos habían saltado. Llegando a la esquina me di de bruces con uno de ellos que corría como un loco al interior del callejón. Se fue al suelo para levantarse al instante con la misma energía. Vio mi uniforme y soltó la empuñadura de la metralleta que llevaba colgada del cuello. Era un miembro de los *Einsatzgruppen A*, los escuadrones de la muerte que se dedicaban a matar civiles en confortables ciudades, mientras la infantería de la Wehrmacht luchaba contra gente que les devolvía el fuego. Despreciaba a aquella gente. Me recordaban a los milicianos de los que me hablaba Miguel que en la República se quedaban en Madrid o Valencia dando el paseo a inocentes mientras en el frente luchaban los desgraciados de turno.

—*Kamerdad*, ¿ha visto unos judíos huir por aquí? —Negué con la cabeza. Me miró asombrado para caminar hasta la fachada del burdel mirando hacia todos lados.

—Por aquí no ha pasado nadie —dije controlando los nervios.

—¿Cómo es posible...? —dijo con esa expresión de boxeador sonado que intenta entender algo—. No puede ser.

—Nadie —repetí más tranquilo. Me miró.

—Mientes —dijo en voz baja para elevarla enseguida—. ¡Tú sabes algo! ¡Alarma! ¡Alarma! — Se llevó un silbato a la boca para, de un potente soplido, dejarme sordo.

Le di un puñetazo fuerte y seco. El silbato se fue al suelo, junto con varios dientes de aquel imbécil. Pero era tarde. Oí unas botas golpear el suelo rápidamente hacia donde yo estaba. Eran cinco soldados de los que estaban en la avenida.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —gritó uno con galones de sargento.

Yo me quedé callado. Sabía que no me podía ni tocar, por lo menos oficialmente, ya que un divisionario no podía ser castigado más que por un oficial español. Pero eso no significaba que no pudieran darme una paliza allí mismo y después si te he visto no me acuerdo.

—Habla, petimetre, o te daré tal patada en el culo que la sentirá tu padre en el suyo —dijo cogiéndome de la guerrera.

Detrás de mí se abrió la puerta del burdel y volví a mirar para ver quién salía. Rosales y su quinteto de regulares inseparables, ni mandados a pedir. Sin duda aquellos *cartofen* estaban perdidos. Rosales era un asturiano duro como un pedernal, resabiado y violento como él solo, mili en regulares desde el año treinta, ningún ascenso, pero una decena de medallas al valor obtenidas en nuestra guerra y en ataques contra los marroquíes y rifeños. Los que les rodeaban eran como él, gente peligrosa, problemáticos del tipo que sorprendía que los dejaran siquiera inscribirse en la División, pero útiles para ganar guerras.

El alemán, que no era tonto, me soltó nada más verlos.

—Chaval, ¿qué pasa con estos? —me dijo Rosales con aquella satisfacción que le provocaba el olor a bronca, al igual que a su grupito, a los que había tenido oportunidad de conocer demasiado bien por su fama de estar en todos los manejos.

—Estas mierdas, que dicen que todos somos unos ladrones, que apestanos como cochinos y todas esas gaitas.

—¿Qué estás hablando, español? Dinos dónde están los judíos, que no queremos líos —dijo en alemán uno de aquellos.

—¿Qué ha dicho ese hijo de puta? —preguntó Rosales mirándome con la ira disimulada por una capa de seriedad pétrea.

—Que somos basura, que nos piensa denunciar por ladrones.

Rosales, feroz como un demonio, lanzó un directo a la cara del alemán que tenía yo enfrente. Un sonido como de cascar una nuez sonó en la cara del *doiche*, que se fue al suelo. Yo sabía que había empezado algo que no sabía muy bien donde acabaría, pero me daba igual, sabía que ahora aquella judía y los dos niños escaparían de aquellos matones.

El burdel siguió soltando divisionarios, al final en tromba, atraídos por el pitote que se estaba montando allí fuera. Llegaban alemanes para socorrer a sus compañeros y la pelea se extendía por la avenida, ante el asombro de transeúntes y de los judíos que miraban desde el camión. Yo me uní a ella con la presteza enrabiada de un chico de veintiún años, repartiendo todo lo que pude y más. Vi cómo Carballo llegaba corriendo, con el pantalón aún sin subir del todo, y de un salto le estampaba un cabezazo a un teniente de las SS. Morcón, Voluntario, Pastor... cada uno con el suyo. Todos dejándoles bien claro a aquellos tipos con quién se jugaban los cuartos.

Cuando salimos de la desvencijada y ruinosa Minsk, me saqué una foto en un poste de señales que indicaba el camino hacia Moscú. Me la sacó el Llopis, un gerundense que era más falangista que José Antonio y que trabaja para la *Hoja de Campaña*, el periódico de la División. Me dijo que era una foto muy buena, que igual la colocaban en la portada. Cuando me reí, me dijo que era en serio, pero no lo creí. Lo cierto es que acabaron publicándola en el *Blanco y Negro* del ABC, pero eso yo no lo supe hasta años después.

Estábamos tan cerca de Moscú que muchos en tono de broma decían que veían el Kremlin. Todo era chanza nerviosa por la ansiedad del combate. Todos queríamos saltar sobre la capital y dar por zanjado el asunto. Mi hermano había chillado aquella mañana durante la marcha que pensaba poner en el paredón a Stalin y a todo rojo que se encontrase. Pero aquella tarde, mientras jugábamos a hacer poses para fotos con Llopis, se me acercó ceniciento, no enfadado como siempre, a eso ya me tenía acostumbrado. Esta vez estaba triste, grisáceo como un cielo nublado.

Me cogió del codo para llevarme tras un camión aparcado a unos metros. Acercó la boca a mi oído. Noté el *rompepechos*, que era así como llamábamos a los cigarrillos Move que había estado fumando. Desesperado tenía que estar para llevarse eso a la boca.

—No digas nada. No es oficial hasta que lo comuniquen esta tarde, pero sí es seguro —dijo en voz baja y me pareció que contenía el llanto—, pero los alemanes nos mandan que volvamos a Vítebsk.

—¿A dónde?

—No vamos a Moscú —dijo con lágrimas de rabia en los ojos—, no nos quieren allí. Volveremos a Vítebsk por donde hemos venido, nos suben en un tren con destino a las quimbambas en el norte. Me cago en su puta madre.

Guardé silencio. Mi hermano estaba a punto de llorar, pero no lo hizo, al menos delante de mí. Se dio la vuelta y se alejó por donde había venido sin darme tiempo a decirle nada. Era un hombre derrotado. Parecía que iba a algún sitio, pero yo sabía que solo caminaba. Me sentí culpable de no haber sido capaz de decirle algo más, de no creer en que su venganza fuera posible.



## 6. Possad, 1941

Hacía frío, un frío atroz que te atravesaba el cuerpo, te entraba por los poros de la piel y notabas cómo salía por la espalda. Era un frío malsano, del que huíamos todo el rato con todo tipo de soluciones caseras, que solo eran remiendos temporales. Un guripa de Jaca nos dijo que el invierno en los Pirineos era como el otoño en Rusia. Yo no estaba acostumbrado a aquello, ninguno lo estaba. La inmensidad rusa se abrió para nosotros con la forma de un país extraño, un continente de paisajes hipnóticos, de bosques interminables. Nada en Rusia estaba cerca, nada en Rusia era sencillo. Rusia era la naturaleza primitiva en la que debió de vivir el hombre durante miles de años, no era la naturaleza civilizada, domesticada de Occidente. Allí no se vivía, allí se sobrevivía.

La llamamos la Gran Vía porque era la única de Possad. El resto eran casas desperdigadas a los cuatro vientos, isbas, como llamaban los rusos a aquellas casas oscuras, mal ventiladas, que olían a aceite y hierba quemada, ennegrecido su interior por años de humo de estufa usada durante generaciones o, al menos, mientras tardaba en incendiarse, cosa que era de lo más frecuente. Campesinos allí ya no quedaba ni uno. Se habían ido todos mucho antes de que nosotros llegásemos. A veces aparecía un grupo que, manos en alto, nos pedía permiso para recoger cosas de su isba. Nosotros los dejábamos pasar, ellos cogían sus cosas y se iban por donde habían venido. Mi hermano Miguel nos decía que eran ojeadores mandados por los rojos para espiarnos, pero si era eso, entonces les salía mal el juego, ya que siempre nos daban información sobre las tropas rusas que se escondían en el bosque. Eso fue algo habitual que vi en la guerra en Rusia. La colaboración de los rusos según les conviniera y su absoluto terror al NKVD, aquel ejército de comisarios políticos dedicados a perseguir a todo ruso que no fuera comunista. Incluso en las zonas controladas por los alemanes tenían aún más miedo a que cuando volvieran, hicieran una escabechina con todos los que vivían allí, hubieran colaborado con el enemigo o no. De todas maneras, Possad era un lugar en medio de ninguna parte, un claro del bosque donde pasaba una carretera que, según parecía, para los estrategas era muy importante, pero para nosotros, simples

guripas, era solo un lugar indefendible, un barrizal que solo teníamos controlado de nombre.

—¿Lo tienes? —le pregunté a Carballo en un susurro, mi cuerpo pegado al suelo congelado de la carretera. Sentía frío. Hacía tres días que no había nevado, pero el termómetro marcaba diez bajo cero, noviembre a las once de la mañana.

—No me metas prisa —dijo Carballo, tumbado a mi lado mirando por la mira de un rifle de francotirador.

—Me estoy congelando.

—Y yo, pero si no te callas, más tiempo tardo.

Carballo observaba el grupo de árboles de donde habían venido los disparos. Un francotirador llevaba desde ayer cazando a gusto. Había matado al cabo Olmedo y al alférez Tejas y herido a tres guripas. No podíamos seguir con aquel castigo. Una nubecilla gris salió de un árbol, En aquel entorno blanqueado por la nieve fue suficiente. Carballo disparó.

No pasó nada. Ni siquiera Carballo sabía con seguridad que le había dado hasta que vimos que algo blanco caía del árbol congelado. Aquel tirador, ya muerto, se golpeaba con las ramas en su caída.

—¡Que se joda! —oí chillar a mi hermano desde las casas.

Los demás vitorearon. Yo abracé en el suelo a Carballo para quitarle el casco y darle un beso en la frente añadiendo un «¡Qué grande eres!». Él rio y me despachó con un «quita, quita». Nos levantamos y caminamos hacia las casas, donde estaban todos aplaudiéndonos y llamándonos toreros. Jerez movía un capote imaginario en el aire y Morcón reía sonoramente con la sábana que servía como camuflaje invernal atada al hombro. Era como una especie de Nerón, robusto y barbudo.

—Felicidades, Carballo —dijo el capitán Vidal—. Era un tiro muy difícil. Ustedes dos vayan adentro a calentarse, no quiero muertos por congelación. El resto a tirar cable, que quiero recuperar comunicaciones.

Voluntario y Mogán cogieron un rollo de cable telefónico para volver a reparar la línea sabotada por los rusos hacía dos noches. ¿Cuánto duraría funcionando? Carballo y yo fuimos hasta una isba grande que aún seguía en pie. Nos dieron una taza de café con leche y Villa, que ejercía de médico de la compañía, nos dijo que nos pusiéramos a brincar para evitar congelarnos.

—¡Rojos! —gritó alguien fuera—. ¡Un tanque y al menos cuarenta hombres por la carretera!

Se acabaron los brincos, el café bajó como fuego por nuestras gargantas, el casco en su sitio y a ocupar nuestras posiciones. Un tanque soviético era algo que daba mucho miedo.

Salí de aquella isba cálida con olor a humanidad y madera quemada. El exterior estaba a veinte grados bajo cero, nevado, blanco inmaculado el terreno y negro el cielo. El pasamontañas intentaba protegerme la cara, darme calor, pero según me alejaba de los treinta grados del interior de aquella casa de madera con dos estufas, entraba en aquel frío que hacía que la humedad de mi aliento se cristalizara en forma de hielo en la tela. Al rato de estar allí tenía que quitármelo o acabaría perdiendo los labios. El abrigo, desde el cuello hasta casi las rodillas, también intentaba hacer su función, aunque no era una maravilla. Las botas eran como todo, improvisado y falso, ya que andábamos como locos para encontrar algunas de las que llevaban los soldados rusos, que eran mucho mejores. Aunque las que todo el mundo quería eran las de fieltro, esas sí que eran buenas, y al ser deseadas, pues difíciles de conseguir.

Caminé por el sendero de nieve congelado, sintiendo el crujir de los papeles de periódico que aislaban mis pies dentro de la bota. El campamento estaba silencioso, aunque yo sabía que en las isbas la actividad era grande. Di una calada al cigarrillo para tirarlo al suelo congelado, donde se apagó al instante. No quería que, durante la guardia, el rojo de la brasa sirviera de diana para algún francotirador. Eran las cinco de la tarde y hacía media hora que era noche cerrada.

Morcón estaba con la espalda apoyada a la pared de un parapeto que habíamos construido a modo de garita, eso sí, una garita donde no se podía encender fuego. Allí se tenía que estar a oscuras completamente o morías de un disparo. Se me acercó. Su cara cuadrada estaba enrojecida del frío, su piel escamada daba grima, pero él decía que no le dolía, que solo estaba seca. Me saludo con un gesto de cabeza añadiendo un «todo igual» para salir pitando a la isba, su guardia había terminado. Le devolví el saludo y con un «que te cunda» lo despedí. Me puse a caminar por lo que era mi zona de guardia, con los ojos bien abiertos y concentrado en aquella inmensidad oscura, en aquellos bosques que de día eran siniestros y de noche aún más.

Llevaba caminando dos horas cuando oí un cuchicheo. Me quedé quieto, paralizado por la tensión e intentando identificar de dónde venían aquellas voces. La noche estaba tranquila y no hacía viento, así que era imposible que fuera una conversación traída desde el interior del bosque, que sabíamos que estaba lleno de rusos. Aquello tenía que provenir de cerca, de muy cerca.

Caminé despacio intentando identificar el lugar. Conforme andaba con más claridad los escuchaba. Si eran rusos, estaban allí mismo. Me descolgué

el máuser para sostenerlo con las dos manos mientras avanzaba casi de puntillas. Eran voces en español y venían de una pequeña arboleda. ¿Quién demonios estaba allí de cháchara con aquel frío, a oscuras y en uno de los lugares más peligrosos del mundo?

Me acerqué con ganas de echar una bronca gritando lo de «¡santo y seña!» a viva voz. Pero me frené. La voz era la de mi hermano y la otra era la de un alemán al que hacía tiempo que no veía. Me acerqué despacio. Me desvíe del camino recto para meterme entre los árboles y quedarme quieto escuchando. Allí estaban los dos charlando mientras fumaban dos *Sondermischung* que identifiqué por el olor. El alemán era Tobías Müller que, forrado completamente con un abrigo acolchado blanco, parecía un muñeco de nieve, nada de las sábanas que nos cubrían a nosotros, a la espera de que algún año de estos llegara el uniforme de camuflaje invernal. Que aquel hombre estuviera allí hacía todo más misterioso aún.

¿Qué hacía un enlace del ejército alemán hablando con un sargento de la División en aquel lugar apartado de la mano de Dios? Me acerqué y me quedé quieto detrás de un árbol a unos metros de donde estaban ellos.

—Toda información será bienvenida —decía el rubio, escondido tras los cuellos altos de su abrigo—, no descarte nada por banal o absurdo que le parezca.

—Como he hecho hasta ahora —dijo Miguel.

—Sí, por ahora todo perfecto y muy útil —dijo el alemán con un tono de profesor motivando a su alumno—, pero no se corte a la hora de hacer preguntas y sacar temas de conversación.

—Por ahora yo iré poniendo antenas, tendré los oídos bien abiertos. Ya sabe, ver, oír y tomar nota.

—Es importante saber lo que piensan en realidad...

—No sé cómo funciona la Wehrmacht, pero aquí un sargento no se pone a sacar temas de conversación con los mandos. Si no lo sacan ellos, yo no digo nada.

—Está bien, está bien —dijo Müller condescendiente—, hágalo a su manera y recuerde que es por el bien de ambas naciones.

—¿Y de lo mío?

—Es complicado, pero le aseguro que tendré algo pronto.

—Espero que sí.

—Lo tendrá, no se preocupe.

«¿Lo mío?». ¿Qué era lo suyo? Maldición. ¿Qué asuntos tenía mi hermano con los *doiches*? Se había vuelto loco. Por cosas como aquellas se fusilaba a gente. Me quedé quieto. El alemán parece que se despedía. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Cómo se iría?

—Seguiremos en contacto. La próxima vez tendré noticias para usted. Y procure sobrevivir. Tenemos información de que medio ejército ruso quiere pasar por aquí para tomar esa carretera.

—Lo sabemos —dijo mi hermano poniendo su tono más chulesco—. Que vengan cuando quieran.

Los vi alejarse, mi hermano rumbo a la isba que compartía con varios suboficiales y el alemán caminaba hasta la carretera donde oí el motor de una moto ponerse en marcha. No, eran dos motos con su sidecar. Müller había traído una escolta de tres hombres, arriesgando su vida para reunirse con mi hermano por la noche en primera línea de frente. No entendía nada.

Continué la guardia rumiando lo que acababa de ver, de oír, pensando en cómo le iba a preguntar a mi hermano para que me dijera la verdad y no se pusiera hecho una furia. No podía dejarlo pasar. Si estaba metido en algún chanchullo, yo tenía que saberlo. Así estuve, dándole vueltas a la cabeza hasta que vi a aparecer a Diego Bazaga, un leonés falangista que había perdido a cinco hermanos en la checa de Bellas Artes en Madrid a manos de los milicianos del Frente Popular. Venía a relevarme, le di el «sin novedad» y me fui a la isba.

Todos dormían, solo una pequeña vela que flotaba en aceite iluminaba aquella casa de una sola habitación de la cual habíamos convertido los muebles en leña para las dos estufas. Solo la mesa y seis taburetes habían sobrevivido. Allí, bajo aquel techo de madera ennegrecida, oliendo a una mezcla de aceite, hierbas, sudor y al cemento vegetal con que se aislaban los troncos, dormían en el suelo diecisiete soldados españoles. Tuve que zarandear a Voluntario para que me dejara hueco. Me enrollé en la manta y me tumbé sobre la paja que servía de cama. Hacía calor allí dentro, treinta grados, puede que más, pero las pulgas nos comían incluso con la ropa puesta. Quise pensar en lo de mi hermano, pero el sueño me venció.

—¡Todos en posición de combate! —resonó la voz áspera de alguien que no supe identificar—. ¡Están aquí! ¡Han entrado en la aldea!

De un brinco me levanté, miré el reloj en mi muñeca, eran las cinco. Salí fuera en tropel con todos mis compañeros. A dos metros de la entrada de la

isba, un ruso le enterraba la bayoneta a un guripa que caía al suelo. Todos nos quedamos sorprendidos, era nuestro campamento y estaba allí dentro. El ruso nos miró con la misma sorpresa, supongo que pensaría que la casa estaba vacía o algo así, pero lo cierto es que no esperaba verse ante diecisiete soldados enemigos que lo miraban como si vieran un insecto subiendo por la pared de la cocina. Era un chico joven, de mi edad más o menos, ojos de un azul verdoso, tenía expresión de buena persona. Sacaba la bayoneta del estómago del divisionario que gemía, un chico de Salamanca al que yo apenas conocía. Levanté mi máuser, apunté al ruso y le disparé en la cabeza. Era la primera vez que mataba a un hombre, por eso lo recuerdo tanto. No fue el último, ni en la guerra ni durante aquella noche.

Nos dispersamos intentando llegar a nuestros puestos, pero los rusos estaban allí dentro. Habían superado todas las líneas, no sé cuántos habían pasado. Oí el grito de mi hermano: «¡No disparéis o nos mataremos los unos a los otros! ¡Sacad los machetes!».

Eso hicimos. Estaban por todas partes, la pelea fue brutal. Tampoco podíamos usar las bayonetas para no herirnos al estar demasiado cerca, así que a puñaladas contra todo ruso que tuviéramos cerca. Uno de ellos vino directo hacia mí. Corría con la bayoneta en la mano. Era un hombre viejo de barba blanca y gruesas cejas bajo un sombrero de piel. Con un movimiento ensayado decenas de veces en los entrenamientos, me quité rápidamente de su camino, pero quedé lo suficiente cerca para clavarle mi puñal en el pecho. No sé si estaba muerto cuando se lo saqué y se fue al suelo. Yo me desentendí de él para apuñalar a uno que estaba de espaldas a mí peleando con Carballo.

Era noche cerrada. Solo veíamos por la luz de un incendio que no sabíamos bien de dónde venía hasta que llegamos al centro del pueblo, a lo que llamamos calle mayor. Vimos dos isbas ardiendo cuyas llamas estaban a punto de quemar la que tenían al lado. Un grupo numeroso de rusos se había hecho fuerte formando un círculo defensivo de bayonetas y puñales. Uno lanzó una granada que rebotó en un techo para caer dando golpes y explotó antes de tocar el suelo, dejando a varios divisionarios muertos en el suelo. Un coctel molotov salió de algún sitio para estrellarse en una pared. Las llamas lamieron golosas la madera reseca. Aquellos tipos pensaban quemar todo aquello.

—¡Paradlos! —gritó el comandante Luque—. ¡O lo quemarán todo!

«Como si fuera fácil», pensé mientras me las veía tiasas con un gigantón ruso de cara cuadrada y brazos más gruesos que mis muslos. Su puño golpeó

como una piedra contra mi cara. El segundo puñetazo me hizo caer al suelo y aquel gigante se agachó sobre mí para cogerme el cuello con las dos manos como tenazas y apretar con ganas. Su fuerza no buscaba asfixiarme, sino partirme el cuello. Di patadas a aquel animal, boqueé buscando el puñal que debería tener en mi mano. Perdía fuelle, se me oscurecía la vista. Hasta que de repente la presión aflojó, el aire volvió a mis pulmones, el ruso se echaba para atrás, forcejeaba intentando zafarse de Morcón, que aplicaba su fuerza bruta. Su cuerpo de Goliat cuadrículado le demostraba a aquel gigante aquello del cazador cazado. No esperé mucho. Mi mano localizó mi puñal, lo apreté con fuerza para clavárselo en el estómago. El ruso sintió el fuerte dolor, su mueca lo dijo todo y aflojó su resistencia lo justo para que los brazos del murciano pudieran partirle el cuello. Muerto al instante.

—Vamos —me dijo Morcón mientras me tiraba del brazo para ponerme de pie—, que hay trabajo que hacer, no se puede estar tirado en el suelo descansando.

Sonreí a pesar de que aún notaba el dolor en el cuello. Miré al ruso, tenía una pistola Tokarev en el cinto. La cogí para disparar a bocajarro a todo ruso que vi cerca. Uno tras otro, fueron cayendo al suelo con tiros en la cabeza. Yo disparaba como si estuviera poniendo un sello de caucho, tiro a este, tiro al otro. La resistencia de los rusos empezó a flaquear cuando oyeron los tiros y más aún cuando Carballo, que había trepado al tejado de una isba, empezó a apuntar como solo él sabía y a disparar. Un tiro, un muerto.

Una orden en voz alta, chillada más que ordenada. Los rusos hicieron el movimiento de retirarse, pero no estábamos dispuestos a que se fueran. El cielo se volvió gris, estaba amaneciendo. ¿Cuántas horas llevábamos luchando?

—¡Vienen más! —oímos gritar a Mogán—. ¡Al menos cincuenta! ¡En la carretera!

Al trote se acercaban cincuenta hombres que corrían. Carballo y varios tiradores que se habían subido a lo alto de las casas apuntaron hacia ellos con sus miras.

—¡Son de los nuestros! —gritó Carballo—. ¡Refuerzos!

—¡Cállense, coño! —gritó mi hermano dando un rugido—. ¡Estamos a lo que estamos!

Un ruso cayó muerto a sus pies. Los rusos empezaron a intentar escapar. Aun así, seguían siendo mortales como serpientes. Varios de nuestros amigos



cayeron muertos. Los cincuenta guripas que llegaron entraron como locos, matando a todo ruso que pillaron intentando huir por la carretera.

—¿Refuerzos? ¿Solo vosotros? —preguntó el alférez Noriega a los primeros que llegaron.

—No, mi alférez —dijo uno de los recién llegados—, somos los de Posselok.

—¿Qué hacéis aquí?

—Mi alférez, Posselok ya no existe, todo está ardiendo —para dejarlo claro con el alférez— recibimos permiso por radio para retirarnos hasta aquí.

—¿Dónde están los otros? ¿Sois la avanzadilla? —chilló el comandante Luque con una brecha en la cabeza que lo mataba de dolor.

—Somos todos los que quedamos, mi comandante.

—¿Todos? —dijo Luque intentando comprender, no esperó respuesta.

—Tanques —dijo el cabo recién llegado con el que hablaba—. Dos KV1 nos seguían cuando salimos de Posselok.

—¿Tanques? —repitió Luque como un autómeta.

—Sí, y vienen directos hacia aquí.

—¿Seguro?

La confirmación fue la aparición de los dos gigantes KV1 saliendo del bosque con sus ametralladoras soltando ráfagas constantes. Al menos una decena de divisionarios cayeron en la primera ráfaga. Los demás nos echamos a correr, nos dispersamos en las casas, sabíamos que sin infantería los tanques no se atreverían a callejear entre las isbas. Aquellas máquinas eran como gigantes ciegos, mortales pero torpes, incapaces de controlar el entorno más cercano. Permanecieron en la línea del bosque como si fueran artillería, cañoneando las isbas.

—¡La Parrala! —gritó Pastor.

Todos corrimos a escondernos debajo de lo que fuera que impidiera vernos a aquel maldito avión ruso que llevaba días machacándonos con sus ametrallamientos o soltando alguna bomba. Alguien le puso la Parrala porque nadie sabía de dónde venía ni a dónde iba, como aquella canción de la Piquer, y así se quedó. Ahora toda la aviación soviética se llamaba así.

El avión descendió. Su motor tenía cadencia de una máquina de coser, sus siniestras luces verdes brillaban fantasmagóricas en aquel simulacro de luz diurna color grisáceo. Cabeceó como si estuviera asintiendo, para soltar una ráfaga inútil porque no dio a nadie, pero sí contribuyó a animar a los del

tanque para que siguieran machacando. El capitán Calero pedía refuerzos como un loco, pero el cable telefónico había sido cortado. Los alemanes se negaban a enviar tanques debido a la más que posibilidad de minas en la carretera.

La Parrala dio otra pasada, otro ametrallamiento. Esa vez sí dejó tres muertos y se marchó. Miguel pidió permiso al comandante Luque para formar una patrulla y acabar con los tanques. «Siete voluntarios y más vale que vuelvan todos», le dijo un Luque cada vez más pálido. Nunca supe si mi hermano quería que yo me ofreciera voluntario o no, pero me ofrecí el primero. A pesar de que me miró con fastidio, no dijo que no.

Carballo, Voluntario, Rafa Domínguez, Morcón, Mogán, Irlanda, mi hermano y yo salimos de Possad a la carrera para alejarnos de la visión de los periscopios de ambos tanques. Dimos un rodeo para atravesar el claro del bosque y entrar en la bruma de aquella auténtica selva de pinos y abetos. Corrimos en dirección a los dos tanques, que disparaban en ráfagas lentas, sin prisa, girando las torretas con calma, seleccionando los objetivos.

—Agachados y en silencio —ordenó mi hermano.

Irlanda, cabo durante nuestra guerra civil y tipo bregado con experiencia, repartió los palos. En realidad eran barras huecas con las granadas en la punta, seis en cada uno. Un palo para cada uno de nosotros.

—Hay que colocarlos en las cadenas y tirar del alambre para que salten las anillas —dijo con aquel español con acento de Dublín que tenía.

—Ustedes tres se ocupan de ese, nosotros del otro. Irlanda, tú y yo a meterla por el cañón. Quiero las granadas bien colocadas en las cadenas y no se tira de la anilla hasta que suene el silbato —dijo mostrando un silbato ferroviario—. ¡Ojito con acojonarse y tirar de la anilla antes de tiempo! ¡Solo cuando yo diga! Tómenselo en serio porque le daré un tiro al que la joda.

La tensión creció un poco más con la mirada de mi hermano, que llegó a darnos más miedo que los tanques. Después de un disparo mi hermano dijo un «vamos, vamos». Agachados, a paso ligero llegamos hasta aquellos gigantes. Desprendían calor. Coloqué mi palo encajado en la cadena. Oía cómo en el interior recargaban, tenía que haber al menos seis tripulantes en cada uno de aquellos monstruos. Iban a cargar cuando oí el silbato agudo hasta el dolor y tiré del alambre haciendo saltar las anillas. Misión cumplida, vámonos de aquí.

Corrimos como gacelas hasta la posición de donde habíamos salido. Las

granadas estallaron inmovilizando los tanques. Las que tiraron por los cañones mi hermano e Irlanda justo en el momento que cargaban estallaron dentro. Uno de los tanques explotó dando un violento salto, el otro permaneció quieto hasta que una puerta se abrió para dejar ver a tres de los tripulantes salir con el pelo chamuscado y soltando humo. Estaban con aspecto tumefacto, idos, más inconscientes que conscientes. Una ráfaga de metralleta los mató. Mi hermano Miguel no tenía piedad.

—Vámonos —dijo cortante—, que en Possad nos necesitan. Esto no ha terminado —dijo señalando una pequeña franja de horizonte donde se distinguía a una columna de rusos avanzando.

Ese día los combates duraron toda la noche, las doce horas de oscuridad total y absoluta fueron de combate igual de total y absoluto. No hubo descanso. Oleadas de soldados cargaban una y otra vez hasta que de repente pararon de venir. Fue de repente, sin previo aviso, simplemente ya no aparecieron más rusos. Tuvimos tiempo para descansar, pero sobre todo para enterrar a los cientos de muertos que nos dejaron aquellos días de pesadilla.

Conseguí unas botas *valenki* de un soldado ruso muerto, unas maravillas de fieltro de lana de oveja. Quitarme las botas reglamentarias me costó Dios y ayuda. Llevaba semanas sin poderme descalzar, aunque tampoco podía. Apenas quedaba nada en pie, las isbas eran un montón de ruinas y vivíamos en unos agujeros cubiertos con las maderas que conseguimos de las casas. Llevábamos sin bañarnos desde que nos desplegaron en el frente y una costra de sudor, grasa corporal, hollín de los incendios, aceite de las armas, pólvora, tierra, barro y sangre nuestra o de otros, formaba una armadura de suciedad a la que nos habíamos acostumbrado. Me imagino cómo sería nuestro olor.

Miraba mis flamantes botas mientras molía un trozo de pan duro en mi boca. La comida escaseaba. Pan seco y algún trozo de carne en salazón, a veces una salchicha. No teníamos la suerte de poder ir a buscar comida por ahí. Los caballos muertos, congelados con los cuarenta grados bajo cero de las catorce horas de oscuridad absoluta que era la noche, eran la única fuente de carne que teníamos. A veces desde Otenski nos llegaban provisiones, algunas veces leche caliente, rancho o pan, pero esos pocos kilómetros eran un auténtico matadero para los enlaces que recorrían esa carretera. Era raro que cualquiera de ellos sobreviviera a tres viajes de ida y de vuelta. Un paisano mío, un chico de mi edad al que llamábamos Güímar, por ser de ese pueblo de Tenerife del que tanto hablaba, hizo ese camino hasta cinco veces completas y

nos trajo todo tipo de cosa. Era muy valiente, con aquella cara suya de mejillas coloradas. Un francotirador le mató en el sexto viaje.

Me llevé la cantimplora a los labios, la nieve disuelta que tenía en ella entró en la boca, ayudándome a que la masa de pan bajara por la garganta. Sabía que daba diarrea, cosa más que comprobada en casi todos los divisionarios, pero la opción era morirnos de sed. Había un pozo donde se podía coger agua, pero los francotiradores habían matado a decenas de guripas que se habían acercado a sacar agua. Era territorio prohibido.

Me levanté para caminar hasta la casamata donde intentaría echar una cabezada antes del próximo ataque. De una de las isbas que aún quedaban en pie vi salir a Dionisio Ridruejo, pálido. Parecía enfermo, solo lo conocía por los periódicos, pero allí estaba de soldado raso, con los refuerzos que habían llegado. Me saludó con un «buenas tardes», aunque hacía solo cuatro horas que había amanecido. Eran las dos de la tarde. Le correspondí en el saludo, pero justo cuando me iba a dar conversación resonó desde el interior del bosque un acople de un altavoz que se transformó al instante en la voz de una mujer.

—¡Españoles! —dijo en un castellano con acento del norte de la península—. Los alemanes os han traicionado, os han dejado tirados a vuestra suerte en este lugar tan alejado de España...

Ya habíamos oído muchas veces esa voz, sin lugar a dudas era una mujer española, pero ese día fue distinto. Sabíamos que una o dos horas después de que terminase habría un ataque, ya lo teníamos más que calculado. Ridruejo se me quedó mirando con su cara de hombre distinguido y enarboló las cejas en una expresión de intriga. Le respondí sin necesidad de pregunta: «Hoy nos atacan seguro».

«... Rusia no es vuestra enemiga. El pueblo ruso está deseando recibirnos en su seno para daros el cobijo y el cariño que os han negado los alemanes que os odian, os desprecian, os consideran infrahombres, os han hecho caminar mil kilómetros mientras ellos usaban trenes. ¿Dónde están los tanques y las armas antitanque que os niegan?».

Llegué a mi posición en aquella especie de trinchera cubierta que nos habíamos fabricado. Me tumbé junto a Rafa y Voluntario mirando hacia el bosque de donde venía aquella voz.

«... ¿Y la comida? ¿Dónde están las raciones de la Wehrmacht de las que tanto alardean los alemanes? ¿Qué habéis comido hoy? Pan duro y carne de

caballo...»).

A diferencia de otros días, esta vez estaba tocando temas más que comunes en las conversaciones de nuestras quejas. La comida, el armamento pesado, los alemanes... No estaba con el rollo de que si las playas de Andalucía o Valencia, que si el paisaje de Castilla... No, esta vez estaba diciendo cosas que hablábamos entre nosotros.

—Está informada la tía esta —dijo Voluntario por debajo del pasamontañas casi congelado que le cubría la cara.

«... muchos de vosotros habéis decidido dar el paso valiente y uniros a nosotros. Cinco de vuestros camaradas están ahora mismo en uno de nuestros cuarteles comiendo y descansando. Ellos os mandan saludos, os invitan a uniros a ellos, a compartir su comida y sus experiencias con nosotros, como ellos ya han hecho...».

Todos nos quedamos callados, tan fríos como la nieve que cubría nuestra posición y más aún cuando la voz cambió para oír una voz masculina que se presentaba como Ignacio Antúnez, divisionario. Aquel leía una lista de cinco nombres más y unas reivindicaciones rutinarias entre nosotros. Nos arengaba a que nos entregáramos, pero lo peor es que nombró a muchos de nosotros. Cuando dijo Santiago Durán, monté en cólera. Enfadado, maldije a la madre que parió a aquel entrometido. Pero no fui el único.

Sí, llevábamos días decaídos, cansados, tristes, oír todas aquellas quejas hechas en conversaciones privadas, en cháchara cuartelera, en palique entre amigos, transformadas en propaganda comunista lanzada a los cuatros vientos, utilizada por extraños, llevada a sus oídos por chivatos traidores que se permitían el lujo de utilizar nuestros nombres... Creo que nada nos hubiera podido subir más el ánimo ni la determinación que la ira y la furia que nos provocó aquello.

Comenzamos a cubrir de insultos a aquella voz, hubo gritos de rabia. Ese día nos atacaron a las cuatro y media, cuando empezaba a anochecer. Fueron varias oleadas, tal vez doscientos hombres. Durante tres horas les replicamos llenos de rabia. Cuando dejaron de venir apareció la Parrala con su mismo ruidito de máquina de coser, sus luces verdes que eran toda una provocación. Lanzó dos bombas y mató a siete muchachos que estaban en un puesto, a los que dio de lleno. Se marchó con un estúpido movimiento de alas, y tras ella llegó lo que parecía la revancha rusa porque su infantería había vuelto a fracasar y comenzó un feroz bombardeo de artillería que duró una hora.

Cuando terminó, salimos de nuestros agujeros. Con paso vacilante caminé sin rumbo por el centro de lo que fue Possad. Ya no había isbas en pie. Vi los cuerpos de divisionarios muertos, congelados por el frío, sus rasgos intactos del momento en que murieron. Los rusos también estaban por allí, igual de congelados, igual de muertos. Aquello era un matadero. El comandante Rebull daba órdenes a diestro y siniestro. Se pedían voluntarios para reponer el cable telefónico con Otenski y un grupo de zapadores arrastraban trozos de escombros para reforzar parapetos. La isba, que en su día fue la cocina del cuartel de Possad, se había desmoronado y de su interior salían llamas de color naranja. Un guripa muy joven me miró con la cara llena de hollín como un negro de pega en una zarzuela. «Doce hombres estaban dentro cuando cayó una bomba. Todos de mi compañía. Amigos míos», me dijo con voz parca, grisácea, sin brillo, mirándome a los ojos como si esperará una confirmación por mi parte de que todo aquello era cierto o falso. Me alejé.

Miguel estaba dando órdenes junto a Voluntario y Rafa, que sostenían el rollo de cable telefónico, y Carrasco y Madriles de fusileros para proteger al grupo. Mi hermano me miró fijamente durante un instante. Noté su tranquilidad reflejada en sus ojos al verme vivo. No esperó a que me acercase, dijo un «vamos» y se pusieron en marcha a aquella maldita carretera, llena de trampas y de minas. Estuve a punto de unirme a ellos, pero una voz me llamó:

—¡Santiago! —decía débilmente Mogán tumbado en el suelo. Me agaché con los ojos desencajados por la sorpresa.

—¡Dios mío! ¡Mogán, estás herido! —dije mirando el agujero enorme que había en su vientre, la sangre congelada en el abrigo y en las sábanas blancas que usábamos para camuflarnos. Yo me alcé para gritar—. ¡Médico! ¡Aquí!

—No te esfuerces —dijo con una voz quebrada, como si tuviera falta de sueño y no una herida producto de la metralla—, ya ha estado Villa aquí, me puso morfina y me marcó para evacuar.

—Pues nada —dije con sinceridad—, te evacuarán a Otenski, te remiendan y estarás pasado mañana en Königsberg o en Riga donde te dejarán como nuevo. No te preocupes.

—¿Evacuación? —dijo sonriendo—. Yo no salgo de aquí.

—No digas tonterías. Te llevarán...

—Cállate y dame un cigarro —me dijo tajante. Saqué un Chesterfield y

lo encendí para ponérselo entre los labios. Él asintió agradecido—. ¿Un Chester de los del señorito aquel?

—Él quería que le consiguiera unas botas, yo quería doscientos cigarrillos de los buenos.

—Escúchame. —Asentí—. ¿Me oyes? ¿Dónde estás?

—Aquí, delante de ti.

—Todo está muy oscuro.

—Es de noche —le dije tranquilizándolo.

—Cuando salgas de esto... cuando vuelvas a España... busca un momento y pasa por Mogán. Busca mi casa, pregunta a cualquiera por mis padres, que te dirán dónde es... Diles que... Cuéntales algo que los dejes contentos, que no se sientan avergonzados ni más tristes...

—Eso no será necesario que yo se lo diga —dije nervioso—, se lo dirás tú mismo.

—Cuando vayas, pregunta por Fátima, la hija de Tomás el sastre... Dile que me fui pensando en ella, que la quise hasta el final... Que se gaste el dinero que teníamos guardado para cuando volviera... Que no lo malgaste en misas, que se compre algo bonito... Que la quiero y que me perdone...

—A Mogán voy a volver, pero a verte a ti —dije temblando—. Nos comeremos un plato de carne y brindaremos recordando todo esto.

—¡Madre! —Abrió los ojos como si se le fueran a salir de las cuencas y una bocanada de sangre salió de su boca.

—¡Mogán! —chillé.

No respondió. Sobre aquella nieve sucia, llena de barró, grasa y sangre moría aquel muchacho, maestro de escuela, hijo de campesinos, soldado de España en aquel país lejano y extraño, en aquella noche eterna. Me quedé allí, sentado sin saber muy bien qué hacer. No sé muy bien cuánto tiempo estuve, supongo que no mucho porque me hubiera congelado.

Las botas de mis camaradas aparecieron a mi alrededor. Los miré desde el suelo. Rostros serios, iluminados por las llamas de los incendios. Carrasco lloró sin mover un solo músculo de la cara, Carballo se persignó y rezó un padrenuestro al que nos unimos todos. Me puse de pie de un salto para rezar con ellos mientras veía cómo la sangre de nuestro amigo me cubría la mitad del capote.

Rompió el amanecer. El sol apareció. Era casi mediodía y con él la orden llegó por la línea de teléfono reparada durante la noche. El teniente

Cancio la comunicó a los sargentos que seguían vivos.

—Retirada ordenada, escalonada, inmediata y total de Possad.



## 7. La Intermedia, 1941

Veía cavar a aquellos rusos prisioneros que habían llegado con los refuerzos. Picaban despacio, pero no por indolencia. Me explicaban por señas que tenían que quebrar el suelo congelado y que esa era la única manera. Madriles, tan de Lavapiés, se acercó y de malas maneras les quitó un pico para demostrarles cómo «picaba un español». Dio con toda su fuerza en aquel terreno duro como el granito, el pico casi le rebotó hasta su cara. Los rusos contuvieron la risa y yo me reí a gusto.

Los miraba con curiosidad. Eran colaboradores nada más verse prisioneros. Ni siquiera intentaban escapar, era como si les diera igual una cosa que la otra. Los había por todas partes, millones de prisioneros del ejército rojo servían en labores como aquella. Uno de ellos llevaba una cruz al cuello. Le hice el gesto señalando mi pecho. Él se dio cuenta, me sonrió y se llevó la cruz a los labios. Del grupo tres más sacaron sus cruces.

—¿Cómo les va a estos? —Oí acercarse a mi hermano.

—Bien —dije indiferente—. Son buenos trabajando.

—Es curioso que ninguno intente huir. —Sacó un paquete de Sondermischung, cigarrillos rusos que solo fumábamos si no había otra cosa. Me ofreció uno, que acepté para después repartir uno a cada ruso que lo miraban con asombro, dando muestras de gratitud mientras con una sonrisa les decía—: Tomad, cabrones, que hasta los rojos se merecen un cigarro.

—Muchos de ellos llevan una cruz al cuello, así que poco comunista sincero creo que hay.

—Los únicos comunistas son los del NKVD —dijo mientras repartía lumbre. Hacía mucho frío, pero no nevaba—, los comisarios políticos, a los que estos tienen más miedo que a los *cabezas cuadradas*.

—¿Por qué no los usamos para que combatan a nuestro lado? —dije algo que muchos ya habíamos comentado en las isbas.

—Muchos de estos odian a los comunistas tanto como nosotros, pero los alemanes no quieren ni oír hablar del tema. Parece que desde el alto mando se ha sacado el asunto de utilizar a ucranianos aunque sea, pero la respuesta es que no.

—¿Prefieren tener a un ejército de bocas que alimentar que a un ejército de soldados?

—¿Alimentar? —dijo sarcástico—. Me han contado de campamentos con miles de rusos esqueléticos, donde hay ejecuciones masivas todos los días... A veces no sé si esto es una guerra contra el comunismo o es para conquistarle un imperio al Hitler ese.

—Más vale no pensar mucho en eso —dije señalando hacia una pila de cadáveres de guripas que esperaban a ser enterrados—, y menos después de esto.

—Sí, más vale no pensar —dijo escupiendo sobre la nieve que cubría el suelo—. Y los que vendrán.

—¿Más?

—Los rojos quieren esa carretera como sea y nosotros estamos en medio. Les ha costado mucho material y hombres largarnos de Possad. Así que no lo dudes, vendrán más, nos tirarán todo lo que tengan hasta que nos vayamos o nos maten a todos. Incluso esos dos fortines de Udarnik y Gorka no pararán a los comunistas.

—La intermedia ¿no los parará? ¿Tú crees? Son dos posiciones estratégicas muy bien armadas.

—Esas dos plazas acabarán cayendo —dijo tirando la colilla a la nieve.

—A ver si es verdad —dije con retintín chulesco, que le sacó una sonrisa.

—¿Tú no oyes a Celia Giménez o qué?

—Sí, claro —dije sabiendo por dónde venía.

—¿Entonces? Lleva comentando lo del bombardeo de Hawái por los japoneses desde hace cuatro días.

—¿Y eso cómo nos afecta a nosotros? —Me encogí de hombros. Me gustaba el programa de doña Celia en Radio Berlín para escuchar los mensajes de los familiares, las canciones dedicadas y todo lo demás.

—Ahora con Japón metido en la guerra, el Stalin los tendrá ocupados con los americanos y podrá traer a la gente que tenía protegiendo el este.

—Pues los alemanes dicen que los tanques alemanes vapulearán a los americanos, aunque si son tantos como los que nos mandaron a ayudar en Possad, me parece que poco vapuleo va a ser ese.

—Me preocupan más los comunistas estos que los americanos. Media Siberia se nos viene encima.

—Pues negro me lo pintas. —Suspiré exhalando una densa columna de humo y cambié de tema—. Por cierto... Quería preguntártelo desde hace semanas. ¿En qué chanchullos andas metido con el mando alemán ese?

Leía la letra redondilla de Candelaria, que me hablaba desde aquella carta de cosas que no me interesaban nada, incluso me habrían irritado si no hubieran estado escritas por ella. Las noticias de casa me resultaban banales, absurdas y tan lejanas para mí que era como si alguien intentara contarme una película en medio de un funeral. No me entiendan mal. La salud de mi familia me importaba muchísimo, pero noticias de las fiestas, del precio al que se habían vendido los cochinitos, que si las fanegas de esto o de lo otro, o la boda de la hija de alguien... No es que me importara poco, es que me irritaba que en España la vida continuase con la misma monotonía mientras aquí nosotros veíamos morir a cientos de camaradas.

La carta seguía así varias páginas de lo que eran hojas de su cuaderno de la escuela. Fuera sonaba el viento de la nevada que caía aquel 24 de diciembre. La isba donde nos alojábamos era cálida, olorosa como todas y con una familia rusa incluida. Mis ojos viajaban monótonamente por los rectilíneos renglones de la bonita letra de mi hermana, que ahora recogía al dictado las palabras de mis padres. Al final de la carta había un dibujo, hecho a lápiz con el esfuerzo de los dibujos escolares, copiado de una cartilla o tal vez del catecismo, coloreado con la suavidad de quien intenta que los colores le duren. Se veía un portal de Belén y un Feliz Navidad en un pergamino portado por dos ángeles. Con menos detalle, debajo de los ángeles estaban tres caras dibujadas con sus nombres, una con Miguel, otra con Santiago. En ambas ponía «mis hermanos que están en Rusia», y había una tercera en la que, con gafas redondas y sin gorra militar, estaba Antonio. Candelaria había añadido: «Mi hermanito que está en el cielo». Luego terminaba: «A los tres les deseo feliz navidad y próspero año nuevo 1942. Vuestra hermana que os quiere y siempre reza por vosotros».

Dicen que hay cosas que lo justifican todo. Aquel final de carta, aquel dibujo hecho de forma espontánea, aquella dedicatoria, hicieron que se me llenaran los ojos de lágrimas en una emoción que no pude contener. Las lágrimas me cayeron por la mejilla y las sequé con la manga de la guerrera. Diez soldados vivíamos en aquella isba, pero en aquel momento estaba solo con la familia rusa. Miré hacia el frente. Desde la cocina me observaba el padre de familia, un hombre de ojos claros, bigote rubio, expresión

melancólica y al que le faltaba un brazo. Intenté disimular mi emoción, pero él se levantó para trastear en una especie de alacena, sacó una botella de algo líquido con hierbas dentro y me acercó un vaso. Era vodka oloroso. Bebí de un trago. El hombre volvió a servir y yo a beber.

—Mi casa. Mi hermana pequeña —dije con gestos señalando a la carta.

El hombre no hablaba ni media de español, al igual que yo, que solo hablaba una veintena de palabras rusas, pero asintió con vehemencia, con esa solidaridad universal de quien consuela a alguien que llora tras leer una carta. El hombre me dio la espalda, volvió a la cocina. La casa no tenía habitaciones, todo estaba junto. Su mujer era rubia, avejentada, con ese aire perdido de muchas campesinas rusas que miran sin ver, absortas en un mundo que ocurre dentro de ellas, pero que no trasciende. Allí estaba colocando un parche en la chaqueta de uno de sus hijos, a la luz de la llama de una vela de cera blanca que le habíamos dado nosotros. En el horno se cocinaba una pata de jabalí que Pastor y Morcón habían cazado el 22. El resto del bicho se lo habíamos regalado a aquella gente que nos aceptaba en su casa de una manera tan sumisa como diligente. Qué diferencia si nosotros hubiéramos sido los franceses napoleónicos y ellos los españoles de cualquier pueblo de 1800.

Los chicos fueron apareciendo. Muchos de ellos terminaban guardias o sus obligaciones. Al fin y al cabo, eran las cinco y media, pero noche oscura sobre el río Voljov que, congelado, era el objeto que vigilábamos desde que fuimos evacuados de Possad. Voluntario llegó con un macuto enorme.

—¿Dónde vienes con eso? —le dijo Rafa Domínguez divertido.

—¿Esto? —dijo riendo con nieve en el casco—. Esto es el aguinaldo.

Empezó a sacar cajas de todos los tamaños, regalos de Navidad, pero no solo de nuestras familias también de casas comerciales. Tabaco todo lo que quisiéramos y más, alcohol de todo tipo, sobre todo vino y coñac, dulces, turrónes, ropas de abrigo, navajas, cuchillos... De casa me mandaron unos jerséis de lana gruesa, calzoncillos completos y calcetines. Cogí los que eran para Miguel y salí de la isba con un «ahora vuelvo, no se coman eso sin mí».

La noche era negra, no nevaba. Caminé hasta la isba de los suboficiales, donde pregunté por mi hermano a Browazky, que estaba fuera fumando un puro de los llamados «señorita», supuse que aguinaldo navideño. El ruso se metió dentro a buscarlo. Esperé allí. Miguel y yo no nos hablábamos desde que discutimos por culpa del alemán ese. Mi hermano tenía cosas de loco. Cuando me dijo que le pasaba información sobre la División Azul y la afinidad de los

mandos hacia el nazismo a cambio de información sobre el paradero en Rusia del asesino de nuestro hermano, casi me da algo. Por cosas como esa fusilaban seguro. Me dijo que el Müller ese trabajaba bajo orden directa de Hitler para evitar que los generales utilizaran la División contra Franco. Todo me parecía muy fantasioso, muy cogido por los pelos, una sarta de mentiras que supe con el tiempo. A mi hermano solo le interesaba la información sobre el Turión, nada más, creo que daría hasta su vida por que le colocaran a aquel asesino a tiro de máuser.

—¿Qué es eso? —dijo nada más salir, haciendo un gesto con la cabeza dirigida a mis brazos.

—Regalos de casa.

Los cogió mirándolos mientras asentía y se los iba echando al hombro.

—Buena calidad.

—También han enviado esto. —Le mostré la carta.

—Déjalo —negó con la cabeza—, guárdalo tú.

—¿Qué te pasa? —le dije extrañado y un punto molesto. No sabía por qué eludía todo lo relativo a casa.

—No quiero... —Volvió a negar.

—¿Ya sabes dónde está el asesino ese? —Sabía que andaba sobre terreno minado.

—Sigue en Moscú, bajo las faldas de la Ibárruri y ejerciendo de perro guardián para la bestia esa.

—O sea, que es intocable, al menos para nosotros —dije con rabia, pero también con el deseo de quitarle de la cabeza todas esas ideas locas que a mí me parecían cada vez más quimeras.

—Intocable no hay nadie. —Su mirada se cristalizó con una expresión de odio feroz.

—¿Recuerdas aquella tarde en Madrid —dije indiferente mientras miraba hacia el cielo negro y estrellado. Las nubes se habían ido y hacía frío. En aquella oscuridad, una noche cuajada de estrellas— que me dijiste que habías fallado a padre y a madre? —Le miré a los ojos intentado convencerle para que me lo contara—. ¿En qué les fallaste?

—No me acuerdo de haber dicho eso —dijo mirándose con una expresión llena de remordimiento.

—Yo sí —dije tajante— y sé que tú también. ¿En qué les fallaste?

—Déjalo —dijo dándose la vuelta—. Nos vemos en la misa del gallo.

—Ven si quieres a nuestra isba, tenemos medio jabalí y las cosas del aguinaldo de Navidad.

Él negó con la cabeza para meterse dentro. Me sentí mal. Yo quería que fuera, sabía que los chicos no querían a un sargento por allí, pero yo sí quería pasar la Nochebuena con mi hermano.

Comimos y bebimos como si no existiera la guerra. La carne del jabalí asada en aquel horno de la familia a la que habíamos ocupado y de la cual nos sentíamos un poco responsables. Así que compartimos la comida con ellos, como hacíamos siempre. A mí aquella gente, no solo los dueños de esa casa, sino los de los pueblos que veíamos, de alguna manera me recordaban a mi familia, a la gente de mi pueblo, gente sencilla, campesinos con preocupaciones de campesinos. Tal vez en lo que se diferenciaban era en la mirada de tristeza.

Morcón preparó la carne con un majado propio de su pueblo murciano, aunque variando los ingredientes. Se los había encargado a Voluntario y al irlandés, pero solo consiguieron cosas parecidas. Donde ponía aceite de oliva trajeron de girasol y cosas así. Comimos los turrónes y mazapanes que nos enviaron dulcerías de toda España como aguinaldos, y bebimos muchísimo. Eso sí, sin pasarse, que había que ir a misa.

—Y tú ¿para qué vas? —dijo Carballo refiriéndose a Madriles mientras repartía la baraja en la mesa recogida—. Si tú no crees en nada.

—¿Y quién te ha dicho que yo no creo? —dijo Madriles mientras miraba las cartas que le había dado.

—Venga, venga —sonrió Carballo ante la atención de todos—, que tú estabas al pique con el Alberti y el Campesino a ver quién era más rojo.

—Venga ya —dijo Madriles riendo ante la carcajada general.

—Sí, rojeras —dijo Jerez, que tenía las mejillas coloradas—. ¡Confiesa! ¡Que tú le prendiste fuego a la catedral de San Isidro! —Risas.

—¿Yo? No sé cómo —decía Madriles echando al centro de la mesa una de sus cartas—. Si me pegué la guerra escondido en un sótano o haciéndome pasar por soldado de permiso.

—Tres años así —decía Carrasco riéndose porque conocía la historia completa—. Una vez le pararon unos milicianos y solo se le ocurrió decirles que era un guardia de paisano infiltrado en la quinta columna y que había visto a varios líderes de Falange entrar en una boca de alcantarilla. Y ¡hala!, los milicianos le dicen que van con él... —Carcajadas.

—El jefe de la patrulla era un gordo con cara de cochinito, un paleta de los de pantalón de pana negra y cuerda atada como cinto —contaba Madriles entre las risas—. Bueno, todos eran parecidos, así con boinas enroscadas a la cabeza —más risas—, pero eso sí, asustaban los paletos, no se vayan a creer. Así que bajé con ellos a la alcantarilla, porque no querían «esperar refuerzos», y a caminar por allí dentro. En plena oscuridad, porque no se veía nada, los paletos se pusieron a decir que allí veían tal huella reciente, o que si un trozo de un hilo o que si esto o lo otro. —Reíamos.

—¿Y tú venga *palante*? —dijo Villa riéndose con la soltura con que hacía casi todo.

—Mira cómo lo sabes... Yo que si por aquí y ahora por allá. A aquellos tipos no me los quitaba de encima hasta que les dije que mejor separarnos en grupos, pero no quisieron. Así que, en medio de la oscuridad, les dije que me adelantaba para comprobar unos susurros que me inventé pero que todos oían de repente. Cuando me vi solo, cogí las de Villadiego. Salí pitando para salir por una alcantarilla, donde me topé con cinco de la CNT que vendrían de matar a alguien. —Silencio expectante.

—¿Y qué pasó? —dijo Pastor, con aquella cara de ingenuo y buena persona que tenía.

—Me encañonan, me piden los papeles... Las Astra apuntándome a la cabeza y yo pensándome que decir.

—¿Qué dijiste? —insistió Pastor. A su lado los rusos miran también como si entendieran algo.

—Pues que estaba en la alcantarilla haciendo una ronda contra la quinta columna cuando me tropecé con unos fascistas armados que se me tiraron encima y me robaron la documentación y el arma. «¿Hace mucho de eso?», me pregunta el jefecillo con una chaqueta negra de cuero. «¡Qué va!, ahora mismo. Venían persiguiéndome». ¡Hala! Cuatro para dentro y dejan a un pipiolo para vigilarme. Al rato oigo los tiros desde dentro. El pipiolo, nervioso, me dice: «¡Vamos, camarada!». «Sí, vete tú delante que a mí me da la risa», pensé. Cuando bajó la escalerilla, yo, que tenía medio cuerpo metido, le di una coz en la cara y volví a salir para echar a correr. Mientras allí dentro los paletos y los de la CNT se disparaban. Vi a unos del PCE que se acercaban y les grité: «¡Ahí debajo! ¡Unos anarquistas a tiros contra unos camaradas comunistas!».

—¡Y, hala, todos para abajo! —dijo Rafa con el deje gitano que se le marcaba cuando bebía.

—¡Sí! —exclamó ante la euforia general—. Yo corriendo como un loco y aquellos dándose tiros, ya fuera de la alcantarilla. Hasta los paletos disparando con el «¡muerte al fascio!».

Creo que me dolía la cara de tanto reírme cuando salimos para ir al establo de aquella aldea donde celebraríamos la misa del gallo. Solo faltaban los que estaban de guardia. No podíamos faltar y en la guerra hasta los ateos creen en Dios.

El páter Íñiguez hizo una misa breve pero solemne, hacía mucho frío allí dentro como para extenderse. Muchos llevaban incluso el casco, el pasamontañas, otros con los gorros de lana hasta las orejas. Los uniformes blancos ya habían llegado y el circo de sábanas ya era historia. Cuando el páter recordó a los caídos, un vaho de emoción nos recorrió a todos. El silencio fue sobrecogedor. Nosotros habíamos perdido a Mogán, me refiero a nuestro grupo de correrías, pero allí había muchos que ya no tenían a ninguno de los amigos que conocieron en Grafenwoehr o de los que vinieron de España. Hubo lágrimas de emoción que se limpiaron de las mejillas con el mismo silencio en que cayeron de los ojos.

Antes de dar el «podéis ir en paz», el páter Íñiguez dio paso al comandante, que quería decirnos algo.

—Soldados —dijo sombríamente Rebull con su rostro envejecido, esforzándose en no tartamudear—, llegan noticias de Udarnik y Gorka. Los rojos están atacándolas. —Se oyeron murmullos de desaprobación—. Sí, incluso esta noche. Ya sabíamos con qué clase de alimañas nos enfrentábamos. Por ahora, solo sabemos que son combates de intensidad baja, aunque han ido en aumento. Por lo tanto, permaneceremos en situación de alerta total, por si el alto mando nos pide que acudamos en su auxilio. Así que concentración y silencio absoluto en una hora.

—Podéis ir en paz.

Salimos callados, no de emoción, sino de preocupación. Camino de nuestros catres, se oía la eterna cantinela: «¿Dónde está la Luftwaffe? ¿Dónde están los alemanes?». Algunos querían ir ahora mismo hacia lo que conocíamos como posición intermedia, para ayudar a los guripas. Pero los sargentos calmaban los ánimos de la mejor forma que sabían.

—A ver si en vez de ir a la Intermedia, vas a irte calentito al calabozo —dijo Browazky.

—Aquí irás cuando te manden, no cuando te dé la gana —añadía mi



hermano con la voz cazallera del trasiego de Nochebuena.

Dentro de la isba, nuestro anfitrión, el hombre de los ojos azules claros y nostálgicos, cantó el *Noche de paz* acompañado de su mujer. Lo cantaba en alemán, aprendido de memoria en algún pasado sorprendente para nosotros de la vida de aquel hombre. Nos unimos a él para cantarlo en español. Creo que no hubo momento más intenso que aquel, nada que nos trajera más recuerdos de nuestros hogares ni deseos de estar con nuestras familias.

Cuando estábamos acostados en nuestras camas hechas con paja en el suelo, apagamos la luz y en pleno silencio se oyó una voz quejumbrosa difícil de identificar. Sonaba dentro de la isba, pero también fuera. Algunos dijeron que era Bazaga, aquel guripa atormentado, con cara de oficinista. Otros que si era un guripa de Manacor, al que le habían matado a toda su compañía en Possad. Otros que si un armero de Huelva que llevaba días sin hablar. Lo cierto era que fuera quien fuese, cantó aquella estrofa de aquel viejo villancico:

—«La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va, y nosotros nos iremos y no volveremos más».

Nadie dijo nada, nadie respondió nada, silencio absoluto después de aquello.

Marcha forzada. Paso ligero que más bien parecía una carrera. Udarnik estaba ardiendo víctima de un bombardeo masivo tras repeler numerosos ataques rusos. De Gorka solo se sabía que había pedido auxilio de madrugada. El comandante Rebull había organizado a tres compañías. Nos pusimos en marcha, a la carrera en medio de una tormenta de nieve.

Llevábamos cinco horas de camino cuando vimos los incendios de lo que llamábamos la Posición Intermedia. Los fortines, las trincheras, los pozos de ametralladoras, todo estaba vacío. Voluntario, Pastor y el sargento Bueso se habían adelantado como observadores. Volvían a la carrera.

—Mi comandante —dijo el sargento. En su cara el acné juvenil aún resistía.

—Informe —dijo Rebull.

—No hay ni rastro del enemigo. Sin duda tomaron la posición y se marcharon tras ello, por incapacidad de defenderla o por miedo a los bombardeos de su propio ejército.

—No elucubre. Cíñase a los hechos —le cortó Rebull a punto de tartamudear—. ¿Nuestros hombres?

—Muertos, mi comandante.

—¿Todos?

—Será mejor que venga a ver esto, mi comandante —dijo con la misma expresión funeraria que tenían Pastor y Voluntario.

La aldea estaba silenciosa cuando llegamos. Los incendios de las isbas apenas eran más que brasas por el efecto de la nevada de aquel 27 de diciembre. Eran las once de la mañana cuando comenzaba a amanecer. La luz grisácea nos mostró lo que habían visto los ojeadores.

Decenas de cadáveres desnudos, esparcidos por todas partes, todos ellos con sus picos de zapadores clavados en sus cuerpos, muchos de ellos con las bayonetas o incluso con palas atravesadas. Dentro de la iglesia encontramos escenas aún más terribles. Los mismos cuerpos desnudos, congelados por las temperaturas, pero muchos mutilados, con los dos brazos o las piernas cortadas y los picos clavados en sus pechos. Muchos de los chicos se lanzaron a quitarles las herramientas que profanaban los cadáveres, pero el nivel de congelación era tal que los cuerpos se partían.

El comandante Rebull rompió el silencio.

—No hay un solo cadáver enemigo.

—Aquí fue la resistencia final —dijo el teniente Barreda.

—Después les hicieron esto a los nuestros —dijo Rebull seco y sin sombra de tartamudez.

—Estaban vivos cuando lo hicieron, mi comandante —dijo Villa espontáneamente—. La expresión de dolor en sus caras... Está claro que murieron tras ser clavados al suelo.

—Los desnudaron con este frío —dijo Rebull mirando a Villa, que asentía— y los...

—Mi comandante —dijo Miguel sosteniendo un trozo de papel en las manos—, vea esto.

«Azules hijos de puta, moriréis en Rusia». Lo había sacado de la boca de un guripa al que habían cortado las manos antes de clavarle su pico en el vientre. Encontramos al menos quince papeles como esos en otros tantos cadáveres, cuartillas de papel escritas a lápiz en perfecto español. «Fascistas, os mataremos a todos», «ninguno volverá a España» y cosas por el estilo.

—¡Esto han sido rojos españoles! —Rosales gritó lleno de furia, con un tono cargado de odio que encendió, despertó más bien, a todos los que estábamos allí paseando como sonámbulos. Nuestro asombro ante aquellos

cadáveres que se retorcían como si no supieran que estaban muertos—. ¡Tenemos que responder, comandante! —dijo el asturiano, veterano de las guerras con Marruecos.

Todos comenzamos a exclamar, a gritar pidiendo responder en el momento, vengar semejante barbaridad. «¡Hijos del diablo!», gritaba a toda voz Carballo intentando sacar las bayonetas clavadas en aquellos cuerpos. Los africanistas, veteranos de los tercios legionarios y de regulares, veían en aquello los mismos métodos que los rifeños aplicaban a los cautivos.

—¡Carta blanca! —gritaban.

Rebull dudaba, yo lo miraba fijamente, poniéndome en su piel. Podía lanzarnos a una aventura bélica de resultado incierto y perder a las tres compañías o dejar pasar aquello, retirarnos, para planear un ataque, lo cual haría que se cayera en una frustración tan grande que los brotes de insubordinación podrían llegar al motín. Aunque por los gritos de muchos allí, si no tomaba una decisión pronto, el motín estaría en marcha. Llamó a los oficiales y a los suboficiales, que hicieron un corrillo. Parecían tranquilos.

—¡Pastor! —ordenó mi hermano desde el corrillo—. ¡Ven aquí ahora mismo!

Ví cómo el pastor aragonés corría hacia los mandos, con ese punto de servilismo que tenía cuando alguno le daba una orden. Supe en ese instante que íbamos tras esos rusos. Mi hermano había propuesto a Pastor para que siguiera el rastro. No había nadie como él para orientarse en medio de la nada siguiendo un rastro de ramas rotas, huellas, manchas...

Los rusos ocupaban un caserío llamado Lubkovo, pequeño, al estilo Possad. Unas veinte isbas agrupadas en lo que parecía el núcleo del pueblo con otras tantas desperdigadas, a unas tres horas de la posición intermedia. No eran pocos ni estaban mal armados. Habían torturado a nuestros hombres, profanado sus cadáveres y ahora, motivados por su victoria, se preparaban para comer. Casi olíamos el rancho ruso cuando nos acercamos. Yo tenía mis dudas sobre la posibilidad de éxito de aquella operación, pero fue ver a los rusos y una inmensa nube de odio me pidió atacar. Matarlos a todos.

No hubo planificación, ni estrategia, ni táctica previa. Cuando estuvimos lo suficientemente cerca, el comandante gritó «¡sin cuartel!», y a la carrera atravesamos los doscientos metros que nos separaban de Lubkovo. Los rusos estaban tan confiados que ni siquiera tenían guardias ni hombres en los pozos de ametralladoras. Caímos sobre ellos como plomo fundido, quemándolo todo,

matándolo todo y explotándolo todo.

Los rojos caían como moscas, muchos de ellos intentando coger su arma sin que se les cayera el rancho. Otros sí que respondieron, pero el golpe por sorpresa los había dejado sonados. Yo hacía piña con mis compañeros disparando a todo enemigo que se ponía delante. Recuerdo a uno que parecía mongol. Estaba en el interior de una isba y lo vi por el grueso vidrio de la ventana, así que entré a buscarlo. Me miró con sorpresa y corrió para salir por una puerta en el otro lado de la casa. Le seguí para tropezarme con una decena de rusos, que se ocultaban en lo que en primavera sería un pequeño huerto y ahora era solo una parcela cubierta de nieve. Estaban armados con sus fusiles. Uno era oficial, llevaba una metralleta de tambor americana y hablaba con otros concentrados en lo que parecía un contraataque. Yo simplemente quité el seguro a una granada y la dejé caer al suelo. Ellos se me quedaron mirando con sorpresa. No debieron haberlo hecho. Me metí dentro de la casa. La granada explotó. Cuando volví a salir, solo había moribundos.

— ¡Intentan huir! — gritó alguien.

El pueblo estaba lleno de cadáveres. Los rusos huían por el descampado de un blanco immaculado que rodeaba las casas. No los dejamos. Con sus propias ametralladoras liquidamos a todos los que pudimos. No sé a cuántos matamos, los libros de historia dicen que más de mil, yo solo sé que fueron muchísimos. Fue un golpe de mano que se dio en caliente, con una rabia que nos hacía hervir la sangre. Pero los rusos tampoco pensaban quedarse quietos. Dos pequeños vehículos orugas con tropas de refresco y un pequeño cañón surgieron desde el bosque cuando ya pensábamos que todo estaba ganado.

Aquellas máquinas, meros transportes de tropas artillados, hicieron que los que huían se frenasen para unirse al contraataque, sobre todo por la presencia de miembros del NKVD, que dispararon a los que se negaban a dar la vuelta y atacarnos. Una bandera soviética, portada por uno de los comisarios políticos con su gorra azul de plato, encabezaba el asalto con un grito de guerra. Las ametralladoras de los vehículos abrían camino mientras nos devolvían el fuego y los pequeños cañones apuntaban hacia nosotros. Aquellos vehículos iban a hacernos mucho daño.

Desde mi posición pude ver un cañón antiaéreo oculto bajo una red de camuflaje. Supongo que lo había visto cuando pasé por allí hacía unos minutos disparando a los que corrían, pero ahora era consciente de su existencia. No esperé a nada ni a nadie. Estábamos a punto de perder aquella posición

después de tenerla ganada. Mis amigos iban a comenzar a morir. Me levanté para correr hacia aquella poderosa arma capaz de derribar un avión. Crucé a la carrera los cuarenta metros que me separaban del aparato mientras las ametralladoras soviéticas de los orugas levantaban con sus balas pequeñas montañitas de nieve a mi paso. Me habían visto y me tenían en su punto de mira. No sé cómo llegué vivo, pero mientras oía a Miguel ordenando que nos pusiéramos a cubierto, ya que la cosa se torcía, los rusos tomaban la iniciativa con aquella artillería motorizada. Llegué al antiaéreo. Desde allí una isba hacía esquina, cubriéndome al menos por el momento, aunque por el mismo motivo yo tampoco podía ver aquellos pequeños blindados.

Cogí una palanca que estaba en el suelo para, de un golpe seco, romper el tope que impedía que la ametralladora disparase en horizontal. Me puse tras aquella mezcla de cañón y ametralladora y apreté el hombro contra el estabilizador. Apunté hacia la isba que hasta ahora me cubría, pulsé el disparador y las enormes balas impactaron contra ella, atravesándola, dejando grandes agujeros en la quebradiza madera que acabó cayendo hacia delante dejándome un hueco enorme para poder ver mis objetivos, aunque ellos también podían verme a mí. Las balas continuaron su camino para impactar contra el débil blindado de aquellos vehículos, a los que atravesaron de una manera similar que a la vieja casa. En la siguiente ráfaga ya pude apuntar. Lo hice a sus motores y cañones, que comenzaron a arder hasta explotar. La amenaza había pasado, pero seguí disparando contra los que volvían a huir. El bum bum de aquella máquina me ensordecía, pero no pensaba dejarlos creer que podían volver agrupándose. La derrota tenía que ser total. Disparé hasta que los dos tambores de grandes balas explosivas se vaciaron.

La toma de Lubkovo duró menos de una hora. Cantamos victoria, máuser en mano.

—¡Los hemos vengado!

Volvimos al centro del pueblo, donde muchos amontonaban las provisiones de los rusos, sus armas, sus capotes, botas, incluso los pantalones de sus uniformes. Todo podía valer y estaba claro que sus prendas de abrigo y sus armas eran mejor que las nuestras, pero sobre todo las demandadas botas de fieltro siberianas, esas eran el objetivo. Era una algarabía de muchachos dedicados al saqueo. Me imaginé esos pueblos de la costa europea recibiendo la visita de los vikingos. Oí disparos, eran de pistola.

Provenían de la pequeña iglesia cuya fachada se había derrumbado,

dejando parte de su interior cubierto de escombros. Los tiros venían del interior. Mi hermano estaba fumando con Browazky y Bueso. Me miró, hizo un gesto con la cabeza a los otros, que me miraron sonriendo.

—Aquí está el *bum bum bum* —dijo Browazky, imitando el sonido de las explosiones del cañón antiaéreo— y los comunistas explotando como si fueran una piñata de carne.

—Cuando diste a aquel blindado y estalló —rio Bueso—, sí que parecía Nochevieja.

Me sentí azorado. No es que sintiera remordimientos, estaba en una guerra y eran ellos o yo. Pero era cierto que tampoco estaba contento por haber matado a tanta gente. Solo lo hice y punto, no había que estar con celebraciones. Oí gritos dentro de la iglesia y vi luces en su interior.

—¿Qué pasa ahí? —dije arriesgándome a que me afearan la familiaridad en el trato con tres sargentos.

—Rosales, sus regulares —Miguel sonrió con sarcasmo— y varios lejías. Están ablandando a los pocos prisioneros que hemos hecho.

Por los gritos me imaginé que aquellos rusos no lo estarían pasando bien. Del interior salió un guripa con pinta de enterrador. Tenía sangre en la guerrera y se puso un cigarro en la boca para relajarse. Me miró para avisarme de algo que pasaba detrás de mí, pero no lo oí. Algo me había mordido en la espalda. Me di la vuelta para ver al mongol que se me había escapado en aquella casa hacía menos de una hora. Había salido de entre unos escombros. Lo vi caer con un fusil en la mano cuando era acibillado a balazos por todo el que tenía el arma cerca. El dolor en mi espalda era tremendo, me impedía oír lo que estaba pasando, solo un zumbido. Me desplomé mientras veía la cara de mi hermano crispada moviendo la boca frente a mí, chillándome. Todo se deformaba, perdía el color. De repente solo oscuridad.

## 8. Úrsula Schultz, 1942

Fue un techo blanco immaculado lo primero que vi cuando abrí los ojos. Sentí mi cuerpo pesado, con esa sensación con la que despiertas tras muchas horas de sueño. Estaba acostado en una cama, pero cama de verdad, no un montón de paja en el suelo ni en una cama de tijera, aquellas sábanas y mantas estaban limpias, la almohada mullida. Estaba solo en una pequeña habitación con una puerta abierta que daba a un pasillo. Con esfuerzo intenté levantar la cabeza, pero no pude. A mi derecha había una jofaina con una jarra en una estrecha mesa rectangular con una gaveta, todo de un blanco immaculado. Cerré los ojos y dormí.

—¿Está consciente? —me preguntaba una voz grave.

Abrí los ojos, un hombre con bata blanca, cara grande con mofletes y fino bigote, me miraba con expresión tranquila. En la bata se veían los galones de capitán médico y el apellido Urbietta. Me tomaba la tensión.

—Sí, mi capitán.

—10... 6. —Una enfermera con el emblema de la Sección Femenina apuntaba en un formulario cogido a una tablilla con una pinza.

—35 —dijo el médico tras leer el termómetro que me había quitado del brazo—. Digamos soldado...—hizo una pausa— que está débil, muy débil... pero lo peor ha pasado.

—¿Lo peor? —respiré cansado—. Mi capitán.

—Una bala le entró por la espalda y salió por el pecho. A milímetros de todo tipo de órganos vitales. Si le contará lo cerca que ha estado de la muerte...

—He estado en Possad y en la Intermedia... —sonreí con esfuerzo—, así que, mi capitán, sé lo que es estar cerca de la muerte.

—Pues, soldado, apunte un nombre de una batalla nueva: septicemia.

—¿Septicemia?

—Una infección en la sangre que se transmite a todos los órganos. —No sé si fue mi cara inexpresiva, pero añadió—: Le puedo asegurar que es más mortal que todos esos puebluchos rusos juntos y que mata a más soldados que todas las balas —ahí sí que me preocupé—. Pero puedes estar tranquilo, la

infección ya no está.

—¿Cuándo podré volver? —dije pensando en mi hermano.

—Ya quieres volver —dijo con voz atiplada la enfermera, para soltar una risita de mujer madura. Rondaría los cincuenta, era rubia con un moño recogido tras la cofia, tenía acento navarro—. ¡Qué barbaridad! Todos quieren volver y hechos un Cristo.

—Por ahora relájese, repóngase, supere la anemia y téngalo por seguro que cuando le dé el alta, volverá al frente. Nada de lo que tiene es incapacitante.

El médico se despidió. La enfermera se quedó anotando cosas en la tablilla y diciéndome que le diría a una de sus compañeras que me trajera un caldo de pollo, que necesitaba proteínas y no sé cuántas cosas más.

—¿Por qué hay tanta luz? —dije mirando hacia la ventana—. ¿Qué hora es?

—Son las cuatro de la tarde.

—¿Cómo es que no está anocheciendo?

—No sé —dijo ella como si tal cosa—, será que es uno de marzo.

—¿Pero?

—Sí, llevas aquí desde que te trajeron de Porjov. —Mi cara de extrañeza la obligó a añadir—: Tras la operación estuviste un tiempo consciente, unos días, pero después caíste en un mar de fiebre producto de la infección. Estuviste casi en coma.

—¿Dónde estamos?

—En Riga.

La vi salir de la habitación. Quedé sorprendido, llevaba dos meses allí y no recordaba nada. Recordaba el tiro del mongol, cerrar los ojos, y ahora despertaba en una ciudad de la retaguardia, en un hospital que todos sabíamos que era para convalecientes. Nada de unos puntos, un poco de yodo, algodón y a correr. Allí llevaban las cosas graves.

Estaba adormecido cuando noté un hormiguelo en los pies, no era doloroso, solo eran cosquillas, aunque ligeramente más molestas, como si hubiera algo había allí, bajo las sábanas. ¿Hormigas? ¿Termitas? ¿Pulgas? Levanté las sábanas para mirar. Llevaba tres días atiborrándome a caldo espeso, así que estaba recuperando fuerzas. Aparté las sábanas porque no veía bien y allí aparecieron mis pies.

—¡Dios mío! —exclamé. No había rastro de visitantes no deseados, ni



hormigas ni nada parecido. Solo mis pies blancos como la nieve, arrugados, con las venas azules transparentándose. Me senté en la cama, mirándomelos casi con pánico—. ¡Qué demonios les pasa!

Del pasillo oí a alguien que se acercaba pidiendo silencio. Por el ruido de los zapatos era una enfermera que venía diligente y a buen paso entró en la habitación. Era joven, de piel clara, cara de ángulos suaves, estilizados, una nariz pequeña y ojos grandes que me miraban con severidad.

—¿Qué les pasa a mis pies? —dije bajando el tono de voz. Ella se acercó para mirarlos con interés, para al instante poner los ojos en blanco y cara de «otra vez».

—Son tus pies —dijo con un acento alemán increíblemente marcado—, no pasa nada.

—Pero están tan blancos y arrugados... —dije volviendo a elevar el tono de voz.

—Silencio —dijo ella con dificultad—, es hora de la siesta. No sé explicar... pero es normal.

—Sé hablar alemán —dije.

—Cuando te quitaron los calcetines, la piel de tus pies salió con ella. Al no moverte y estar tanto tiempo en la cama, han tardado mucho más tiempo en coger forma de piel normal. Pero pronto tendrás tu piel —dijo en un alemán que tenía el mismo acento duro que el de Tobías Müller.

—¡Qué susto! —dije con un punto de vergüenza.

—Muchos se asustan cuando se los ven.

—Es que están horribles —dije mirándomelos. Parecían dos higos pasados de un blanco color nieve cubiertos de líneas azules. Pero ¿qué hacía una extranjera trabajando de enfermera para la Sección Femenina? Porque estaba claro que española no era—. ¿De dónde eres?

—Berlín —dijo rápidamente.

—Está bien... —Todavía me intrigaba más. ¿Qué hacía una alemana en la División? No me dio tiempo a preguntárselo. Con un «descanse» se marchó.

—Pues nada... —dije para mí—, todo un misterio.

No impresionaba, era una cruz negra con los bordes blancos y una esvástica en el medio. Cruz de hierro de segunda clase, me dijo el capitán Vidal al dármele en la cama de aquel hospital.

—Esta es por la destrucción de tanques en Possad —dijo con esa grandilocuencia un poco teatrera que ponía en todo—, pero estás pendiente de

que te concedan, o no, la de primera clase por lo de la Intermedia.

—Gracias, mi capitán. —Saludé desde la cama, en donde una enfermera de Valladolid que se llamaba Carmen me había colocado varios almohadones para salir más derecho en las fotos. Yo podía haberme levantado, pero no era plan de estar en pijama como un pasmarote. «Demasiado informal», dijo Llopis, el guripa que ejercía de fotógrafo para la *Hoja de campaña*. Me alegré de verlo. Era de los de mi quinta en Baviera.

—Pon cara relajada y no mires a la cámara, que queda fatal —decía mientras enfocaba. Yo tenía las medallas en la almohada, la cruz de hierro, la cruz del mérito militar con distintivo rojo, la medalla de sufrimientos por la patria y la placa de herido en plata. Dio al disparador una decena de veces—. Perfecta, ni el Gary Cooper.

Sonreí. Llopis era de Gerona y contaba unos chistes que de vez en cuando tenían gracia. Era buena persona, con su bigote fino, sus comentarios burlones sobre los alemanes y, como le decía Carballo, más falangista que nadie.

Charlamos un buen rato bebiendo un coñac muy bueno proveniente de los aguinaldos navideños que seguían llegando retrasados en un goteo de cajas y paquetes que mostraba lo difícil que eran las comunicaciones en la Europa en guerra. Me trajo recuerdos de los muchachos en el frente. Todos seguían bien, la situación estaba tranquila, algunas escaramuzas, pero nada del otro mundo. Me alegré por todos ellos y deseé estar allí con mis camaradas.

—Pero qué dices, si aquí estás de lujo. Habitación para ti solo, calefacción... —dijo mirando a su alrededor—... un crucifijo que como se caiga te abre la cabeza —Reí.

—¡Qué va! Esta habitación es porque estaba grave, y pensaban que me moría. Pero mañana me pasan a la sala general, y allí hasta que me den el alta.

En la puerta apareció aquella misteriosa enfermera alemana. Llevaba la bandeja con la sopa de fideos en un cuenco y un plato con media tortilla de patatas. Traía la cena. Miró a Llopis, que se había quedado alelado mirándola.

—Menuda gachí —dijo el catalán haciendo un pequeño silbido.

—El horario de visita terminó —dijo la alemana con su fuerte acento prusiano.

—A sus órdenes, *mein Fraulein* —dijo dando un taconazo Llopis que me hizo sonreír. Cogió su abrigo, se lo puso bajo la atenta mirada de la mujer que le clavaba sus ojos con precisión de señorita Rottenmeier. Llopis me miró, se

dio un golpecito en el hombro, puso cara de cómplice guiñándome el ojo—. Lo dicho en el Paraíso... estás en el Paraíso.

—¡Anda, anda! —dije entre risas—. Si los ves, da recuerdos a todos y les dices que en un par de semanas me tienen por allí.

Lo oí alejarse por el pasillo mientras canturreaba *Adiós con el corazón*. La alemana lo mandó callar con vehemencia germánica. Yo sonreí al ver su cara de fastidio. Ella me colocó la mesita en la cama con la bandeja, todo bien ordenado.

—Ustedes los españoles siempre de bromas con sus propias normas —dijo en alemán.

—Sí, todo el día nos lo pegamos de bromas —dije mientras removía el caldo.

—No sé ni para qué ponen ustedes mismos esas normas —dijo mientras quitaba los almohadones que me pusieron para la foto y las medallas que seguían en la almohada.

—Debe de ser para saltárnoslas —dije con la boca llena de caldo espeso que sabía deliciosamente a mantequilla.

—¿Qué cosa?

—Que lo mismo ponemos normas para después no cumplirlas —dije mientras tragaba—. Nosotros, que somos así.

Ella me miró con extrañeza no sabiendo si yo hablaba en serio, supuse que llevaba poco tiempo rodeada de españoles.

—Qué extraños son —dijo pensativa.

—Sí, es lo que tenemos —dije con un bocado de pan que dejé de masticar para quedarme mirando aquella cara atractiva, aquellos pómulos, esos ojos grandes y marrones. Era muy guapa—. Yo te conozco —dije deglutiendo el pan con sabor a caldo.

—¿Sí? —Rio divertida mientras ponía ligeramente los ojos en blanco, con esa expresión de «si me dieran un marco por cada vez que quieren ligar conmigo diciéndome eso».

—No, en serio, yo te he visto antes.

—¿En dónde, soldadito español? —dijo con sonrisa burlona.

—En Vilna.

Ella quedó paralizada. Su rostro se transformó en una mueca, la piel clara se cubrió de un granate similar al de las cinco flechas que estaban bordadas en su enorme delantal. Pensé que era timidez, vergüenza, pero estaba

claro que sus ojos mostraban terror.

—Te equivocas —dijo cambiando a una cara pétrea, fría como la propia Rusia—, nunca he estado en Lituania.

—Yo estaba en un callejón —continué incansable al desaliento— y tú saltaste de un extremo.

—No era yo —dijo cortando el hielo con su mirada.

—Llevabas un traje y una estrella... —Me di cuenta del porqué de su reacción.

—No sé de qué me habla —dijo dándome la espalda para caminar hasta la puerta—. Termine la cena.

Se fue y me dejó con una sensación de haber metido la pata hasta el fondo. Ni pasarme por la cabeza nada del asunto de los judíos. Hoy en día se sabe todo lo que hicieron a los judíos. Los campos de concentración se enseñan en los libros de historia y Auschwitz, Bergen Velsen, Dachau, son nombres familiares, pero en aquella primavera del 42 nadie sabía nada de aquello. Si era cierto que habíamos visto y veíamos cosas que no nos gustaban nada, persecuciones, abusos, brutalidad, incluso tuvimos peleas con los *cabezas cuadradas* por cosas de ese tipo. Pero, por supuesto, nunca supimos que existieran complejos industriales dedicados al asesinato. Creo que nadie en todo el mundo sabía que aquello estaba pasando y menos soldados de infantería como nosotros.

Volvió a buscar la bandeja. Tenía una expresión indiferente. Sus ojos evitaban mirarme. La colocó en el carrito. Se inclinó para coger la mesita, que plegó al lado de la cama. Ahí me lancé.

—Discúlpame por lo de antes. —Se quedó quieta un momento para continuar como si nada con aquella mesita en las manos—. Fuera o no fuera, que sepas que no voy a decir nada a nadie. Fui un inconsciente al decírtelo.

Algo noté en su expresión, no sé si fue un asentimiento o qué exactamente, pero que me escuchaba eso seguro. Colocó una cuchara con aceite de hígado de bacalao, que era mi postre habitual después de la cena. La bebí con la misma repugnancia que el primer día.

Ella recogió todo para irse y cuando estaba en el dintel de la puerta, me di cuenta de que no quería que se fuera enfadada. No es que en aquellos días hubiera hecho amistad con ella, pero sí que habíamos congeniado y cuando pasaba por mi sitio, pues yo siempre procuraba decir alguna tontería, una broma aquí, una exageración allá, para que se fuera al menos sonriendo.

—Por favor, no estés intranquila, no voy a decir nada de nada.

—Gracias —dijo ella sin darse la vuelta, quieta un instante en la puerta dándome la espalda para añadir—: que descanses.

—Muchas gracias —dije tragando la emoción. No estaba enfadada o al menos no me odiaba.

—Hoy viene a visitarte el médico —me dijo Úrsula cuando me sirvió la comida en la cama de la sala general donde yo llevaba ya dos semanas.

—¿Es por lo de los análisis? —dije preocupado.

—No te preocupes —dijo sonriéndome—, creo que son buenas noticias. Comételo todo.

Ella siguió con el reparto en aquella sala atestada de camas. Miré lo que tocaba, un cuenco de caldo, un plato de garbanzos con coles, pan del tipo que los alemanes llamaban «de munición» y dos trozos de bizcocho. Yo sabía que en realidad tenía que haber sido uno, como tenían los demás, pero Úrsula siempre que repartía me dejaba algún extra. Yo hubiera vivido perfectamente sin ellos, pero con solo ver esos detalles mi ánimo sonreía. Desde aquel día en que le dije que la había visto en Vilna, con aquellos dos niños, huyendo de aquellos tipos, no habíamos vuelto a hablar del tema. Pero por esos designios del destino nos habíamos hecho amigos, cómplices en aquel mundo hospitalario de interinidad y temporalidad.

—Canario —dijo Rosales que, en la cama de mi derecha, se recuperaba de una disentería que casi lo lleva a la tumba por aquella manía suya de beber agua sin hervir añadiendo lo de «si no enfermé en Marruecos, no voy a enfermar aquí»—. No sé qué le dices a esa alemana, pero la tienes loquita.

—Sí, loquísima, seguro que sí —dije sarcástico.

No me caía bien Rosales, ni los de su grupo de regulares, todos tan fanfarrones, más machos que nadie, siempre con ánimo de desplante, comentario despectivo y burlón. Además, ya me contaron que en la Intermedia habían cortado manos y dedos a los rusos que pillaron vivos. No sé, eran valientes y en combate una garantía tenerlos al lado, pero fuera de allí, cuanto más lejos...

—Que sí, que esa cualquier día te enseña lo que sabe hacer, que seguro que no es poco. —Rio su propio chiste.

Lo ignoré para leer la *Hoja de campaña* donde contaban con todo lujo de detalles lo de la gesta del Ilmen. Esos de la compañía de esquiadores que atravesaron cientos de kilómetros un lago helado a cincuenta grados bajo cero,

muriendo la gran mayoría en un viaje suicida, a marchas forzadas, para salvar a unos alemanes que estaban cercados. Como nosotros en Possad y ni un alemán se acercó por allí a ayudarnos.

Lo vi llegar en una camilla portada por dos guripas con el brazalete de enfermeros. Era uno de tantos que llegaban como un goteo. A mí me darían el alta el lunes, como me había dicho el médico, así que poco me quedaba de vida muelle. Vi pasar al nuevo inquilino de la clínica, rumbo a la zona de enfermos graves. Me quedé helado. Carrasco iba en la camilla, era él sin duda, parecía dormido, pálido como la nieve. Me incorporé para mirarlo según pasaba. Maldije que Rosales estuviera durmiendo la siesta, me lo hubiera confirmado con esa boca de metomentodo que tenía.

Cuando los sanitarios volvieron, les pregunté, pero me dijeron que no sabían, que tenían prisa, que los dejara en paz. Intenté levantarme, pero Doña Gumersinda, enfermera, viuda de un guardia civil y mujer de armas tomar, me paró con un «quieto, que no estás en un hotel». Más valía hacerle caso.

—Úrsula —le dije cuando la vi salir con sábanas en los brazos rumbo a donde Carrasco. Me miró intrigada, pero tenía prisa, tenía que poner sábanas para el nuevo herido—. Es compañero mío, de los buenos...

—Después te digo.

Estaba tapado hasta el cuello, consciente, aunque adormecido por los calmantes, los ojos abiertos mirándome con cansancio. Con aquel rostro moreno que ahora empalidecía por la guerra y el frío. Era la misma habitación donde yo había salido de la muerte. Úrsula me había llevado en aquella noche de sábado en que ella hacía guardia.

—Hola, Santiago —me dijo aquel albaceteño de veintidós años, cuyo único objetivo en la vida era ser torero.

—Hola, Manuel. —Utilicé su nombre, no su apellido. Allí no estábamos en el frente ni en el cuartel, no había que fingir nada—. ¿Cómo estás?

—Muerto —me dijo tranquilo, sin un ápice de dramatismo, con un toque de frialdad.

—No digas eso, llevas sin fiebre desde el mediodía —dije sin saber muy bien qué decir.

—¿Sabes? —me interrumpió—, cuando tenía diecisiete años salté de espontáneo en una corrida de Manolete en Las Ventas. Había un vigilante parado delante de mí, pero más interesado en los pases del Maestro que en vigilar el tendido. Mi hermano, que estaba a mi lado, me dijo «ahora o nunca»

y yo brinqué como una cabra. —Sus ojos miraban al techo, pero estaba muy lejos de allí—. En un «¡ay, Jesús!», estaba en la arena con aquel toro enorme mirándome sorprendido, negro como la madre que lo parió, con unos cuernos que daba miedo el morlaco. —Hizo una pausa y una sonrisa triste se dibujó en su cara—. Total, que viene hacia mí, yo me coloco y... ¡pase por aquí! Di hasta seis y una media verónica, la plaza aplaudía y se oían los oles. Cuando la cuadrilla de Manolete me espantó al toro con sus capotes y dos guardias se me acercaron para detenerme, vi al maestro que asentía para decirme —tragó saliva, estaba llorando—: «Hoy sales detenido, pero tranquilo, niño, que pronto saldrás por la puerta grande». Después se miró para los guardias y con aquella voz que tenía, así como era él, para decirles: «Señores, corre de mi cuenta». Los guardias asintieron, me pagaba la multa. ¿Me entiendes?

—Sí —dije mientras veía cómo las lágrimas caían por sus mejillas.

—Ahora todo eso se acabó —dijo sacando un brazo de entre las sábanas para destaparse: sus piernas desaparecían a mitad del muslo. Me quedé callado sin saber qué decirle. Úrsula entró para arroparlo de nuevo y decirme que me fuera a mi cama, que era tarde. Obedecí. Lo oí llorar mientras caminaba por el pasillo.

En mi cama vi las cartas que habían llegado desde casa. Las dejé donde estaban, no quería saber nada de toda esa banalidad absurda. Miré el libro que estaba leyendo, *El árbol de la Ciencia*. Ahora no podía leer. Mi mente estaba en otro sitio, estaba en los muñones de Manuel Carrasco, en la vida cercenada, transformada, cambiada, pero no solo de aquel torero que había salido de la plaza para nunca poder volver, sino la de todos, la de Mogán, la de los cientos de muertos en Possad... Pero sobre todo pensé en mi hermano Antonio y en cómo su muerte había consumido a mi familia, a mi hermano Miguel y a mí. Lloré en aquella oscuridad, lloré en silencio, mientras oía a los compañeros dormir. Lloré hasta que noté unas manos suaves acariciarme el pelo y unos labios besarme la frente.

—No llores, Santiago —dijo Úrsula con su acento berlinés.

Sentada en el borde de mi cama, me abrazó rodeándome el cuello. Yo la abracé pasando mis brazos por su espalda. Permanecimos así un momento, en aquella soledad rodeada de gente, de respiraciones, de sueño, hasta que noté sus labios buscar los míos y nos besamos.

El asistente del coronel Yánez tecleaba a máquina cualquier cosa, lo hacía a una velocidad considerable mientras leía un manuscrito sobre su mesa.

Tenía cara de pingüino, con aquel bigotito fino, bien recortado, el pelo peinado con gomina, la piel limpia y tersa, ni una arruga, ni una preocupación, ni una sola carencia. Lo más cerca de un ruso armado que había estado era del que salía con cara de rata asustada en el dibujo del cartel de propaganda. Se dio cuenta de que lo miraba. Me devolvió la mirada casi bizqueando, yo miré hacia la ventana. Hacía sol en aquel último día de marzo.

La puerta del despacho del coronel se abrió para dejar salir al comandante Rebull, me cuadré, detrás venía el Orejas, el mismísimo Muñoz Grandes que me miró con interés. Yo quieto mirando al infinito, recto y aguantando la respiración.

—¿Es este? —dijo Grandes.

—Sí, mi general —respondió Rebull.

—Muy bien —dijo Grandes asintiendo con la cabeza para mirarme a los ojos—. Conque usted, soldado, es Santiago Durán, hermano de uno de los héroes del Alcázar.

—Sí, mi general —dije con marcialidad y más tenso que la cuerda de una guitarra.

—¿Cómo está su señora madre, soldado?

—Bien, mi general.

—Pues cuídela —dijo cogiendo una cajita negra que le tendía su ordenanza—, porque trajo al mundo a dos leones. —Abrió la caja para sacar una cruz de hierro de primera clase—. Se la han concedido por lo de la Intermedia y eso que hizo con un antiaéreo.

—Gracias, mi general —dije mientras sacaba la medalla del cofre y me la prendía en el bolsillo de la guerrera—, pero fueron tres.

—¿Qué? —dijo mirándome.

—Tres leones los que crio mi madre, mi general.

—¿Tiene otro hermano? —dijo mirando a Rebull, que no tenía ni idea—. ¿Divisionario? ¿Veterano en nuestra cruzada?

—No, mi general —dije maldiciéndome por estar contando esto—, lo asesinaron en una tapia en Madrid con diecisiete años en el 36, por ser seminarista.

Muñoz Grandes me lanzó una mirada penetrante. Era como si estuviera imaginándose la escena o calculando algo. No dijo nada, solo se cuadró y me saludó. Fue un honor para mí, claro que lo fue. Le devolví el saludo. Dio un «Arriba España» que fue respondido por todos los presentes. Grandes ordenó



un «descansen», hizo un gesto de afirmación al coronel Yáñez y se marchó con su asistente.

—Comandante —Rebull asintió—, explíqueme al cabo Durán todo sobre su nuevo destino y lo que esperamos de él.

¿Cabo? ¿Nuevo destino?

Rebull me miró desde el sillón que presidía una mesa de despacho exageradamente grande. Las paredes cubiertas de libros en letón y en ruso, un cuadro enorme había estado entre las dos ventanas rectangulares, y digo había porque ya no estaba, solo quedaba un cambio de color cuadrado en el papel pintado de gruesas rayas color tabaco sobre fondo beige. De pie mirando un globo terráqueo enorme, de esos que se abren y tienen un bar dentro, estaba un capitán, delgado, con rostro anguloso, bigote poblado pero arreglado, peinado hacia atrás con una gran dosis de gomina que hacía brillar su pelo.

—Siéntese, cabo —dijo Rebull. Yo lo hice en una de las sillas acolchadas en rojo oscuro que estaban frente a él y guardé silencio—. Como habrá notado, ha sido ascendido a cabo, cosa que sería algo normal en el caso de que estuviera haciendo la mili en España, pero ya sabe que los ascensos en la guerra son... digamos que más anárquicos. No vale eso de que «como llevo tantos meses...» —asentí—, así que digamos que es un ascenso por méritos de guerra.

—Es un honor, mi comandante —dije con sinceridad.

—Pero, por supuesto, también hay otro cambio, cabo. —Lo miré atentamente—. Hemos visto su dominio del alemán y sus conocimientos básicos del ruso. Sabemos por su ficha que sabe inglés y tiene terminados dos cursos de derecho internacional. Sin duda son recursos muy valiosos en este momento. Creemos que desempeñará una muy buena función como ordenanza aquí en la retaguardia, como chófer e intérprete.

Si os dijera que el mundo se me vino encima, sería poco. Yo había venido a Rusia para pelear contra los comunistas, no a hacer de criado de los mandos, ni a pasear a alemanes para arriba y para abajo. Maldije mi suerte y me acordé de mi padre cuando me decía aquello de que «en el cuartel ni destaques por listo ni por tonto, que esas dos cosas te traen problemas». ¡Mierda!, cuánta razón tenía.

—Sé lo que está pensando —dijo el hasta ahora silencioso capitán junto al mueble bar—. Yo aquí en Letonia de ordenanza y los chicos en el frente matando comunistas. ¿Me equivoco?

Rebull se levantó sin decir nada más y salió del despacho.

—No, mi capitán, no se equivoca —dije seco, sin temor a mostrar mi frustración.

—Claro que no me equivoco, cabo —dijo acercándose a la mesa—, lo comprendo perfectamente. ¿Sabe usted quiénes son los enemigos de España?

—Los comunistas, mi capitán —dije con un deje de interrogación.

—Esos son los enemigos de la humanidad, a los que ya derrotamos en España. —Me miró fijamente, sus ojos marrones claros centelleaban—. Los enemigos de España son aquellos que quieren acabar con el árbol del Movimiento Nacional antes de que empiece a dar sus frutos. Los que quieren apropiarse de los logros del Dieciocho de Julio para adaptarlo a sus necesidades, sus caprichos. Quieren disgregar la unidad nacional instaurada por el Caudillo para traernos de nuevo la división política, las rencillas y odios que nos trajeron la guerra entre españoles.

—Sí, mi capitán —dije un poco confuso, sin entender muy bien a qué venía aquello allí, a miles de kilómetros de España.

—Hay muchos que estarían dispuestos a vender a España a cualquier potencia extranjera corrompiendo su independencia, su soberanía, transformando con sus conspiraciones partidistas nuestro país en una marioneta de cualquier extranjero. Incluso estarían dispuestos a utilizar a nuestra División, su noble y desinteresada muestra de generosidad en la cruzada contra el comunismo para atacar a nuestro Generalísimo y a España.

—Sí, mi capitán.

Pensé que lo mejor era estar en el frente acabando con los rojos que allí engordando el culo detrás de los mandos.

—Queremos que realice sus nuevas funciones abriendo bien los oídos, escuchando conversaciones, tomando notas de todo aquello que pueda ser de interés. Ellos no saben que usted habla alemán, creen que ninguno de los nuestros lo habla, así que escúchelos —carraspeó el capitán adoptando una pose de confidencialidad—. Todo lo que se salga de la rutina, o que sea demasiado rutinario, sospechosamente anodino. Sonsáqueles a ordenanzas, a chóferes. Me informará a mí directamente.

—Perdón, mi capitán. ¿Pero cómo voy a hacer eso siendo ordenanza en Riga?

—¿Hacer qué, cabo?

—Espiar a los rusos, no hay rusos ni comunistas...

—No, cabo. Le pido que espíe a los mandos alemanes y sus relaciones con los mandos de la División. Quiero saber si España está en peligro, si la tela de araña de la traición está tejiéndose a nuestro alrededor. ¿Me entiende?

—Sí, mi capitán —dije inexpresivo. Si alguien me hubiera cortado el cuello, solo escaracha hubiera podido ver.

—¡Hable libremente, cabo! —dijo con un tono que quería ser tranquilizador.

—Mi capitán, yo no soy espía. Solo soy un soldado que estaba haciendo el servicio militar en Madrid y me alisté voluntario para...

—Lo sé, lo sabemos, cabo —dijo sentándose en la mesa—. No le pedimos que haga de espía, solo que ponga los oídos y la vista al servicio de España. Nada más.

No dije nada, permanecí callado dándole vueltas a la cabeza. Si me quedaba en Riga, no tendría mi guerra, no tendría mi carga contra los bárbaros ululantes, no habría recuerdos de gestas gloriosas salvo la sangría de Possad. El hombre volvió a hablar, pero yo no le atendía. Si me quedaba en Riga, volvería vivo, pero, aunque pareciera imposible, eso en aquel momento me daba igual porque otra cosa me había iluminado como un foco del cine Coliseo. Si me quedaba en Riga, podría seguir viendo a Úrsula. No hubo que añadir nada más.

—¿Entiende lo que le digo? —dijo el capitán Melián. Así se llamaba aquel engominado, que llevaba dándose cuenta de que yo estaba en Babia.

—Sí, mi capitán. Tiene razón. El enemigo no solo está en el desgraciado al que los comunistas obligan a luchar por ellos.

—Bien, bien —dijo asintiendo—, está claro que no es la gloria épica del frente, pero aquí las victorias pueden ser más importantes.

—Sí, mi capitán. Aportaré mi grano de arena para lograrlas.

—Mañana —dijo un poco extrañado con tanto entusiasmo repentino, así que me moderé— se presentará en el parque móvil, donde le adjudicarán vehículo, funciones, horarios y todo lo demás. Por supuesto que todo eso ya está en las órdenes que recibirán allí para usted. Del resto todo sencillo, como le he dicho. Ver, oír y contar.

—¿Mi capitán, le daré parte a usted todos los días o cuando tenga algo?

—Como si lo hiciera. Pero no, conmigo solo en alguna ocasión. Su enlace será el brigada Gutiérrez. A él le pasará todos los informes y demás. Llegarán a mi mesa, no se preocupe. Es paisano suyo, de Santa Cruz de

Tenerife, hombre de fiar y veterano del SIM durante la guerra.

Ver el sol a las ocho de la mañana era una maravilla en aquel uno de abril mientras caminaba por la calle adoquinada de Riga. Todo me parecía bonito, luminoso. Era cierto que hacía frío, pero los nueve grados eran como los veinte de Tenerife, con la diferencia de que aquí llevaba el abrigo todavía, pero no se podía tener todo. Caminé hasta el amplio edificio donde se guardaban los preciados coches que los alemanes confiscaron en Francia como botín de guerra, pues alrededor de unos centenares acabaron en manos nuestras.

Enseñé los papeles al guripa que hacía guardia. Me mandó a la puerta donde entraban los soldados. Cuando me vio el galón de cabo se cuadró, lo ignoré. Fui donde me dijo. Un gordo con pinta de legionario chusquero desde la época de Pizarro, con el mono verde lleno de manchas de grasa, apoyado en un Peugeot color gris campaña, me dijo dónde tenía el despacho Gutiérrez. Entre martillazos, olor a aceite, soldadura y latas de pintura, llegué a una pequeña oficina.

—¿Da su permiso, mi brigada?

—Adelante —dijo una voz que raspaba. Tal vez demasiadas resacas seguidas o igual demasiado pocas. Era un tipo de pelo corto rizado, con sombra de barba gris perenne, nariz redonda y ojos amables.

—Cabo Durán, presentándose al servicio.

—Descanse, cabo —dijo sentado tras una mesa de despacho, bajo una foto enmarcada de José Antonio con su yugo y flechas. «Hablar de Falange es nombrar a España», ponía en letras rojas. Separó los ojos de una carpeta y me miró—. Bien, el sargento Álvarez le dará su horario semanal. Como sabe, todo estará pactado para que su labor sea lo más variada posible. Esté atento, oiga todo y anote en el cuaderno de ruta todo lo que se le ocurra.

—¿Levantaré sospechas si me ven anotando, mi brigada?

—No, cabo, no —se reafirmó moviendo la cabeza—, es lo normal que hacen todos los chóferes. Yo leeré diariamente todas las anotaciones de su ruta, lugares, kilómetros, pasajeros, todo. No se deje nada.

—Sí, mi brigada.

—Cuando tenga algo que decirme muy importante, no lo escriba en el cuaderno, simplemente marque con dos asteriscos y yo me pondré en contacto con usted. —Me miró fijamente—. ¿Entendido?

—Sí, mi brigada.

—Bien, pues ya sabe, a escuchar y abrir los ojos.

—Mi brigada, ¿tengo que buscar algo en particular?

—Ya le diré lo que tiene que buscar. No se preocupe, cabo, pero de momento solo tome contacto.

—A sus órdenes.

—Retírese.

Salí del pequeño despacho para escuchar en la radio a Celia Jiménez desde Radio Berlín comentar cómo los japoneses habían conquistado Birmania. Según parecía, los americanos eran un boxeador sin fuerza, aunque yo había visto la cantidad de armamento que eran capaces de suministrar a los rusos. Me fui a buscar al sargento Álvarez. Estaría entretenido hasta las cuatro. A esa hora saldría Úrsula de su turno en el hospital y quería darle la sorpresa de que me quedaba en Riga. En ese momento sentí una puntada de desasosiego, una duda. ¿Y si a ella no le importaba? ¿Si le era indiferente que yo me quedara o me fuera?

Me había puesto el traje de paseo limpio como una patena. Los quince grados a las cuatro de la tarde eran una bendición, aunque no me atreví a ir sin el abrigo. Los soportales estaban húmedos. Había llovido y el agua llenaba en forma de pequeños charcos el adoquinado de aquella calle ancha y medieval. Era una estampa muy bonita ver agua que no se volvía hielo. Todo bajo un cielo cuyas nubes se iban abriendo dejando un tímido color azul, pero bueno, algo era algo. Recordé Possad, cuando a aquella hora ya empezaba a anochecer y en media hora la oscuridad era total. Mi mente viajó al momento que maté a un ruso de una puñalada. Mi machete entró por debajo de una costilla. Lo oí gemir, un gorgoteo al hablar. Me decía algo en ruso mientras se desangraba, pero no lo entendí. Di un respingo. El páter del hospital, un cura castrense de los de vieja escuela, me dijo con aquel acento suyo del centro de Álava que evitara pensar en esas cosas, que no me mortificara con ese sufrimiento que no hacía bien a nadie. Saqué un cigarrillo. Al menos fumar tampoco hacía mal.

Apoyado en la columna de piedra de aquel soportal, era como estar en Madrid viendo la vida pasar. Un viejo caminaba por la calzada. No pasaban muchos coches, pero podían atropellarlo. Era un hombre sesentón, sus movimientos eran torpes, era cojo. Un Volkswagen con dos soldados alemanes pasó muy cerca de él, tanto que se me escapó un «¡ay!«. El viejo me miró como si tal cosa, para sonreír al ver el escudo rojo y gualda que tenía en el

brazo. Se llevó un dedo a su brazo como si tuviera un escudo y dijo «*spanu*». Lo miré con sorpresa, asentí. Llevaba una estrella amarilla en su chaqueta de campesino que viene a la ciudad. Me recordó al tío Javier, hermano de mi padre. Esa expresión de hombre pegado a su huerta, que parece que ha brotado de ella como las cosas que planta, el pantalón atado con una cuerda y la gruesa tela negra. Lo miré alejarse, diligente, con su paso quebrado por una pierna más corta que la otra. Aquel hombre no podía ir por la acera porque era judío. Lo tenía totalmente prohibido al igual que montones de cosas. Vi pasar un Mercedes blindado con algún preboste cabeza cuadrada. Estúpidos *doiches*... Si los españoles dirigiéramos esta guerra, ya tendríamos a millones de rusos, letones, lituanos, estonios, ucranianos, polacos luchando contra el comunismo, incluso a los judíos. Los españoles siempre hemos sido pragmáticos a la hora de buscar a los enemigos de nuestros enemigos para ir a la guerra.

De la esquina de enfrente la vi aparecer. Era la primera vez que la veía sin el enorme delantal que le cubría de blanco el cuerpo. Lucía el uniforme verde oliva, la falda recta hasta por debajo de las rodillas, el cinturón de cuero marrón claro con la hebilla militar y la guerrera entallada marcando la esbeltez de su cuerpo. Sin duda alguna, a nadie que conocía le quedaba de la misma manera el uniforme. Ella caminaba por la acera sin reparar en mí. Yo allí quieto sin atreverme ni a respirar, temeroso de su reacción.

—Hola —dije de forma nerviosa.

Había cruzado la calle para colocarme tras ella, intentando simular un encuentro casual. Ella giró la cabeza, con esa expresión que ponemos todos al pensar «a mí no es». Al verme fijó la mirada y dejó de andar. Yo sonreí.

—¡Hola! —Se me acercó sonriendo. Sus ojos brillaban. La imagen de que pusiera cara de indiferencia o peor aún de fastidio se quedó en mis pesadillas—. ¿Qué haces en Riga todavía? Te imaginaba en el frente.

—¡Qué va!, me destinaron al Parque Móvil —dije con sonrisa boba—, así que, bueno, una temporada por la ciudad.

—¡Qué bueno! —dijo iluminando su rostro con un optimismo sincero—. Me extrañó no verte cuando te dieron el alta, que no vinieras a despedirte. Desapareciste. —Sonaba a cariñoso reproche.

—Bueno, es que me llevé un susto cuando me dijeron que me presentara en Capitanía —dije con un sentimiento de culpa—. Después todo muy rápido. Nuevo destino, nuevos jefes.

—Pensé que era un... —dijo mientras continuaba caminando. Yo a su

lado la seguía—. ¿Cómo dicen ustedes?, ¿si te he visto, no me acuerdo?

—No, mujer... Si llevo con ganas de verte desde anteayer —intenté no parecer muy desesperado— para contártelo.

—¿Y qué vas a hacer en ese Parque Móvil?

—Pues chófer de los peces gordos —añadí con vergüenza—. No es que vaya a cubrirme de gloria con eso, pero... órdenes son órdenes.

—No seas tonto —dijo rápidamente—, cualquier cosa es mejor que el frente. Casi mueres. Ya has arriesgado y dado muchísimo más de lo que te pueden exigir. Así que no sientas que debes algo.

—Ya, pero es que a otros sí los han mandado nada más darles el alta.

—Sí, mala suerte —dijo poniéndose seria—. Y otros volverán a España con el cuerpo quemado, mutilados, con enfermedades que no se curarán nunca... y otros no volverán. Así que siéntete feliz por tu buena suerte.

—Si estoy contento, no te digo que no —añadí para evitar que pensara que era un escaqueado que se refugiaba tras un volante para no ir a la guerra—. Aunque no vine a Rusia para esconderme, no soy un cobarde.

—Eso no hace falta que me lo jures —dijo con una sonrisa señalando con la cabeza hacia las medallas de mi guerrera.

Yo me puse colorado como un tomate. Me las había puesto todas, no con la idea de que ella las viera, sino por esa moda que tenían los alemanes de llevarlas a todas horas. Pero se me había pasado, no era consciente de que estaban allí.

—Bueno... —dije como un niño que es pillado con la mano en el pastel recién hecho—. Es que como los alemanes tienen la costumbre de llevarlas puestas.

—¡Claro que sí! Además, son tuyas. No entendería que no te las pusieras.

Yo me sentía muy cómodo con aquella conversación intrascendente. Caminábamos por las calles empedradas del centro de Riga. Aunque estaba claro que yo quería simplemente acompañarla a su casa, no esperaba nada más.

—Santiago —dijo ella con un gesto con el brazo señalando una calle sin salida que ascendía en una cuesta hasta lo que parecía un patio de un antiguo castillo en el que, con el tiempo, los muros hubieran sido substituidos por viejas factorías y almacenes. Un camión era cargado por dos fornidos letones con cajas que salían de un muelle de carga justo enfrente de la puerta que ella indicaba. Una puerta pintada en verde, con una escalera de cuatro escalones y

una barandilla de madera—, esa es mi casa.



—¿Tuya sola? —dije sorprendido.

La mayoría de las enfermeras de la división vivían en la residencia militar, y aunque algunas habían obtenido permisos para vivir fuera de los cuarteles, compartían piso.

—No —rio estirando la o—, ya quisiera yo. Mis caseros viven en el piso de arriba. Los Rothko, un matrimonio mayor. Apenas los veo, así que son ideales.

Le devolví la sonrisa.

—Úrsula —dije mirando el reloj de muñeca que me había regalado mi padre—, ¿te apetece tomar algo? ¿Un helado o un té? —pregunté nervioso temiendo que me dijera que no—. Hay un sitio por donde vinimos...

—Bueno... —dijo ella con una expresión de duda que se me hizo larguísima—, hoy estoy cansadísima, pero si me dejas subir a mi casa y cambiarme, voy encantada. Es que no quiero ir con este uniforme, que parece que voy a tomarle las pulsaciones a alguien.

—Sí, por supuesto —dije rebosando de alegría—, te espero.

Tardó más de media hora, pero cuando bajó me pareció otra mujer. Con un traje gris oscuro, discreto pero elegante, lucía distinta a todas las que yo conocía hasta ahora. Estaba claro que en Madrid había visto a mujeres parecidas, con mucha clase, distinguidas, pero ninguna vivía en casas modestas como aquella y mucho menos salían con un tipo de medio pelo como yo.

La miré embobado, sonreí y ella me devolvió la sonrisa. Juré en ese momento que halagada por mi expresión, pero supuse que estaría más que acostumbrada a las miradas de fascinación por parte de los hombres.

La noche era fría y oscura, las farolas daban una luz blanquecina que apenas alumbraba más allá de la propia bombilla. Volvía al cuartel, saboreando la cerveza negra, las tartaletas de patatas y zanahoria que estaban sorprendentemente sabrosas y un postre de hojaldre con una fruta roja que no supe identificar. Pero todo aquello me resultaba indiferente. Mi cabeza bullía de imágenes de Úrsula, de cómo había elegido aquella bodega con grandes barriles de cerveza en las paredes, muebles de madera labrada. Cómo pidió lo que comimos, con una soltura, una independencia que me maravilló. Me dijo que sabía algo de letón, aunque a mí me pareció mucho más que algo. Me contó su afición por la lectura. Sacaba libros en la biblioteca pública. Me sorprendía la cantidad de escritores y títulos de libros que había leído, incluso

era capaz de citarlos y comentarlos de manera certera. Me di cuenta de que era más leída que yo. A pesar de que yo leía todo lo que caía en mis manos, ella me superaba. Me habló sobre las cosas que había descubierto de Riga. Yo le hablé de España, país del que me dijo apenas conocía más allá de fragmentos en los noticiarios del cine y unas imágenes de toreros, flamencas y Don Quijote cargando contra los molinos en un libro de texto. Hice un mapa en un trozo de papel para indicarle dónde estaba Tenerife. Me sorprendió que supiera dónde estaban las Canarias. De niña adoraba mirar el globo terráqueo que tenía su padre en el despacho. Rio como una loca con las cosas que le conté de mi pueblo, algunas muy exageradas y otras no tanto. Reía de forma muy divertida, dando con la mano en la mesa para llevársela a la boca.

Cuando salimos, anocheceía. Se abrochó la chaqueta de su traje, parecía una actriz americana, pero no supe cuál. La acompañé hasta su casa. Reía mientras yo estiraba las anécdotas. Nos despedimos con un «hasta mañana» que me llenó de alegría. Adoré que no me preguntara por nada de la guerra, yo tampoco lo hice de cosas que me intrigaban de ella. Supuse que ya habría tiempo.

Al entrar en los barracones ya habían tocado silencio, pero mis galones de cabo y mis funciones de chofer hicieron que el imaginaria no hiciera preguntas. En la camareta que compartía con seis soldados, a los que apenas conocía, todos dormían. Me desnudé para meterme rápidamente entre las mantas. Era una noche fría. Estuve despierto un buen rato, Úrsula en mi mente y el recuerdo imborrable de aquella noche. Quería volver a verla y, por mí, que le dieran a la guerra.

Llevaba diez días de chófer llevando a fulanos de un sitio a otro. Que si recoge a no sé quién en no sé dónde, que si llévalo donde las quimbambas, que no hace falta que lo esperes, que sí, que a este hay que esperarlo, que si se puede usted ir ya, que vuelva a las cinco, a las siete, a las dos de la madrugada, que si búscalos en un bar donde está borracho, que si llévalo al bar donde lo dejaste... Y así todo el tiempo. Mientras tanto hacía mi labor de espía, que consistía en rellenar un cuaderno con la ruta y a quien llevaba. Si Melián, Gutiérrez, Álvarez y toda la panda del SIM pensaban que los mandos a los que llevaba de aquí para allá iban a ponerse a hablar delante de mí lo llevaban claro. Es cierto que hablaban entre ellos, pero no era más que cháchara y banalidades. Que si la guerra se ganaría a finales de año, que si las mujeres letonas, que si esto y lo otro. Pero estaba claro que no contaban

secretos de Estado delante de mí.

A mí todo aquello me daba igual. Llevaba diez días viéndome todas las tardes con Úrsula, tardes de paseos entre chubascos y charcos en aquella ciudad de piedra con aquel río que veíamos bajar embravecido. El clima mejoraba y los ratos de cielo azul eran cada vez más largos. Ella resplandecía como una de esas joyas de oro viejo que se ven en los museos. Yo me sentía el hombre más feliz de la tierra.

Me había dicho que la esperara por fuera de la biblioteca pública, en un bar que estaba enfrente llamado Bendiks, al que solíamos ir por su excelente café. No sabíamos a quién sobornaban para tener aquel café, pero en ningún sitio de toda Riga se conseguía tan bueno. Yo la esperaba allí desde hacía casi una hora. Había llegado demasiado pronto, así que ya iba por el tercer café cuando la vi aparecer. Llevaba un sencillo traje color beige, su pelo marrón le caía como una cascada sobre los hombros y sus ojos sonrieron al verme.

Se acercó a la mesa. Qué guapa estaba. En la mano llevaba unos libros que había cogido en la biblioteca. Ver esos libros me dio una sensación de temor momentáneo, como si me aguaran la fiesta que tenía pensada. Ella se sentó. Un gordo muy simpático, que ejercía de camarero y al que yo llamaba Bendiks como el nombre del negocio sin saber si se llamaba así o no, se acercó para ver lo que quería.

—Un café con un poco de leche —dijo ella en letón.

El hombre sonrió y se marchó diligente. Habíamos estado allí casi todos los días.

—Hablas muy bien el letón, cada día mejor. —Sonreí.

—Adulador —dijo ella con un tono de burla cariñosa—, pero el español me cuesta.

—¡Qué va! —dije con sinceridad—. Te he oído y cada vez lo hablas mejor.

—Y lo hablaría perfectamente si tú me hablaras en español y no siempre en alemán.

—Es que yo quiero practicar el alemán. —Puse cara de pillo.

—Malo. —Rio.

Bendiks trajo el café con un poco de leche en una bandeja. Gesto de agradecimiento, sonrisa del letón. Ella no me dejaba invitarla, se enfadaba siempre que lo intentaba. Así que di un sorbo a mi café negro que se enfriaba, para esperar que el camarero con cara de bonachón se fuera.

—¿Y qué tal hoy de chófer? —dijo ella mirándome con interés.

Yo saqué del bolsillo de mi guerrera un regalo que me había agenciado. Tinto, uno de los chicos del parque móvil que era un manitas a la hora de conseguir cosas, me lo había conseguido por tres cartones de tabaco. Lo había empaquetado en un papel de regalo de color salmón, y allí estaba sobre la mesa.

—Para ti —dije tímidamente.

—¿Un regalo? ¿Para mí? —dijo con sorpresa, aunque no sé si había acertado haciéndole un regalo—. No debiste haberte molestado. Ya sabes lo que pienso de regalos, invitaciones.

Lo desenvolvió con parsimonia, casi con desdén, y yo quería que la tierra me tragase. Se quedó callada. Esta vez en su cara había asombro, una sorpresa absoluta. Miraba mi regalo como si fuera un tótem sagrado.

—Espero que te guste.

Ella acarició el libro, el lomo de la novela, la portada forrada en piel con letras grabadas en negro. *Fortunata und Jacinta*. Benito Pérez Galdós. Lo abrió para pasear los ojos por las páginas de pulcra imprenta. En la primera página en blanco leyó la dedicatoria que le escribí tras mucho pensármelo: «Para el sol de mis días y la luna de mis noches. Santiago». Cerró el libro y de una manera casi inconsciente se lo llevó a su regazo, casi como si lo abrazara.

—Ni un perfume, ni una caja de bombones... —dijo para sí.

—¿No te gusta? —dije al borde del pánico.

—No cambiaría este regalo por todos los estúpidos perfumes de Francia.

—Menos mal —dije suspirando—. Pensaba que había metido la pata hasta el fondo.

—No —dijo mirándolo de una manera sorprendida como si no estuviera allí, para después mirarme de la misma manera a mí—, no has metido la pata, al contrario.

—Es un autor español de los mejores y el libro está en alemán para que lo entiendas mejor.

Ella no dijo nada, solo lo miraba y me miraba otra vez a mí. Hasta que nos bebimos el café y ella quiso que saliéramos a pasear. Las ventanas de la cafetería mostraban un atardecer muy bonito fuera que nos llamaba a disfrutarlo por la orilla de aquel río. Y eso hicimos.

—Me has regalado un libro —dijo ella rompiendo el silencio, con aquel cielo naranja reflejándose en su piel, tornasolando sus ojos, tiñendo su pelo

que se movía con la brisa de aquella tarde de primavera, en medio de la alameda de puentes colgantes en aquella ciudad del este de Europa.

—Es que sé que te gustan —le dije como un tonto que habla de obviedades.

Ella me besó. No fui yo quien tomó la iniciativa, fue ella la que lo hizo. Un beso cálido, lleno de cariño. Era la primera vez que nos besábamos desde aquella noche en el hospital. Noté sus labios acariciar los míos, su lengua buscar la mía. La abracé y ella me abrazó a mí. No sé cuánto duró aquello, pero cuando volvió a abrir los ojos para mirarme de nuevo, me pasó el brazo por la cintura, yo por la suya, se acurrucó sobre mi pecho y caminamos por aquella ciudad que a mí me parecía la ciudad más maravillosa de este mundo.

No sé qué fibra toqué en aquella mujer llena de misterios y secretos que, inocente de mí, pensaba que podría descifrar, pero agradecí a todos los santos haber tocado esa tecla, poder vivir aquel sueño en el que estaba viviendo y que, también inocentemente, pensaba que duraría.

Tres altos mandos alemanes cotorreaban en el asiento trasero del Mercedes blindado. Yo circulaba a toda prisa por las afueras de Riga. Tenía que llevarlos a un sitio que se llamaba Drebuļi aizmugurē. Tenía que ser un garito de los buenos, porque eran coroneles. No sé qué ingenio se traían entre manos, pero sus risas eran de haber trasegado rioja como para surtir a media compañía en una cena con mandos en la Comandancia y ahora los devolvía a sus casas. Pero no, me habían dado un papel con el nombrecito del sitio, como si yo conociera todos los tugurios de Riga. Ellos me iban dando instrucciones por señas, porque pensaban que no hablaba español, y yo pisaba el acelerador. Había quedado con Úrsula para ir a la ópera. Tenía dos entradas de gallinero para ver *Turandot* y por todos los santos que, por culpa de aquellos tres borrachos, iba a llegar tarde.

Cuando encontré el sitio, era una casa rodeada por un muro alto, con una verja de entrada que abrió un tipo alto vestido como un húsar napoleónico. Llegué con el coche sobre un camino de piedrecillas donde empezaba el jardín de la casa. Un sitio fino. Vi cómo salía una especie de valquiria medio desnuda y saludaba a los tres gerifaltes, que babeaban como cataratas mientras intentaban bajarse del coche.

Nada más bajar me dijeron un «*Auf Wiedersehen, Soldat*» y yo, acelerando el coche, respondí con galantería con un «a mamarla, borrachuzos» que ellos entenderían como la marcial despedida de un soldado español. Salí

de allí a todo lo que daba. Toqué la pita desde que vi al «húsar» de la entrada cerrando la verja y tuvo que darse prisa en abrir de nuevo porque no frené. «¡A mamarla tú también!», le chillé ante las maldiciones que gritaba. Me reí, miré el reloj, dejé de reír, era tarde.

Corrí como un loco con el coche y cuando lo dejé en el garaje, todavía más. La Casa de la Ópera de Riga estaba en una calle cercana a los cuarteles, pero se veía vacía. La puerta principal estaba cerrada. Un empleado de la taquilla me miraba desde el habitáculo con un cristal enrejado. Tenía una mirada curiosa y me acerqué sin saber cómo preguntarle lo que quería. Así que en alemán empecé con aquello de «perdón, quedé con una chica de pelo castaño, muy guapa...». El tipo me ignoraba intentando mirar algo en mi uniforme. «¡Claro! ¡La bandera!». Le mostré el emblema en el hombro.

—*Viens mirklis* —dijo con un gesto para que esperara. Buscó algo en un cajón que yo no veía y sacó un sobre color crema que tenía escrito «Santiago Durán». Me lo dio.

—¿La mujer está dentro? —dije en alemán mientras cogía el sobre y lo abría.

—*Ja* —dijo moviendo la cabeza afirmativamente.

Una entrada de color amarillo y una nota en un trozo de papel arrancado de algún sitio. «Santiago, mi impuntual español, tendrás que esperar a que haya un descanso o a que el conserje te deje entrar. Ya te echo de menos».

Leí aquella nota durante los cuarenta minutos que tuve que esperar allí fuera, viendo pasar los pocos vehículos militares y algún camión ocasional. Con el octavo cigarrillo en la boca, el taquillero me llamó para que fuera a una puerta que estaba abierta. Entre por allí cuando un timbre sonaba, subí unas escaleras, atravesé pasillos, vi a muchos trajeados, muchos capitostes, muchos de las SS y gente principal. Cuando llegué a una esquina de aquella gran herradura que era aquel teatro, subí unas escaleras anchas pero espartanas, sin alfombras, y accedí al gallinero.

De repente se puso oscuro. Un tipo de pelo cano, con levita de acomodador, me pidió la entrada, la rompió, me dio una parte y volvió a sus asuntos, pero al verme quieto en el sitio esperando a que me dijera dónde estaba mi asiento, se levantó de su taburete y soltando por lo bajo una maldición, enfocó su pequeña linterna hacia la única butaca vacía en la cuarta fila. Asentí y me fui hacia allí. En el escenario habían empezado a cantar el segundo acto. Tres tipos vestidos de chinos cantaban en un escenario que

parecía la fachada de una casa de campo.

Úrsula me miraba atravesar el pasillo. Me sonrió, con cara de «¡por fin!». Yo noté la sonrisa y pisé a varios para tropezar dos veces. Dije perdón varias veces, otras tantas me mandaron a callar y me pidieron que me sentara de una vez. «Tranquilos, que ya voy, hombre». Úrsula aguantaba la risa.

—Español loco —dijo con un susurro al que se le escapaba la risa—, calla o nos echarán.

Yo le di un beso y ella otro a mí. Intenté explicarle por qué había llegado tarde, pero otra vez algún amargado chistó para que me callara. Ella me puso el dedo en la boca aguantando la risa y sonrió diciéndome: «Después hablábamos». Miré el escenario. Había un decorado de un palacio chino y una multitud de gente, con una emperatriz en un trono.

Todos cantaban en italiano, así que de poco me iba enterando. No era como las zarzuelas que había visto en Madrid, pero tampoco me pareció aburrida. Los decorados, los trajes, todo era espectacular. Era la primera vez que iba a una ópera. El silencio, la concentración del público en los cantantes, los coros que desarrollaban la historia, pero lo más importante para mí estaba al lado mío, aquella berlinesa de ojos grandes y marrones que miraba con atención al escenario. Noté cómo su mano había buscado la mía para cogérmela con suavidad.

Cuando acabó el segundo acto, volvieron las luces y pude explicarle por qué había llegado tarde, y ella me explicó toda la historia de lo que estaba pasando, que Turandot era una princesa china malvada que ponía tres pruebas imposibles a los que querían su mano en matrimonio, pero que un día un joven guerrero las superó y tuvo que casarse con ella, aunque no quería. Me dijo que el desenlace no me lo contaba para que me quedara la intriga para el tercer acto. Yo sonreí. Hubiera preferido ir al cine, pero estaba contento donde estuviera ella.

—No solo es que me encanta la ópera —me dijo al oído cuando se apagaban las luces—, me gusta todavía más que hayas venido conmigo.

La vi emocionarse, incluso hasta llorar, con el final feliz de aquel dramón, secarse las lágrimas con uno de sus pañuelos. Estaba muy guapa haciendo pucheros. Le pasé el brazo por el hombro con afecto y la atraje hacia a mí.

—Es maravillosa esta obra —me dijo bajito, entre lágrimas, como justificándose.

Supé que nunca me olvidaría de aquel momento, y en mi mente de muchacho de veintiún años, mientras el coro cantaba aquello de «¡Oh sol, vida, eternidad! ¡La luz del mundo es el amor! ¡Ríe y canta en el sol, nuestra infinita felicidad! ¡Gloria a ti!», me imaginaba a aquella mujer casada conmigo, volviendo a aquel teatro cuando la pesadilla de la guerra hubiera pasado, para entre los dos recordar aquella noche mágica, aquella música, cómo todo el mundo miraba emocionado hacia el escenario. Pero en aquel momento, en el final de Turandot, yo la miraba a ella y ella me miraba a mí. Para nosotros no había nadie más.

Gutiérrez miraba con aburrimiento mis hojas de ruta en el libro de tapas rojas, fumaba un cigarrillo que olía a alcanfor. Me miró con aquellos ojos acuosos para decir con aquel acento tan familiar y la voz tan cascada:

—Cabo, tres semanas y no ha marcado ni un solo asterisco. —Dio una calada tan intensa que pensé que se fumaba el cigarro completo.

—Mi brigada, no hablan nada que pueda servir —dije poniendo cara de fatalidad.

—Está claro que los españoles no lo van a hacer, pero los que nos interesan son los alemanes. Esos son el premio gordo.

—Pues por ahora nada, mi brigada. O están callados, o hablan del tiempo, de lo bien que lo pasaban en Francia, del calor del norte de África, de mujeres, de cigarrillos, coñac... —Paré cuando hizo un gesto con la mano.

—Quiero que agudice los sentidos. —Intenté decir algo, pero me paró—. Verá, cabo, hay muchos movimientos en España y la cosa no está lo que se dice tranquila. No lo sabrá, pero las amenazas son constantes, no solo desde los anglosajones, sino desde los propios alemanes que quieren mover muchas sillas. Incluso, y para vergüenza de los que luchamos en la cruzada de Liberación, muchos viejos compañeros quieren hacer la guerra por su cuenta. —Lo miré con asombro. «¿Enemigos internos?».

—¿Los comunistas se han infiltrado?

—Ojalá fueran los comunistas —dijo con sorna—, pero no divaguemos. El servicio de Información quiere saber cómo está la División. Desde lo más alto se piden informes y cuando digo lo más alto, es lo altísimo —dijo estirando el brazo sobre su cabeza.

—Sí, mi brigada —dije entendiendo que se referiría a Franco.

—Pues eso, que esto es serio —dijo poniendo una carpeta azul sobre la mesa que no abrió—. Cabo, quiero que ponga las antenas y si no capta la



información, más vale que la sonsaque usted.

—¿A los generales? Mi Brigada, si saben que hablo alemán...

—A otros conductores, a otros soldados alemanes. Cuando esté de cigarrillos y merienda, en vez de tanta tontería, busque alguna confidencia, tire de la lengua. Siempre hay algún bocazas que lo cuenta todo. —Lo miraba sorprendido. Si los generales no decían ni mu, los soldados rasos desconfiaban de los españoles—. Quiero que busque una cosa concreta.

—¿Sí, mi brigada?

—Sabemos de muy buena tinta que hay uno de los nuestros, tal vez más de uno, que está pasando información a los alemanes sobre nuestros oficiales. Digamos que no es información sensible, pero queremos saber quién es el pajarito que canta y quién es el que lo escucha. Solo sabemos que los alemanes le han puesto el nombre en clave de Tiwaz. ¿Podrá estar atento a eso?

—Sí, mi brigada —dije con la sangre convirtiéndose en cubitos de hielo. «Miguel, eres un lumbreras», pensé.

—Por lo tanto, se va a centrar solo en alemanes del mando de la División. Si escucha lo de Tiwaz, pues es que el río está revuelto, y ya sabe...

Cuando me dejó ir, caminé rumbo al Mercedes. Tenía que llevar a un teniente coronel al Estado Mayor alemán. Mi cabeza estaba dando vueltas, tenía que buscar la manera de avisar a mi hermano. Su juegucito le podía costar la vida, la traición lo pondría frente a un pelotón de fusilamiento. ¿Pero cómo? No podía mandarle una carta, ni un telegrama, ni mucho menos un mensaje por la radio, todo estaba controlado por la censura. ¿Un mensaje en clave? Tal vez, pero él estaba en el frente. Es cierto que estaba tranquilo, apenas algunas escaramuzas contra los partisanos, pero Miguel no esperaría que le llegara esa carta en clave. «Seguro que la manda a paseo antes de leerla». Maldije a mi hermano y sus ocurrencias. Por la tarde, en el último trayecto para dejar el coche en el garaje, se me ocurrió la solución. ¿Querían información? Pues la tendrían, vaya que sí.

Escuchaba su respiración mucho más calmada que hacía una hora cuando me despertó murmurando entre sueños. Hablaba con un tal Yohann. Al principio pensé que lo llamaba, pero después noté que estaba hablando con él. La miré mientras dormía. Ahora estaba relajada, con el pelo revuelto, su rostro juvenil. ¿Qué edad tendría? Llevábamos saliendo desde hacía un mes, en una especie de noviazgo acelerado, casi desesperado, nada que ver con lo

que hubiéramos hecho en España. Allí la sensación de temporalidad, de intrascendencia, de brevedad, hacía que todo fuera rápido, fútil, que necesitáramos aprovecharlo. Úrsula convivía en el hospital con la muerte a diario, de la misma manera que yo lo hice en el frente, aunque de eso yo solo sabía de oídas, porque ella nunca me contaba nada de lo que vivía allí. Era como si fuera de mármol y todo aquel dolor, aquella muerte que se respiraba en un hospital militar en plena guerra, desapareciera cuando ella salía a la calle. Miré su rostro, sus párpados se tensaban, parecía que despertaba.

—Buenos días —le dije devolviéndole la sonrisa.

—Buenos días —dijo ella con un bostezo, mirando hacia la luz de la ventana de aquella habitación abuhardillada—. ¡Qué tarde es!

—Es la luz de último día de abril. No es tarde —miré el reloj—, son las diez menos cuarto.

—Casi nada —dijo poniendo su cabeza en mi pecho—, las diez de la mañana y nosotros aquí, en la cama.

—Es domingo y estamos de permiso —me encogí de hombros—. Que el mundo se pare hoy si es necesario.

—No, de eso nada —dijo divertida para sentarse en la cama. Miré su espalda. Se bajó de la cama para ir hacia el baño. Su cuerpo desnudo se movía delante de mí con naturalidad, sin pudor, ni teatralidad obscena, simplemente estaba desnuda. Yo miraba toda su belleza—. No vamos a estar todo el día encerrados aquí. Quiero ir al río.

—¿A las barcas?

—No, ni loca me subo en una de esas barcas con la corriente que hay —dijo desde el baño donde se oía correr agua.

—Menos mal —dije encendiendo un cigarrillo.

Cuando salió se secaba con una toalla. Yo la miraba como si fuera una pantalla de cine, un espectáculo que realmente no era para mí. Me sentía afortunado, pero al mismo tiempo distante. Era como si nada de aquello fuera real.

—Venga, lávate y vístete, que hace un día precioso —dijo mientras descorría la cortina de una de las dos ventanas de aquel apartamento.

—¿Qué edad tienes? —le dije mientras iba al baño.

—Veintitrés —dijo ella mientras se ponía las medias—. ¿Por?

—Solo por saber cosas de ti —dije desde el baño—, apenas sé nada.

Ella guardó silencio.

Fuimos a pasear por el río. Hacía calor. Ella se quitó su chaqueta y vi lo guapa que estaba con aquella blusa color marfil. Yo me quité la guerrera, mi camisa azul con las flechas y el yugo quedó a la vista. Nos sentamos bajo un árbol, en una porción de hierba que brotaba con fuerza.

—¿Esto es el símbolo de los nazis españoles? —dijo ella pasando el dedo por encima de las flechas.

—En realidad es el escudo de los Reyes Católicos.

—¿Los que mandaron a Colón a América?

—Sí, esos mismos. Pero José Antonio, el fundador de Falange, lo cogió como escudo.

—¿Pero son nazis?

—Sinceramente, nunca me leí mucho las obras de José Antonio, pero no lo son.

—¿No?

—Bueno, yo he visto a falangistas de los de verdad, y la División está llena, siendo amables y gentiles con los judíos.

—¿Amables?

—Sí, incluso defendiéndolos a tortas con los alemanes —dije mirando un barco con una pequeña chimenea pasar con varios niños en su barandilla—. En España no hay judíos. Cuando nosotros llegamos a Alemania, pensábamos que los judíos eran... bueno, gordos con verrugas, que usaban cadenas de oro, tenían cara de rata...

—¿Y llevaban maletines con el símbolo del dólar? —Nos reímos.

—Sí, cosas así —dije encogiendo los hombros mientras ella se recostaba estirando sus piernas, largas hasta el infinito—, pero después entramos en Polonia y en todas partes solo vemos a gente corriente, pobres campesinos, trabajadores, gente como nosotros. ¡Joder!, si podían ser gente de mi pueblo.

—¿Y?

—Pues si algo nos toca los mismísimos a los españoles es el abuso, y de eso los alemanes saben un montón. Perdona que te diga —temí molestarla—, pero cuando vemos cómo un tipo de ochenta kilos, metro noventa, armado con una metralleta, un rifle, un machete y casco, le da una patada una muchacha de quince años que va con su abuelo sin hacer daño a nadie, pues... —recordaba aquella escena— pues se nos pone un muro enfrente, ni alemán, ni leches. Eso no se hace y al abusador se le pone en su sitio.

—Pero son vuestros aliados —dijo ella mirándome con interés.

—Sí —dije con satisfacción— y no les queda otra que aguantarse y jorobarse. Que den gracias que no somos más.

—Sois todos unos bravucones. —Rio ella divertida, me acarició la mejilla con ternura y añadió con un tono de cariño y sensualidad—: español loco.

Nos besamos durante un rato hasta que ella me separó para decirme

—Tenemos que comer. Me muero de hambre.

Fuimos a un puesto donde una mujer nos sirvió dos arenques y una cerveza oscura como ala de cuervo. Volvimos a hablar de España y de mi vida antes de la guerra.

—¿Por qué viniste a Rusia?

—A vengar a mi hermano —le dije sin rodeos contándole todo.

—Pero no sabes dónde puede estar ese asesino.

—Mi hermano cree que podrá encontrarlo. —Me encogí de hombros mientras terminaba aquel pescado de sabor fuerte pero delicioso—. Yo me conformo con devolverles la visita a los comunistas, fastidiarlos en su propia casa.

Caminamos por las calles de Riga. Ella me guiaba. Era una ciudad de piedra, madera pintada, edificios de arcos, ladrillo naranja, como una pequeña y bonita ciudad alemana de provincias. Vimos cines con películas alemanas, pero ella no quiso entrar en ninguno. Las tiendas de ropa tenían los escaparates con modelos en sus maniqués y Úrsula los miraba con fascinación. Compramos chocolate caliente. Me manchó la nariz con los dedos llenos de aquel líquido sabroso y me dijo que era muy guapo.

Llegamos a un sitio que ella parecía conocer, una casa con un letrero que no entendí. Solo aparecía una placa dorada con el dibujo de una pareja bailando y en letras Madame Basāmkājām. Era en la segunda planta.

—Es una academia de baile —dijo mientras subíamos las escaleras de aquel edificio que mezclaba casas de particulares con lo que parecían despachos.

—¿Una academia?

—Tranquilo, es una academia, pero al mismo tiempo es una sala de baile. Ponen muy buena música, jazz americano, incluso cantantes alemanes prohibidos y Edith Piaff —dijo con un suspiro.

Era un sitio bonito, sencillo. Una sala enorme con el suelo forrado de madera, las paredes de espejos y una lámpara tipo de araña. Madame

Basāmkājām era una mujer de sesenta y tantos, con un turbante de seda y un traje de los años veinte, y se sentaba en un sillón rojo de respaldo alto como el trono de una vieja reina que vive en los restos del naufragio de su juventud. Tras ella un negro con un elegante esmoquin servía cocteles tras una pequeña barra de bar. En otro extremo, sobre un pequeño escenario, una mujer de una belleza enfermiza ponía discos en una gramola que, conectada a un altavoz, llenaba de música aquella sala. Alrededor de veinte parejas bailamos acompañados de la voz de Edith.

—¿Te gusta el sitio? —me dijo Úrsula al oído.

—Sí, me gusta —dije mirando alrededor mientras bailábamos tan pegados que solo la ropa nos separaba—. Es como tú, extraña, misteriosa y bellísima.

—Bobo —sonrió—, qué labia tienes —dijo apoyando la cabeza en mi pecho.

—Te quiero. —Casi se me escapó sin querer.

La música sonaba embriagadora en aquel ambiente decadente donde nadie conocía a nadie, donde parejas de todo tipo bailaban bajo la luz clara de las bombillas que se reflejaban en los espejos. Madame Basāmkājām se abanicaba con un elegante abanico. Yo sentía a Úrsula respirar, su calor, la firmeza de su cuerpo. La guerra no existía, ni el dolor, ni la muerte, solo ella, yo y nada más.

Su cuerpo sudoroso se relajaba sobre el mío. La ventana dejaba entrar la luz de la luna. Yo cogí un cigarrillo, lo encendí con fuerza. Ella no fumaba.

—No deberías fumar tanto —dijo ella besándome el pecho—. Dicen que es malo para la salud.

—Yo he oído que mata los gérmenes.

—¿A quién? —dijo ella mirándome con extrañeza.

—No sé... —sonreí con socarronería—, a un germen.

—Tonto —dijo ella riendo para besarme después.

—Úrsula —dije con una mezcla de decisión y duda—. ¿Vendrías a España conmigo?

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—No.... —dije mirándola fijamente—, es en serio.

—Pero...

—Pronto empezarán los relevos, yo podría pedirlo o incluso me podría tocar sin yo pedirlo. Ya están llegando mortadelas —así llamábamos a los

reemplazos—. Por ahora cubren a los muertos, pero pronto serán relevos de los que empezamos. En cualquier momento me dicen que recoja el petate y que vuelva a casa. ¿Vendrías conmigo a España?

—He visto a muchos en el hospital que les han dado la opción de volver, pero han firmado seguir aquí, en este infierno, antes que volver a su casa —dijo con un tono de incompreensión desesperada.

—Los entiendo, yo no volvería tampoco.

—Pero me acabas de decir... —dijo irguiéndose.

—Solo volvería si vinieras conmigo. Tú me atas más a esto que la propia guerra.

—¿Está usted seguro de todo eso, cabo? —me preguntó Gutiérrez en la tranquilidad espartana de su despacho.

—Eso es lo que los oí decir, mi brigada.

—¿Pero no escuchó la palabra «muerto» en algún momento?

—No, mi brigada.

—¿Quién lo nombró primero? —dijo mientras anotaba en una hoja de papel.

—El coronel, mi brigada.

—¡Me cago en diez, Durán! Los dos son coroneles.

—El viejo desdentado.

—Weiss —anotó—. ¿Ese dijo lo de que «la fuente de Tiwaz se había secado»?

—Sí, mi brigada.

—Y el otro, Weigand... ¿Fue el de «se quedó en Possad»?

—Sí, mi brigada, además de lo de...

—Ya —me cortó—, «españoles idiotas». Eso es lo de menos.

—Sí, mi brigada.

—Bueno, cabo, siga con los cinco sentidos puestos en esto. No abandonamos la búsqueda de Tiwaz. Si está vivo o muerto, seguimos en su búsqueda. ¿De acuerdo?

—Sí, mi brigada. —Me puse de pie en posición de firmes.

—Retírese.

Salí de allí para dar un suspiro de alivio por el pequeño pasillo que llevaba hasta el taller. Un guripa cubierto de aceite me miró un instante para después seguir a lo suyo. Me subí al Mercedes, que había sido lavado y pulido y brillaba como nuevo. Dentro olía a cuero. Ese día tocaba ir a buscar a unos

mandos en el aeródromo de Riga. Regulé el retrovisor, mi cara se reflejó en el espejo y me dije a mí mismo:

—Santiago, si llega a hacerte más preguntas, te coge la sarta de mentiras que le acabas de meter.

Dos Junkers estaban en el aeródromo, majestuosos, arcaicos, de líneas duras, pintura de camuflaje, como viejos dinosaurios voladores. Unos treinta mandos de todo tipo estaban de cháchara allí, supuse que contándose lo mucho que se habían ensuciado los pantalones del uniforme cada vez que alguien decía que le había parecido ver un caza ruso por la ventana.

Recogí a dos generales y a un coronel para llevarlos a la comandancia. Me tuve que bajar para abrirles la puerta, saludarlos y todo eso. Estos eran mandos españoles y ni media broma con ellos. Si llegan a ser alemanes, con un «suban que está abierta» iban arreglados. Cuando estaban dentro, cerré la puerta y lo vi entrando en otro de los coches que habían venido a recogerlos. Allí estaba de nuevo.

Aristocrático, risueño, pelo cortado al cepillo, sus ojos claros parecían brillar, ¿o eran imaginaciones mías? Pero brillaran o no, allí estaba Tobías Müller, al que había perdido de vista desde que lo vi en Possad de manejos con mi hermano, recolectando información sobre la División. Si estaba allí, si había vuelto de donde fuera que volviese, mi tapadera quedaba descubierta, porque sabía que yo hablaba alemán. Lo del «español tonto que no se entera de nada mientras los alemanes hablan» duraría hasta que me viera. Pero ¿y mis mentiras? Era quien llevaba lo de Tiwaz, y yo metiendo historias. ¿Y si la Inteligencia alemana estaba coordinada con la nuestra?, ¿y si este tipo era un agente del Servicio de Inteligencia Militar? ¿Y si era un agente doble como en aquella película de Alfredo Mayo? ¿Y si todo era una tapadera para trincarme a mí metiendo mentiras? De esta acababa en el Castillo a pan y agua. Estaba paranoico.

La música sonaba animada, un gramófono emitía jazz en aquel bar de un pueblo a cien kilómetros de Riga. Hacía calor de mayo, las enredaderas cuajadas de flores y hojas verdes daban una sensación de cuento irreal. Úrsula y yo bailábamos aquella cadencia sensual que era el jazz de aquellos tiempos. Los nazis odiaban aquella música, pero todo el mundo la oía, la bailaba, la sentía, a pesar de que simplemente tener los discos podía meter en un problema al propietario. Pero allí estábamos unas treinta personas bebiendo cerveza, comiendo salchichas y bailando con aquellos discos. Incluso había

dos tenientes de la Wehrmacht con sus respectivas mujeres disfrutando la tarde.

—Es increíble que haya una guerra ahora mismo —le dije a Úrsula cuando una canción pausada me permitió abrazarla por la cadera para bailar pegados.

—No hables de eso —dijo ella con aquellos ojos marrones. Estaba sudorosa y cargada de sensualidad.

—Somos muy afortunados.

—Pues disfrutemos porque no durará —dijo terminando con un beso en mis labios.

—¿No durará?

—¿Tú has visto que la felicidad dure? —Volvió a besarme—. La guerra nos atraparé tarde o temprano.

—Y dices que los españoles somos unos dramáticos. —La besé.

—Y lo sois —me besó—, estáis todo el día hablando de lo mal que van a ir las cosas, como preparándoos. Creo que os encanta eso de «ya lo decía yo» o «¡mejor, y así se acaba todo esto de una vez!».

—Nos tienes calados. —Me reí para besarle el cuello.

—Nosotros sabemos que las desgracias acaban llegando, pero vivimos el momento y cuando lleguen pues llegaron. Ustedes cuando llegan las desgracias sois rebeldes contra ellas, aunque no podáis hacer nada.

—¿Fuiste a la universidad?

—¿Por?

—Hablas muy bien y eres una chica culta.

—Bueno... —dijo pensativa, midiendo las palabras—, estudié medicina. No la terminé —dijo moviendo sus caderas al ritmo de la nueva canción—. Los nazis prohibieron que las mujeres estudiáramos medicina y cualquier cosa, así que me quedé como enfermera.

La música se animó, bailamos separados hasta que volvimos a la mesa. Tomamos dos cervezas tostadas y unos bollos rellenos de carne picada. El pequeño lago resplandecía bajo aquel sol. Úrsula era la imagen de la primavera, como aquellos dibujos que aparecían en las cajas de chocolate elegante.

—¿Has pensado lo que te dije?

—¿En ir a España contigo?

—Sí —dije bebiendo un trago largo de cerveza. Habíamos ido hasta allí



en un pequeño Kubelwagen de color azul grisáceo que había cogido prestado en los talleres, pero no estaba borracho para no poder conducir.

—¿Y cambiar a Hitler por Franco?

—Bueno, no es lo mismo —dije mordisqueando el bollo—, allí hay paz. Podríamos esperar en Madrid a que terminara esta guerra y después dar el salto a otro sitio.

—¿Por ejemplo? Por favor, no me digas Alemania.

—Qué va —dije sonriendo—. Argentina, Venezuela, Cuba... No sé, la gente se marcha allí a buscar trabajo.

—¿Y América?

—¿Estados Unidos? —En la vida hubiera pensado en Estados Unidos—. Sí, claro que sí.

—Yo en Nueva York con un guapo español cogida del brazo por la Quinta Avenida. —Puso cara de estrella de Hollywood.

—¡Ah! ¡Conque quieres dejarme por un guapo nada más llegar! —Puse voz de intrigante. Ella rio.

—Bailemos un rato antes de volver. No quiero que se nos haga de noche en la carretera. —Tiró de mi manga. La seguí.

—Pero dime, ¿qué dirías?

—No sé, no quiero pensar en eso. Cuando tengas la posibilidad real de volver a España... Cuando tu *mortadela* —sonrió divertida— esté a punto de ocupar tu puesto y a ti te queden días lo hablamos muy en serio y estaré encantada de estar contigo, pero solo cuando eso sea posible.

—Te quiero, Úrsula. —Se me volvía a escapar, pero es que casi me había dicho que sí.

—Y yo a ti también, Santiago. —Me quedé parado. Eso sí que no me lo esperaba, y menos tan seguido con lo otro. Ella me cerró la boca—. Vamos a bailar, que en dos canciones nos vamos.

Asentí y bailamos.

Aquella semana había sido una fatalidad, toda sin pausa. Gutiérrez me había colocado servicios nocturnos para llevar a gerifaltes a ver a sus queridas, a casas de putas, a fiestas nocturnas en sitios carísimos, y esperar en todos ellos. En mala hora me había inventado nada de lo de que Tiwaz estaba muerto. Ahora estaban como locos para que averiguara quién era el alemán que lo había contactado. Pues ahora no pensaba decir ni esta boca es mía. Si les decía que era Müller, no solo caería mi mascarada, sino también la de mi

hermano y todo el circo completo. Podría contarle cómo los generales, coroneles y comandantes le tenían un odio africano a Hitler, creo que más que los comunistas. Los oía ridiculizar a un tal Grofaz, que nombraban mucho, hasta que me di cuenta de que así llamaban a Hitler. Eso eran los militares del ejército, a los SS nunca los llevé a ningún sitio, pero sí que se oían bravuconadas del tipo «algún día sacó la pistola y allí mismo despacho al cabo de mierda ese» y así. Pero yo, callada la boca y a ver cómo salía de esta, me llegaba el relevo y para casa con Úrsula.

La tarde del viernes salí del garaje directo a verla, llevaba desde el domingo sin saber nada de ella, ni siquiera de lejos, nada de nada. También yo había estado liadísimo. Era quince de mayo, salí con la guerrera abierta, caminaba con la música de jazz resonando en mi cabeza, bailoteaba, silbaba, unos SS por la acera, me miraron con desdén, no soportaban como llevábamos el uniforme, cuando estábamos de permiso. Yo les sonreí, añadiendo un cariñoso saludo con la mano.

—A la mierda, *cabezas cuadradas*. —No me entendieron y pusieron más cara de asco que la que habitualmente tenían. Siempre he pensado que en algún lugar del mundo hay un amargado fanático muriéndose de la rabia porque piensa que hay gente que está siendo feliz en ese momento.

Una decena de camiones llenos de *mortadelas* pasaron por la avenida, los saludé con la mano y grité: «¡Bienvenidos a Riga!». Respondieron con jolgorio. Muchos eran unos pipiolos, pero otros de novatos no tenían nada, ya que llegaban muchos legionarios, regulares y veteranos de la guerra civil, que se habían quedado fuera en la primera leva de divisionarios. Pasé por delante de un grupo de una veintena de muchachos que volvían a casa, los saludé, aunque no los conocía, pero les deseé un buen regreso. Vi pesar en sus ojos, que me miraban con ese sentimiento de volver dejando las cosas a medio hacer. «No se os puede pedir más. ¡La cabeza bien alta!».

—Santiago —dijo una voz en el grupo.

Miré con curiosidad. Era Carrasco, que me llamaba. Estaba en una silla de ruedas con la guerrera llena de medallas, la gorra ladeada en plan señorito y la camisa azul asomando por el cuello abierto. Lo vi mucho mejor, buen color incluso tostado por el sol letón de mayo.

—¡Qué bien te veo!

Me dijo que los llevarían en tren hasta Berlín, que pasarían allí dos noches para subir a uno hasta París, donde harían trasbordo hasta la frontera, y

después Madrid. Charlamos un buen rato. Me contó que sus padres y sus hermanos lo estarían esperando, les había escrito para decirles que volvería en una silla de ruedas, no quería que se asustaran y ellos le habían respondido con una carta muy cariñosa donde le decían que lo querían en casa de todas maneras. Me la enseñó y se emocionó, su voz se quebraba cuando me señalaba quiénes eran sus hermanos en la foto con su padre, un hombre delgado de un bigote grueso y su madre una mujer de chal negro. Podían haber sido los míos.

—Cuando vuelvas, pasa por Albacete y te llevó a los toros —dijo mientras el autobús que los llevaría a la estación paraba junto al grupo, abría las puertas y un cabo leía los nombres de los allí presentes que subían por orden de llamada—. Da recuerdos a los chicos, saluda a Carballo, a Voluntario, a Madriles, a Villa... —perdía la voz para aguantar las lágrimas—. A todos.

Estuve allí hasta que el autobús se alejó. Continué mi camino, pero esta vez más tranquilo, con pesar por Carrasco, que volvía a España lisiado pero al menos volvía, otros no podían decir lo mismo. En España había familias que desearían que sus hijos, maridos, hermanos, nietos volvieran de la misma manera, pero no volverían, ni de esa ni de ninguna.

Absorto en mis pensamientos, llegué a casa de Úrsula. El callejón tranquilo, un hombre cerraba la puerta corrediza del almacén que había enfrente. Llamé a la puerta, no se oía nada, insistí. La ventana del piso superior se abrió y la casera, mitad en letón y mitad por señas, me dijo que Úrsula no estaba, añadió algo más pero no entendí nada. Me senté a esperar.

«¿Estaría de guardia?», pensé tras esperar una hora en aquel escalón de piedra. Caminé hasta el hospital, donde una enfermera de aspecto de matrioska rusa me dijo que Úrsula había terminado su turno a las cuatro de la tarde, que firmó la salida a las cuatro y media. Me señaló el hueco con su firma en el libro de turnos sobre el mostrador de recepción. Asentí.

—¿Dijo si iba a algún sitio o nombró algo cuando firmó?

—Chaval —dijo con un tono que me molestó—, a mí no me dan parte o cuenta de lo que hacen, ni yo les pregunto ni ellas me dicen —dijo altanera para añadir— y esa, la alemana, menos.

La miré fijamente mientras una llamarada me recorría todo el cuerpo. Alta, regordeta, piel clara, ojos redondos de rata, sudorosa y gesto de desplante. No le dije nada, me di la vuelta.

—Estará buscando novio por ahí —remachó con la voz nasal de una

amargada.

Me fui. En este mundo hay gente que solo vive para emponzoñar todo lo que le rodea. Les da igual por qué lo hacen o a quién perjudican, es solo la pasión por hacerlo. Además, quería saber dónde estaba Úrsula, no estar de broncas con aquel adefesio.

Volví a su casa varias veces en ese fin de semana, pero no estaba. Era desesperante. El lunes volví al hospital. Esta vez una enfermera bajita, de piel morena, miró en los archivos para localizar una nota que me leyó en voz alta.

—Úrsula Schultz tiene permiso especial para ausentarse del servicio activo toda la semana y volverá a incorporarse, Dios mediante, el próximo lunes.

—¿Un permiso? —dije con un hilo de voz.

—Sí, eso parece —dijo ella con expresión de «¿qué quieres que te diga?», pero al ver que agaché la cabeza pensativa, no sé si le di pena o qué —. Debe de ser un permiso especial del alto mando, porque se nota que es así, un imprevisto. Por supuesto que no está planificado, porque si lo llega estar se sabe con antelación.

—¿Y por qué suelen darse?

—No sé, por muchas razones —dijo con una expresión algo extraña—. Puede ser muerte de un familiar, necesidad de descanso, enfermedad, alguien que requiera sus servicios en otro sitio.

—¿Sabes qué puede haber sido?

—La verdad es que no. —Volvió a mirarme con la misma expresión—. Yo solo la conozco del turno, del trabajo en el hospital. Es buena trabajando, pero al hablar poco español y ser tan reservada, pues tampoco hay lo que se dice amistad como para saber detalles de ella. Solo sabía que era alemana, que era enfermera e intérprete, y que estaba muy recomendada.

—¿Muy recomendada?

—Bueno, de España no salió. Llevábamos dos meses en el hospital de Porjov cuando ella se incorporó, después nos trasladaron aquí. Al principio nos quejamos, porque una intérprete al menos tenía que hablar español —hizo un gesto de pesar—. ¿Qué sentido tiene una intérprete que no sepa hablar en el idioma que tiene que traducir?

—Ya.

—Pero nos dijeron que venía recomendada por el alto mando —cejas arriba—, así que no había nada que hacer.

—¿Supieron quién la recomendaba? —La intriga me mataba.

—Qué va, y como no lo dijera ella...

Me despedí de la enfermera y salí a la calle, me subí en el Mercedes que había dejado junto a la acera. Tenía que ir a una plaza a buscar a un general para llevarlo a almorzar con el embajador en un hotel. El mundo se me venía encima.

Aquel sábado se me hacía eterno, quedaba todavía el domingo para que ella volviera el lunes, no había sabido nada en toda la semana. Había estado todo el tiempo en mi catre en el cuartel, leyendo libros que sacaba en la pequeña biblioteca que habían organizado dos falangistas. Apenas había pisado la cantina y menos salir por Riga, solo de chófer por supuesto.

Estaba esperando a que un coronel alemán recogiera a su querida en el hotel más lujoso de Riga. Celia Giménez en Radio Berlín contaba el hundimiento del HMS Trinidad en Noruega por aviones de la Luftwaffe, para después dar paso a canciones dedicadas. Apagué la radio cuando vi salir al alemán con su gachí, una rubia con unas piernas largas de toma pan y moja. Cuando subió me dio un papel con una dirección en el centro de Riga. Pues los llevé mientras se metían mano en el asiento como si yo no existiera. Era un restaurante de los caros. Se bajaron y el coronel me dijo con señas que esperara. Volví a poner Radio Berlín, donde sonaban canciones de Jorge Negrete.

Cuando salieron del restaurante, volví a apagar la radio. Esta vez al abrir la puerta estaban acompañados, otro coronel con su respectiva amante. Subieron los cuatro y el nuevo me dijo la dirección en un español malísimo. Lo miré callado, no me creía lo que acababa de oír. Él sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno y garabateó lo que me había dicho para ponerlo en mi cara. Olía el vino en su aliento. Asentí.

Conduje con la cabeza dándome vueltas, miré por el retrovisor hacia el asiento de atrás. No eran tipos viejos, tal vez cuarenta y cinco o cincuenta años. Ellas eran jóvenes, veintitantos, guapas. Todos reían, iban a terminar la fiesta. La ciudad brillaba, la guerra quedaba tan lejos. Giré para coger la avenida. Fui frenando cuando uno de aquellos imbéciles me dijo que era por allí. Como si no lo supiera.

Frené para poder subir por el callejón empinado, que iba a dar al pequeño patio de un antiguo castillo convertido en almacenes frente a donde vivía Úrsula. Vi la casa, había luz, se oía música. Di la vuelta con el coche en

el pequeño patio para quedarme mirando hacia la puerta verde sobre los escalones de piedra, con los focos iluminando la fachada con estridencia. Los alemanes estaban dudosos de salir. Aquella puerta a la que yo había llamado tantas veces se abrió dejando ver la luz amarilla del interior. Una figura masculina se recortó en ella. Un hombre con bata de seda roja, pantalones negros y una copa de coñac en la mano les dijo:

—¡Bienvenidos, camaradas! —rio—. ¡Bajad, no necesitáis invitaciones! No seáis tímidos.

Ellos rieron y bajaron del coche.

—¡Tobías! —dijo uno de ellos—. Vimos esto tan oscuro que pensábamos que estábamos equivocados.

De repente quería que la Parrala dejara caer un bombardeo masivo sobre la ciudad, que a Tobías Müller se le borrara aquella sonrisa, pero sobre todo que cayera una de aquellas bombas sobre mí. Se dieron abrazos, besos y uno de los *cabezas cuadradas* se acercó para decirme en su español macarrónico que me podía marchar.

Puse la primera y pisé el acelerador despacio, como un autómatas, era como si no sintiera nada. Los *doiches* charlaban amistosamente. Müller no me había visto, la luz de los faros se lo impedía. Cotorreaba con ellos, no reparó en mí al pasar a su lado. Y entonces, cuando comenzaba a bajar la pendiente, por el retrovisor la vi salir por la puerta. Llevaba un vestido de fiesta, color rosa con esos cristales brillantes, una botella de champán en la mano y desde la puerta invitó a los otros a subir.

Dejé el coche en el garaje, pero no fui al cuartel, no podía encerrarme aquella noche, necesitaba entender algo de aquello. Caminé por las calles sin pensar en nada, solo quería saber qué había pasado. Me senté en un banco de piedra junto al río. Lo vi bajar con una fuerte corriente. Pensé en Úrsula con el pelo revuelto, la piel sudorosa, mirándome las veces que hicimos el amor. Me levanté cuando la humedad del río me hizo tiritar. Caminé hasta un bar con letrero de «abierto». Había dos prostitutas cogidas del brazo de dos alemanes de las SS. Ellos me miraron, los evité. Hoy no estaba para bromas, ellos llevaban armas y yo no. Pedí vodka, paré al quinto vaso.

El aire de la madrugada había refrescado bastante. Caminé inconscientemente hasta aquel callejón, lo miré desde la avenida. No sabía qué hacer, debí haberme ido al cuartel, pero no, no hice lo que debía y subí la pendiente.

Oculto en la oscuridad del voladizo que daba el almacén frente a aquella casa, me quedé quieto esperando no sabía muy bien qué, solo esperaba. Oía la música, las risas, las conversaciones. Me mortificó el silencio. Me escondí tras un pequeño murito cuando vi los faros de un coche. ¿Venían a buscarlos?

Un guripa con cara somnolienta se llevó a los dos coroneles con sus despeinadas queridas. Müller bajó a despedirlos, llevaba la bata desatada y se le veía el pecho desnudo. No se fue con ellos. Aquel malnacido solo los despidió para volver a entrar en la casa y cerró la puerta tras de él. Yo quedé allí en la oscuridad, el silencio mortificante, un pesar como nunca había sentido, los porqués repitiéndose en mi cabeza. No me movería hasta verla, solo quería mirarla a los ojos y que ella me mirara.

La noche se hizo más oscura, tanto que se quebró para ir poco a poco transformando su negro en azul oscuro y de ahí al violeta, que pasó poco a poco al añil. Oí ruidos dentro. Se estaban levantando, el alemán tendría cosas que hacer. Esperaría a que se fuese y llamaría a la puerta. Me imaginé a Úrsula sorprendida, fingiendo lo que no era, contándome alguna mentira. No, de eso nada.

Toqué en la puerta como siempre lo hacía, con tranquilidad. Müller no me iba a ver enfadado, ni perdiendo los papeles. Si los perdía delante de él, sería para matarlo. Volví a tocar, oí que paraban de hablar, sonaba la radio que emitía noticias, oí pasos de unas elegantes botas de cuero negro hasta la puerta, que se abrió. Müller llevaba puestos los pantalones de su uniforme con las botas altas, la camisa con una servilleta anudada al cuello como un babero, estaba desayunando. Sus ojos glaucos me miraron con interés hasta que me reconoció y la expresión mudó a sorpresa. En el fondo de pie junto a una mesa puesta estaba Úrsula mirándome con su cara paralizada. No sé qué vi en su cara, pero yo no podía dejar de mirarla.

—Pero si es usted el español. ¿Cómo se llamaba...? Sí, hombre, Santiago. ¿Le han enviado a recogerme? —dijo Müller.

Yo no lo escuchaba, solo miraba a Úrsula intentando leer en su cara qué era todo aquello.

—¿Por qué? —dije mirándola. Ella no se movía, era como una bellísima estatua de una mujer en camisión.

—¿Por qué? ¿Qué? —dijo extrañado el alemán, que como un halcón comenzó a seguir mi mirada con la cabeza hasta la de Úrsula. Repitió el movimiento de cabeza dos veces y puso cara de diversión. Sin duda lo

entendió todo, hizo el gesto de cerrar la puerta—. Lo siento, hijo, siento desilusionarte, pero te tienes que ir. Ahora ni la señorita ni yo podemos atenderte.

Seguí inmóvil, apenas le escuchaba hasta que noté cómo su mano ejercía presión sobre mi pecho, me estaba empujando suavemente para poder cerrar la puerta. Miré su mano, delgada, fina, con la manicura hecha hace poco, sobre mi guerrera. En ese momento debió caerme un rayo y matarme, pero no me cayó. Levanté el brazo con rapidez, lo cogí por el cuello de la camisa y lo estampé contra la pared del pasillo. Se movió como un muñeco de guiñol para dar con la cara en aquella pared pintada. Fue un golpe seco que le hizo irse al suelo violentamente para quedarse sentado. Úrsula dio un chillido. Presa del pánico, corrió hacia el alemán, que sangraba por la nariz.

—¡Vete! ¡Vete! —me gritó ayudando al tipo a levantarse con la cabeza hacia atrás.

La miré para ver sus ojos encolerizados. Di un paso hacia atrás para salir del quicio de la puerta. Ella la cerró de un manotazo. Yo sabía que me había metido en un lío tremendo. Pegar a un mando podía llevarme al paredón, pero en aquel instante me sentía tan vacío que me hubiera dado igual. Pensé incluso en desertar, solo fue un instante. Al final volví al cuartel.

Taciturno, me fui a la cantina, saqué todas las cartas de casa que tenía sin abrir, las respondería mientras esperaba a que viniera la Guardia Civil a buscarme, porque aquello no iba a quedar así. Eso seguro. Me torturaba la imagen de Úrsula con los ojos llenos de rabia, saber que era la querida del jodido alemán ese, hacía que no pudiera concentrarme en otra cosa. Las cartas se quedaron sin responder y toda mi vida se redujo a silencios.

El viernes no había aparecido nadie, ni Guardia Civil, ni la Feldgendarmerie, ni la Gestapo, ni el sursuncorda. Aunque los alemanes sabían que a un divisionario no podían ni tocarlo, estaba claro que siempre podía haber un listillo. El lunes dejé de preocuparme por una detención. Estas cosas se hacían en el momento, así que Müller no me echaría a los perros, pero eso no arreglaba el dolor que sentía cada vez que pensaba en Úrsula, y eso pasaba constantemente, era como una fiebre que no me dejaba vivir ni descansar, un martirio que me llevó a desear la detención solo para que rompiera la monotonía de aquellos días sin saber nada de ella. Como un obseso planificaba posibles excusas para buscar encontrarme con ella. No lo hice. Permanecí fiel a las rutas que me mandaron y nada más. Pero no duró



mucho, tenía que verla.

Me presenté en el hospital aquella mañana de sábado. Mi servicio como chófer empezaría al mediodía, pero estaba decidido a verla de cualquier manera, aunque fuera para que me maldijera. El silencio me mortificaba más que su posible desprecio. Así que entré directo, sin preguntar por nadie ni pararme en la recepción. Subí a la planta general para ir a la oficina que tenían las enfermeras. Andaría rápido, no quería ni saludos de nadie ni estar respondiendo preguntas. No hizo falta. Me la encontré en el cuarto de la ropa blanca. Estaba sola en aquella pequeña habitación atestada de estanterías llenas de sábanas y mantas hasta el techo.

No creo que haya sentido algo tan cortante como aquella mirada. Sus ojos eran dos carbones, duros, negros y encendidos. Su cara, una máscara llena de dureza e ira. Sentí ganas de irme, pero ya había llegado hasta allí, ella me había visto, no podía salir corriendo, así que me acerqué. Ella no esperó a nada, se dio la vuelta para salir de aquel cuarto y caminar hasta la sala de enfermeras. No cerró la puerta, si lo hubiera a hacer, me habría ido.

Estaba sola en aquella habitación con una mesa llena de tablillas, notas de recordatorios y utensilios médicos. Miraba hacia la pared cuando entré. Estaba junto a un mueble archivador con cuatro grandes cajones. No hacía nada. Su cuerpo tenso, rígido, simplemente me daba la espalda.

—¿Qué haces aquí? —dijo como si cortara hierros con una sierra oxidada.

—Tenía que verte —dije intentando no resultar demasiado patético.

—Márchate.

—Por favor... —Estaba suplicando, sentí vergüenza.

—¿Qué quieres de mí? —me espetó dándose la vuelta. No podía chillarme porque la sala estaba repleta de pacientes acostados en aquellas camas. Su mirada era dura. Me quedé callado, no sabía qué decir—. Tobías es muy peligroso. No sabes lo cerca que has estado de morir.

—Bueno —dije con la estupidez propia de un imbécil de veintidós años recién cumplidos —, eso ya se vería.

—¡Por favor, Santiago! —dijo ella poniendo los ojos en blanco para hacer un gesto de hartazgo con la mano—. No seas niño. Ese hombre podría matarte a ti y a mí y a cientos como nosotros. Si supieras ante quién rinde cuentas directamente...

—No le tengo miedo —dije muerto de celos.

—Deberías, Santiago —dijo con un tono que sonaba a preocupación sincera.

—¿Le tienes miedo?

—Sé que no me hará daño —mover la cabeza—, pero si quisiera, muchísimo.

—¿Eres su amante?

—Mi vida depende de él.

—¿Eres su amante? —dijo revolcándose en el lodo de mi idiotez.

—Vete, Santiago —dijo volviéndose de espaldas.

—Úrsula... —dije ablandándome tanto que pensé que me ponía de rodillas y le pedía perdón.

—Vete... Por favor. Santiago, vete ya.

Me pareció que la voz se le quebraba. Di la vuelta para salir de allí, caminar hasta la salida del hospital sin una idea clara de cuando la volvería a ver, tal vez nunca. Maldije mi suerte y lloré cuando me quedé solo en el coche. Me sentí el hombre más desgraciado del mundo, todo se había derrumbado. Miré mi rostro lloroso en el espejo retrovisor para espetarle lleno de un odio ciego al chico que me devolvía la imagen.

—¡Fracasado!

—¿Para qué quieres hablar con el coronel?

—Dígale que soy el cabo Durán, él sabe quién soy.

—El cabo Durán —dijo con suspicacia a aquel ordenanza con galones de teniente—. ¿Y qué demonios quiere, cabo Durán?

—¡Y a usted qué coño le importa! —le espeté a aquel alemán entrometido.

—¡Pero qué se habrá creído! ¡Insubordinado! —Se levantó preso de la furia—. ¡Dé gracias a que es español! ¡Si fuera alemán ya estaría picando piedra en un batallón de castigo! ¡Fuera de aquí! ¡Pero sepa que daré parte a la comandancia española! ¡Vamos que la daré!

—Venga, venga... No me mates demasiado fuerte —dije, y me fui.

Tendría que seguir a ese tipo para poder hablar con él. Estuve toda la tarde pensando en cómo hacerlo. Sabía que tenía ahí el despacho, pero no sabía nada de su agenda diaria, era de esos mandos que estaban todo el día del tingo al tango, que si reunión aquí, que si cena ahí, que si venía Himmler, que si vuelo a Berlín, que si esto o lo otro. Pero una cosa estaba clara, sabía de dos sitios donde alguna vez tendría que ir: a su despacho y a casa de Úrsula.

Saqué un cigarrillo francés cuyo humo olía a bizcocho, lo encendí y me puse a conducir pensando en mi plan para llegar a aquel cerdo.

Esa noche terminé tarde. Dejé el coche en el garaje para salir rumbo al cuartel. Estaba deprimido, ya no me motivaba seguir a aquel cabeza cuadrada. Lo haría, pero en aquel instante estaba cansado, solo quería ir al catre, cerrar los ojos y pensar en ella. Todo me llevaba a ella. Recordé la forma de bailar, cómo miraba los escaparates y cómo me había dicho que me quería. No podía ser mentira. No se mira a uno de esa manera para mentir con un «te quiero». Saqué un cigarrillo, me lo puse en la boca.

—¿Tiene fuego, camarada? —dijo un alemán, un tipo trajeado, con sombrero, corbata y una nariz rota, que no sé de dónde apareció que no me di cuenta.

—Sí, amigo —dije con un tono de fastidio para sacar del bolsillo un encendedor de yesca. Le di a la rueda hasta que la llama apareció. Se lo acerqué. Tenía pinta de esos luchadores que hacían los espectáculos de lucha libre en Madrid.

De repente noté algo a mi espalda, un movimiento rápido, un golpe, oscuridad y nada más.

Abrí los ojos, pero todo estaba oscuro. Veía luz, pero noté la tela que me cubría la cabeza, era un saco que olía a sudor, imaginé que otras cabezas lo habrían llevado antes que yo. Intenté quitármelo moviéndome, pero lo tenía atado al cuello, mis manos a la espalda con un pesado grillete metálico que me fijaba a una silla de madera labrada en la que estaba sentado. Era una silla de madera barnizada, sin vetas, ni nudos, una silla de ricos. Los pies también estaban atados a las patas de la silla, pero en este caso con cuerdas. Me quedé quieto mientras oía unos ruidos de pisadas en lo que parecía un pasillo. Se abrió una puerta corredera y entraron un grupo de hombres.

—¡Pero esto qué es! —dijo una voz en alemán, la voz del eterno anfitrión de una fiesta que duraba toda una guerra. Noté la mano tirar del saco a la altura de mi frente, pero solo consiguió que me ahogara por estar atado al cuello—. ¡Por el amor de Dios! ¡Wilhelm, quítale esto!

Oí el clac de una navaja automática, el filo cortante presionó sobre la cuerda alrededor del cuello en una experiencia sumamente desagradable. Aflojó la tensión. De un rápido movimiento de mano la capucha salió de mi cabeza y con ella su asqueroso olor.

Cerré los ojos con fuerza para abrirlos y centrar la mirada. Estaba en un

lujoso despacho, madera por el suelo, las paredes y el techo, lámpara de araña cubierta de cristal en lo alto, mapas antiguos enmarcados, cuadros, sofás de cuero, butacones de club inglés. Delante de mí Tobías Müller se servía una copa de algo de una botella de cristal esmerilado. Me miró con sus ojos claros, su pelo rubio corto parecía casi blanco.

—Santiago —dijo con tranquilidad—, yo no pedí que lo trajeran así. Pero ya sabe —extendió los brazos—, eficiencia alemana. ¿Estará tranquilo si le quitamos las ataduras y esa cosa que lleva en las muñecas?

—Sí —dije un tanto confundido. Allí estaba a merced del tipo al que pensaba seguir y pillar desprevenido.

—Bien, seamos razonables. —Miró al gigante de nariz rota que me había pedido fuego—. Karl, desata a nuestro cabo.

Estaban el Wilhelm, el Karl y dos más, todos de traje chaqueta, tipo armarios, cara de matarme de un movimiento, fríos, tranquilos como una jauría de dóberman. En medio de ellos, el dueño de aquellos perros: guapo, cincuentón, distinguido, educado.

—¿Mejor así? —dijo mirándome con afecto, como si de verdad le importase.

—Sí, mejor así.

—¿Quiere una copa? —dijo preparándome una antes de que yo contestase-. Es un whisky muy bueno. Es irlandés, un regalo personal de Eoin O'Duffy. —Me tendió el pesado vaso cuadrado de grueso cristal—. Sí, ese O'Duffy que fue a luchar con su brigada a vuestra guerra civil.

Di un buen trago bajo la mirada condescendiente de aquel tipo. Me di cuenta de que en las ventanas entraba la luz del atardecer. Llevaba casi un día allí, tal vez más. Miré a los otros, silenciosos, quietos, mirando la escena, dos en la puerta, uno tras de mí y otro a mi derecha apoyado sobre una mesa de despacho, lo suficiente cerca como para estirar el brazo y romperme el cuello.

—Vamos a ver, Santiago —me miró serio—. ¿Qué es eso de andar por ahí preguntando por mí y ofender al capullo de Rossum? —Los matones rieron.

—¿Su teniente?

—Sí, Rossum.

—Solo quería hablar con usted.

—Vamos a ver —dio dos chasquidos con la lengua—, si nuestro desgraciado incidente del domingo yo lo dejé pasar. Yo lo olvidé cuando

debía. Podría no haberlo olvidado, pero lo hice. ¿Usted por qué no pudo hacerlo?

—Yo solo quería hablar con usted.

—¿Hablar de qué? —Puso cara de padre que habla con su hijo tonto que ha hecho algo mal—. ¿Pedirme que dejara a Úrsula? ¿Qué me retirara para que usted viviera una luna de miel? ¿Para poder llevársela a España a vivir felices a su pueblo de Tenerife? —Risas burlonas de los otros.

—Solo quería que me contara... —dije tragándome la humillación.

—Úrsula me contó lo de su encaprichamiento con ella las semanas que estuve en Berlín. En fin —dijo poniendo gesto de fatalidad y sonrisa de aceptación—, usted es joven, un español, ya se sabe. Ella es una chica joven también, ardiente, ambos lo sabemos... —Hizo un gesto que me repugnó. Pedí a Dios que me enviara una granada y una pistola con un cargador, pero no me escuchó—. Solo quiero que sepa que eso se acabó, y mire que lo siento, porque hacen una buena pareja, pero ella y yo también la hacemos, ella es mía y ya está. Mejor aceptarlo y pasar página. —Sonrió.

—Eso lo tendrá que decir ella.

—No, eso me lo ha dicho ella para que se lo diga a usted.

—Yo solo quería...

Me miró con suspicacia, casi burlón, para dejarme callado.

—Le propongo una cosa —dijo sentándose en el sillón de su despacho—, usted me cuenta toda esa información disparatada que ha estado pasando a su servicio de Inteligencia, a quién se lo pasa y qué es exactamente lo que buscan o le han pedido, y yo seré buen amigo suyo.

Lo miré asombrado. ¿Cómo demonios sabía todo eso? Mi labor para el SIM solo la conocían cuatro hombres, por lo demás, no se lo había contado a nadie. Recordé a Úrsula cuando me dijo lo importante que era este tipo y como fanfarroneé como un gallito celoso.

—Eso es traición.

—¿A quién? No es traición si nadie va a enterarse.

—¿Qué gano yo de todo esto? ¿Cuál es el trato?

—Usted me da información sobre eso —apuró su vaso de whisky para levantarse a preparar dos más mientras canturreaba los acordes de *Mackie Mase*. Me ofreció uno de los vasos, lo cogí— y yo le cuento todo sobre Úrsula, todo lo que ha querido saber y ella no le ha contado.

—No creo que necesite oír chismes de comadre.

—Vamos, hombre —dijo con paciencia—, así podrá saber realmente con quién ha estado teniendo este amor loco de primavera. Usted me cuenta cosas que realmente no le importan y yo le cuento cosas que sí. Todo sobre ella. Le aseguro que se sorprenderá, se le quitarán las ganas de volver a verla. Los detalles que usted quiera, desde el porqué una alemana que apenas sabe español acaba de enfermera en la División Azul hasta su nombre auténtico. —Hablabas como un vendedor de entradas para un circo de los horrores.

—¿Su nombre auténtico? —dije tragándome el cebo, el anzuelo, el sedal y notando cómo el pescador tiraba para sacarme del agua. Acababa de aceptar el trato con todas las consecuencias.

—Yo conocí al padre de Úrsula en 1914 —dijo Müller con satisfacción después de que yo le contara con pelos y señales toda mi actividad como soplón del servicio de Inteligencia Militar—. Era un abogado berlinés que, a pesar de estar casado y una hija, no consiguió librarse del reclutamiento para la Gran Guerra. Bernd Blumenfeld, un judío, ateo y comunista hasta el tuétano. Aun así, en aquella época no interesaban las supersticiones medievales sobre maldades intrínsecas de razas o creencias, se preferían cosas como la inteligencia, el valor o el honor. De todo eso Blumenfeld tenía mucho —se quedó pensativo un instante—. Terminamos trabajando juntos en el gabinete de Elsbeth Schragmüller para organizar un servicio de espionaje propio del siglo XX que compitiera con los métodos científicos de los franceses. Fueron tiempos apasionantes con aquella mujer —sonrió nostálgico—, la espía H21, *Mademoiselle Docteur*, la red de desertores infiltrados en los ejércitos francés y belga...

»Bueno, a Bernd lo acabaron procesando por sospechas de haber pasado información a los bolcheviques. Aunque al final de la guerra sé que lo indultaron, le perdí la pista hasta finales de los veinte. Había hecho fortuna como abogado de los comunistas del KPD, la liga espartaquista y todo grupo comunista capaz de pagar sus minutas. Ya era famoso cuando defendió a Hochter —al ver mi cara de ignorancia precisó—, el asesino de Horst Wessel —negué con la cabeza—, un putero nazi al que Hochter, un asesino del Rotfront, acribilló a balazos tras una discusión. Era la época del sangriento Berlín, y si Blumenfeld ya estaba en la lista de los objetivos de Goebbels antes, a partir de ahí se puso en el centro de la diana.

»En el 33 acudí a su funeral. Al final no fueron los nazis... Es curioso, porque se adelantaron sus camaradas del Rotfront, a los que tantas veces había

defendido. Resulta que había una huelga de transportes convocada por los comunistas y los matones del Rotfront estaban haciendo piquetes violentos a la caza de los esquirols. Pues no se lo pierda, el mismísimo Hitler mandó a sus *camisas pardas* de las SA para apoyar a los comunistas repartiendo leña a todo el que se puso por delante. Blumenfeld era el abogado de una escisión del sindicato de transporte que se oponía a la huelga. Lo acribillaron en su propio despacho junto a su hija mayor, la secretaria y dos clientes.

»En el entierro me encontré a su otra hija, una muchacha de unos trece años, Bosem Blumenfeld. No sé la razón, aunque supongo que usted me entenderá perfectamente, pero me enamoré de aquella muchacha nada más verla. Era algo platónico, entiéndame bien, yo estaba casado en aquella época y ella era demasiado joven, así que simplemente me impliqué en proteger a aquella niña judía y su enfermiza madre. No es que estuviera como un perro guardián protegiéndolas, pero me dediqué a saber cómo les iba, pasarles dinero. Cuando la madre enfermó le busqué un buen hospital. Murió a principios del 36. No fue por falta de médicos, ya que se los conseguí por lo legal o lo criminal.

»Dos años después del entierro de su madre, me encontré a la muchacha trabajando de cantante en uno de los cabarets más famosos de Berlín, de los pocos que los nazis mantuvieron abiertos. Creo que era un negocio particular de Goering o Goebbels, o cualquiera de la panda. Lo cierto era que allí estaba con el nombre de Rita Dammern, cantando casi desnuda para las miradas vidriosas de oficiales de las SS, cargos del Partido, industriales que visitaban Berlín a la caza de algún contrato público. Se ganaba unos marcos extras... Ya sabe cómo son las cosas. No me gustó verla en aquel antro, pero ella me convenció de que la tapadera era espectacular, A mí no me lo pareció, pero ella tenía los dieciocho cumplidos —se encogió de hombros para dar un trago a su whisky—. Aun así, le facilité documentación de calidad, nada de aquellas cosas que había comprado a un falsificador de tres al cuarto.

»Al año siguiente, supe por mis informantes que tenía un novio, un joven oficial de las SS, hijo de Ragnar Stielike, uno de los primeros nazis, de los que trataban a Hitler de tú y contaban historias de los días pasados en la cárcel con el Führer. Todo era una locura y se lo advertí, le dije que se distanciara de aquel pipiolo, no por él, sino por su padre, pero no me hizo caso. Y pasó lo que pasó. El joven Stielike, enamorado, comentó a su grupo de amigos que pensaba proponerle matrimonio a Rita. Los amigos no cerraron la

boca, niños malcriados, y la noticia pasó de unos a otros hasta la madre del pampalino, que puso el grito en el cielo. Sus preocupados padres hablaron con él, pero no hubo manera de hacerle cambiar de intención. Así que papá Stielike inició pesquisas, movió hilos y la Gestapo se puso tras la presa.

»Ella vino a mí. Parece que su joven amante le dijo que su padre la estaba investigando, solo por tranquilidad. Pude haber pasado del asunto, pude encogerme de hombros. En ese año mi mujer estaba muy enferma y Stielike era uno de los que llamábamos *números bajos*, o sea, de los primeros miembros del Partido. Yo tenía muchas cosas en las que pensar, pero no pude. Simplemente la ayudé, la saqué de Alemania, para esconderla en casa de una familia lituana de antepasados alemanes, propietarios de una naviera. Le di todo tipo de documentos, le creé un nuevo nombre. Sería Brigitta Schwabb, institutriz alemana recién contratada para los dos niños pequeños de los Marciulionis.

»Todo parecía ir bien. Había pasado un año en el Báltico, pero dos cosas se interpusieron: la guerra en el este y la belleza de Borem. La anodina señora Marciulionis sospechó que su marido sentía por aquella alemana llegada a su casa lo que no debe sentir un marido por otra mujer. No me pregunte si eran inventos o hechos fundados, delirios de loca o no, pero la señora Marciulionis denunció a Borem como judío. Los lituanos son tan antisemitas o más que los alemanes, es un hecho, así que el escándalo salpicó a esa rica y poderosa familia. Lo cierto fue que Jonas Marciulionis la ocultó en casa de uno de sus contables, un judío que la «contrató» como institutriz de sus hijos. Los lituanos quedan satisfechos, es una judía trabajando para judíos, pueden tolerarlo. Las autoridades pasaron página, no era bueno que los Marciulionis se montaran en su barco y se llevaran su fortuna con sus primos que vivían en Estados Unidos. Así que en Vilna echaron tierra sobre el asunto. ¿Todo arreglado?

»Sí, pero de repente llegó un progromo. Los chicos de Himmler fueron a enredar tanto en Lituania que hicieron que los lituanos recuperasen una vieja tradición ya casi olvidada: acusar a los judíos de todo y perseguirlos por ello. Hubo cientos de detenciones, miles de ellas, todo para demostrar al gobierno de Vilna quiénes eran los amos reales. En fin, el contable la ayudó a escapar con sus dos hijos pequeños cuando las SS ya aporreaban la puerta, y ella volvió a la casa de los Marciulionis. Estuvo allí encerrada en un desván y Jonas me envió un telegrama esa misma tarde.

»Yo estaba en Vilna ese mismo día, usted creo que también, ya que la



División estaba allí al completo, como podrá recordar por la gran pelea que se organizó entre ustedes y los nuestros en plena ciudad —asentí sin decir nada—. Así que acudí al rescate a aquella casa que parecía anclada en el siglo XIX. La señora Marciulionis estaba hecha una furia cuando llegué aquella tarde. Agradecí todo lo que habían hecho por ella, metí a Bosem en mi coche y le di la nueva documentación: Úrsula Schultz, católica, enfermera agregada a la División Azul como traductora y refuerzo sanitario.

—Bosem Blumenfeld —dije tratando de condensar toda la historia que me había contado Müller sobre una desconocida a la que yo amaba. ¿Cuántos desconocidos hay en las personas que conocemos?

—Es una gran mujer, una superviviente, una mujer que no necesita a nadie. No es la chica hacendosa que espera en casa. Tampoco es una mujerzuela, ni una lasciva. Es mi amante, eso sí que tiene que quedarle claro, y no voy a renunciar a ella. No piense que puede cambiar esta situación.

—Ahora mismo no pienso nada.

—Olvídela, será lo mejor para usted.

Asentí.

Dos de aquellos gorilas me llevaron en un Citroën hasta la misma calle del cuartel. Me miraron con sus sombreros de ala ancha, sus caras pétreas, tipos peligrosos. Uno de ellos me dijo:

—Has escapado de esta —él otro asintió sonriendo—, pero *Herr Kommandant* no repite las cosas. Sin duda, no sé por qué conservas los dientes todavía, o incluso qué haces aquí y no estás en una zanja. Él manda, yo obedezco, pero si yo fuera tú, no volvería a molestar a esa chica, ni a seguirla ni a acosarla. No volvería a verla nunca más, porque si ella vuelve a quejarse o sea lo que sea que hayas hecho, *Herr Kommandant* nos mandará a verte y te mataremos.

—Conserva la vida, español —dijo el otro—, no te vuelvas loco por una mujer que es de otro. Si no lo haces por ti, hazlo al menos por esa judía. La Gestapo y ese cabrón de Heydrich están como halcones para controlar el Abwehr, y nada más les apetecería que aparecer en Berlín con la novia judía de uno de los lugartenientes de Canarias. Sin olvidar a las SS y al tarado de Himmler, que desearían adelantarse a la Gestapo para ridiculizar a todo el mundo. Así que déjalo estar.

—¿Un cigarrillo? —dijo el que conducía ofreciéndome un Gaulosies. Dudé en cogerlo—. Venga, no te vas a volver francés por fumar su tabaco.

Además, no lo tomes como algo personal, a mí me da igual. Si Müller me llega a decir que te mate, ya te hubiera matado, pero como me dijo que no, pues no, y esto es lo que hay.

Cogí el cigarrillo, me lo encendieron en un mechero chapado en oro y salí del coche. Los vi alejarse, entré en el cuartel. Fui directo al catre. Llevaba un día sin aparecer por allí y sabía que caería una bronca de campeonato, pero me daba lo mismo, no quería dar explicaciones, solo pensar en lo que iba a hacer de ahora en adelante.

El desayuno, leche caliente, azúcar, un trozo de bizcocho y pan con aceite. Todos hablaban de la victoria de los alemanes en Crimea y de cómo aquello nos solucionaría muchas cosas. No dije nada, no estaba para cháchara, por mí no saldría nunca de mi cama.

—¡Santiago Durán! —dijo la voz enérgica del brigada Álvarez.

—¡A sus órdenes, mi brigada! —dije cuadrándome. Sabía lo que me esperaba por aquel día de desaparición.

—Cabo, preséntese en el despacho del capitán Melián inmediatamente.

—¡A sus órdenes, mi brigada!

Salí a paso ligero por los pasillos. Me degradarían y me mandarían al calabozo. No me iban a fusilar supuse.

—No sé qué ha hecho —dijo Melián con su cara cada vez más huesuda—, pero ha cabreado a alguien de muy arriba o es que sus antiguos compañeros lo quieren mucho. Pero, y muy a mi pesar —enarcó las cejas—, he recibido órdenes de muy alto para que se reincorpore a su unidad.

—Mi capitán, ¿cuándo sería?

—Inmediatamente pone en la orden. Así que posiblemente sea esta tarde como pronto o mañana como más tarde.

—Sí, mi capitán.

—Sepa que lo siento, pero es lo que hay.

—Lo entiendo, mi capitán.

—Pues, cabo, recoja sus cosas y esté preparado para salir en cualquier momento. Puede consultar en Intendencia si hay transporte esta tarde, si no, pues tómese la tarde libre. —Se levantó, me ofreció un puro, me dio la mano y tras el saludo, salí del despacho.

Aquella mañana cogí un autobús que me acercaría a un convoy militar que saldría para el Voljov. Mi mochila llena y el macuto a reventar en el maletero. Dije adiós a Riga mientras subía en aquel vehículo cuadriculado

para sentarme en un asiento libre en el medio. La ciudad seguía con su vida como si nada hubiera pasado, como si mi drama no afectara a nadie. Pensé en Úrsula. Me hubiera gustado despedirme, decirle que no me importaban las cosas que hubiera hecho para sobrevivir, que no me iba por eso, que simplemente me echaban. Aquellos hombres tenían razón, era lo mejor, que me fuera y no volviera, pero no porque ella fuera judía, ni porque hubiera sido cantante en un cabaret o amante de un alemán. Para mí era la mujer con la que bailé en aquel salón mientras sonaba Edith Piaff, para mí era ella y nada más.

El autobús se puso en marcha, lleno de *mortadelas* que iban al frente. Los esperados relevos estaban allí, todos recién levantados. Se oía el desayuno en el aliento y el nerviosismo en la mirada. El conductor, un letón con bigote rubio y ojos color cobalto, recorría la avenida despacio, el tráfico era denso, frenó al girar en la esquina y mi corazón dio un vuelco al ver cómo se acercaba al hospital. Como no podía ser de otra manera tendríamos que pasar frente a él. Sus tejados, sus anchas ventanas iban acercándose cuando vi su reja, el muro que separaba el jardín donde enfermeras paseaban a heridos en sillas de ruedas o alguno descansaba en una tumbona cubierto con vendas, la entrada con dos soldados haciendo guardia en sus garitas. Una ambulancia entró al recinto y de repente, allí al lado de un garita, vestida con el uniforme de enfermera, estaba Úrsula. Esperaba a alguien, no llevaba la cofia y su pelo marrón brillaba bajo el sol de mayo. El autobús paró, solo fue un instante, pero estaba casi a su lado. Ella miraba hacia la avenida buscando entre los coches que circulaban. Toqué el cristal, deseando que me mirase, deseando decirle adiós y que me lo dijera a mí, pero el autobús, tirano y dictador, continuó. No me había visto. Miré hacia atrás y pegué la cabeza al cristal para verla empequeñecer hasta que desapareció.

A mi lado, un guripa portugués de los Viriatos, aquella división de voluntarios que vino a luchar por Franco en la guerra, me ofreció un cigarrillo. Tenía una mirada melancólica, un bigote grueso, y parecía mayor de lo que era. Noté que se había dado cuenta de todo.

—Yo me llamo Amancio, soy de Coímbra, zapatero de profesión —me dijo con ese acento de tristeza con el que hablan todos los portugueses.

—Yo... Santiago y soy... soy un cobarde. —La voz me temblaba.

—Amigo, no explique nada, no hay necesidad. Fume.

## 9. Nepexo, 1942

Rusia sin nieve era otro país, inmenso, caluroso, lleno de barro y mosquitos. La carretera polvorienta y rectilínea se desplegaba infinita delante de nosotros. Dos camiones de la General Motors capturados a los rusos formaban el convoy que nos llevaba a un pueblo llamado Nepexo, una especie de nudo ferroviario donde tendríamos que recoger en la Intendencia del puesto de la Wehrmacht nuevas emisoras de radio, bobinas de cable y no sé cuántas cosas más.

—¿Y entonces la orden te nombraba a ti solo? —dijo a mi lado Carballo mientras yo conducía el primer camión.

—Sí —respondí con un cigarrillo ruso de sabor horrible entre los dientes.

—Pero ¿por qué tenías que venir tú?

—Eso me dijo el teniente Rosaleny —dije un poco cansado de habérselo repetido varias veces.

—Qué raro, ¿no? —dijo mirando a su izquierda donde estaba un adormecido Rafa Domínguez, que no dijo nada—. No es lo habitual, digo yo.

—A mí me dijo el teniente que había llegado una orden por radio que pedía que el cabo Duran seleccionara a quince voluntarios para ir a Nepexo, donde había material de comunicación para dotar al puesto. Solo sé decirte eso.

—Raro me suena esto.

—A mí también —dije aguantando la irritación—, pero me jodo y me aguanto.

La carretera pasaba monótona, el cielo azul de finales de junio, sin una nube. El Voljov a lo lejos, majestuoso, tranquilo, con un caudal de agua enorme. Era increíble que fuera el mismo por el que caminé sobre sus aguas convertidas en un bloque de hielo blanco.

—¡Mira! —dijo Carballo señalando delante de nosotros. Rafa dejó su duermevela para mirar con interés.

De un poste de telégrafo colgaba un hombre y dos muchachos, uno de ellos un niño de unos diez años. Al lado, en la carretera, una mujer con la ropa

de las campesinas rusas lloraba abrazando la base del poste. Había una niña también que intentaba consolar a su madre.

—¡Panda de hijos de puta! —dijo Rafa con un acento sevillano que se mezclaba con el madrileño.

—Para y los bajamos —me dijo Carballo.

—Qué va —dije mirando el reloj—. Las órdenes dicen claramente que tenemos que recoger eso hoy, o cualquier unidad podrá llevárselo. Ni hablar de que cualquier listo se lo apropie.

—¡Solo será un momento, hombre! —se quejó Rafa.

—Ni un momento ni leche.

Sonaron dos golpes en la pared de la cabina del camión. Era alguno de los chicos que iba detrás para decirnos algo. Pero yo ya sabía qué era al mirar por el retrovisor. Rosales, que conducía el otro camión, se arrimaba al arcén. No me quedó otra e hice lo mismo.

—¡Por todos los santos! —dije bajándome del camión y yendo hasta donde el otro miraba la siniestra imagen—. ¡Rosales! ¡Que hay prisa!

—Mi cabo —dijo con ese aire burlón que me molestaba tanto—, que solo serán diez minutos.

Meneé la cabeza para mirar a los ahorcados. Llevaban un trozo de cartón que ponía en alemán y en ruso: «Esta es la paga de Hitler a los saboteadores». Todos sabíamos que eso significaba que aquella gente había escondido comida para no dársela a alguna patrulla que pasó por allí. La mujer lloraba desconsolada. Era rubia, de ojos azules, piel cuarteada y envejecida. La niña era delgada, con ojeras y aspecto de enferma. Las miré fríamente, intentando no imaginar cómo sería la sensación de ver a tu familia colgada de un poste en medio de la carretera. No quería pensar en nada, apreté la mandíbula.

—De acuerdo, pero nos damos prisa.

—Sí, mi cabo —dijo Rosales.

Al final bajaron los cuerpos, cavaron tres tumbas, Villa rezó un padrenuestro, un credo y un avemaría sobre aquellas tres cruces junto a la carretera, todos nos descubrimos la cabeza y aquella mujer dejó de llorar mientras su familia era enterrada por lo que pensaría que era un extraño pope español. Cuando terminó, ella le besó la mano con un agradecimiento casi supersticioso.

—Dadle algunas latas, agua y lo que podáis —dije dándome la vuelta— y nos vamos pero ya.

Arrancamos y nos alejamos de allí. Miré por el retrovisor para ver cómo la niña nos decía adiós con la mano. La madre, con la mochila que le habíamos dado, la cogía de la mano para caminar por aquella inmensidad. ¿A dónde irían? No se veía sino tierra, llano y matorrales delante, allí no había nada a la redonda. Maldije para mis adentros.

Nepexo era un pueblo grande, esos que crecen al lado de una estación ferroviaria. Tenía calles, iglesia, edificios y todas esas cosas tan inusuales en la Rusia rural. Cuando nos acercábamos a su entrada, un policía militar alemán, apoyado junto a su moto en la carretera, nos dio el alto con una señal circular en la mano y se acercó al camión.

—Somos de la 250 —dije sin rodeos—. Tenemos órdenes del alto mando para recoger material que llegó hoy o ayer al puesto de intendencia.

—Está bien —dijo con un graznido el *doiche*—, pero tienen que dar un rodeo por aquí —señaló una calle del pueblo—. En el centro están vaciando el gueto judío y no vean qué follón.

—¿Gueto judío? ¿En este pueblucho?

—Lo que oye. Es un gueto pequeño, pero han traído judíos de todas partes, tantos que se temían un motín. Había tantas ratas que los del pueblo estaban echando espuma por la boca —parloteaba como si me estuviera comentando un partido de fútbol—. ¡Imagínese! Esos asquerosos rusos viendo como nosotros alimentábamos con pan y galletas a los judíos mientras ellos tienen que trabajar para comer su miseria.

—Ya.

—Pues que los del pueblo estallaron ayer para lanzarse contra las ratas. Tuvimos que matar a algunos para que se calmaran.

—¿Matar a algunos rusos?

—Matar a algunos rusos para tranquilizarlos y a algunos judíos para que los rusos se quedaran contentos. Ya sabe.

—Bueno, la verdad es que todo eso no es asunto mío —dije con ganas de escupirle—. Yo solo vengo a buscar esto y con la misma.

—Bien, pase —señaló con el ridículo palo con un círculo blanco y rojo que tenía en la mano.

El pueblo parecía tranquilo. No se veía un alma por ningún sitio. Atravesamos las calles rumbo a la que era la calle principal. Casas de piedra y madera, separadas unas de otra, pero como siempre he dicho, nada es fácil en Rusia y cuando estábamos viendo la calle principal, apareció una tosca

barrera formada por unos troncos atados con alambrada y un grupo de unos veinte soldados alemanes nos cortaban el paso. Uno de ellos, con una esvástica pintada en el casco, nos hizo una seña para que paráramos. No tenían el aspecto del motorista, eran veteranos, fogueados en Rusia desde el principio. Vi las runas de las SS en sus cuellos. Ninguno se movió a ver qué queríamos. Nos miraban como si fuéramos civiles a los que no tuvieran que dar explicaciones.

—¡Tenemos que ir a la intendencia a recoger un material para la 250! —grité para hacerme oír en el griterío que llegaba de la calle principal—. ¡Son órdenes del alto mando!

—Nos importa una mierda, cabo de la 250 —dijo uno con el pelo alborotado, una chaqueta corta como las que llevaban los tanquistas y una cruz de hierro—, pero en este pueblo hay un progromo a la vieja usanza y hasta que no acabe no vamos a mover un dedo.

—¿Qué es un progromo? —preguntó al lado mío Carballo.

—Una persecución de judíos —apostilló Rafa.

—¿Y eso dura mucho?

—No sé —dije mientras abría la puerta—, pero a mí estos no me chulean. Aquí pasamos por las buenas o por las malas.

Salté del camión para ir hacia un tipo flaco, chupado, con nariz picuda, gorra de oficial y galones de teniente. Escuché detrás de mí cómo bajaba Voluntario desde la caja del camión para seguirme. Le iba a decir que se quedara allí, pero bueno, toda ayuda era poca.

—Teniente, tenemos que recoger... —comencé a explicar nuestra misión en Nepexo.

—No me cuentes tu vida, español, porque sinceramente no me interesa —me cortó el alemán de una manera que no me gustó nada—. Ahora mismo los rusos están desfogándose con los judíos. Esos esclavos salvajes quieren hacer méritos pensando que si ellos matan a los judíos, vamos a dejar que se queden con su comida, sus parcelas y su basura. Nosotros somos el Einsatzgruppe A. ¿Sabe lo que es un Einsatzgruppe? —No me dejó contestar—. Pues eso mismo. Los que terminamos con las plagas tras las líneas enemigas. Somos el terror del...

—No me cuentes tu vida, alemán, porque no me interesa —le espeté mirándole a aquellos ojos que se pusieron duros de inmediato—. A mí como si eres el hijo de Hitler. Yo tengo una misión encargada por el alto mando de la

División Azul, lo que quiere decir que hay un general español que está esperando que cumpla la orden y vuelva con lo que sea que tengo que recoger. Así que la voy a cumplir, te guste a ti o no.

—¿Sabes que soy un teniente y tú un cabo? —dijo con los labios crispados.

—Yo soy un cabo español al mando de quince veteranos de Possad y tú un teniente de un grupo de matones expertos en matar a tipos desarmados. ¿Seguro que quieres medir fuerzas, teniente?

Sus ojos me aguantaron la mirada, pero cuando se desviaron para mirar a Voluntario, supe que era un tigre de papel, que estaba acostumbrado a que le tuvieran miedo, pero que no sabía actuar cuando no se le temía.

—¡Siempre tan calientes, españoles! —dijo como si hubiera estado bromeando—. ¡Tranquilidad! ¡Que no hay que enfadarse!

—Vea cómo está la calle de gente —dijo un alemán gordo con una cicatriz blanquecina que le cruzaba la cara desde la oreja derecha hasta el labio y galones de sargento—. Por ahí no pasa el camión.

—Que esto no es Madrid —dijo burlón otro con la guerrera abierta y calvo como una bola de billar.

Los chicos se habían bajado todos y se acercaron hacia donde estaba con Voluntario. Los miré rápidamente para darme cuenta de que eran una estampa temible, no solo Rosales y sus cuatro regulares, también mis amigos, los que habíamos salido juntos de Grafenwoehr, incluso Morcón ya no tenía aquel aspecto de pastor brutote de portal de Belén, ahora era como esas ilustraciones de gigantes en grabados de libros de cuentos antiguos.

—Carballo, Voluntario, Irlanda y Madriles, conmigo. Vamos a ir hasta el sitio ese a ver qué tienen para nosotros. Si podemos lo traemos, si no, pues a esperar. El resto se queda aquí vigilando los camiones. Que ninguno de estos payasos se acerque o suba al camión —miré al asturiano—. Rosales, te quedas al mando.

Asintió Rosales y sin esperar a más salí caminando con los otros cuatro por aquella calle principal donde había un tumulto de doscientas personas que la pareja de guardias civiles de mi pueblo hubiera dispersado con un tiro al aire, pero allí una decena de SS miraba desde la estación al final de la calle, sin inmutarse. Ví cómo lo que supuse que eran judíos salían corriendo de una puerta pequeña que había en una pared sin pintar en mitad de la calle, algo así como un muro que rodeaba varias casas en lo que imaginé que era el gueto.



Los judíos salían en pequeños grupos, corrían entre el gentío que les hacía el pasillo e intentaba derribarlos. Al caer al suelo se abalanzaban sobre ellos para golpear a los hombres, tirar del pelo a las mujeres y arrancarles la ropa. Una mujer de más de cincuenta años, desnuda, intentaba levantarse del suelo mientras un grupo de rusas le escupía y empujaba. Una chica de pelo rubio rizado corría sin rumbo, con la cara desencajada, presa del pánico y la vergüenza de verse así, mientras unos muchachos intentaban meterle los dedos en la vagina. En el suelo, unos metros más adelante, estaba el cadáver de un viejo con la cara aplastada por las patadas. Oíamos cómo se abría aquella puerta para dejar salir a cuatro o cinco más. Entonces la jauría se lanzaba a por los nuevos, solo así algunos podían llegar al lugar donde estaban los de las SS que en realidad custodiaban la entrada de un cercado de alambrada junto a las vías del tren. Estos, entre risas, abrían la puerta para que aquellos desgraciados entraran.

—Aquí es —dije al ver una casa con un águila de la Wehrmacht en una placa esmaltada de color gris. Miré a los que venían detrás, gesto ceniciento, patibulario, mucha rabia de ver aquel abuso. Los chillidos de los judíos se mezclaban con las risotadas de los alemanes y la brutalidad de los rusos. Irlanda los insultaba a gritos en gaélico, aquel idioma extraño que a veces hablaba—. Esperen aquí, salgo en seguida y les digo.

En la intendencia leyeron el parte que les di, un albarán con número de registro. Un sargento que se parecía al gordo del Gordo y el Flaco me enseñó una centena de rollos de cables de teléfono y eléctricos, veinte emisoras de radio portátiles y un equipo completo de radio. Demasiado para cargarlo entre cinco hombres.

—Volveré con todo el grupo —le dije al gordo.

Al salir estaban en silencio, mirando con cara de asco todo lo que les rodeaba. Una mujer anciana estaba en el suelo boca abajo, desnuda, parecía muerta. Un chico de trece o tal vez catorce años golpeaba sus nalgas con un palo mientras otros tres a coro contaban los golpes. A unos metros el cadáver de un niño mientras su madre era zarandeada por varias mujeres.

—Volvamos a buscar los camiones —dije sombrío.

—¿Y todo esto? —preguntó Irlanda con un gesto con la barbilla.

—Estoy deseando que se pongan delante del camión y me impidan llegar.

Caminamos sin pararnos, empujando a quien estaba delante, que se encaraba rápidamente, para con la misma rapidez pedir perdón en ruso y

apartarse asustado al ver que no éramos paisanos del pueblo.

—¡Abrid paso, hijos de puta! —gritó varias veces Voluntario dando patadas al que le parecía.

La puerta en el muro del gueto se volvió a abrir para dejar salir a otro pequeño grupo. Las risas de los que rodeaban la puerta se incrementaron. Casi histéricas, unas mujeres cayeron sobre el grupo que salía para arrancarle la ropa a una mujer. Miré hacia otro lado, no podía ver aquella basura, pero en ese instante se me heló la sangre, quedé paralizado.

Una mujer rusa, una campesina desdentada, tiraba con fuerza de la blusa de Úrsula hasta rasgársela. Era Úrsula, allí estaba, golpeada por un engendro que le tiraba del pelo para doblarle el cuerpo mientras le pegaba con el puño cerrado en la cara. Ella intentaba taparse los pechos, protegerse de los golpes. No sé por qué esperé a asegurarme que era ella, pero cuando aquel bicho aflojó, Úrsula se irguió para poder huir. Vi su cara presa del pánico, de la humillación, intentaba escapar, correr rumbo a cualquier sitio, pero un hombre maduro con bigote la atrapó por la cintura levantándola en el aire mientras hacía movimientos obscenos con su cadera. A su alrededor todos reían.

El sonido fue contundente, mi Walther P38 funcionó a la perfección cuando apreté el gatillo y le metí un tiro en la cabeza a aquel ruso bigotudo, que manchó con sus sesos a dos viejas que aullaban presas de la diversión que les producía todo aquello. No sé si fueron cinco o diez segundos lo que tardó en adueñarse el silencio de aquella calle. Los rusos se acercaron a mirar el cadáver de su vecino muerto. Ninguno hizo nada por vengarlo, ni siquiera una mala mirada. Yo tenía la P38 desenfundada y giraba sobre mis pies, buscando una posible amenaza, pero allí no había ninguna. Mis cuatro camaradas tenían los rifles en posición y formaban un perímetro. Del callejón donde habíamos dejado los camiones venían corriendo el resto de camaradas con Rafa soltando insultos por la boca. Los paletos de aquel maldito pueblo huían hacia sus casas en desbandada.

Úrsula estaba en el suelo, tenía sangre en la cara, la blusa rasgada, se cubría los senos con su brazo, estaba aterrorizada, despeinada, humillada, pálida como la muerte. Me quité la guerrera para ofrecérsela, pensaba que no me reconocería.

—Bosem, soy... —No la llamaría Úrsula nunca más.

No me dio tiempo, me abrazó con el desespero con el que un náufrago se agarra a una tabla en medio del océano. Yo le devolví el abrazo con la misma

sensación de desesperación. Conseguí levantarla mientras la oía llorar. Carballo me acercó un pañuelo limpio que le ofrecí a ella, que lo cogió para llevárselo a la nariz por donde sangraba.

—Vámonos de aquí —ordené.

—No te olvides de la misión, cabo —dijo racional como siempre Rafa Domínguez.

—Sí... —No podíamos volver sin lo que habíamos venido a buscar—. Llevad los camiones y coged lo que el alemán de ahí dentro os dé. ¡A la carrera! ¡Vamos! —ordené.

Bosem lloraba. Yo no sabía qué decirle y lo peor era que no sabía que iba a hacer con ella. Mi cabeza daba vueltas pensando en la mentira que metería cuando volviera. Los chicos me miraban con asombro. Se imaginaban que yo conocía a aquella chica, pero no sabían ni quién era. Nunca les había contado nada.

En diez minutos estaban los camiones cargados. Subí a Bosem a la cabina, conduciría Carballo, Voluntario iría detrás.

—¿Estás bien? —le pregunté. Ella no respondió, me abrazó—. Vámonos de aquí.

Pasamos por delante de la esquina donde continuaba aquel teniente y su Einsatzgruppen, que me miraba fijamente. Yo sabía que estaba memorizando mi cara, pero al mismo tiempo me hacía una amenaza señalándome con el índice para moverlo. No respondí, me parecía un payaso meneando el dedo. ¡Era un oficial! ¡Podía habernos parado si hubiera querido! Pero era un cobarde, hizo bien en serlo, le hubiera costado la vida. El camión de atrás, conducido por Rosales, se paró justo al lado del alemán que miraba curioso. El asturiano, africanista, macarra y castizo como si estuviera todavía en el Rif, le soltó un escupitajo en toda la cara para acelerar entre risas. Yo meneé la cabeza mientras sonreía, todavía tuve tiempo de oír el «vete con tu puta madre, *doiche*» a grito pelado de Madriles en el otro camión.

Qué ignorante fui. Veintidós años tenía cuando pensé que todo aquello iba a terminar allí.

## 10. Bosem Blumenfeld, 1942

—¿Qué vas a hacer, cabo? —me dijo Carballo mientras volvíamos a nuestro campamento.

—No lo sé. —Le había contado todo lo que había pasado en Riga—. Pensaba llevarla al campamento y esconderla allí, o tal vez contárselo todo a un mando. Al final, ella era enfermera de la División Azul, y por lo tanto puedo decir que la secuestraron los comunistas o que los nazis la confundieron con una comunista o una judía...

—Ya, o que es la hija perdida de Franco.

—¡Pues dime tú! ¡Si eres tan listo!

—Se me ocurren cosas, pero no sé...

—Soy todo oídos.

—Pues lo de contárselo a los mandos es el mayor disparate que puedes hacer. ¿Te imaginas a un coronel haciéndote el favor por tu cara bonita? —Negué con la cabeza—. Pues eso... Y esconderla bajo una litera en el blocao de turno es mayor disparate aún.

—¿Entonces?

—Ella no puede estar en el campamento y cuantos menos soldados sepan que existe mejor. —Señaló hacia la caja del camión donde viajaban unos cuantos y al retrovisor donde aparecía el otro que conducía Rosales—. Ya lo saben demasiados.

Oímos un golpe en la cabina de la parte trasera. Vi a Rafa con la cara pegada a la pequeña ventana, tiré del pasador para correr el cristal.

—¿Sabes quién puede ayudarte? —Se encogió de hombros—. Lo siento, pero aquí detrás se oye todo.

—¿Quién? —dije esperando algo así como que Muñoz Grandes era lo más indicado o que le escribiera una carta a Serrano Suñer o al mismísimo Franco.

—El páter Íñiguez.

—¿El páter? —pregunté más como exclamación que como pregunta.

—Sí, el tipo es cura, por lo tanto, tiene bastante capacidad, poder, libertad de movimientos y seguro que cuando se lo cuentas, se apiada de la

chica y no te deja tirado. Tenlo por seguro, es un buen hombre.

El páter me miraba desde su blocao. Tenía un pequeño escritorio y una silla giratoria que habían salido de algún sitio, pero eran lo más extraño que podía encontrarse por allí. Por lo demás, había un pequeño armario, la estufa y un catre. Era una especie de habitación particular excavada en la tierra. El sacerdote se llevaba las manos a la barbilla y pensaba.

—¿Dónde está ella ahora mismo?

—En el camión, acabamos de llegar. Vinimos directos aquí.

—¿Está allí sola?

—No, con Carballo, Voluntario y Villa, que al ser sanitario, está mirando cómo está.

—¿Cuándo tienes que devolver el camión?

—No sé, páter, antes de esta noche —me encogí de hombros—. Rosales ya habrá devuelto el que conducía con toda la mercancía que fuimos a recoger, así que pronto empezarán a preguntarse dónde ando.

—Pues no hay tiempo que perder —dijo el cura poniéndose de pie y saliendo del blocao. Caminé tras él.

—¿Dónde vamos, páter?

—Primero al camión —dijo mientras apretaba el paso. El campamento era una algarabía con nuevos reclutas y veteranos que hacían el petate para volver a España—. Después necesito que nos demos un paseo hasta un sitio que yo me sé.

—¡Coño, padre! ¡Es usted Don Misterios! —dije muerto de la curiosidad, pero al mismo tiempo con la moral por las nubes. Aquel hombre sabía qué era lo que teníamos que hacer.

—Esa boca, Santiago.

—Perdone, páter —dije con sinceridad—, pero es que llevo un día de tanta tensión que necesito al menos saber qué hay después de lo que veo con mis ojos. No soporto la incertidumbre.

—A quince kilómetros de aquí, en medio de un bosquecillo, hay una dacha, propiedad de una familia católica a la cual conocí cuando prácticamente me secuestraron para que diera una extremaunción al patriarca, que se moría sin recibir el sacramento final. Desde aquel día he dado los sacramentos a todos los miembros de dicha familia.

—¿Es un sitio seguro?

—Sí —dijo con rotundidad—, son una gente muy honrada y me tienen

mucho aprecio. Siempre me dicen que cuando necesite algo...

—Padre —le corté impaciente —, digo el sitio, el lugar, no esa gente. Aquí los bosques están llenos de partisanos.

—El lugar está detrás de nuestras líneas, cerca pero apartado al mismo tiempo y rodeado por un barranco, así que llegar allí sin pasar por nuestras líneas es imposible.

Ya veíamos el camión. Quince kilómetros no era cerca. No podría ir y venir andando cuando dejara el camión, pero me agenciaría una moto o lo que fuera. Era lo mejor, que ella estuviera fuera del cuartel y me buscaría la vida para ir a verla. Pero vi que Villa venía hacia nosotros con cara de circunstancias. Mis cuentas de la lechera estaban a punto de venirse abajo.

—Páter —dijo haciendo una genuflexión con la cabeza.

—Marcos —dijo el páter llamándolo por su nombre.

—Santiago —me miró—, tiene muchísima fiebre. Está muy mal.

Los Novikov eran una familia moscovita que había huido de la revolución en el año 20 para ocultarse en aquel paraje perdido, en aquel bosque oculto, y vivir como si fueran robinsones en aquel océano de tierra que era Rusia. No sabía cómo lo habían logrado, pero allí estaba toda aquella familia, viviendo de lo que cultivaban en el propio bosque, de la caza, que era abundante, y del agua que recogían de pozos hechos por ellos mismos. Aquellas dos casas, una grande que albergaba a toda la familia y otra pequeña que estaba vacía, eran propiedades de la familia desde la época de Pedro el Grande, pero el nuevo patriarca Nikolai Novikov nunca había estado allí hasta que ideó la fuga del Moscú soviético cuando su casa fue incautada por el Partido. Huyeron en pequeños grupos, pasaron los controles con documentos falsificados y en la inmensidad rusa simplemente desaparecieron para llegar hasta aquella posesión de la que solo conocía su existencia por historias de su madre.

El señor Novikov salió a recibirnos, habló en un inglés perfecto con el sacerdote. Era un hombre alto, de pelo rubio, con un bigote bien recortado, tenía cincuenta y muchos años, los ojos azules. Su ropa era propia de aquellas imágenes que adornaban el Miguel Strogoff que había leído cuando era niño: camisola blanca, larga hasta los muslos, pantalones azules anchos que se abultaban en grandes pliegues metidos en las botas altas de fieltro. Lo dicho, una imagen salida del pasado.

—Al estar enferma —dijo el páter— nos ofrece la casa pequeña. No

quiere ser mal anfitrión, pero lo de la fiebre le ha asustado.

—Lo entiendo perfectamente. —Miré al señor Novikov y se lo agradecí en mi mejor inglés. El hombre asintió para decirme que había enviado a sus tres hijas a preparar la casa.

Bosem estaba dormida en aquella cama de madera, con aspecto de cómoda, rústica y rusa. Un candil alumbraba sobre una mesita baja junto a la cama. Era como estar a principios de siglo. Veía a Villa mirándola detenidamente, observando el termómetro con una seriedad que me paralizaba la sangre. Mi cabeza volaba hacia mi infancia cuando, víctima de una tosferina, mi hermano Antonio estuvo a punto de morir. Recordaba al médico mirándolo igual de serio en mi casa alumbrada de la misma manera que esa habitación. Recuerdo oír llorar a mi madre cuando el médico le dijo que mi hermano necesitaba penicilina o moriría. Él tenía, pero no suficiente. Mi padre salió en plena noche a caballo para atravesar aquella isla de barrancos, riscos y desiertos. Llegó a Santa Cruz al día siguiente para comprar en una farmacia la receta, que llevaba guardada en la chaqueta, con los pocos ahorros que tenía y volver a galope para llegar cuando el delirio, la calentura, estaba a punto de llevarse a su hijo.

—Está mal —me dijo Villa con la cara más larga que un día sin pan.

—¿Cómo de mal? —dije preparándome para el chaparrón.

—Tifus. —No había nada más que añadir.

Saqué un cigarrillo, le ofrecí uno, lo encendimos con una cerilla.

—Lo siento, Santiago.

—¿Hay algo que se pueda hacer? —añadí nervioso mirando su cara inexpresiva—. ¡Joder! ¡Algo se podrá hacer! ¡Eres médico!

—Estudiante de medicina.

—Venga, tienes la carrera casi terminada —bajé la voz— y en Possad te vi operar bajo las balas.

—Eso es cirugía y no medicina —dijo como si hubiera dicho lo más normal del mundo. Inhaló una buena dosis de aquel tabaco ruso para expulsarlo de su cuerpo en una densa columna de humo—. Ojalá pudiera operarla. Si fuera abrir y sacar... Pero esto no es así.

—¿O sea, que nada? —dije con un gusto metálico en la boca.

—El tifus no tiene cura.

Me levanté para mirarla. Allí estaba con los ojos cerrados, pálida como una muñeca de porcelana. Si no hubiera sido por las gruesas gotas de sudor,

habría parecido un cadáver. Salí a la puerta de la pequeña casa. En el porche estaba el páter hablando con el señor Novikov y un hombre joven que era el marido de una de sus hijas.

—Santiago, ¿cómo está la muchacha? —preguntó el joven sacerdote con su rostro de chico intelectual, de pelo con reflejos rubios que se le rizaba si no se pelaba.

—Mal, páter —dije intentando no tener que sentarme—. Tifus. Creo que hemos traído el mal a esta gente.

—¿Es tifus? ¿Estás seguro, Marcos? —dijo mirando a Villa, que estaba en el quicio de la puerta.

—Sí —dijo Villa—, fiebre altísima, inconsciencia, marcas en la piel... todos los síntomas.

—¿Qué provoca esa mierda? —dije sentándome en un banco junto a la puerta—. Digo ¿es como la gripe? ¿Va por el aire o algo así?

—No, esto es una bacteria que transmiten los piojos de ciertos animales, ratas, sobre todo. Los piojos lanzan sus excrementos cuando muerden, la víctima se rasca y hace que los excrementos pasen al torrente sanguíneo y con ellos la bacteria.

—¿La penicilina? —dijo el páter—. En el campamento tenemos mucha.

—No, la penicilina no sirve para esto —dijo Villa con fatalismo.

—¿Dejarla morir? —dije con la moral cayendo en la melancolía más negra y profunda.

—No hay cura —me puso la mano en el hombro—, solo un milagro. Ojalá pudiera decirte otra cosa.

—¿Cuánto le queda?

—Tal vez una semana.

Me puse la mano en la boca y aguanté un quejido.

—Pensemos un poco —dijo el páter, inasequible al desaliento mientras empezaba a dar vueltas por el porche—. Tenemos que despiojarla, raparle la cabeza, ponerle sábanas y un camisón nuevo. Yo no pienso dejar a esa mujer morir sin hacer nada. Como si tengo que traer al jefe del Servicio Médico de la División.

—Páter... —dije con un ramalazo de vergüenza por mi resignación.

—No se puede hacer nada —dijo Villa—. Sé que había un estudio de un científico que estaba ensayando una posible vacuna.

—¿Dónde? ¿Quién? —dije como si una corriente eléctrica hubiera



pasado por mi interior.

—No sé, era una revista médica que leí en España —se encogió de hombros—. Parece que era un polaco que había diseñado un sistema para criar piojos y que mordieran a personas, pero que su mierda quedara recogida en una especie de caja. Así la bacteria quedaba aislada.

—¿Dio resultado? —preguntamos al unísono el cura y yo.

—Era algo experimental, pero fue en Polonia y los nazis parece que terminaron con el laboratorio porque el tío era sospechoso de proteger judíos.

Guardamos silencio, el cura me miró.

—¿Polonia?

—Sí.

—Tenemos que ir al campamento —dije con tranquilidad. Sabía que no podía ir a Polonia a buscar algo que no sabía si existía o no—. Entregaré el camión y si no nos han declarado desertores todavía, mañana volveré aquí con medicinas. Aunque sea para bajarle la fiebre y los dolores.

—Yo me quedo.

—Páter, que ya deben de estar a punto de tocar silencio.

—Soy sacerdote castrense. No me rijo por las mismas normas que ustedes, así que me quedo.

—Usted mismo, páter. —Miré a Villa, que asintió con la cabeza—. Vámonos.

Montamos en el camión para llegar cuando ya casi todos estaban acostados. Discutí con el cabo que empezaba la guardia en el parque móvil y después con el imaginaria por llegar tan tarde. Dos avisos de «voy a dar parte, ya estoy harto de que aquí todo el mundo haga lo que le dé la gana». Me daba igual. Mi cabeza trabajaba, daba vueltas.

—Villa —lo llamé en voz baja en medio del sueño de la mayoría de los otros en aquel blocao cálido y apestoso—. ¡Villa!

—¿Qué?

—¿Recuerdas cómo se llamaba el polaco ese? ¿El científico?

—¡Silencio! —se oyó gritar al imaginaria, que perdía la paciencia de nuevo en su vigilancia perpetua para que nadie hablara o armara jaleo por la noche.

—Wei... No recuerdo.

—Vamos, haz memoria —dije en un susurro.

—Weigl... —dijo un larguísimo minuto después con tono de victoria—.

¡Rudolf Weigl!

—¡Que se callen! —dijo el imaginaria enfocando con su linterna a la oscuridad de pies, brazos, caras, piernas que dormían en aquellas cámaras enterradas como trincheras de la Gran Guerra bajo techos de troncos cubiertos de tierra.

Me dormí repitiendo el nombre de aquel polaco.

No había terminado de tomar el desayuno cuando Miguel se me acercó para decirme con tono serio:

—Acaba rápido... Tengo que hablar contigo.

Me imaginaba lo que quería, así que engullí lo que me quedaba y salí detrás. Caminamos hasta un lugar que no hubiera guripas merodeando, siempre dispuestos a escuchar cualquier chisme. Sacó unos cigarros alemanes de larguísimo nombre, que todos conocíamos como *los del punto*, por el círculo negro que había en la cajetilla. Los encendió con un mechero de gasolina que tenía una hoz y un martillo. Se lo había quitado a un general ruso capturado en una operación contra los partisanos. Me pasó uno para mirarme con aire confundido.

—¿Qué demonios estás haciendo, Santiago?

—¿Qué demonios de qué?

—No me cuentes rollos —dijo meneando la cabeza—. Esta mañana nada más levantarme tengo cuatro quejas sobre ti en mis manos entregadas por el capitán Asensi, que, al ver el apellido, saber que eras mi hermano y por la amistad que nos une desde el Alcázar, me las dio.

—¿Cuatro?

—Una es del alférez Reyes, que dice que no te presentaste con el camión cuando llego el otro y que cuando lo devolviste no diste explicaciones. Otra del cabo que estaba de guardia por lo mismo, la tercera del imaginaria, que llegaste con el toque de silencio, armando jaleo, y la cuarta de un *doiche*.

—¿Un *doiche*?

—Un tal teniente Ott, que asegura que en Nepexo amenazaste con tu arma a su grupo para robar a una judía que estaba detenida, incluso mataste a un ruso que quiso impedirlo. En la denuncia dice que la judía, según le dijiste tú, era para violarla en grupo.

—Sarta de mentiras. —Escupí al suelo terroso.

—Lo último sí que sé que es mentira y supongo que lo de que mataste a un ruso también. —Vio la expresión de mi cara—. ¿Mataste a un ruso? ¿A un

civil desarmado?

—Sí, a un sacamantecas que se lo merecía.

—¿Por qué? —dijo sorprendido.

—He matado a tantos que uno más... —dije con esa respuesta tópica de pose de matón que poníamos los veteranos.

—¿Me puedes contar todo lo que pasó ayer? —dijo con esa furia contenida que le transformaba la cara—. ¡Por favor!

—Yo no te he contado hasta ahora lo que hice en Riga —le dije perdiendo todo deseo de representar el papel de chulito cuartelero. Miguel era un genio a la hora de bajar los humos a tanto bravucón. Le conté todo de una forma breve, aunque eliminé de la historia a Tobías Müller y mis mentiras para el Servicio de Información Militar. No quería que soltara veneno por la boca cuando le contara todo eso. Por ambas cosas la sentencia era muerte por alta traición, así que punto en boca.

—O sea, que esa chica —dijo con una mirada pensativa— era la querida de un alto mando...

—Sí.

—¿Y que por eso volviste al frente y ella acabó detenida?

—Bueno, esas dos cosas no las sé con seguridad.

—¿El alto mando cómo se llamaba?

—No sé, Graumman o Groën —mentí—. Nunca tuve interés en mandarle correspondencia.

—Pues de milagro no te mandó a fusilar.

—Eso pensé yo.

—¿Y qué piensas hacer con la muchacha?

—Pensaba ir al oficial médico para preguntarle si es posible conseguir una vacuna de esas... aunque sea si existen.

—Te mandará a paseo. —Me llamaba ingenuo con su expresión—. Podría tenerla ahí mismo, pero si no estás enfermo no te la dará, y como le cuentas que tienes a una judía con tifus en una casa, se arma la de Dios es Cristo.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté sintiéndome realmente desvalido. Toda la película que me había montado durante la noche, mi plan maestro acababa de venirse abajo.

—Voy a preguntar por ahí. Tiraré el anzuelo en distintas charcas a ver si pica en alguna.

—Es urgente, Miguel. —No quería presionarlo—. Villa dice que, depende del tiempo que lleve enferma, le puede quedar una semana o menos.

—Me pongo con ello hoy mismo, cuando tenga algo te digo. Mientras tanto, hazme el favor de disimular y comportarte. Cumple horarios, toques y demás. Evita el arresto, porque si te arrestan, no vas a poder ir a verla.

—Está muy enferma —dije lleno de angustia.

—Le daré un permiso a Villa para que pueda estar allí.

—¿A Villa? —dije escandalizado—. ¿Y a mí?

—Es un médico —dijo con seriedad—. Qué mejor que uno para atenderla.

—Está bien. —Acepté con fastidio que tenía razón—. ¿Y las patrullas contra los partisanos? ¿Y lo del alemán?

—De las patrullas intentaré librarte al menos por unos días —puso cara de duda—. Con el alemán diré que estoy intentando saber qué pasó realmente.

—No arrestes a Rosales. —Me miró con interés—. Fue quien escupió al *doiche* cuando nos íbamos. Pero todo el circo lo monté yo.

—No pensaba hacerlo. Rosales y su grupito son unos rufianes, fulleros, tramposos, navajeros, más matones que soldados... pero eso en época de paz. En el campo de batalla, en la guerra, son los que las ganan. Si algún día llegamos a poner una bandera en algún sitio, serán tipos como ellos los que levanten el mástil.

Bosem estaba muy mal. Las marcas en la piel se habían extendido y el delirio no la dejaba estar consciente. La habitación en la penumbra, con una vela para dar algo de luz al pobre Villa, que llevaba tres días allí, durmiendo en aquella butaca con los pies sobre un pequeño escabel. Leía un libro de Unamuno cuando me lo encontré aquella tarde.

—¿Cómo está? —le pregunté nada más llegar.

—La fiebre sigue alta. —Estaba serio—. Todo lo que te dije. Creo que hay poco que hacer, salvo esperar. ¿Qué sabes de tu hermano?

—Hablé el martes con él, pues lo vi por la tarde cuando volví de aquí. Me dijo que todavía no tenía nada. El miércoles fui a buscarlo por la mañana, pero me dijeron que se había ido, y desde entonces...

—¿Ido a dónde?

—Sí, a mí me lo iban a decir.

—¡Joder, eres cabo!

—Todo lo que tú quieras y más, pero el tonto de Reyes me mandó a

tomar viento.

—¿Y Browazky?

—Tampoco. Estaba de patrulla o yo que sé... —Me desesperaba con todas aquellas preguntas, hacía que me sintiera inútil, desesperado. Cambié de tema—. Villa, gracias por hacer esto.

—No me las des. Es esto lo que quiero hacer y lo hago porque me gusta. Me gusta ser médico.

—Deberías pedir el traslado a los hospitales en la retaguardia.

—Vine a ser soldado.

Guardé silencio para mirar a Bosem. Me costaba mucho verla así. La enfermedad no tiene nada de belleza, puede que la muerte llegue a tenerla, pero la enfermedad no la tiene. Notaba cómo su cráneo se marcaba bajo su piel, sus pómulos tirantes, los ojos hundidos en unas cuencas cada vez más profundas, su respiración pesada, los labios mascullando algo, moviéndose en un murmullo casi inaudible. A Villa no quería preguntarle lo que tanto temía, estaba somnoliento, cabeceaba aprovechando que estaba yo allí. En la mesa, un plato con un caldo espeso se había enfriado hacía rato. Ella no comía, no podía en aquel estado de inconsciencia, que sería más profundo cuando la debilidad por la falta de alimentos fuera mayor.

Miré a Villa dormido. «¿Se está muriendo?», fue la pregunta que le hice pero que no salió de mis labios. Pasaron las horas, el anochecer llegó y supe que tenía que irme. La miré, me agaché para besar su frente, me daba igual si era peligroso o no. Ella estaba viva, radiante, bellísima en aquella ópera que la iluminaba con reflejos de un acogedor oro viejo. Ella, que me contaba las aventuras de aquel chino mientras yo adoraba que lo hiciera, con sus labios cerca de mi oreja, su aliento en mi cara. Estaba viva aquella noche en el hospital, cuando yo lloraba en el silencio de aquella sala por el destino de Manolo Carrasco y ella me abrazó para darme aquel primer beso, que recibí con la naturalidad majestuosa de alguien que obtiene el cariño salvador en un mundo amargo y cruel al que parece condenado.

Me fui. Salí de allí con poca esperanza de volver a verla viva. El páter llegaba en su pequeño Kubelwagen, pero yo no quería hablar con nadie. Me monté en la moto BMW que había hecho mía en aquellos días. La arranqué de una patada en el pedal para coger el camino hacia el campamento. Las gafas de protección se me empañaron.

Caminé sin rumbo por el bosque siguiendo a Pastor. El turolense

intentaba seguir un rastro para localizar a un posible grupo de partisanos que habían colocado varias minas en la carretera. Todos suponían que estaban por allí, que podrían ser una avanzadilla que había cruzado el río, el preludio de algo mucho mayor. El teniente Marchena era un petimetre que quería hacer méritos, había llegado con los *mortadelas* y pensaba que tenía que hacer cosas, aunque fueran sin sentido, para demostrarle a otros oficiales que era capaz de dirigir a veteranos.

Mi mal humor fue aumentando mientras aquel imbécil le decía a Pastor que buscara pistas o que siguiera sendas que no veía. «Creo que por allí hay un trozo de caucho de una bota», «sin duda esas ramas rotas han sido por pisadas de seres humanos», «allí fijese en ese trozo de corteza», mientras Pastor le decía: «Qué va...», «no se deje llevar por eso...», «si usted lo dice...», «como usted mande...». Y así todo el día. Cuando volvimos era de noche y el viernes se había ido. Lo único positivo fue que Carballo cazó un ciervo enorme, que llevaron entre Morcón y un *mortadela* recién llegado que era un vasco gigantesco al que llamábamos Chiquito. Todo el mundo lo celebró, pero yo me fui al catre en el blocao. No la había visto. Mi hermano no estaba cuando llegué. Me acosté y no pude dormir pensando en que haría cuando Bosem muriese. ¿La enterraría? Claro que sí. Había visto un árbol muy bonito junto a un recodo del bosquecillo. Buscaría a un judío para que diera una oración por ella y colocaría una señal para volver a buscarla cuando la guerra terminase.

La moto rugió cuando la puse en marcha. Tenía el día libre y la BMW comía los kilómetros con sus potentes ruedas todoterreno hasta que me dio por frenar e ir más despacio. El miedo de ver muerta a Bosem me hizo dudar hasta parar la moto en aquel bosque de grandes árboles. La luz del sol entraba entre las ramas. Me coloqué un cigarrillo en los labios y me lo fumé sin pensar en nada. Miré la lata de desinfectante que había traído para rociar aquella casa cuando ella ya no estuviera. Era horrible pensar en que la había recuperado para verla morir, para ser su enterrador. Miré al cielo para hacer la eterna pregunta que han hecho los hombres desde hacía milenios: «¿Por qué, Dios? ¿Por qué?». El cigarrillo se consumió. Miré el reloj, eran las diez de la mañana. La moto volvió a rugir.

La casa estaba tranquila. Una de las nietas de los Novikov jugaba con un gato en el terreno que separaba ambas casas. Me saludó. Hice el esfuerzo de devolverle el saludo, entré en la casa. Estaba luminosa. Nunca había estado

allí por la mañana. En la mesa del comedor, nada más entrar, había una caja azul que miré sin prestarle atención. Caminé por el pasillo que me llevaba a la habitación.

—Santiago —dijo una voz débil desde la puerta entornada.

Era la voz de Bosem. Abrí la puerta de un golpe. Estaba despierta, recostada en su cama sobre varias almohadas. Tenía un turbante en la cabeza y me miraba con sus ojos débiles pero firmes. Sus labios hicieron una sonrisa. Como un tonto me quedé parado intentando saber qué pasaba. Miré hacia Villa, que me sonreía para mostrarme algo que llevaba en la mano, un vial de vidrio. La caja azul, el vial.

—¡La vacuna! —grité levantando los brazos.

—Sí, la misma.

Me lancé a darle un abrazo que me devolvió con fuerza.

—¡Dios mío! ¡Gracias, Dios mío! —dije poniéndome de rodillas con las manos juntas. Me quité el casco, que cayó al suelo, para avanzar como estaba hasta la cama y mirarla a los ojos para ver cómo me sonreía—. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Santiago —me dijo ella con un cariño que me derrotó.

Lloré sobre aquellas sábanas muchísimo. Ella me acariciaba el pelo mientras yo, como un tonto, era incapaz de dejar de llorar.

—Pensé que te perdía —dije secándome las lágrimas con la mano.

—Tu hermano trajo el jueves de madrugada la vacuna —dijo Villa, apoyado en la mosquitera que blindaba la entrada por la ventana abierta de aquellos horribles mosquitos que nos azotaban en el verano ruso—. Se la puse nada más llegar. Al principio le subió la fiebre muchísimo, tanto que pensé que la perdía, pero a las tres horas le empezó a bajar. Cuando amanecía estaba a treinta y seis, después no ha hecho más que mejorar.

—Me han cuidado muy bien —me dijo ella. Su voz no sonaba a enfermedad, solo a debilidad, a la fuerza de la supervivencia.

—¿Cómo estás, Bosem?

—¡Qué bien suena!

—¿Qué cosa?

—Mi nombre en tu voz.

El plato de sopa estaba caliente, no quemaba, pero aquello frío perdía el sabor. Lo coloqué en una bandeja que la señora Novikov había traído. Metí la cuchara en el cuenco para sacarla llena no solo de caldo, también de col y un

poco de carne. Bosem abrió la boca y llevé la cuchara al interior de su boca. Ella cerró los labios.

—¿Está buena?

—Sí —dijo ella abriendo la boca de nuevo. Yo repetí la operación—. Me tratas como a una niña pequeña.

—¿Y cómo quieres que lo haga? ¿Como a un niño?

Ella rio y yo teatralicé para limpiarle los labios.

—Bobo —dijo sonriendo para poner morritos que yo limpié adecuadamente—, español loco.

—Sí, como una cabra.

Mi hermano miraba desde el salón. Había venido a ver cómo estaba Bosem. Callado, sus ojos estaban extraños. Nos observaba con interés, pero sin decir nada. Me dio la sensación de que no quería molestar, que sobraba allí. Cuando terminé de darle de comer a Bosem, él se despidió.

—¿Tan pronto? —le preguntó ella.

—Sí —asintió él sonriendo—. Tengo que volver al campamento. Hay cosas que hacer.

—Gracias por venir —dijo ella.

—Espera, Miguel —le dije yendo tras él.

Fuera de la casa, ya estaba montado en el Volkswagen. Corrí hasta la ventanilla.

—Tómate una semana. Yo te firmaré el permiso —dijo sin mirarme a la cara.

—¿Te pasa algo, Miguel?

—No.

—Te noto extraño. ¿Estás enfadado por algo?

—No —me dijo clavándome aquellos ojos que tenía, pero esta vez no había furia ni ira, había emoción. Las lágrimas se cuajaban en ellos—. Hoy es un día muy feliz para mí.

—Miguel... —dije sin saber qué añadir.

—Vuelve ahí dentro, ama a esa mujer y cuídala. Haz que todo esto valga la pena.

—¿Todo esto?

—Sí, todo esto.

Aceleró el coche y me dejó allí mirando cómo se alejaba, mi hermano mayor y sus misterios. Volví dentro. Bosem dormía. Cogí el libro de Unamuno



que Villa me había dejado. Cuando ella se despertase, jugaríamos a las cartas, me enseñaría todos esos complicados juegos alemanes. Sonreí, estaba sana.

No sé si aquellos días fueron los más felices de mi vida, pero seguro que lo fueron de mi juventud. Conseguí tener una semana de permiso gracias a Miguel. Después visitaba a Bosem cada vez que podía. La veía recuperarse. Su piel volvió a ser de aquel blanco nacarado, sus mejillas recuperaron su color. Su imagen al borde la muerte fue mitigándose en mi memoria. Villa dejó de visitarla como médico y cuando venía era como amigo. A veces lo acompañaba el páter o mi hermano. Comíamos en la mesa junto a los Novikov, que se negaban a coger las cosas que les regalábamos, pero con nuestra insistencia acababan aceptándolas. Yo sabía que les hacían falta y por supuesto que se las traía: latas de carne, de sardinas, aceite, mantequilla, carne seca, encurtidos... Cosas que sisaba de la cocina o que me traía alguno de los «conseguidores» que teníamos en la compañía. Toda mi ración de tabaco me la gasté en aquello y mil raciones si hubiera podido. Miguel me ayudó. Además, muchos de los chicos me daban cosas que les sobraban o incluso regalos que les habían llegado de casa y no sabían qué hacer con ellos. Se los agradecía en el alma.

—Ya se habla de una ronda de relevos antes de Navidad —me dijo Miguel una tarde en el porche de aquella casa.

—Sí, aunque a nuestra compañía parece que la olvidaron —dije con unas gafas de sol que me había agenciado de un partisano muerto.

—Esta vez es distinto —dijo mientras miraba la tranquilidad del pequeño estanque donde nadaba Bosem con las hijas y nietas de los Novikov—. Creo que se va a empezar a relevar a granel.

—¿Y eso? —Yo sonreía a Bosem, que me devolvía la sonrisa desde el agua.

—No sé, pero me dicen los *mortadelas* que en España las cosas andan revueltas con nosotros. Ya no somos ese motivo de charanga y pasacalle de cuando salimos.

—Pues primera noticia —dije distraído.

—Santiago. —No le contesté—. Atiende —le miré—, cuando lleguen los relevos, si te toca, te largas. Te llevas a Bosem contigo. Te vas sin mirar atrás. Ni se te ocurra pensar en otra cosa.

—Pero... —dije extrañado. ¿Y dónde quedaba la venganza contra el asesino de nuestro hermano? No se lo pregunté, pero creo que me leyó la

mente.

—No pienses en nada más. La coges y te vas.

—¿Crees que podré hacerlo? ¿Qué me dejarán llevarla?, ¿que no habrá problemas?

—Bueno, en el mismo tren no lo sé, pero a ella la repatrián y cuando llegues a Madrid, igual incluso en el mismo vagón.

—¿Así de sencillo?

—Bueno, sé de varios que lo han hecho. Eso sí —puso expresión pilla—, se casaron aquí, volvieron como marido y mujer.

—Eso por mí no sería ningún problema.

—Lo sé —dijo sonriendo—, se te nota un montón.

—¿Qué se me nota? —dije gallito.

—Que no sería un problema —dijo con sorna empujándome el hombro—. Anda, vete a bañarte con ella, que lo estás deseando.

El veintiocho de junio no se hablaba de otra cosa. Los rusos se habían rendido, el general Vlasov estaba prisionero y los alemanes repetían por la radio que el Voljov ya no era un frente de guerra, por lo tanto, la victoria era suya. Ese día lo celebramos en el campamento, aunque sin grandes festejos, todos pensábamos que la victoria total estaba muy lejos. Pero, aun así, tampoco lloramos ni sufrimos por aquella victoria y menos cuando llegaron con generosidad los permisos de dos y tres días.

Miguel los repartió y nos dio los horarios del transporte para el que quisiera ir a una ciudad cercana a pasar aquellos días. La algarabía fue general. Yo no pensaba ir a ninguna ciudad. Cuando terminó, vino el jarro de agua fría.

—Soldados —dijo con aspereza—, disfrutad estos días. Al que le tocó tres días lo quiero el lunes entrando por esa puerta, y al que le tocaron dos, ya habrá más suerte la próxima vez, pero el domingo aquí como un clavo. Al que no le tocó permiso pues a servir a la patria, que para eso estamos —murmullos—. Cállense, que no he acabado. —Lanzó una mirada furibunda alrededor que hizo callar a todos—. Ahora que los rojos se han rendido, hay que ir a buscarlos en otra parte, así que aprovechen estos días porque a la vuelta hay que desmontar el campamento. Se pondrán partidas de trabajo y turnos de doce o dieciséis horas.

—Mi sargento, ¿desmontarlo? —dijo Rosales correcto y formal, sin ápice de ironía en el trato. Con mi hermano no se la jugaba.

—Sí. —Miguel hizo una pausa—. Nos trasladan.

—Mi sargento...

—Novo Lissino. —Silencio absoluto. Como si hablara en chino—. Vamos a tomar Leningrado.

La ciudad cercada. Todo el mundo gritó en un enjambre de hurras, brazos en alto, «¡Arriba España!» y felicitaciones mutuas. Incluso se entonó el *Cara al sol* a voz en grito, pero para mí solo era un problema, un enorme problema.

¿Qué haría con Bosem? ¿Cómo la llevaría? ¿Dónde la ocultaría? Maldije a los rusos por rendirse y a ese estúpido general rojo que se había dejado coger. Mientras todos berreaban de contentos, salí de la cantina para irme a buscar la moto. Tenía muchas cosas que pensar.

—¿Y eso dónde queda? —me preguntó Bosem mientras apoyaba la cabeza sobre mi pecho. Estábamos en la cama, en una tarde de calor horrible. Habíamos estado de paseo por el bosque, pero tuvimos que volver o los mosquitos hubieran acabado con nosotros.

—Según parece, es un arrabal de Leningrado, así que no será tanto bosque ni tanta isba aislada.

—O sea, una ciudad.

—No sé si tanto como una ciudad, pero sí que habrá más casas.

—Y SS.

—No pienses eso —dije encendiendo un cigarrillo.

—Donde está la gente están la Gestapo y las SS, husmeando a la búsqueda de judíos.

—No, porque si hay españoles, ni la Gestapo ni la madre que los parió se acercan.

—No los conoces —dijo rotunda.

—¿Crees que Tobías Müller mandó que te detuvieran? —dije cambiando de tema.

—No —dijo con una seguridad que yo no tenía.

—¿Por qué?

—Me detuvieron unos tipos de la Gestapo. Él siempre hablaba de los deseos de la Gestapo de desacreditar a la cúpula del Abwehr y sus guerras con todos esos jefazos nazis.

—Sí, pero no hizo nada por ti.

—Eso es cierto —me dio un beso en el pecho—, pero es que Tobías es más político que otra cosa.

—La Gestapo te entregó a las SS.

—No, la Gestapo me tuvo en una celda durante creo que tres días y después me llevaron al gueto de Riga, un lugar horrible, lleno de muerte, enfermedad... Si te contara las cosas horribles que vi. —Estuvo en silencio un instante—. De allí sacaron a muchísimos en un tren para Polonia, pero según decían, entre ellos los guardias, el tren se había metido en otra vía por un sabotaje o que un cambio de agujas no había funcionado, o algo así... Acabamos en aquel asqueroso pueblo ruso, en un gueto pequeño que ya estaba lleno antes de que todo aquel tren llegara. Fueron diez días allí... No quiero hablar de eso.

—No hablemos. —La abracé con fuerza. No quería que llorase.

—Solo quiero hablar de ti y de mí.

—Ese es mi tema de conversación favorito.

—¿Sabes de dónde sacó tu hermano la vacuna?

—Ni idea.

—¿No se lo has preguntado?

—A mi hermano no se le pregunta nada porque nunca dice nada.

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Algún día estaremos en un sitio bonito, de esos en que la gente es educada, limpia, y bailaremos hasta que sea madrugada para volver a casa caminando, a nuestra casa, sin miedo a que nos detengan. Nos acostaremos juntos y yo no sentiré miedo de que tengas que irte a una misión... y no volver a verte más.

—Bosem —dije asombrado.

—Temo perderte cada vez que te vas —dijo con suavidad— y que este castillo, este cuento de hadas que estoy viviendo contigo, se esfume para que todo vuelva a ser gris, oler a cenicero, sábanas sucias y resaca de champán barato. Eres todo lo contrario a eso, eres un caballero, eres la luz —se quedó callada un instante—, eres mi luz.

—No sabía —ella me miró con la cara apoyada en mi pecho y sus ojos marrones mirándome— que sintieras eso por mí.

—¿Que te quiero? Pues lo siento desde el principio, desde aquella noche en que te besé mientras llorabas en aquella cama de hospital. Estaba enamoradísima de ti y lo sigo estando, nunca he dejado de estarlo.

Miré el techo de aquella casa durante un rato larguísimo. Mi respiración

era honda, sus palabras resonaban en mi cabeza, pero no supe qué decir, todo me parecía absurdo, no sabía cómo corresponderle.

—Me es difícil recordar cómo era mi vida antes de conocerte —acabé diciendo—. No recuerdo bien cómo pensaba o sentía, y todas las cosas que hacía, sabía o me interesaban antes de la primera vez que te vi en aquel callejón de Vilna me parecen absurdas, infantiles, propias del niño que dejé atrás. Creo que no hay nada de aquella vida que quiera recuperar sacrificándote a ti. Nada en absoluto. Eres un todo. —Paré para evitar llorar de la emoción—. Y sí, yo también quiero vivir esa vida contigo.

Nos bañamos en un pequeño lago al que nos llevaron paseando los Novikov, la familia completa. El agua brillaba, el sol en lo alto de aquel final de julio. Los mosquitos se habían ido. Borem tenía el pelo mojado en aquella agua fresca y sus piernas me sujetaban por la cintura debajo del agua. Conteníamos el beso para no molestar a nuestros anfitriones.

—Mañana volveré al campamento. Hablaré con mi hermano y el páter para ver cómo y cuándo te llevamos, la zona donde montaremos el campamento allí donde tendrás tu casa. También veré lo del relevo, igual estamos en España en agosto.

—Me gusta oírte hablar así.

—¿Por qué?

—Es tan bonito.

Comimos con aquella familia en manteles blancos sobre la hierba, vestidos como campesinos rusos del siglo pasado. Las niñas y los muchachos tocaron sus balalaikas mientras los mayores escuchábamos a la sombra de aquellos árboles. En una pastoral llena de luz, que años después me parecía que había sido un sueño, algo irreal, un espejismo de felicidad antes de la tormenta que estaba por llegar.

La motocicleta me devolvía al campamento con la misma velocidad que yo tarareaba una melodía de Cole Porter. La carretera silenciosa. Delante de mí un extraño y siniestro soldado alemán salía del lindero del bosque. Llevaba un poncho de camuflaje y sus brazos desnudos asomaban debajo. Sostenía el máuser como si fuera una porra. ¿Qué estaba haciendo aquel tipo allí?

Di la vuelta para acercarme. A la primera de cambio le daría un tiro y punto.

—¿Quién eres?

No me respondió, solo se me quedó mirando. Desenfundé mi P38 y le

apunté.

—¿Quién eres?

—Tranquilo, amigo español —dijo colocándose el fusil al hombro—. Soy el bueno de Rauch. No voy a hacerte daño, soldadito de Franco.

—¿Qué haces por aquí, alemán? —Lo miré desafiante sin guardar la pistola.

—Tranquilo, soldadito. Yo solo hago lo que me mandan. Mi jefe me dice «busca judíos» y yo busco judíos, me dice que busque a amantes de judíos y yo los busco. Soy así de bueno. —Se rio por lo bajo, mostrando unos dientes de color óxido—. Yo estuve en tu guerra, soldadito.

—¿Y a mí qué? —le espeté—. ¿Quién es tu jefe? ¿A qué unidad perteneces? Esto es una zona bajo el control de la 250, no puedes estar aquí sin autorización.

—Muchas preguntas, soldadito. —Se rio—. Yo estuve en la Brigada Tahelmann. Muchos españolitos maté en tu guerrita de gitanos y toreros y ahora en mi Einsatzgruppen buscando judíos por todas partes.

—¿Dónde está Ott? —Me aventuré.

—¿Lo conoce? En el cuartel de los españolitos, para hablar con algún franquista de los que corrían cuando yo les disparaba con el naranjero en el Ebro.

—¿Tú estás solo?

—Sí, me ordenaron que buscara un sitio donde pudieran ocultar a una judía robada que quiere el teniente Ott.

Miré hacia la carretera delante de mí, después hacia atrás. Alrededor los altos arboles impresionaban con aquella luz de la mañana. El tipo se había puesto el fusil atravesado sobre los hombros. Movía la cintura como si hiciera una tabla gimnástica.

—O sea, que estuviste con las Brigadas Internacionales durante la guerra —le dije.

—Sí, claro que sí, yo era comunista en aquella época. Rauch era un camarada del KPD— asentía con la cabeza— y ahora soy un nazi de los buenos, pero hago lo mimito.

Le disparé. La bala entró en la frente para salir por detrás del cráneo. Aquel animal cayó hacia atrás muerto al instante. Me bajé de la moto, cogí su rifle para tirarlo hacia el bosque y se hundió en unos matorrales, que se tragaron al gigantón de su dueño cuando conseguí empujarlo para que cayera

rodando y desapareciera entre la misma maleza. Lo encontrarían. «Los partisanos lo mataron... Uno escondido en el bosque, este pensando en tonterías... Un tiro rápido y a otra cosa... Tipos morían a miles todos los días...».

Tenía que volver a por Bosem, ya no estaba segura allí. Di la vuelta, aceleré la motocicleta para coger el camino del bosque que me llevaría hasta la casa de Novikov.

—¿Dónde está ella? —me preguntó Miguel.

—En el blocao del páter.

—Menos mal que no vuelve —negó con la cabeza—. No sé qué hubiera dicho de tener a una mujer en su blocao.

—Ella estará callada, no encenderá la luz.

—Sí, tiene que parecer que no hay nadie. Los imaginarias por la noche dan muchos bloqueos como vacíos, así que al mínimo ruido en sus guardias darán la alarma.

—¿El cura no vuelve?

—Se marchó para ir al nuevo campamento.

—Pues qué rabia —dije dando una patada a la dura pared de piedra y barro del blocao de suboficiales— porque pensaba meterla en el coche del páter y llevarla escondida allí.

—Pues eso no puede ser. No solo el cura, muchos se fueron para ir recolocándose. Todos los que no vayan a participar en el desmonte del campamento se han estado yendo.

—¿No habrá que ir a Novo Lissino caminando? —pregunté asustado.

—No —sonrió—, iremos a Nóvgorod y allí en tren, pero hay varios que irán en coche.

—¿Quiénes?

—Los mismos que hicieron el camino hasta Rusia como señoritos en coche. Pues ya sabes, los de antitanques, armas pesadas y todos esos.

—Pues yo soy chófer —dije rápidamente.

—Veré lo que puedo hacer.

—Pues es lo único que se me ocurre.

—Sí, pero esas unidades ya están creadas. No es plan de llegar ahora y decir que tienen un nuevo chófer. Además, van como sardinas en lata, con todo ese armamento. ¿Dónde la llevarías?

Carballo le daba conversación al centinela, un *mortadela* flacucho que

estaba haciendo la mili en el Ferrol cuando le llamaron para venir a Rusia. Ahí lo dejé respondiendo a las preguntas disparatadas de Carballo para ir a lo mío.

El campamento estaba tranquilo y oscuro como la misma noche, quedaba una hora para que se tocara diana y todo aquello se transformara en un hervidero de actividad. Caminé a paso ligero hasta el blocao del páter, metí la llave para abrir el candado, que cedió haciendo un ruido que me pareció una salva marinera, la puerta no colaboró gimiendo sobre sus goznes como si de un gato se tratase. Bosem estaba allí, lista para salir. Se había puesto el uniforme que le di por la noche, con el pelo metido en el casco. Si la mirabas en la oscuridad, de lejos o sin fijarte en ella, podía pasar por un guripa.

—Vamos —le dije muy bajo llevándome el dedo a los labios en señal de silencio.

Me siguió hasta el camión que me había agenciado mi hermano como conductor, abrí la portezuela trasera y me agaché para que ella usara mis manos como escalón para subir.

—Escóndete al final tras los fardos de mantas —dije en un susurro—. No respondas a nada si no te llamo yo. Cuando sea seguro te paso delante.

Ella asintió, yo pasé la lona que cerraba la trasera y subí la puerta con el pasador. Di un suspiro profundo para ir a la cabina del camión, donde la cháchara del gallego y Carballo continuaba.

—¿Todo bien, mi cabo? —me preguntó el ferrolano.

—Bueno, la carga suelta casi toda.

—¿La amarraste?

—Sí, en eso estaba. —No había nada que creara más solidaridad entre los soldados que quejarte por hacer el trabajo de otros—. Pero bueno, qué se va a hacer... ¿Nos vamos?

—Sí, vámonos.

—Pues nada, chico —lo miré con afecto—. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Anselmo, pero todos me llaman Soplete.

—¿Por? —dije ya subido al camión.

—Trabajaba en un astillero en la vida civil.

Salimos de allí. Carballo se encargaría del mapa. En un día llegaríamos, pero yo tenía que buscarle acomodo a Bosem y no sabía ni siquiera cómo sería la zona. Miguel me decía que era una zona urbana, pero yo no sabía por dónde empezar.



## 11. Novo Lissino, sector de Kolpino, 1942

Las ametralladoras lanzaban su ráfaga diaria contra las posibles posiciones de morteros y francotiradores. En realidad, eran dos ráfagas, una por la mañana y otra por la tarde. Se trataba, según nos decían, de buscar el efecto psicológico para evitar la pasividad, que se acomodaran a la situación y convirtieran sus posiciones en fortines. Nunca supe si los mandos temían que ellos se volvieran acomodaticios o nosotros.

Las casas de aquella ciudad industrial se agigantaban con un tomavistas que le había birlado a un ruso muerto. Miraba los bloques de viviendas, altos e industriales, de cinco y seis plantas, algunos de un blanco sucio, otros con los bloques de cemento sin cubrir, todos con síntomas de destrucción. Las ventanas, cuadrados negros como cuencas de calaveras, de todos los tamaños, cuyos cristales habían saltado hacía mucho, pero tan mortales las grandes como las pequeñas. Un rifle de francotirador podía pasar desapercibido durante horas. Eran más peligrosos que los morteros que utilizaban las azoteas o los edificios convertidos en amasijos de cascotes. A veces también disparaban desde detrás de las casas, a ciegas, como locos, intentando inútilmente hacernos daño hasta que los localizábamos para que la artillería los borrara del mapa. Un francotirador era otra cosa, solo necesitaba un pequeño hueco en la pared para disparar hasta cansarse. Si era bueno, podía mandar a criar malvas a veinte en un día para desaparecer y volver otro día.

—Parece que está todo tranquilo —dije a Carballo, que estaba a mi lado con un rifle de un francotirador soviético al que habíamos capturado el primer día que empezamos a operar en Kolpino. Un mes hacía de todo aquello.

—Pues que siga así —dijo mirando por su mira telescópica. Le maravillaba el juego de ópticas y la superioridad del arma con respecto a las alemanas.

—¿Te acuerdas de cuando nos decían que los rusos se rendirían en dos meses?

—Sí —dijo jugando con la mira— y que esto sería como un paseo por la Castellana.

—Nadie nos contó lo del invierno —dije mirando a aquella parte de la

ciudad llena de edificios derrumbados, cuyos habitantes la habían convertido en un auténtico infierno. Frente a ellos, nuestras trincheras, puestos de tiro, morteros, avanzada, observación, cuarteles y la poderosa artillería alemana que machacaba aquella ciudad, o al menos aquella zona de la ciudad porque la parte que quedaba a nuestras espaldas era zona conquistada—, ni tampoco nos dijeron que estos tipos igual se rinden y colaboran como resisten hasta la muerte.

—Los rusos hacen lo que haríamos nosotros.

—Pero si en España hubiera una dictadura comunista...

—Ya, y si un ejército extranjero viniera a liberarla, empezara a matar españoles, a negarnos la posibilidad de luchar con ellos, a llevarse a nuestra gente, a dejar morir a los soldados prisioneros, a sacar nuestras materias primas —me miró con la cara sorprendentemente seria—, ¿qué haríamos nosotros?

—No dejar ni uno vivo.

Oímos acercarse a Voluntario y a Madriles, que canturreaba *Clavelitos*. Era el relevo, no el definitivo, ese no había llegado para ninguno del batallón, habría que esperar hasta dentro de dos meses que sería el siguiente. Por ahora nos conformábamos con que fuera el cambio de turno.

—¡Venga! Ya os podéis ir —dijo Voluntario, con el pelo cargado de gomina que le había regalado un observador italiano, el cual se «hospedó» en nuestro barracón una semana.

—Ahuecando el ala —dijo Madriles sonriendo.

—Todo está más que tranquilo. —Le di los prismáticos a Voluntario—. Aquí tienes, pero cuídame la herramienta. No me la pierdas.

Caminamos por la trinchera para ir a dar parte. Cruzaba los dedos por que dijeran que podíamos descansar la tarde, que nos dieran permiso para salir. La parte de la ciudad que era nuestra era un hervidero de vida. Los rusos vivían allí, tratando de sobrevivir lo más dignamente posible. Montaban sus mercados, sus puestos, e incluso hacían sus conciertos de música folclórica o clásica en plazas que no eran otra cosa que explanadas de tierra. Se reunían los vecinos a hacer o a parecer que aquel frente activo pero estancado no era más que una molestia.

—Podéis iros —dijo el sargento Melián, al que una esquirla de metralla le había puesto un parche negro en el ojo izquierdo.

Saludé a los Bulgakov, que vivían en el bajo de un edificio de cuatro

plantas que solo los tenía a ellos como vecinos, el resto se había marchado. Era una familia formada por dos ancianos que parecían salidos de un cuento ruso de leñadores en la estepa, ella gorda con pañuelo permanente, él un gigante de pelo blanco y bigote encrespado al que daba forma puntiaguda utilizando cera en las puntas. Estaba la hija de ambos, una muchacha de mi edad, muy rubia con dos hijos pequeños. El marido estaba en el frente, o eso pensaba ella porque la última carta era de hacía dos meses.

Entré en aquel edificio empujando la puerta hueca forrada con una lámina de acero remachado. Paré en la puerta abierta de la familia para saludarlos, estaban al fondo de un largo pasillo, en la cocina de aquella casa pequeña y soviética, que en su día debió de ser una portería, pero que se transformó en una vivienda familiar. La señora Bulgakov se levantó al verme y, haciendo aspavientos con la mano, me saludó en ruso. Yo empezaba a entender algo, pero todavía lo hablaba muy mal, aun así, al sacar de mi bolsa de lona varias latas de conservas, tres panes, una caja de galletas y unos tubos de leche condensada, la hija y el viejo corrieron a darme las gracias. Los niños revoloteaban alrededor como dos pajarillos hasta que saque una tableta de chocolate, que la madre rápidamente cogió para encargarse de repartirlo. Todo era una algarabía de gratitud y genuflexiones. Sabía que aquella colaboración no era de corazón, nosotros éramos los invasores, pero estaba basada en la supervivencia y de eso los rusos sabían mucho, así como en algo todavía más fiable que nada en este mundo, el interés mutuo.

El abuelo salió de la casa para acompañarme hasta el fondo del oscuro pasillo que recorría la planta baja, una puerta gruesa pintada de rojo oscuro con una letra rusa en un verde desvaído. El hombre soltó una perorata con gestos e indicaciones. Me mostró el machete de caza que llevaba escondido en el fajín. Asentí sonriendo diciéndome que, si alguien entraba, antes de llegar hasta allí tendría que pasar por delante de su casa. La puerta comenzó a abrirse, el viejo saludó al atractivo rostro de Bosesem, que le devolvió el saludo. El hombre se marchó después de preguntarle si todo estaba bien, ella respondió afirmativamente mientras yo pasaba al interior de aquella habitación con baño y una pequeña cocina, que era lo mejor que había encontrado.

La cama con una gruesa manta, el frío había vuelto por las noches. Un sofá, una estantería llena de libros que cubría una de las paredes, una alacena con comida, un pequeño hornillo junto a la estufa de acero colado y negra

como la noche. Dos sillas y una mesita. Dejé la mochila sobre la mesa, Bosem se lanzó para coger las provisiones que le traje y fue metiéndolas en la alacena que servía como despensa.

—¡Oh! —exclamó al sacar tres libros en alemán—. ¿De dónde los sacaste?

—En el mercado.

—¿Tienen libros en alemán en ese mercadillo de carpas? —preguntó sorprendida mientras los miraba.

—Carpas es lo que no tienen —dije sonriendo—, pero de esto, de todo.

—Están muy bien conservados —abrió uno de ellos— y con un sello oficial —intentó descifrarlo—. Creo que estos pertenecían a una biblioteca.

—¿Cómo estás? —Hacía tres días que no pasaba por allí. Me senté en el sillón.

—Los días que no vienes —dijo sentándose pegada a mí. Le pasé el brazo sobre el hombro— son larguísimos. A veces me distraigo leyendo, pero cada vez que oigo un ruido me pongo tensa, me da por pensar en que vienen a por mí.

—Esto es zona de la División, los alemanes no se acercarán —dije intentando creérmelo yo mismo.

—Si fueran los nazis, sabría que estoy perdida, ese pobre anciano presentaría menos resistencia para ellos que esa puerta —dijo con un tono de preocupación.

—A dos kilómetros de aquí hay miles de españoles dispuestos a defenderte y estoy yo que siempre estoy pensando en cómo estarás.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro, la luz entraba por una ventana redonda, todavía la tarde tenía luz. Hicimos el amor en aquella cama de muelles, entre aquellas sábanas que olían a ella.

—¿Tu padre era comunista?

—Sí —dijo ella con media sonrisa— y abogado laboralista, el paladín del trabajador.

—Me lo dijo Müller —aclaré—, por eso lo sé. Me contó su amistad con tu padre, su muerte y todo eso.

—Mi padre era un tirano que nos pegaba a mi hermana, a mi madre y a mí. A veces nos pegaba sin ningún motivo, llegaba de alguna de sus asambleas y nos sacaba de la cama, solo para pegarnos... Había días que nos metía en la ducha con agua fría, mientras él olía a perfume barato de sus queridas. A mi

madre la humillaba constantemente llamándola perra burguesa, ya que nunca le perdonó que fuera su padre quien le prestara el dinero para comprar el local de su primer bufete. —Tenía los ojos fríos mientras hablaba, pero al mismo tiempo tristes—. «¡Sois hijas de alguno de los amantes de vuestra madre!», nos chillaba lleno de ira y de odio. Si él hubiera sabido que siempre deseé que fuera cierto. Otras veces amenazaba con prostituirnos. ¿Qué tipo de hombre puede decir eso a sus propias hijas? —Hizo la pregunta sin esperar respuesta—. Cuando lo mataron sus amigos, no pudo irse solo como tenía que haberlo hecho, se tuvo que llevar a mi hermana.

—Müller me dijo que habían sido los comunistas.

—Sí, mi hermana estaba en su despacho esperando para hablar con él, era una de esas épocas maravillosas en que no aparecía por casa. Cuando los matones del KPD entraron a tiros matando a todos los que estaban allí.

—Pero si él era comunista también.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Ellos se mataban unos a otros, incluso cuando nadie sabía quiénes eran los nazis, era aún mucho peor. Se tenían mucho miedo entre ellos. Mi padre siempre llevaba una pistola para defenderse de sus camaradas. A veces la sacaba, era negra con la culata marrón y nos apuntaba. Nos decía que, si algún día le daba por ahí, nos mataría o nos enviaría a un hospicio.

—Un monstruo —dije con tanta rabia como pude tragar.

—Por eso siempre me gusta oírte contar historias de tu familia y tu pueblo español.

—Ahora me siento mal por habértelas contado —dije mirándola con pena—. No sabía nada.

—No —movió la cabeza mientras me acariciaba el pelo—, al contrario, me gustan las historias de familias normales. Con padres que son buenas personas, madres que no viven atemorizadas e hijos que no piensan que sus padres van a asesinarlos —se levantó—. ¿Quieres algo de comer?

—No, aprovecha todo lo que te traje.

—Yo voy a comer algo, estoy hambrienta. —Se levantó desnuda para coger mi gorra de la mesa y ponérsela ladeada mientras me miraba con una de sus sonrisas que derretían el hielo y dijo con naturalidad—: Me dejas exhausta.

Reí.

Marcelino era otro de los portugueses que habían llegado hacía poco.

Hablaba junto a la bombilla cuya luz le daba un aire de loco en aquella oscuridad. Tenía la mirada perdida y los ojos como recortados sobre un papel. Cuando entré con Rafa, Villa, Carballo, Bazaga e Irlanda —volvíamos de una patrulla por los alrededores de Kolpino—, todos dentro de nuestro blocao, lo escuchaban atentamente.

—... no sabíamos qué estaban haciendo. Nos acercamos para ver qué pasaba. Uno grande nos dijo que nos fuéramos —miró a otro *mortadela* al que llamábamos Calderet, que asentía con la cabeza—, pero los mandamos a la mierda. Era un agujero, lo habían hecho con una pala mecánica instalada en un tanque, era profundo y ancho. Allí no había nada que ver... No era asunto nuestro y nos fuimos —guardó silencio un instante—, pero llevábamos caminando tres o cuatro kilómetros cuando vimos ropa que volaba en el viento, pantalones, camisas, trajes... ¡Joder! Hasta unas enaguas. Con la mosca detrás de la oreja —dijo el veterano de la guerra civil española— cruzamos el pequeño bosquecillo. Nos quedamos en el lindero donde un grupo de judíos amontonaba en un carro con prendas de ropa mientras un alemán los miraba como si no fuera con él. Nos acercamos, el alemán como si no existiéramos, los judíos, que serían cinco o seis, nos vieron y como locos a coger piezas de ropa tiradas por todas partes.

—Le preguntamos con señas —dijo el Calderet con aquel acento catalán que tenía— qué pasaba allí. El *cartofen* como si le maullara un gato, ni caso. Pero uno de los judíos hizo como si disparara al suelo con la mano. Estuvimos viendo aquel montón de ropa, todas las prendas llevaban cosida la estrella amarilla... hasta que nos fuimos. El alemán ya se estaba poniendo chulo, no queríamos darle una buena paliza, así que nos piramos.

—Cuando nos alejamos —dijo el portugués—, oímos una salva de tiros en la lejanía. Venían de la dirección de aquel agujero. Oímos muchas de ellas mientras caminábamos. No sé si fueron veinte o más, pero sin duda ahí estaban fusilando a troche y moche.

Nadie dijo nada, nadie comentó nada, no sabíamos qué decir.

Bosem estaba vestida como las rusas. Era la primera vez que salía, pero no podía seguir enclaustrada o se volvería loca. Septiembre avanzaba, pronto el frío y la nieve lo cubrirían todo, así que se vistió como una muchacha rusa de tantas. Paseamos por el mercado, donde le compré varios libros que puse en mi morral. Fuimos hasta aquella plaza donde la brisa fría nos advertía que el invierno estaba llegando. Gente sentada en sillas de madera, cuatro rusos

tocaban sus instrumentos, tres llevaban balalaikas de distintos tamaños, un cuarto un acordeón y una muchacha de unos quince años cantaba con alegría o con melancolía según fuera la canción.

Bosem tiró de mi mano para llevarme hasta unos escalones donde nos sentamos. No me la soltó. La notaba fría, así que le cogí las dos para que no sintiera frío. La música era vibrante, pegadiza, daban ganas de bailarla. Entre el gentío vi a muchos guripas acompañados de chicas rusas. Si aquello hubiera sido España, ya estaríamos todos bailando en aquella plaza de barrio, pero era Rusia.

—¿En qué piensas? —dijo ella.

—En ti.

—Me tienes delante —dijo ella riendo.

—En ti y en mí, quería decir.

—¿Sabes? Esto es como Riga, pero más pequeño y feote. ¿Te acuerdas de Riga?

—Claro que sí —dije con rotundidad—, creo que nunca podré olvidarme de aquello.

La cantante terminó una canción, se colocó los brazos en jarra para dar una especie de discurso. Los rusos del público asentían casi con fatalismo y pesar.

—¿Qué dice? —le pregunté.

—Van a tocar una canción de amor, del amor que se pierde y que no va a volver —Bosem traducía—. Trata de dos amantes que se vuelven locos la una por el otro, se quieren tanto que no pueden separarse, pero la guerra lo envió a él más allá de las montañas, a una gran distancia de su amada, tanta que no volvió jamás y se convirtió en piedra. Ella lo esperó durante años poniendo una vela en su ventana para que supiera volver, pero él no volvía. Un día se cansó de esperarlo para ir en su busca. Caminó atravesando Rusia entera, enflaqueció tanto que su cuerpo se estropeó, enfermó y toda ella se evaporó para unirse al viento que recorre el mundo buscando a los amantes que el destino alejó de las vidas de sus amados, susurrando sus nombres.

La gente aplaudió y la cantante comenzó a cantar. Bosem se apoyaba sobre mí, las balalaikas sonaban con una cadencia casi hiriente. Vi que muchos rusos lloraban, con lágrimas de emoción, no solo las mujeres, muchos hombres también.

—¿Podemos irnos? —le dije casi como una súplica.

Ella me miró sorprendida.

—Sí, como quieras —nos levantamos—. ¿Qué te pasa?

—¿Vamos a casa?

—Vamos —dijo ella con la extrañeza en la cara.

—Necesito ser feliz contigo. No soporto este drama, este tormento, esta tragedia. Para todo eso ya tengo la guerra y sus recuerdos, para eso tuve a mi familia en los años tras la muerte de mi hermano Antonio, pero para mí tú eres la felicidad, total y absoluta. Para mí no hay nada triste en tu recuerdo, en tu imagen, en ti.

—¿Fusilado?

—Sí —dijo Miguel en el búnker mientras metía un trozo de la «Hoja de Campaña» en el interior de aquella estufa llena de carbón y madera—, la Guardia Civil le aflojó una salva y a criar malvas.

—¿Y era falangista? —le pregunté mientras el papel empezaba a arder.

—Y tanto. —Cerró la portezuela de la estufa, octubre había empezado y el frío llenaba el día—. Que lo fusilaron con la camisa azul y cantando el *Cara al sol*.

—¿Y eso cuándo fue? Porque primera noticia.

—Sí, hombre, sí —rio con sorna—, que en la «Hoja de Campaña» te lo van a decir. Fue a mitad de agosto, el día de la Virgen, y lo fusilaron el primero de septiembre, pero aquí se ha censurado la noticia, en España sí que lo ha publicado en la prensa.

—Asombrado me quedo —dije acercándome a la estufa—, nada menos que fusilan a un *camisa vieja*.



—Y condecorado dos veces por el propio José Antonio.

—Pues vaya calentón le dio. Eso de lanzar una granada en una catedral con un general oyendo misa.

—Setenta carlistas heridos —Miguel se encogió de hombros—. Si es que él solo se lo buscó. Por mucho que digan que si los tipos estaban insultando a Franco, gritando vivas al rey y no sé qué más, no podía irse de rositas, y menos con un general carlista pidiendo su cabeza.

—Está clarísimo.

—Pero ¿sabes lo más curioso de todo...? —dejó en suspenso lo que iba decir. Sonreí, ya que esa costumbre suya la tenía desde que éramos pequeños —, que Hitler lo condecoró con la Orden del Águila.

—¿Al general Varela?

—No, hombre, a Muñoz. —Aclaró ante mi expresión de «¿a quién?»—. Al falangista fusilado.

—¡Joder con el Hitler! ¡Y cómo se mete en los asuntos de otros!

—Ahí está, así humilla a Franco.

—Pero ¿y a ese qué más le da?

—Es que las cosas están cambiando, Santiago —bajó la voz y puso tono de conspiración—. No cuentes nada a nadie de lo que te voy a decir, ¿de acuerdo? —No me dejó contestarle, yo sabía que me lo contaría de todas maneras— Mira que, por historias como esta, te llevan a veinte años de prisión.

—Que ya sabes que no digo nada.

—Ni a Carballo, ni a Domínguez, ni a ninguno de esos.

—Que no.

—En julio Hitler tenía una operación preparada para invadir las Vascongadas y que sirviera de puente de lanzamiento para conquistar toda España.

—Me cortas un brazo y no suelto ni gota.

—Incluso ha estado hablando de utilizar a rojos que, unidos a falangistas, formarían un ejército contra Franco en una posible nueva guerra civil. Pero se echó para atrás porque los generales alemanes le dicen que ahora mismo con los rusos resistiendo es imposible. Además, parece que lo de Possad y el Ilmen le han hecho pensar que los españoles no somos los franceses.

—Pero... ¿Y qué dice el Orejas? —dije con la boca abierta refiriéndome a Muñoz Grandes—. Algo dirá, supongo.

—No creo que lo sepa.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Lo sé de primera mano —hizo un gesto con la cara—, por eso te digo que no digas nada de nada. Pero tenlo claro, Falange en España está de capa caída, cuesta abajo y sin frenos. Están cesando a todo quisqui.

Entró Browazky acompañado del sargento Salamanca y mi hermano cambió de tema. Yo allí no pintaba nada, así que me fui. Sinceramente a mí me daba igual que Franco cesara a todo el mundo o que Falange pintase o no pintase. Lo que me hizo pensar es que mi hermano seguía teniendo tratos con el Abwehr y, por lo tanto, con Tobías Müller. Solo recordarlo me hizo apretar los dientes con rabia. Él entregó a Bosem a la Gestapo. Eso la llevó a la tortura, al tifus y a otras cosas que ella no me había contado, pero seguro que me volverían loco. Perro, bastardo, malnacido. Lo debía haber matado aquella mañana cuando lo golpeé contra la pared.

Era una radio de las buenas, color café con leche, con sus mandos en imitación marfil. Todo muy fino, que se había agenciado Morcón de no sé qué casa a la que habían ido para limpiar la zona, en una misión en el corazón de aquel avispero que era Kolpino. Me costó un machete que conservaba desde las pasadas navidades, tres cartones de tabaco y dos botellas de coñac que me agencié de la cocina. La radio funcionó bien en el único enchufe que tenía aquella habitación. Bosem sonreía mirando el aparato, que localizaba emisoras rusas y alemanas según moviera la rueda. Por costumbre paré en Radio Berlín, donde sonaba *El gato montés*. Le di una palmada en el trasero.

—Toma ya —la cogí de la mano, ella miraba divertida—, esto no es jazz ni Edith, pero un pasodoble...

Ella cogió el paso en seguida, era muy buena en cosas de bailes y todo eso. Siguieron unos cuantos más sin interrupción hasta que la afable voz de Celia Jiménez habló tras los acordes de la última pieza. Su voz sonó seria, no me gustaba cuando la oía así porque sabía que no venía con nada bueno.

—Las tropas del glorioso ejército alemán han ocupado toda Francia en auxilio del Gobierno de Vichy, que se ha visto sorprendido por la agresión angloestadounidense en el norte de África que ha llevado a los militares sediciosos y títeres de Londres a ocupar las posesiones francesas...

Los alemanes habían invadido todo el sur de Francia. Hasta ese momento solo tenían la mitad norte, pero ahora la Wehrmacht llegaba hasta los Pirineos. Soldados alemanes patrullando a metros de la Guardia Civil, divisiones

panzer yendo y viniendo libremente, sin ataduras. Habíamos dejado de bailar, yo me senté en el sofá, meditando todo aquello. Ella puso un pequeño caldero con agua y unas hojas de té sobre la estufa que hacía como cocina improvisada. Fuera había dejado de nevar y el día estaba claro, no había sol porque aquel atardecer larguísimo de cielo grisáceo empezaba a las tres de la tarde y duraba hasta las seis, que era noche cerrada.

—¿Qué piensas? —me dijo vertiendo el agua convertida en té en dos tazas.

—Espero que a Hitler no se le ocurra invadir España.

—¿Y meterse en guerra con vosotros? —dijo ella mientras me daba la taza con la azucarada bebida.

—No sé yo. Desde que me metí en esto, veo que los alemanes están dirigidos por locos —bebí un sorbo—. Tipos que son incapaces de hacer un ejército con los millones de rusos que estarían dispuestos a luchar contra los comunistas... Después llegan a Ucrania, donde la población los recibe con vítores y, en vez de apoyarlos, se dedican a machacarlos con leyes raciales y no sé qué historias más. En Polonia también hacen lo mismo, resulta que es uno de los países más anticomunista que existe, con una población católica hasta la médula, todos son rubios y blancos como la leche, pero como a Hitler no le gustan los polacos, pues a terminar con todos. —Di otro sorbo, el té estaba caliente y muy dulce—. Si sigo, no paro.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—No, al menos de a lo que yo vine y a lo que vinimos todos, que era acabar con el comunismo en su propia casa. Yo no vine ni a conquistarle terreno a nadie ni a luchar por los alemanes y mucho menos a exterminar a polacos, judíos, ucranianos o rusos. A eso no vinimos. —Me miraba con aquel jersey de lana rojiza que le quedaba tan bien—. Además, te conocí a ti y estar contigo lo supera todo.

—Adulador —dijo divertida sentándose en mis rodillas para pasarme el brazo por el cuello—. Si Hitler os invade seguro que os devuelven.

—Sí —reí— o igual nos fusilan, nos meten en un campo de prisioneros o nos absorben como soldados alemanes. —Hice una pausa y pensé en voz alta—. ¿Quién es Yohann? — Noté cómo una tensión recorría su cuerpo, me arrepentí de habérselo preguntado. Ella me miró desde donde estaba recostada sobre mí.

—¿Yohann? —dijo con un tono de sorpresa extraño.

—Sí, Yohann —dije cohibido. Me daba la sensación de que había abierto la caja de los truenos.

—¿Qué te contó Müller?

—Nada. —De modo que era algo sobre lo que me había dicho que ella hacía en Berlín, algún novio o algo peor, pensé con pesar—. En Riga te oí nombrarlo varias veces en sueños.

—Yohann era mi hijo —dijo clavando sus ojos en los míos durante un largo instante que se me hizo eterno. Estaba leyéndome la cara.

—¿Tu hijo? —balbuceé como un tonto—. No lo sabía.

—No podías saberlo, no te lo había contado —dijo apartándose de mis rodillas para sentarse en el sillón. Cogió la taza—. Tenía dieciocho años cuando lo tuve. Era un bebé precioso. —Hizo un silencio que se me antojó larguísimo—. Bueno, yo era su madre, así que para mí era el más precioso de todos.

—¿Dónde está ahora? —la interrumpí.

—Murió con un año —sus ojos se oscurecieron—. La polio se cebó con Berlín aquel verano. Los medicamentos eran caros, los tratamientos todavía más y los judíos teníamos prohibido ir a los hospitales. Müller me consiguió el acceso a un especialista. Era curioso porque era un judío que atendía en un hospital donde los judíos no podían ir —rió con un tono de histeria en su risa—. Hitler y su pandilla no se la jugaban con las enfermedades, así que en esos casos no había contaminación racial. Pero fue demasiado tarde, o tal vez es que no podía hacerse nada. El pequeño murió.

—Lo siento mucho —dije totalmente sincero. Tanto lo sentía que tenía ganas de llorar.

—Bueno, es una vieja historia —dijo volviendo a recostarse sobre mí—. Al principio me volvió loca, pero lo he superado. En la medida que una cosa así puede superarse. A veces pues sueño con él o pienso en lo que podría haber sido, en cómo habría cambiado mi vida. En lo que me hubiera gustado que estuviera conmigo.

Hablamos durante lo que quedó de tarde hasta que miré la hora. Me quedaban veinte minutos para volver al cuartel, tenía que irme. En el quicio de la puerta nos besamos. Cuando estaba fuera en el pasillo, me miró con la luz de la pequeña bombilla reflejando en su rostro para decirme:

—No me has preguntado por el padre —dijo con un tono casi de temor ante mi respuesta.

—¿Sabes? —dije mirando aquellos ojos—, hay un antes y un después de conocerte. Cuando pienso en mi vida antes de Riga es como si fuera de otra persona. En el sitio de donde vengo... —Me callé. No quería divagar sobre los juicios morales de la España profunda y acabar metiendo lo pata—. No necesito saberlo. Para mí sería solo el nombre de un desconocido, solo me importas tú y nada más.

Ella me abrazó y musitó un «te quiero» que me llegó al alma. Cuando nos separamos y salí del edificio, supe que tendría que correr o me caería un arresto. La nieve no ayudaba, aunque todavía no estaba congelada, lo cual era una suerte.

Browazky caminaba a paso ligero, con expresión furibunda. Sus rasgos eslavos se marcaban con dureza cuando señaló hacia donde estábamos Irlanda y yo.

—A ver —dijo alzando la voz mientras caminaba por el patio de los vehículos—. Ustedes dos —señaló donde estaban Madriles con Marcelino el portugués y uno que llamábamos Chocolate, nadie sabía por qué—. Todos detrás de mí.

Lo seguimos a paso ligero hacia la armería. Sabíamos que no era para nada bueno. El armero, un sargento de bigote encrespado, voz atronadora y veterano de tres guerras, miró al ruso con fastidio, creo que alguien pensaba pasar aquella mañana si nada que hacer, pero ahora le venían con tareas.

—Benítez —dijo Browazky—, necesito que amuniciones a estos chicos pero bien amunicionados. Bombas de mano para dar y tomar. ¡Nos vamos de misión! —dijo con cara seria.

Mientras el sargento Benítez nos entregaba los morrales llenos de granadas, el ruso seleccionaba una ametralladora como si fuera a casarse con ella. Cuando al fin tuvo a la afortunada, nos fuimos de allí, dejando al armero con una cara de alivio del bueno, del que no se paga con dinero.

El día estaba luminoso, había que aprovechar esas horas de luz de principios de diciembre. Fuera estaba el comandante Bengoechea que, con su fino bigote, presumía de ser de Bilbao llevando solamente la guerrera cuando el termómetro en aquel mediodía marcaba los ocho grados bajo cero.

—Esta mañana antes del alba dos patrullas salieron a la búsqueda de un grupo de miembros del NKVD que nuestros agentes en la zona nos informaron que estaban impartiendo «justicia revolucionaria». Ya saben cómo es esta gente, el pavor que le tienen los civiles y los militares. ¡Pero al grano! —se

gritó a sí mismo—. Desde hace cuatro horas no tenemos contacto con la patrulla, no sabemos si están vivos o muertos. Así que van a ir a buscarlos, me los localizan y espero que puedan volver con ellos vivos.

Kolpino era un enjambre de escombros, edificios vacíos, ventanas siniestras y un ejército de civiles que se escondía en cualquier recoveco dispuesto a lanzar una granada, dispararte o cualquier cosa con la que pudieran matarte. Agachados, en silencio, moviéndonos como gatos, recorrimos las calles más cercanas al frente, pero sabíamos que teníamos que adentrarnos en la zona alejada a nuestra artillería, donde vivía la población civil y los militares que los dirigían. Allí los fanáticos del NKVD eran la ley, en realidad en toda Rusia lo eran, muchos decían que eran las SS de los rusos, pero yo diría que eran más bien una mezcla de SS, Gestapo y el Abwehr.

Llegamos a una calle junto a la entrada de una fábrica con un enorme boquete en la fachada, sin duda una pieza de artillería le había dado de lleno. Las enormes letras rusas pintadas en blanco se interrumpían en aquel agujero que iba desde el suelo hasta el techo. Pegados a las montañas de escombros, evitando dejar huellas en las zonas nevadas, dejamos de caminar cuando Browazky señaló hacia la fachada, de un letrero verde con una descascarillada pintura de Lenin en un óvalo de metal. Una decena de hombres y seis mujeres colgaban por el cuello de una soga, no tenían aspecto de estar congelados así que supusimos que había sido hacía poco. Uno de ellos llevaba un cartel hecho con un trozo de madera donde alguien había garabateado algo en ruso. Entonces lo oí.

Toqué al sargento en el hombro, que me miró dando un respingo para centrarse en mi gesto con la mano que me llevaba a la oreja y apuntar hacia el hueco en la pared. Venía de dentro. Estaba claro que era una persona que hablaba, tal vez por la radio, por teléfono o estaba sola. No se oía a nadie más. Pasamos por aquel agujero en la fachada, que se me asemejó a una boca llena de colmillos, cuidando bien donde pisábamos. Clavarnos un hierro en el pie podía ser más mortal que una bala. Era una factoría de lo que parecían motores de gran tamaño, un lugar enorme y peligroso, donde nuestros abrigos blancos llamaban la atención como luciérnagas en noche de verano.

Pero no quedaba otra. Avanzamos pegados a la pared, en fila india por aquella inmensidad llena de cadenas de montaje, motores a medio hacer, piezas, herramientas, mesas volcadas. La voz se iba haciendo más clara. Sin duda era un tipo hablando en ruso que estaba tras la pared donde terminaba

aquella sala de montaje. Aceleramos el paso, pero en silencio total, más al encontrar que en la pared donde debía haber una puerta, no había nada. Solo un rectángulo por donde entraba la claridad del comienzo de la tarde, el cielo grisáceo con unas nubes en la lejanía, pero allí la fábrica se terminaba.

Toda aquella zona era un mar de escombros, una auténtica cascada de trozos de cemento y hierros retorcidos que descendía hasta lo que en su día debió de haber sido un muelle de carga para camiones o tal vez por donde salía la producción de motores. Pero lo que nos interesaba era que allí abajo estaba una treintena de NKVD embutidos en sus abrigo con distintivos rojos en los cuellos y sus gorras de plato azules con la banda roja. Estaban allí de pie entre un grupo numeroso de civiles que, en silencio y desarmados, miraban a uno que les soltaba un discurso. Irlanda señaló hacia un extremo donde estaban los guripas que habíamos ido a buscar, sentados en el suelo con las manos en la cabeza. Sin duda los habían pillado pero bien. Pero no estaban solos. Cinco soldados rusos corrían la misma suerte que nuestros compañeros.

Browazky nos miró y sin pronunciar una sola palabra, solo con gestos, nos explicó el plan de ataque. Era una locura, pero no podíamos irnos, los metros de sogas que un paisano llevaba enrollado bajo el brazo describían más que cualquier otra cosa. O los sacábamos de allí o estaban condenados.

Las paredes de la casa de enfrente parecían lo suficientemente frágiles para saltar por los aires. Subimos corriendo las escaleras hasta la tercera planta. Irlanda conmigo, los otros se habían dividido en parejas, mientras los rusos seguían con su discursito. Cogí mi morral y saqué las ocho granadas que llevaba para colocarlas pegadas a la parte que me pareció más débil de la pared. Salí corriendo escaleras abajo para colocarme en la puerta de la entrada. Oí cómo Irlanda bajaba corriendo segundos más tarde, había tirado del cable detonante de una de sus granadas colocadas junto a las mías.

El pepinazo fue de aúpa. Todo el tabique se fue abajo, llevándose las columnas y parte del suelo que se desplomó hacia la calle. En el edificio que hacía esquina, donde Madriles y Marcelino habían hecho lo mismo, soltó un buen trozo de fachada que cayó con un estruendo enorme. Segundos más tarde en la fábrica explotaba un pasillo de metal que unía dos edificios. Los rusos empezaron a chillar pensando que era fuego de artillería o tal vez aviación, miraban al cielo mientras los civiles corrían a buscar refugio.

Browazky fue el primero en salir de su escondite disparando su ametralladora. Era la señal para que saliéramos dando tiros, sin cobertura, ni

defensa posible, solo el ataque directo aprovechando la sorpresa. Recuerdo perfectamente al primero que le disparé en la garganta, un NKVD gordo y mofletudo, que se llevó las manos al agujero donde manaba sangre. Por lo demás, solo recuerdo flashes. Sé que a los comunistas no les dio tiempo a reaccionar. La mayoría murieron sin saber qué pasaba realmente y otros intentando desenfundar. Los civiles desaparecieron por las calles de la ciudad, los soldados rusos que estaban esperando el cadalso permanecían sentados cuando nosotros liberábamos a los guripas, que no paraban de soltar maldiciones y decirnos lo bien que lo habíamos hecho.

—¡Iros! —grité disparando al aire para que los soldados rusos detenidos se fueran—. ¡Están tontos o qué!

—Temen irse, cabo —dijo Browazky—. Posiblemente los cuelguen los del NKVD cuando vuelvan.

Me encogí de hombros, aquello era surrealista.

—¡Vamos! —gritó el sargento—. ¡A la carrera!

En ese instante me di la vuelta para ver cómo los prisioneros rusos corrían con nosotros hacia nuestra base. Un solo instante, una bala desde una ventana, disparada por alguien al que vi como una mancha. Noté el crujido de entrada y de salida, caí al suelo para ver cómo la sangre manaba a borbotones. Madriles chillaba llamándome.

Bosem abrió la puerta. Llevaba ese vestido de campesina rusa con el que parecía una muñeca de madera, de esas que se llaman matrioskas, pero delgadísima y turgente. Sonreí cuando la vi de esa guisa. Ella puso cara de pasmo que fue pasando por todas las etapas hasta llegar al pánico.

—¿Qué te ha pasado? ¡Dios mío! —dijo tirándome del brazo—. Entra. ¿Pero...?

—Una bala —le dije señalándome el vendaje que cubría parte de la mejilla que ella miraba con ojos desorbitados—, pero no te preocupes, es más el vendaje que lo que es.

—¿Cuándo fue? —dijo poniendo sus manos de enfermera experta en la venda para quitármela—. Siéntate y déjame ver eso, no me fío de esos cirujanos de pacotilla de la base.

—Fue anteayer. —Obedecí y me senté. Notaba sus manos sobre mi cara, era una sensación muy agradable—. No vine ayer porque me molestaba al hablar. Hoy no lo noto.

—Es un buen trabajo —dijo mirando la cicatriz.



—Sí, es que ha sido en el hospital que están montando en un edificio que parece un colegio.

—Te quedará cicatriz, pero será pequeña. —Con mi cara en sus manos me miró—. Seguirás siendo guapo.

—Para guapa tú —dije sonrojándome.

—No, tú.

Reímos. Ella se sentó sobre mí para abrazarme. Cuando se separó estaba seria, con un aire de tristeza y preocupación.

—¿Qué te pasa?

—Que a veces me da por pensar que cuando te vas... —Se quedó callada para mirar hacia la estufa—. Que creo que muchas veces no soy consciente de que eres soldado en una guerra y son cosas como esta las que me devuelven a una realidad muy dura.

—Solo ha sido un roce —intenté tranquilizarla—, ni siquiera atravesó la carne.

—Si lo hubiera hecho, tu cara estaría totalmente deformada, habrías perdido la mandíbula o peor aún, habrías muerto.

—Vamos, mujer, que el que viene de un país de catastrofistas soy yo —sonreí.

Ella me miró. Su cara se desfiguró de una manera que me dejó sin habla y empezó a llorar. No me lo esperaba. Siempre la veía tan fuerte, tan racional, que nunca la había visto hacerlo de esa manera. La abracé para que llorara sobre mi hombro. No tenía consuelo, y me preocupaba aquella tristeza descontrolada, sincera, llena de pena. Se estaba desahogando.

—¿Qué te pasa, niña? —dije mientras le besaba la cabeza—. ¿Qué pasa? No llores, mi vida. A principios de enero saldrán nuevos relevos y seguro que me toca a mí, de verdad. Ya hay muchos de los que vinieron conmigo que están en España paseándose con sus medallas. Nada más que me releven nos metemos en un tren y nos vamos de aquí. No te preocupes.

—Santiago, para —me interrumpió—. Estoy embarazada.

—Tendremos que casarnos— dije espontáneamente, pensando en voz alta.

Las lágrimas le caían de los ojos cuando alzó la cabeza, pero ya no lloraba. Me miraba sorprendida desde aquellos ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Es una pregunta?

—No —dije con rotundidad—. Mi hijo no va crecer con sus padres sin

casarse. Eso dalo por seguro.

Ella me seguía mirando como si una piedra hubiera empezado a hablar. Pensé que había parado de llorar, pero se lanzó a mi cuello pasando los brazos por él y volvió a llorar en el hombro. Estaba claro que no era la chica tan dura y segura de sí misma que me parecía. Le di unas palmaditas en la espalda para acariciarla.

—¿Estas llorando por eso? ¿Por estar embarazada?

—Sí —dijo calmándose poco a poco mientras me soltaba el cuello y volvía a estar sentada—, es que son muchas cosas. Fui a una comadrona que me dijeron los Bulgakov y cuando me lo confirmó, llevo llorando desde entonces. No es que no quiera un hijo tuyo, al contrario... —Le di mi pañuelo para que se sonara—. ¡Pero ahora!

Volvió a abrazarme, pero esta vez sin llorar.

—Ahora tiraremos para delante los dos con esto. No lo dudes —dije volviendo a ponerla derecha.

—Qué sencillo ves siempre todo —me dijo con tono de reproche.

—De sencillo nada, pero ahora estoy muy contento y tal vez por eso lo veo más fácil de lo que tal vez sea.

—¿Contento?

—Sí, mucho —dije con una sinceridad apabulladora—. Voy a tener un hijo con la mujer que más quiero en este mundo. ¿Cómo voy a estar triste?

—Yo también —dijo volviendo a llorar para darme con los puños en el pecho y abrazarme de nuevo—, estoy contenta de verdad.

—Chica, si te ven, dicen que estás loca de manicomio.

Paró de llorar y empezó a reírse. Al principio pensaba que lloraba, pero no.

—Bobo. ¿Yo loca?

—Sí, loca —dije sonriéndole.

Me partió el alma dejarla sola al marcharme, pero seguía teniendo que ajustarme a la vida militar. Me quedaba esperar a un permiso para Navidad que me habían prometido junto con otra cruz de hierro a la que me propusieron.

Caminé por aquella calle desierta, con una noche completamente oscura, allí más incluso que en Possad, ya que estábamos más al norte. Apreté el paso. Hacía frío, tal vez quince bajo cero, bajaría a veinte durante la madrugada. Me fijé en un viejo que acarreaba leña y desaparecía velozmente al verme dentro

de uno de aquellos bloques de casas. A unos metros vi el rojo de un cigarrillo encendido. Un tipo alto, grande, enfundado en un enorme gabán estaba allí quieto. Era extraño, ya que no era ruso, o tal vez sí, pero no de aquella zona. Aquel abrigo negro de cuero con piel en el cuello olía a NKVD o a Gestapo a la legua.

No creo que los comunistas se atrevieran a andar con aquella pinta de polizontes por zona ocupada. ¡Gestapo! Una punzada de miedo me recorrió todo el cuerpo. Así que me acerqué caminando como si no quisiera la cosa, saqué del interior de mi abrigo una cajetilla de tabaco, lo miré. Llevaba un pasamontaña negro en la cara y un sombrero de orejeras.

—¿Tienes lumbre, amigo? —dije amistosamente.

El tipo siguió quieto hasta que decidió caminar a su derecha unos pasos para doblar la esquina. Lo seguí, dándole espacio. No quería que me atacara. Parecía un tipo de fuerza considerable, así que me descolgué el fusil de los hombros para cargarlo. Pero había un coche, un Volkswagen negro con cadenas para la nieve. Mi amigo el silencioso abrió la puerta del copiloto, entró para cerrarla de un portazo. El conductor, que para mí solo era un bulto, arrancó para marcharse. Me quedé confundido, estaba claro que rusos no eran. La alegría que sentí al saber que sería padre comenzaba a evaporarse en un mar de preocupaciones. ¿Quién demonios era aquella gente?

Morcón, Bazaga y un novato descargaban un camión con el correo, cajas de municiones y lo que ese año había llegado de aguinaldo navideño. Yo leía una carta de casa apoyado en un bidón de combustible vacío que se había clavado al suelo por las heladas. Aquella mañana de mitad de diciembre era sorprendentemente luminosa. Hacía frío, tal vez cinco sobre cero, pero sabíamos que serían pocas horas de luz. Mi hermana me escribía contándome las bodas de nuestras primas, cómo se empezaba a trabajar en la carretera y cómo las chicas del pueblo se buscaban novios con los militares que estaban acantonados allí. Sonreí con esas cosas de muchacha ingenua. Me explicaba lo que nos habían mandado como regalos de Navidad. Me enternecía mucho todo aquello. Dos jerséis, varias parejas de calcetines, ropa interior... Todo de lana, hecho por mi madre, las tías y ella misma.

—¿Se han dado cuenta de lo poco que ha llegado de aguinaldo este año? —dijo Morcón con un abrigo blanco de piel. Había adelgazado y ya no parecía tan grandullón—. De empresas como las del año pasado no han mandado nada.

—Creo que ya se han acostumbrado a que estemos aquí dije guardando la carta en el interior de mi guerrera.

—Sí —dijo Bazaga—. A lo bueno se acostumbra uno fácilmente. Ya nos echarán de menos cuando no estemos y tengan que llorarnos.

—¡Joder! —dijo Morcón levantando una caja— ¡Alegría, alegría y placer! ¡Que esta noche nace el niño...! —Reímos. Bazaga era un agorero de los grandes. Saqué un cigarrillo de los que me mandaban de casa, sin filtro y negro, como gustaban en España. Lo encendí con un mechero de gasolina que había comprado a un ruso. Concentrado en eso, fue cuando los vi.

En aquel cielo de un blanco grisáceo había unos puntos negros inmóviles. Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir para ver si seguían allí. Sí, como puntos en el cielo, pero ahora parecían tal vez más visibles. Me volví hacia la torre de vigilancia a mi derecha para gritarles a los guripas que hacían guardia.

—Soldado, oteé el cielo con los prismáticos —dije señalando aquellos puntos.

—Sí, mi cabo. —El chico, al que no reconocí por la voz, hizo lo que le ordené. Tardó en buscar los puntos con unos potentes prismáticos de vigía. Cuando los tuvo localizados, paró de mover la cabeza para, sin dejar de mirar, decir lo que me imaginaba—. Aviación, mi cabo.

—¿Nuestra o de ellos? —Vi que me miraba asombrado. Era un *mortadela* y aún no sabía identificar el perfil de los aviones—. ¿Enemiga o amiga? ¡Vamos, coño!

El otro guripa que estaba en el puesto le quitó los prismáticos para mirar atentamente. Era veterano, eso seguro, me sonaba de Possad, de alguno de los batallones que estuvieron allí.

—¡La Parrala! —gritó.

—Esto no es la Parrala —dije—. Esto no es un avión solitario. ¡Da la alarma! ¡Es un bombardeo!

Los puntos se transformaron rápidamente en veinte bombarderos Tupolev que volaban directamente a nuestra posición. Las alarmas antiaéreas aullaron, de los búnkeres salieron a la carrera los asignados a los equipos antiaéreos. No había tregua. Comenzaron a disparar los cañones hacia aquel cielo que se antojaba blanco e infinito.

Varios cazas rusos aparecieron veloces disparando sus ametralladoras. Nosotros corrimos a escondernos debajo del camión. Un caza explotó en el

aire dejando caer una lluvia de esquirlas sobre la nieve a nuestro alrededor. Otro caza se incendiaba para dar vueltas hasta caer en algún lugar de Kolpino. Un tercero se retiraba con una gruesa columna de humo negro en la cola y el cuarto caía directamente al suelo con su piloto muerto.

Los bombarderos comenzaron a caer. Los primeros de la bandada estallaban como petardos de Año Nuevo. El fuego antiaéreo era eficaz y las cargas de los cañones explotaban en el aire soltando bolas de metal que atravesaban los aviones. Así que los pilotos decidieron no arriesgar. Ya habían visto cómo los tres primeros desaparecían y había un cuarto que renqueaba herido, con llamas intermitentes saliendo de un motor.

Abrieron las compuertas donde estaban y dejaron caer las bombas sobre Kolpino, que no era su objetivo. El objetivo era nuestra base, pero no podían bombardearnos sin que les diéramos, así que allí mismo. Las bombas caían sobre las casas, sobre los bloques de viviendas, sobre las plazas y las calles. Sonaban con estruendo sus explosiones. Muchas de ellas no explotaban al chocar contra el suelo, sino cuando un mecanismo se lo indicaba, una especie de temporizador que se agotaba para explotar justo cuando los viandantes pensaban que habían tenido suerte.

Los aviones se marchaban vacíos. Sin carga eran muy veloces y los vimos volver por donde habían venido. Mal rayo los partiera. Salimos de nuestro refugio improvisado debajo del camión. Morcón me abrazó aliviado.

—Escapamos de esta, compañero.

—Será la próxima —dijo Bazaga—. ¿Quién sabe?

—Sí, igual nos espichan en la próxima —dije sonriendo.

Desde allí se vieron los efectos del bombardeo sobre la ciudad. No eran tan grandes como parecía, pero varias casas ardían. Había nubes de polvo por los derrumbes, dos o tres columnas de humo, se oían gritos. Del hospital salieron ambulancias.

—¡Dios mío! ¡Bosem! —¡grité presa del pánico para echar a correr hacia la casa de los Bulgakov.

El humo se elevaba rápidamente hacia el cielo, las casas que ardían eran pocas, al igual que las que estaban dañadas. Los habitantes se agrupaban en el centro de la calle, muchos de ellos curiosos, otros intentaban ayudar a sus vecinos. La ciudad no se había venido abajo, pero yo corría entre aquella gente, la nieve en polvo marcaba mis pisadas y mi corazón desbocado parecía querer salirse del pecho.

—¡Dejad paso! —gritaba sin entretenerme.

Una gruesa columna de humo se elevaba justo en la calle de los Bulgakov. Apreté la carrera. ¡No podía ser!

Se veían llamas salir del techo del edificio, la cola de un Tupolev emergía como clavada en un pastel. Un enorme agujero que había hecho el bombardero al caer, atravesando los pisos del edificio. Según me aproximaba, veía a la gente congregada. Más de un centenar de personas miraban, hacían comentarios. Oí la sirena de la ambulancia de la División que llegaba a mis espaldas. Me quedé paralizado mirando la casa. El avión era un cilindro de fuego enterrado en mitad de la casa. Había caído de lleno sobre el tejado víctima del fuego antiaéreo. Sus motores habían provocado el incendio de sus tanques de gasolina dañados por los impactos, las bombas que llevaba en su interior no habían explotado pero el incendio era lo que había hecho que la fachada se viniera abajo.

Corrí hacia la puerta de entrada, las llamas salían con fuerza hacia el exterior. Paralizado por lo inevitable, me llevé las manos a la cabeza. Me quité el casco para llenarlo de nieve, lo lancé contra aquella pira que emergía de la casa. Era inútil, el calor era inaguantable a tres metros de allí, dentro no podría haber sobrevivido nadie. La nieve se evaporaba antes de tocar el fuego. Aun así, no pensaba quedarme quieto, igual Bosem estaba dentro viva, bajo los escombros, en aquel fondo del pasillo que el fuego no me dejaba ver.

—¡Eh! —les grité a los que vi alrededor y en mi ruso básico—. Ayuda, cubos, nieve dentro.

No tenían cubos. Algunos fueron a buscarlos, otros, con sus palas o con carretillas, empezaron a ayudarme. Era desesperante. El calor evaporaba la nieve al instante. Acabé desesperándome, llevándome las dos manos a la cabeza para apretarme la sien. Grité de rabia, golpeé con el puño cerrado el suelo varias veces. Un hombre ruso al que le faltaba un brazo me miró fijamente mientras con su brazo sano lanzaba nieve con su pala. Yo lo conocía, era el marido de una de las que vendía cosas en el mercadillo.

—¡Señor! —me dijo en la única palabra junto con «hola» y «dinero» que sabían todos los rusos en español. Yo lo miré casi mecánicamente. Era una estatua, salvo que estaba señalando hacia mi derecha con el dedo índice huesudo y largo, el cual seguí con la vista como un autómata.

Un grupo de personas, Bosem y los Bulgakov estaban en un grupo al final de la calle. Me levanté como activado por un resorte para resbalarme con la

nieve fundida. Volví a correr, sin pararme a separar a nadie, empujando a muchos hasta que ella me vio y abrió los brazos para recibirme en ellos.

—Dios mío, pensaba que... —dije sin añadir más. Ella asentía.

—El avión cayó, pero no ardió al principio, tardó lo justo para que pudiéramos salir.

—¡Bosem! —dije evitando llorar, aunque ganas no me faltaban. La besaba, mi respiración estaba agitada—. Creí que te había perdido.

Ella me acarició el pelo hasta que me calmé.

El capitán médico Alonso nos miraba sentado en una silla giratoria que habían rapiñado de algún sitio elegante. Tras él había un retrato de Franco con abrigo y al lado otro de José Antonio. Alonso era más médico que militar, *camisa vieja* desde que en noviembre del 33 dos militantes socialistas le dieron una paliza en los pasillos de la facultad que lo envió al hospital. Cuando volvió un mes después se afilió al SEU y desde entonces. Posiblemente era uno de los *camisas viejas* más veteranos de la División, así como de los que menos había ascendido en Falange. Sus gafas de miope miraron los papeles de Bosem, lo habían hecho varias veces. Se pasó la mano por la cabeza, su pelo cortado a navaja. Me miró fijamente, en silencio. Su mirada fue a Villa para volver a mí, los dos sentados delante de él en unas sillas de madera barnizada que parecían de una casa de comidas. La estufa, de un color ceniza, calentaba aquella habitación.

—¿Dice que está embarazada? —dijo como si fuera una terrible enfermedad.

—Sí, mi capitán —dije.

—¿Es su barragana?

—No, mi capitán —respondí guardándome lo que podría decir de la madre del capitán—. Será mi mujer lo más pronto posible.

—¿Pero es judía?

—Me casaré por ella por los dos ritos —aclaré sabiendo que le gustaría oírlo— y en España ella se convertirá al catolicismo.

Miró a los papeles una vez más. Sin duda se lo estaba pensando.

—Experiencia como enfermera en Riga además de hospitales en Berlín... —se le oía pensar—. Para mí es un gran problema esto.

—Es doctora, mi capitán —dije evitando que se me notara la impaciencia—, le invalidaron el título cuando prohibieron a las mujeres ejercer.

—Sí, y además es judía —me cortó mirándome con severidad, yo asentí con la cabeza—. Entiéndame bien, no tendría ningún problema en que entrara como enfermera, aunque fuera judía. Soy hijo de melillenses, y en mi infancia pasé los veranos en esa ciudad. Tuve amigos judíos y moros, incluso recuerdo cómo un médico judío le salvó el pie a mi hermano cuando un arpón abandonado se le clavó mientras nos bañábamos en la playa. Para mí el enemigo es el comunismo, no los judíos. Lo malo de todo esto es que esta mujer está buscada por nuestros aliados, es una prófuga.

—Pero, mi capitán...

—Déjeme terminar, cabo —asentí—. Permitiré que se una al cuerpo de enfermeras, pero sin inscripción de ningún tipo. Se le dará un uniforme, pero no tendrá registro de ningún tipo por escrito, no figurará de manera oficial. Dormirá con las demás en los dormitorios, por supuesto que tendrá cabida en el comedor, en los baños... pero todo será de manera extraoficial.

—Muchas gracias, mi capitán —dije sintiéndome casi emocionado.

—No tenga tanta prisa, cabo —me pidió paciencia con la mano— que ahora viene mi condición. Yo tengo una carrera militar en la que pienso progresar hasta la jubilación. Hago esto porque, además de militar, soy cristiano y temeroso de Dios, sé que la misericordia es una obligación para mí, pero también sé que no tengo vocación de mártir. No voy a quemar mi futuro ni el pan de mi mujer y mis dos hijos que están en España por nadie. Así que ella permanecerá aquí mientras no haya moros en la costa. Ante la mínima posibilidad de que aparezca un alemán olfateando el rastro o por supuesto reciba cualquier llamada de atención de algún mando, ya sea directa o indirecta, con todo el dolor de mi corazón, la muchacha tendrá que marcharse en ese mismo momento.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Usted —dijo mirando a Villa— será el enlace, cualquier cosa la trataré con usted. Lo siento, cabo, pero cualquier precaución es poca.

—Sí, mi capitán —dijimos al mismo tiempo Villa y yo.

—Retírense.

El abeto rozaba el techo de aquel salón donde pensábamos poder cenar tranquilos. A los *tovarich* les gustaba montar un ataque en Nochebuena o en Navidad, solo para jorobar, pero en Nochevieja estaban tranquilos, tal vez demasiado. Allí estábamos todos los que no teníamos guardia aquella noche. Mesas alargadas, manteles blancos, sopa de huevo y cebolla bien espesa,



carne asada de cerdo, flan con nata, turrón y polvorones. Rioja y sidra para brindar, con las uvas en las campanadas que sonarían con un gong que alguien de intendencia había sacado de algún sitio.

En nuestra mesa nos sentamos los de siempre: los veteranos con más trienios que el Cid, la cuadrilla de Grafenwoehr, los que salimos del cuartel en Madrid. Mucha mili todos juntos. No sabíamos cómo habíamos sobrevivido tantos, pero allí estábamos, cenando en la última noche del año, unos más cansados que otros. La charla era de amigos que nos jugábamos la vida todos los días. Hablábamos de España, de casa, de la familia, de nuestros pueblos. Morcón contaba anécdotas de su multitudinaria familia que nos hacían reír. Era una especie de Sancho Panza enorme, siempre práctico, pero fiel y muy buena persona. Carballo cabeceaba de sueño, había madrugado mucho para hacer una ronda por territorio enemigo y sus ojos enrojecidos no daban para mucho. Voluntario, engominado y con un uniforme nuevo, estaba hecho un pincel, pero los recuerdos lo volvían nostálgico, el vino no le ayudaba a mejorar su humor. Rafa repartía Chesterfield que le habían mandado su familia, Madriles fumaba un habano haciendo anillos como un señor. Villa enseñaba las fotos de su novia a Bazaga, que lo miraba tras aquellas gafas redondas que igual valían para un bautizo que para enterrar a alguien, no era mal chico ese muchacho siempre tan sombrío. Yo miraba a Bosem sentada en la mesa de las enfermeras. Estaba callada mientras escuchaba a las otras hablar. Estaba guapísima con el uniforme y el pelo suelto.

Llené dos copas con sidra y fui a sentarme con ella en el momento que vi que las enfermeras empezaban a levantarse para ir a coger dulces de una mesa. Había huecos a su alrededor. Ella me miró diciéndome con los ojos «ven». Sus curvas se marcaban en aquella ropa diseñada para no marcar nada que le quedaba muy bien. Yo también iba de uniforme por supuesto.

—Es como si volviéramos a estar en Riga —le dije.

—Cuando íbamos a cenar junto al río.

—Todavía siento tu fuerza en mi mano cuando me la cogiste aquella noche y tu cara iluminada por las luces de las farolas.

—Parece que hace muchísimo de todo aquello, pero yo a veces recuerdo aquellos días y siento vértigo —dijo dando un sorbo a su copa.

—¿Por qué vértigo?

—Porque pensé que te había perdido —me miró con ese aire triste que a veces tenía—, pensé que nunca te iba a volver a ver más.

—Pero ahora estamos los dos juntos, aquí viendo este final de 1942. Pronto tocarán algo más alegre, o eso espero —dije mirando hacia la banda militar improvisada que en una esquina tocaba una pieza que inundaba de melancolía la sala. Bosem sonrió—. Después sonarán las campanadas, nos comeremos las uvas... y un nuevo año habrá llegado. 1943 será para nosotros dos.

—Me encanta oírte hablar —dijo ella recuperando su tono de chica segura de sí misma, contenta y valiente.

—¿Cómo estás del embarazo?

—Pues igual que como estaba ayer cuando me lo preguntaste. —Me guiñó el ojo.

—Tú con cualquier novedad o cómo te sientas se lo dices al médico... y a mí, claro.

Ella asintió, yo me quedé callado mirando al lugar junto al abeto que ocupaba la banda militar. Voluntario había cogido un clarinete, y tras una acalorada pero breve discusión con uno de los músicos, acabó poniéndose al frente de la orquesta. Al fin y al cabo, él era alicantino y algo tenía que ver con una banda en su pueblo, o algo así. Paró la música, hubo alguna tímida protesta del público, pero más expectación que otra cosa. Golpe de mando de Voluntario y la música volvió a sonar.

—¡Dios mío! ¡Si es Paquito! —dije riéndome, mientras todo el mundo, o al menos los más avispados, sacaban a las enfermeras más jóvenes y los menos pues a las que les decían que sí.

—¿Quién? —dijo Bosem sorprendida por cómo en cuestión de segundos se había formado un baile de verbena de pueblo allí mismo.

—*Paquito el chocolatero* —dije tarareando la melodía. La cogí de la mano para tirar de ella, llevarla junto al abeto con la pancarta de Feliz 1943 y las velas colgadas de sus ramas más gruesas con sus llamitas quemando la cera.

Voluntario me vio, yo le dije «qué grande eres», él afirmó con la cabeza. Cogí por la cintura a Bosem y como en tantas veces, tanto en mi pueblo como en Madrid en los días de permiso, bailé aquel pasodoble que me gustaba tanto, pero esta vez fue diferente. Ella me miraba como si no existiera otra persona en el mundo, me sumergí en sus ojos como si me lanzara a aquel océano profundo de mi infancia, a aquellos días de sol y calor, al olor a sal. Pero no era mi tierra, no era Tenerife donde me sumergía, era en la mujer que tenía

delante, era ella sola, no había más nadie en aquel momento, ni lo habría más adelante. Aquellos ojos que me miraban, mientras la alegría nostálgica de aquel pasodoble nos llevaba lejos de allí.

Cinco minutos antes de las doce alguien encendió una radio tipo mueble con dos grandes altavoces. Celia Jiménez anunciaba las campanadas de Año Nuevo, así que no hacía falta el extraño gong. Todo el mundo en silencio. Las doce campanadas sonaban a lata golpeada por un palo. Carballo gritó «¡No se oye!» y nos reímos mientras nos atragantábamos con las uvas.

—¡Feliz año nuevo!

Explotó la algarabía de las felicitaciones, el deseo de seguir vivos para ver el 43 completo, los apretones de mano, los abrazos, el confeti que lanzaban Carballo y Madriles y las ganas de estar a solas con Bosem. Alguien apagó las luces dejando la sala en penumbra, solo iluminada por las treinta velas repartidas sobre el abeto. En la radio comenzaba a sonar el *Vals de las Velas*. Las parejas volvieron a formarse, la euforia se transformó en tranquilidad y bailamos bajo aquella tenue luz, dando vueltas, siguiendo a los demás en aquel mar lleno de anhelos, miradas y esperanzas. Ella cantaba bajito, como en un susurro, la letra de aquella canción en alemán.

—Ven —dijo tirando de mi brazo.

Salimos del comedor en aquella oscuridad. Me llevó por un pasillo oscuro lleno de puertas cerradas, oficinas de intendencia. Abrió la puerta de una habitación donde un centenar de camas vacías esperaban a los posibles heridos de futuras batallas. La música llegaba hasta allí desde el baile. Ella se tumbó en una cama atrayéndome hacia sí. Fuera una luna grande, fría y rusa nos iluminaba, como testigo silenciosa de un amor cálido e intenso, fraguado entre las penurias de la guerra.

El pasillo de la comandancia estaba oscuro. Las ventanas palaciegas, grandes y rectangulares no conseguían luz suficiente y a alguien le había dado por apagar las luces durante las cinco horas que duraba el día en aquel final de enero. Aun así, miré las listas de relevos clavadas con chinchetas en el tablón de anuncios, busqué la D de Durán, tuve que mirar detenidamente porque no había ningún primer apellido con D, ni de Durán ni de nada. «¡Maldita sea!», pensé mientras apoyaba la cabeza sobre la lista y daba un pequeño golpe con ella.

—Tranquilo, cabo —dijo con tono de burla un alférez de administración—, que en dos meses hay nuevas.

—Sí, mi alférez —dije más seco que un pedernal.

Desanimado, salí de la comandancia. Fuera hacía frío, eran las doce del mediodía y el termómetro marcaba quince bajo cero. Me había acostumbrado al frío, el año anterior aquello me parecía algo inhumano, ahora me apetecía un cigarro antes de volver al cuartel con la mala noticia. Saqué un Menfis, una marca alemana que cada vez hacía peores sus cigarrillos. Pastor decía que olían a agujas de pino. Podía ser, porque los *mortadelas* recién llegados de la instrucción en Baviera nos contaban que en Alemania había un racionamiento tremendo y que no había de nada. Las cervecerías aguaban tanto la cerveza que parecía bebida para enfermos.

Aquello estaba animado. La escalera de aquel antiguo palacio de la época de los zares tenía bastante movimiento durante las horas diurnas. Era como si entre el amanecer a las once de la mañana y el anochecer a las cuatro de la tarde, todo el mundo se apresurara a hacer todo lo que tenía que hacer antes de hibernar durante las diecinueve horas que duraba la noche.

Un alemán con un abrigo gris me miraba mientras subía las escaleras. Llevaba gorra de plato, un oficial sin lugar a dudas. La escalera lo traía hacia a mí, así que me aparté a la derecha, separándome del camino de aquel tipo que me clavaba la mirada como si me conociera. Los oficiales alemanes eran todos unos problemáticos. A un metro de la puerta, bajo los soportales de columnas, se quedó parado mirándome. Si estaba esperando a que lo saludase, lo llevaba claro. Su mirada era fija, desafiante, o estaba tonto o estaba buscando pelea, yo se la aguanté. Chulo él, chulo yo. Tenía una cruz de hierro en el cuello, ¿y qué? Yo tenía tres, la de segunda clase, la de primera, la de caballero, y no iba por ahí luciéndolas como un presumido. El tipo hizo un ademán con la cara. Fue como una mueca burlona y entró en la comandancia. Desapareció de mi vista. ¡Vaya un pirado! Terminé el cigarrillo y me puse en marcha. Tenía que llevar las malas noticias.

—Cabo —oí la voz de Rosales detrás de mí mientras llenaba un bidón con gasolina desde una cisterna. Olía el cigarro apestoso que estaba fumando.

—Estoy llenando esto de gasolina, no es gaseosa —le dije sin darle la vuelta—, así que ya sabes, cigarrillos con gasolina pues no pueden estar. No es difícil de entender.

—Cuidado. Ten cuidado con la gachí —dijo con la voz más cascada que otras veces.

Me di la vuelta como si me hubiera dado un calambre. A Bosem nadie la

llamaba gachí, ni Rosales ni la madre que los parió a todos. Pensaba darle un empujón, añadiendo un «¡Cómo que gachí!», pero me quedé parado.

—Escóndela —me dijo. Tenía la cara amoratada, con marcas de puñetazos por todo el rostro, un corte en la cara sobre el pómulo y otro en la mandíbula. Sangre coagulada en ellos, las muñecas con la marca inconfundible de ataduras.

—¿Quién te ha hecho eso?

—Nuestros amigos *doiches* —dijo con el cigarro en los dientes— de aquel pueblucho de mierda.

—¿Los del Einsatzgruppen de Nepexo? —dije como si me hubiera dado corriente al tocar un cable pelado.

—Sí, esos mismos.

—¿Cuándo?

—Ayer se me cruzaron en la carretera con un coche, se bajaron dos y a punta de pistola me obligaron a ir con ellos. Me trabajaron bien —dijo pasando el dedo por la mejilla— como podrás ver.

—¿Qué querían?

—Están buscando a tu novia. Como locos están —tosió—, quieren encontrarla, para meternos un paquete por judaizantes a todos los que estábamos ese día allí. Aunque lo que yo creo es que lo que quieren es matarnos como a ratas, pero no tienen huevos de hacerlo.

—¿Qué saben? —pregunté con la cabeza dándome vueltas.

—No les dije nada. Se hartaron de darme por todos lados, pero cuando vi que no usaban las porras de madera que tenían, supe que no querían matarme. Así que chitón y a aguantar. —Dio una calada—. Pero por lo menos saben que se oculta en la División. Por lo que les entendí la han buscado entre los civiles, pero no han sacado nada en claro. Creo que han torturado a una familia que les dio información, pero no saben exactamente dónde está.

—Hoy vi al teniente aquel entrando en la comandancia, pero no lo reconocí —pensé en los Bulgakov con pesar—. ¿Por qué piensas que no saben que está en el hospital aquí en Kolpino?

—Si lo supieran, ya la habrían secuestrado.

—Vamos, te acompaño al médico —le dije sujetándolo por el brazo. No se negó, sabía que estaba a punto de irse al suelo.

Anocheía cuando lo dejé en el dispensario, donde un escandalizado oficial médico le cosía los dos cortes y le preguntaba cómo se había hecho

aquello. Rosales respondía con un «resbalé y caí sobre chatarra enterrada bajo la nieve».

Salí de allí. No tenía permiso para irme del cuartel, pero tenía que ir al hospital. En la radio del médico la voz engolada de un locutor leía las noticias, el general Von Paulus y todo su estado mayor se habían rendido a los rusos en Stalingrado. Lo oí con sorpresa y miré la radio como si hubiera comenzado a andar, pero estaba a punto de saltarme la vigilancia de la entrada para irme a buscar a Bosem cuando la puerta del dispensario se abrió.

—Menos mal que te encuentro —dijo Villa—, tenemos que hablar ahora.

Estaba embozado hasta las orejas, tenía nieve en los hombros. Fuera había empezado a nevar en una noche negra como boca de lobo. Negra como pintaba nuestro futuro.

Bosem estaba en el asiento trasero de un Kubelwagen pintado de blanco con gruesos brochazos. Tenía una expresión seria, la misma que cuando le dije que no me incluyeron en los relevos. Pero cuando me subí al asiento del copiloto para mirar hacia atrás, la noté muy triste. No con una tristeza fatalista, sino con una resignación, casi como la de alguien que aceptara lo inevitable.

—¿Estás bien? —Ella asintió sin apenas mirarme—. Todo va a salir bien. —No me dijo nada.

A su lado estaba Rafa Domínguez con un MP40 entre las piernas. Villa entró en el coche, que arrancó a la primera. Fuera eran las seis de la tarde, nevaba tímidamente, era noche cerrada y había quince grados bajo cero.

— ¿Qué haces tú aquí? — pregunté a Rafa, que llevaba una gruesa bufanda negra que le tapaba la boca y la nariz— ¿Y esa artillería?

—A mí Villa me dijo que lo acompañara y aquí estoy.

—¿Y qué más te dije? —dijo nuestro sanitario mientras serpenteaba con el coche por el camino hacia nuestro sector de Kolpino.

—Que, si veía a cualquier alemán que se nos acercase, le descerrajase un tiro y preguntase después. —Dio un golpecito en el cañón de la ametralladora—. Y eso es lo que pienso hacer con todo *doiche* que se acerque.

—Ahí abajo —dijo Villa señalando donde estaban mis pies— tienes otra para ti. Por lo que tengo entendido, está la misma jauría que nos encontramos en Nepexo, buscando a la señorita y queriendo ajustar cuentas con los que nos la llevamos de aquel matadero.

—No os la llevasteis —dije con un tono irritado—. Me la llevé yo solo,

vosotros solo estabais allí.

—Cabo —dijo Rafa—, te estamos ayudando porque somos tus amigos y camaradas. Nadie te echa nada en cara, al contrario.

—De acuerdo, chicos, ahora mismo estoy saturado, no sé cómo salir de esta.

—Alonso recibió la orden por radio esta mañana desde el mismísimo cuartel general. Parece que el Estado Mayor le pedía que prestara colaboración con un tal teniente Alfred Ott para aclarar si había judíos ocultos en el hospital. Alonso se asustó como un niño pequeño y me llamó a su despacho. —Cogió una curva cerrada y las ruedas levantaron nieve—. Pues con tranquilidad, pero soltando lo del «ya lo decía yo», me dijo que me llevara a Bosem.

—Dos cosas. ¿Cómo hemos podido salir del campamento sin que el guripa nos haya parado? Tú, Villa, estás con los médicos... ¿pero Rafa y yo? —Abrí las manos extrañado—. ¿Y a dónde vamos?

Salíamos de la ciudad por aquella carretera oscura y siniestra. El vehículo llevaba los faros tapados con pintura y el halo de luz era casi imperceptible. Si un avión o un grupo de partisanos nos veía, estaríamos perdidos. Villa redujo la velocidad para coger un desvío hacia uno de los arrabales que tenía la ciudad.

Cuando paró el vehículo, lo entendí todo. No acababa de creérmelo, pero no necesité muchas explicaciones. Frente a nosotros estaba una casa rusa que en su día debió de haber pertenecido a algún rentista de la nobleza de Kolpino, pero que hoy lucía un letrero blanco con letras en rojo donde se leía «Madame Huracán». Las ventanas estaban cerradas, pero se oía música en el interior, como bien decía otro cartel: «En Madame Huracán siempre hay tiempo para una fiesta».

—Esto es lo mejor que se os ocurrió —dije mirándolos sin saber si gritar o no—. ¡Una casa de putas!

—No es una casa de putas —dijo Rafa—, bueno, sí lo es. Pero...

—Pero no buscamos la casa de putas —completó Villa—. Sabemos que la madama alquila habitaciones en los pisos altos de la parte trasera, no hace preguntas y es muy discreta.

—¡Discreta! —Me reía casi de forma histérica—. ¡Pero si aquí vienen un montón de mandos alemanes, nazis y de todo!

—Más a mi favor. Nadie sospecha de ella, sus habitaciones son

pequeñas y los alemanes que vienen no están con preguntas, van a lo suyo y se marchan.

—Nadie quiere que haya un escándalo —añadió Rafa— y su mujer en Alemania se entere de lo que hace su marido en Rusia.

—Estará bien —dijo Villa transmitiendo calma—, solo un tiempo hasta que se nos ocurra algo. No puedes dejarla en Kolpino sola en una casa, esos la están buscando.

—Vale, os compro la burra —dije con resignación mientras abría la puerta.

Rafa salió rápido para entrar en el burdel primero. Los esperamos fuera. Pasé la mano por los hombros de Bosem, intentando darle calor, pero ella siguió igual de distante. Había parado de nevar y eran las siete de la tarde. Aunque allí no se veía ni una sola estrella en aquel negro sepulcral, las farolas iluminaban con su luz amarillenta.

La puerta se volvió a abrir para dejar salir a Rafa junto a un mongol, bajito, con un abrigo de piel y un sombrero de orejeras, que nos dijo aquello del «*dabai, dabai*». Correteó delante de nosotros hasta un extremo de aquella casa que me parecía más una antigua factoría que una casa. Era grande y rectangular, bonita y decorada solo tenía la fachada. Por lo demás, pared de ladrillos rojizos, con pequeñas ventanas como celdas de convento.

En silencio llegamos hasta una puerta de madera pintada en rojo que se camuflaba con el resto del muro. Aquel tipo tiró del pomo y pasamos al interior tras él. Una estrecha escalera ascendía hacia un piso superior, pasando por otro que daba a una puerta cerrada. El mongol hizo un gesto con la mano para pronunciar en ruso «prohibido» y «nunca». Supe que aquello llevaría a los pasillos de las habitaciones donde las putas llevarían a los clientes. Subimos otro tramo hasta llegar a un piso con una veintena de habitaciones con las puertas cerradas a cada lado del pasillo. Caminamos oyendo la humanidad que vivía en aquellos cuartos.

El mongol metió una llave grande, ornamentada y negra en el ojo de la cerradura de una de ellas y giró para abrirla. Entramos. Olía a cerrada, paredes color hollín, una estrecha ventana con un grueso cristal pintado de blanco, se filtraba la luz de la farola en la calle. Una cama con un colchón de paja, una almohada de trapos, tres gruesas mantas, una mesa, dos sillas, un arcón apolillado y una deprimente sensación de abandono. Nuestro guía golpeó con un palo que había junto a la pared el tubo que cruzaba el techo para



indicarnos que era la calefacción. Cogió una lata de desinfectante en polvo amarillo, nos la mostró haciendo un cinco con los dedos y otra de matarratas llevándose la mano al ojo y señalando el suelo.

—No puedes quedarte aquí —dije sin esperar más—, esto es una cochambre. Es una enfermedad de ratas y vete tú a saber qué más.

—Es solo un remiendo para una semana o tal vez dos —dijo Villa.

—Cuando los nazis se aburran, se irán y buscaremos algo mejor —intervino Rafa ante la mirada inexpresiva del asiático, que no entendía nada.

—¡Pero estáis locos! —dije con rabia—. ¡No se puede quedar aquí! Está embarazada...

—Me quedo —dijo ella cortándome en seco—. Me quedo y no se hable más. He estado en sitios peores. Tráeme comida mañana, porque ni yo ni tu hijo podemos vivir sin comer.

—Bosem —le dije dolorido por aquel reproche, pero no me dejó decir más nada.

—Dejadme —exigió mientras le pedía al mongol la llave en ruso—. Iros al cuartel antes de que os arresten.

—Pero Bosem...

—Yo estaré bien. Si llegas tarde y te arrestan, mañana no podrás venir a traerme la comida.

—¿Te quedas enfadada? —dije con un disgusto infantil pero sincero.

—Vete, no seas tonto.

Me abrazó, no estaba contenta pero su abrazo fue cálido. Salimos del cuartucho y ella pasó la llave tras nosotros. En el pasillo vimos a un hombre con aspecto de gitano que sacaba una rata muerta cogida por el rabo de una de las habitaciones. Nos saludó con la cabeza y para mirar al mongol con cara de querer asesinarlo. Cuando salimos del edificio, me volví al empleado de la madama para darle una cajetilla de Chesterfield.

—Si ella bien —dije en alemán—, más de estos.

Asintió con la cabeza. Nos montamos en el coche dejando a aquel tipo entrando al burdel de la tal Huracán. Villa aceleró. Todavía llegábamos a cenar. Yo no estaba de humor para cenas.

Estrella Polar, así se llamó la gran ofensiva rusa que preparaba Stalin para recuperar el norte de Rusia. Victorioso en Stalingrado y con su red de espías diciéndole que los japoneses no pensaban atacar la URSS desde China, pudo traer a millones de soldados y material que tenía acantonados en las

estepas infinitas no solo de la descomunal Siberia, sino de los desiertos kazajos y tayikos. Media Asia cabalgaba hacia nosotros. Los generales soviéticos querían embolsar los ejércitos alemanes en una encerrona que destruyera todo el frente del norte. Para ello necesitaba tener la carretera y la vía del tren que unía Moscú con Leningrado. Puede parecer absurda dicha importancia en una época donde hay carreteras por todas partes, pero en aquel año en la Rusia comunista no había otra. Así que los rusos comenzaron a juntar hombres para conquistar dichos nudos de comunicaciones. Y en medio, como una piedra en el zapato, estaba una pequeña ciudad que se llamaba Krasni Bor a solo unos veinte kilómetros de nosotros.

No podía llegar en peor momento cuando me levanté aquella mañana. Ya se oía en radio macuto el parte de los guripas, que igual decía una verdad como un templo que una mentira absoluta. Pero teníamos los días contados en Kolpino. Nos trasladarían al frente en unas semanas. Hablaban de que sería temporal, parar el gran ataque que se esperaba y volver. El tráfico de radio del enemigo era impresionante, tanto que las interferencias no dejaban escuchar Radio Berlín con claridad.

Irlanda durante el desayuno nos dijo que había escuchado que estaban volviendo los que habían sido relevados y aún no habían cogido el tren. Que se estaban suspendiendo permisos de más de un día y que el tren que nos llevaría al frente estaría listo pasado mañana. Llopis, aquel catalán que escribía en la «Hoja de Campaña», nos dijo que el sitio era una pequeña ciudad jardín llamada Krasni Bor. ¿Ciudad jardín? ¿Y eso qué era?

—No nos quejemos dijo con ese acento de Gerona tan fuerte—, que, en el Ladoga, nuestros camaradas llevan todo este mes luchando contra los rojos y en los bosques ha habido montada una de aúpa.

A mí en aquellos momentos no me importaba todo aquello, solo quería que llegara la tarde e ir a ver a Boses a aquel tugurio donde llevaba unos días malviviendo, a pesar de que intentara mostrarme que lo llevaba bien. Si no hubiera estado embarazada... pero lo estaba. Le había llevado un colchón que me agencie por ahí y una almohada con mantas de por allá. Con todos los esfuerzos, aquella casa olía a enfermedad. Tenía que hacer algo para sacarla de allí antes de irme al frente. ¿Pero cómo? Miguel me había dicho que los Einsatzgruppen habían sido vistos haciendo controles de carretera, quemando aldeas, incluso habían tenido un encontronazo con un grupo de *mortadelas* que no se tomaron muy bien que les pidieran la documentación y la emprendieron a

golpes con aquellos *doiches* entrometidos.

Lo cierto es que tenía que esperar. Si al menos supiera que lo del frente iba a ser corto. ¿Pero si eran dos meses como en Possad? ¿Y si me mataban? Me llevaban los demonios cuando pensaba en eso. ¿Qué haría ella sola? ¿Cómo saldría de aquello?

Recibí la orden de entregar en la comandancia dos sacas de correo para España. En teoría, tendría que llevar las sacas, esperar a ver si tenían algo para el cuartel y volver con la misma. Pero yo tenía mis propios planes, así que dejé las sacas al tipo de la puerta y le pregunté si tenía algo para que me llevara. Al primer no, simplemente salí volando hacia la moto. Quería ir a ver a Bosem, llevarle unas cuantas cosas que necesitaba. Eran las ocho de la mañana, noche cerrada en Kolpino, doce bajo cero. Había nevado el día anterior, pero la noche estaba tranquila. En el cuartel ya se preparaba el traslado al frente, una locura de intendencia.

La moto era ideal para aquel camino de nieve helada, los clavos de las ruedas penetraban en el hielo haciendo que esta no se transformara en un patín dando tumbos. Iba cubierto de cabeza a los pies por dos abrigos, uno de ellos de piel blanca, dos pasamontañas que me cubrían la cara, unas gafas de sol negras atadas a la cabeza por una cinta de goma y el gorro con orejeras. Mi aspecto era más cercano a una pesadilla que a un soldado, pero sin aquella protección el viento frío que generaba la velocidad de la moto me hubiera matado en segundos.

Kolpino estaba silencioso a esa hora de la mañana, no solo por el frío y la oscuridad. Los rusos no sabían si irse o quedarse, si huir o esperar la posible llegada del ejército rojo que traería al NKVD y sus fusilamientos. En la ciudad todos sabían que algún día volverían los comunistas, nosotros nos iríamos y la venganza hacia la población civil sería tremenda. Los rusos colaboraban con nosotros solo por supervivencia. Nosotros lo sabíamos, ellos lo sabían y nada más. Pero los comisarios del NKVD pensaban hacer con todos ellos lo mismo que estaban haciendo los batallones de exterminio de las SS: asesinar a troche y moche a todo bicho viviente que se le pusiera por delante.

Me acercaba al «Madame Huracán» cuando vi un enorme Sd. Kfz, uno de esos vehículos con ruedas delanteras y orugas de la mitad para atrás que los alemanes eran capaces de adaptar a todo tipo de funciones, desde transporte de infantería, colocarle un cañón antitanque enorme o una ametralladora

antiaérea. Este tenía puertas, ventanas cerradas, techo y estaba pintado con el camuflaje de invierno, rayas blancas y grises. Frené la moto. No era corriente ver aquello allí. Me acerqué despacio. Había un tipo enorme vestido con un abrigo de piel blanca igual que el mío. Llevaba casco blanco y pasamontañas levantado hasta la nariz para dejar espacio a un cigarrillo. En el coche, detrás del volante, había otro. ¡Soldados! ¡Einsatzgruppen!

La moto la dejé a una veintena de metros de aquellos dos tipos para ir andando. Estaban junto a la puerta que subía hasta las habitaciones. Como si no estuvieran allí, caminé hacia la puerta mientras ellos me miraban.

—Oye, español —me llamó uno de ellos.

Saqué la P-38 que llevaba en el bolsillo del abrigo, apunté al que estaba fuera fumando. Levantó las manos con aspecto teatral y una sonrisa, que se transformó en burlona cuando le pregunté

—¿Einsatzgruppen?

—No —dijo con una risita.

—¿Ott?

—No, amigo —dijo en un español casi perfecto—, nosotros y los del Einsatzgruppen no somos amigos.

Conocía aquel tipo. Su voz en español no la había oído nunca, pero su entonación sí que me sonaba. Sin dejar de apuntarles, abrí la puerta que parecía clavada a la pared. Entré en la casa caminando de espaldas. No me siguieron. Subí las escaleras a la carrera. En el inicio del pasillo había otro tipo, también con el mismo tipo de abrigo, pero sin pasamontañas, y fumaba un oloroso tabaco ruso. Me miró inexpresivo. Era como si no existiera y al mismo tiempo como si me estuviera esperando. Le apunté a la cabeza para quedarme quieto.

—Te están esperando, español —dijo con su boca rectilínea en una mandíbula cuadrada—, pero no puedes entrar armado, así que déjame esa preciosidad y todo lo que tengas, que te lo devuelvo después.

Oí un movimiento en la escalera tras de mí, otro gigantón con el abrigo desabrochado subía con calma. Pelo rubio cortado al cepillo, cicatrices y nariz rota hacía mucho tiempo, una pistola rusa en la mano, pero no me apuntaba, solo la llevaba.

—Vamos, español —dijo con una condescendencia irritante—, dale tus armas a Günther y no te hagas esperar más.

De repente, supe de qué conocía al que se había quedado en el coche y

ahora subía por las escaleras. Mi P-38 me pesaba en las manos. Levanté el brazo izquierdo para quitarme las gafas de sol de un tirón, después el gorro que cayó hacia atrás. Mis dedos levantaron los dos pasamontañas hasta quitármelos justo en el momento en que la puerta de la habitación de Bosem se abría para dejar salir a otro hombre de aquellos, grande, gigantesco, de pelo rizado negro, y tras él apareció, rubio, elegante, serio, con un uniforme de coronel, el mismísimo Tobías Müller.

—¡Usted! —le chillé cuando entré en la habitación.

Müller había entrado nada más verme para sentarse en la silla dando la espalda a la puerta, como si tal cosa. Bosem estaba sentada en la cama. Uno de los matones entró para poner la espalda pegada a la ventana, lo suficientemente cerca de su jefe y de mí, por si algo iba mal. Yo caminaba por la estrecha habitación como un león enjaulado, mirando a Müller con la rabia y el odio brotándome por cada poro de mi piel. Solo la presencia de aquel guardaespaldas me impedía saltar sobre el maldito Tobías Müller y estrangularlo. Sus ojos azules me miraban con tranquilidad. Su mano se introdujo en el interior de la chaqueta para sacar una pitillera dorada que abrió para mostrar una hilera de elegantes cigarrillos franceses. Hizo el gesto de ofrecerme uno. Mi mirada de furia hizo que desistiera.

—¡Hijo de puta! —dije chillando entre dientes—. ¡Usted y sus jodidas confabulaciones! ¡Qué demonios quiere esta vez!

—Santiago —dijo en aquel español tan correcto y con el tono educado de hombre de buena familia—, por favor, entiendo su enfado y su furia. Pero no he venido a pelear, he venido a...

—¡Me da igual! —Me llevé las manos a la cabeza para después señalarle con el dedo—. ¡Tengo unas ganas increíbles de matarle ahora mismo!

—Quiero ayudarles —dijo de una forma casi afable.

—¡Ayudarnos! —bramé—. ¡No queremos su ayuda! ¡Ni la necesitamos!

—¿Está usted seguro?

—¡Márchese! —dije acercándome a su cara. El cigarrillo olía a magdalenas con mantequilla.

—¿Está usted seguro?

—¿De qué? —dije manteniendo mi posición—. ¿De qué demonios hablas, alemán de mierda?

—De que no necesitan ni quieren mi ayuda.

—¡No! —dije siendo consciente de la pregunta—. Ni la queremos ni la necesitamos.

—Repito la pregunta —dijo dando un golpecito con el cigarrillo en el cenicero de hojalata que había sobre la mesa—. ¿Está usted seguro de que no la quieren y no la necesitan?

—¡Pero está sordo! —Me quedé callado y enderecé mi cuerpo. En el cenicero había una decena de colillas. Sobre la mesa una botella de carísimo *schnapps* de pera y tres pequeños vasos de cristal sobre un mantel de cesta de pícnic, uno estaba boca abajo, los otros habían sido usados y un plato con restos de bollos. No había habido una pelea allí antes de llegar yo. Miré a Bosem con la sensación de perder pie en el filo de un precipicio.

Ella guardó silencio, miraba al suelo.

—Por favor —dijo Müller levantado el vasito que estaba boca abajo para llenarlo del licor—, siéntese, sea razonable. Solo es hablar.

Ignoré el alcohol. Eran las diez de la mañana, en una hora amanecería. Me senté frente a él, las piernas no me sostenían. Volví a mirar a Bosem, pero ella seguía mirando al suelo.

—Usted la entregó a la Gestapo —dije entre dientes—. Usted permitió que le hicieran todo aquello.

—No, Santiago, eso no es verdad —dijo parando de saborear su *schnapps*—. Si la hubiera denunciado, habría caído con ella. Me hubieran fusilado en Berlín en una semana. Parece que alguien denunció el escándalo del día de nuestro encuentro. Ya sabe, aquella mañana, usted, yo y la pared... —Se tocó la nariz sonriendo—. Algún vecino entrometido. Un policía hizo un informe que acabó en malas manos. O tal vez ese bastardo de Heydrich tenía a la Gestapo vigilándome, o ese tendero de Himmler con sus SS. No lo sé, lo cierto es que no pude hacer nada.

—¡No pudo! —volví a chillar.

—¡No! —dijo alzando la voz—. Cualquier intervención mía la hubiera perjudicado a ella aún más, además de meterme a mí en problemas.

—¡Oh, pobrecito! ¡Problemas! —dije golpeándome la rodilla—. No me diga más, que me echo a llorar.

—No hubiera podido ayudarla.

—¿Y de qué manera la ha ayudado? Porque no sé si pasar días en guetos...

—Le seguí la pista hasta donde estaba. Supe en todo momento dónde la

llevaban y en qué tren viajaba —bebió el licor de un trago— e hice un carísimo envío de material a la División Azul. En la orden de recogida puse la disposición de que solo podía ser entregada al cabo Santiago Durán.

—¿A los *doiches* dónde les enseñan a contar tantas mentiras? ¿Es algo genético o lo aprenden de Hitler? —dije sabiendo que en el fondo le creía.

—¿Quién podía ayudarme? —Dio una calada larga e intensa a su cigarrillo—. En el ejército alemán nadie movería un dedo, yo necesitaba a esa cuña de madera metida en pleno frente. Sabía que si la encontraba, la sacaría de allí. Los españoles podían hacerlo.

—Ahí acertó —dije mirando el vaso. Ahora necesitaba vodka, no aquella baba dulzona—. No somos una panda de cobardes serviles como ustedes.

—¿Cuándo su hermano viajó a Riga buscando la vacuna contra el tifus? —Lo miré impasible, pero ya sabía la respuesta—. Volé esa misma noche a Berlín, donde tienen las reservas que había fabricado ese científico polaco. A la mañana siguiente cogía el primer avión para Riga —no dije nada—. Por lo demás, mis hombres han vigilado los lugares donde han estado, desde aquella casa en el bosque, el sótano de Kolpino y esta cosa.

—¿El tipo encapuchado que vi en diciembre? —dije acariciando el vaso de brillante bebida.

—Sí, es uno de mis hombres. Han estado todo el tiempo ahí, teniéndome al tanto. Otros me han informado de las andanzas de Ott y su banda de salvajes. Es un hombre pertinaz hasta el desquicio. Mis espías en las SS han tratado de quitarlo de en medio, mandándolo a otros destinos, pero con una resistencia de garrapata, siempre volvía. —Dio una calada—. Bastante irritante ese Alfred Ott. ¿Sabía que era tramoyista en un circo en la vida civil?

—Me trae sin cuidado. ¿Fue usted quién pidió que yo volviese al frente?

—Sí, de eso sí que le pido perdón. —Se sirvió otro tanto de licor—. Fueron los celos y la rabia. Entiéndame, quería que se fuera de Riga.

—No sé preocupe, no le dé importancia, yo no se la di —dije con expresión asqueada—. No soy un cobarde escondido tras un despacho, yo voy a la guerra a matar al enemigo, no a conspirar en salones con alfombras, licores caros y gramófonos.

—¡Bravo por usted! ¡Esa es la valentía que hará que el Reich dure mil años! —Alzó el vaso y se lo bebió de un trago.

—Que le den por saco a usted, al Reich, a Hitler y a su puta madre.

—Furia española —dijo sonriendo—. ¿Quiere oír mi propuesta?

—¿Qué es lo que quiere?

—Bosem no puede seguir en su estado en este nido de ratas y piojos. Un mordisco de uno de esos bichos puede ser fatal para ella y para la criatura que lleva dentro. Además, usted pronto será trasladado a Krasni Bor para intentar frenar lo que viene —calada al cigarrillo— y según informes más que fiables, lo que viene es medio planeta, un ejército de proporciones gigantescas que quiere romper el frente para no parar hasta el mar. Así que nuestra querida amiga —me dolió que la llamara así— no podrá tenerlo a usted hasta que vuelva del frente. Si es que vuelve. —Oí la respiración agitada de Bosem, casi un quejido, y Müller me miraba con cara de «la verdad es la verdad»—. No nos engañemos. Usted sabe que las posibilidades de sobrevivir son pocas.

—Ahórrese el rollo, que todo eso ya lo sé.

—Bien... Pues ahí viene mi propuesta —dijo como un vendedor de muebles—: Mañana saldrá de Riga un barco de pasajeros rumbo a América del Sur. Su hoja de ruta marca como única escala en Lisboa. Pero es falsa. El barco al llegar a Lisboa cambiará de rumbo para ir a México. Yo tengo un pasaje en ese barco. En realidad, tengo siete, uno para mí y otro para mis hombres.

—¿Y qué van a hacer en México? —dije extrañado—. Eso es territorio enemigo... —Lo miré con la boca abierta y él sonrió—. ¿Va a desertar?

—Muy perspicaz —dijo haciendo unos gestos con la mano—. La verdad es que mi pellejo en el Reich ya no está tan valorado como antes, y el propio almirante Canaris me ha ordenado que ponga los pies en polvorosa. —Apretó la colilla contra el cenicero—. En México no haremos nada, salvo coger un taxi a la embajada de los Estados Unidos, donde me estarán esperando. Lo único que sé es que de la capital azteca veremos poco.

—¿No querrá llevarse a Bosem con usted? —dije con un toque de pánico.

—Si ella quiere, tiene un pasaporte totalmente legal y un pasaje en ese barco.

Miré a Bosem, ella me miró un instante, pero desvió la mirada. ¡Dios mío! Ella quería irse con ese hombre.

—Habla —le dije.

—Mi hijo no puede vivir así —dijo ella.

—Buscaré... —Me callé cuando levantó la mano.



—Morirá, Santiago, si no lo cuido, morirá.

Me derrumbé por dentro, me sentía como una casa sin columnas, que se mantiene solo por la presión de las paredes bajo el techo. La miraba entendiéndola, sabía que tenía razón, pero todo era tan duro. Mi hijo moriría si yo seguía luchando contra lo imposible. Miré el licor, tenía el mismo brillo hipnótico que sus ojos en aquella tarde en Letonia.

—Se irá. —Bebí el licor de un trago—. Llévesela con usted.

Bosem gimió. Fue un sonido extraño, lastimero. Estaba llorando. Sus lágrimas le caían a borbotones sobre las mejillas. Müller se levantó para sacar un pañuelo color crema con sus iniciales bordadas en negro. Parecía una escena tan cotidiana entre ellos que me dolió muchísimo. Me levanté para sacar de mi guerrera un pañuelo gris oscuro que nos entregaban con el uniforme, y se lo ofrecí. Para mi salvación, ella cogió el mío para secarse las lágrimas.

—¿Quieres irte conmigo de verdad, Bosem? —dijo el alemán con aire de normalidad, aunque en su mirada había duda.

—Sí —respondió ella sin añadir nada más. Me incliné sobre la mesa sin decir nada para coger aquel vaso y bebérmelo de un trago. Miraba la mesa con aquel bonito mantel de algodón color marfil.

—De acuerdo. —Müller dio una palmada—. Pues dentro de dos horas volveré a buscarte con todo preparado para salir para Riga en el convoy militar que evacua a los mandos no imprescindibles para el combate. Dejo a uno de mis hombres abajo, como medida de seguridad. ¿Estarás preparada?

Ella asintió.

—Una pregunta —intervine ante su cara de curiosidad—. ¿Quién le dijo que ella estaba embarazada y dónde estaba?

—Su hermano Miguel me pidió que la sacara de aquí —asentí—. Pueden despedirse. Volveré lo antes posible.

Se marchó con sus hombres, uno de ellos dejó mis armas en la mesa para irse cerrando la puerta. Nos quedamos solos, en un silencio tenso que me pareció una eternidad. No pensaba marcharme, aunque se me pasó por la cabeza coger mis armas y espetarle un «ahí te quedas», pero no lo haría. Mis armas siguieron donde estaban. Me levanté para sentarme en la cama junto a ella, que seguía cabizbaja, evitando mirarme. Me eché hacia atrás, tumbándome en aquellas mantas cuarteleras. Mis piernas tocaban el suelo. El techo oscuro ocultaba su suciedad. Ella se echó sobre mí para abrazarme,

volvió a llorar. Le pasé el brazo por la espalda hasta abarcar sus hombros. El cristal pintado que daba a la calle se volvía blanco. Estaba saliendo el sol y unos pequeños rayos se filtraban dentro de la habitación reflejando la imagen agigantada del hielo que se acumulaba en el exterior del cristal, cubriendo las paredes de aquellas extrañas formas geométricas.

—Por fin ha amanecido —dije sin saber por qué lo decía.

—Sí —dijo ella con la voz llorosa.

—¿Le quieres? —dije estirando el brazo izquierdo para que la luz lo cubriera de aquellas estrellas de nieve traslucida—. ¿Estás enamorada de ese hombre?

—No —dijo con una respiración agitada por las lágrimas que empapaban mi abrigo.

—Pareces feliz cuando estás con él.

—Solo he sido feliz en mi vida cuando he estado contigo —sentenció rotunda.

—Pero ahora te marchas... —Me costó no llorar.

—Te esperaré —dijo mirándome—. Si no me marchó, nuestro hijo morirá. Si me marchó, lo tendré en un buen hospital americano. Le pondré Santiago, como su padre.

—No.

—Te escribiré para darte mis señas en América —hablaba rápido—. Cuando te releven vendrás a América conmigo y si no puedes, yo iré a España nada más pueda viajar con nuestro hijo.

—No harás nada de eso —dije mirando las formas del hielo reflejadas en toda la casa.

—Pero, Santiago... —Ella se apoyó sobre su brazo para mirarme.

—Cuando nos despedamos dentro de un momento, no volveremos a vernos nunca.

—¿Por qué dices eso? —Se puso las manos en las orejas para sentarse en la cama—. No hables así.

—Cuando te vayas, criarás a nuestro hijo como un niño americano, como hijo de Tobías Müller, un héroe alemán que se pasó al lado de los aliados. Nunca le hablarás de mí, ni me recordarás. Solo seré un personaje furtivo, algo fugaz y me olvidarás. Desapareceré de tu vida lo antes posible.

—No podré olvidarte, eso no pasará. —Le costaba respirar.

—Pasaré —dije levantándome para ir a sentarme a la silla junto a la

mesa—, me olvidarás como esa aventura de juventud que tuviste con aquel español que fue a luchar con los nazis. Una aventura pasajera que no significó nada, salvo quebraderos de cabeza, como la del padre de tu anterior..., otro inútil y del cual también te salvó Müller. Tu ángel de la guardia y al que presentarás como padre de tu hijo. No le pongas Santiago, ni ningún nombre español. No voy a volver a España ni a ningún sitio. Yo moriré en Rusia. Mi vida real termina hoy, lo siguiente que buscaré es desaparecer. Esfumarme y así quitarte un problema de encima.

Ella me miraba callada, lloraba sin poder frenarlo, sabía que la había herido, sabía que lloraba de tristeza, pero también estaba muy dolida. Sus ojos anegados de lágrimas recibían mi pañuelo en sus manos. No podía evitar llorar, a pesar de que intentaba parar. En ese momento no fui consciente, pensé que actuar así era la única manera que tenía de hacer aquello. Pero los remordimientos me acompañarían por aquello, por decirle todo eso, por hacerla llorar con la dureza de mis palabras. Por cercenar todas sus esperanzas en un instante en que ella era tan frágil. Si ustedes supieran cuántas veces me maldije por aquello, cuántas pesadillas, cuántos deseos de poder volver atrás.

—No sé por qué me dices eso —dijo ella con un hilo de voz—. No sé qué te he hecho. Solo quiero salvar a nuestro hijo para volvernos a encontrar cuando todo esto haya pasado.

—Eso no pasará. Vive feliz en América, con ese hombre que tanto te cuida y te quiere. No volveremos a vernos nunca.

—¿Por qué me odias de esta manera?

No respondí. Esperamos en silencio hasta que escuchamos el motor de un vehículo. Me acerqué a la ventana para mirar por un hueco en la pintura. Allí estaba Müller, que bajó del blindado para meterse en el edificio. Sus pasos subieron rápidamente por la escalera, sus hombres abrieron la puerta. Entró en la habitación para quedarse quieto un instante. Creo que se sorprendió al ver aquella escena de silencio.

—Pues nos vamos.

—¿Trajiste lo que te pedí? —preguntó ella.

—Por supuesto. —Agitó en las manos el libro de Galdós que yo le había regalado hacía meses que se me antojaban años.

Ella lo cogió y lo abrazó. Müller se dio la vuelta para permanecer quieto en la puerta. Creo que esperaba que nos diéramos un abrazo. Me acerqué a

ella, pero solo un momento en que nuestros nudillos y los dedos se rozaron. Le dije al oído:

—Ojalá pudiera odiarte, pero no puedo. Olvídame de verdad si me quieres... Nunca podré odiarte.

Ella bajó las escaleras de forma precipitada, se apoyaba en la pared para no caerse, llorando hasta meterse en el coche. Müller estaba extrañado, como si no supiera qué había pasado. Por una vez en su vida no sabía qué decir. Salimos del edificio. Me ofreció la mano y pensé en no dársela, pero se la di.

—Es usted un hombre afortunado —me dijo.

—¡Dios mío! Es usted quien se la lleva.

—Sí, pero es a usted a quien ama. Nunca la había visto llorar por nadie.

—Cuide de mi hijo como si fuera suyo. A partir de ahora es su padre.

—Cuídese y recuerde que de las guerras se sobrevive.

—No yo, de esta no. Cuídela, por favor. —Se me cuajaron los ojos de lágrimas—. Es lo único que tengo.

—Adiós, camarada —dijo asintiendo mientras se metía en el coche.

Los guardaespaldas entraron rápidamente, el conductor aceleró el vehículo, las cadenas traseras se tensaron para ponerse en marcha. Vi cómo su cabeza en el cristal trasero se alejaba de mí. Cuando aquel armatoste giró en la esquina, fue lo último que vi de ella.

Supe que una parte de mi vida acababa de terminar. Todo lo que me había importado hasta ahora se había esfumado de repente. Nunca volvería ser feliz de la manera que lo había sido con ella. No volvería a escucharla, ni a sentirla, ni a tocarla. Ya no la amaría más, ella sería feliz en América, ojalá lo fuera. Yo moriría en Rusia, ojalá fuera pronto.

Caminé hacia la moto que me esperaba allí donde la dejé en otra vida distante a la que tenía ahora mismo. No arrancó, por mucho que lo intenté. Tendría que ir andando. Saqué la P-38 y le di un tiro al motor. No supe por qué lo había hecho. Solo miré unos instantes el agujero de la bala, me coloqué el gorro orejero, apretándolo fuertemente, y caminé en aquel frío extremo hacia el cuartel. Hacía horas que debía haber vuelto, pero ya todo me daba igual.

Ella se había ido para siempre.

Me bajé del Volkswagen de dos guardias civiles que me vieron caminando y me recogieron. Según ellos, estaban buscando a rezagados, porque la movilización era total. «Alguien había disparado a la moto, que había quedado inservible, posiblemente partisanos». Esa fue y sería mi

historia. Quien la creyera, bien, y el que no que me mandara al calabozo, que me degradaran si les daba la gana. Me dejaron en el campamento cuando el anochecer comenzaba. Mi hermano se acercó al verme aparecer subiendo la pendiente de un vacío cuartel.

—¿Dónde coño te metes? —me dijo entre dientes—. ¿Es que te has vuelto loco? ¿No sabes que hay movilización general?

—¿Podemos hablar ahí dentro? —dije señalando el búnker de los suboficiales.

—Vamos —asintió, le seguí—, pero que sepas que toda tu compañía está camino de Krasni Bor. Bueno, toda la infantería se marchó en el tren. Me quedé porque estaban a punto de declararte en deserción. Llevas desaparecido todo el día.

Parloteaba. Como si me importara todo lo que me decía. En aquel búnker no había nadie. Todo seguía como estaba, pero con los elementos personales guardados en los baúles para que fueran identificados fácilmente si el dueño moría y enviárselos a la familia.

—Esta tarde —continuaba— nos iremos en el tren de los de antitanques, que no veas cómo me miraron cuando se lo dije. Ni que el tren fuera de ellos. Pero si van casi todos los oficiales que aún no se han ido.

—Miguel —me costaba mirarlo.

—¿Qué?

Salté sobre él cogiéndolo por las solapas de su abrigo para zarandearlo mientras lo doblaba para pegar su cara a la mía. Su cara se congeló en el gesto de la conversación. Creo que si le hubiera matado, la sorpresa le impediría saber qué estaba pasando.

—¿Qué demonios haces! —dijo tartamudeando.

—¿Por qué le dijiste a Müller que se la llevara? —chillé.

—¿Qué dices! —Recuperó la sangre en la cara e hizo el esfuerzo para ponerse derecho. Era más alto que yo, así que no supe cuánto tiempo podría tenerlo así.

—¿Por qué le dijiste a Müller que se la llevara? ¡Jodido entrometido! ¡Estúpido engreído!

—¡Santiago! —dijo empujándome. Su fuerza me tiró hacia la pared.

—¡No, cabrón! —grité sabiendo que físicamente no podría con él. Me llevé la mano al machete para sacarlo—. ¡No te escaparás en tus silencios! ¡Silencios de cobarde!

Noté el dolor en el vientre, un puñetazo duro y fuerte que me dobló. El machete cayó de mi mano. Miguel había sido muy rápido y certero. No lo vi venir. Caí de rodillas al suelo.

—¡Cobarde! —le dije aguantando el vómito que acabó saliendo en aquel suelo oscuro—. ¡Cabrón!

De pie delante de mí, mirándome con una de sus expresiones extrañas, con esas miradas que te atraviesan, como si estuviera viendo algo en el pasado mientras te mira a ti. La luz amarillenta de una bombilla desnuda le daba un aire de héroe griego, de una especie de Ajax cansado, muy cansado.

—No pensaba dejar que mi sobrino muriera comido por las ratas de una casa de putas en este agujero del mundo.

—¡Y a ti qué te importa! —le dije con un sollozo.

—¿Que me importa a mí tu hijo? —me miró asombrado—. ¿Cómo me preguntas eso?

—Sí, te lo pregunto... A ti qué te importa —dije todavía desde el suelo. No quería que me viera llorar—. Ella era mía, yo la hubiera protegido. ¡Pero no! Tú tenías que meterte a llamar al jodido alemán ese para que se llevase. Tú siempre tú y tus decisiones que no entiende nadie. —Lo miré desde el suelo, enloquecido de una rabia sin sentido que me comía—. ¿O es que te daba rabia que fuera feliz sin pedirte permiso?

—Tú volverás a España y ella te esperará allí. No sabes lo que dices. Ese niño es lo más bonito que saldrá de todo esto y vuestra relación es lo único que vale la pena de todo este infierno al que vinimos a luchar contra molinos de viento.

—Yo no volveré. Moriré en Rusia —dije apoyándome en la cama que estaba al lado—, y ella no me esperará en ningún sitio gracias a ti.

—Estás loco, Santiago. —Pasó por encima de mí con una gran zancada, camino de la puerta—. Ordena tus cosas. En una hora en el camión para ir al tren con el armamento en estado de revista. —Se volvió a mirarme, con un rostro ceniciento. Sus ojos estaban apagados, como recortados en cartón—. Y la próxima vez que quieras matarme, dispárame con tu pistola, no uses el machete. Me disparas en la frente para que me mates en el acto y así no me duela verte hacerlo.

Salió del búnker.

—No quería matarte —dije entre lágrimas—. ¡Nunca te haría daño, Miguel! ¡Perdóname!

No sé si me escuchó o no. No volvió a entrar. Me quedé allí solo, a la luz de aquella bombilla, en aquella sala de suboficiales que se enfriaba poco a poco por una estufa que consumía los trozos de madera que habían puesto los últimos en salir. Lloré sin consuelo sobre la cama de alguien. Nunca en mi vida me había sentido tan solo.

## 12. Krasni Bor, 1943

El sargento Salamanca caminaba a paso ligero delante de nosotros. No lo conocía, pero tenía fama de valiente. Había pedido voluntarios para ir en una patrulla de ojeadores, o sea, espiar a los rusos desde un bosquecillo situado entre nosotros y donde los rusos preparaban el ataque. Salamanca pidió tres voluntarios y allí que me ofrecí como un clavo. Se unieron Voluntario y Pastor. El bosquecillo fue fácil de alcanzar. En la oscuridad de la madrugada anduvimos con cautela sobre el metro y medio de nieve congelada que lo cubría todo hasta el lindero de aquellos altos y primitivos pinos. En silencio, con nuestros abrigo blancos, nos movimos despacio para colocarnos tras los árboles, a solo una decena de metros del enemigo, para ver uno de los paisajes más terroríficos del mundo: todo un cuerpo de ejército soviético preparándose para saltar sobre nosotros.

—Son miles —dijo asombrado Pastor.

—¿Miles? ¡Una leche! —rectificó el sargento—. Miles somos nosotros, estos son decenas de miles.

—T-34 y KV1 —añadió Voluntario con el pasamontaña puesto bajo el casco— para parar un tren.

—*Órganos* de Stalin para parar cien trenes —dijo socarrón Salamanca, refiriéndose por el nombre coloquial de aquellos camiones que portaban decenas de lanzacohetes capaces de disparar cientos de proyectiles en minutos.

—¿Y esto es lo que tenemos que parar nosotros con unas cuantas piezas de artillería, bombas de mano y nuestros fusiles? —preguntó Voluntario—. ¿A este ejército completo?

—Te olvidas de los cócteles molotov —dije entre dientes.

—Esto no lo para nadie —dijo Salamanca para añadir—: Volvamos. Aquí el pescado está todo vendido.

La radio era imposible escucharla con claridad. En la trinchera escuchábamos a Celia Jiménez dando las noticias del frente. Todo era tan superficial que sabíamos que las cosas no tenían que ir muy bien. Los americanos ya luchaban en Túnez. Las voces rusas se colaban bajo las voces



españolas, Browazky y los intérpretes pegaban los oídos intentando poner orden en aquel jeroglífico de órdenes, claves, expresiones sin sentido aparente, galimatías de cifras, coordenadas... Hasta que de repente, todas aquellas voces, esos sonidos, desaparecieron y Radio Berlín se escuchó con una nitidez impresionante. Imperio Argentina cantaba *Morena Clara* cuando todos nos miramos sorprendidos. Los rusos se habían callado de golpe.

La música sonaba tontorróna y las dedicatorias de los familiares aún más. Allí nadie prestaba atención. Todos los que no tenían guardia estaban allí dentro, en el ambiente claustrofóbico de aquel blocao excavado en la tierra congelada, con techo de troncos cubiertos de barro y suelo forrado con listones de madera, sin más muebles que estufas ennegrecidas, una mesa donde estaba la radio, una silla para el radiotelegrafista y cajas de munición por todas partes, iluminado con bombillas que oscilaban colgadas del largo cable que se había tirado hacía unos días. Sentado sobre una caja de cintas para ametralladoras intentaba no pensar en nada.

—¿Quién gobernaba en Polonia antes de que Hitler la invadiese? — preguntó Carballo a todo el que lo supiese.

—El mariscal Rydz-Smigly —dije ante la sorpresa de muchos.

—¿Te inventaste el nombre? —dijo Rosales burlón.

—Vete a la mierda —le espeté sin miramientos.

—Rosales, respeta al cabo Durán —dijo Browazky sentado en una silla de madera—. No te lo digo más.

—¿Y era comunista? —preguntó Morcón.

—¿Quién? ¿Rydz-Smigly? No, de eso nada —aclaré—. Fue un héroe de la guerra de Polonia contra la URSS en 1920.

—¿Guerra entre Polonia y los comunistas? —preguntó Carballo.

—Sí, en 1920 los bolcheviques de Lenin se lanzaron contra Polonia para conquistarla, pero los polacos vendieron cara su piel y destrozaron al Ejército Rojo, dejando en ridículo a Trosky, que era el mandamás por aquella época en materia de militares.

—O sea, que era un gobierno formado por héroes anticomunistas —dijo Madriles.

—Y católicos —añadí.

—Pero en el 39 Hitler invadió Polonia, la anticomunista y católica Polonia —dijo Irlanda debajo de un gorro orejero.

—Sí, así fue y lo hizo de la mano de la comunista Unión Soviética, con la

que tenía una alianza desde 1939 —remaché.

—¡*Surpreendente!* —dijo Spinoza, otro de los portugueses que se batían el cobre con nosotros en aquel lugar del mundo.

—Los rojos —nos interrumpió Browazky poniéndose de pie en medio de aquel lugar angosto y superpoblado. Intentó no golpearse la cabeza con los troncos del techo. Más de un centenar de guripas lo miramos— han decretado silencio total en sus comunicaciones. Eso solo significa una cosa: nos atacaran en un máximo de ocho o diez horas, tal vez menos.

Miguel apartó la gruesa manta que hacía de puerta para pasar al interior. Era la primera vez que lo veía desde que peleé con él en Kolpino. El corazón me dio un vuelco y miré al suelo.

—Ya habéis oído al sargento —Su voz sonaba dura, con la misma sensibilidad que una lima oxidada—. Dejad el parloteo e intentad descansar. Aprovechad ahora. Cuando los rojos empiecen, no os van a dejar hacerlo. ¿Recuerdan Possad? —Hizo una pausa pasando su mirada por las distintas caras—. Pues olvídenlo. Esto va a ser infinitamente peor.

Se marchó. Pavel apagó la radio. Unos dormían, otros rezaban con sus rosarios enredados en las manos, muchos releían las cartas que habían recibido de casa, besaban las fotos de sus padres, de sus hermanos, de sus parientes muertos en la guerra civil. «Este es mi tío Ernesto —decía uno—, lo mataron a las afueras de Badalona cortándole los brazos por llevar un misal en el coche». «Esta es mi madre —decía otro—, la mataron los comunistas porque mi padre era del POUM, y como no pudieron fusilarlo a él, la fusilaron a ella. Les juré odio a los comunistas desde entonces y no cesaré en hacerles todo el daño que pueda». Otros fumaban como carreteros y no contaban sus tragedias. Yo era uno de ellos.

Las luces se apagaron a las seis y cuarenta de la mañana. Una voz recorrió las trincheras: «¡Artilería! ¡A cubierto!». No sé cómo fueron los bombardeos de la guerra del 14, pero en aquel momento ochocientos cañones junto con morteros pesados lanzaron sobre nuestra posición bombas cada siete segundos durante dos horas. Decenas de miles de proyectiles hicieron retumbar los blocaos, los troncos del techo, las maderas del suelo. Nuestros cuerpos vibraban en una especie de pesadilla que parecía no acabar nunca. Sentados a oscuras en el suelo de tablas congeladas con la única luz que las brasas de las estufas. Algunos hombres chillaban enloquecidos, pero no podíamos oírlos. Yo miraba los troncos del techo, asombrado de que no se

rompieran para caernos encima y nos mataran a todos. Se elevaban centímetros en el aire para volver a sus posiciones con un disciplinado *cloc*, como si de una especie de clave secreta se tratase, que significara que seguíamos vivos por el momento solo porque ellos resistían. Nuestros oídos también aguantaban. Era como estar en el interior de un gran tambor donde todo era estruendo y la vibración la sientes en las articulaciones. Mordíamos los pasamontañas para evitar que nuestras mandíbulas chocaran violentamente.

Llevábamos una eternidad allí cuando dejaron de caer. Un silencio sepulcral fue roto cuando alguien preguntó: «¿Seguimos vivos?». Nadie le respondió, porque nadie podía asegurarlo. Un pitido en mis oídos me dejaba sordo. No podíamos movernos. Algunos se pusieron de pie con torpeza. Hasta que se oyó una voz en el exterior: «¡La Parrala!».

Bombarderos soviéticos lanzaron sobre nuestra posición todo lo que llevaban en sus bodegas. Las bombas cayeron sobre nosotros provocando brotes de histeria desesperada. Uno de los troncos del techo se resquebrajó, soltando arena sobre nuestras cabezas. Gritos de los guripas. Alguno intentó levantarse para salir corriendo de la trinchera, pero no podía atravesar aquel sitio lleno de tipos sentados en el suelo. Los golpes de las bombas al impactar hacían que nos eleváramos en el aire para caer en el sitio, con dolorosos golpes contra el suelo. Cerré los ojos y me preparé para morir. «Dios, solo tú sabes el final de este día. Solo tú sabes si voy a morir aquí o no. Cuida de Bosem, de mi hijo, y permite que mi hermano viva para ver otro día».

—¡Se marchan! —oí gritar a Miguel con un altavoz en la mano—. ¡La Parrala se va! ¡Todo el mundo fuera! A sus posiciones de combate si están operativas, si no, a improvisarlas. Sacad las máquinas y las cajas de municiones asignadas. ¡Ya!

No fue necesario nada más para ponernos en marcha, algunos mejor que otros, pero todos nos levantamos, preparados para salir de nuestra madriguera. El frío nos despejó, treinta grados bajo cero son muchos grados para no notarlos. Pero allí vimos un paisaje totalmente nuevo. Lo que había sido un llano blanco cubierto de casi dos metros de nieve congelada era ahora un barrizal enorme, color marrón chocolate, donde la nieve parecía ceniza y los conos producidos por los obuses lo llenaban todo como un paisaje lunar.

—Mira ahí —dijo Carballo señalando a uno de aquellos socavones que se elevaba en uno de sus bordes.

—Perfecto.

Eché a correr cargando el trípode de la ametralladora. Me seguía Rafa Domínguez portando la potente MG42 que instalamos en menos de un minuto. Carballo sacó su rifle de francotirador. A veinte metros de nosotros estaba Voluntario, Morcón y Villa con su MG42 preparada, al igual que toda una línea de puestos de españoles mal encarados, ceñudos, enfadados y de muy mal humor. Tipos que tenían que estar muertos bajo la lluvia de acero que les había enviado el Tío Stalin, pero misteriosamente allí seguían. Ni una sola bandera blanca, ni un solo desertor.

—¡Ahí vienen!

De la llanura miles de rusos corrían hacia nosotros. Como diría años después el sargento Salamanca, era como si una estampida de búfalos se acercara hacia nosotros. Corrían enloquecidos con sus «*dabai, dabai*», chillidos guturales con el vodka convertido en patriotismo y las pistolas de los comisarios políticos como única motivación. Eran las ocho menos veinte de la mañana, noche cerrada en Krasni Bor.

—¡Fuego!

Apreté el gatillo de la MG y una ráfaga rompió el aire contra los soviéticos. Mis hermanos hicieron lo mismo. Miles de balas surcaron el aire impactando contra los cuerpos del enemigo, que caían como fantasmas delante de nosotros. No sé cuántos miles murieron en esa oleada, pero vinieron muchos más. Las ametralladoras resonaban incansables mientras Rafa seguía suministrándome munición. Carballo disparaba con precisión matemática su rifle: un tiro, un muerto. Los rusos corrían sin descanso contra aquella muralla de fuego, tropezando contra los muertos de la oleada anterior. En otro puesto un enloquecido Bazaga cantaba el *Cara al sol* a voz en grito mientras Irlanda disparaba sin cesar las cintas que le pasaba. Madriles y Pastor tiraban con un mortero pesado en el fondo de uno de aquellos conos, mientras en lo alto Jerez les servía de ojeador, indicándoles los grados de desviación.

—¡Tanques!

Los T-34 habían aparecido, siniestros, monstruosos, con sus motores rugiendo, pidiendo nuestra sangre. Avanzaban sin piedad, sin nada que los parara. Aceleraban aplastando a su propia infantería, a todos los que no se quitaban a tiempo de su camino. En aquella oscuridad su tripulación no veía por dónde iba, solo sabían que tenían que ir hacia adelante para matarnos.

—¿Quién tiene armamento antitanque?

—¡Replegaos! —Oímos ordenar al sargento Salamanca—. ¡Volved a las

trincheras! ¡Cargad granadas de mano!

—¡Los tanques se paran! —gritó Rosales—. ¡El barro no los deja avanzar!

Aquellas bestias se hundían bajo la humedad del terreno. La nieve disuelta por el calor del bombardeo había convertido el terreno congelado en una ciénaga, donde el barro se metía por todas partes y las cadenas de los tanques atoradas dejaban de funcionar. Gritamos eufóricos mientras corríamos a nuestro arsenal. Un T-34, imposibilitado para mover sus cadenas, se hundía despacio en el fango. Movi6 su cañ6n para dispararlo. Fue un segundo, tal vez dos, pero vi pasar el obús a diez metros dejando una estela de calor para estrellarse sobre la posici6n de Madriles, Pastor y Jerez. Una bola de fuego mat6 a mis tres amigos. Seguí corriendo, intentando pensar que eso no había pasado, que nada de aquello era cierto. Los tanques paralizados disparaban contra nosotros. Sus ametralladoras hacían su trabajo, igual que las nuestras.

—¡Resistid! —gritaba el capitán Palacios—. ¡Están ciegos y sin piernas!

En el cuartel general en el interior de la pequeña ciudad los mandos españoles pidieron apoyo a la SS Polizei, acantonada en sus posiciones muy cerca de nosotros.

—No vienen —dijo un oficial de radio—. Se niegan a abandonar sus puestos. Temen una ruptura del frente.

—Estamos solos.

—Hay que volver —escupí las palabras—. ¡Coged todas las granadas que podáis! ¡Y esas minas! Los tanques están atrapados sin moverse, apenas tienen visi6n periférica. Evitemos que nos vean de frente, ataquemos por los lados como siempre hemos hecho. ¡Reventémoslos!

—¡A sus órdenes, mi cabo! —gritó Rosales sin ningún tipo de ironía. En su mirada un fervor tan enloquecido como en Bazaga, aquel hombre paliducho, despistado y entristecido. Allí era un endemoniado guerrero.

—¡Vamos, coño! —No se me ocurrió un discurso más motivador. No hizo falta. Bajo las luces de los incendios, en aquella oscuridad, corrimos hacia los monstruos, que, si hubieran sabido lo que se les venía encima, habrían temblado de miedo.

El frente cay6, los rusos acabaron tomando las trincheras. Un guripa que nos encontramos huyendo nos dijo que Palacios había dado orden de rendir la posici6n cuando se había agotado la última cinta de ametralladora.

—Han muerto todos. Solo escap6 un pequeño grupo, pero por lo demás,

solo quedan vivos los prisioneros —decía el muchacho.

—¿Sabes si mi hermano, el sargento Miguel?

—No lo sé seguro, pero creo que escapó antes de quedar encerrado.

—¿De dónde eres?

—De Badajoz.

—Yo de Tenerife —dije mirando cómo empezaba a amanecer—. Así que Badajoz. ¿A dónde ibas?

—Hay grupos de guripas resistiendo por toda la ciudad. Los comunistas solo controlan el sur realmente, pero hay zonas que han sido reconquistadas a golpe de cóctel molotov y granadas.

—¿La estación ferroviaria?

—Resisten. Están parando continuas oleadas de rojos. Por la radio pedían ayuda. En el hospital los tanques tienen rodeando el edificio. Aun así, hay muchos focos de divisionarios emboscados por toda la ciudad. Los oía pidiendo ayuda y sobre todo munición.

—Bien. —Miré a mis veinte camaradas. Sucios, doloridos y ateridos por el frío, me miraban esperando que les dijera qué hacer—. Vamos a la ciudad, localicemos a los nuestros y echemos una mano donde podamos. Hemos destruido siete tanques y aquí estamos vivos todavía. Sigamos luchando.

—¡Recuperaremos la ciudad! —gritó decidido Bazaga con un corte feísimo en la frente.

—Ni lo dudes. Vengaremos a Rafa y a todos los chicos que han caído hoy —dije con rabia.

Corrimos hacia Krasni Bor. Detrás dejábamos las trincheras a las que pensábamos volver para reconquistarlas. Cientos de camaradas muertos y entre ellos aquel chico sevillano al que había conocido en Madrid cuando éramos reclutas de mili en la gran ciudad. Pensé en Astrid, la muchacha de Núremberg, de la que se había enamorado, a la cual pensaba volver a buscar para casarse en España, vivir con ella en su adorada Triana, llevarla a pasear al parque de María Luisa los domingos por la tarde y al Real a caballo los abriles de Feria. Eso ya no pasaría. La muerte era nuestro único destino y hacia ella caminábamos. Cuantos menos sueños y esperanzas mejor. Asco de vida.

Krasni Bor sonaba a guerra, olía a incendio. El cielo estaba despejado, azul celeste con algunas nubes, quince grados bajo cero. Corríamos por las calles llenas de escombros al norte de la ciudad, en silencio, guiándonos por

señas. No se veía un alma, pero los combates resonaban cercanos.

Eran unos cinco hombres que corrían hacia nosotros. Nos tiramos al suelo con la esperanza de que nuestro uniforme blanco nos escondiera en la nieve sucia que cubría la calle.

—Que nadie dispare hasta saber quiénes y cuántos son —ordené en un susurro.

Aparecieron doblando la esquina. Allí venía Browazky con cuatro más. Les dimos el alto y nos pusimos a sus órdenes.

—¿A la estación?

—Eso está perdido —dijo el sargento con seguridad—. En la estación no queda nada, solo cadáveres. Esos muchachos han parado a compañías enteras. Los rusos han perdido tanta gente intentando entrar que apenas un puñado ha logrado matar a los pocos que no consiguieron escapar.

—¿Algún conocido, sargento?

—Para mí muchos viejos amigos de la Guerra Civil, muchos caballeros legionarios con los que me jugué el tipo en nuestra guerra. El alférez Noriega, los sargentos Bueso, Melián y Castro.

—¡Que Dios los tenga en su gloria! —gritó Bazaga con rabia tras sus anteojos.

—Soldados, hoy es uno de esos días donde nacen los héroes. Hagamos que sean recordados más que con una cruz en un cementerio.

—Diga dónde vamos, mi sargento —dije enardecido.

—Al hospital —dijo aquel ruso que pensaba volver algún día con su familia a Valencia—. ¡Todos detrás de mí!

El tanque apuntaba hacia el hospital. Había disparado un obús contra la segunda planta, creando un agujero enorme. Ahora movía su torreta despacio. Posiblemente quería hacer más grande el agujero para que la fachada se viniera abajo.

Browazky subió por la trasera del tanque, se acercó a la puerta de la torreta y chilló:

—¡Camaradas, parad! —dijo en ruso—. La ciudad se ha rendido. Necesitamos el edificio en pie.

—¿Rendido? —gritó una voz en el interior—. ¿Quién eres, camarada?

—Sargento del NKVD Pavel Browazky —aguantó unos instantes—. Traigo órdenes del mando para vosotros, camaradas.

Sobre el tanque, en la mismísima torreta, los segundos se hacían horas.

En el edificio de enfrente los guripas miraban asombrados cómo uno de los suyos estaba subido en aquel monstruo de acero con una estrella pintada en blanco. Browazky los oía moverse dentro, escuchaba detenidamente imaginándose los movimientos cuando sonó el clac del mecanismo de cierre. Sacó una granada de palo, tiró del cordel. Un ruso de unos veinticinco años con los galones de teniente abrió la portezuela, sus ojos deslumbrados solo vieron una sombra que desaparecía. La granada caía dentro del tanque, donde cuatro chicos la observaban confusos.

El tanque estalló por dentro. Nosotros corrimos hacia el hospital. No sabía cuántas medallas acababa de ganar aquel ruso valiente, pero con hombres como aquel eran con los que se había conquistado América. Dentro, todo era un caos. Los heridos y los sanos disparaban desde la fachada contraria a la que nosotros habíamos entrado, solo los moribundos esperaban la muerte en los pasillos. Allí no habría evacuación.

El teniente Arvelo, atildado y señorial, dirigía la resistencia junto con el brigada Parra, un africanista veterano de tres guerras. Nos recibieron con afecto, aunque con desilusión, ya que solo éramos veinte. Estaba claro que no vendría nadie más.

—¿No tendrán ustedes un cañón anticarro escondido? —preguntó Arvelo.

—Ojalá, mi teniente.

—Pues solo tenemos cócteles molotov —dijo señalando una multitud de botellas de todo tipo colocadas en cajas—. Hemos vaciado todas las reservas de gasolina de calderas, motores, generadores, ambulancias...

—Venderemos caras nuestras vidas, mi teniente —dijo Browazky.

—¿Es que acaso tenían algo mejor que hacer? —dijo Parra.

—No se me ocurre nada mejor.

Dos tanques avanzaban hacia el hospital con una muchedumbre de rusos. El tanque disparó acertando en un ventanal de la primera planta, el obús atravesó la pared llevándose por delante a seis divisionarios que cayeron partidos por la mitad a la calle. Sabíamos que podía funcionar o no, pero desde las ventanas treinta botellas incendiarias surcaron el cielo sobre aquel T-34, que se transformó en una bola de fuego. El tanque seguía operativo mecánicamente, pero dentro su tripulación se quemaba por el calor. Si hubieran sido máquinas, solo habrían tenido que esperar a que el fuego se extinguiera para seguir, pero eran hombres de carne y hueso que se



achicharraban en un horno. El tanque paró. Una de las escotillas se abrió para que un tripulante sacara su cuerpo carbonizado, el fuego entró dentro.

El otro T-34 frenó, ya no lo tenía tan claro, no pensaba arriesgarse, dispararía desde allí. Una bomba le vino del cielo. Un Messerschmitt de la Luftwaffe le había dejado caer un proyectil. Gritamos llenos de júbilo cuando lo vimos estallar. Solo eran un par de escuadrillas poco, tarde y mal, pero algo era algo. Sacamos las ametralladoras por las ventanas y disparamos a todos los rusos que venían por la calle, a la carrera, enloquecidos, siguiendo al que llevaba una bandera roja, mientras megáfonos gritaban consignas y decenas, cientos de ellos caían bajo nuestro fuego.

A las tres de la tarde cayó el cuartel de mando. Los oficiales mostraron resistencia, vendiendo caras sus vidas, disparando sus armas cortas, lanzando las granadas y todo lo que tenían. Los rusos comunicaron que tenían Krasni Bor en su poder, pero nosotros seguimos allí. Se oyeron combates desperdigados por toda la ciudad, incluso otra escuadrilla alemana dejó caer su bombardeo testimonial.

—¡Se acaban las municiones!

Miré a los míos. Carballo, Voluntario, Villa, Morcón, Irlanda, Rosales y Bazaga. Qué pocos íbamos quedando. Con los demás éramos unos treinta que podíamos correr. Browazky, después de hablar con el teniente Arvelo, vino hacia nosotros que lo esperábamos en el pasillo del hospital,

—Trataremos de llegar al norte de la ciudad para unirnos al grupo de resistencia y hostigar a los comunistas desde allí, formar un perímetro defensivo, preparar un contraataque o tal vez llegar al bosque —dijo el ruso con una venda en la cabeza que se teñía peligrosamente de sangre—. Cuando salgamos, iremos a la carrera, corriendo ordenadamente y con las armas en posición de ataque. Esto no es una huida. ¿Entendido?

—¡Sí, mi sargento! —respondimos todos a una.

Salimos por un costado del hospital a tiro limpio contra todo ruso que encontramos. La niebla de las bombas y los incendios hacía el paisaje irreal. Mis camaradas a mi lado, nos lanzamos a la carrera gritando y disparando. Fue la última vez que estuvimos juntos. En una guerra nunca sabes cuándo te vas a despedir de los que conoces, puede ser en cualquier momento y ese, sin duda, era aquel.

Delante, en una fracción de segundo tres guripas desaparecieron, una explosión me lanzó por los aires cuando acabamos de entrar en el bosque. No

recuerdo si di vueltas en el aire o solo volé en línea recta, pero me estampé en un montón de nieve bajo uno de aquellos pinos rusos. Después oscuridad.

El frío hizo que abriera los ojos. Me quedé quieto intentando saber si mi cuerpo estaba bien. No sentía dolor, solo frío. La luz era mortecina, pronto sería de noche. Moví la cabeza para mirar alrededor, una decena de divisionarios estaban muertos, repartidos entre aquella gruesa capa de nieve acumulada en los pinos. Alguien venía, oí hablar en ruso.

No eran muchos. Seguí como estaba, boca abajo, no quería que me vieran la cara, un vivo nunca puede imitar la cara de un muerto. Justo a mi lado estaba una Tokarev, posiblemente de algún guripa de los que estaban allí muertos. La cogí por la culata para meterla fuertemente agarrada bajo mi cuerpo.

Eran tres, dos que iban delante y otro más rezagado. Los de delante hablaban entre ellos. Eran jóvenes, tal vez veinte años, se burlaban del otro llamándolo «viejo español» si los había oído bien. Saqueaban a los cadáveres después de rematar a los heridos. Apreté la culata de la pistola contra mi cuerpo.

—¡Vamos, La Mota! —dijo uno de ellos—. ¡Que no estamos en España durmiendo la siesta!

Ambos rieron mientras clavaban sus bayonetas en los que sospechaban que podían seguir vivos. Yo callado, esperando que se acercaran. Si uno de ellos era un español, tenía que ser un rojo de nuestra guerra. Lo llamaban «viejo», así que sería un tipo de más de veinticinco.

—Españolito, que te comen los franquistas —dijo uno riéndose mientras me ponía la mano en el hombro para darme la vuelta de un tirón.

La Tokarev funcionó a la perfección, dos balas salieron al instante, rumbo a las cabezas de aquellos dos. Me levanté de un salto mientras ambos caían muertos al suelo, sin saber lo que los había matado. El viejo corría entre los árboles, se alejaba, así que disparé sobre su cabeza, un montón de astillas congeladas de un pino saltaron por todas partes. El hombre paró con las manos en alto.

—¡Quieto! ¡Ahí parado! —le dije en español—. Date la vuelta despacito que quiero verte.

Ví a un tipo de cuarenta años muy largos, uniforme de soldado raso, una barba poblada negra, uno de tantos. Me acerqué, lo registré con el cañón del arma en el pecho. Desarmado, me miraba con aire cansado que me recordaba

a mi hermano Miguel, del cual seguía sin saber nada.

—¿Hay españoles en Krasni Bor peleando con los rusos? —le dije mientras hurgaba en sus bolsillos.

—No, solo yo —me dijo con voz clara y acento de Madrid.

—Jodido traidor —le dije con desprecio mientras me alejaba unos pasos de él para sacar de mi abrigo un paquete de tabaco. Miró con asombro la marca americana.

—Lucky Strike —leyó.

—Sí, el tabaco de vuestros aliados americanos —dije encendiendo dos cigarrillos. Me quedé con uno y le pasé el otro.

—Nosotros no tenemos de ese para fumar.

—A mí me llega desde España. —Sonreí.

—Aliados nuestros, pero no podemos fumar su tabaco —dijo con una sonrisa llena de sarcasmo—. Vuestros enemigos y sí los fumáis. ¿Cómo está España?

—Mejorando. ¿Qué haces tú con los rusos?

—¿Y tú con los alemanes?

—Bueno, nosotros vamos un poco por nuestra cuenta. Pero, bueno, con los alemanes, pero no por los alemanes, por mí que les den a todos los *doiches*—. Di una calada y se me ocurrió de repente—. ¿Conoces a un tal Turión Albertos?

—Sí, claro —dijo mirándome escrutador.

—¿Está en el frente?

—No, es un pez gordo —dijo aún más extrañado—, los peces gordos no vienen al frente. Estará escondido debajo de las faldas de la Pasionaria en algún búnker perdido. ¿Por qué lo preguntas?

—Cuentas pendientes —dije mientras me colgaba mi máuser al hombro—. ¿Quieres la cajetilla?

—No —negó rotundamente—, podrían fusilarme por tener tabaco americano.

—De acuerdo —asentí para tender mi mano—. Santiago Durán. —Me miró asombrado. No sabía lo que hacer, pero algo le empujó a no dejarme con la mano en el aire. Me la dio con firmeza.

—Beltrán Santillana de la Mota.

—Bueno, yo me marcho, tengo que buscar a los míos.

—Tenga cuidado, cabo Durán, hay una compañía desperdigada por el

bosque buscándolos.

—No se preocupe —dije buscando su graduación.

—En España era comandante, aquí solo soldado raso.

—Pues, comandante Santillana, ha sido un placer. —Y me llevé la mano al casco para saludarlo como a un comandante.

Me devolvió el saludo y cada uno cogió por su lado. No me volví para saber si había cogido un arma del suelo y me estaba apuntando. Si tenía que morir ese día, moriría, pero no había venido a Rusia a matar españoles.

Crucé el río Ishora para volver a Krasni Bor. Lo hice como sargento provisional con mi cuarta cruz de hierro y la medalla al mérito militar individual, que me la colocó en Popovka el mismísimo comandante Rubio, uno de los pocos mandos de la División que escaparon con vida de ese diez de febrero de 1943.

El ascenso se me dio porque apenas quedaban suboficiales vivos. Ahora comandaba a un grupo de guripas que no conocía, muchos recién llegados, unos con experiencia, otros con ninguna, pero todos soldados. Hubiera cambiado las medallas y el ascenso solo por saber si mi hermano y mis amigos estaban vivos.

Ocupamos Staraya Myza, un pueblo junto a Krasni Bor. Lo hicimos en plena noche, con un golpe de mano lleno de violencia. Solo conocía a Browazky, que mandaba a los suyos. Allí resistimos, lanzamos contrataques, machacamos a los comunistas todo lo que pudimos. No volvimos a aquella ciudad donde tantos españoles habían muerto.

El frente se estabilizó, los rusos cancelaron su gran ofensiva para tomar Kolpino y liberar Leningrado. Las diez mil bajas rusas en Krasni Bor les parecieron demasiadas para mantener el ritmo. Nosotros perdimos a dos mil doscientos cincuenta y dos hermanos, amigos, camaradas... en aquel día de febrero. Durante los once días siguientes murieron mil más. Los españoles habíamos evitado un derrumbe total del frente del norte, con consecuencias nefastas, mientras los alemanes miraban desde sus trincheras asombrados, pero calentitos, de cómo aquellos tipos a los que nunca habían tomado en serio cerraban con su sangre el agujero que se abría en el dique.

Cuando volví de Satraya Myza, con un roce de bala en un hombro que me remendaron en seguida, Browazky me vino a buscar a la cama del hospital donde pensaba dormir varios días seguidos.

—Ven conmigo —me dijo.

Le seguí fuera. Caminamos un kilómetro entre guripas que montaban un campamento, construyendo trincheras, blocaos, parapetos. La maquinaria de la guerra no para nunca. Llegamos donde los cuerpos de los caídos esperaban para ser enterrados, cientos de tumbas cavadas por prisioneros rusos en aquella tierra congelada. Los cuerpos, igual que la tierra, conservaban las expresiones de su agonía, el color matizado por el hielo, sus ojos mirando el infinito. Una decena de guripas clavan las cruces con sus nombres escritos. La maquinaria de la muerte tampoco para nunca.

Browazky se detuvo en uno de los cuerpos, tapado con una sábana blanca congelada que quitó hasta la cintura. Retiré la mirada, cerré los ojos con fuerza durante unos segundos para volver a mirarlo. Allí estaba aquel buen chico murciano, siempre dispuesto a la chanza, a la broma, a hablar de comida, de su carnicería, de su aldea, su cara de Sancho Panza, su cuerpo de grandullón con tres agujeros de bala atravesándolo. Morcón miraba al cielo sin vida, su rostro era extraño, parecía como que sonreía, había vuelto a casa.

—Tápalo —le pedí—. ¿Se sabe algo de los otros? ¿De mi hermano, Carballo, Voluntario, Villa, Bazaga, Irlanda, Rosales...?

—Nadie sabe nada —dijo mientras cubría el cuerpo de nuestro amigo—. En el SIM me han dicho que los rusos no dan partes de prisioneros. Nadie sabe si están vivos o muertos.

Se hacía de noche, las nubes negras amenazaban nieve. Nos cuadramos ante nuestro camarada caído. Los dos únicos supervivientes de nuestra compañía, una estampa cuyo patetismo se matizaba solo por la brutalidad de la muerte.

—¡Descansa en paz, querido hermano!

### 13. Legión Azul, 1943

Rellené la hoja de inscripción a la Legión Azul el mismo día que se hizo oficial que la División quedaría disuelta, doce de octubre del 43. Lo hice sobre la espalda de un riojano que llamábamos Cuña, por su apellido. Había pasado la primavera y el verano esperando noticias sobre mi hermano, pero nadie sabía nada.

Las cartas eran cada vez más escasas, temía abrirlas, porque no sabía que contestarles. Era difícil responderles sobre la posibilidad de que Miguel estuviera muerto, yo lo daba por hecho. Era cierto que su cadáver no había aparecido, pero tampoco los de casi cuatrocientos desaparecidos. No se los pensaba contar, por ahora no se sabía nada y punto. Era curioso cómo mi familia se había congelado en el tiempo, en aquella familia que me vio partir para ir a hacer la mili en Madrid. Ahora los que me escribían aquellas cartas me parecían unos extraños que me decían cosas que me eran ajenas. Algo así como leer las cartas dirigidas a otros.

Les escribí diciéndoles que me quedaba en Rusia, que la División Azul quedaba disuelta y que los chicos empezarían a volver durante este mes, pero que el Gobierno había creado una legión para que los que quisiéramos nos quedáramos. Dijeron que si fue por el miedo a que Hitler tomara algún tipo de represalia contra España o contra nosotros al olerse que Franco cedía ante las presiones de los ingleses y se pasaba a la neutralidad más absoluta. Igual en Madrid se temía algo como lo que estaba pasando en Italia, donde Mussolini había caído tras un golpe de Estado y ahora los alemanes estaban fusilando a medio ejército italiano, además de perseguir a la familia real y a los generales italianos por todas partes.

Estábamos a mitad de noviembre del 43, el frente del Este todavía estaba controlado, pero aquello no olía a victoria desde lo de Stalingrado. Ya ni siquiera los más fanáticos creían que los alemanes conservarían lo conquistado más allá de dos o tres años. Los alemanes ya habían perdido África y los americanos e ingleses subían por Italia con paso firme.

En octubre me había despedido de Browazky. Él volvía, no podía quedarse, tampoco tenía por qué hacerlo, estaba casado y a sus hijos apenas

los conocía. Me dio un abrazo antes de subir al camión que lo llevaría a Riga para coger trenes hasta volver a España.

—Si no fuera por mi mujer y mis hijos, me quedaba —me dijo mirándome con aquellos ojos azules que ahora se mostraban oscuros.

—No seas tonto, si yo tuviera alguien esperándome, volvería hoy mismo.

—Escríbeme, al menos de vez en cuando para saber de ti y si aparece Miguel.

—Sí —dije cabizbajo—, ojalá.

—No seas cenizo, su cadáver no apareció. Posiblemente está prisionero. No pierdas la fe.

—No la pierdo, pero yo voy a ver cómo termina esto. No puedo volver ahora. —No le dije que no pensaba volver para no enredar ahora que se marchaba.

—Adiós, camarada —dijo cuando el conductor del camión hizo sonar levemente el claxon.

—Adiós, hermano.

Desde lo alto del camión miró a todas aquellas caras de soldados que estaban alrededor para decir señalándome:

—Ahí se queda uno de los hombres más valientes que he conocido. Ahí se queda un héroe. Que Dios lo bendiga y lo proteja, porque algún día volveremos a vernos. Tenlo por seguro. ¡Me escuchas, Santiago! —Asentí mientras el camión se alejaba para unirse a un convoy fuertemente armado—. ¡Nos volveremos a ver!

Ahora a mitad de noviembre, éramos solo unos dos mil y pocos españoles, ya no éramos divisionarios, ahora éramos legionarios. La Legión Azul, nos llamábamos, dedicada a perseguir guerrilleros en los bosques.

Esa Nochebuena, haciendo guardia en un puesto de tirador en Luga, miré al cielo de una noche gélida pero estrellada y pensé en Bosed. Me la imaginé preparándose para la cena en su casa americana, como aquellas de las películas, ella elegante y guapa hasta decir basta. No me la imaginaba con mi hijo, es que no sabía cómo sería, siempre pensaba en ella como la conocí. Sentí pesar al recordarla llorando por las cosas que le dije aquel maldito día. Ojalá ella no me recordara y me olvidara, igual ya lo había hecho.

Sonó una detonación a lo lejos. Los rusos estaban ahí, en esa inmensidad oscura, preparándose para saltar sobre nosotros. Saqué un cigarrillo, lo encendí, inhalé con fuerza. Sabía que era toda una llamada a un francotirador

que viera la brasa del cigarrillo en su mira telescópica y me matara. Pues que lo hiciera de una vez.

En febrero del 44 nadie creía que nuestra repatriación tardara en producirse. El frente en Rusia seguía estable, pero en Europa los americanos e ingleses bombardeaban Alemania sin piedad y sin resistencia por parte de la Luftwaffe. Sin duda, solo un ciego no vería cuál iba a ser el final de todo aquello. Pero los alemanes no lo veían, al menos los militares que seguían hablando de las armas secretas que su Führer presentaría pronto y que acabarían de un plumazo con la guerra. Sonreía cuando los oía hablar de eso. Era como cuando capturábamos a comunistas del NKVD que decían que la utopía comunista llegaría algún día y que todo el mundo viviría en paz y armonía. No se diferenciaban tanto como ellos creían.

Marzo llegó como llega siempre en Rusia, siendo un invierno de veinte grados bajo cero por la noche y de tres bajo cero al mediodía. Pero a nosotros, aquellos dos mil cuatrocientos hombres que llevábamos luchando contra partisanos, defendiendo ciudades, protegiendo repliegues de tropas, nos dijeron que teníamos que hacer las maletas y volver a casa. En el Pardo, Franco se había cansado de recibir presiones de las embajadas americana y británica para que terminara con aquello de país «no beligerante», declarara la neutralidad total y, bueno, al final eso hizo. Era cierto que gran parte de su Estado Mayor llevaba tiempo pidiéndoselo. Yo sobre eso no tenía ni idea, ya no estaba mi hermano para comentarme esas cosas, pero lo cierto era que yo no podía volver.

Aquel quince de marzo conducía un camión con pertrechos y un cañón antitanque. Iba en un pequeño convoy de unos cinco vehículos. Se preparaba la vuelta a casa, al menos a preparársela a los que volvieran, porque no lo tenía tan claro.

—Olivares, Tinto y Vega dicen que ya lo tienen decidido —dijo a mi lado en la cabina del camión Mendieta, un chico donostiarra—, que los alemanes les han dicho que «con los brazos abiertos», incluso que si quieren antes pueden firmar los documentos e ingresar en las SS.

—Eso es lo malo —le dije con fastidio—. Las SS y yo no tenemos buenas relaciones.

—¡Joder! Y la mayoría de nosotros tampoco los tragamos mucho que digamos, pero si nos queremos quedar, esa es la única opción.

—¿Y tú por qué no vuelves? ¿Qué más te da todo este enredo? Al fin y al



cabo, yo tengo a mi hermano desaparecido y es algo que me ata aquí —mentí, simplemente no quería volver de ninguna de las maneras—. Pero tú eres muy joven. ¿Qué se te ha perdido en todo esto?

—Yo en San Sebastián trabajaba con mi madre en el puesto del mercado que tenía mi padre. Cuando estalló la guerra, mi padre fue uno de los que se alistaron en las milicias del PNV, incluso llegó a tener un mando. Terminada la guerra, perdió el puesto y lo metieron en la cárcel por separatista. No te cuento el hambre que pasamos, ni lo que fue trabajar limpiando los mataderos municipales, esas madrugadas limpiando charcos de sangre, casquería, tripas pegadas en el suelo. A mi padre le condenaron a muerte, pero se la conmutaron por quince años de prisión. Bueno, cuando me tocó ir a servir, pues me ofrecí voluntario. Un primo de mi madre me dijo que sería una buena idea para recuperar el puesto en el mercado y para que mi padre pudiera tener una reducción de la condena.

—O sea, que eras familia de rojos.

—¡Qué va! De misa diaria y más anticomunistas que Franco.

—¿Y por qué no se unieron a los carlistas?

—Ni idea —dijo el muchacho.

Un claxon sonó, el Sd. Kfz cargado hasta los topes que iba delante frenaba. Las puertas se abrían para dejar salir a la carrera a los conductores.

—¡La Parrala! —grité señalando al cielo—. ¡A cubierto!

—¡Maldición! —dijo Baquero.

Salté a la carretera de arena prensada por el hielo, todavía persistente en aquel mes de marzo. Hice gestos a los guripas que se bajaban de los vehículos y se dispersaron. Allí todo era llano, ni un bendito árbol donde escondernos. Estábamos vendidos, solo podíamos confiar en que los pilotos de aquellos dos cazas Yakolev no tuvieran mucha pericia con sus ametralladoras y escapáramos casi todos.

Se lanzaron en picado sobre la columna, en perfecta formación, uno delante y el otro detrás. Dispararon una ráfaga que impactó de lleno en la columna de vehículos. Estábamos en no sé dónde y nos dejaban sin transporte, pensé con el cuerpo hecho un ovillo en el arcén. Los dos Yakolev avanzaron un centenar de metros en línea recta para dar la vuelta, volvieron a ametrallar los camiones que empezaban a arder. Sabía lo que vendría ahora, una tercera y última pasada que nos tendría a nosotros como objetivo.

Pero de repente se marcharon. ¿Qué había pasado? Miré hacia el cielo,

solo podía ser que hubieran visto enemigos cerca. Sí, allí estaban cuatro Messerschmitt que se acercaban en su búsqueda. Era tan raro ver aviación alemana en aquellos tiempos que me levanté dando un chillido. Los chicos me imitaron como una jauría vociferante, llena de rabia y alegría. Imprudencia por nuestra parte.

Los obuses que transportábamos en uno de los vehículos explotaron convirtiendo los vehículos que ardían en metralla que salió disparada en todas las direcciones. Un trozo de una puerta impactó contra mi cabeza. Fue un golpe rápido, seco y fuerte.

## 14. Apátrida, 1944

Abrí los ojos. Durante un largo instante me pregunté dónde estaba. Recordaba la carretera, la explosión, los camiones ardiendo, de repente un golpe en la cabeza y nada más. Aquel techo que veía me dio un escalofrío. Era tan familiar, tan idéntico al techo blanco que hacía ya tanto tiempo vi al despertar de la misma manera en Riga. Por un instante pensé en Bosem, pensé en ella vestida de enfermera colocando las vendas ordenadamente en un cajón mientras la miraba.

Una tos fuerte me sacó de mis pensamientos. Me senté en la cama. Estaba en un hospital, pero no era Riga. Ni se le parecía. Aquello era un salón enorme, con catres cuarteros repartidos por todas partes, casi juntos unos de otros. Las enfermeras iban y venían sin parar, un médico observaba la pierna cortada de un herido. Todo propio de un hospital en el frente, pero una cosa quedaba clara: aquello no era un hospital de la División. Era de la Wehrmacht. Estaba en un hospital alemán.

—Enfermera —le dije a una muchacha rubia.

—Un momento, enseguida estoy con usted —me dijo con aire de sorpresa.

—¿Dónde estamos? —le pregunté mientras se alejaba.

—En Königsberg.

Aquello sí que me rompía los esquemas. Estaba en la capital de Prusia Oriental. En un hospital alemán y ni un solo español a la vista.

Una hora después me hicieron las pruebas para ver si seguía vivo y, como lo estaba, me dijeron que caminara a ver al doctor, cuyo despacho era un cuartucho lleno de armarios al principio de la sala. Hacía calor y la luz del sol entraba por la ventana. Se oían lamentos, gritos y mucho desorden en aquel hospital.

—¿Nombre? —me dijo un médico joven, de unos treinta años, al que le faltaba un ojo.

—Santiago Durán.

—¿El español?

—Sí.

—Una brigada de lituanos de las SS le recogió entre un amasijo de cadáveres y chatarra en una carretera —forzó la vista para leer lo que parecía un parte—. No entiendo lo que pone aquí. Pero era el único vivo, así que lo llevaron a un hospital de campaña, donde a los tres días nos lo mandaron. Para que lo aguantáramos hasta que despertase.

—¿Cuánto llevo en coma?

—Estamos a doce de junio.

—¿Pero? —dije como si hubiera propuesto comerme un caballo.

—¿Qué?

—Pertenezco a la Legión de Voluntarios Españoles —dije intentando serenarme—. Esta se disolvía en abril para retornar a España.

—Sí. eso sí que lo vi en una hoja de noticias.

—¿O sea, que ya no están?

—Según ponía en la noticia desde finales de abril, se fueron.

—¡Mierda! —Esto sí que era nuevo—. ¿Y ahora qué hago?

—Eso sí que no lo sé —dijo sacando un cigarrillo—, pero con ese uniforme más vale que se acople a una unidad por ahí, porque si lo ven andando sin unidad, lo fusilan. Hay mucho Einsatzgruppen buscando desertores, supuestos o reales, por esos caminos.

—¿Una unidad?

—Busque algún pelotón de las SS y pregúntele por los grupos de extranjeros. Lo endosarán en uno rápidamente —sonrió negando con la cabeza—. Ahora lo que falta es carne de cañón.

—¿Están cerca?

—Sí, aquí mismo, Königsberg está llena de unidades de reclutamiento.

—¿Algo más?

—Se irá mañana. Quiero que coma y descanse hoy. Ahora necesita comer todo lo posible. Debería quedarse al menos una semana, pero necesito la cama.

—A sus órdenes.

—Cúidese, evite a los matones y sortee la guerra. Desde lo de Normandía, esto no puede durar mucho. Igual puede que escape vivo.

—¿Normandía?

Sonrió tirándome un periódico, que cogí al vuelo.

Caminé por las calles de Königsberg, atestadas de militares de todo tipo. Me comí una salchicha en un puesto de un hombre que aseguraba que eran de

cerdo, lo dudé bastante. Seguí con mi paseo a ninguna parte. Solo miraba los emblemas de los soldados, había de todo tipo, desde las SS en todas sus variantes hasta el ejército alemán. Allí todo el mundo estaba de paso, todos intentaban parar un posible avance de los rusos que desbordarían el frente, algo que se temía desde que los rojos rompieran el sitio de Leningrado. Era una especie de cantinela que ya oía antes de que aquel pedazo de hierro me dejara inconsciente.

En mi caminata vi a un grupo de infantería de la Wehrmacht, no eran muy numerosos y todos tenían cara de cansados. Sentados en el suelo, haraganeando en la ciudad antes de partir al frente. Me acerqué a un comandante que parecía la cara de la preocupación.

—Mi comandante —le espeté brazo en alto y sin darle tiempo a respirar—. Soy el sargento Santiago Durán, me envía el coronel Schmidt para que me incorpore a su compañía.

—¿El coronel Schmidt?

—El mismo, mi comandante —seguía hablando a la carrera—. Me dijo que había cursado todas las órdenes y tramitado la información a sus asistentes para que le comunicaran a su coronel, y que este le había mandado la orden de aceptación de mi incorporación a su compañía.

—Yo no he recibido... —Estaba intentando escucharme, pero al mismo tiempo leer varios mensajes escritos que le pasaba su oficial de radio.

—Mi comandante, estará a punto de llegarle. —Arriesgué sacando el papel del alta que me había dado el médico y lo mostré—. Estas son mis órdenes para incorporarme a su unidad. —Guardé el papel en el bolsillo de mi guerrera sin enseñárselo.

—Pero...—dijo señalando la bandera de mi brazo—. ¿Es usted español?

—Sí, mi comandante. —Y entonces aceleré para contarle mi historia resumiéndola a base de velocidad.

—¡De acuerdo! —dijo al fin perdiendo la paciencia para mirar hacia un suboficial que estaba en una mesa llena de papeles colocada en la calle—. Gustt, inscriba a este hombre en la compañía. Todo esto es muy irregular, así que no entrará como sargento, de esos ya tenemos. Soldado raso y punto.

—Sí, mi comandante.

Misión cumplida y todo a base de mentiras. Sonreí satisfecho. Si hubiera sabido lo que se me venía encima, no habría sonreído tanto.

El tanque soviético se movía despacio bajo aquella fábrica de

esmaltados destruida por los obuses. Era una monstruosidad verde con una banda blanca en la torreta, un IS2 de no sé cuántas toneladas de puro acero, una cosa indestructible que estaba llevándose por delante a los poderosos panzer alemanes. Se acercaba julio y los rusos habían abierto de una vez las puertas de Asia, de su Asia, para lanzarlas contra nosotros. Esta vez no era como en Krasni Bor, un ataque masivo sobre un punto para romper el frente por ahí y tratar de avanzar como un cuchillo clavado en la carne. Ahora se trataba de un machetazo que no buscaba romper el frente, buscaba destrozarlo.

Allí estaba aquel tanque moviéndose lentamente. Se había atascado al intentar entrar en el patio de la fábrica y ahora trataba de maniobrar marcha atrás sin tener que romper la pared. Justo encima de él, estaba con Carl, soldado alemán de unos diecisiete años, pelirrojo, de Sajonia y nervioso como un flan mientras miraba con los ojos como platos al tanque, que estaba debajo de nosotros, a solo tres metros del agujero en el suelo de aquella oficina. Sus ojos iban del tanque hacia mí, yo con un *panzerfaust* en la mano, uno de aquellos cañones portátiles antitanques de un solo uso. No entendía por qué no le había disparado ya, pero hubiera sido perderlo todo, el arma, la oportunidad y la sorpresa, ya que la explosión solo hubiera arañado la pintura.

—Tranquilo —le dije moviendo los labios.

El tanque paró, ya que una columna no lo dejaba moverse y llegó el momento que tanto quería. Dentro del tanque se habían desesperado de tanto movimiento hacia adelante y hacia atrás. La escotilla se abrió y uno de los rusos salió para guiar las maniobras. Coloqué el *panzerfaust* sobre mi hombro, apunté a la escotilla abierta y pulsé el enorme disparador para ver cómo el cohete entraba en la bestia.

—¡Corre! —grité al muchacho.

Corrimos por aquel cuarto de paredes blancas y ficheros. Nos tiramos detrás de una mesa para resistir la violenta explosión del IS2, que hizo que el suelo se resquebrajase. Como si fuera un terremoto la pared cayó sobre la explosión. De repente estábamos en un tobogán que nos llevaba a una caída de tres metros sobre el tanque ardiendo. Nos escurriamos, cogíamos velocidad.

—¡Agárrate a algo, Carl! —le ordené.

Pero yo mismo no podía, hasta que conseguí darme la vuelta, sentarme y frenarme con los pies. Carl caía hacia las llamas, tenía aquella cara de niño de tantos novatos, asustado, siempre deseando estar de nuevo en casa. Me tendió los brazos. Como una tenaza lo paré.

—Dios mío —dijo con terror.

Su cuerpo estaba casi fuera, pero yo podía irme con él. No estaba salvado, me miraba con un «no me sueltes, por favor» escrito en los ojos. tiraba con ganas, no lo dejaría caer. Las llamas crecían, sin duda el combustible y los obuses del tanque hacían lo suyo. Carl pataleaba intentando subir, pero me escurría cada vez más.

Una ráfaga de metralleta sonó y Carl Jungen, de diecisiete años, moría segundos después mientras seguía agarrado a mis manos, sin saber lo que le había pasado. Cuando sus ojos perdieron el brillo lo solté. Cayó con un golpe seco al borde del fuego. Me di la vuelta para ascender gateando por aquel suelo convertido en rampa. Oía a los rusos acercarse, sabrían que alguien lo había estado agarrando. Me buscarían.

Salté por la ventana de la fachada principal, una caída de cuatro metros, y eché a correr como un gamo. Detrás los rusos venían con sus gritos de borrachos, sus «*dabai, dabai*» y su berrea inconfundible. No sé si hubiera ganado alguna medalla en las olimpiadas, pero atravesé todo el campo hasta la pequeña colina donde se ocultaba mi compañía de alemanes al mando del siempre apurado y nervioso comandante Kantor.

—¡Vienen los rusos! ¡A montones!

Bajé hacia donde estaban y empecé a repartir órdenes a gritos. No pensaba morir porque aquellos niños estuvieran dirigidos por oficiales pusilánimes a los que su fantasía de convertir Moscú en un lago se les había venido abajo.

—¡Tú! ¡Tú! ¡Y tú! —dije señalando aquí y allá—. Coged las ametralladoras. ¡Vamos con las MG a puestos de tirador en lo alto de la colina! ¡*Panzerfaust*!

No sé cuánto tardé en organizar aquello, pero los oficiales acabaron reaccionando y me echaron una mano. Se pusieron en marcha con el tema de las municiones y demás.

—¿Tantos son? —me preguntó Kantor.

—Calculo que mil hombres de infantería y al menos seis IS2.

—Sería mejor huir, retirarnos y buscar otro momento —dijo un teniente.

—Con todos mis respetos, ya no hay tiempo para eso —le espeté—. No crea que hago esto por capricho personal. Mi guerra acabó hace mucho tiempo. Ahora solo lucho por mi vida, nada más, y si nos echamos a correr nos cogerán. Quien huye no dispara.

Los rusos aparecieron, aquello era una versión reducida de Krasni Bor. La infantería rusa cargó a pecho contra las ametralladoras. La primera oleada cayó sin apenas acercarse. Pero no hubo una segunda. Los IS2 comenzaron a disparar, su cañoneo nos hizo mucho daño. Seis de aquellos monstruos lanzando todo lo que tenían.

—¡Al suelo! —grité—. ¡Los *panzerfaust*! ¡Esperad a que se acerquen! —Los veía acercarse, imparables. Detrás el resto de la infantería rusa, protegiéndose detrás de las moles de acero.

—¡Ahora!

Los chicos con los cañones antitanques portátiles dispararon muy bien a los IS, apuntaron correctamente, dieron en el blanco, explotaron levantando una nube y ni uno solo de aquellos tanques sufrió daño alguno.

—¡Maldición! ¡Vamos, hay que seguir!

Disparé a un ruso que se me acercaba con la bayoneta calada, a otro que venía detrás, y sus sesos quedaron estampados en la cara de un tercero al que también envié con Satanás. Un grupo de ellos colocó una ametralladora con ruedas en una elevación, comenzando una masacre de alemanes, incluso de rusos, ya que disparaban a lo loco. Aquello estaba perdido. Aun así, disparé mi cargador sobre todo lo que vi, evitando a los tanques. Incluso, cuando vi aparecer a un tipo con un lanzallamas, me paré, puse rodilla en tierra para apuntar a la bombona que estaba en la espalda. Una inmensa llamarada quemó vivos a los que estaban a su alrededor.

«Santiago, esto se acabó, hay que irse», pensé cuando vi cómo Kantor, con varios oficiales, eran golpeados por rusos en el suelo. Di la vuelta y eché a correr, agachándome entre los matorrales, buscando hierba alta y árboles. No sé muy bien si fue mucho o poco, pero cuando por fin se hizo de noche, hice lo que nunca hubiera tenido que hacer.

El establo estaba silencioso, los animales dormían cuando entré. Subí a la parte alta, me tumbé sobre una montaña de heno, comí el embutido que me quedaba, bebí agua, cerré los ojos y dormí.

Por la mañana me desperté con el alba, unos tragos de agua para salir por donde vine. Pero no pude. Al abrir la puerta un enorme cañón de un rifle de caza me apuntaba al pecho. Un niño rubio con una gorra de fieltro me miraba enfadado mientras un anciano flaco, con nariz aguileña, cejas pobladas, me apuntaba con aquel rifle absurdo, decimonónico, anacrónico, pero igualmente mortal. El chico salió corriendo cuando el viejo le dijo algo.



—¡Arriba las manos! —me dijo el viejo separándose al menos dos metros de mí, cosa inteligente por su parte. Las levanté y sonreí al hombre. A lo lejos oía cómo se acercaban las voces de soldados rusos. Bullangueros y violentos, serviles en la derrota, tremendos en la victoria. Posiblemente me matarían o tal vez no. Miré al cielo para sentir la brisa de julio y los cálidos rayos de sol.

El niño llegaba con cuatro hombres. Uno de ellos llevaba un uniforme del NKVD, se acercó rápidamente a donde estaba, me miró como si estuviera hecho de mármol. Llevó la mano a la cartuchera y sacó su Tokarev para amartillarla mientras sus hombres lo miraban expectantes. Con una sonrisa de lobo la puso en mi sien.

Este era el momento, ya no había nada más. Miré al cielo, una bandada de grullas cruzaba el infinito azul, pensé en Bosem.

## 15. Moscú, 1944

No había una nube en aquel diecisiete de julio de 1944 en la capital del imperio soviético. Moscú relucía bajo los treinta y cinco grados de aquella mañana. La tierra de una enorme plaza, más parque que plaza, se había ido calentando bajo el sol inclemente que nos achicharraba. Sesenta mil soldados enemigos, tirados en aquel suelo, permanecíamos en un apático silencio mientras nuestros captores nos miraban, parejas de soldados con las bayonetas en ristre, refulgiendo en aquel sol.

Me puse en pie, me dolía un costado del cuerpo tras la paliza que me habían dado los de NKVD días atrás. La explanada se había ido llenando. Estaba dividida en secciones con cuerdas, como rediles de feria de ganado que separan las bestias de distintos propietarios. Hacía una hora nos repartieron platos con judías, sabían raras, no las comí. Un alemán de gafas redondas, pecas en la cara y calvicie prematura, se comió mi plato. «Sí, pero nunca se sabe cuándo volveremos a comer». Me encogí de hombros.

Aquello estaba lleno de hombres con caras sucias, rostros cansados, algunos con sus uniformes convertidos en harapos, todos ellos tal cual habían sido capturados. El frente había caído y los ejércitos del Norte habían sido desmantelados de forma radical. Allí estábamos todos los que habíamos sobrevivido a la Bagration, que era el nombre que los soviéticos habían puesto a su exitosa operación sorpresa. «Esta vez —pensé mirando a varios generales alemanes que estaban en uno de aquellos rediles— no teníais a los españoles para parar a los rusos, ¿eh?».

Se oyó un silbato, después otro y así una decena. Los soldados rusos, todos con el uniforme en perfecto estado de revista, gritaron: «¡En pie!». Y al unísono, de forma sorprendente, sesenta mil soldados se pusieron en pie. Sí, han leído bien, sesenta mil. ¿Qué habría pasado si hubiéramos sido sesenta mil españoles en Moscú solo con el deseo de humillarnos? Sí, desarmados, es cierto. Pero a unos metros de nosotros estaban unos críos con fusiles. ¿Nos habrían parado cuando hubiéramos tenido sus armas? Sesenta mil en la capital, más que toda la División Azul junta.

Los generales alemanes capturados abrirían el desfile. Sexagenarios,

algunos con bastones, otros apoyados en otros generales cincuentones. Todos con sus uniformes, y los que llevaban sus medallas, pues con ellas. Un soldado a caballo con casco brillante les ordenó que lo siguieran en línea recta.

Los rediles se iban abriendo en orden de vaciado cuando un tipo montado a caballo con el sable al hombro hacía un gesto. Un soldadito soviético quitaba la cuerda y, mal encarado, chillaba órdenes para que los desgraciados que estaban en ese redil siguieran al jinete. Cuando no quedaba nadie aparecía otro soldado a caballo y se repetía la acción con el siguiente redil.

Cuando mi grupo salió tras el jinete para entrar en aquella gigantesca avenida, me sorprendieron dos cosas. La belleza de Moscú. Sus edificios podían ser los de cualquier ciudad europea, no había nada de asiático en sus calles y el silencio. Las calles estaban abarrotadas de personas de todo tipo, sobre todo mujeres, niños y ancianos, pero no vi abucheos ni gritos de odio, tampoco risas ni burlas, solo silencio, miradas de curiosidad y contemplación. Era como si vinieran a ver al ejército de monstruos que les había contado la propaganda, para encontrarse con un montón de tipos corrientes que podían haber sido sus hermanos, sus padres o maridos. Y no digo que el ejército alemán no hubiera hecho cosas monstruosas en Rusia, yo había sido testigo de algunas, pero en aquel desfile no vi ni a un solo SS. Allí solo estaba la masa anónima y prescindible que llevaba años luchando en aquella siniestra pesadilla que se llamaba el frente del Este.

Unos niños, tal vez una decena, nos miraban desde una balaustrada. Sus caras curiosas y alegres me recordaron a mi infancia con mis hermanos. Les sonreí y varios me devolvieron la sonrisa de una manera casi refleja. Seguí caminando mientras desde los altos de los grandes edificios veía el brillo del sol reflejado en los cristales de los prismáticos.

Las ventanas estaban llenas de curiosos, pero ni una sola palabra, solo miraban y comentaban entre ellos. Pasamos por delante de lo que parecía una embajada, posiblemente de Estados Unidos, ya que varios soldados estadounidenses miraban desde la acera. Uno de ellos hacía comentarios graciosos y los otros se reían. Me quedé mirándolo, deseando escuchar lo que decía, pero no lo oí.

Un camarógrafo grababa en su pequeña cámara de cine, mientras entrábamos en un gigantesco y rectilíneo puente de columnas colosales. Moscú me parecía fascinante, tanto que empecé a tararear *Lili Marlen*:

—*Vor der Kaserne, Vor dem großen Tor...*

—Calla, insensato, o nos matarán a todos —dijo un hombre muy viejo para sus galones de cabo.

Sonreí, pensando que sería bueno que todos cantáramos *Lili Marlen* a pleno pulmón, eso sí que reventaría al propio Stalin y toda esa propaganda.

—Vale, pues si no les gusta mi alemán, ahí cambio de disco. Con mi canción... la gloria va... por los caminos del adiós... que en Rusia están... los camaradas de mi División... Cielo azul a la estepa desde España llevaré... se fundirá la nieve... al avanzar, mi capitán. Vuelvan por mí el martillo al taller... la hoz al trigal... Brillen al sol... las flechas en el haz para ti... que mi vuelta alborozada has de esperar... entre el clamor... del clarín inmortal.

—¡Silencio! —dijo alguien escandalizado.

—Nos matarán por tu culpa, español.

—Hacedlo callar —dijo otro, filas atrás.

—Ven tú y hazme callar —dije sonriendo con fiereza—. Callaos vosotros, basura servil, y seguid andando.

Seguí tarareando todo lo que se me ocurría, esta vez más bajo, pero importándome poco lo que dijeran aquellos tipos. La avenida no se acababa nunca, el sol en lo alto. Algunos se doblaban descompuestos para hacer sus necesidades encima. No eran pocos. Al contrario, decenas de ellos iban soltando las judías que les habían puesto. Sí, aquellas que podían ser la última comida. Pues allí se quedaban en las calles de Moscú, ante la cara de asco de los viandantes que miraban.

Cuando se acabó la avenida, vimos nuestro destino. Una estación de trenes y miles de vagones. Cajas de madera roja que fueron tragando a aquel gentío. Los guardias ya no estaban con miramientos, los empujones y culatazos fueron la norma. Yo subí a uno de aquellos, su interior dividido en sectores con barrotes. Varios soldados nos cogían por la solapa cuando subíamos para llevarnos a empellones hasta la celda que nos correspondía; diez, quince, veinte, veinticinco, así hasta que decían que estaba llena. Gritos, patadas. Cuando estuvo llena, la puerta del vagón cerró y el sonido del candado fue como una losa sobre nuestras cabezas. Nadie habló en aquel ejército de sombras en la oscuridad de un vagón con grietas en la madera. Miré a mis compañeros de viaje. Miedo y tristeza.

Seis horas después el tren se puso en marcha con un chirrido. Notamos cómo hacía una larga curva para coger una recta, aceleraba haciendo sonar su silbato y después nada más.

## **Segunda Parte**

**« Donde yace el horror**

**de la sombra »**

## 16. Lubyanka

Julio de 1944

Nadie sabía cuánto llevábamos allí parados. Una hora, dos horas. Seguro que no. Tenían que ser muchas más. Un alemán de aspecto avejentado decía que eran diez horas desde que el tren paró totalmente. Fuera se oían gritos, órdenes, puertas de otros vagones que se abrían para dejar entrar a soldados rusos que leían listas de nombres y apellidos, golpes y aullidos de dolor, restallidos de látigos, hombres que bajaban de dichos vagones, motores de camiones.

«¡Seguimos en Moscú!», había chillado un rumano con cara de niño tras mirar por una rendija del vagón. Era lógico. El tren circuló solo una hora antes de parar, tal vez menos. «¡Acabo de ver el Kremlin!», añadió cuando el tren todavía se movía y la luz de la tarde permitía ver algo. Ahora ya era de noche, solo se veían luces de farolas, camiones y soldados. Eso era fuera, una cálida noche moscovita de julio del 44, pero dentro de aquel vagón cincuenta hombres apiñados en tres celdas formadas por largos barrotes verticales anclados del techo al suelo, dieciséis hombres en cada celda con espacio para estar sentados o de pie. Tres puertas de acero oxidado daban a un estrecho pasillo con forma de L. En un extremo una estufa estaba apagada.

—¿Alguien tiene algo de comer? ¿Agua?

Llevábamos horas sin comida ni agua. El hambre se podía pasar, pero la sed empezaba a apretar. Muchos seguían con diarrea por culpa de lo que comieron antes del desfile, lo que daba un hedor tremendo al vagón y hacía que la deshidratación rozara el delirio en muchos. Tres bombillas iluminaban aquel espacio lleno de lamentos, suciedad y decrepitud, cuando la gran puerta corrediza chirrió para abrirse completamente. Nos pusimos de pie, sabíamos que nada bueno entraría por allí.

Dos soldados armados con metralletas subieron de un salto, jóvenes, marciales. Nos apuntaron con sus Shpáguina, el dedo en el gatillo. Soldados rasos del NKVD, de los que en el frente matábamos sin hacer preguntas. Sus miradas cargadas de odio me resultaron chocantes, ya que se notaba a

kilómetros que aquellos muchachos en la vida habían estado en el frente. Un cabo subió tras ellos, este más mayor, con un ojo vacío, se colocó junto al bombillo, bajo la entrada, para desplegar un papel que miró con atención. Con una voz nasal leyó una lista de nombres, despacio, graznando cada uno de los apellidos mientras ojeaba cómo los citados levantaban las manos. Sus ojeras se volvían casi teatrales cuando su cabeza asentía ante las manos alzadas de los nombrados. Fuera, la luz blanca de una farola y la noche de Moscú.

—¡Durán! —dijo claramente—. ¡Santiago!

Lo miré como si hubiera entrado un oso allí dentro. Alcé la mano cuando estaba a punto de repetir mi nombre. Era el décimo de los que había nombrado. ¿Por qué aparecía en aquella lista? Miré a los que, mano en alto, esperaban con cara de sorpresa. Eran oficiales. Yo era sargento y no sabía si mis galones eran reconocidos por la Wehrmacht, ni siquiera tenía idea clara de cuál era mi situación legal en el ejército alemán.

Aquel cabo miró satisfecho, contó manos alzadas, verificó con la lista. Todo en orden. Se asomó hacia el exterior para dar órdenes a gritos. Oímos botas correr. El ojeroso suboficial, con la lista guardada en el bolsillo, abrió las puertas de las celdas bajo la atenta mirada de las dos ametralladoras portadas por aquellos chiquillos. En la puerta aparecieron seis soldados que, sin mediar palabra, entraron con las porras en la mano golpeando a todos los hombres que no tenían la mano levantada. Daban gritos, órdenes que nadie entendía. La sangre salía de varias cabezas. Uno de aquellos me cogió de las solapas de la guerrera, tiró de ellas con fuerza para llevarme en volandas hacia el exterior de la celda, donde me dejó en el suelo para golpearme con su porra en un costado.

—¡Dabai! ¡Dabai! —me chilló a la cara salpicándome de saliva mientras me indicaba la puerta del vagón, por donde salían varios de los alemanes.

Salí bajando por una rampa de madera. Las luces de un camión me deslumbraban y las piernas entumecidas me atontaban. Un alemán chocó tras de mí al ser empujado por un ruso en la pasarela. Di un traspié, estuve a punto de golpearme contra el camión cuando un ruso me agarró del codo para tirar de mí hasta la trasera del camión. Los perros ladraban enseñando sus dientes blancos y afilados, fuertemente sujetos por sus guardianes. Un soldado me indicó con un golpe de porra por dónde tenía que subir al camión.

Sorteé la reja que cubría la mitad superior de la entrada, me agaché y

casi a rastras entré en el camión. Allí dentro una veintena de hombres me miraban con los mismos ojos llenos de pesar, tristeza y resignación con que supongo que los miré yo. Estaba oscuro. Las lonas cubrían la caja enrejada de aquel vehículo de fabricación americana que se fue llenando poco a poco. Casi dos horas después, cuando no cabíamos más, todos de pie, apretujados unos con otros, el motor se puso en marcha, alguien cerró el candado de la caja de barrotes. Silencio. Ni uno de los cincuenta hombres decía una palabra. Oscuridad mientras el camión se puso en marcha para atravesar las silenciosas y vacías calles en la madrugada de Moscú.

El camión paró, el motor seguía encendido y la puerta de la cabina se abrió. Al instante escuchamos una charla, después silencio. El tipo volvía al camión y una puerta de grandes goznes se abría. Volvimos a movernos, pero solo unas decenas de metros. Esta vez sí se apagó el motor.

—¿Dónde estaremos? —musitó un coronel alemán.

Oímos salir de la cabina al conductor y a su auxiliar, perros ladraban, otra vez guardias daban órdenes lanzadas a gritos. La lona se apartó, dos golpes liberaron la portezuela y una mano abrió el grueso candado que cerraba la jaula donde íbamos.

—*Nizhe!* ¡Bajad! —gritó alguien.

Comenzamos a bajar, arrastrándonos para poder salir. Muchos cayeron al suelo desde lo alto del camión. Los reflectores iluminaban lo que era un patio cerrado enorme. Un hombre con una cámara grababa cómo salíamos reptando de aquellos camiones negros, caíamos al suelo y nos levantábamos intentando recuperar la dignidad que ya no teníamos. Era como si un bicho negro nos excretara en aquella oscuridad llena de luz hiriente. Supongo que algún *tovarich* se lo pasaría bien viéndonos así en alguna proyección. No hubo tiempo para mucho. Encandilado, sin saber dónde estaba, con miles de vatios de luz dándome en la cara, vi acercarse a un grupo de soldados armados con gruesas porras de medio metro de largo. Daban gritos, explicando en el idioma de Stalin cómo teníamos que colocarnos. Los perros ladraban con sus dientes intentando salir de su cuerpo para destrozar el nuestro.

—¡Cinco de fondo en cada fila! —oímos en perfecto alemán.

Formamos al instante mientras los rusos golpeaban las porras contra el suelo, mirando con satisfacción cómo hacíamos lo que se nos pedía. Un gigante se colocó delante de nosotros gritando algo que pocos entendimos, aunque comprendí la palabra «silencio».



—¡Dentro del edificio está prohibido hablar en voz alta! ¡Chillar o armar escándalo es penado con la muerte!

Una puerta oscura de acero colado estaba abierta. Se veía una escalera que bajaba de manera infinita a lo que debía de ser el sótano de aquel gigantesco edificio al que ahora podía ver. Alto, grande, cuadriculado, unas ocho plantas, piedra, ventanas y ornamentos como si fuera uno de aquellos edificios neoclásicos cuyo arquitecto había mezclado los estilos intentando tocar de oído para conseguir algo que creía que podía ser un estilo artístico del pasado. Sin duda, el edificio era imponente.

Sobre nuestras cabezas restalló un látigo con su siniestro sonido mordiente. Todos sentimos un escalofrío y comenzamos a andar siguiendo a un soldado que caminaba hacia atrás mirándonos mientras nos apuntaba con su fusil con bayoneta. Cuando pensé que se caería rodando por las escaleras, paró. Con la misma mirada amenazante, se apartó y nos dejó bajar por el centenar de escalones.

—*Dobro pozhalovat Bolshaya Lubyanka!* —le oímos chillar.

Bolshaya Lubyanka. De modo que estaba en la famosa Lubyanka, pensé como si me hubieran dicho que estaba en la Torre Eiffel en París. Si hubiera sabido realmente lo que me esperaba en aquel sitio, si hubiera sabido realmente lo que era aquel sitio, me habría echado a llorar en aquel mismísimo instante. Las negras fauces del monstruo se habían abierto. Descendía entre sus colmillos con la inconsciencia del que todavía cree que el mal absoluto no existe.

Una sala llena de enfermeras, al menos estaban vestidas de blanco. Por señas nos pidieron que nos desnudáramos, metiéramos los uniformes en un saco de arpillera y que los tuviéramos con nosotros.

—Póngase aquí, estese quieto —me dijo una mujer grande, más alta que yo. No me miraba a los ojos en ningún momento. Encima había una luz fuerte. Notaba el calor sobre mi cabeza—. ¡Estese quieto y acabaremos rápido! —graznaba.

La maquinilla eléctrica emitía su zumbido mecánico mientras recorría todo mi cuerpo, desde la cabeza a los pies, no dejaba ni un pelo en su sitio. Los veía caer, desde los gruesos mechones de pelo lacio de la cabeza hasta el pelo de las piernas pasando por el vello púbico. La mujer asintió con la cabeza cuando terminó y con un gesto me mandó hacia otra muchacha más joven, más pequeña, con expresión ausente, que me dio un trozo de piedra

negra y me indicó una puerta abierta.

Eran duchas. Aquello que me dio no era una piedra, era un trozo de jabón negro que olía a hulla. Una veintena de duchas que echaban agua permanentemente. No estaba fría. Me sorprendió. Me restregué el jabón que hacía una espuma marrón. Olía mal, así que me lo aclaré enseguida.

—¡Dabai! ¡Dabai! —gritaba otra mujer metiéndonos prisa.

Salimos de las duchas casi a empujones pasando un pasillo donde nos tiraron un polvo blanco, desinfectante. Olía a azufre, me ardía en los ojos, en la garganta, entraba como ácido en la nariz. Intenté contener la tos, pero no pude. Los ojos me escocían, no pude evitar las lágrimas. Las rusas nos pidieron silencio, varias comenzaron a pegarnos con la mano abierta en la cara. Nadie podía aguantar la tos, el dolor en los ojos, pero a ellas les daba igual.

Nos repartieron una especie de camiones blancos, que apestaban a lejía.

—¡Escribid vuestro nombre en el saco de vuestro uniforme y dejadlo en el suelo!

Lo hicimos con unos lápices que nos dieron. Dos puertas se abrieron tras nosotros. Había filas interminables de literas.

—¡Pasad! —chilló una de las enfermeras—. ¡Cada uno en una cama! Estaréis aquí dos semanas como cuarentena. No podréis salir ni hablar en voz alta. Pasada la cuarentena, comenzará la investigación de vuestros crímenes contra el pueblo soviético.

Nos dio la espalda y por la puerta entraron otro buen número de prisioneros hasta que no quedaron literas libres. En ese momento la puerta se cerró. Yo miraba a mi alrededor. Me subí a uno de aquellos jergones con un colchón de paja, una almohada de trozos de trapo y una manta marrón. Solo el cansancio me permitió dormir. La luz no se apagaba nunca, ni de noche ni de día y los sonidos de las mirillas por las que nos vigilaban los guardias se abrían cada diez minutos con aquel irritante golpe seco de apertura y golpe seco de cierre.

No me devolvieron el uniforme. Una mañana nos dijeron que pasaríamos a las celdas, que la cuarentena se había terminado. Unas mujeres trajeron un montón de chaquetas, otro de camisetas y un tercero con pantalones, todo en color crudo, fuerte olor a lejía y cientos de usos antes de llegar hasta allí. Desordenadamente rebusqué en los montones hasta que encontré tres piezas de mi talla. A la salida un hombre me daba zapatos sin suela y unos gruesos

calcetines.

—*Fashistskaya sobaka* —me dijo con rabia cuando me los dio.

Sentado en un pequeño banco, noté sorprendido que eran de mi número aquellos mocasines de cuero color naranja formados por piezas cosidas entre sí con hilo grueso. Miré al tipo fijamente a los ojos, asentí con la cabeza.

—No soy ningún fascista y perro lo será el cabrón de tu padre. —Añadí una sonrisa desafiante.

El ruso no me entendió. Ningún ruso hablaba español, al menos ninguno que yo hubiera conocido, pero para mí el suyo no era un idioma tan extraño, cada vez lo entendía mejor y solo me quedaba soltarme a hablarlo.

Me levanté para salir por la puerta donde otros de mis compañeros de cuarentena lo hacían, todos uniformados con aquellas ropas de prisioneros. Aquello sí que era igualitarismo, todos desde los soldados rasos hasta los coroneles vestidos como presos surgidos de algún relato de Dumas. Abstraído en mis pensamientos, que se basaban en ver, oír y callar, no me percaté de la llegada de tres hombres del NKVD, uniformes azules, hombreras rojas. Uno de ellos con el peinado a tazón, o sea, rapado hasta las orejas y el resto peinado con raya hacia atrás. Caminaron haciendo resonar sus botas contra las losetas grises del suelo, venían hacia mí.

—¿Prisionero D? —me dijo autoritario, mirándome a la cara.

—¿Perdón?

—¿Su apellido empieza por D?

—Sí —dije sorprendido.

—En la Lubyanka no utilizamos los apellidos, solo su inicial cuando nos dirigimos a los prisioneros. El prisionero simplemente añadirá el nombre, pero nunca pronunciará su apellido a menos que se le requiera —hizo una pausa—. ¿Entendido?

—Sí.

—¿Prisionero D?

—Sí... Santiago.

—Síguenos, tiene que prestar declaración.

Se dieron la vuelta. Sin mediar palabra caminaron por donde habían venido, eso sí, conmigo detrás siguiéndoles por una sucesión de pasillos llenos de puertas grises, todas iguales. Subimos escaleras que daban a más pasillos, algunos tenían el suelo de parqué otros incluso moqueta. Era una cárcel de lo más extraña. El silencio era total, no se oía hablar, era como si

aquel edificio estuviera vacío. Llegamos a una de aquellas puertas que el guardia del NKVD abrió con un pequeño empujón para entrar primero y pararse delante de mí.

—Traemos al prisionero D, Santiago —dijo poniéndose firme.

—Bien hecho, camarada sargento —dijo una voz áspera desde dentro de aquella habitación—. Que pase. Y puede retirarse. Deje la escolta fuera.

El hombre saludó marcialmente y se fue. Entré. Tres hombres, todos oficiales del NKVD, cuarenta y tantos, una mesa de madera, dos periódicos y migas de pan, tal vez de bizcocho. Había una silla frente a ellos.

—Siéntese, nosotros no somos nazis, no torturamos a nuestros enemigos —dijo uno de ellos en perfecto castellano.

Obedecí. Me miraban con curiosidad, en silencio, mientras uno de ellos tamborileaba los dedos sobre una carpeta amarilla.

—¿Tu nombre es Santiago Durán González?

—Sí, señor —dije sorprendido por el acento castellano que tenía aquel hombre.

—Si no me equivoco —dijo sacando una pitillera para ofrecerme un cigarrillo que acepté—, eres sargento de la División Azul.

—No se equivoca —dije aspirando la llama para que prendiera en el tabaco. Era un cigarrillo soviético, por lo tanto, era como fumar mierda de perro, pero menos era nada.

—Usted es el sargento Durán de la División Azul, el famoso sargento Durán —dijo chasqueando la lengua—. Por fin nos conocemos. Yo soy el comandante Velasco.

—Pues no tengo el gusto —dije concentrándome en el cigarrillo para no mostrar la sorpresa por todo aquello.

—Llevamos mucho detrás de usted.

—¿Detrás de mí? —dije mirándolos intrigado.

—¡Vamos! —dijo dándose golpes con las manos en los muslos y expresión divertida—. ¡El juego terminó! ¡Usted ya no tiene que fingir más! Sea sincero con nosotros y todo irá bien.

—¿Juego?

—Santiago, muchacho... —dijo con un irritante tono paternal—, lo sabemos todo de ti, sargento Durán.

—¿Qué saben de mí?

—Todo, pero necesitamos que nos aclares unos detalles, atar cabos, que

firmes unos papeles y pronto podrás irte.

—¿Irme?

—No de la Unión Soviética, eso por supuesto, pero podrás salir de la Lubyanka y cuando acabe la guerra serás libre.

—No sé qué saben de mí o qué no saben, pero juraría que se equivocan de hombre.

—No —exhaló una gran cantidad de humo—, no nos equivocamos. —Dio un golpe a una carpeta amarilla para abrirla—. Tú eres Santiago Durán González, sargento de la División Azul, natural de Adeje, Tenerife. Alistado en Madrid en el primer reemplazo en 1941. Tú eres colaborador del Abwehr y desde el 41 hasta el 43 suministraste información valiosa al espionaje nazi.

—¡Mentira! —dije perdiendo los nervios. Todo se hacía cada vez más claro y diáfano.

—No es mentira y lo sabes —dijo condescendiente mi interrogador mientras los otros dos oficiales rusos observaban sin enterarse de nada—. Tenemos tu nombre y toda la información que le pasaste a Tobías Müller.

—¿Tobías Müller? —musité.

—Sí, toda la información sobre oficiales, coroneles y mando de la chusma fascista que os dirigía en la División. Tenemos todo lo que le pasaste a los nazis. Todo en perfecto estado, almacenado en el cuartel de Riga, donde lo encontramos listo para revista. Y allí está tu nombre, sargento Durán González, héroe del Alcázar, veterano de guerra. —Se alzó para escupir en el suelo.

¡Dios mío! Me confundían con mi hermano. ¿O era una trampa? No podía caer en ella. Fuera lo que fuera, no podía nombrar a Miguel. Si estaba muerto, esto era absurdo, pero si estaba prisionero, lo metería en la boca del lobo. La mejor solución era cerrarme en banda. Se acabó la cháchara.

—¿Te quedas callado?

Silencio.

—Te hemos pillado, ¿verdad? —alzó las manos—. Claro que sí. Responde a las preguntas sobre detalles que queremos saber, firma un par de declaraciones...

—Mi nombre es Santiago Durán González, sargento de la División Española de Voluntarios, dependiente del ejército español.

—¿Y qué?

—Me acojo a la Convención de Ginebra que me garantiza que no seré interrogado por cuestiones sobre estrategia militar...

—¡Cállate! —chilló encolerizado y de un manotazo me quitó el cigarrillo—. ¡Conque esas tenemos, perro fascista! Pues vas a saber lo que es sudar sangre. —Llamó a los soldados de la puerta, que entraron para agarrarme por las axilas y ponerme de pie de un tirón—. ¡A la celda de castigo! ¡Hasta nuevo aviso!

La puerta se abrió, estaba oscuro, los dos guardias me dieron un empujón para que entrara. Uno de ellos desde la puerta con el perfil de su cuerpo marcándose tras la luz del pasillo.

—Recuerda —dijo en ruso—. Silencio absoluto. Si chillas, te castigaremos. Si das golpes en la puerta, te castigaremos. Si nos llamas y te oímos, te castigaremos.

—¿Hasta cuándo tengo que estar aquí?

Se marcharon cerrando la puerta con un cerrojazo. Quedé en la más absoluta oscuridad. Intenté caminar, pero en el suelo había algo que me lo impedía, era como si estuviera sin terminar y trozos de ladrillos me impidieran poner el pie recto. No podía dar un paso, ni siquiera pisar sin forzar el pie. Me agaché para tantear el suelo, parecía que estaba por todas partes. De repente, un foco con una luz de color verde claro llenó de irreal claridad aquel extraño cuarto.

Lo pude ver. El suelo estaba compuesto por un laberinto de ladrillos pegados al suelo de manera vertical. Era imposible caminar sin doblar el pie. El techo era demasiado bajo, por lo tanto no podía ponerme completamente derecho sin golpearme la cabeza, pero tampoco podía sentarme en el suelo. Como pude, llegué al lugar que parecía una cama de cemento pegada a la pared, pero aquello tenía un desnivel de casi quince grados, por lo tanto, si no estaba en tensión, acababa resbalando poco a poco. En la pared habían pintado dibujos geométricos que cambiaban de color cuando el verde del foco se volvía más oscuro o más claro. Cuadrículas que parecían verdes, de pronto eran azules o violetas, círculos concéntricos que pasaban del negro al amarillo. No se podía estar de pie, ni sentado en el suelo, ya que te clavabas los ladrillos. Tampoco podías acostarte en la cama sin terminar cayéndote. Sin duda, aquí la propia celda era un refinado instrumento de tortura.

Intenté hacer fuerza al pegar la espalda contra la pared y conseguir no empezar a resbalar. No sabía cuánto llevaba allí. El filtro que teñía de verde la luz del foco, que tenía seis tonos distintos que giraban en intervalos de tiempo constante. Intenté contar los segundos, pero perdí rápidamente el

interés. Comenzaba a resbalarme. Volví a pegar la espalda cuando un potente zumbido me sobresaltó, era como un sonido de aire aspirado. ¡Dios mío! ¡Era intenso! No sé cuánto duró, pero ascendía de volumen y vibración, tanto que era doloroso y luego volvía a bajar. Casi parecía que se terminaba cuando de una forma irritante volvía a subir al máximo.

Conseguía dormir hasta que me caía de bruces al suelo. No llegué a abrirme la cabeza porque me despertaba sobresaltado cuando me resbalaba en el mismo borde. Aun así, mis rodillas y mis manos sufrieron los golpes. Tenía unas pesadillas horribles, de esas que era incapaz de recordar nada, salvo lo que soñaba en el momento que te despertabas con un sudor frío recorriéndote todo el cuerpo, con el zumbido volviéndose insoportable, y el color verde volvía a ser claro. Tenía sed y hambre. ¿Cuánto llevaba allí?

Caminé como pude hacia la puerta. Me dolía la cabeza, notaba el mareo y la náusea. Se habían olvidado de mí.

—¿Hay alguien? —chillé débilmente en español para cambiar al ruso—. ¡Por favor, necesito comer! ¿Me escuchan?

Permanecí quieto intentando oír por encima del zumbido. No podía. Aquello era como un cuarto de vacío. Pero, de repente, oí girar el cerrojo. ¡Por fin! La puerta se abrió, dos guardianes jóvenes me miraron con mirada inexpresiva.

—Necesito comer y agua —les dije sin parecer muy suplicante—. ¿Cuánto llevo aquí?

No me respondieron, solo me cogieron por los brazos para sacarme, atravesaron el pasillo lleno de puertas grises, abrieron una de ellas. Una bombilla alumbraba un poste en cuyo extremo colgaban unos grilletes. Sabía lo que era, así que intenté frenarlos con los pies.

—Chicos —dije intentando quitarles la idea—, solo tengo hambre y mucha sed. Nada más.

—En la Lubyanka si no confiesas, se te castiga y si no guardas silencio, también, perro fascista —dijo uno con el pelo rizado.

—Pero, hombre, que solo quería comer...

Me colgaron de las esposas, cogieron unas largas porras de cuero llenas de arena prensada, se quitaron las guerreras quedándose en camiseta y comenzaron a pegarme. Eran jóvenes, tal vez dos años menos que yo, fuertes, y les gustaba lo que hacían. Contaban mientras me pegaban. Sentía todos los golpes estallando contra mi cuerpo, la piel me temblaba llevando el dolor por

todo mi cuerpo, de los tobillos hasta la cabeza.

Agua helada para despertarme. Me desataron y llevaron de vuelta a mi celda. Arrastraba los pies, notaba el cuerpo entumecido, sabía que dentro de unas horas el dolor sería insoportable. Pero en ese momento solo me preocupaba el dolor del hambre que me atenazaba con calambres en el vientre. Había lamido el agua que me habían lanzado a la cara para despertarme, pero no era suficiente. Fui consciente de que la barba me salía. Al menos cuatro días sin comer.

La puerta de la celda se abrió, el mismo zumbido la misma luz verde, el mismo empujón hacia dentro y el mismo golpe del cerrojo.

—¡Prisionero D!

—Sí, Santiago —dije dando un respingo.

—Sígame a declarar.

Era otra habitación. Esta vez solo estaba un interrogador vestido con el uniforme de oficial del NKVD. No había periódicos, solo la carpeta amarilla y un plato de judías con su cuchara.

—Qué mala cara tiene —dijo el hombre—. ¿Ha comido usted algo?



—Hace un rato me trajeron pan, un arenque y un vaso de agua.

—¿Quiere comer? —dijo mostrándome un plato de judías que puso debajo de mi nariz. Estaba caliente, su olor me llegaba hasta el estómago. Asentí—. Pues no espere más, siéntese y coma.

Lo hice, pero al mirar el plato la cuchara había desaparecido, estaba en la mano de aquel hombre que me miraba como si no supiera lo que yo necesitaba.

—Antes de comer, tendrá que echarme unas firmitas —me dijo sonriendo mientras sacaba tres folios que colocó ante mí.

—¿Qué es esto? —dije irritado. Quería comer y aquel tío mierda se interponía en mi camino.

—Este es una declaración que dice que fue usted forzado a alistarse en la División Azul y mantenido en ella bajo coacción —rodó el dedo al siguiente—. En este reconoce la naturaleza criminal de la dictadura franquista y del ejército golpista del general Franco. En esta última firma, su renuncia a la nacionalidad española para poder solicitar la nacionalidad soviética.

—¿Si firmo eso, me dará la cuchara?

—Por supuesto —dijo abriendo los ojos con sorpresa—. Bueno, le daré la cuchara y más cosas siempre que usted nos cuente que hacía con el Abwehr, qué información le pasaba...

—¡Deme la jodida cuchara! —dije con una rabia colérica.

—Firme antes —dijo poniéndose serio.

—No firmo nada. —Y me lancé a coger las judías con las manos. El tipo quitó el plato levantándolo en el aire. Yo lo agarré—. Trae para acá, rojo de mierda.

El plato se fue al suelo volcándose. Me fui detrás para coger las que pude con las manos y llevármelas a la boca. Los dos jóvenes guardias habían entrado y me sacaron a rastras mientras aquel español del que aún no sabía el nombre gritaba: «¡Llévenselo!».

Era una especie de cama de barrotes, una celda muy estrecha rodeada toda de barrotes, donde estaba de pie prácticamente todo el día. Dormía apoyado contra las gruesas barras. Una luz me iluminaba constantemente, cambiaba de color cuando me venían a buscar volviéndose roja. Comía una vez al día, pan con una sardina y una especie de té sin sabor. Me daban descargas eléctricas aleatorias utilizando un cable que atravesaba la pared y se enrollaba en lo alto de las barras de acero en las que no podía hacer otra

cosa que recostarme. Alguien pulsaba un interruptor en otra habitación para generar una descarga muy dolorosa que, por lo estrecho, acababa golpeándome con las paredes de la jaula. No eran periodos de tiempo largos, pero sí me aterrorizaba que pudieran pulsarlo en cualquier momento. Decían que no era mortal, que no me quejara, y se reían de mí cuando les suplicaba que no me lo hicieran más, pero llegué a orinar sangre después de sus descargas. No sé cuánto estuve allí. De cuando en cuando me lanzaban agua hirviendo desde la puerta, seguido de dos cubos llenos de agua helada. No tenía espacio para evitarlos, así que quedaba empapado hasta que el propio calor de mi cuerpo secaba mi uniforme.

—¡Prisionero D!

—Santiago.

—A declarar.

Así era todos los días. Muchas veces hasta diez y doce interrogatorios al día o la noche. Daba igual. Interrogadores que me hacían todo tipo de preguntas: ¿En qué unidad sirvió en la Guerra Civil? ¿Quién eran sus mandos? ¿Cómo llegó a entrar en el Alcázar? ¿Quién lo reclutó para el Abwehr? ¿Cómo conoció a Tobías Müller? ¿Nombres de sus padres? ¿Adscripción ideológica de su familia? ¿Número de fascistas que había en su pueblo?

—Debería responder a algo —me dijo uno de los interrogadores en un perfecto castellano con acento gallego—. Le recomiendo que responda. Aquí no se andan con chiquitas y están muy quemados con lo de vuestros crímenes en la guerra.

—¿De dónde es usted? —le pregunté mirándole a los ojos.

—De Vigo.

—Pues si de aquí hasta Vigo usted encuentra a un solo civil, sea mujer, hombre o niño o incluso un solo ruso prisionero nuestro, que diga que nosotros le tocamos un pelo. Entonces me ahorca en ese mismo instante. Pero, mientras tanto, pueden seguir haciéndome preguntas y matándome de hambre.

—Está usted loco.

—Como un cencerro.

Cuando volvía a mi celda a veces las paredes ardían del calor, un calor tan grande que me achicharraba como en un horno. Un calor espantoso que me hacía sangrar por la piel. Cuando me llevaban a los interrogatorios, era un alivio. Llegué a llorar de felicidad al notar el fresco que hacía en los pasillos, aunque cuando volvía había cambiado. Ya no hacía calor. Ahora el frío era

igual de espantoso. Tiritaba de una forma violenta, tanto que muchas veces perdía el control de mis esfínteres, quedaba sucio con aquella costra pegada a mí, sin poderme lavar. Dicen que si te mueves, coges calor corporal, pero allí no podía moverme, solo encogerme y sufrir aquello.

—¿Cómo conoció a Müller? —dijo un interrogador ruso con una gruesa vela debajo de la cara.

No contesté. La habitación estaba oscura. Tres interrogadores tras una mesa con velas debajo de sus caras, un paño rojo como mantel. Yo tenía hambre. Me habían quitado la sardina. Desde hacía diez días o más solo comía pan y la ración de agua diaria. La sed era horrible. Sentía a los guardianes detrás de mí, aunque la oscuridad no me dejaba verlos. Todo era como un teatro.

—¿Cuál era su actividad como espía en Riga? ¿Por qué Müller viajó a Berlín en el verano del 42 tras una reunión con usted?

Lo miraba como si no hablase conmigo.

—¿Se niega a contestar? —no respondí—. Muy bien. Por favor, camarada, este prisionero acaba de perder su derecho a sentarse.

Unos brazos fuertes y rápidos tiraron del taburete en el que estaba sentado. Me fui al suelo.

—¡La madre que os parió! —dije tras caer de un costado.

—¿Cuál era su actividad como espía en Riga? ¿Nombres de otros divisionarios que espiaban para los nazis?

—Mi nombre es Santiago Durán...

Los interrogadores soplaron sus velas, la oscuridad fue total. Los cuatro guardianes que me rodeaban se abalanzaron sobre mí y me dieron una paliza a puñetazos y golpes de porra. Intentaba hacerme un ovillo por temor a un golpe mortal, pero ellos sabían muy bien cómo pegar sin matar al prisionero. Volvieron a encender las velas y pidieron a los guardias que me levantaran.

—¡Pero qué le ha pasado! —dijo el juez poniendo cara de burla— ¡Se ha caído!

—Bastardos —dije mientras un borbotón de sangre me salía de la boca.

—Llévenselo. Que se asee. Da asco.

El aseo fueron dos cubos de agua hirviendo y cuatro de agua helada. Me llevaron a la celda. Durante el resto del día y de la noche cada veinte minutos me llevaban a declarar, a veces solo un par de preguntas, otras una hora de interrogatorio. Muchas de ellas absurdas, sin sentido ni relación alguna con lo

que buscaban, que nunca supe exactamente qué era. «Firma la declaración», era lo que me repetían. «Terminemos con esto», venía después. «¿No firma? ¡Guardias! Lleven al prisionero a su celda, pero antes escarmiéntenlo». Escarmiento, declaración, silencio, escarmiento, declaración, castigo.

Recuperé mi sardina diaria, pero al mismo tiempo los golpes aumentaron. No solo atado en los numerosos palos que había en aquel edificio gris y deprimente, sino golpes ocasionales y sin sentido, culatazos cuando salía de los interrogatorios, puñetazos cuando me traían la comida a la celda, patadas para decirme que tenía que ir más rápido. También me colgaban, atado con cuerdas a ganchos del techo. Solían hacerlo por las muñecas puestas a la espalda e izado por ellas hasta que mis pies no tocaban el suelo. Así me dejaban durante horas de dolor espantoso hasta que mi cuerpo se vencía y me quedaba inconsciente. Otras veces me arrancaban las uñas, o me hacían pequeños cortes en la piel, muy rápidos, a los que aplicaban alcohol o donde metían electrodos para que la descarga eléctrica fuera más efectiva. Sin duda, sabían destrozar el espíritu de un hombre por medio del dolor. Mi cuerpo era un muestrario de manchas que iban del rojo sangre al negro más oscuro. Me dolían los hombros, las rodillas y los tobillos. Me costaba caminar, no dormía apenas. Sabía que en cualquier momento me matarían. Lo que me sorprendía era que no lo hubieran hecho ya.

—¿Cuánto llevo encerrado aquí?

—No estoy aquí para responder tus preguntas —dijo un interrogador con acento catalán.

—Tiene restos de nieve en las botas —dije inasequible al desaliento—. Al menos es octubre. Yo entré en julio. Cuatro meses.

—Estamos en febrero —me dijo lleno de satisfacción ante mi mirada de sorpresa—. Veintiocho de febrero de 1945, así que llevas pudriéndote aquí ocho meses.

—Dios mío...

—Sí, ese dios tuyo lo ha permitido —rio—, mientras tus amos de falange y los generalitos de Franco están en Madrid dándose la gran vida. Tú aquí como alma en pena, aislado del mundo y sufriendo. Con lo fácil que sería acabar con esto.

—Quiero mantener correspondencia con mi familia en España.

—¿Qué? —Volvió a reír echando la cabeza hacia atrás—. Para tu familia estás muerto. La Unión Soviética no informa sobre los mercenarios que la

invadieron, simplemente se te ha dado por muerto. Así que ni en España ni en ningún sitio se te espera.

—La Convención de Ginebra garantiza a los prisioneros de guerra a recibir y mantener correo con sus familias.

—Aquí esa convención burguesa no funciona. Tú eres oficialmente una baja de guerra. Aunque, claro, esto podría cambiar.

—No voy a firmar nada.

—No seas idiota —dijo con aire de desespero—. Firma, confíesalo todo y mañana saldrás hacia un hospital como ciudadano soviético. La guerra está casi perdida para Alemania, el Ejército Rojo ya está a cien kilómetros de Berlín. ¿Cuánto puede tardar todo esto? ¿Un mes, dos meses? Y después todo será peor. ¿Quieres que te pillen aquí cuando venga el pueblo a buscar venganza por vuestros crímenes?

—Exijo papel, pluma y un sobre para escribir a mi casa —dije cuadrándome—. También quiero poder sentarme.

—¡Guardias! —gritó lleno de ira—. ¡Llévense al prisionero! Sala de castigo y ayuno durante dos días.

Perdí la consciencia durante un instante, pero un bofetón con la mano abierta de un guardia me devolvió a aquella sala de interrogatorio. Un enorme ventanal mostraba un cielo gris de mitad de abril. Esa vez era diferente. Mis interrogadores se turnaban cada cuatro horas y había visto anochecer y amanecer desde aquella ventana. Me habían permitido sentarme cuatro horas, aunque no podía dormir. Mi cabeza no funcionaba bien, tenía hambre y sed a pesar de que me habían dado un vaso de agua cada seis horas. Me veía en un espejo de cuerpo entero en la pared de aquella sala. Me asustaba mucho lo que veía. Era un ser esquelético, lleno de manchas, irreconocible, casi un cadáver con la calavera marcada en mi rostro.

—Nuestro ejército lucha ya en Berlín —dijo un ruso con enorme papada y ojos saltones—. Pronto liquidaremos a Hitler para saltar sobre Europa.

—Hasta el Atlántico —dijo Velasco levantando un pequeño vaso de vodka. Los demás rieron.

—Estaremos en Madrid en menos de un año y completaremos la revolución. Después todo el continente será comunista.

—¿Y para qué les hago falta yo? —dije después de muchas horas de silencio.

Me miraron sorprendidos para volver a reírse. Un guardia me dio un

culatazo y caí al suelo. Esperaron a que me levantara por mí mismo y el interrogatorio continuó hasta el amanecer del día siguiente en el que caí al suelo, inconsciente, y me golpeé la cara contra él.

No sé si fue la sangre en mi cara o que ya no había más grupos de interrogadores disponible, pero las cincuenta horas de interrogatorio terminaron ahí y me devolvieron a una nueva celda, una especie de cuarto pequeño donde no podía estar de pie totalmente, pero donde podía tumbarme en el suelo. Tenía un tragaluz, lo cual era un lujo, pero era una nevera donde no había posibilidad de escapar del frío. La ración de comida aumentó. A veces llenaban el suelo de agua que caía por la pared, solo era un poco, unos centímetros en el suelo, pero la humedad era atroz. Cuando se convertía en escarcha era aún peor.

En aquella celda pensé por primera vez en casa, en mi familia, en mi pueblo. No volvería a verlos, me entristecía que pensarán que estaba muerto. Sus tres hijos muertos. Solo imaginar a mi madre llorando cuando le dieron la noticia me hizo llorar en el suelo de cemento de aquella mazmorra eternamente iluminada por una bombilla tras una sucia reja. Recordé a mi padre cuando nos dio los relojes antes de irnos a Rusia, cómo aguantaba el llanto que se volvía incontenible. Mi pobre padre y sus silencios. De niño, una vez lo vi llorar en la cocina junto a la lumbre. Estaba solo. Oculto entre las sombras de una casa donde todos dormían. Volví del retrete en la huerta y allí estaba él, llorando en silencio. Nunca supe por qué, ni nunca lo sabré, pero no era aquel hombre seco que aparentaba. Ahora supongo que lloraría por sus tres hijos. Lo haría en silencio, en esas noches frescas del pueblo cuando la melancolía lo superase. Me imaginé al abuelo, mordiendo la pipa mientras sus ojos se cuajaban de lágrimas y maldecía la suerte de sus nietos. Candelaria será la más fuerte, la que apoye a madre en la locura del dolor, la que le lleve las tazas de agua caliente con manzanilla, tila o salvia, mientras en la cama llora incansable, deja de comer y solo quiere morir. Rompí a llorar, maldije la nostalgia, pero no paré hasta que me vinieron a buscar para un nuevo interrogatorio.

Me dejaron colgando de un gancho en un techo. Me habían pegado con toallas mojadas durante una hora y se fueron. Mi cuerpo se había contraído tanto durante los golpes que, ahora colgado allí, se volvía a estirar, multiplicando el dolor que había sentido con aquella paliza. Era tanto lo que me dolía que desconecté de aquella sala de baldosas azules más propia de un

gran cuarto de baño que de una zona de torturas. Los ganchos colgados en el techo, el suelo mojado, los rastros de mi sangre fluyendo desde mis rodillas donde me hicieron cortes con un destornillador, las mangueras enrolladas en el suelo desaparecieron, y mi mente viajó a otro sitio, a un lugar indeterminado que no conocía.

Era un escritorio en una habitación con las paredes cubiertas de papel pintado, mapas enmarcados, cuadros de veleros. Había una cabeza de un búfalo disecada sobre una chimenea donde ardía un tronco. La biblioteca en la pared derecha estaba llena de libros lujosamente encuadernados. Entré cerrando una puerta alta, casi palaciega. Caminé hasta la cómoda silla forrada de cuero. Desde la ventana entraba la claridad de la tarde y me vi reflejado en un espejo que había junto a ella, peinado hacia atrás, con un bigote retocado. Llevaba un traje de tres piezas, aunque la chaqueta la tenía colgando en una percha junto a la chimenea. Cogí la pluma estilográfica, una de esas maravillas de Mont Blanc chapadas en oro, una hoja de papel color vainilla. Era un papel precioso, de esos que dan pena escribirlo. Levanté la cabeza para mirar un instante por la ventana que daba a un jardín. Me llevé el extremo de la pluma al mentón y escuché a unos niños jugando junto a los setos de un jardín donde una fuente resonaba con el caer de su agua. Sonreí para inclinarme a escribir.

*Queridísima Bosem:*

*Hace ya dos años que no sé nada de ti y sé que vendrán muchos más en donde tu solo recuerdo valdrá para mitigar el infierno en el que vivo. Nuestro hijo debe de haber nacido ya. Lo imagino como un niño, ¿o es una niña?, que te roba todo tu tiempo y tu atención, al que quieres con locura y te desvives cuidándolo. Te imagino acurrucándolo en su camita, meciendo su cuna, viendo cómo se duerme en tu casa en América. ¿Te gusta América, Bosem? ¿Vives en una gran ciudad? Seguro que en una de aquellas que se veían en las películas americanas que tanto deseé ver alguna vez contigo ¿O tal vez es un apartamento? Como aquellos de Nueva York por donde King Kong subía para buscar un lugar seguro con su enamorada en las manos. ¿Has estado en el Empire State y en el edificio de la Chrysler? ¿Son tan bonitos? Te imagino en la azotea llevando a nuestro hijo en brazos mientras el viento te mueve el pelo. Seguro que llevas un traje bonito y unas gafas de sol. Te pones el sombrero porque eres muy elegante, no quieres despeinarte. Llevas carmín en los labios, el cielo azul con la vista casi aérea de la ciudad, y*

*sonríes para una foto que guardaré siempre conmigo. ¿Eres feliz? Sí lo eres, se te nota, quiero que lo seas, no soportaría pensar en que estás triste. No, nunca lo estés, me moriría de pena al pensarlo. Ahora mismo me arrepiento de haberte hecho la pregunta. Piensa en cosas alegres, como en nuestro hijo. Si es una niña, será como tú, una mujer muy guapa e inteligente. Si es un niño, espero que no sea como yo. Me despido de ti deseando volver a escribirte, solo para recordar cuando estaba vivo. ¿Recuerdas aquella noche en Riga?*

*Desde el fondo de mi corazón,  
Santiago*

Fue la primera de las cartas que le escribí en mi mente y memoricé. Las repetía cientos de veces hasta que me las sabía de memoria. Nunca escribía otra hasta que era capaz de repetir las anteriores. Creo que eso me salvó de la locura.

Fuera se oyó un tiro. Abrí los ojos para quedarme quieto. ¿Había sido un tiro? Escuché otro y después muchos más. Sonaban dentro de la Lubyanka, ráfagas de ametralladora, pero también de fusiles, pistolas y gritos, muchísimos gritos. ¿Un motín? ¿Los alemanes habían contraatacado y estaban en Moscú? Me reí de ese pensamiento. Oí pasos de botas a la carrera por el pasillo. Me levanté de aquel suelo para acercarme a la puerta y tratar de oír algo. Más tiros.

—¿Qué demonios es este escándalo! —gritaba en el pasillo un nervioso sargento de guardia—. ¿Qué está pasando?

—Mi sargento, ¿no lo sabe? —oí responderle a uno de los guardias que solía llevarme a los interrogatorios.

—¿Qué cosa no sé? —respondió el sargento—. Está claro que no lo sé. ¿Qué está pasando soldado?

—Hitler se voló los sesos en Berlín.

—¿Cuándo?

—Esta madrugada se puso una pistola en la boca, o se la pusieron, que nunca se sabe —dijo riendo.

—¿Es eso seguro?

—Los mismos noticiarios nazis lo han dicho.

—¿Qué más han dicho?

—Que el gobierno alemán queda en manos del almirante Donitz, que quiere negociar la rendición.



—¡La guerra está ganada! —gritó el sargento, cuya voz sonó como un trueno en aquel lugar de silencio forzoso.

Me senté en el suelo y me encogí de hombros. Traté de volver a dormir antes de que me volvieran a buscar para el próximo interrogatorio, pero no vino nadie, ni ese día ni los siguientes. Tampoco hubo agua en el suelo ni palizas.

—Prisionero D —dijo una voz gutural que abrió la puerta de mi celda.

—Santiago —dije mecánicamente.

—Sígame.

No sabía muy bien cuánto llevaba sin ir a un interrogatorio. Las palizas habían cesado. Aunque el entumecimiento me hacía difícil caminar, el descanso en aquella oscura y pequeña celda había ayudado a recuperarme un poco. Pero tenía hambre, mucha hambre y mucha sed. Mi cuerpo se quejaba, sobre todo las rodillas que crujían, mientras seguía al guardia por los deprimentes pasillos. La luz era de tarde, tal vez la seis o las siete. Subimos las escaleras, yo mirando las botas de aquel hombre que cojeaba, posiblemente una pierna de madera. La Lubyanka era un sitio de lo más siniestro. Había sido un lujoso edificio de oficinas para una aseguradora antes de la revolución, pero los chicos de Lenin lo expropiaron para su policía secreta. Ahora se torturaba junto a suelos de parqué o moqueta. Decían que en la tercera planta tenía el despacho el mismísimo jefe de seguridad, el todopoderoso Beria, aunque, por supuesto, nunca lo vi.

Llegamos a una puerta de tantas, gris como todas. Mi guía metió una gruesa llave en una cerradura para girar ruidosamente el manajo que colgaba con una veintena de llaves. Un siniestro sonajero en aquel silencio sepulcral, pero una cosa me quedó clara, aquello no era una sala de interrogatorio. Nunca vi tener que usar llaves para abrir las puertas de los interrogatorios.

—Utiliza la litera libre, es la única que hay —me dijo el guardia delante de la puerta abierta. Me miraba a la cara con aquellos ojos de un azul despiadado que tenían muchos rusos—. La norma del silencio sigue vigente en toda la Lubyanka. No puedes estar acostado en la cama durante el día. Nada de dormir entre las seis de la mañana y las once de la noche. Puedes estar sentado en ella, pero ni se te ocurra tumbarte. No hay excusa. Por la noche no puedes taparte los brazos con la manta. Del hombro hasta la mano tienen que ser visibles. No hay advertencias. Si te vemos, y te veremos, serás castigado en el momento. ¿Entendido?

—Sí —dije sin saber a qué venía todo aquello—. ¿Me podría decir qué fecha es hoy?

Me miró con incredulidad. Se apartó de la puerta y con la cabeza me indicó que pasara. Entré en una habitación amplia donde diez literas de tres pisos se apilaban en dos líneas de cinco. Las ventanas estaban tapadas con ladrillos pintados de blanco y una gruesa tubería pasaba por el techo. Y lo más sorprendente para mí, veintinueve hombres con el mismo uniforme me miraban con curiosidad.

—No des problemas y tu estancia en la Lubyanka será breve —dijo aquel guardián con el tono monótono de frase dicha mil veces—. Da problemas y tu estancia será más breve aún.

Se marchó cerrando la puerta con aquel sonido de llaves que en el silencio carcelario era todo un escándalo. Miré a los compañeros de celda. Desde mi llegada no había visto a ningún prisionero, no había hablado con nadie que no fuera un interrogador o un guardia.

—¿Alguien sabe qué día es hoy? —pregunté quieto en el mismo sitio que me había dejado el guardián.

—*Ne ver'te nikomu, ispanski*. No te fíes de nadie, español —me dijo aquel ruso de ojos vivos, fuertes, con una mirada que atravesaba el acero, incapaz de perderla, tres años mayor que yo, capitán del ejército rojo, con dos medallas por sus hazañas en el frente.

—¿Cómo es que estás aquí?

—Por una estúpida carta.

—Pero tú eras un comunista convencido —le dije mientras me miraba divertido—, igual lo eres todavía, pero estás aquí preso.

—Yo, español —dijo en aquella charla de susurros que teníamos sentados cada uno en su litera—, era un imbécil de campeonato que me creía todo. No se me ocurrió otra cosa que mandar una carta a un amigo diciendo que todo podría hacerse mejor. Sí es cierto que le echaba la culpa a Stalin, pero en mi mentalidad comunista creía fervientemente que el líder era solo un hombre y que el partido era lo importante. —Soltó unas sonoras carcajadas para después endurecer la mirada—. Créeme, sesiones diarias colgado en una columna recibiendo golpes a manos del Partido purgan el comunismo como un veneno en un cuerpo.

—¿Por qué me dices que no me fie de nadie?

—¿Los ves? —dijo haciendo un gesto con la cabeza para que mirara a

los que pululaban por la celda, como náufragos en un mar de aburrimiento. Algunos leían, se podía leer un libro semanalmente cogido de la biblioteca, otros hablaban entre susurros como nosotros, pero la mayoría tenía la vista perdida, miraban al suelo o paseaban entre las literas sin mirar a ningún sitio —. Pues cualquiera puede ser un delator, incluso puede que sean varios.

—Yo podría ser un delator también.

—Tú eres extranjero y no dominas el ruso. Nunca te escogerían como delator. Además, eres un fascista —sonrió divertido—. ¿Fue cierto lo del lago Ilmen?

—¿Lo de los divisionarios cruzándolo en medio de una tormenta a cincuenta grados bajo cero para organizar un contraataque? Sí que lo fue.

—Era una historia que corría de boca en boca, pero los comisarios del NKVD nos decían que era propaganda.

—Pues no.

—¿Y lo de Krasni Bor?

—Yo estuve en Krasni Bor.

—¡Venga ya! —dijo con un asombro casi exagerado—. ¿Erais tan pocos como decían los camaradas que lucharon allí?

—Cinco mil.

—Pues nos frenasteis, nos rompisteis la cabeza de puente. Panda de cabrones —rio dando un golpe en su muslo.

La puerta se abrió de repente. Un guardián entró para quedarse en ella.

—¡Prisionero S!

—Me toca —dijo desafiante al levantarse—. Yo, Aleksandr.

—A declarar.

Y se fue tras el guardia. Las llaves resonaron en la cerradura.

Sonaban los golpes fuertes en la puerta. Eran las seis de la mañana cuando saltábamos de las literas, pasaban lista y nos sacaban en fila para ir al baño. Allí era donde uno realmente veía la cantidad de gente que estaba encerrada en aquel oscuro panal que era aquella cárcel. Cientos, miles de hombres que tenían diez minutos para lavarse y hacer sus necesidades, agua hirviendo en un cubo y fría en otro, la pastilla de jabón color carbón. No podías olvidar hacer tus necesidades, ya que hasta la noche no había nueva visita. Cuando salíamos de allí, nos daban la ración diaria de pan y una escudilla con un agua manchada de té.

—Bébetelo rápido, español —decía Aleksandr entre dientes—, y verás

cómo notas a la India entrando por tu cuerpo.

—Igual prefiere a China —dijo un judío pequeño y bajito con el que habíamos cogido amistad.

Devorábamos el pan, a pesar de que estaba quemado por fuera y casi crudo por dentro.

—Hoy parece que le han puesto más serrín que de costumbre —dije al notar lo más terroso y menos líquido que en días anteriores.

—Está más consistente —dijo Raoul, nuestro pequeño judío, antiguo médico de un general, hasta que un día, sin saber la razón, acabó allí.

—Por supuesto, la madera soviética sirve para todo, desde acabar con el espinazo del disidente hasta perforarle el estómago —dijo Aleksandr con aquellos ojos burlones.

¡Silencio! Y salimos al patio, en fila india pegados a la pared. Dábamos vueltas durante veinte minutos, en silencio absoluto, sin hablar ni media palabra. Solo veíamos el cielo del amanecer, sentíamos un poco la brisa y escuchábamos el bullicio de Moscú, al menos el despertar de la gran ciudad. Los tranvías pasaban sonando sus campanas, los coches del centro moscovita eran numerosos. Oíamos todo aquello como si fuera de otro mundo, algo lejano, otro planeta visto desde un telescopio. Pero todo el horror de la Lubyanka pasaba en el corazón de una de las ciudades más grandes del mundo y lo peor era que en aquella ciudad, en aquel país, todo el mundo sabía lo que estaba pasando detrás de aquellos muros.

¡Vuelta a dentro!

Volvíamos a nuestras celdas, donde esperábamos la comida, a veces caldo de vísceras o de coles podridas, una sardina o tal vez un arenque y el mismo té aguado, a veces agua sola. No volvíamos a beber hasta la cena. La sed nos desquiciaba. Encerrados en nuestras celdas pasábamos las horas sin hacer nada, solo esperar. ¿Esperar a qué? Nadie lo sabía exactamente, a que pasara algo, y aquel día algo rompió la rutina.

Era de noche cuando abrieron todas las celdas. ¡Salid y formad! Uno de los coroneles de NKVD que me había interrogado alguna vez gritaba las órdenes.

—¡Vamos, al patio! —decía su boca larga como un corte en su cabeza redonda y calva—. ¡Guardias, usad las porras con generosidad si alguno rompe la disciplina!

Sonreía como un demente cuando comenzamos a andar rumbo a aquella

porción de cielo nocturno, que muchos hacía casi un año que no veíamos. Salimos a una noche muy fresca de mayo. Nos pareció que realmente hacía frío, pero la contemplación de aquel pedazo de cielo oscuro sin estrellas nos dejó sorprendidos. Aquello no era un cielo corriente, era un cielo estalinista. Allí no había luna ni estrellas. Allí sobre nuestras cabezas, sobre las cabezas de todos los moscovitas, un gigantesco globo iluminado con la cara de Stalin vibraba como si de un dios viviente se tratase. Dos grandes reflectores zigzagueaban en la gran oscuridad y *Padrecito* Stalin miraba complaciente la adoración de sus aterrorizados súbditos.

—¡Ahí tenéis al líder de mundo! —gritó el coronel mientras señalaba a Stalin—. Os preguntaréis por qué os he sacado a ver el rostro del país al que habéis traicionado. Deberíais poner os de rodillas y suplicar el perdón del pueblo y del Partido, pero sabría que es falso. Así que solo mirad y reflexionad, porque ese gran hombre, ese jefe revolucionario, ha vencido hoy a la Alemania fascista que, destruida, se ha rendido incondicionalmente ante los generales a los que Stalin dirigió para lograr la victoria. Ha sido Stalin quien ha vencido. Sin él no existiría nada de lo que vemos. Hoy Alemania es territorio ruso y pronto lo será toda Europa. ¡Nadie parará al Camarada Stalin! ¡Recordadlo, traidores, cuando os ofrezcan la salvación! ¡Aceptadla mientras podáis!

Diez minutos después volvíamos a nuestra cálida celda en un silencio más profundo que otras veces. Creo que nunca he necesitado más acostarme y poder pensar en silencio.

—O sea, que la guerra ha terminado —dijo Marcus, un alemán del Volga cuyo crimen para estar allí había sido que, cuatro generaciones atrás, pueblos alemanes habían aceptado la invitación del zar para poblar la ribera de ese caudaloso río.

—Sí, y la ha ganado —dijo un gitano rumano—, así que si alguien pensaba en que habría intercambios de prisioneros o ver a los nazis destruyendo los muros de esta cárcel...

—Pero ahora estallará la guerra con los anglosajones —dijo Anatoly, un científico que estudiaba la radioactividad y daba clases antes de la gran purga en la universidad—. Veréis cómo cuando los americanos le digan que no a las reivindicaciones de Stalin, estallará la guerra en menos de un año.

—No habrá guerra —dijo Aleksandr—. Aquí el único occidental es el español y que me interrumpa si me equivoco, pero los occidentales han

luchado al lado de los rusos, nos miran con cariño. No los dirigentes, esos no, pero el pueblo no permitirá que ataquen a la URSS, aunque sea el mayor monstruo que haya surgido sobre la tierra. No habrá guerra, porque la ingenuidad del pueblo occidental, su buen corazón, lo impedirán.

—Pero las reclamaciones... —insistió el viejo profesor.

—Le darán todo lo que pida y más.

Todos me miraron como si yo pudiera saber lo que podía pasar. Yo solo esperaba lo que decía el gitano, un armisticio, y que pudiera volver en un intercambio de prisioneros. Asentí para darle la razón a lo que había dicho Aleksandr. Todos se quedaron en silencio, callados, confusos. Cuando sonó el aviso que permitía acostarse, me lancé sobre mi litera.

—Oye, español —me dijo Aleksandr.

—¿Qué? —respondí sin muchas ganas de hablar.

—Volverás pronto, la guerra ha terminado y seguro que en menos de un año te repatrían.

—Sí, me van a repatriar en una caja de pino.

—No te desanimes. A los rusos les encanta agradar a los extranjeros. En el fondo, somos un país de acomplejados y serviles —dijo mientras se arropaba con la manta, por supuesto sin cubrirle los brazos—. Cuando menos te lo esperes estarás en el calor de Madrid, paseando de la cintura de Bosem.

—¿Cómo sabes tú...? —Me senté en la cama de un brinco, dándome con la litera de arriba en la frente.

—Te he oído nombrarla en sueños. —Me quedé callado con un tono de vergüenza absoluto—. Pero, tranquilo, que solo la nombras... y lloras cuando lo haces. —Me miró con aquellos ojos de profeta bíblico que tenía y una marea de comprensión los llenaron—. Pero este es el lugar donde los hombres tienen que llorar o volverse locos.

Se dio la vuelta y nadie habló más. Permanecí despierto y sentí que la culpa me atenazaba por no haberle pedido perdón aquel día a Bosem. Se había ido llorando por lo que le había dicho. La crueldad de mis palabras resonaba en mi cabeza desde entonces. Una modorra tibia, como una fiebre, me llevó a un sueño lleno de pesadillas mientras las bombillas que iluminaban constantemente la celda seguían siseando como serpientes en la noche de aquel ocho de mayo de 1945.

Bebía el «té» del desayuno, que esa vez tenía un regusto a césped recién cortado. Era como si alguien hubiera tenido la ocurrencia de utilizar el arreglo

del jardín de algún edificio oficial para hacernos la bebida del desayuno. Me lo bebí de un trago. Era la sed lo que me obligaba, no su sabor. El pan estaba casi líquido por dentro, pero era comida.

—¡Prisionero D! —dijo a mi espalda una voz imperativa que hizo que diera un respingo.

—Santiago —respondí mirando con hartazgo a los dos jóvenes soldados de NKVD que habían venido a buscarme en medio del desayuno.

—Acompáñenos.

Devoré el pan. Salí detrás de ellos. Descendimos un par de plantas y me empezó a preocupar la proximidad de las salas de castigo, sus correas, cadenas, postes, látigos, descargas eléctricas y demás. Pero no. Llegamos a la misma sala por donde entré en aquel edificio hacía ya casi catorce meses. Una mujer en uniforme escuchó mi apellido dicho por mis guardianes para desaparecer tras una puerta. Minutos más tarde volvió a salir con una bolsa de arpillera y me la tiró a los pies.

—Vístete —me ordenó un guardia—. Entrega a la camarada la ropa que llevas.

Eso sí que no me lo esperaba. Allí mismo me desnudé, abrí la bolsa, saqué mi antiguo uniforme y me lo puse. Me quedaba ancho, las botas parecían un número mayor. Los pantalones se me caían y el cinturón no tenía más agujeros, pero no pedí nada para abrir otro, no me lo darían.

—*Natsistskaya krysa*. —«Rata nazi», me llamó aquella mujer antes de escupirme en la guerrera. Yo solo miré la mancha, no hice nada. Los dos hombres le recriminaron la acción con un «no nos hagas perder el tiempo».

—*Dabai* —me dijo con un pequeño empujón uno de ellos.

Volvíamos por donde habíamos venido. Los pasillos silenciosos de aquella prisión se me hacían eternos. ¿Tendría razón Aleksandr cuando me dijo que mi repatriación sería pronto? No quería pensarlo, pero no se me ocurría otra explicación. Tal vez me ponían el uniforme para llevarme a un campo de prisioneros de guerra donde gestionar los traslados a los distintos países.

Llegamos a la puerta que daba al patio, que se abrió con su habitual chirrido. Salí. Una mañana fría y soleada. En el patio estaban los presos haciendo el «paseo» diario. Silenciosos me miraron mientras seguían caminando. Aleksandr me sonrió y en sus labios se dibujaron las palabras «adiós y suerte», seguidas de una sonrisa fraternal. Cerré el puño para

llevármelo al corazón y asentir con la cabeza.

Los soldados abrieron una pequeña puerta que daba a otro patio donde esperaba un camión. Al cruzar, oí cómo cerraban la puerta tras de mí. Mis compañeros de celda quedaban allí caminando en círculos. Sentí pena por ellos.

—¡Nombre! —dijo un sargento entrado en kilos que miraba un listado trabado con una pinza a una tabilla.

—Durán González, Santiago —dije pronunciando lentamente para que lo entendiera y lo pudiera buscar.

—Sube —dijo sin separar la vista del listado.

Dentro del camión me encontré a dos soldados suecos y a tres belgas que vestían el uniforme alemán. Me saludaron militarmente al ver mis galones de sargento.

—¿Nos repatrián, sargento? ¿Lo sabe? —me preguntó uno de ellos.

—No tengo ni idea, soldado.

A los veinte minutos subieron dos húngaros, también con el uniforme de la Wehrmacht. Saludos y más rumores de radio macuto. Oímos cómo la gran puerta negra se abría. El camión salía despacio para meterse en el tráfico del centro de Moscú.

La estación de Moscú estaba abarrotada. Una veintena de soldados hacía un cordón mientras nos subían a un tren siguiendo el orden de un eterno listado leído a gritos por sargentos con sus gorras de plato y hombreras rojas. Había demasiados civiles para ser un convoy de repatriación, o tal vez nos desviarán a otro tren que fuera hacia la frontera.

—¡Durán!

Me acerqué al sargento, que me dio una cuartilla de papel para indicarme con el dedo índice el vagón que me tocaba. Subí para ver las rejas que dividían aquella caja de madera. Un soldado me llevó hasta la celda que compartiría con otros prisioneros. Mientras se llenaba miré el papel, escrito a máquina en alfabeto cirílico, solo atiné a entender los números y la fecha.

—¿Qué es esto? —pregunté a un soldado muy joven que no parecía tan enfadado como los otros—. ¿Qué dice aquí?

—Es tu sentencia.

—¿Sentencia? —pregunté como si esa palabra no significara nada en español.

—Te condenan a veinticinco años de trabajos forzados por tus crímenes



contra la Unión Soviética.

—¿Veinticinco años? —negué con la cabeza. No podía ser—. ¿A dónde va este tren?

—Al sitio donde cumplirás esa condena —dijo sonriendo.

Le di la espalda para caminar los pasos que me separaban de la esquina más alejada de la celda, donde, tambaleándome, me senté para mirar el 25 que aparecía en aquel papel. El vagón se iba llenando.

## 17. Monastirka

Septiembre de 1945

Si alguien alguna vez ha lamido un barrote para intentar que la humedad ambiente le dé la posibilidad de calmar su sed, entonces es que ha viajado durante días en aquellas cárceles que eran los trenes rusos. Aquellos Stoplín, que recibían el nombre de un antiguo ministro ruso al que le dieron dos tiros en Kiev antes de la revolución, eran como una Lubyanka que se movía, con la diferencia de que allí no había camas, ni baños, ni patio. Solo el vagón, las rejas, casi veinte en cada celda, tres celdas en cada vagón, una estufa y un vigilante del MGB con permiso para matar a quien quisiera.

—¿Crees que vamos hacia el este o hacia el oeste? —me preguntó Graziano Marchetti, un italiano de Sicilia, con el que trabé conversación al verlo vestido con el uniforme del ejército italiano. Éramos los únicos soldados en un vagón lleno de civiles rusos.

—No tengo ni idea, pero creo que al noreste —le dije sin mucho convencimiento. Llevábamos un día entero de viaje.

—¿Sabes?, los americanos han ganado la guerra a los japoneses. —Tenía los ojos verdes, muy claros para ser un siciliano, aunque me juró que en Palermo había muchos así, tal vez por el pasado normando de la isla—. ¿Lo sabías?

—No tenía ni idea. La verdad es que tampoco había pensado en esa zona de la guerra.

—Pues dicen que tiraron dos bombas sobre dos ciudades y las destruyeron en el acto. —Hizo el gesto de la explosión. Hablaba muy bien el español, lo aprendió cuando vino a luchar a la guerra de España con los ejércitos que mandó Mussolini.

—¿Con solo una bomba por ciudad?

—Sí, arrasadas completamente —se pasó los dedos por el cuello como si fueran un cuchillo—, y los japoneses se rindieron ante los americanos. Firmaron la paz en un portaviones con MacArthur dictándole los términos de la rendición y ellos diciendo sí a todo.

—¡Joder! ¿Y cómo sabes todo eso?

—Nos pusieron un noticiario en la Lubyanka, para forzarnos a firmar, ya sabes.

—Ya sé. —Sonreí acariciándome las costillas que todavía me dolían—. Pues a ver si los yanquis tiran una de esas aquí y nos libran de esta desgracia.

—*Con buona speranza... Porca miseria.*

—¿Te espera alguien en Palermo?

—Mi mujer y mi hijo, además de mis padres, hermanos... pero Bianca, mi mujer, y Marco, mi hijo, son los más importantes para mí. Ojalá tuviera una foto para enseñártelos, pero me las quitaron cuando me detuvieron.

—Entiendo.

—¿Y a ti en España?

—Bueno, tengo a mi familia en mi pueblo, pero no creo que me esperen.

—¿Cómo va a ser eso?

—Soy un ave solitaria —le dije sonriendo.

—¿No puede ser que no haya una mujer?

—La había, pero ya no la hay. —Miré por una rendija para ver el paisaje monótono de la inmensidad rusa—. También tengo un hermano, que no sé si está vivo o muerto. Desapareció en Krasni Bor, el cadáver no se encontró, pero en aquella locura quién sabe.

—Quién sabe —dijo con cara de resignación para añadir ese pensamiento fatalista—: Espérate lo peor, así si lo encuentras, pues te alegras más, y si está muerto, pues no te coge de sorpresa.

El tren frenó, las puertas de los vagones se abrieron y nuestros carceleros nos dejaron salir al exterior. Era el diez de septiembre de 1945, al menos eso ponía en un letrero en aquel apeadero en mitad de la nada. Salimos en fila, vigilados para ponernos de rodillas con los brazos en la nuca frente al tren. Los soldados nos contaban, pasaban lista, recontaban y revisaban mientras en grupos de diez nos autorizaban a ir a hacer nuestras necesidades a unos metros de donde estaban ellos. Mientras, un grupo de presos, escogidos al azar, vaciaban el cubo que servía de letrina en cada vagón, cargaban reservas de agua y leña para la estufa, así como rociaban el interior con un desinfectante para matar parásitos. Como decía la propaganda, en el imperio del trabajador el tifus estaba erradicado.

Graziano y yo nos aliviábamos en una zona de hierba donde ya habían pasado cientos de prisioneros antes. Apestaba a mil demonios.

—El paisaje es precioso —dijo el siciliano subiéndose los pantalones mientras miraba alrededor.

—Si quitas el olor a mierda y los orines... —dije terminando lo mío—. Mira a ver si ves agua. Debe de haber una cisterna o así.

—Sí, con esos animales mirándonos no sé qué vamos a hacer.

Volvimos a nuestros puestos. Nos permitieron sentarnos y cuando todos habían utilizado «el servicio» y el tren estuvo reabastecido, nos repartieron un trozo de pan negro y un pepino en salmuera junto con la necesitada agua que bebimos con desesperación, lamiendo el vaso de lata cuando terminamos. Un sargento con un altavoz manual se colocó en medio del tren, accionó el altavoz eléctrico y su voz sonó entendible, pero distorsionada.

—¡Los prisioneros de los vagones del ocho al doce permanecerán aquí! ¡El resto comiencen a subir! —Sonó un fuerte acople—. ¡Repito! ¡Los prisioneros de los vagones ocho, nueve, diez, once y doce permanezcan sentados!

Miré el número pintado en mi vagón, el número ocho. Nos quedábamos allí, custodiados por los guardianes de los vagones que parecía que tampoco se irían.

—Nos fusilarán —dijo en voz baja un letón sentado delante de mí—. Yo formé parte de un grupo en el *lager* de Potma que se dedicaba a enterrar trenes enteros de fusilados junto a las vías del tren.

—Difamador —le cortó un ruso de unos veinte años—. Todos los letones sois unos fascistas que metéis mentiras sobre la patria socialista.

—De mentiras nada —terció un tipo de unos cuarenta años que era moscovita—. Me contaron que cuando no saben qué hacer con tantos prisioneros, simplemente abandonan el tren en medio de la vía en pleno invierno y vuelven dos días después con prisioneros de algún campo a vaciar los cadáveres congelados.

—¡Calla, trotskista! —replicó el mismo joven de gafas redonda—. ¡O eres un desviacionista! Pienso denunciarte a la primera oportunidad que tenga. ¡Quedas advertido!

—¡Silencio! —gritó uno de los guardias—. Esperaremos aquí hasta que os digamos, vuestro campo de reeducación está cerca. Por esa carretera —señaló a nuestras espaldas—. Permaneceremos en silencio hasta que nos vengán a buscar.

Pasarían dos horas, tal vez menos, pero dos camiones aparecieron por la

carretera. De ellos se bajaron una veintena de soldados, otra veintena de bayonetas con los filos brillando y una decena de perros de colmillos afilados, que brincaban intentando mordernos en el cuello. Sus dueños tiraban de las correas para evitar que nos hicieran pedazos.

—¡En pie! —gritó uno de los recién llegados—. En fila de a cinco, una columna bien hecha. ¡Quien rompa la columna saliendo de ella recibirá un balazo sin previo aviso! ¡No cargamos heridos!

Un látigo circuló sobre nuestras cabezas, rompiendo el aire con siniestra velocidad. Las bayonetas metieron prisa a los rezagados. No hizo falta más y la columna se puso en marcha, cien prisioneros iniciaron su camino.

Diez horas después vimos las luces de unos barracones, una veintena de casas cuarteleras a cada lado del camino. De ella salían soldados rusos de ambos sexos, uniformados. Era de noche, tal vez las diez o las once. Estaban borrachos celebrando el final de la guerra, eso gritaban. Unas mujeres de rasgos mongoles vistiendo el uniforme de infantería se acercaron a Graziano y a mí y nos hicieron gestos obscenos, nos escupieron llamándonos fascistas o se vanagloriaron de la cantidad de mujeres alemanas, polacas y checas que habían violado los soldados rusos en su camino por Europa.

—¡Seguid marchando! ¡Quien rompa la fila muere!

De repente vi que algo brillaba. Era una bayoneta en las manos de una de aquellas que con cara de loca venía directa hacia mí. Esquivé lo que pudo ser un pinchazo en el estómago, pero el que venía detrás de mí no tuvo tantos reflejos y recibió aquel filo en todo el muslo que lo hizo caer al suelo. Miré hacia nuestros guardianes mientras aquellas mujeres pateaban al herido en la misma carretera de tierra que se nos hacía interminable.

—¡Continúen caminando!

Uno de los guardias se acercó al herido apartando a empujones a las mujeres que descargaban su ira contra el hombre. Cuando se apartaron, el guardia le dio un tiro en el pecho con su rifle para continuar con la columna. Las mujeres rieron a carcajadas y alguien echó aceite sobre el cuerpo para quemarlo.

Delante de nosotros veíamos las torres de vigilancia, los reflectores iluminando los barracones de madera. No había puerta, solo dos columnas de madera roja de unos cuatro metros con una tabla que las unía en lo alto como un primitivo arco de entrada, una bandera soviética unida a una estrella roja de metal junto con un retrato de Lenin por la derecha y otro de Stalin por la

izquierda. Colgando de dos cadenas una tabla más pequeña donde se leía: «Bienvenidos a Monastirka».

Un grupo de prisioneros salía a recibirnos lanzándonos trozos de barro y tierra, daban bofetadas, tirones de pelo y arañazos a quien pillasen mientras nuestros guardias miraban con indiferencia. Los prisioneros que nos tiraron piedras volvieron a la barraca de la que habían salido cuando un golpe de látigo y la presencia de los perros les dijo que no merecía la pena seguir con su actitud.

Continuamos hasta una casa de madera con el letrero de «hospital» sobre la puerta. Los chillidos de las mujeres se apagaron cuando varios soldados, cansados de sus gritos e histeria alcohólica, las echaron a puntapiés y puñetazos.

—¡Adentro! —dijo un hombre vestido de oficial médico.

No había enfermeras. Allí el afeitado lo hacían homosexuales y la revisión médica consistía en palparnos huesos y muslos para adscribirnos a un puesto de trabajo.

Así empezó nuestra cuarentena de dos semanas, pero antes de que nos metieran en otra sala llena de catres de campaña, mientras el médico me daba un papel amarillo y me decía que lo guardase, miré por una ventana de cristales dobles que daba a una casa que parecía una oficina de comandancia donde se abrió una puerta para dejar salir a un hombre de uniforme. Durante un instante dudé, pero estaba claro que conocía a aquel tipo. Caminaba altivo y arrogante como la última vez que lo vi, como las veces que lo había visto antes, con ese aire de perdonavidas, pero esta vez llevaba el uniforme de oficial del NKVD. No sé si fue mi mirada lo que le hizo girar la cabeza, pero de repente estaba mirándome fijamente con aquellos ojos intensos que tenía.

Una viga colgada de una cadena sonaba en todo el campo cuando un guardia con un martillo pesado la golpeaba. Tocaban diana, eran las seis y había que levantarse, en diez minutos se pasaría lista. Los guardias entraban en los barracones dando gritos, golpeando con las porras a los que seguían en la cama.

—¡Enfermo! ¡Tú no estás enfermo! —Golpe en el estómago—. ¡Quieres más!

—No, ya voy —decía una voz quejumbrosa—, pero tengo fiebre y me siento mal.

—¡A trabajar, gandul!

Había que correr. Se acercaba octubre. Nuestra cuarentena había terminado aquella misma noche cuando nos repartieron por los barracones. A mí y a Graziano nos metieron en la misma casa de madera llena de literas cubiertas de sacos de paja a modo de colchones y gruesas mantas de lana. Me alegré de que me tocara con el italiano, era muy buena persona y allí no había ni un solo español, al menos eso creía.

Hacía frío, viento helado del otoño ruso. Nos despejó al instante. Los guardias pasaron la interminable lista, contaron, volvieron a pasarla y recontaron. Después volvieron a leer todos los nombres añadiendo la partida de trabajo, que curiosamente para todos los allí presentes era cortar abedules. Nuestra partida de trabajo era la 14.

—¡Ahora! —gritó un sargento—. Os colocaréis en fila india para recibir el desayuno, como haréis todos los días. Os daremos un abrigo y un gorro que tendrán que duraros al menos dos años. Llevan la fecha en tinta indeleble. Si lo rompéis, tendréis que dar muchas explicaciones por eso. También tendréis que justificar si se os rompe vuestra hacha, sierra o cualquier herramienta que se os dé. ¡Tenedlo claro! Para la Unión Soviética las herramientas son más importantes que vuestras vidas.

Nos repartieron los abrigos junto con un agua negra, un trozo de pan igual de negro y dos terrones de azúcar. El abrigo era el mismo del uniforme que los soldados rusos llevaban a la guerra, acolchado y de buena calidad. El mío tenía dos agujeros en el pecho, dos balas de máuser habían entrado por allí. Miré en su interior, pero no vi fechas por ningún lado. Me lo puse. Me quedaba grande, pero abrigaba.

—¿Usted es español? —dijo una voz juvenil delante de mí.

—Sí, chico —dije al ver aquel muchacho de cara pálida y agradable—. Supongo que tú también.

—Sí, señor, me llamo Mateo Ruiz Olavide, soy de Gijón. —Me tendió la mano.

—¡Pero, hombre! —Reaccioné sorprendido y contento por oír a un español después de tantos años, le di la mano—. Santiago Durán González, de Adeje, un pueblo de Tenerife.

—Las Canarias —dijo con aire soñador.

—Sí —reí—. ¿Pero tú de dónde sales? —Miré a Graziano que estaba comiéndose el pan—. Mira, español como yo. Chaval, este es Graziano, italiano de Sicilia.

—Encantado, señor. —Se apretaron las manos—. Yo fui condenado a veinticinco años de trabajos forzados por robo de la propiedad del Estado soviético.

—¿Y qué robaste?

—Dos pares de botas

—Vaya. —No supe qué decir—. Pero ¿qué haces en Rusia? Yo soy divisionario, ¿y tú?

—Yo vine con mi hermano cuando estalló la guerra en España. Nos enviaron nuestros padres por temor a los bombardeos. Al principio todo fue bien, pero cuando terminó y empezó la Gran Guerra Patriótica y nuestra familia nos reclamó para que volviésemos a España, pues empezamos a ser mal mirados.

—¿Tu hermano está aquí?

—No, señor, a él se lo llevaron hace dos meses, no sé dónde está. —Volvieron a sonar los golpes contra la viga—. Son las señales para que nos pongamos en fila de a cinco. Cuidado. Si alguien rompe la fila, lo matan.

En cuadros de cincuenta salimos del *lager* por la misma carretera por la que habíamos entrado. Ahora a plena luz del día parecía diferente, más sucia y menos dramática. Las mismas mujeres borrachas que nos habían escupido e insultado hacía dos semanas ahora tenían el ceño fruncido, el látigo en la mano y sujetaban los perros que gruñían para terminar ladrándonos. Al pasar bajo los retratos de Lenin y Stalin en la entrada, junto a las dos torres de vigilancia, vi que lo que me pareció en la llegada un foso lleno de agua, como si de un castillo medieval se tratase, ahora era una inmensa fosa común llena de cadáveres cubiertos de cal. Aparté la mirada rápidamente.

—¿Lo has visto? —me preguntó a mi lado Graziano.

—Ahí traen a todos los muertos. Cada cierto tiempo los queman y echan una capa de tierra encima —dijo el muchacho—. Todos los días tiran al menos a tres o cuatro.

Se caminaba en silencio, se hablaba por lo bajo. En un desvío del camino nuestro grupo se separó y cogió otro camino que nos llevaba a un bosque que veíamos lejano.

—Mateo, ¿sabes dónde vamos?

—Al campamento B. Es una zona del bosque donde hay muchos pinos. Es una larga caminata.

—¿Campamento B? —dijo Graziano.



—Sí, hay tiendas de campaña y todo como en Monastirka, pero provisional. Allí estaremos al menos tres meses o tal vez más.

—¿También hay fosas comunes llenas de muertos? —pregunté en broma, intentando sacar humor negro, pero sin pensar que la respuesta del chico iba a ser esa.

—Sí —dijo el chico con un gesto de las manos—, más grandes y peores. En el Campamento B muere mucha gente.

—El hacha se coge así —nos mostró Mateo con la veteranía del *zek* que lleva haciendo eso desde hacía dos años. Lo mirábamos atentamente. Cortar un árbol no era algo fácil y nadie hasta ese momento nos había dicho cómo hacerlo—. Tenéis que cortarlo con un golpe seco dándole de esta manera. — Dio un golpe oblicuo al grueso pino y la corteza saltó dejando una marca amarilla de madera nueva—. Después hay que golpear intentando hacer una cuña cada vez más grande. —El chico golpeaba fuerte arrancando trozos de madera. Su respiración era pausada y el rictus de su cara se endurecía al lanzar el golpe—. Cuando se corte al menos un cuarto del árbol, se da la vuelta y por el otro lado. —Levantó la cabeza y nos sonrió—. Tenéis que golpear con el hacha en ángulo para evitar que choque como un martillo y rebote, además de colocaros también en ángulo para que no os salten las astillas a la cara. —Le devolvimos la sonrisa. Eso era lo que nos había pasado a ambos cuando hicimos nuestro primer intento. Dio los mismos golpes certeros, haciendo una cuña, tan grande o más que la otra, miró con pericia experta para volver al corte inicial y golpear más veces, hundiendo el hacha en aquella madera de un amarillo pálido que saltaba con dureza. Paró cuando el árbol vibró—. ¡Ya está! —Le dio un empujón con el pie para gritar—: *Derevo!*

El árbol cayó con un siniestro silencio, no hizo ruido hasta tocar el suelo. Si alguien hubiera estado allí, no lo habría oído caer sin el aviso de «¡madera!» que gritó el muchacho.

—Ahora —dijo con respiración cansada— hay que coger las sierras y desbrozarlo, que es quitarle todas las ramas.

Nos pusimos a ello con unas sierras oxidadas, algunos de los dientes estaban romos y costaba mucho que cortaran bien, había que hacer mucha fuerza para lograr el corte.

—Si queréis afilarla, buscad una piedra, escupid sobre ella y rozadla —decía aquel chico que nos sacaba una sonrisa a los dos veteranos de guerra,

porque tenía soluciones para todo. Conseguí una piedra, como me dijo, y vi que funcionaba. El filo en el metal aparecía en aquel óxido sucio que recubría la hoja de sierra. Cortamos más rápido y mejor. El árbol quedó limpio, solo un tronco de una veintena de metros.

—¿Ahora? —pregunté

—Hay que atarle esas cuerdas muy fuertemente —dijo señalando un lugar donde estaban metros interminables de cuerdas enrolladas— y arrastrarlos hasta el río.

Lo hicimos. Las cuerdas se tensaron cuando los tres tiramos de ellas, pero el pino no se movió ni un milímetro. Volvimos a tirar. Mi cuerpo se tensó de la misma manera que lo hicieron las cuerdas. Vi que la cara de Graziano se ponía blanca, casi azul, para soltar la respiración casi en forma de gemidos. El tronco se movió, despacio, con la corteza rozando con el suelo.

—Así no llegaremos nunca —dijo Mateo.

—¿Dónde está ese río que no he visto por ningún sitio? —pregunté con la boca seca.

—Hay que subir la colina y está detrás —dijo el muchacho.

—¡La colina! ¡Subir la colina! —dijo el italiano sentándose en el suelo mientras soltaba todo tipo de maldiciones contra los árboles, los comunistas y los rusos.

—¡Golovin! —gritó el chico cuando vio pasar al líder de la partida, un ruso que había sido oficial del NKVD, pero al que habían pillado prostituyendo a las *zeks*, que era como se llamaba a los prisioneros del gulag. Lo detuvieron para condenarlo a ocho años de trabajos forzados, pero podía redimirse, volver a ser guardia y prostituir a prisioneras, esta vez pagando su parte a los comandantes del *lager* correspondiente. En eso se esforzaba. Por ahora solo era jefe nuestro—. ¡Golovin!

—¿Qué quieres, español? —dijo acercándose.

—Necesitamos ayuda, al menos cinco hombres para arrastrar esto.

—¿Tres y no podéis? —Se rio golpeándose el pecho. Sus cincuenta años no se notaban, salvo por sus arrugas profundas bajo los ojos—. Un solo ruso podría hacerlo... ¡Vosotros tres! —gritó a unos polacos que acarreaban pequeños troncos—. ¡Dejad eso y ayudad a estos!

Tensamos las cuerdas. El árbol se desplazó con un quejido furioso de su corteza. Los polacos tiraban de la parte trasera, nosotros de la delantera. La colina venía delante de nosotros, como uno de aquellos monstruos medievales.

Me imaginé a Don Quijote mirando los molinos. Esa imagen me hizo pensar en Bosem durante un instante.

Las punzadas de hambre enloquecieron cuando llegamos a lo alto de la colina. El esfuerzo era doloroso. Mis ojos apenas veían nada que no fuera un túnel negro que se abría para ver todo reducido a lo que había frente a mí. Oía a los polacos gritar «*niech*», una y otra vez.

—¡Parad! —gritó el chico.

Solté inmediatamente la cuerda que llevaba sobre el hombro, su roce me hacía daño. Vi que tenía sangre, no mucha, un roce nada más. Los polacos, más expertos en el asunto, mantuvieron el empuje para colocar el tronco en horizontal. Un simple empujón hizo que cayera rodando por aquella pendiente que lo llevaría directo a un río lleno de troncos que aparecía delante de nosotros en un paisaje majestuoso. Allí pudimos ver la extensión interminable de pinos, una serrería junto al río y ¡agua!

—¿Podemos bajar a beber? —le pregunté casi como una súplica a aquel niño.

—Ahora no, pero cuando empecemos a trabajar en la serrería sí, aunque ten cuidado, si bebes mucha, te pondrás enfermo y si te ven bebiendo, pueden dispararte.

—¿Dispararme?

—Sí, el agua es propiedad del Estado. Lo consideran un robo.

El sonido de una campana sonó en el campamento. La comida iba a ser servida. Caminamos a paso ligero. Sabíamos que las raciones dependían de si se cumplía la cuota mínima y nosotros éramos recién llegados, por lo tanto, no era una gran cantidad, pero aun así, nadie renunciaba al plato de gachas mohosas con un trozo de pan y el eterno té sin sabor. O igual tocaba un trozo de col guisada con agua caliente, o una zanahoria en vinagre con pan. Yo solo quería beber agua y descansar, al menos el vaso que nos daban. Pensé en mi madre y en cómo se preocupaba de que nos comiéramos todo lo que nos ponía en el plato, por temor a que acabáramos anémicos. ¿Cómo estaría? Suspiré para mirar la sopa de coliflor con una patata en el centro. No había pan y esta vez no había té, solo agua en un vaso.

Mateo iba delante, a paso ligero y sabiendo perfectamente a dónde iba. Nos dijo un «si queréis comer, os voy a enseñar un buen método para hacerlo hasta hartaros». Lo seguimos, Graziano más convencido que un servidor, pero ¿quién era yo para dudar del chico?

—Venga, apretad el paso. Tenemos que volver pronto a cortar árboles o nos bajarán la ración. —Asentimos mientras el chico casi corría de puntillas delante de nosotros—. Hay que cumplir la cuota de producción para poder comer más.

—¿Cuánto es la cuota? —pregunté mientras aceleraba casi a la carrera por aquel bosque de pinos enormes.

—Diez árboles al día por persona.

—*Ma, direte voi?* —exclamó Graziano casi parando de correr—. Pero ¿qué dices? Si hemos estado con un árbol toda la mañana.

—Hay que espabilar —dijo el chico—, aunque yo no conozco a nadie que lo haya conseguido.

Seguimos a ese paso hasta una pradera que se abría majestuosamente bajo aquel cielo azul de finales de septiembre.

—Mirad —señaló el chico a unas vacas que pastaban en lo que parecía un koljov, una granja estatal—. Ahí tenéis la comida.

La desilusión se mezcló con la extrañeza.

—¿De qué estás hablando, Mateo? —pregunté con un punto de impaciencia.

—No podemos matar una vaca, descuartizarla, asarla... —dijo el italiano.

—No, está claro que no. Si lo hacemos nos matan, pero si os fijáis donde pastan las vacas, la hierba es comestible, si no, se intoxicarían. Así que son el mejor localizador de hierbas venenosas que existe.

—¿Comer hierba? —Lo miré serio esperando a que dijera que aquello era una broma. No, no lo era—. Comer hierba.

—Sí, venid y veréis, está buena.

El muchacho se acercó a una vaca que pacía, paró a un metro de ella para ponerse de rodillas y arrancar manojos de hierba que se llevó a la boca y comió con fruición.

—Sí, está claro que no son naranjas de la huerta valenciana —dijo con trozos de verde en los dientes—. ¿Pero preferís estar hambrientos toda la tarde para que en la cena os den un trozo de carne seca del tamaño de un dedo o la misma coliflor guisada?

Graziano me miró, se encogió de hombros para arrodillarse a coger hierba que se llevó a la boca.

—No está mala —dijo con los carrillos hinchados—. Como una ensalada

sin aceite.

Comí hierba hasta que me harté. Sabía que la cuota de diez árboles no la iba a conseguir nunca, así que desde ese día volvimos a comer hierba después del almuerzo. Llegamos incluso a saber distinguir las que tenían mejor o peor sabor. Éramos nosotros tres solos, no lo comentábamos a nadie, no queríamos que los guardias nos estropearan la comida, de eso ya se encargó el tiempo. A finales de octubre llegamos y las vacas no estaban, la pradera estaba marrón. Ni un gajo de verde.

—Ha helado —dijo Mateo con ese tono infantil que a veces ponía—. Ya se acabó.

Esa noche nevó. Recordé Possad con sus noches negras, su nieve cubriéndolo todo, su nieve ensangrentada, la nieve sucia donde agonizó Mogán. De la nieve convertida en barrizal de Krasni Bor donde murieron tantos buenos amigos o se los tragó la incertidumbre del «y no lo volví a ver». ¿Hacía ya cuánto de todo aquello?

Una mañana nos repartieron guantes de piel. Volvimos a pasar hambre, más aún cuando la ración se redujo por no cumplir la cuota.

La nevada era tan grande que era casi imposible cortar un árbol sin hundirse hasta la cintura en aquella capa blanca. Cuando estallaba una tormenta, nos acurrucábamos en las tiendas del Campamento B y rezábamos para que no arrancara de cuajo las cuerdas, se llevara las lonas para sepultarnos en aquella muerte blanca que caía del cielo. ¿O era al contrario?

—Pronto nos devolverán al *lager* —decía Mateo añadiendo una experiencia propia.

Durante los días de tormenta nos daban dos trozos de pan y agua caliente. Permanecíamos quietos, enrollados en nuestras mantas, pegados a pequeños fuegos que hacíamos en la misma tienda. Un mongol de cara ancha y avejentada, que era prisionero desde hacía cinco años, nos dijo que no nos moviéramos. Si sudábamos, moriríamos congelados.

Oí el viento golpear durante horas, su sonido era ensordecedor, pero al mismo tiempo me abstraía de la realidad, de la consciencia de lo que me rodeaba. La cara silenciosa y seria de Graziano, junto a mí, su mirada distante decía que su mente se encontraba muy lejos. ¿En qué pensaría? Mateo miraba el pequeño fuego, sus ojos tenían el brillo de la inocencia de un niño, a pesar de que llevaba siendo prisionero desde el 43. No me explicaba cómo la había mantenido. Se dio cuenta de que lo miraba y me sonrió, yo le devolví la

sonrisa. Ojalá pudiera volver pronto a su casa en España. Cerré los ojos y me concentré en el sonido del viento.

*Queridísima Bosem:*

*Sé que nunca podré pedirte perdón por todo lo que te dije aquel día. Por aquella estupidez que salió de mi boca cuando querías despedirte. Llevo desde entonces con esa herida sangrando dentro de mí, un sinvivir que me escuece como una llama en carne viva. A veces evito pensar en ti, que es lo único que me consuela en este mundo de sombras, solo por no recordar aquel momento en que provoqué tus lágrimas, en lo mala persona que llegué a ser. Si pudiera volver atrás, ¡ay, si pudiera! Pero no puedo pensar en sueños cuando dentro de mí aparece esa mancha. Sé que no nos volveremos a ver, yo viviré con ello. Solo espero que el tiempo mitigue en ti el daño de mis palabras, que al menos no me recuerdes por ella. A veces me mortifico pensando en que me odias y trato de no caer en el llanto. En este lugar de dolor he intentado olvidarte, pero no puedo, surges en cada momento.*

*Tuyo que te quiere y te añora,*

*Santiago*

La tormenta paró la noche del cuarto día. El silencio fue total al menos hasta que los aullidos de los lobos nos despertaron a todos. En silencio los oímos, con el color naranja de la pequeña hoguera dándonos en la cara.

—Una jauría grande. Están hambrientos y nerviosos, la tormenta los debe de haber enloquecido —dijo Margul, que así se llamaba aquel mongol de baja estatura, finos ojos oblicuos y mirada pensativa—. Abramos bien los ojos cuando salgamos fuera.

Los oímos aullar durante toda la noche.

En columna de cinco iniciamos el camino de vuelta. La nieve había sepultado el paisaje, y con él todos los referentes conocidos, pero los guardias sabían volver o al menos eso parecía por la seguridad con que nos ordenaban caminar. Los perros fuertemente cogidos por las correas olisqueaban nerviosos el aire, no ladraban, solo daban pequeños lamentos y algún ladrido que se asemejaba más a un grito nervioso.

—*Dabai! Dabai!* —decían metiéndonos prisa mientras los látigos mordían más abajo de lo habitual.

—Quieren pagar el paso a la jauría —dijo Margul.

—Sí —dijo Mateo como una especie de intérprete—. Dejarán a quien no

resista el paso para que los lobos se entretengan y el resto poder llegar sin que nos ataquen.

No tardó en pasar. Un anciano se fue quedando atrás y perdió su puesto en la fila que tenía para descender como si bajara los distintos pisos de un edificio. El látigo restañaba próximo a quien lo ayudara, la carne abierta de un muchacho joven, un ucraniano que intentó cogerlo del hombro. «¡Paso ligero!».

«¡Por favor! ¡Solo será un momento! ¡Es coger aire!»., gritó antes de recibir un tiro en el estómago que lo dejó tirado en aquella inmensidad blanca. Lo siguiente fueron sus chillidos cuando miramos hacia atrás. Una decena de lobos lo devoraba. No quise mirar, ya tenía con la descripción que me hicieron Graziano y Mateo. A aquel pobre desgraciado le siguieron otros seis, de los cuales a algunos ni siquiera les dispararon. Se quedaban atrás llorando, gritando, pidiendo clemencia y ayuda, diciendo aquello de «ya voy, camaradas, ¡no me dejéis!»., pero los latigazos para que apretáramos el paso se multiplicaban. Seguíamos hacia delante para oír sus chillidos desesperados, su lucha contra aquellos animales. Vi cómo delante de mí un prisionero con tatuajes en la cabeza rasurada clavaba un pincho en las rodillas de un hombre de unos sesenta años que había sido cirujano en Smolensk, un hombre de pelo cano, barba larga y gafas rotas que esperaba volver a ver a su mujer algún día, y que se fue al suelo con la sangre saliéndole a borbotones. Quedó allí de rodillas, aceptando su destino, mientras aquel rebaño de hombres en fila de cinco pasaba intentando no pisarlo. Los lobos solo esperaron a que estuviéramos a unos metros para saltar sobre él.

En ese instante odié con locura todo aquello, a la Unión Soviética y al ejército de criminales que cometía aquello. Me odié a mí mismo por no hacer nada y maldije todas las excusas que pensé para seguir caminando sin mirar atrás mientras aquella gente que no había hecho nada malo en su vida era destrozada.

El comedor de Monastirka estaba abarrotado. Ese día no se había podido salir a cortar abedules congelados a los bosques porque la nieve lo bloqueaba todo. Nos habían dicho que tendríamos que limpiar la nieve de la carretera a golpe de pala, al menos hasta los cuarteles que estaban fuera del campo.

—¿Quiénes son esos tipos? —le pregunté a Mateo mientras comía en mi escudilla un guiso de vísceras—. Los de los tatuajes.

—Son urkis. Una banda de cofrades muy poderosa en algunos *lager*.

—¿Cofrades?

—Delincuentes —dijo como si le pareciera increíble que no lo supiera.

—Cárceles... delincuentes... —dijo Graziano moviendo las manos—. Debería ser lo normal en todas partes, pero en Rusia lo normal es otra cosa.

—¿Son muy peligrosos? —pregunté. El chico asintió—. ¿Se diferencian por sus tatuajes?

—No —dijo intentando masticar un trozo de cartílago—, los tatuajes cuentan cosas de su vida criminal, si han matado policías, si son ladrones, la banda a la que pertenecen.

—¿Son muchas bandas?

—En este campo ahora mismo solo hay urkis, pero antes hubo blatniei y skodi, que se odian a muerte, y estaban todo el día matándose entre sí. En Potma, donde estuve, había de todo. —Sacó las manos para ir contando con los dedos—. Blatniei, urkis, sukas, que eran de los urkis hasta que se hicieron una banda por su cuenta. Los skodi, vitoviki... Estos son carteristas y nadie los toma en cuenta, incluso dicen que se roban entre ellos. Los sektosei, que son pocos, pero muy violentos, y los stukachi, a los que odian todos los otros porque son chivatos de la policía. Todos esos estaban en Potma y en Oranki. Era una locura, como esto al principio, con asesinatos todos los días, pero los mandaron a los *lager* de Siberia. No a todos —dijo mirando con disimulo a la mesa donde aquellos tatuados comían eructando—, pero sí a la mayoría.

Me quedé pensativo durante un instante. No me esperaba que en la Rusia Soviética hubiera delincuentes. Creía que todos estaban ya en el Partido Comunista.

—Olvídate de eso —dijo Graziano mirándome fijamente.

—¿De qué quieres que me olvide?

—De esa idea que se te está pasando por la cabeza de vengar a aquel viejo que no conocías salvo de hablar un par de veces con él.

—¿Cuál? —dije haciéndome el tonto—. ¿El de los lobos?

—Bla, bla, bla... A mí no me engañas.

—Qué va. Eso fue hace más de un mes. No voy a vengar a nadie.

—Más te vale —dijo lleno de dudas volviendo a reanudar su comida de aquel guiso hediondo que el hambre más dura convertía en una necesidad.

Salimos al exterior. Había dejado de nevar, así que se pasó lista, se contó, para volver a pasar lista y recontar. Todo a veinte grados bajo cero. Nos repartieron las palas para quitar la nieve del camino.



—Por cierto —dije mirando a mis dos amigos mientras hundía mi pala en un montón de nieve que se congelaba de forma rápida—. Amigos, ¡feliz Navidad!

—¿Es hoy? —dijo Graziano irguiéndose con su pala clavada al suelo—. *Natale...*

Un perro ladró muy cerca de nosotros, su amo gritó: «*Rabotat!*». «¡Trabajad!». Volvimos a levantar nieve para llenar la carretilla que llevaba Mateo.

Habían ejecutado a treinta y seis *zeks* durante enero. Nadie sabía muy bien el motivo. En diciembre se habían ejecutado a siete u ocho todos los días, así que enero nos parecía tranquilo. Nos habían dejado bañarnos el cuerpo completo con agua caliente, nos afeitaron dejándonos calvos y nos tiraron ese insecticida blanco que parecía ser tan nocivo para los piojos como para mí. Lejía sobre mi uniforme, que ya tenía un color blanquecino.

—¿Qué son esos gritos? —pregunté al salir de la zona de duchas, que no era otra cosa que un barracón sin muebles que rezumaba humedad, hongos y madera podrida.

—Han llegado nuevas prisioneras —dijo Mateo que, junto con Graziano, me esperaban por fuera antes de ir al barracón. No era seguro que nos separáramos— y los urkis les están dando la bienvenida.

—Los guardias fuera fumando —dijo el italiano con un toque de rabia—. *Bastardi*. Algunos estarán dentro también —sentenció.

—Vámonos... No quiero saber nada —dije intentando no mirar para la sección de las mujeres.

Entramos en el barracón justo cuando dos guardias sacaban el cuerpo ensangrentado de un prisionero que había llegado aquella mañana. No le había dado tiempo ni de dormir en su saco de paja sucia.

—¿Qué le pasó a ese? —dije a uno de los guardias, un tipo de unos sesenta años que vino en su época a levantar el campo y cuando lo terminó lo metieron en él como prisionero a cumplir ocho años de prisión. Ahora era guardia.

—Uno de los urkis perdía a las cartas y se jugó la ropa de este desgraciado. Cuando se la quisieron quitar se resistió.

Nos sentamos junto a la estufa. No había ganas de hablar. Los chillidos del barracón de mujeres los traía el viento y los urkis jugaban a las cartas dando voces. Cuando llegaban otros, presumían de forma escandalosa de todo

lo que habían hecho con las mujeres. Uno de ellos comenzó a masturbarse, como si estuviera solo, los otros no dijeron nada. Los cofrades, los delincuentes, eran como animales, no conocían la contención, ni el pudor en ningún tipo de ámbito.

La puerta se abrió para que un cabo se asomara.

—Santiago Durán —dijo con una pronunciación casi inteligible—, a declarar.

Extrañado, lo seguí por el nevado *lager*. El cielo estaba completamente negro, ni una estrella, solo oscuridad. Veinte grados bajo cero y las cinco de la tarde. Las ventanas de los barracones estaban iluminadas, nadie fuera. De algunos se oía sonar una balalaica, tenía que venir del de los guardias. Un preso no podía tener cosas propias, todo lo que no cupiera en un bolsillo y no fuera una escudilla era propiedad de los urkis, así que imposible que un instrumento no acabara en manos de aquellos criminales.

Entramos en lo que era la jefatura del campo, o al menos eso ponía en una tabla al lado de la puerta. Una chimenea en la que ardían varios troncos, además de dos estufas, hacía que hiciera calor allí dentro. Varios soldados en camisa intentaban sintonizar una radio. Nos miraron entrar y nos dijeron un lacónico: «Que pase dentro». Entré solo, mientras mi acompañante se unía a sus camaradas con el asunto de la radio.

—Cierre la puerta —me dijo Malenkov desde la silla de su despacho— y siéntese.

Yo me quité la gorra orejera, me la puse sobre la rodilla y me repantigué en la silla frente a la mesa. Ya lo conocía. Había estado allí dos veces la primera semana después de la cuarentena. Me pareció un borracho casi analfabeto, un cantamañanas lleno de arrogancia, incapaz siquiera de transmitir la más mínima presión en los interrogatorios de cuatro preguntas que hacía. Estaba hundido en su silla giratoria. Alto, pelo corto a escalones, gafas, perilla recortada, una mancha en el uniforme. Sobre la mesa, delante de él, tenía la misma carpeta amarilla que me enseñó al principio con la declaración que tenía que firmar con todos mis crímenes, la renuncia a mi nacionalidad y demás zarandajas que no firmé en la Lubyanka.

—No pienso responder a nada —dije nada más ver sus ojos estúpidos clavarse en los míos— ni firmar nada.

—Ha mejorado tu ruso —dijo asombrado—, tiene mucho acento, pero lo habla con soltura.

—Ya ve, es que vine a Rusia para aprender el idioma.

—La verdad es que no le llamo para que firme nada, a menos que de una vez quiera ser libre.

—¿Libre de dónde? —Puse los ojos en blanco—. Entonces...

La puerta que supuse que daba a su estancia se abrió para dejar salir al viejo conocido que había visto desde la ventana del hospital. Allí estaba delante de mí, con su uniforme de oficial soviético, aquella mirada de loco que siempre tuvo.

—Le queda bien el uniforme, *herr* Alfred Ott —dije en alemán intentando sonar amenazante—, es como de las SS, pero distinto. Dos tipos de ropa absurda para el mismo payaso.

—Pero yo estoy en este lado del campo y tú en ese, español —dijo mostrando una fea sonrisa.

—Sí, qué poco cambian las cosas.

—¿Poco?

—Sí, tú vuelves a estar en un ejército y yo en otro. Vuelves a creer que tienes autoridad sobre mí y no la tienes. Vuelves a querer darme miedo y no me lo das. Una cosa sí que no cambia: sigues haciendo el ridículo.

Se sentó en la mesa, cogió una botella de vodka para servirse un trago en un pequeño vaso. Supe que estaba conteniendo la rabia que lo quemaba por dentro. Uno de los ojos le brillaba, pero no de lágrimas.

—¿Cuándo te hiciste comunista? —No me respondió—. ¿En la Lubyanka? Seguro que no —sonreí burlón—. Creo que fue cuando te detuvieron. Posiblemente ocultaste tu uniforme para colocarte ropa civil. O igual no hizo falta. Sabías que los comunistas tendrían tu ficha, así que te chivaste de todo el mundo y, como premio, este uniforme de mono.

—¿Dónde está la judía? —me espetó de repente. Con la luz de la lámpara de mesa me alumbró en la cara. Eso sí que me sorprendió.

—A ti qué más te da —le respondí sin saber que más decirle. Aquel hombre seguía odiándome por aquello, pero es que además pensaba que seguía en 1942.

—¿Sabes?, algún día la encontraré y mientras estás aquí pudriéndote, le meteré la cabeza en una bañera llena de agua y, mientras se asfixia, la violaré por detrás para que se muera contenta. Después convertiré su cuerpo en estiércol para plantar en mi huerto en Sachsen una buena ración de patatas que recolectaré con cuidado para traerlas aquí, mearme encima de ellas y obligarte

a comerlas.

—¿*Sachsen*? —Mascando odio, cambié de tema—. Tú no volverás a Alemania. Eres tan prisionero aquí como yo.

—Eso por ahora, pero ya se está organizando una Alemania comunista en la parte controlada por los rusos. ¿Quién crees que va a organizar esa nueva república?

—Sí, hombre —dije sin creerle nada de lo que decía—. Además, llegas tarde con el asunto de la judía. Murió en el 42.

—No te creo.

—Tifus.

Me miró en silencio, sosteniendo la mirada, como si tratara de leerme el pensamiento o ver alguna debilidad en mí que le indicara que era mentira.

—La diferencia entre tu situación y cuando tenías un batallón de exterminio —dije en ruso recobrando la atención de un abotargado Malenkov— es que en esa época tenías libertad de ir por ahí matando civiles y enemigos, no tenías que pedir permiso porque ya lo tenías. Si te apetecía matar a alguien, que estuviera desarmado por supuesto, pues lo matabas y ya está. ¡Pam! —Di un golpe sobre la mesa—. ¡Muerto! Pero ahora ustedes dos saben que a los soldados extranjeros los necesitan en Moscú, somos demasiado valiosos para su propaganda. Necesitan, quieren nuestra firma aceptando el paraíso soviético, renegando de nuestros países burgueses. Si ustedes nos matan, ustedes acabarán con un tiro en la nuca en los sótanos de la Lubyanka. Saben que lo que digo es verdad.

—¡Cómo se atreve! ¡Fascista de mierda! —dijo Malenkov poniéndose de pie, pálido como la nieve—. Le mandaré a una celda de castigo y va a saber lo que es salir con las piernas congeladas.

Ott le tocó el brazo para acercarse a su oreja. Le dijo algo al oído que no supe qué era. Si llego a saberlo, los hubiera matado a los dos allí mismo.

No fui a ninguna celda de castigo. A las seis de la mañana me levantó el mismo golpe metálico de la viga colgada que a todo el mundo. Formé como uno más. Después de visitar el retrete y desayunar el mismo pan sin cocer de todos los días, formamos la fila de «a cinco» para iniciar nuestro camino de una hora hasta el bosque interminable.

—¡Alto! —dijo un sargento con un abrigo que le cubría desde las orejas hasta los tobillos—. ¡Mateo Ruiz Olavide! ¡Salga de la fila! ¡A declarar!

El muchacho puso cara de extrañeza, se encogió de hombros.

—No será nada —le dije—. Son unos pesados.

—Mejor. Así te libras de tanto cortar árboles congelados —dijo Graziano.

El chico asintió con la cabeza y nos deseó suerte.

Ese día cazamos un conejo, fue casi de casualidad, pero dimos buena cuenta de él en una pequeña brasa. Prácticamente, menos la piel y las vísceras, el resto nos lo comimos todo, incluso trituramos sus huesos con los dientes. La piel la intentamos tostar para comerla churruscada, pero aquello no tenía sabor, solo era pelo quemado. Cortamos los árboles que pudimos y vimos cómo un cofrade mataba a un tipo de un hachazo en la cabeza. Fue brutal, como toda pelea en el gulag. Podían empezar de muchas maneras, pero siempre acababan con una muerte a manos de un cofrade.

Se hizo de noche a las cuatro de la tarde, pero hasta las nueve no paramos de trabajar e iniciamos el regreso al *lager*. La misma fila, la misma hora de caminata, el mismo cansancio. Monastirka se elevaba delante de nosotros con sus torretas y sus alambradas iluminadas. Era como una especie de dentadura donde solo hubiera colmillos.

—Han ejecutado a alguien —dijeron al principio de la fila.

—Qué novedad. —Sarcasmo en otro.

—Sí, pero a este lo han colgado.

Un perro saltó dando una dentellada tan cerca del que había hablado, que el hombre dio un chillido. Seguimos caminando. Sí, allí estaba, justo en la misma entrada, colgando de una cuerda. El cuerpo desnudo de Mateo se movía mecido por el viento invernal entre los retratos de Lenin y Stalin. Quedé clavado en el suelo mientras la columna pasaba alrededor.

El cuerpo del muchacho estaba congelado, por lo tanto, había sido por la mañana. Tenía la expresión agónica de cuando todavía se ahogaba. Su cuerpo, lleno de hematomas, hablaba de una paliza y los cortes, de terribles torturas. Le cortaron trozos de carne solo para hacerle sufrir. Lo habían castrado. Aquello era horrible, malvado.

—¡Pobre muchacho! —dije en voz alta, sin darme cuenta de que toda la columna ya había entrado y estaba formada para pasar revista antes de la cena. Graziano vino a buscarme, tiró de mí.

—Vamos, te van a matar —dijo con voz cenicienta.

—Nos lo han matado, Graziano —dije mostrando resistencia a moverme. Graziano asintió sin querer mirar—. Míralo —dije colocándole las manos en

la cabeza para que viera cómo lo habían castrado.

Dio un quejido doloroso. Las lágrimas brotaron del rostro del siciliano congelándose al mojarle el cuello del abrigo. Tiró de mí dándome la vuelta para llevarme lentamente hacia la columna que me esperaba. Intenté darme la vuelta, pero no me dejaba. Hice fuerza, me agarró la cabeza.

—¡Ya está! —repetía nervioso—. No mires, déjalo, ya no podemos hacer nada.

Vi cómo los guardias en la torreta miraban con sonrisas llenas de sadismo. Me di la vuelta para mirar. Chillé con rabia tanto que me dolió la garganta, incluso los pulmones me ardían con el aire frío que entraba en ellos. Los guardias me miraban sin atreverse a acercarse, pedían permiso para disparar, no recuerdo bien. Se me nubló la vista de repente y cuando la volví a recuperar estaba en una celda de castigo. Pero la furia no cesó ahí. Durante horas grité enloquecido: «¡Te mataré, Ott, ten por seguro que te mataré!». Mis gritos se oían en aquella noche negra, en un gulag donde, por una vez, hasta los más siniestros demonios guardaron silencio ante mi rabia.

Mi uniforme me quedaba todavía más grande cuando salí. Era primavera, se notaba en la luz más que en el calor. El guardián que me abrió la puerta me dio el recado de Malenkov de que Ott se había ido hacía semanas y que no buscara problemas. Asentí ante la cobardía de aquel inútil jefe de campo. Caminé fuera de aquel cubículo en el que había estado encerrado al menos un mes para encontrarme un recibimiento especial. Graziano estaba con dos hombres que me miraban fijamente. Eran prisioneros, ambos con uniformes divisionarios. Me fui acercando mirándolos con curiosidad. El italiano me dio un abrazo. Uno de ellos me sonaba mucho. ¿Dónde lo había visto? ¡Claro, Krasni Bor!

Me cuadré para saludar al teniente Rosaleny, al cual conocí en aquella pequeña ciudad rusa en la que paramos a cuarenta mil rusos.

—A sus órdenes, mi teniente.

—Descanse, sargento —dijo con satisfacción—. Me alegro de verle.

El otro era un guripa que me saludó con un «a sus órdenes, mi sargento». Se llamaba Manuel Braganza. La verdad es que no lo había visto nunca, pero por lo que me contó, lo capturaron en el 42. Así que un veterano del gulag.

—Más me alegro yo de verlos —dije para añadir sin querer ser egoísta—: Por supuesto ojalá fuera en otras circunstancias, pero ya pensaba que no vería a ningún divisionario por aquí.

—Pues aquí estamos —Rosaleny señaló a Graziano—. Me comentó el camarada que usted estuvo en la Lubyanka.

—Sí, más de un año. ¿No me diga que usted también?

—Sí, fui inquilino de ese hotelito soviético.

Caminamos hacia el barracón comentando nuestras experiencias como si fueran historias de la mili en España. Antes de entrar les pregunté:

—¿Saben si mi hermano el sargento Miguel Durán está prisionero? Desapareció en Krasni Bor y no volví a saber de él.

—Siento mucho oír eso. Yo he visto pocos *lager* —dijo Rosaleny negando con la cabeza—, pero aquí Braganza ha estado en varios.

—Conmigo no ha coincidido, la verdad —respondió él, y al verme el desánimo en los ojos, añadió—: pero no desespere, sargento, siempre llegan noticias de españoles en otros campos. Creo que estamos todos desperdigados por los cuatro confines del gulag.

La camaradería duró poco. Malenkov recibió al día siguiente el informe de que Rosaleny se negaba a trabajar por aplicar la Convención de Ginebra, que no obligaba a los oficiales a hacerlo. El burócrata lo envió a la misma celda de castigo de la que había salido yo. Nunca lo sabré, pero creo que aprovechó para quitarme de en medio, demasiados españoles juntos. Un mañana de marzo, después del desayuno, antes de salir a trabajar, leyeron una lista de cuarenta nombres que debían subir a dos camiones en la entrada. Graziano y yo subimos con la duda de si se trataba de ir a otro «Campamento b», pero no fue así. Aquel veinte de marzo de 1946 salimos de Monastirka para no volver nunca.

## 18. Koljov

Marzo de 1946

—¿De dónde sales tú? —dijo mientras me escuchaba los latidos del corazón con un fonendoscopio.

—Monastirka —le respondí a aquella muchacha como si eso lo explicara todo.

—Los otros también vienen de ahí, pero no están como tú —dijo aquella doctora.

—Estuve en una celda de castigo durante un mes.

—¿Un rebelde? —Hizo su pregunta retórica aquella mujer joven con un uniforme médico rigurosamente soviético—. Esto es un koljov dirigido por el Komsomol. No nos gustan los zánganos ni los rebeldes.

—Soy español —dije sonriendo—, así que, si la URSS no me quiere, solo tiene que decírmelo y me voy enseguida.

—Aquí vienes a reeducarte y pagar por tus delitos. Creo que deberías aprovechar el tiempo y no meterte en líos. Esto no es un *lager*, es una granja del Estado, no hay alambradas, ni torres de vigilancia, ni tampoco celdas de castigo. Solo hay trabajo y trabajadores soviéticos, agricultores que se esfuerzan para cumplir la cuota. No son prisioneros, ni han hecho nada malo para sufrir su violencia. Pórtese bien y el tiempo que pase aquí será bueno para usted.

Una granja como aquella, en cualquier lugar del mundo, hubiera sido una ruina total y absoluta. El arado roturaba la tierra tirado por un caballo. Había visto tres tractores en el interior de uno de los establos, pero solo uno de ellos funcionaba, me dijo uno de los campesinos que estaban esperando al mecánico desde la anterior cosecha. Yo agarraba con firmeza a aquel caballo tordo que, acostumbrado a trabajar, arrastraba aquel trozo de metal que creaba un largo surco tras de mí. Unas treinta *mamushkas* se afanaban en plantar las semillas en la tierra abierta. Aquellas campesinas rusas, de pañuelo en la cabeza, trajes de gruesa tela con delantales, se afanaban como abejas laboriosas para intentar algo que a mí me parecía imposible, plantar la inmensidad de terreno



en unos días. El caballo, dócil, avanzaba sin apenas dirigirlo. El día soleado, el cielo azul con alguna nube de calor. Un niño con la ropa hecha jirones, remendada miles de veces, se me acercó a ofrecerme un odre con agua del cual bebí mientras él, de seis o siete años, miraba con el ojo derecho cerrado para no deslumbrarse con el sol. Le sonreí al terminar y él me devolvió la sonrisa.

Graziano y un prisionero que se llamaba Oleg consiguieron reparar uno de los tractores durante la tarde bajo la atenta mirada de dos chicos que cumplieron muy bien su labor como asistentes. Fue toda una fiesta cuando los campesinos oyeron rugir aquel motor. Risas y vítores a los mecánicos. Dos tractores podrían hacerles cumplir la cuota. Ellos también la tenían, unas cuotas que, como la de los presos del gulag, eran casi imposibles de llevar a cabo. Pero la amenaza de la deportación era constante.

En junio llegaron camiones descubiertos con decenas de jóvenes cantando himnos patrióticos. Saltaron de los vehículos y repartieron consignas y una bandera roja que sustituyó a la descolorida que estaba en lo alto del edificio principal. Eran los chicos del Komsomol, la organización juvenil del Partido, que venían para ayudar en la cosecha durante los meses de verano. Eran chicos de ciudad, que apenas sabían nada de agricultura, como nos dijeron. Tenían que hacer aquello o la Unión Soviética sería invadida por ejércitos capitalistas que estaban esperando cualquier gesto de debilidad para esclavizar a todos los rusos.

Además de optimismo revolucionario a prueba de desaliento, aquello no era un ejército solo de jóvenes recolectores, sino también de propagandistas que, con fanatismo, difundían los dogmas comunistas en autos de fe representados como obras de teatro. Incluso trajeron un pequeño cinematógrafo que, con una sábana, instalaron en el establo que servía de alojamiento para ellos. Era la gran atracción para los campesinos, que miraban asombrados aquellas películas rusas, llenas de claros y oscuros, personajes caricaturescos, malvados viejos capitalistas y bondadosos jóvenes comunistas. Recuerdo que algunas eran entretenidas, aunque como decía Piotr, un antiguo soldado purgado el mismo día que acabó la guerra, podía decir quién era el malo antes de empezar y cómo iba a terminar.

Un día pusieron un reportaje que nos dejó en silencio a todos. Auschwitz-Birkenau. Aquel día de finales de julio fue la primera vez que oí hablar del holocausto. Las imágenes eran terribles, tanto que no podían ser

mentira. La filmación era larga e hizo que el silencio se pudiera cortar en una maraña de humo de cigarrillos que también trajeron los jóvenes. No solo eran las largas secuencias de miles de cadáveres sin enterrar en vagones de tren o fosas comunes, sino las de alemanes cargando los cadáveres para enterrarlos. Pero tal vez la que más me confirmó que todo aquello era cierto fue la parte en que americanos e ingleses obligaban a ver las mismas imágenes a militares del ejército alemán y estos mostraban un arrepentimiento sincero, pero no sorpresa, solo culpa y vergüenza, como si en el fondo lo supieran.

—No puede ser. Es propaganda de los rojos —dijo Graziano cuando salimos rumbo a la isba donde nos acogía una familia junto con dos presos más, uno de ellos húngaro y otro ruso—. Esos fetos metidos en botes, esos bebés... Nadie puede ser tan malo.

—¿Crees que si contáramos lo que hemos visto en Monastirka nos creerían? —le pregunté.

—No compares con lo que hemos visto en esa película.

—Graziano, no comparo nada. Solo que esa fosa común era prácticamente igual. Pero ¿sabes?, creo que nadie nos creería, nos llamarían mentirosos y dirían eso de que nadie puede ser tan malo. —Me miró callado.

—Todo es cierto —dijo detrás de nosotros Gabor Dibusz, húngaro, prisionero del gulag capturado por el NKVD en marzo de 1945. Lo miramos con curiosidad—. Yo estuve en Auschwitz dos veces, ayudando a la Resistencia a sabotear el campo.

—¿Dos veces?

—La primera vez fui para ayudar a formar a un grupo de defensa, enseñar sabotajes, fabricación de explosivos con materiales caseros, armas y todo eso. Cuando pensé que mi trabajo estaba hecho me evadí, pero mi organización me obligó a volver. Desde el interior del campo necesitaban gente con experiencia para una revuelta.

—¿Es como se ve en las imágenes?

—Aún peor. Las imágenes muestran un cadáver, silencioso, callado, tranquilo... La realidad es ver cómo agoniza entre chillidos.

—¿Las cámaras de gas? ¿Los hornos crematorios? —preguntó Graziano.

—Vi entrar por un lado pueblos, barrios enteros, y en una hora salían por las gigantescas chimeneas convertidos en ceniza.

—¿Cómo es que sobreviviste?

—Los rusos liberaron el campo.

—¿Y qué haces aquí? —pregunté temiendo la respuesta.

—Al NKVD no le gustó que yo perteneciera al Arma Krajowa, la resistencia polaca, además de una juventud anarquista en Budapest que me llevó a buscar refugio en Varsovia, de donde eran mis abuelos maternos. Acabé en la Lubyanka y, por lo demás, similar a lo vuestro.

La cosecha se completó a golpe de hoz. No hubo cosechadoras y creo que mejor fue así, porque casi la mitad del grano plantado no llegó a germinar. Un campesino de los más viejos conducía una pequeña camioneta. Llevábamos un saco de grano a un orfanato cercano.

—A pesar de las celebraciones, la mitad de la cosecha se ha malogrado —dije mientras miraba la rectilínea carretera, como si en realidad me importara algo de todo aquello.

—En esta zona nunca se había plantado cereal, sino rábanos, coles y remolacha. —Dibusz movía el volante dando pequeños bandazos y pisaba el acelerador como si fuera una carrera—. Pero desde la Revolución se implantó la cuota obligatoria de cereal. Nadie ha podido convencer a los de Moscú, ni tampoco nadie dirá nada, ya que los primeros diez directores que tuvimos acabaron en un gulag muy lejos o con un tiro en la nuca, nadie lo sabe.

—Pero no cumplís la cuota de todas maneras —le pregunté encogiendo los hombros—. Estáis en la misma con respecto a los burócratas.

—Desde que esto lo lleva el Komsomol no ha habido problemas.

—¿Por ser el Partido?

—Todo es el Partido.

—¿Entonces?

—Porque se inventan las cifras, envasan el maíz en sacos más pequeños, pero con el sello de cien kilos. Cuando llegan a Leningrado, los cuentan, multiplican y las cifras coinciden con la cuota, sin darse cuenta de que cada saco pesa en realidad cuarenta kilos.

—¿Cómo es posible que no se den cuenta?

—Claro que se dan, pero hacen la vista gorda, ya que, si nosotros caemos, podrán caer otros y, como fichas de dominó, acabar llevándolos a un gulag en la Kolymá.

Por el camino me explicó los distintos trucos que inventaba todo el mundo para engañar con la cuota. Me pareció todo muy útil y vi cómo la picaresca rusa podía ser tan elaborada como la española. Aquel viejo de largos bigotes blancos me simpatizó mucho, en realidad ya tenía mucho cariño

al pueblo ruso cuando lo conocí como divisionario y ahora se lo volví a coger como prisionero.

Llegamos a un edificio de tres plantas, cuadriculado y de ventanas rectangulares como nichos en cementerio. En la entrada, un cartel con un dibujo de Stalin sentado en un sillón, rodeado de niños. De aquel lugar parecía que era lo único que estaba limpio, por lo demás, un patio lleno de tierra y maleza y una puerta de dos hojas abiertas que se movían tímidamente por la brisa veraniega.

—Te toca bajarlo a ti —me dijo el viejo riéndose.

—De acuerdo —sonreí—, pero no sé si podré con un saco de cien kilos.

—No tardes, que los del Komsomol quieren hacer una fiesta de la cosecha al atardecer.

—Son las once de la mañana, creo que incluso llegaremos a comer.

Me cargué el saco a la espalda. Era pesado, pero era trabajo duro, lo conocía bien. En el koljov se trabajaba de sol a sol, muchas veces en trabajos sin planificación e inútiles, pero las raciones de comida eran buenas y no se racionaba el agua. Había ganado peso y fuerza, pero no gracias a la URSS. Había sido por aquellos campesinos que me habían salvado compartiendo su comida, ya de por sí escasa.

El edificio parecía vacío, un mostrador de recepción donde no había nadie. Pasillos oscuros, se oía el viento ulular por ellos. Una foto de un Lenin casi bizco me observaba al lado de un reloj que daba los segundos con un sonoro clac.

—¿Hay alguien? —grité.

No hubo respuesta, así que me cargué el saco a la espalda para seguir un cartel que con una flecha indicaba dónde estaba la cocina. El pasillo iluminado por las ventanas de habitaciones también vacías que daban a él. Un pequeño sonido, como un arrastrar de pies muy leve. Paré, no había duda de que alguien estaba detrás de una puerta entreabierta a mi derecha.

—¿Hola?

Ni media palabra, así que empuje la puerta. La habitación sumida en las sombras, oscurecida por unas ventanas que suponía tapadas, pero allí dentro había algo. Notaba algo vivo, que se movía. ¿Un oso? Pensé en irme, traje el saco, ya había cumplido, pero no pude evitar la tentación de buscar en la pared junto a la puerta el interruptor con forma de mariposa que apareció ante mis manos. Lo giré para encender las diez bombillas de aquella sala. No debí

hacerlo.

Una sala llena de cunas con barrotes apareció delante de mí. No sé cuántas había, tal vez veinte, puede que cincuenta. Mis ojos no se fijaron en el número de ellas, sino en los ojos de los niños que estaban dentro mirándome en silencio, callados, inexpresivos, niños de dos, tres y cuatro años que, sin decir palabra, me miraban sin más. Caminé entre las cunas. En algunas había tres juntos que se agarraban a los barrotes para seguirme con la vista. No había juguetes, no había nada más que silencio.

—*Privet*. Hola —les dije tímidamente y repetí en voz alta.

Ninguno respondió, ni cambió la expresión. Vi que algunos estaban manchados con heces secas, había uno con sangre de rascarse en la oreja. Otros tenían pequeños hematomas o costras en la piel. Intenté acariciar a uno de ellos en la cabeza, pero de forma rápida, en silencio y sin cambiar la expresión, todos se movieron hacia la esquina contraria huyendo de mí. Muchos tenían la boca abierta con la lengua blanca reseca llena de llagas, marcas de mordeduras de insectos en los cuerpos.

—¿Qué hace usted aquí! —dijo desde la puerta la voz de una mujer.

Me di la vuelta para ver a una mujer alta, delgada y de ojos saltones con una mirada que me hubiera cohibido si no fuera por lo que acaba de ver.

—¿Qué sitio es este?

—Un orfanato, como pone en la entrada —dijo con irritante voz de pito—. ¿Qué haces aquí? ¿Quién eres? ¡No puedes estar aquí! —Me tiró del brazo para sacarme al pasillo—. Estás molestando el descanso de los niños.

—Son las once de la mañana, ninguno duerme —acerté a decirle.

—¿Eres del koljov? —dijo al ver el saco de cereal apoyado contra la pared.

—¿Por qué no hablan? ¿No lloran? —dije desde la puerta mirando sus caritas que seguían mirando sin expresión.

—Aún no han aprendido. —Con un rápido gesto apagó la luz y cerró la puerta como si tirara una tumba de oscuridad sobre aquellos niños—. Ahora márchate.

—¿Por qué les apaga la luz?

—Márchate o tendrás problemas, *zek* —sonrió con maldad.

El viejo me miró cuando entré en el camión, yo evité mirarlo.

—Entraste dentro. —Asentí—. ¿Los viste? —Asentí—. Pues eso es la Revolución Socialista y su gran monstruo que es la URSS, no hay nada que lo

resuma de forma más clara.

Volvimos en silencio, yo concentrado en el paisaje, en aquellas llanuras interminables con bosques en la lejanía, mientras apretaba el puño con rabia.

Ese atardecer después de la cena, mientras los jóvenes representaban una de sus estúpidas obras de teatro, regresé a aquella mesa de escritorio en una mansión victoriana, cogí la misma pluma para escribir.

*Queridísima Bosem:*

*Cuida mucho a nuestro hijo, quíerele mucho, sé que lo haces, pero no permitas que viva sintiéndose despreciado. No le hables de mí, no quiero que crezca bajo la sombra de un padre que no sabe si está vivo o muerto, que su referencia sean los vivos, no los muertos. Que hable y que ría, que no llore, que no viva lleno de culpa ni remordimiento. Dile que he muerto, tal vez es lo mejor para que pase la página de un padre al que no conocerá. Si no les has hablado de mí, o le has dicho que su padre es otro, creo que ha sido lo mejor. Sea lo que sea, quíerele muchísimo, como tú sabes querer.*

*Esperando que puedas perdonarme.*

*Santiago*

## 19. Tshaika

Enero de 1947

Los camiones surcaban aquella carretera monótona que era la única porción de terreno en muchos kilómetros a la redonda que no estaba cubierta de nieve. Dentro del camión nos acurrucábamos veinte *zeks* temblando de frío. Cuando salimos del koljov, nos dijeron que sería un breve recorrido en camiones hasta llegar al gulag de Tshaika, pero diez horas de trayecto en pleno enero eran una prueba de resistencia a nuestros cuerpos que nos hacía recordar con nostalgia las cálidas isbas de los campesinos y sus confortables suelos de madera. Pero en Rusia no hay nada que sea sencillo y en el mundo del gulag todavía menos.

El convoy paró en mitad de la nada, solo un grupo de guardias del MGB rompían la inmensa soledad del lugar. Cuando los camiones frenaron, aquellos hombres rápidamente abrieron las puertas del camión mientras los perros que llevaban ponían las orejas en alto, nos miraban nerviosos enseñándonos los dientes.

—*Dabai! Vniz!* ¡Vamos! ¡Abajo!

—¡En fila de a cinco!

Volvíamos a estar en el gulag. Nos repartieron trozos de pan húmedo por la nieve, que comimos en formación.

—Coméoslo, no habrá otra cosa hasta llegar a Tshaika. Quien quiera agua, que beba nieve —dijo un guardia a través de su pasamontaña.

La ventisca comenzó cuando llevábamos dos horas de caminata. No había dónde pararse, ni tiendas, ni agujeros en el suelo, ni por supuesto refugios. La única opción era seguir caminando y el sálvese quien pueda. La ventisca duró tres horas para dejar paso a una noche oscura llena de nubes grises como un velo mortuorio. Aquel viento y sus briznas de nieve volando sobre nuestra cara no fue lo peor. Tras él no vino la calma, lo que llegó fue la congelación.

Comenzaban los rezagados. La columna no podía ir más deprisa, a pesar del uso del látigo. Los perros, mareados por el frío, bastante tenían con no

morir congelados como para ocuparse de aquellos humanos que iban en aquel rebaño. Miembros congelados, sobre todo dedos que eran amputados con tenazas en las continuas paradas que mandaba el jefe de patrulla. Los alaridos mezclaban el inmenso dolor con el pánico atroz con que aquellos hombres veían caer sus dedos negros sobre la nieve.

Teníamos que cargar a los heridos, turnarnos de dos en dos, para evitar que muriesen cuando se reanudaba la marcha. Graziano señaló a una veintena de metros detrás de nosotros, un grupo de lobos miraba con avidez al final de la columna. Un guardia disparó al aire y la jauría se dispersó. Ya habría otra ocasión.

Y la hubo. Atacaron una hora después, de golpe, por sorpresa y por la retaguardia de la fila. Una jauría de más de veinte nos hizo correr en desbandada a toda la columna. Los guardias disparaban al aire, nerviosos, sin ver a las bestias, siendo empujados por sus perros que tiraban de ellos nerviosos. Los lobos, tres muertos y seis heridos graves que fueron rematados. Al final la jauría tendría su almuerzo.

Doce horas después de comenzar a caminar llegamos a un pequeño gulag con un monasterio en el medio y un muro de cemento que lo rodeaba. Era como un dibujo de una ciudad medieval hecho por un niño. Solo distorsionaban las seis torres de vigilancia con los reflectores encendidos y la imagen de Stalin en la entrada bajo el cartel de madera con la palabra Tshaika grabada en rojo sobre fondo negro.

Miré el despacho del jefe del campo o *Nachelniklager* Salenko, un lugar espartano, una mesa, unas sillas, un busto de Stalin en escayola pintada al lado de un teléfono cuyo hilo serpenteaba por la pared hacia la puerta, la chimenea negra sobre unos ladrillos reflectantes. Todo encajaba en una especie de oficina provisional en lo que tenía que haber sido durante siglos una celda monástica en un convento de frailes ortodoxos.

Salenko miraba la carpeta con mi documentación. En el mes y medio que llevaba allí no me habían molestado con interrogatorios. Yo esperaba que no viniera con esa monserga y estropeará la idea que tenía de su forma de dirigir aquel pequeño *lager*. Su cara estaba envejecida, pero no creo que tuviese más años que los que tendría mi hermano Miguel. Su pelo rubio refulgía peinado hacia atrás, un bigote bien arreglado de un amarillo que bordeaba el naranja destacaba sobre una piel muy clara, los ojos grises brillaban en una mirada dura, pero llena de inteligencia.



En lo poco que llevaba allí me di cuenta de que la extrema dureza que Salenko aplicaba ante cualquier falta había hecho que los cofrades no tuvieran poder en el campo. Se fusilaba a cualquiera por cosas que en Monastirka eran habituales de los urkis. Allí las bandas criminales eran desmontadas a golpe de pelotón de ejecución, lo cual hacía que la vida del campo para el resto de los *zeks* fuera mucho más llevadera. Los médicos eran también mucho más generosos a la hora de dar permisos a enfermos para que se recuperaran, y la ración de pan era mayor.

—Es usted español —dijo mirándome. No respondí, estaba claro que no era una pregunta.

Guardé silencio, esperando a ver por dónde salía. Fuera escuchaba el viento chocar contra las gruesas paredes del antiguo monasterio.

—¿Dónde está Adeje?

—En el sur de Tenerife —contesté para añadir—: Tenerife es una isla, de las Canarias...

—Lo sé —carraspeó para levantarse—. Yo estuve en vuestra guerra civil, asesoré a Negrín que era de Canarias.

Asentí.

—Piensa firmar.

—No.

—Sabe que España es el único país anticomunista declarado del planeta. Stalin no va a repatriarlos nunca. Ustedes son la única pieza que tiene para humillar a Franco y no la soltara. Lo siento camarada, pero morirán en Rusia —Me miró, mientras yo guardaba silencio. Negó con la cabeza para añadir con un cierto pesar—. Piénselo y no muera aquí. Retírese.

A principios de mayo empezó a hacer calor, treinta grados en su caluroso mediodía. Cortábamos árboles que lanzábamos al río para que la corriente los llevara a los aserraderos, nada nuevo bajo el sol. Salvo que allí estaba en una partida de trabajo formada por italianos, casi la mitad de los *zeks* de Tshaika eran italianos. Así que cuando aquel tres de mayo, al volver del trabajo, se leyó una lista con los nombres de los doscientos italianos diciendo que quedaban exentos del trabajo, todo el mundo supo de qué se trataba.

—*Torniamo a casa!* —exclamó Graziano dándose un abrazo con un napolitano en la algarabía propia de los que ven próximo el fin de la pesadilla.

Mentiría si dijera que no sentí envidia. Los veía felices. Soñaban con la

vuelta a casa, recordaban los dos o tres años que habían pasado desde que fueron capturados. Ellos habían recibido cartas de sus familias, ocasionales, esporádicas, pero al menos sus familias sabían que seguían vivos. Creo que los españoles éramos los únicos combatientes extranjeros que no podíamos tener correspondencia.

—Seguro que te repatrían pronto —me dijo Graziano junto a los camiones en el patio que los sacarían del lager por la mañana.

—Ojalá —dije sin creérmelo.

—Verás que sí, olvida ese drama español y recuerda lo que te dije.

—Que en Sicilia tengo una casa.

—Por supuesto que sí, quiero que vayas —me dijo con un deje de emoción que se me contagió.

—Me voy a sentir muy solo, la verdad, pero me alegro muchísimo de que salgas de aquí.

—Y tú saldrás también y pronto. —Se llevó el dedo índice a la cabeza—. Estate tranquilo. Cuando tenga la primera oportunidad mandaré una carta a tu familia, la dirección no se me borra.

Durante toda la mañana la había memorizado, repitiéndomela decenas de veces. No le dejaban sacar nada que no fuera lo que llevaba puesto, así que no podía llevar nada escrito. La memoria era su único recurso.

—Te lo agradezco mucho.

—No hay que agradecer. Les diré que sigues vivo y dónde estás. También mandaré la carta a la embajada en Roma. Como si tengo que ir yo personalmente a llevársela.

—Gracias —dije conteniendo las lágrimas.

—¿Quieres que envíe alguna más? —preguntó ladeando la cara, como esperando la respuesta que ya conocía.

—No —dije mordiéndome la lengua.

—Vamos, puedo hacerlo.

—Ella no sabe nada de mí.

—Por supuesto, nadie lo sabe, pero ahora es el momento.

—Ella vive en América, aunque no lo sé con seguridad, no sé dónde puede estar, ni siquiera cómo será su vida o ni siquiera si le importará que yo siga vivo o no. No lo sé.

—¿Bosem Blumenfeld? Ese era su nombre y está en América, ¿verdad?

—Sí, pero no pierdas el tiempo. Tú envía una carta a mi casa y otra a la

embajada. Por lo demás nada más.

—Déjalo en mis manos.

Por la mañana me despedí de él antes de salir con mi nueva partida de trabajo. Los camiones se los llevarían cuando estuviera en aquel bosque cortando pinos. Le di un abrazo y le deseé mucha suerte. Volvía a estar solo.

La nueva partida estaba formada completamente por húngaros, gente muy valiente y aguerrida con los que hice amistad, a pesar de no conocer el idioma, pero en aquellos tiempos el alemán era el idioma de todos los desgraciados que habían sido capturados luchando con el uniforme germano. El trabajo era duro, pero no recuerdo Tshaika como un mal lugar. No había fosas comunes, ni prisioneros desnutridos, las bandas de criminales no tenían poder, por lo tanto, no había asesinatos, ni robos ni violaciones. La vida para el preso seguía estando marcada por el cumplimiento de la cuota. No era el koljov, pero tampoco era el horror de Monastirka o de otros *lagers* de los cuales los húngaros contaban sus experiencias.

Nadie supo si por ese buen hacer, o por qué razón, pero a finales de agosto llegaron una decena de vehículos con dirigentes del MGB y purgaron a Malenkov. Recuerdo cuando salió con su guerrera sin los galones de comandante, el rostro sereno, y sin mediar palabra subió a un camión que lo sacó de Tshaika.

El nuevo director sería un tal Serguei Monia, que dio un día de descanso a todos los *zeks* para celebrar el comienzo de su mandato. Al día siguiente cambió a todos los jefes de partidas y nombró a cofrades para esos puestos. Me agenció un pincho hecho con un trozo de lata y un clavo. La paz había terminado en aquel gulag.

En el comedor una lona blanca tapaba los carteles que nos recordaban constantemente la necesidad de cumplir la cuota y delatar a nuestros compañeros. En aquel antiguo refectorio monástico se habían retirado las grandes mesas y las sillas para que el grupo de reeducación que nos visitaba pudiera emitir una película durante aquella gélida tarde de noviembre. Todos los *zeks* sentados en el suelo, los guardias de pie con las bayonetas listas para matar al que se les acercase. En el último mes cinco de ellos habían sido asesinados a cuchilladas por cofrades.

El documental previo a la película era un noticiario que mostraba lo bien que iban las cosas en Rusia y el hambre que se pasaba en todo el mundo. Me llamó la atención cuando vi la imagen de Núremberg. Sonreí al reconocerla,

pero los recuerdos no me trajeron nostalgia, todo aquello era como si lo hubiera vivido otra persona. «Los juicios de Núremberg», dijo la locutora mientras aparecían las letras sobre las imágenes de la bonita ciudad bávara. Mostré interés.

Las imágenes del palacio de justicia, abarrotado de altos jefes alemanes, me impresionó. Todos aquellos prebostes que parecían intocables ahora estaban allí humillados, respondiendo a fiscales de los ejércitos vencedores. Se escucharon las sentencias. «Pena de muerte», decía el tribunal y un jefe nazi agachaba la cabeza. Me resultó indiferente su dolor, ellos se lo habían buscado. Solo esperaba que algún día hubiera un juicio idéntico para el comunismo, y que los creadores del gulag no quedaran impunes.

Pero en un instante, apenas unos segundos, todos mis pensamientos fantasiosos sobre juicios desaparecieron al ver en la pantalla con unos gruesos auriculares y un traje color claro, al pulcro, bien afeitado y elegante Tobías Müller declarando en el juicio.

No había referencia. No decían nada más, si era un acusado o un testigo, ni media palabra. Solo era una especie de planos de distintas etapas del juicio que había durado un año, por las fechas que daba la locutora. ¡Octubre del 46! Aquello había terminado hacía más de un año. ¿Qué hacía Müller en ese juicio? Tenía que asegurarme.

Conseguí que repitieran el noticiario cuando la película sobre la toma de Berlín terminó. Me vieron tan dispuesto y motivado que volvieron a poner aquellos quince minutos de noticias. Sí, era Tobías Müller, eso sin duda. Pregunté a aquellos propagandistas dónde podría conocer todas las sentencias y detalles de los juicios, pero me miraron con suspicacia. Ninguno me respondió y terminé yendo a mi barracón, hecho un mar de dudas.

Si Müller estaba en prisión o colgando de una soga, ¿dónde estaría Bolek? La incertidumbre me llenó la cabeza de historias y preocupaciones. Lo que hasta entonces había sido la tranquilidad de que ella y nuestro hijo estuvieran bien en América ahora era una línea desdibujada por la inseguridad.

¿Habrían llegado a América o el barco se encontró con un submarino? ¿Los capturaron en algún puesto fronterizo y ella terminó en Auschwitz? ¿Müller la entregaría a las SS para salvarse? ¡Dios mío! Me encogía sobre mi camastro de paja pensando en que cualquier cosa podría ser verdad y que no tenía ningún tipo de posibilidad de saber qué había pasado.

No podía saberlo, pero ese día una carta procedente de Italia llegaba a mi casa, mi madre la cogía, extrañada, para llamar a mi padre y a mi hermana Candelaria. Ella no conocía a nadie en Sicilia. Una semana antes había llegado una carta con la misma dirección de remitente al ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid. Semanas más tarde un impetuoso italiano enviaba un telegrama para que fuera publicado en la sección de anuncios por palabras del *New York Times* durante dos meses.

## 20. Potma

Enero de 1948

Me senté en el suelo de aquel vagón lleno de gente, *zeks* silenciosos que miraban cabizbajos intentando que los cofrades no se fijaran en ellos. En aquel gigantesco tren de más de cien vagones los *blatniei* eran los que mandaban. Al menos, ejercían el mando que los comunistas les dejaban. Controlaban la seguridad en los vagones, el reparto de la comida y los castigos. En definitiva, aplicaban el mismo terror habitual en el MGB.

—Hay que pasar desapercibido —me dijo un profesor de violín en Ekaterimburgo—. En el Baikal los vi matar a patadas a prisioneros sin ningún motivo.

—En Oranki —dijo un siberiano con una cicatriz de metralla en la cara — violaron a toda una familia, mujeres y hombres, solo para amedrentar al resto de los prisioneros. Después de matarlos los decapitaron y tiraron las cabezas al patio.

—Son animales —dijo un cura ortodoxo—. No hay alma ni corazón en esos pedazos de carne. Dios no los ha tocado.

—Son enemigos a muerte de los *urkis* y de los *skodi*. En el *lager* de Sudzal coincidieron todos juntos y la guerra fue tan abierta que el Ejército Rojo tuvo que intervenir disparando a todo lo que se movía. Ni los guardias del MGB pudieron pararlos por sí solos —dijo por lo bajo un tipo con acento moscovita.

—En la isla Revolución de Octubre —dijo un armenio— los *sukas* guisaron en dos ollas los trozos de tres *urkis* y se los comieron.

Yo miraba a los *blatniei*, que ocupaban la mitad del vagón. A pesar de que ellos eran diez, el resto de presos nos apiñábamos en la otra mitad. Éramos treinta y seis. Era una relación más que explicable de lo que pasaba en Rusia. Ellos eran lobos, sin duda fieros, nacidos y criados en la violencia, huérfanos de los millones de hombres y mujeres asesinados por la revolución comunista o en las purgas de Lenin y Stalin. Todos tenían tatuajes, algunos ricamente elaborados, con muchos colores, sombreados, mientras otros eran

simples garabatos, dibujos esquemáticos. Recordé los tatuajes de los legionarios que había en la División. ¡Oh Dios mío, dame a tres de aquellos hombres y recupero el vagón! ¡Dame a diez y el tren caminará rumbo a Madrid!

—¡Feliz año nuevo, hijos de puta! —gritó el cabecilla de aquellos tipos —. ¡Feliz 1948! —Dio un trago de la botella de vodka. Se atragantó para escupir el líquido brillante sobre su pecho desnudo, a pesar del viento frío que sentíamos querer entrar en el vagón.

La puerta se abrió con un fuerte golpe en un andén al que bajamos cuando los chillidos de los guardias nos lo ordenaron. Aquello no se parecía a nada que hubiera visto antes. Era un gulag enorme, pegado a la estación. POTMA 58, ponía en un panel amplio, bien lustrado, pintado e impreso. Nada de cosas caseras como hasta ahora. Había nevado, pero un ejército de presos retiraba la nieve. Hacía frío, mucho frío.

Me condujeron a un edificio con el letrero «hospital» bajo una puerta. Allí nos hicieron esperar mientras grupos de veinticinco pasaban a la revisión médica, el despioje, el rasurado... lo habitual. En lo que estuve esperando vi las chimeneas industriales echando humo, los obreros acarreando carbón que bajaban de grandes silos, pero también vi mucho desocupado. Los delincuentes no trabajaban, estaban en las puertas de los barracones haraganeando. Uno tocaba una guitarra, otro salía de lo que parecía una sauna, completamente desnudo a pesar de los veinte grados bajo cero. Su cuerpo soltaba una columna de vapor mientras él se restregaba nieve en el pecho. Otros bebían mirando por las ventanas de los barracones. Sin duda a diferencia de la ley de la jungla que era Monastirka, aquello sí que era el paraíso del cofrade, allí sí que habían ganado.

—*Vkhdite! Dabai! Dabai!* —nos dijo un guardia desde la puerta del hospital y para dentro nos fuimos. Sin duda me apetecía cumplir el trámite y empezar las dos semanas de vida muelle que me esperaban en la cuarentena. Me equivoqué bastante, la verdad.

— ¿Qué hace usted aquí? —me preguntó un teniente del MGB con un fuerte acento mejicano.

—Ustedes me trajeron —le dije desde la cama de la cuarentena.

—Ya no hay españoles en Potma 58, se fueron todos hace dos meses —dijo mirándome con la sospecha permanente con la que decían todo.

—¿Y yo qué quiere que le haga?

—No era una pregunta, es un hecho —dijo irritado—. Usted se bajó donde no era. ¿Por qué se bajó?

—Diga más bien que me bajaron —Traté de contemporizar con aquel hombre—. Mire, a mí me bajaron cuando se abrió el vagón, y no sabía dónde tenía que ir. Además, bajaron a todo el mundo.

—¿No leyó la cartulina que le entregaron al salir de Tshaika?

—Nunca leo las cosas que me dan, están en ruso.

—Pues —dijo enseñándome una casilla marcada con una cruz— aquí pone bien claro lo de «en tránsito».

—¿Y a quién se lo enseñaba si lo hubiera sabido? ¿Al tipo del látigo, al que daba porrazos a todo el mundo o al mongol que aguantaba al perro que quería arrancarme la garganta?

—¿Va a firmar las declaraciones que tiene pendiente? —me dijo conteniendo la ira.

—No voy a firmar nada —corté—, pero exijo que se me dé material de escritura para enviar una carta a mi familia y que se cumpla la Convención de Ginebra.

—¡Cállese, pinche, puto fascista! —Dio unos pasos atrás llevándose la mano a la pistolera que colgaba de su cinturón, quitó el botón que liberaba la Tokarev.

—¡Vamos! —grité con una rabia que me salía del estómago—. ¡Adelante! ¡Deme un tiro mientras estoy desarmado! Demuestre lo que es el comunismo.

Se fue a paso ligero, sin mirar atrás. Me quedé en aquella cama, esperando que volviera, ese o cualquier otro, a repetir los interrogatorios. No pasaría por eso otra vez. Pero no, a la mañana siguiente, dos soldados me entregaron el uniforme y una cartulina amarilla. Esta vez sí la miré con detenimiento, Odessa<sup>5</sup>, y marcado «en tránsito». Me llevaron a la estación para dejarme bajo la vigilancia de los guardias. «Espera aquí a que te digan que subas al tren para Odessa». Un hormigueo de gente y actividad me hizo la espera de seis días más amena en aquella garita con una estufa roja donde tosté los trozos de pan que me daban los guardias.



## 21. Odessa 5

Enero de 1948

Fueron cinco días para llegar al Odessa 5. Un trayecto de día y medio que se transformó en una sucesión de paradas en vías muertas, apeaderos y estaciones secundarias para recoger más prisioneros. Mil bajaban en una, dos mil subían en otra, los muertos se lanzaban en marcha desde los propios vagones. La comida racionada solo engañaba al estómago, la sopa de coliflor, el asqueroso e insípido té y el trozo de pan hacían que el hambre machacara a los esclavos del comunismo, pero lo peor era la sed. Nunca supe si era por sadismo o por degradar la voluntad de los presos, pero los tres cuencos de agua al día nos convertían en seres desesperados que lamían los barrotes, las chapas metálicas, que sacaban la lengua por las pequeñas ventanas para intentar coger copos de nieve.

La ciudad de Odessa era la gris puerta de entrada del sur al monstruo soviético. No vi su gigantesco puerto y de su industria apenas percibí nada que no fuera otra cosa que paredes de ladrillo enormes, que supuse que eran los muros de sus factorías. Para mí el *lager* de Odessa 5 fue simplemente un gran barracón con la palabra Tránsito colocada en la entrada donde esperé diez días hasta que, una mañana, a los que estaban allí nos ordenaron subir a un tren. Sin duda alguna, ese era el tren más grande que había visto en mi vida. Tenía tres locomotoras y no fui capaz de contar cuántos vagones llevaba, pero el gentío que subía hubiera llenado una ciudad pequeña de provincias en España.

— ¡Sargento Durán! —dijo una voz enérgica a mi espalda que hizo que me diera la vuelta.

—¡Pero mi teniente! —dije cuadrándome al ver la cara sonriente de Rosaleny que me devolvía el saludo. Estaba pálido y demacrado, Monastirka le había dejado huella.

—Descanse. —Nos dimos un abrazo, cosa que rompía totalmente el protocolo militar. Apenas nos conocíamos, pero allí éramos dos españoles convertidos en esclavos, nada podía unir más.

—Sígueme, busquemos un vagón que aún no se haya llenado —dije alzando la voz entre los gritos de los guardias y de los presos, los ladridos de los perros, los chasquidos de los látigos, los gemidos de los *zeks* que eran golpeados en el suelo y el frío húmedo de aquella ciudad con puerto.

Caminamos sorteando a toda aquella gente, miles de personas de todas las edades. Vi muchas mujeres, niñas, niños, ancianas. Era como si se desplazara todo un pueblo a alguna parte. Vi un vagón casi vacío, no tenía celdas, simplemente era un vagón con sus dos estufas negras en el centro y sus agujeros tapados con una portezuela, como retrete en cada esquina.

—Este es perfecto —le dije a Rosaleny, que tenía aire cansado—. Pues para dentro entonces.

Di un salto agarrándome del cerrojo de la gran puerta. Una vez arriba lo ayudé a subir. No tuve que hacer fuerza para izarlo, así que no me pareció que estuviera tan débil como aparentaba.

—Por cierto, mi teniente —le pregunté mientras nos poníamos de pie—. ¿Y el guripa que conocí en el *lager* cuando llegó usted? ¿Cómo se llamaba?

—Braganza —negó con la cabeza—. No lo conseguí. Un árbol lo hirió en el vientre y el médico se negó a operarlo. Murió en el hospital chillando y solo.

—Hijos de puta —dije entre dientes.

—¿Y su amigo el italiano?

—Volvió a su casa —asentí ante su cara de sorpresa—. Cerca de trescientos italianos fueron repatriados de un tirón.

—Igual la nuestra está cerca.

Quise contestar, pero unos pasos se acercaban corriendo a nuestras espaldas desde el fondo del vagón. Me di la vuelta. Demasiado tarde. Ya los tenía encima.

—¡Santiago! —dijeron a coro aquellos dos mientras me abrazaban. Yo los reconocí al instante.

—¡Rosales! ¡Bazaga! —Estaban igual, bueno, en realidad no, estaban flacos y habían perdido al menos quince kilos. Pero encontrármelos allí para mí fue una alegría tan grande que no pude controlar las lágrimas.

—Pero... ¿Qué haces aquí? ¡Dios mío! —decía Bazaga con sus gafas de empleado de oficina que seguían milagrosamente intactas—. ¿Dónde te capturaron?

—Te imaginábamos en Madrid paseando por el retiro de la mano de tu

novia — añadió Rosales con aquel aire canallesco que no había perdido—. ¡Pero si eres sargento! —dijo al ver los galones descoloridos en mi uniforme.

—Sí. —Me reí para recordar que allí estaba Rosaleny—. ¡Chicos! Un segundo. —Me aparté para presentar al oficial—. El teniente Rosaleny. —Se cuadraron—. Mi teniente, los soldados Bernardo Rosales y Diego Bazaga, héroes de Possad, la Intermedia y Krasni Bor. —Rosaleny los saludó. Se estrecharon la mano.

—¡A ver, soldaditos! —gritó uno de los guardias que había subido—. Nada de saludos militares. ¡Aquí no sois soldados! ¡Sois criminales contra el pueblo soviético! Id al fondo, que tiene que subir más gente.

—¿Sabéis algo de mi hermano Miguel? —les pregunté mientras tomábamos posesión de una manta y un montón de paja.

—No —dijo Rosales—, venimos del norte. Estábamos en un campo con unos diez españoles. Solo quedamos nosotros.

—Llevábamos ya dos años sin ver a ninguno de los nuestros —añadió Rosales.

—Pero dicen que en el Este hay un *lager* con cientos de españoles, que los están agrupando —dijo Rosaleny.

—¿La repatriación? —preguntó con un atisbo de esperanza en los ojos de Bazaga.

—¡Dios le oiga soldado! —respondió el teniente mientras nos sentábamos en una esquina de aquel vagón.

Me sentí feliz. Ahí estaba con tres españoles, camaradas divisionarios, gente de valor, honor y respeto. De repente, pensé en Bosem con mucho cariño, nada de pensamientos horribles como las pesadillas que había tenido constantemente. En aquel momento la recordé sonriendo, mirando los maniqués de las tiendas de Riga. Sonreí. ¿Y si eso era el primer paso para la repatriación? ¿Y si volvíamos a casa?

—A nadie que vayan a liberarlo lo llevan a Kazajistán —nos dijo un judío con mucha experiencia en los gulags.

—¿Dónde queda Kazajistán?

—En las estepas del hambre.

—¿Podría ser un poco más claro? —preguntaba Rosaleny impacientándose.

—Señor teniente español —dijo el hombre de barba rizada y ojos grandes—, está en mitad de la nada. No hay un lugar para darle referencia.

Podría decirle que es del tamaño de Europa y me quedaría corto.

—¿Pero no hay nada? — insistía el teniente

—Sí, eso es verdad, no hay nada.

—¿Nada? —dijo Bazaga—. Algo habrá, digo yo.

—Sí, tienes razón, mi amigo soldado. Está Karagandá.

—¿Qué es eso? —dije notando cómo la sed empezaba subir por la garganta—. ¿El gulag dónde vamos?

—No —dijo con expresión divertida—, en realidad, es la gran capital del gulag. Es el gran *lager* superlativo, una gran ciudad prisión. El París del gulag.

—¿O sea, que es Siberia? —interrumpió Rosales.

—No, esto está por debajo de Siberia, pero es un lugar gigantesco.

Un chillido en la zona de los cofrades llamó nuestra atención. Volvíamos a estar como en el vagón en que llegué a Potma, con los criminales ocupándolo todo. Habían robado a varios presos y matado de una paliza a un pobre hombre que viajaba con su mujer. Ahora ella estaba desnuda, atada con una cadena a una pata de la estufa, tirada en el suelo con los ojos cerrados y el cuerpo lacerado a golpes.

—Ahí van otra vez —dijo Rosaleny asqueado.

Uno de los criminales intentaba que la mujer cambiara de postura mientras dormía para poder violarla mejor. Según nuestro amigo judío, eran la banda de los sukas y en Karagandá había miles de ellos. La mujer no se despertaba, así que el tipo empezó a darle patadas.

—¿Qué pasa? —dijo el que parecía el jefe, cabeza rapada, ojos claros y un retrato de Stalin tatuado en el pecho con un pequeño Kremlin debajo—. ¿Es que no se puede dormir aquí o qué?

—Esta puta que no me hace caso —protestó el otro al lado de la mujer.

—¡Tú! ¡Zorra! —gritó el chulito cogiendo del cuello a aquella desgraciada—. ¡Joder! Si está muerta, tío.

—¿Muerta?

Ambos se quedaron mirando el cuerpo. Los otros sukas se fueron despertando, levantándose de sus jergones entre pedos y eructos, varios de ellos desnudos, abrigándose con sus mantas, otros sin camisas. El olor a vodka casero se olía en su sudor. Los guardias les pasaban alcohol, tabaco, heroína y por supuesto comida, pero no los guisos de coliflor, remolacha o los pepinos en vinagre que nos daban a nosotros, sino comida de verdad. El Partido les

pagaba de esa manera para que nos vigilaran, nos denunciaran y eliminaran cualquier intento de motín.

—Tirad esa mierda. Pronto comenzará a apestar —ordenó el jefe.

Uno de sus compinches, desnudo como estaba, abrió la puerta del vagón. El aire entró con fuerza, limpiando la viciada atmosfera cerrada. Dos cofrades cogieron a la mujer por los tobillos y otro por las axilas para balancearla. A la tercera, la tiraron al paisaje enorme de la estepa completamente nevada. El cielo azul sin una nube era sobrecogedor.

—¡Dios mío! —dijo alguien en el vagón.

—¿Quién es el supersticioso? —gritó un suka con un águila tatuada en el pecho.

El jefe hizo un gesto para que no cerraran la puerta, se quedó plantado mirándonos a todos. Le divertía ver cómo nos abrigábamos. Era siberiano, como repetía constantemente, y nunca tenía ni frío ni miedo, pero estaba vez también buscaba a alguien.

—¿Y a este qué coño le pasa? —dijo Rosales por lo bajo.

Yo apreté el pincho que llevaba en mi bolsillo. Pero era todo pantomima. Hacía como que seleccionaba a alguien en el fondo de aquel ataúd de madera que era su reino durante el viaje. Sus ojos viajaban por nuestras caras, pero ya lo tenía elegido. Paseó como si dudara por las filas más cercanas y en un rápido movimiento agarró a un hombre joven que estaba sentado en el suelo, un joven de Minsk que viajaba con su mujer e hija pequeña. No se lo esperaba, así que aquel bravucón solo tuvo que tirar con fuerza para tenerlo a su merced. Un segundo tirón hizo que el pobre muchacho, tal vez mi edad, saliera despedido fuera del vagón mientras los cofrades reían, comentando cómo lo habían aplastado las ruedas del tren. La mujer gritaba histérica agarrando a su hija pequeña de tal vez dos años.

—Aquí tenéis vuestra nueva pieza —dijo el bravucón ante una audiencia que todavía trataba de interiorizar lo que había pasado.

—Se la ve llorona, Yuri —protestó uno de aquellos malnacidos.

—Eso se le acaba rápido —dijo el tal Yuri, que se acercó a la mujer despacio para agarrar a su hija pequeña del abrigo. La madre adivinó lo que el hombre quería hacer y se resistió. Fue un forcejeo intenso, pero la mujer perdió a la niña en los brazos de aquel animal, que la lanzó por la puerta donde había salido su padre, ante las palmadas divertidas de los suyos.

—¿Lo ven? ¡Ya no hay llantos! —Hizo una genuflexión teatral entre los

festejos de sus compinches—. ¡Ahora, puta —miró a la cara lívida de aquella mujer de veinte años—, ya eres soltera otra vez y te vamos a dar lo que llevas estos siete días pidiéndonos con la mirada!

La mujer reaccionó como impulsada por un resorte, creo que nada creado por el hombre la hubiera levantado de esa manera. Se puso de pie, dio una zancada enorme para saltar fuera del vagón, se mantuvo durante un instante en el aire, con su traje de tela azul claro flotando, para caer sobre el duro suelo de la estepa con un golpe mortal.

Yuri y toda la panda se quedaron con cara de niño al que se le cae al suelo el helado.

—Cierra esa puta puerta —dijo el matón.

En el vagón los presos lo mirábamos fijamente. Creo que se sintió amenazado. Al fin y al cabo, nosotros éramos veinte y ellos diez.

—¿Qué hacemos? —dijo lastimero uno de ellos.

—Pues por hoy nada, estoy cansado. —Se tumbó en su colchón de paja.

Volvió la tensa calma cuando aparecieron dos guardias cargando una perola con gachas y la ansiada ración de agua.

—Me dan ganas de ir allí y matar a ese Yuri —dije mientras rebañaba aquella cosa insípida.

—Ya de nada iba a servir.

No dije nada. Allí estábamos cuatro héroes de Krasni Bor y de Possad, dos eran veteranos de la guerra civil. Entre los cuatro juntábamos nueve cruces de hierro, de las cuales cuatro eran mías, y cada uno tenía su medalla al mérito individual, además de otras muchas condecoraciones. Pero no fuimos capaces de explicar por qué no habíamos parado aquello. Solo fuimos capaces de inventar excusas y ninguna eliminó el sentimiento de culpa que sentíamos.

## 22. Karagandá

Marzo de 1948

Veintiún días duró el viaje a la mitad de la Unión Soviética. Kazajistán se llamaba aquella república enorme, vacía, de una belleza extraña. Un paisaje plano donde no había nada durante cientos de kilómetros, ni una colina, ni una montaña, ni una casa. Es tan apabullante la sensación de soledad que llegas a dudar de si alguien más sigue vivo en alguna parte o solo queda aquel tren de despojos surcando el infinito de un blanco puro, como aquellos barcos fantasmas condenados a navegar sin encontrar puerto.

Los cofrades abrieron la puerta del vagón con un fuerte golpe. Un soldado miró mal encarado a aquellos sukas que habían abierto la puerta desde dentro, sin esperar a que lo hiciera él. Así que golpeó con la porra en el vagón.

—¡Abajo! — gritó para oírse en el gentío, no solo entre los que bajábamos del tren, sino entre la muchedumbre que trabajaba en aquella estación.

Aquello era inmenso. A su lado Potma 58 era un pequeño taller de pueblo. No sé cuántos trenes eran llenados de carbón al mismo tiempo, ni cuántas personas pasaban con carretillas por los andenes de cemento renegrido por el polvillo de la hulla. Observábamos todo aquello con el aire asombrado de paletos que llegaban por primera vez a una gran ciudad. En realidad, era sorpresa por lo inesperado de encontrarnos aquello en un mundo de *lagers* improvisados, contruidos en los restos de viejos cuarteles, antiguos monasterios o simplemente casetas de madera, o como en el que estuvo Bazaga durante un año, simples tiendas en una isla llena de charcas.

Había una enorme pintura de Stalin con la leyenda «Guía del pueblo». A su lado en letras doradas, Karagandá, y una gran bandera soviética, flameando como una llama incendiaria en un cielo grisáceo. Un prisionero chino limpiaba constantemente el retrato del Padrecito para evitar que el polvillo negro se lo comiera.

Esperábamos a que bajara todo el mundo del tren para conocer a los

«voluntarios» escogidos para vaciar la paja putrefacta y echar el desinfectante, cuando, de repente, alguien me giró de un empujón en el hombro. Vi un guardián de rasgos chinos, pequeño y moreno de piel, cuyo puño se dirigía a mi cara, apretado como una piedra, con los nudillos blancos directos a mis pómulos.

Me eché hacia un lado esquivándolo, moví la cintura para evitar que tuviera fácil lanzarme otro y saqué los míos. Nunca se me dieron bien los directos, pero sí los ganchos, mandíbula, pómulos, boca y al ojo derecho. Le pegué con ganas, sin misericordia. No pensé en que fuera un guardia y sinceramente me daba igual. Rosaleny me ordenó que parase y paré sin rechistar. Un grupo de guardias reía apoyados en un periódico mural cuyo titular informaba de la importancia de cumplir con la cuota. Se acercaron a su compañero para tirarle nieve en la cara. Al verla caer me relamí, pero me temí lo peor cuando uno de aquellos me levantó la mano, como si fuera un campeón de boxeo. Los otros rieron para llevarse al pequeño guardia medio inconsciente.

—Se lo tenía merecido —me dijo un viejo guardia que había venido en el tren con nosotros—, siempre apostaba a que era capaz de matar al menos a un *zek* con uno de sus puñetazos. Así que cada vez que llegaba un tren se pasaba el rato pegando a todo el mundo. —Asentí—. Eso sí, ándate con ojo. Si llega a ser un ruso o un siberiano, los otros te hubieran matado. Un kazajo no le importa a nadie.

Nos ordenaron ponernos en fila de cinco para ir a la eterna cuarentena. Yo formé con tranquilidad, como si no hubiera estado a punto de ser fusilado por pegar a un guardia. Fui al hospital, que era moderno por fuera y desvencijado por dentro, pasé el despioje, el rasurado, la ducha con jabón negro, la revisión médica y el sistema en que un médico palpaba las nalgas como método científico para adscribir a un trabajo determinado. Nadie sabía qué escribía en la tablilla, ni por qué razón era un trabajo u otro.

Me tumbé en una cama dura como una piedra, que después de aquel viaje me pareció lo más cómodo que existía. Estaba tranquilo, ya no pensaba en la pelea con aquel kazajo, pero no tenía ni idea de lo mucho que mi vida en aquel gulag había cambiado con aquella acción. No lo sabría hasta dos semanas después.

—¡Que no me callo porque no me da la gana callarme!

Fue lo primero que oímos cuando buscábamos el edificio donde estaba



nuestra sección según el papel con las señas que nos dieron al salir de la cuarentena. Apretamos el paso al oír aquello gritado en un español con acento toledano cortante como una espada. Doblamos la esquina y allí estaban dos guripas discutiendo con un guardia.

—¡Sargento Salamanca! —dijo Rosaleny con una gran sonrisa.

—¡Coño, mi teniente! —saludó Salamanca con los ojos saltando en una cara sorprendida, que intentaba saber si le daba la mano o le hacía el saludo militar que acabó haciendo.

—¡Carballo! —grité al ver al otro guripa girarse. Allí estaba, bajito, demacrado como estábamos todos, flaco, pero con la misma cara de pillo que le recordaba. Me miró casi con miedo. No me reconoció, al menos en los primeros segundos, y luego se lanzó a darme un abrazo.

—¡Santiaguito! Pensábamos que te habíamos perdido... —Su voz se quebró para hacerse inaudible. Su cara pegada a mi pecho en un abrazo que ocultaba su emoción.

—¡Dios mío! ¿Cómo estás?

—¡Diego! —dijo al ver a Bazaga—. ¡Bernardo! ¡Cuando os vea la cuadrilla! ¡Van a saltar de la emoción! Estamos todos juntos.

Lo vi levantarse de una litera ante el griterío de Carballo, que lo llamaba. Miguel miró desde la distancia de aquella enorme cámara donde unas desvencijadas literas servían de acomodo para los divisionarios prisioneros de Stalin. Me quedé quieto. Recordé la última vez que había hablado con él, cómo saqué un cuchillo para amenazarle, cómo quise pedirle perdón y cómo Krasni Bor hizo que desapareciera. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al recordar cómo blandí el cuchillo a la altura de su rostro, cómo lo agarré loco por la ira ante su cara de sorpresa que se tornó en tristeza y enfado. Me reconoció.

—¡Santiago! —Me abrazó con fuerza. Noté que se desmoronaba en mis brazos y rompía a llorar—. ¡Si supieras cuánto he temido que estuvieras muerto!

No fui capaz de decir ni media palabra. Mi hermano estaba vivo, allí conmigo, y me había perdonado. Las lágrimas me brotaron de los ojos. Fue un llanto liberador después de todos aquellos años de remordimientos.

Voluntario vino a saludarme. Estaba flaquísimo, su piel tenía un color ceniciento. Me saludó con un abrazo, la voz débil de enfermo, aun así, la sonrisa de los buenos tiempos con unos ojos tristes. Irlanda, sin embargo,

estaba como una rosa, delgado como todos, pero su piel seguía del mismo color rosáceo que había tenido siempre, la expresión bravucona, los ojos claros, y su español seguía teniendo aquel acento que perdía cuando se enfadaba.

No sé cómo conseguí dejar de temblar de la emoción al ver a mis amigos allí. Ponernos al día de todo lo que se nos había venido encima durante aquellos años. Me contaron sus penurias cuando los capturaron en Krasni Bor, los *lagers* del norte, algunos terroríficos como la Isla de los Setenta, Makarino o Krasnogorsk. Hablaron de huelgas de hambre, insubordinación, incluso de sabotaje, celdas de castigo, torturas. Compartimos nuestras experiencias en aquella tarde de día de descanso que tenían una vez cada dos semanas.

—Señores —dijo el capitán Teodoro Palacios con aquel aire militar y autoritario que le daba a todo cuando hablaba. Estaba muy delgado y desde la última vez que lo vi tenía aspecto de cansado, aunque sus ojos y el chorro de voz decían lo contrario—, si los rusos no me mienten, creo que todos los divisionarios prisioneros en Rusia estamos aquí, bajo estas paredes de ladrillo. No me pregunten nada más porque todo son negativas. Ni me han dicho nada de la correspondencia, ni de nuestros derechos como militares y mucho menos sobre la repatriación. Solo sé que estamos aquí todos juntos. ¿El motivo? No tengo ni idea, pero creo que tratan de controlarnos mejor, pero no lo sé. A los que habéis llegado en estos días, pues la alegría de veros entre nosotros. Ojalá fuera en otras circunstancias, pero es lo que hay —dijo con pesadumbre para recobrar el ímpetu—. Pero recordad que somos soldados españoles y como tal nos comportamos, estemos donde estemos.

—¡Arriba España! —gritó el capitán Oroquieta con sus gafas de cristales rotos.

—¡Arriba! —gritamos todos con rabia.

—¿Eres sargento? —me preguntó Miguel, sorprendido, cuando me quité el abrigo.

Hacía calor allí dentro. Estábamos sentados en la litera que me habían adjudicado, con la cena escasa en la tripa. Pronto apagarían las luces.

—Sargento provisional. Después de Krasni Bor faltaba de todo, así que ascendieron a todo el mundo.

—Debiste de haberte vuelto cuando tuviste la oportunidad.

—No, tenía que quedarme. Volvería contigo, estuvieras vivo o muerto, pero no dejaría a un hermano desaparecido detrás de mí.

—¿Qué sabes de casa?

—La última carta que leí fue en enero del 44. —Me encogí de hombros —. Estaban todos bien.

—Me dan mucha pena. Lo tienen que estar pasando muy mal. —Meneó la cabeza con pesar.

—Imagínatelo.

—Lo he hecho tantas veces— se buscó en el bolsillo para sacar un papirosa de color marrón— ¿Quieres uno?

—Ya no fumo, perdí el vicio con las palizas en la Lubyanka— vi como lo encendía pegándolo a la estufa, para volver a sentarse.

—¿Es tan horrible la Lubyanka?

—La muerte es mejor— no le había contado nada sobre la confusión con él— ¿En qué les fallaste a padre y madre? —dijo sin esperanza de respuesta— ¿Me lo contarás algún día?

—Yo dejé que mataran a Antonio— dijo sin mirarme.

—¿Qué dices? —lo miré con una expresión del tipo «donde sales con eso ahora».

—Yo estaba en Madrid el dieciocho de julio y estuve dos días más — inhaló aquel apestoso tabaco—. Me escondía con cuatro caballeros legionarios en un burdel en el centro de Madrid, a una decena de calles del seminario. Sabía lo que estaba pasando por las putas, oía los disturbios, los disparos... pero no hice nada, solo pensé en esconderme. Cuando salimos, ni siquiera se me pasó por la mente ir a buscarlo, a ver como estaba. Solo pensé en salvar mi culo, escapando por las alcantarillas, como una rata cobarde. Yo permití que mataran a nuestro hermano.

—Vete a la mierda —dije tranquilo—. ¡Como ibas a saber tú lo que estaba pasando!

—Tuve que haber ido, solo pasar por allí. Buscarlo, yo lo hubiera salvado.

—Tú no lo mataste. Lo hizo el rojo de mierda ese de... —paré para intentar recordar el nombre.

—Ramón Turión Albertos.

—Sí, ese fue el asesino. Tú fuiste tan responsable como yo.

—Pude haberlo salvado —dijo mirándome fijamente.

—Te hubieran matado con él. Los rojos tenían Madrid, tú mismo me dijiste cómo estaba la ciudad llena de controles.

—Hubiera muerto con él, los dos juntos, y no como murió, solo.

—Con sus hermanos de seminario.

—Extraños.

—¿Llevas torturándote con esto desde entonces? —Vi sus ojos y me recordaron a los de padre, la misma melancolía insondable, profunda y silenciosa.

—No, ya no. —Miró a algún lugar para volver a mirarme a los ojos—. Dejé de hacerlo en aquella casita rusa en medio del bosque.

—¿En dónde? —Sospechaba lo que me iba a decir—. ¿En la de los...?

—Cuando te vi darle aquella sopa. —Su mirada se desvaneció—. ¡Dios mío! Cómo os mirabais, era algo maravilloso. Os queríais, pero muchísimo. Os hablabais bromeando, con una ternura... que lo supe. —Su mirada me atravesó, pero no por su dureza—. Todo aquel horror, toda aquella guerra absurda en la que nos habíamos metido para matar al asesino de Antonio había sido un error.

—Explícate.

—Allí delante de mí estaba el verdadero motivo por el cual habíamos venido a Rusia.

—¿Bosem?

—No, tú y ella. Vosotros y ese amor tan grande que os teníais. ¿No lo comprendes? —dijo estirando las manos con una sonrisa llena de emoción—. Toda aquella pureza era nuestra salvación, no un asesinato en algún sucio edificio lleno de escombros en Moscú, sino vuestro amor. Eso sí que era honrar la memoria de Antonio, hacer que viviera en la familia que surgiría de vosotros.

—Lo siento, Miguel —dije llevándome la mano debajo de la nariz para taparme la boca y que no se me notara que estaba llorando—, por estropearlo todo.

—Nada hay definitivo, seguimos vivos —dijo abrazándome— y seguro que ella te esperará.

—No lo creo.

—Te esperará.

La carretilla era pesada sin carga, pero cuando le caían dentro cincuenta kilos de carbón era una auténtica pesadilla. Nuestro trabajo era ponerla bajo el silo, que un preso le diera a una palanca hasta que se llenaba del mineral para, una vez cargada, llevarla hasta el borde de una pasarela donde la

volcábamos en un vagón sin techo que estaba debajo, y así durante trece horas. Se paraba una hora para comer, la misma col hervida, el guiso de vísceras... el mismo tipo de hediondez propia del gulag.

—¿Alguien sabe algo de Villa? —pregunté a Carballo que iba delante mientras empujaba su carretilla.

—Nadie lo ha visto —respondió cogiendo aliento—, pero quién sabe.

—¿Y Voluntario?

—Lleva tiempo sintiéndose mal. Está bastante enfermo —gritó para que pudiera oírle. El viento helado le daba en la cara—. Los médicos no le dan permiso para quedarse en la cama, dicen que es fingido.

—¡Fingido! —chillé con rabia—. Si es capaz de fingir eso, es que es un mago. ¡Dios! ¡Si se le nota toda la calavera!

—Pues porque no lo has visto sin camisa —paró para volcar el carbón, que cayó ruidosamente en el vagón. Sonó una sirena antiaérea.

—¿Qué es eso? ¿Viene la Parrala?

—La hora de comer —dijo con una sonrisa divertida.

Los españoles nos sentamos juntos en un comedor para más de mil personas. Otros prisioneros nos servían las escudillas con la comida y el agua. El carbón en nuestra ropa y en nuestras manos hacía que no solo aquella sala tuviera un tizne permanente, sino que nuestra comida adquiriera un repulsivo tono grisáceo. Pero en el gulag no se juzgaba la comida por el color, ni siquiera por el sabor, así que el potaje gris se consumía.

—Hay gente de todos los colores —dije sorprendido por la mezcla de razas entre los prisioneros.

—Medio mundo está aquí —respondió Miguel—, no solo prisioneros de toda Europa, también de toda la URSS.

—Naciones enteras —añadió Palacios—. Los cosacos, los chechenos...

—Incluso los polacos que vivían la zona conquistada —apostilló el teniente Altura con la boca llena.

—¿No la devolvieron terminada la guerra? —pregunté asombrado.

—Según los mapas que se ven, sigue siendo parte de su imperio, al igual que otros muchos territorios.

—¿Y los que nos sirven?

—Son antifascistas alemanes, que hacen méritos para que los dejen volver a la Alemania comunista —dijo Irlanda con un deje de odio.

—De Alemania y de otros países —completó mi hermano—. Ya

conocerás a los españoles, son una joya.

—Mira —dijo con una sonrisa despectiva Carballo—, hablando del rey de Roma...

Miré hacia la puerta para ver cómo se acercaba un hombre alto, bien parecido, de bigote recortado. Llevaba el uniforme del MGB y caminó hasta la mesa donde nos encontrábamos.

—Señores... —Hizo un gesto frío como saludo al que nadie respondió. Solo los recién llegados lo miramos con curiosidad—. ¿Santiago Durán?

—Soy yo— esta vez todos lo miraron.

—Sígame.

—¿A dónde lo llevas? —preguntó enérgico Palacios en el momento en que me ponía de pie.

—Viene a declarar —dijo aquel hombre con un punto de rabia.

—¿A declarar qué? —repreguntó el capitán. Me fijé en que mi hermano callaba, así que estaba claro que nos regíamos por la disciplina militar—. ¿Desde cuándo se declara en Karagandá?

—El camarada subcomandante Anyukov quiere verle.

—Con su permiso, mi capitán —dije cuadrándome. No sabía dónde podía terminar aquel pulso, pero estaba claro que Palacios tenía las de perder.

—¿Seguro, sargento? —Su rostro afilado le daba rasgos de halcón.

—Sí, mi capitán. Veamos qué quiere —asentí—, me las he visto con tipos peores, eso seguro.

—Pues vaya —dijo para añadir con sarcasmo—, pero no se me entretenga.

Vi la cara de aquel hombre, seria y humillada. Por un instante sentí lástima, pero duró poco.

—¿De modo que un antifascista? —le espeté mientras caminábamos rumbo a un *jeep* americano con las insignias del MGB pintadas en las puertas.

—¿Tiene algún problema con eso? —me dijo con un tono que mezclaba lo desafiante con lo irritado.

—¿Con los antifascistas o con los traidores?

—Ándese con ojo —se paró al lado del vehículo para abrirme la portezuela—, aquí yo soy alguien y usted solo un prisionero, un fascista cuya vida no importa a nadie. Acaba de llegar, debería saber que, en Karagandá, los republicanos ganamos la guerra, aquí mandamos nosotros. La cadena alimenticia ha cambiado.

—Vale, *Cadena alimenticia* —dijo entrando en la parte trasera del incómodo todoterreno cubierto—. Pues cierra la puerta y conduce, que tu amo nos tiene que estar esperando, *Cadena alimenticia*.

—Para ti teniente César Astor —dijo sentado tras el volante.

—Pues apúrate, César Astor, que muchos tenemos cosas que hacer —dijo mirando la nieve caer sobre las calles de aquel gigantesco complejo industrial.

El despacho era una oficina de estilo soviético, con un retrato de Stalin colgado al lado de una foto de alguien con uniforme del MGB que le daba la mano en lo que parecía una recepción. Los muebles eran de oficina. Comparado con otros despachos este era todo un lujo. Me fijé en la estufa: tenía una esvástica en su puertecilla.

—Es una de las estufas que sacamos del búnker de Hitler en Berlín —me dijo un hombre con un uniforme de coronel—. ¿Estuvo usted defendiendo Berlín?

—No, me capturaron cerca de Koninsberg en el 44.

—Cuidado, ya no se llama así —dijo sonriendo—, ahora es Kaliningrado y es una ciudad totalmente rusa.

—Posiblemente —dijo uno vestido de civil que estaba sentado en la mesa del despacho— nuestro amigo no sepa nada de cómo el mundo se ha convertido en ruso.

—Ya veo el mapa —dije señalando con la cabeza uno que estaba colgado en la pared, donde una inmensa mancha roja atravesaba el planeta.

—Pues ahí lo tiene, desde el Báltico hasta el Pacífico.

—Sí, han recuperado todo lo que conquistaron cuando eran aliados de Hitler y unos cuantos miles de kilómetros más.

—Cuidado con lo que dice —dijo el coronel, un hombre calvo de unos cincuenta años con la piel tensa en su cara—. Es la segunda vez que se lo digo —sonrió—. Pero no estamos aquí para eso, que además no varía en nada su situación de prisionero condenado a veinticinco años de trabajos forzados. Lo que sí va a cambiar es la propuesta que el camarada jefe de contabilidad Boris Anyukov va a hacerle.

Miré a ambos con curiosidad y me encogí de hombros.

—Si requiere algún tipo de firma, ya pueden guardarse la carpetita amarilla y llamar a Astor para que me devuelva a mi barracón o a mi carretilla llena de tizne.

—No —rieron ambos—, esta propuesta no se puede rechazar. No somos americanos, aquí no hay democracia. Aquí se le va a hacer una oferta. Si usted la rechaza, tomaremos medidas contra su indisciplina, pero no contra usted, lo haremos contra sus camaradas, haremos que la vida de ellos en Karagandá sea aún más penosa. Elija el camino fácil o difícil —miró al contable—. Explíqueme todo y esta noche en el teatro me dice.

—Sí, camarada subdirector Akinfeev —dijo poniéndose de pie mientras



el jefe salía del despacho de aquel edificio de oficinas.

—Tendría que hacer de contable y al mismo tiempo de guardaespaldas de los contables de una sección que se llama RM y que está en un pequeño búnker al lado.

Palacios, Rosaleny, Oroquieta y Castillo me miraban en silencio, escrutando cada palabra que decía en la nave iluminada con bombillos enrejados que servía de dormitorio. El resto de la división escuchaba en silencio. Mi hermano detrás de mí.

—¿Usted sabe algo de contabilidad? —preguntó Palacios.

—Ni media, y se los he dicho, pero dicen que me ocuparé solo de pasar cosas a limpio y poco más, que mi verdadera misión será la de proteger a los tres contables que están allí.

—¿Y por qué lo han escogido a usted?

—Según parece, la paliza que le di a aquel fanfarrón que quiso atizarme en la estación ha corrido como la pólvora.

—¿Pero y por qué no a un ruso? —dijo Rosaleny—. Debe de haberlos, y fuertes.

—No lo sé, mi teniente, dicen que los tres contables son españoles, que no quieren rusos, que quieren...

—¿Los contables son españoles? —Más que una pregunta fue un sobresalto lleno de curiosidad por parte de Palacios.

—Sí, eso me dijo.

—¿Antifascistas?

—No, presos —añadí— con condenas, incluso hay otro guardaespaldas que también es un preso.

—Dos guardaespaldas para proteger a tres chupatintas... —dijo Oroquieta arrugando el entrecejo.

—¿Y qué le prometieron?

—Me ofrecieron mejorar la ración de pan y agua para los divisionarios y enviar a Voluntario al hospital para que lo vea el médico. También me ofrecieron compartir catre con los antifascistas, pero a eso me negué.

—¡Bien hecho! —gritó una voz en el fondo.

—Muchas concesiones. Todo resulta muy extraño —dijo el alférez Castillo—. ¿Y si se niega a todo?

—No puede negarse —dijo mi hermano con tranquilidad.

—Me prometieron una celda de castigo hasta que acepté —mentí.

—Eso no puede ser —dijo negando con la cabeza Palacios—. Aceptará. Al final es solo un trabajo más, nada tiene que ver con lo militar, al menos a primera vista. Ya nos contará qué es todo ese misterio de oficinas secretas y protección de contables españoles.

La pequeña casa de dos plantas estaba en un pequeño patio nevado entre el edificio de administración y la residencia de oficiales, ambos edificios de seis plantas, rectangulares, enormes, de ladrillo rojo. En medio de aquellos dos gigantes, la oficina ocupaba la segunda planta de aquella casa que parecía de juguete. Un guardia con ametralladora delante de la puerta me miró con suspicacia cuando me acerqué y me dio el alto con un grito.

—*Dokumenty!*

Enseñé la cartulina que llevaba en la mano desde que salí del barracón tras desayunar. La había tenido que enseñar a una decena de guardias en distintos controles dentro de aquella ciudad, que sin duda era la capital de gulag. El guardia la miró, estaba correcta, pero aun así se me quedó mirando. Le devolví la mirada. Era como todos los guardias: soldado raso o cabo, joven, desafiante, afeitado, matón, comunista fanático cargado de odio. Olía a una mezcla de jabón y grasa para el cuero. Su mirada era intimidatoria, no por su fiereza, sino por su expresión entre sarcástica e indiferente. Yo sabía lo que eran capaces de hacer, los había visto en Monastirka cuando lanzaban a los perros contra prisioneros moribundos y dejaban que los destrozaran a dentelladas, o desnudar a un *zek* para que caminara en un lago helado. Ahora este me miraba esperando a que le hiciera cualquier pregunta, simplemente por el placer que les daba a todos ellos no contestármela y poner una mirada burlona.

—*Vpered.* Adelante —dijo cuando se cansó de esperar y apartándose de la puerta, la golpeó con el puño cerrado. Dentro se oyó el cerrojo y el girar de una llave. Un hombre alto, grande, barbudo, con un abrigo guateado y un gorro orejero, me abrió la puerta.

—¿Eres el nuevo? —me dijo en español.

—Sí —dije mirando la pequeña habitación llena de estanterías dentro de una reja cerrada con un candado—. ¿Y tú el viejo?

—Acompáñame, es arriba —dijo subiendo por las estrechas escaleras—. Esta planta es solo un archivo. Ni siquiera hay estufa.

Lo seguí hasta el piso superior donde había cinco mesas de despacho con sus respectivas sillas, una estufa enorme, estanterías hasta el techo llenas de

carpetas y libros de cuentas al igual que las mesas, bueno, solo en tres de ellas.

—Este es... —dijo el otro guardaespaldas señalándome.

—Santiago Durán.

—Pues Santiago va a ser el nuevo miembro de esta familia feliz. —Fue señalando a los tres contables que hacían una genuflexión con la cabeza y me miraban con curiosidad para volver a meter la nariz en sus libros de cuentas.

Pedro Narváez, un sesentón con unas gafas en la punta de la nariz. Antonio Caminero, de unos cuarenta, con el pelo largo para las normas soviéticas. Noelia Mos, una muchacha joven, delgada, de ojos grandes y atractiva.

—¿Quién es el jefe de ellos? —pregunté mirando a mi guía.

—Soy la camarada jefa del grupo —dijo la muchacha.

—¿En serio? —dije con sorpresa—. ¿Qué edad tienes? ¿14?

—19 —Sus ojos se clavaron en mí con dureza.

—¿Y eres la jefa?

—Sí, camarada —dijo molesta—, y mejor que se acostumbre, porque no le queda otra.

—Imagínate, niña, que llevo acostumbrándome desde el año 44 y por eso mismo, porque no me queda otra.

Ella me miró desafiante, seria, con sus ojos marrones clavándose en los míos. Me recordó tímidamente a Bosem, aunque solo en el tamaño de los ojos.

—Para usted no soy niña, ni chica, ni muchacha. Soy Camarada Jefa del Grupo, o Camarada Mos.

—Entendido. —Una punzada de arrepentimiento me dio en el estómago—. No quería faltar ni ser ofensivo, solo ha sido sorpresa, nada más. Usted me puede llamar Santiago o Durán, a mí me da lo mismo.

—Su sitio es esa mesa —dijo el barbudo señalando a un escritorio vacío—. Tiene libros en español en los cajones.

Asentí mientras me sentaba para quedarme asombrado ante un pequeño armero que había en la esquina por donde sobresalían unos revólveres, varias pistolas y lo que me parecieron dos escopetas. El barbudo notó mi mirada.

—Cuidado con lo que piensas.

—No pienso en nada.

—Yo tengo la llave y solo la abriré en caso de ataque directo con armas de fuego. Solo podremos sacar las armas fuera de aquí acompañados de

guardias del MGB. Nuestro trabajo es proteger este edificio y a estos tres camaradas. Si sacamos las armas, será cuando no quede otro remedio, y como sé que tienes buena puntería y experiencia en combate, más vale que cada bala dé en el blanco porque no hay muchas en los cargadores.

Asentí y abrí el primer cajón, donde me encontré un ejemplar de *La Galatea*, lo saqué para leerlo. Abrí el libro y sin quitar la vista de la primera página.

—¿Cómo sabes que tengo buena puntería? —dije simulando indiferencia.

—Me disparaste hace seis años —Esbozó una sonrisa en aquella tupida barba negra llena de canas—. En febrero del 43.

Yo lo miré sin saber de qué me estaba hablando. Mi mente intentó bucear en el pasado, buscar entre las caras.

—Disparaste sobre mi cabeza dándole a un árbol.

—¡Dios! —Me di con la mano en la frente—. ¡Sí! ¡El comandante rojo que estaba de soldado raso en el ejército ruso! —Me levanté riéndome para ofrecerle la mano, como si se tratase de un viejo conocido al que te encuentras de repente en la calle—. Pero ¿qué hace aquí, hombre?

—Lo mismo que tú, supongo —dijo socarrón.

—Bueno, pero yo soy de los malos. —Reímos estrechándonos las manos.

Beltrán Santillana tuvo que recordármelo, con la misma historia de tantos. Español en el ejército rojo al que tras el final de la guerra lo purgan como desafecto. Había decenas de miles de occidentales así. Pasamos el día allí, incluso un preso trajo una marmita a la puerta, pero no podía subir, así que bajamos a recogerla. A las siete acompañamos a los contables a sus barracones en una zona que no tenía nada que ver con las que yo conocía.

—Aquí no hay cofrades de ningún tipo —dijo Santillana mientras volvíamos al sector donde estaban nuestros respectivos barracones—. Es una zona digamos reservada para *zeks* determinados. Además, dentro duermen varios camaradas que los protegerán.

—¿Por qué no utilizan antifascistas? —dije ciñéndome la bufanda al cuello, los veinte grados bajo cero se notaban en aquella noche estrellada—. ¿No es mejor usar a buenos creyentes que a presos?

—No se fían —dijo limpiándose la barba de pequeñas briznas de nieve.

—¿No se fían de esos adulones?

—No —dijo rotundo para añadir—, los antifascistas necesitan hacer méritos para salir de aquí, tienen mucho que ganar. La Dirección no se fía de

ellos.

—¿Por qué no puede fiarse? —Él me miró con cara de extrañeza—. ¿Qué es lo que hacemos para que no puedan fiarse?

Palacios me miraba con atención, no sabía si todo aquello le sorprendía o no. Rosaleny sonreía burlón y Oroquieta murmuraba un «lo sabía».

—O sea, que esos tres se dedican a crear la contabilidad que mandan a Moscú mientras en el edificio central hacen la auténtica —dijo el capitán.

—En realidad, mi capitán, en el edificio central de administración no hacen absolutamente nada, ya que estos tres contables recogen directamente los datos e informes que llegan de otros campos dependientes. Todos los meses llegan correos con las hojas de contabilidad de esos campos, ellos dividen los totales en cinco partes, una para el director, otra para el campo que la envía, otra para venderla y las otras dos son enviadas a Moscú. Esta gente hace la nueva contabilidad oficial y la real para controlar lo que entra y lo que sale.

—¿Y qué hacen con la parte que no venden? —preguntó Salamanca.

—Según me dijo Santillana, en realidad venden todo menos lo que va a Moscú. Se vende a otros *lagers* para que puedan cumplir la cuota y no tengan problemas con las purgas, o vaya usted a saber.

—¿Karagandá cumple con la cuota? —preguntó Palacios.

—Supongo, porque esto es enorme. Es del tamaño de Francia, según un mapa que me enseñaron. Imagínese que estuviéramos en París y que toda Francia estuviera llena de gulags. Pues lo mismo. Así que les venden por debajo de la mesa parte de sus excedentes a *lagers* más pobres y los beneficios, pues ya le dije, se los queda la dirección y los distintos jefes de los campos que dependen de esto.

—¿Y temerán que los antifascistas para hacer méritos se vayan de la lengua y descubran el pastel?

—Parece que medio Moscú participa en todo este latrocinio, pero también parece que, desde el 46, la lucha interna entre Beria y Abakúmov es tremenda para controlar el MGB, aunque muchos piensan que solo tratan de hacer méritos para ponerse en primera línea para suceder a Stalin.

—Y nada mejor que poner la cabeza cortada de Kerzhakov como corrupto hombre de Beria... —dijo Rosaleny sonriendo.

—Y acabar con el georgiano, aunque todo siga igual —rio Silva, un guripa del que siempre sospeché que era un infiltrado del Servicio de

Inteligencia Militar en la División.

—Vaya galimatías —sentenció Palacios—. Pues usted, sargento, siga a lo suyo, proteja a esos tres. ¿Se fía de Santillana?

—Bueno, creo que sí. Con una condena de cuarto de siglo, se le ve muy quemado con los soviéticos. Incluso por lo que veo, tiene tantas ganas de salir de aquí como nosotros, incluso más, porque él vino aquí en plan aliado y mira cómo se lo pagan.

—Entiendo. Precaución de todas maneras.

—Sí, mi capitán.

En la litera antes de que apagaran la luz, sintiéndome culpable de ver las caras de cansancio, los cuerpos doloridos de los que llegaban de las minas o de quienes habían tirado durante horas de las carretillas mientras yo había estado leyendo en una oficina, pregunté:

—¿Qué se sabe de Voluntario?

—Se lo llevaron esta mañana al hospital —dijo Carballo.

—Un enfermero alemán me dijo que lo tenían en observación, que no saben lo que tiene —completó Bazaga.

Los días pasaban. Nadie podía decir que estábamos en marzo, a pesar de que en aquella zona había más horas de luz que en Rusia, pero el frío era terrible cuando no había sol, que, gracias a un manto eterno de nubes, era casi siempre. La nieve seguía cayendo y las ventiscas, sobre todo de noche, golpeaban el inmenso *lager*.

—Por este horrible país. —Levanté la taza de café aguado en gesto de brindis para dar un exagerado bostezo.

Santillana me imitó divertido, Caminero y Narváez miraron desde sus libros para reír entre dientes. Noelia, seria, me clavó aquella mirada de comunista convencida.

—Es usted muy gracioso, ¿verdad?

—La verdad es que no suelo serlo.

—No hace falta que lo jure, porque no tiene ni pizca de gracia —dijo volviendo a meter la nariz en los libros para sacarla de nuevo—. Usted es un zángano, el típico vago que arruinó la revolución en España, un arribista que se unió a los fascistas para destruir todo lo que se estaba consiguiendo, que vino a la URSS a saquearla como la carne de cañón que era esa Galubaya Divisia, esa división de Franco que cercó Leningrado y mató de hambre a tanta gente. ¡Malditos! Agradecido tendría que estar a Stalin de que no los

haya fusilado a todos.

Las lágrimas de la rabia le corrían por su atractivo rostro. Santillana me miraba fijamente calculando mi reacción. No me moví, aunque ganas no me faltaron, pero nunca he sido una persona colérica.

—¿Sabe usted que una cafetera llena como esta —señalé la que se encontraba sobre la estufa— es algo por lo que matarían muchos presos de este campo ahora mismo?

—Somos presos —dijo sin alzar la vista de su libro de contabilidad—, pagamos por nuestros crímenes, esto no es un hotel.

—Sin duda que no es un hotel. —Bebí un sorbo de café. Pensé entonces en mi hermano, que estaría tirando de una carretilla bajo aquella ventisca—. ¿Cuál fue su crimen, camarada?

—¿Y el suyo? —preguntó furiosa.

—Dejarme coger.

—¿Por qué vino a Rusia, criminal?

Me molestó lo de «criminal». Me lo habían llamado muchas veces desde el 44, pero nunca en un ambiente relajado como aquel.

—Aquí somos todos criminales —le espeté con rabia, ella miró ofendida—, si no lo fuéramos, es que la justicia del Padrecito Stalin sería un error. Yo vine a Rusia a matar a Ramón Turión Albertos y, de paso, si me llevaba a Stalin por delante...

—El camarada Albertos es uno de los baluartes y guías del Partido Comunista y del gobierno legítimo de España.

—¿Usted por qué está aquí, Narváez? —dije señalando al más viejo, que acababa de levantar las cejas al oír hablar a la muchacha.

—Demasiado próximo a José Díaz —dijo mordiendo las palabras—. Ibárruri me puso el sambenito y me purgaron.

—¿Pero José Díaz no era el líder del PCE durante la guerra? —Me di un golpe en la rodilla y me reí. En una silla vi cómo Santillana sonreía—. Dejémoslo... ¿Y usted, Caminero?

—Intenté matar al general de la División Azul Esteban Infantes en una operación secreta en Vilna, pero no lo encontramos. —Me quedé sorprendido—. En realidad, yo di la idea e hice el preparativo. Cinco republicanos españoles vestidos de divisionarios saltarían cerca de Vilna, pero, cuando llegaron, el ejército ruso estaba a las puertas de la ciudad. El fracaso me lo cargaron a mí, Pasionaria montó en cólera y propuso el castigo.

—De qué cosas se entera uno, la verdad —dije mirando a Santillana, que puso cara de «primera noticia»—. Y tú, Santillana, ¿cuál fue tu crimen?

—No coger un barco a México. —Sonrió y alzó la copa.

—¿Sabe quién era Antonio Durán González? —pregunté mirando la expresión dura de la mujer—. Era mi hermano, tenía diecisiete años cuando su querido Albertos le metió una bala en la cabeza como tiro de gracia a un fusilamiento sin juicio en el Retiro en Madrid. ¡Diecisiete años! —chillé—. Fue fusilado dos días después del inicio de la guerra con un grupo de niños menores que él, a los que habían cogido en el seminario. ¿Y sabe usted por qué los cogieron? —No esperé a que respondiera—. Porque sus familias vivían lejos de Madrid y no tenían dinero para que pasaran el verano con ellos en sus casas. ¿Me oye, camarada Mos? ¡Mi familia llevaba dos años ahorrando para que algún día mi hermano pudiera ir a casa de visita unos días! ¡Pero no! Una mierda con forma de hombre decidió que matar a mi hermano les haría ganar la guerra. ¡Diecisiete años! ¿Me entiende? ¡Diecisiete años! Pues murió con sus compañeros, atravesado por las balas sobre aquella tierra. Si alguna vez ve a Albertos, a la Pasionario, al Carrillo o a la madre que los parió, les pregunta de mi parte si saben dónde está el cadáver de mi hermano Antonio, porque en mi pueblo, una mujer sencilla, la mujer de un campesino que lo poco que tiene lo ha ganado a golpe de azadón, llora poniendo velas para tener como consuelo besar una tumba con el nombre de su hijo.

Me había pegado tanto a su cara que la expresión de la muchacha había cambiado, pasando del odio inicial al miedo por mis gritos para terminar en una mezcla extraña de sorpresa. Santillana se había levantado para separarme de Mos. Unas lágrimas de rabia me caían y mojaban el uniforme de la mujer. Me llevó a mi asiento, donde me froté las manos nerviosas.

—Sigamos trabajando —ordenó Santillana, para lanzarme una mirada larga y enigmática.

A las siete recogimos para llevar a los tres a su sector. Caía una nieve muy fina. «Se acerca la primavera», dijo Narváez, que rompía el silencio de aquella tarde, «siempre hace más frío en los últimos días antes del deshielo». Llegamos al sector donde los dejábamos en manos de sus compañeros de barracón. Noelia se dio la vuelta antes de irse para mirarme durante un instante y perder la vista en el suelo nevado.

—Le ruego a usted que perdone las palabras ofensivas que le dije. No debí haberlo prejuzgado.



—Discúlpeme usted a mí si mi tono fue amenazante o se sintió amenazada en algún momento. Nunca le hubiera hecho daño. —Siempre fui un blando cuando una mujer siente lo que dice.

Asintió para dar la espalda.

—¡Joder, la camarada Mos te ha pedido perdón!

—¿Por qué está aquí? —pregunté a Santillana mientras volvíamos a nuestros alojamientos.

—Se enamoró de un comunista alemán al que Stalin buscaba para entregar a la Gestapo en nuestra época de tratado de no agresión, ya sabe, el tratado de amistad y colaboración entre nazis y comunistas. El NKVD se dedicó a detener y enviar a Alemania a todo comunista alemán reclamado por Hitler. El *doiche* se escapó, vivió con nombre falso, incluso como soldado del Ejército Rojo pensando en hacer méritos. Ganó varias medallas durante el avance hacia Alemania y la toma de Berlín, pero el NKVD lo acabó agarrando. Nada escapa y mucho menos los héroes sin pasado. Ella aparecía en todas las cartas que él llevaba en la mochila, fue purgada y él desapareció en el laberinto de cárceles, campos y manicomios soviéticos. ¡Cosas de la vida!

—Nos niegan el permiso para ir a ver a Voluntario —dijo Carballo mostrando su frustración con una catarata de insultos ininteligibles—. Me acaba de dar la noticia Cesar Astor. Dice que como no somos familiares no podemos ir.

—Pues nada, en un momento se llama a su madre y que venga desde Alicante —dijo Bazaga meneando la cabeza.

—Pero eso no es lo único. —Todos lo miramos mientras el gallego se relamía de gusto al ver a todos mirando—. Pues...

—¡Dilo ya! —gritó un navarro desde el fondo.

—Acabo de ver a Pulgar y a Civil de servicio por el campo.

El silencio fue sepulcral. Todos, incluso los mandos, dejaron lo que estaban haciendo para mirar a Carballo. Creo que muchos esperaban un «es broma» que no llegó.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Palacios con el rictus aún más serio de lo que estaba siempre.

—Al cien por cien, mi capitán.

Yo miré interrogativo a Bazaga y a Rosales, que me habían estado enseñando un dominó que habían hecho con trozos de carbón tallado. Me

respondieron encogiéndose de hombros.

—Lo siento, pero —dije alzando la voz— ¿quiénes son Civil y Pulgar?

—Los campeones del antifascismo —dijo un extremeño—. A su lado Astor es un colegial.

—No se pueden comparar —dijo Salamanca—. Astor es un pobre hombre, mientras esos dos son dos torturadores que llevan viajando con la División por los distintos campos. Una suerte que no los conozcáis hasta ahora, aunque varias decenas de buenos guripas están en fosas comunes por culpa de ellos.

Santillana me miró intrigado cuando le pregunté por los dos antifascistas, aunque no sabía si eran motes o apellidos.

—Apellidos creo —me respondió mesándose la barba—. Son dos malos bichos, fanfarrones que dicen haber estado en batallas de la guerra en las que nadie los recuerda. Pero, aun así, son muy peligrosos, tanto para vosotros como para nuestra misión.

—¿Por?

—No han venido solos. Con ellos llegó Velasco.

—A ese lo conocí en la Lubyanka.

—Tus camaradas lo conocen bien de otros *lagers* en el este.

—¿Por qué crees que nos afecta?

—Llegan de repente, sin avisar, sin que los hayan llamado. Nadie llega a Karagandá sin que lo pida Kerzhakov, solo Stalin o los ministros más importantes podrían venir sin avisar. Es su gulag y aquí es todopoderoso.

—¿Cómo sabes que estos no vienen pedidos por él? —dije pateando la nieve que cada vez era más fina.

—Porque son hombres de Abakúmov, enemigo a muerte de Beria desde que lo sucedió en el MGB en el 46. Desde entonces llevan intentando acabar el uno con el otro por todos los medios.

—No entiendo cómo nos va a afectar. —Debajo de la nieve la tierra gris parecía todavía congelada—. Siendo Kerzhakov tan poderoso en este campo, podría bloquearlos...

—Creo que van a ir a por nosotros —dijo mirándome muy fijamente—. Su misión es controlar a los españoles presos, y pueden hacer lo que quieran.

—¿Interrogatorios? ¿Celdas de castigo?

—Eliminación física. —Miró hacia la distancia para volver a clavarme aquellos ojos marrones—. Cúbrete las espaldas y no te fíes de nadie. Ni

siquiera Kerzhakov las tiene todas consigo en este gulag, así que imagínate nosotros.

Kerzhakov daba una fiesta para los recién llegados. El mismísimo Beria acompañado de su enemigo Abakúmov se sentaban como si fueran amigos de toda la vida junto a Nikita Krushev por un lado y Gueorgi Malenkov por otro. Pavel Kerzhakov hacía de anfitrión en el Palacio de la Ópera del Pueblo de Karagandá, que había sido primorosamente adornado para la ocasión. Los músicos de aquella orquesta sinfónica al igual que el centenar de cantantes de ópera eran todos *zeks* que Kerzhakov, melómano empedernido, había ido seleccionando de las inmensas listas de prisioneros que le proporcionaban las purgas. Presumía con otros comandantes de gulags de la calidad, no solo de su orquesta y coro, sino de su equipo de fútbol y su taller de arte, de donde salían obras primorosas tanto pictóricas como escultóricas. Yo no asistí a esa ópera, pero los tres contables tuvieron invitación de gallinero.

Al día siguiente la muchacha no paró de hablar de la función, de la majestuosidad de los cantantes, de la calidad de los músicos. Había venido la Pasionaria a saludar al grupo de españoles que habían estado invitados.

—Aunque nos echó la bronca —dijo cambiando su tono por la desilusión—, nos reprendió por ser malos comunistas, por no tener fe en el Partido y en el camarada Stalin.

—Acabó dando chillidos —dijo Narváez limpiándose las gafas.

—Parecía una vieja histérica —sonrió Caminero—. No digas que no, Noelia.

—Sí, la verdad es que sí —dijo ella con una sonrisa divertida, que era la primera vez que le veía.

—Bueno, al menos no os mandó al gulag. —Se rieron de mi tontada—. ¿Y después?

—Nosotros a nuestros barracones y ella a la residencia de Kerzhakov, donde Irina Kerzhakova les daba una cena de gala.

—Cuéntale lo que te dijo ese chico que tanto te ronda. —Narváez hizo que Noelia se pusiera colorada.

—Leonid es solo un amigo —contestó ella poniéndose seria.

—Vamos, no hagas caso —le dije—, es normal, lo que no sería normal es que no tuvieras a medio Karagandá rondándote. —Vi cómo el rojo de sus mejillas aumentaba todavía más—. Venga, cuenta cómo fue la fiesta.

—Leonid es camarero permanente en la residencia. Me contó que

sirvieron diez kilos de caviar, sopa de esturión, aves de caza rellenas, carne de buey asada al estilo kazajo e infinidad de bandejas de dulces. Se bebió vino español en honor de Pasionaria y vodka ruso de la bodega de Kerzhakov. Después los criados se retiraron para volver casi al amanecer a limpiarlo todo.

—Solo de oírte, querida Noelia —dijo Santillana— haces que me sienta atormentado del puré de col, el trozo de pan negro y el vaso de agua que tuvimos en la comida. Me hace sentir muy capitalista y oligarca. Que Stalin me perdone por haberlos disfrutado y haber deseado otro tazón de esa comida de explotador del obrero en vez de ese caviar y esas chuletas, comidas de auténtico comunista proletario.

Noelia rompió a reír, con una risa cristalina y espontánea que nos hizo reír a todos.

Miguel me lo puso en la mano. Era un silbato ferroviario, parecía nuevo.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunté en aquella penumbra de mitad de mayo, cuando la luz se alargaba deliciosamente hasta las ocho de la tarde.

—Un rumano me lo consiguió. Sóplalo si tienes problemas. Si alguno de nosotros está por allí acudiremos. Imposible que no te oigamos si solo sales para acompañar a esa gente a la estación.

—Tienen que ir a la oficina de la estación a recoger las hojas de cuentas que llegan con las cantidades de los envíos para hacer el trapicheo. —Me fijé en la cara de cansancio que tenía Miguel. Me sentía culpable de estar sentado en aquella oficina mientras todos se deslomaban a trabajar—. Pero no te preocupes, no creo que la sangre llegue al río. Los cofrades miran, observan, pero no hacen nada.

—Bueno, tú silba a la primera. Más vale prevenir.

—¿Qué sabes de Voluntario? —le dije a Barreda, un malagueño que había conseguido trabajar en la cocina del hospital.

—Está mal —dijo compungido—. Tiene escalofríos, dolores y fiebre. Lo vi esta tarde con la frente perlada de sudor y solo como un perro.

—¿Y los médicos?

—¿Qué médicos? —dijo enrabiado—. Allí los médicos no aparecen. A todo el mundo le da lo mismo todo. Hasta a su propia gente los dejan morir en esas camas.

Al verlo recordé el orfanato junto al koljov. Su reacción era idéntica a la mía. Ambos habíamos estado en combate, él había sido de los que

sobrevivieron al lago Ilmen y a Krasni Bor. Dos cruces de hierro y un mérito individual. Había visto morir a decenas de personas en los combates, pero, al igual que yo, no podía soportar la inhumanidad burocrática que mataba con una crueldad despiadada, infinitamente más terrible que la de los campos de batalla.

Noelia llevaba el gorro puesto aquella mañana. No quería perder el color blanco de su piel.

—Los rusos, cuando ven a una mujer con la piel morena, siempre dicen que es una gitana.

—Qué exagerados son —dije mirando a mi alrededor mientras íbamos camino a la estación.

Aquella mañana a Santillana se lo llevaron a declarar por orden del comandante Velasco, así que yo había dejado solos a Narváez y Caminero para acompañar a Noelia a recoger las malditas hojas que «no podían esperar».

—Ellos siempre andan diciendo quién es ruso y quién no —dijo distraída en la conversación mientras abandonábamos el sector administrativo de Karagandá para entrar en las calles que llevaban a la estación. Yo iba con mil ojos.

—¿Y tú quieres ser rusa?

—Soy rusa —dijo como si fuera una verdad evidente—. Mis padres me enviaron a Rusia en el 37. Llevo más tiempo aquí que en España. Además, ya apenas recuerdo nada de aquello.

—¿Tu familia en España?

—No sé nada de ellos desde hace mucho. Ahora mi familia es el Partido.

—No creo que hables en serio —dije mientras observaba cómo un cofrade miraba de la azotea de un edificio. Disimulaba muy mal—. ¿Qué deseas hacer cuando cumplas tu condena?

—Volver a Moscú.

—¿Y? —Me miró extrañada—. No será solo volver a Moscú a trabajar y ya está.

—Me gustaría vivir allí con Albert —dijo mirando a su alrededor—. Es mi novio.

—¿Está en Moscú? —dije sabiendo la respuesta.

—No sé dónde está. Fue condenado a reeducación, pero no sé dónde está.

—¿Por qué lo condenaron?

—Por ser un héroe —dijo con un hilo de voz— y por no pedirme que me escapara con él a Siberia.

Por un instante la miré fijamente y todo el peligro que percibía en cualquier parte se evaporó momentáneamente. Aquella chica lo había dicho de corrido, bajito y de repente. Había confesado un crimen muy grande para el mundo comunista. No era una fanática, solo era una persona que se arrepentía de algo que la había llevado a aquella situación. La culpa y el arrepentimiento eran lo que unía a todos los esclavos del gulag. «Y si hubiera». No había tres palabras más duras que aquellas, repetidas una y otra vez en noches de insomnio. Solo los cofrades y los *mechas*, aquellos a los cuales la locura había consumido, estaban liberados de aquel remordimiento.

—Seguro que lo consigues, seguro que logras formar una familia con él en Moscú —dije sabiendo que era muy improbable, incluso que ella pudiera acercarse a menos de mil kilómetros de la capital soviética una vez libre, pero quería decírselo. Al menos que alguien tuviera esperanza en algo.

—¿Y tú?

No le contesté. Mi atención se centró en la entrada de la estación. No había un solo cofrade por ninguna parte. Los criminales no trabajaban, nadie los obligaba, así que su entretenimiento era la estación y ese día no había ni uno. Tampoco estaban los guardias. Ni uno de aquellos chulos de cara afeitada y mirada burlona mientras sujetaba una de esas fieras lanudas dispuesta a sacarte la nuez del cuello con un mordisco. Solo habían *zeks* vaciando vagones o llenándolos. ¿Qué demonios estaba pasando allí?

—¿Tú qué harás cuando cumplas tu condena? —insistió.

—No sé... —Le puse la mano en la espalda para presionar un poco—. Corre, coge eso que hay prisa.

Subimos las escaleras hasta la ventanilla donde siempre le entregaban el sobre con las hojas.

—¿Dónde está Tarakanov? —preguntó ella, sorprendida, a una guardia que la miró inexpresiva.

—Voy a buscarlo —dijo la mujer de unos cincuenta años con el uniforme del MGB lleno de manchas de tinta. Se levantó para cerrar la portezuela de la ventanilla.

—¡Vámonos! —La encerrona había llegado.

—No me ha dado eso —dijo con tranquilidad.

—¡Corre!

Pero no nos dio tiempo de bajar las escaleras. Desde la calle que desembocaba en la estación aparecieron diez sukas, tatuados, sin camisas, rapados, llenos de cicatrices, ojos centelleando. Camino cerrado. Miré hacia atrás para ver a cuatro de aquellos asomarse por la estación. Una decena de metros y aquellos tipos miraban como los ejércitos monstruosos que decoraban el libro de *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, que leía en mi infancia una y otra vez. Era curioso lo que me venía a la cabeza en aquel instante en que situaba a Noelia a mi espalda, pero allí tenía a una horda de morlocks dispuestos a arrebatarme a Weena. Sonreí, me estaba volviendo loco. Metí la mano en el bolsillo de la guerrera para sacar el silbato plateado, llevármelo a los labios y destrozar los tímpanos de los allí presentes, que me miraban entre la burla y la extrañeza.

—Deja que la niña se venga con nosotros y tú saldrás vivo de esto — dijo uno de ellos con la voz sorprendentemente familiar.

Volví a soplar aquel silbato con fuerza, aguantándolo en los labios, mientras miraba aquella cara blanquecina, intentándola colocar en algún sitio.

—¡Yuri! ¡Hijo de la gran puta! —dije volviendo a sonreír, pero esta vez con rabia y odio que hizo que su expresión chulesca se llenara de dudas—. ¿Has tirado a algún bebé de un tren últimamente?

Aparté mi guerrera para sacar un hacha de carnicero que escondía bajo el cinturón. Venid, morlocks, que os voy a enseñar latín. Comenzaban a acercarse, rodeándome, los pinchos aparecieron en sus manos. Intentaría matar de un solo golpe a los primeros que me atacasen y a ver si los demás se echaban para atrás.

Uno joven, tal vez veinte años, con un Stalin tatuado en el vientre, brincó pincho en alto. Lo esquivé para hundirle el hacha en el cráneo. Un grueso chorro de sangre salió como una fuente. De un tirón saqué el filo para hundirlo rápidamente en el cuello de otro que venía disparado dando gritos como un idiota. Los dos caídos, muertos a mis pies, Noelia agarrada a mi espalda y sangre embadurnándome la cara.

—¡Venga, sukas de mierda! ¡Todos *pa* mí!

Uno con rasgos chinos dio un salto con la pierna estirada a la altura de mi cabeza, tan alto que solo tuve que agacharme para clavarle el hacha en la espalda. El resto, al ver caer al chino, decidieron atacar juntos. No pudieron.

De la estación salían, embadurnados de hollín, seis guripas a la carrera.

Como una exhalación cargaron con sus pequeñas palas contra los sukas. Al primero que identifiqué fue a Salamanca que, sin mediar palabra, la emprendía a golpes con un elemento que le doblaba en tamaño. Vi a mi hermano Miguel reventarle la mandíbula a un facineroso con un número tatuado en la cara. Irlanda repartía con una maza. Todo parecía ir por buen camino, pero aparecieron más sukas que vinieron a rescatar a sus compinches.

Varios *zeks* se unieron a nosotros. Eran españoles, pero no divisionarios. Fueron bienvenidos mientras le hundía en el pecho el hacha a un vejstorio. Me di la vuelta para tocar a Noelia y saber si seguía bien.

—¡Sigue agarrándome, no te sueltes!

—¡Huye con ella! —gritó mi hermano mientras decapitaba a uno de aquellos con su pala—. Es lo que quieren. Se cansarán cuando no esté.

—¡Sí! ¡Vete! —aulló Salamanca.

Di la vuelta, la cogí de la mano, necesitaba que corriera, que fuera capaz de seguir el ritmo. Uno de aquellos *zeks* españoles se acercó cuando empezábamos la carrera y me hizo una señal, corriendo al lado mío.

—¡Soy amigo de Santillana! ¡Nos pidió que te vigilásemos! ¡Vamos!

Asentí para enfilar hacia la calle que nos sacaba de aquel campo de batalla. Pero allí estaba Yuri cortándonos el paso, con un gran cuchillo en las manos y la misma sonrisa con la que violaba a las mujeres en el tren.

—No te la vas a llevar, españolito —dijo seguro de sí mismo, bizqueando ligeramente como lo había hecho tantas veces en el tren.

Le tiré el hacha como si fuera a un tronco de un árbol. La herramienta giró velozmente en el aire para clavarse en la garganta de Yuri, que se fue hacia atrás. Yo seguí corriendo, me agaché y tiré del mango para sacársela. Seguía vivo, asfixiándose en un mar de dolor.

—Quítate de en medio, payaso —le espeté sin parar de correr.

Sonaron dos golpes en la planta de abajo. Bajé para mirar por la mirilla antes de abrir. Un *cuervo*, que era como se llamaban los temidos coches del MGB, esperaba por fuera, junto a una veintena de soldados. ¿Pero de qué bando?

—No pienso abrir esta puerta hasta ver a Beltrán Santillana o, en su defecto, al capitán Palacios.

—Abra la puerta inmediatamente —dijo la voz de un joven oficial cuya cara deformada por la lente de la mirilla parecía que tenía una media luna como boca.



—Lo siento, capitán, pero no sé quién es usted ni de qué lado está — tragué saliva—, pero solo abriré si viene alguno de los que dije, o también me vale el subdirector Akinfeev o el jefe de contabilidad Anyukov. Espero que me comprenda.

Oí murmuraciones, maldiciones. El vehículo se marchó, pero quedaron los soldados. Calculé mentalmente cuánto tardarían en reventar la puerta si se lo proponían.

—¿Por qué no nos dejas a nuestra suerte? —dijo Noelia desde el piso superior—. Esto son cosas de rusos, tú eres un extranjero, te podrías ir y salir con vida ¿Por qué lo haces?

—Porque juré defender la vida de ustedes a cambio de que mis camaradas comieran y recibieran atención médica.

—Pues no van a cumplir la palabra que te dieron —dijo Caminero.

—Nunca la cumplen —añadió con seriedad Narváez—. Se vengarán. Ellos odian tener que estar agradecidos, atacarán a tus camaradas solo para castigarte. Prefieren que los odies a deberte algo.

—Yo juré que os protegería y eso estoy haciendo. De lo que haga esta gente con su palabra no tengo ni idea.

Volvía otro *cuervo*. Esta vez se bajaron tres mandos del MGB. Conocía de vista a dos de aquellos, al regordete Pulgar y al estrambótico Civil. Eran como dos payasos siniestros. El tercero era un tipo sexagenario con un aire señorial, así un poco al estilo de cacique de pueblo, que me había interrogado en la Lubyanka.

—Soy el coronel Velasco —dijo el viejo—. ¿Es usted el sargento Durán?

—Prisionero Durán, estúpido. ¿O es que no sabe que en la URSS ya no hay prisioneros de guerra sino criminales?

—Seamos razonables —dijo con la misma voz meliflua de tantos torturadores que querían untar miel entre paliza y paliza—. Venimos a buscar a Mos, Caminero y Narváez. Necesitamos llevarlos a un lugar seguro.

—¡A la mierda! —grité—. De aquí no salen hasta que no venga Akinfeev o el mismísimo Kerzhakov.

—Pero, hijo...

—Yo no soy tu hijo, ¡rojo cabrón! No gastes saliva, viejo.

—A ver, fascista asqueroso —dijo la voz nasal de Pulgar—, te habla el sargento Pulgar.

—Vaya apellido más ridículo —reí—. ¿Cómo se llamaba tu padre?

¿Meñique?

—Entréganos a esos tres o reventaremos la puerta...

—Tengo un Mosin-Nagant con cuatro cargadores y una Tokarev con otros cuatro. Dispararé contra la puerta al primer golpe.

Vi por la mirilla cómo se echaban a un lado, asustados.

—¡Te crees muy listo —gritó Pulgar—, pero sabemos cómo hacerte daño, mucho daño, y te lo haremos!

—Abre la puerta —dijo la voz cascada de Civil—. La guerra terminó hace mucho y pronto España será comunista.

—Pues vayan a conquistarla. ¿Qué hacen aquí en medio de la nada?

Escuché movimiento. No los veía desde la mirilla, pero la voz de Noelia sonó clara en la planta de arriba.

—Un blindado y dos *cuervos*.

Los tres renegados miraban a los recién llegados con cara de fastidio. Del blindado se bajaron una veintena de guardias que saludaron a los hombres de Velasco, que permanecía serio, mientras los dos sargentos Pulgar y Civil se ponían en posición de firme.

—Camarada coronel Vielakov —dijo la voz firme del mismísimo virrey de Karagandá, Pavel Kerzhakov, utilizando el nombre en ruso de Velasco.

—Camarada general Kerzhakov.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Camarada general, tratamos de mediar con este hombre —dijo señalando a la puerta—, con este fascista español cuya naturaleza violenta y salvaje impide cualquier tipo de raciocinio.

—No responde eso a mi pregunta, camarada coronel Vielakov —dijo Kerzhakov con la misma mirada inexpresiva con un toque burlón que ponían los guardias cuando algún preso tenía la osadía de preguntarles algo.

—Camarada general, queríamos poner a salvo a los contables de esta oficina, intentando evitar que sean el objetivo de un nuevo ataque de alguna banda criminal.

—No hay bandas criminales en la Unión Soviética.

—Por supuesto que no —dijo nervioso Velasco.

—Retírense, yo me encargo de solucionar este asunto.

—Yo solo cumplo órdenes directas del camarada Abakúmov en Moscú —dijo haciendo valer sus órdenes del enemigo de Beria y, sobre el papel, superior directo de Kerzhakov.

—¡Y yo también! —dijo cargado de rabia—. ¡Retírese!

—Pero... —Quiso quejarse el viejo juez de un tribunal popular en Huesca, que nunca estuvo a menos de cien kilómetros del frente, pero que envió al paredón a más de mil personas. Las hazañas del coronel Velasco en la guerra civil eran un embuste tras otro.

—¡Fuera de aquí! ¡O los hago fusilar a los tres mañana al amanecer!

Velasco y sus compinches se fueron en el coche. ¿Dónde estaría Astor? Kerzhakov tocó la puerta. Con un suspiro de alivio abrí. El dueño de Karagandá me miró como si viera a un pájaro atravesar el inmenso cielo de la estepa. Se dio la vuelta para meterse de nuevo en su elegante vehículo. Un joven capitán me empujó a un lado para subir por las escaleras.

Noelia, Narváz y Caminero bajaron por las escaleras para salir de la casa y subir al otro vehículo. El subdirector Akinfeev apareció por la puerta junto a Boris Anyukov, director de contabilidad. Parloteaban sobre lo que tendrían que llevarse los soldados. Me sentí invisible hasta que Akinfeev me miró ladeando la cabeza.

—¿Sigue usted aquí? —Puso los ojos en blanco—. Márchese a su barracón. Su misión aquí ha terminado.

Sin mediar palabra salí. La tarde era casi noche, una noche cálida. Ví los rostros de aquellos tres españoles, la preocupación se teñía en sus rostros, grises y apesadumbrados. Recordé cómo fue mi salida de la Lubyanka, así que me llevé el puño al corazón para darme un golpe y les dije:

—¡Suerte, amigos! —Me miraron asombrados—. ¡No pierdas la fe, Noelia! ¡Y recuerda que eres una mujer española y eso es más que todo esto! ¡Ánimo a los tres!

Me saludaron con la mano y vi en la cara de Noelia un atisbo de algo, que nunca supe que pudo ser, tal vez una sonrisa, una muestra de emoción... No lo sé. Me di la vuelta para caminar sobre aquel patio de arena prensada y me alejé de allí, rumbo a la cámara donde quería ver cómo estaban mis camaradas, a los que dejé en plena pelea con los urkis. ¿Dónde estaría Santillana? Un grupo de soldados salían del edificio de administración con garrafas de gasolina. Se dirigían a la pequeña oficina y pasaron veloces a mi lado.

—*Dabai! Dabai!* —les ordenaba alguien.

Apreté el paso. Pronto sonaría el toque de queda.

—Ya me esperaba lo peor —dijo mi hermano al verme entrar. Me dio un

abrazo donde noté el alivio al verme llegar—. Cuéntanos.

Los puse al día. Ellos me dijeron que los cofrades habían dejado de venir cuando me vieron huir con la muchacha y que ellos siguieron trabajando. No aparecieron guardias hasta por la tarde, unos *zeks* recogieron los cuerpos y ni media palabra.

—No creo que la cosa quede así —dijo Miguel bajo la atenta mirada de todos los allí presentes.

—¿En qué piensa, sargento? —le inquirió Palacios.

—Mi capitán, hemos fastidiado a mucha gente. No creo que lo dejen estar tan rápido.

—En principio, Kerzhakov está de nuestro lado —dijo Oroquieta con esa expresión instantánea de haber metido la pata en el acto—. Bueno, ya sé que Kerzhakov no está de parte de nadie, pero al menos no creo que de ahí nos vaya a venir el golpe.

—Tal vez por ahora no, mi capitán —dije quitándome la guerrera—, pero somos, al menos yo lo soy, testigos incómodos. Así que con el tiempo, si puede, que juegue sus cartas para quitarnos de en medio. A corto plazo creo que la venganza vendrá de Velasco y los suyos. Creo que pensaban hacer méritos en el MGB y se han quedado con las ganas.

—¿Siguen en el *lager*? —preguntó Salamanca.

—Lo sabremos pronto —dije con incertidumbre, pero no me equivoqué en nada de lo que dije. Lo supimos muy pronto.

Me senté junto a Carballo, Irlanda y Bazaga a comer la sopa de algo que parecía verdura. Estábamos cubiertos de hollín y sudor. El calor de finales de julio era horrible en aquel andén donde apenas había sombra. Vi a los españoles, los que nos habían ayudado cuando el ataque de los delincuentes. Estaban sentados en el suelo junto a una pared, intentando aprovechar unos milímetros de sombra.

—¿Son republicanos?

—Sí, pero son buenos tíos —dijo Carballo—. Están tan machacados como nosotros.

—Con no hablar de política con ellos es más que suficiente —añadió Bazaga con la boca llena—, aunque muchos no son rojos, simplemente estaban en la Academia del Aire cuando vinieron a un curso de especialización o no sé qué. Pues estalló la guerra, los metieron a todos en el gulag y desde entonces.

—¿Por no ser republicanos?

—¡Qué va! Por ser españoles, porque por otra cosa no te saben decir — dijo Carballo rebañando su escudilla. Volvíamos a pasar hambre.

Me acerqué a aquellos hombres para preguntarles por Santillana, pero no sabían nada desde el día que Pulgar se lo había llevado a declarar.

—¿Y de los contables?

—Ni idea —dijo un madrileño de expresión franca y abierta—. Sabemos que los sacaron de Karagandá en un tren, pero nada más.

—Ojalá tengan suerte.

—¿De dónde eres? —me preguntó uno más viejo, de pelo completamente cano.

Charlamos un buen rato de las familias, de los toros, del mar, de los puertos, de España. El hombre era un marino cuyo barco estaba amarrado en los puertos soviéticos cuando la guerra civil terminó. Los rusos incautaron los barcos y los marinos fueron purgados en el archipiélago del gulag, donde cambiaron la inmensidad del océano por la estepa.

El primero de agosto apareció Barreda con un demacrado Voluntario que temblaba de fiebre, estaba en los huesos y apenas podía mantenerse en pie. Al verlo no supe reconocer a aquel hombre fuerte, vivaz, alegre con quien hice la mili en Madrid y que me había acompañado a Rusia. Lo ayudamos a acostarse en su litera, colocando un saco de paja más para evitar que los huesos comprimieran su cuerpo contra la madera.

—Tranquilo, José —no quise llamarlo por su apodo—, todo va a ir bien.

Lo vi asentir, los ojos desbordando las cuencas de una cara donde ya apenas quedaba carne. Cerró los ojos antes de musitar que tenía frío. Trajimos dos mantas.

—¿Qué es lo que tiene? —le pregunté a Barreda.

—Lo han echado del hospital —dijo tragando saliva—. Esta mañana llegó Pulgar y le dijo que estaba fingiendo, que las camas estaban para los enfermos, no para los farsantes. Dos guardias lo sacaron y lo dejaron junto a la puerta. Pedí permiso para traerlo, pero me lo denegaron, así que lleva todo el día en esas escaleras.

—¿Qué es lo que tiene? —insistí.

—Es un *mecha* —dijo el malagueño refiriéndose a los presos moribundos que pasaban sus últimos días en el gulag sin atención de ningún tipo. Los había a miles en todos los campos, muchos de ellos desnudos, chillando en cualquier lado, y otros duraban mucho más, enloquecidos por el

hambre, hablando solos o comiendo comida podrida, tierra o heces—. Posiblemente una anemia...

—¡Vamos, todos estamos anémicos! —protesté.

—¡Pues no lo sé! —dijo con rabia—. ¡No lo sé! Yo solo soy un enfermero aquí, ni siquiera había estado en un hospital antes.

—Tranquilidad, señores —dijo Miguel—. ¿Hay alguna posibilidad por remota que sea de que mejore?

—No —dijo Barreda—. Su cuerpo está a punto de fallar.

—¿Cuándo? —Los ojos de mi hermano parecían dos trozos de hielo.

—Un médico me dijo que podía ser en cualquier momento. Tal vez esta noche o igual no llega.

Voluntario despertó a la hora de la cena. Estaba lúcido, incluso hablador. Tenía mucha sed, pero los guardias nos negaron la posibilidad de obtener agua, a pesar de los empujones e insultos que tuvimos con ellos. Bazaga le hizo una cruz con dos trozos de madera atados con un jirón de una manta. Nunca vi a Voluntario ser religioso. Lo normal, supongo. Si había que rezar, pues se rezaba, pero nadie rechaza a Dios cuando la muerte está tan cerca. Abrazó la cruz y nos habló de su madre y de cómo lo había sacado adelante siendo madre soltera. Sus ojos rezumaban de orgullo, grandes, diáfanos, sin lágrimas, casi alegres de que aquellos recuerdos volvieran a su mente. Nos pidió que la saludáramos si íbamos a Alicante y que no la llamáramos doña Carmen, que no le gustaba, solo Carmen, que si podíamos, le compráramos tabaco de picadura en el estanco que regentaba en la calle Labradores, que era pequeñito pero que su madre tenía muchos geranios para darle colorido. Yo veía a Carballo llorar en silencio, con la mano sobre la boca. Irlanda miraba por una pequeña ventana. Voluntario pidió agua, pero no teníamos, y murió con los ojos abiertos.

Los guardias se lo llevaron por la mañana. No nos dejaron enterrarlo. Estaba prohibido. Palacios montó en cólera y escribió una carta de protesta a Kerzhakov, que lo llevó a una celda de castigo. Los guardias tiraron el cuerpo de José García Hernández *Voluntario* a una fosa común situada en algún lugar de aquella ciudad prisión. Su cuerpo cayó sobre miles de cadáveres, de hombres, mujeres y niños que fueron engullidos por aquella tierra esclava e implacable.

—¿Entierro para criminales? —le gritó histérico Velasco a Palacios—. ¿Me pide usted un entierro a la Federica para un criminal? Si por mí fuera, lo

quemaría solo para mearme en sus cenizas.

Gritos en la celda y amenazas contra Velasco. César Astor entró para mandarnos a callar. Fue peor. «Huelga de hambre», se gritaba en lo que parecía un motín en toda regla. Yo solo me senté en la cama para mirar a Carballo, que lloraba a cada rato.

—Me hacía ilusión —me dijo con los ojos llenos de lágrimas— que volviéramos todos juntos y ser como esas películas de viejos camaradas que se encuentran cada cierto tiempo.

No supe qué decirle. Me dio un escalofrío al pensar en lo que podría venir con el paso del tiempo. Algo me hizo pensar que aquello solo podía ser la antesala de más dolor. Le di un abrazo a mi amigo e intenté eliminar aquel presentimiento, pero no pude. Pensé en Bosesm entrando en una cámara de gas en Auschwitz. Todo aquello era por mi culpa.

—Beria ha tomado el poder en el MGB. Zhdánov ha muerto y Abakúmov se ha quedado más solo que la una —decía Silva con aquella facilidad que tenía para enterarse de todo tipo de cosas, chismes y cuchicheos.

—¿Y a mí que me importa? —dijo Miguel mientras veía cómo le llenaban la carretilla de sucio carbón—. ¿Cuándo sacan a Palacios? Eso sí que me importa.

—Un día de estos —dijo poniendo los ojos en blanco—. Pero, espera, que seguro que te interesa...

—¿Qué?

—Beria se ha unido a Malenkov y están haciendo una carnicería en toda Rusia. No dejan títere con cabeza.

—¿Malenkov? En mi vida había oído ese nombre. Estas cosas le interesan más a Rosaleny y a Altura...

—No seas paleta —dijo Silva con esa cara de pillo que ponía—. ¿Quiénes eran los aliados de Abakúmov?

—¿Velasco? —dijo despacio Miguel.

—Sí, y toda su tropa.

—¿Y?

—Se han ido. Han cogido las de Villadiego esta mañana. Posiblemente a Moscú para ir de rodillas al mismísimo Beria a que los perdone. Aunque yo juraría que temían que Kerzhakov los fusilara aquí mismo.

Mi hermano volcó su carretilla sobre el vagón para volver a por más, Silva hizo lo mismo.

— ¿Crees que esto puede beneficiarnos?

— Seguro que algo cambia, al menos esos tipos pierden poder...

Leonid Ivanov era un *mecha*. Dominado por el hambre, vagaba por el *lager* envuelto en una manta sucia. Con el pelo largo, encrespado como una espuma negra, la cara afilada, los ojos lucidos pero sin brillo, su cuerpo lucía todos los castigos del hambre y de la enfermedad, su cerebro dominado por la locura. Uno de tantos espectros del gulag. Ahora se había plantado allí delante de ellos, con su manta sujeta por sus manos sobre su torso desnudo donde se veían sus tatuajes de un pasado delictivo.

— ¡Quítate de en medio, pasmado! —le dijo Silva.

— ¿Eres Miguel Durán? ¿Tú, Miguel Durán?

— Mira —rio Silva—, este te conoce, Miguel.

— ¿Qué quieres?

La manta cayó al suelo. Una vieja Nagant apareció en la mano huesuda de aquel *mecha*, enorme entre sus dedos. Fue un movimiento rápido, preciso. Apuntó y disparó. Ángel Salamanca corría hacia aquel tipo, pero estaba demasiado lejos. La bala entró en la garganta de Miguel, que murió segundos después en las rodillas del sargento Salamanca y del miembro del Servicio de Inteligencia Militar, Luis Silva, que, nerviosos y chillando, intentaban parar la hemorragia.

Yo escuché los gritos de Rosales que venía a buscarme al lavadero de carretillas donde estaba esa mañana. «¡Tu hermano! ¡Lo han matado!». Aún hoy me cuesta mucho no llorar recordando aquel momento, cómo corrí por aquel laberinto de gente, de carretillas, de herramientas, con Rosales abriéndome paso a empujones y varios guripas corriendo a mi lado. Recuerdo que repetía «no» como un autómatas y que a mi cabeza venían las imágenes de aquella playa cuando corría con mis hermanos por las lomas de piedra junto al mar.

Allí estaba, con una mancha de sangre enorme que salía de su cuerpo teñido de negro por el maldito carbón. Caí de rodillas a su lado, miré su cara, los ojos hacia aquel cielo lleno de luz por el sol del uno de septiembre. Pasé las manos por su cara para cerrarle los párpados.

— Ha sido un *mecha* —me dijo Salamanca—. Se me escapó el hijo de puta, pero sé quién es. Te juro que lo pillaré. No escapará mucho tiempo.

Asentí sin comprender mucho lo que me decía. Yo solo miraba a mi hermano muerto, sin saber qué hacer. Lo miraba pensando que en algún



momento todo aquello pasaría, volveríamos a la realidad, él se levantaría y todo volvería a ser como antes. Pero no pasó nada, se había ido para siempre.

—Miguel —lo llamé— ¿Me oyes, Miguel?

Los guardias subieron, con sus perros lanzando dentelladas que abrían camino.

—*Ispanski proklyaty!* —gritó un sargento—. ¡Malditos españoles! ¡Solo dais problemas! ¿Qué es esto? ¿Un fiambre?

Me puse de pie para mirarlo fijamente. No había llorado, estaba en otro mundo, un lugar irreal, como si mirara desde el otro lado de un espejo. No sentía nada en absoluto. Miré la cara cuadrada de aquel sargento, afeitada, oliendo a colonia y jabón de afeitar.

—Es mi hermano —dije sin entonación de ningún tipo.

—No es mi problema, todos tenemos familia.

—Sí lo es —lo miré sin perderlo de vista—. Créame que es su problema.

—Pero qué dices...

—Quiero el cadáver.

«¡El cadáver de mi hermano!», pensé. ¡Mi hermano con el que charlé en el desayuno sobre cómo cargar las carretillas sin que dolieran los brazos!

—Tú no tienes derecho a nada. —Sus ametralladoras nos apuntaron.

Mi hermano fue recogido por aquellos tipos, que lo colocaron en una carretilla. Miré con una sensación de tristeza absoluta cómo sus brazos colgaban hacia abajo, casi rozando el suelo. No pensaba quedarme quieto y dejar que lo tiraran en una fosa común.

Baurzhan Talgaev era el jefe de la partida de enterradores de Karagandá, un kazajo alto, fornido, de cejas gruesas y piel cobriza. Asintió cuando le dije que quería el cadáver de mi hermano.

—Pensaba poner una cruz.

—Ponla, pero seré yo el que te diga dónde lo tienes que enterrar y tendrá que ser antes de que se haga de noche, o sea, a ser posible, ya.

—Pero...

—Si los comunistas pasan por aquí y nos ven, sacarán el cuerpo y el bueno de Baurzhan acabará en una celda de castigo —sonrió.

Miré decepcionado. Aquel hombre me había entregado el cuerpo de Miguel, incluso me dio dos sábanas para hacerle una mortaja. Todo ello sin pedirme nada a cambio, cosa increíble en el gulag, pero ahora me venía con

aquello.

—Mira, esto no es un cementerio, esto es una inmensa fosa común que se ha ido extendiendo poco a poco. Ni siquiera hay alambrada para poder seguir enterrando cadáveres por la estepa. Una vez que entierres a tu hermano, no podrás venir a visitar la tumba, ni traer flores, rezar, quemar incienso o lo que sea que hagáis en España —me vio callado—. Siento si no es lo que esperabas, pero no quiero engañarte.

—Está bien, no hay problema —meneé la cabeza—. Solo quiero enterrar a mi hermano.

—Pues díles a tus amigos que nos sigan. —Miró hacia los cinco guripas que habían venido conmigo—. Ahí podéis coger las herramientas. Con dos picos y tres palas será suficiente.

Carballo y Bazaga hicieron una mortaja con las dos sábanas, Salamanca y Silva los ayudaron a cargar el cuerpo. Rosales e Irlanda se adelantaron con Baurzhan para comenzar a cavar. A mí no me dejaron hacer nada, solo caminar tras el cuerpo de mi hermano. Mirando aquellas sábanas grises que lo cubrían. Se marcaban sus botas. Recordé una vez en aquella calle de mi pueblo, cuando jugábamos los niños con una pelota de trapos y él, un niño más que pensaba que era demasiado grande para jugar con nosotros, nos animaba dándonos instrucciones de cómo tirar con efecto y celebraba nuestros goles aplaudiendo con un «¡Muy bien, así se tira!».

La tumba rectangular, oscura, excavada en aquel suelo de arenisca marrón, se abría ante mí como si quisiera tragarme. La habían hecho profunda con unas piedras en el fondo. Salamanca y Silva hicieron una cruz con dos trozos de tubería atadas firmemente con un alambre que le habían dado el kazajo. Oí los golpes para clavarla. En un trozo de pizarra del tamaño de una mano Carballo había grabado con un pincho: Miguel Duran, Caballero Legionario, 1913-1948. «Mira, es tu hermano en Zaragoza», me decía mi madre enseñándome la foto que había mandado Miguel en una carta desde el frente. Recuerdo los ojos emocionados de mi madre mientras la colocaba junto a la figura de Santa Úrsula. «Por favor, Dios Todopoderoso, no permitas que le pase nada malo, devuélvemelo sano y salvo. Es muy buen niño y nunca he hecho mal a nadie».

Con cuidado Bernardo Rosales, James «Irlanda» O’Flaherty y Baurzhan Talgaev depositaron el cuerpo en aquel suelo de piedra que le habían preparado.

«No sé dónde está, madre, no lo sé», y madre se doblaba en el suelo de la central de teléfonos cuando mi hermano le dijo que Antonio había desaparecido. El teléfono quedaba colgando del cable, balanceándose. Yo me acerqué para cogerlo y lo oí llorar. Estuve unos segundos oyéndolo mientras doña Rosario le daba un vaso de agua a mi madre. «Madre... madre», decía mi hermano entre sollozos. No me atreví a decir nada, no quería que supiera que lo había oído llorar y colgué. «Se ha cortado la comunicación».

Los tres salieron de la tumba para colocarse alrededor. Una ligera brisa del todavía cálido septiembre movió el trozo de pizarra haciendo un ruido metálico al chocar contra la tubería con manchas de óxido. «Aquí tienen las castañas. Cuidado no se quemen, están calientes», decía Miguel la víspera de Nochebuena mientras asaba castañas sobre una plancha en una hoguera. Las sacaba con un palo para ponerlas en una piedra plana donde se enfriaban. Antonio, yo y otros chicos del pueblo lo mirábamos fascinados, viendo cómo se las manejaba con aquellas brasas que le daban a su cara todavía infantil un aire mágico.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu Reino. —Yo no oía la voz de Diego Bazaga, yo oía la voz de mi hermano Antonio en aquel día de misa en que ayudó a don Marcelo y Miguel lo miraba lleno de orgullo desde el banco junto a mí. Mi mente viajó hasta aquella lejana tarde de 1934 cuando nos pusimos de pie para rezar junto a mis padres, mi abuelo, mis tíos, mis primos y todo el pueblo en una abarrotada iglesia. Estábamos todos—. Hágase tu Voluntad así en la Tierra como en el Cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Amen.

—Aquí yace un caballero legionario —dijo Carballo con la cara marcada por el hambre como si fuera cincelada en piedra—, un héroe del Alcázar y de nuestra cruzada. Aquí queda enterrado un héroe de Possad y de Krasni Bor. ¡Que su valor y su caballeridad le abran las puertas de la Gloria! ¡Miguel Durán González!

—¡Presente! —gritaron todos en una voz emocionada. El kazajo nos miraba sorprendido. Yo no podía hablar.

—¡Arriba España!

Asentí cuando Baurzhan cogió la pala. Comenzaron a llenar la tumba de arena mientras el cuerpo de mi hermano desaparecía para siempre de mi vista.

«¿Sabes, Miguel, cómo enterraban a los vikingos?», le dije una tarde noviembre cuando la tormenta nos retenía en casa. «¿Cómo?», preguntó acercándose a un libro que tenía abierto sobre mi cama bajo la luz de un candil, donde un grabado en desvaído color azul mostraba un barco en llamas mientras unos vikingos lanzaban flechas ardiendo. «Así. Lanzan flechas sobre el barco para quemarlo mientras el cuerpo del guerrero arde con el barco que se aleja hacia el mar». Mi hermano miraba el dibujo y sus ojos viajaban a esa escena, llenos de anhelos, fascinación y esperanza.

Nos alejamos de la tumba caminando hacia el cuarto donde los kazajos guardaban las herramientas. Oí unos golpecitos detrás de mí. Miré hacia atrás para ver la piedra con su nombre movida por el viento, golpeando la cruz. Su sonido era de despedida. Me decía adiós.

—Adiós, hermano —dije levantando la mano. Carballo me abrazó llorando. Siguiéron los demás, pero yo era incapaz de llorar.

Ojalá hubiera tenido un barco vikingo, querido hermano, ojalá te hubiera salvado.

Llegamos en silencio hasta nuestra celda. Habían soltado a Palacios de su celda de castigo. Me miraba desde la puerta con el duelo pintado en la cara. Me saludó dándome la mano.

—Sargento, la División Azul entera se pone en pie para darle el mayor de los pésames. —El apretón de manos fue enérgico, pero el abrazo fue muy sentido—. Fue un gran hombre, un gran militar y un español de los que sirven de ejemplo.

Asentí, no podía hablar, así que musité unas gracias. Todos los allí presentes se pusieron firmes, me saludaron militarmente, se cuadraron en posición de firmes. Por un instante me sentí como un tonto, sin poder llorar, solo tambaleándome rumbo a mi litera y asintiendo como un imbécil. Cuando, de repente, alguien golpeó con una escudilla de madera sobre la mesa y aquellas centenas de hombres a una voz comenzaron a cantar.

—Yo tenía un camarada, nunca lo hallaré mejor, que, en la gloriosa jornada, iba firme en la pisada, al redoble del tambor. —En ese momento me sorprendí al oírme cantándola de forma enérgica y a pleno pulmón—. ¡Una bala, compañero! ¿Para quién de los dos es? Era el diálogo postrero y bajo el plomo certero cayó tendido a mis pies. Hace un esfuerzo y en vano quiere mi mano estrechar. —Alzamos la voz para que lo oyeran en todo Karagandá—. ¡Duerme en paz, querido hermano! La patria quiere mis manos para volver a

atacar. Yo tenía un camarada, nunca lo hallaré mejor, que, en la gloriosa jornada, iba firme en la pisada al redoble del tambor.

Esa noche acostado en mi litera, en la penumbra de una cámara donde dormían trescientos soldados, me di cuenta de que no había llorado aún.

*Queridísima Bosem:*

*Hoy ha muerto Miguel y me siento vacío por dentro. Pensar que mis padres no lo saben me atormenta. No sé si saben que esta mañana estaba vivo, que desayunó conmigo como un día más, que me despidió con un «nos vemos en la cena», pero a las cuatro horas alguien le disparó. No sé por qué, solo que está enterrado en una tumba a la que no volveré nunca más. Allí queda su cuerpo de treinta y cinco años en esta tierra extraña, mientras yo sigo recordándolo sin poder llorar. Recuerdo cómo nos miraba y lo orgulloso que se sentía de vernos juntos. Tú y yo fuimos la redención para la culpa que envenenaba su espíritu por la muerte de Antonio.*

*Ahora estarán los dos en el cielo. Deben de haberse dado un abrazo y me imagino lo contento que se habrá puesto Miguel. Seguro que habrá llorado de la emoción al ver a su hermano. Antonio debe de haberlo consolado. Siempre fue tan maduro.*

*¡Dios mío! ¡Cómo los envidio!*

En aquel silencio comencé a llorar.

Quintín Zaragate me abrió la puerta de la barraca donde vivían en Karagandá los pilotos y marinos republicanos. Entré con Irlanda en aquel pequeño barracón.

—Pasad —nos dijo dándonos la mano—. Lo tenemos al fondo.

Atravesamos aquel pequeño barracón. Nos miraban desde sus literas. Estaban en huelga como nosotros. En realidad, era un paro conjunto de todos los españoles en Karagandá, o al menos de casi todos. El asesinato de Miguel lo había provocado. Pedíamos más comida, mejoras en nuestra seguridad, jornadas de trabajo más cortas...

Caminé hasta el final donde un grupo de ellos rodeaba en el suelo al asesino de mi hermano de cuya nariz había manado un chorro de sangre, ahora seca. Lo observe con interés. No tenía dientes, los pómulos marcados, los ojos grandes, el pelo sucio y encrespado como si de un algodón en rama se tratara. Sus brazos se protegían la cabeza. De su boca salía un chorreo de quejas y lloriqueos, un hedor inconfundible a heces, orín, enfermedad y muerte.

—¿Por qué mataste al español, Leonid Ivanov? —le pregunté poniéndome en cuclillas delante de él.

—Yo no maté a nadie —dijo forzando las lágrimas.

—Le pillamos con un chorizo de cordero y la jodida pistola en el bolsillo —dijo uno de los republicanos dejando caer el arma al suelo de madera del barracón.

—¿Por qué mataste al español?

—Yo no.... —No le dejé terminar. Le di un guantazo con fuerza y la mano abierta. Su cabeza giró violentamente para golpearse con la pared. Se llevó las dos manos a donde se dio el golpe para gemir.

—¿Quién te dio el arma? —Se quedó pasmado para comenzar a boquear como si fuera un pez—. ¿Quieres comer?

Asintió con la cabeza mientras de sus ojos caían lagrimones. Yo sabía cómo eran los *mechas*. Locos por el hambre, sucumbían a ella y eran capaz de todo. En Monastirka los había visto lamer los cristales de las ventanas de la cocina o comer cenizas de hogueras. Karagandá estaba llena de ellos, miles de aquellos esqueletos moribundos que eran usados como chivatos por los guardias o para encargos por los cofrades hasta que sus cuerpos fallaban, su cabeza dejaba de funcionar totalmente y ya no valían para nada, solo para arrastrarse, gritar o permanecer quietos mirando al infinito.

—Te devolveremos el chorizo y te daremos una libra de tocino —le dije sin cambiar el tono de cara, pero viendo la codicia pintada en la suya—. ¿Quién te dio la pistola?

—Si te lo digo, me matará —lloriqueó.

—Y si no me lo dices, te mataré yo.

—Fue un blatniei, me dio la pistola con una bala.

—¿Te dijo que mataras a mi hermano?

—¡Tu hermano! —Su rostro cambió producto del terror.

—Solo seguirás vivo si me dices la verdad.

—No, solo me dio la pistola. Masudov el guardia me señaló a quién tenía que disparar y me dijo su nombre hasta que me lo aprendí. «Miguel Durán». —Me puse de pie y me alejé, no soportaba que repitiera el nombre de mi hermano.

—¿Qué hacemos con esta mierda? —dijo uno que se llamaba Contreras y era de Tomelloso.

—No lo sé —dije mirándolo sin saber si matarlo o no.

—No puede salir de aquí —dijo uno rubio—. Si sale y va con el cuento al guardia, tendremos un problema.

—Tranquilos, dejadlo de nuestra cuenta —dijo Irlanda.

Caminó hasta el *mecha* para levantarlo y sacarlo a empujones del barracón.

—¿Vais a por el guardia? —preguntó el alicantino.

—En principio quiero ir a hablar con el Tigre Blanco —dije nombrando el mote de Roman Berezvtski. Vi su cara de sorpresa.

—Alto tiras —dijo un silbido—. ¿Necesitas ayuda?

—Voy en son de paz, solo a hablar.

—Suerte.

Asentí para salir. Irlanda estaba guardando una pala de zapador que llevaba oculta bajo la guerrera. A unos metros el *mecha* yacía muerto en el suelo con la cabeza abierta de un certero golpe. Me acerqué para escupir sobre su cara deformada por la sorpresa y el corte.

—¿Dónde vamos? —Me fijé en sus ojos azules decididos—. ¿A buscar al guardia?

—No. A hablar con el jodido Berezvtski. Quiero una explicación y me la va a dar.

—Pues para adelante.

Caminamos por las calles de Karagandá rumbo a uno de los lugares más peligrosos de la Unión Soviética. El reino de los cofrades, solo superado por la Lubyanka y los pasillos del Kremlin.

Roman Berezvtski, el Tigre Blanco, nos miraba desde la puerta de lo que era el barracón donde dormían los suyos. En realidad, nadie sabía muy bien dónde dormía él. Muchos decían que tenía una casa en la zona de los coroneles, otros que si un búnker bajo los barracones o un castillo en una montaña. Cualquiera historia valía para aquel hombre que dirigía con puño de hierro la banda más poderosa de cofrades de Karagandá y sus campos dependientes.

—No quiero historias con los españoles —me dijo con la puerta abierta del barracón y rodeado por una decena de sus hombres—. Solo decirte que nos pidieron que entregáramos una de nuestras armas trucadas de solo dos tiros a un *mecha*, nada más. Si tienes que vengarte de alguien, no es a nosotros a quien tienes que apuntar.

—¿Quién os lo pidió? —dije inquisitivo. Quería terminar de una vez con

aquello y salir de allí.

—Un guardia nos dijo que tenía órdenes para comprar un arma y dársela a un *mecha*. Tenían que eliminar a un prisionero sin que Kerzhakov lo sospechara o algo así. Lo cierto es que me dio igual. Me pagaron bien por una de nuestras pistolas de un solo uso. No hubo más que hablar.

—El *mecha* me dijo que fue un tal Masudov.

—Pues —dijo el jefe mafioso mostrando una cara llena de arrugas que lo asemejaban más a un gorila blanco que a un tigre—, no sé por qué gasto tanta saliva si ya sabes casi todo. Pero solo aclararte. No tuvimos nada que ver en el asesinato de tu hermano, lo digo porque sé cómo sois muchos europeos con esos asuntos y no pienso perder hombres en baños de sangre inútiles.

—¿Masudov es uno de vuestros guardias?

—No. —Volvió la cabeza dentro del barracón para dar un «ve a buscar a Masudov»—. Los guardias son como los gatos, limpios, aseados, silenciosos y muy interesados, aunque carecen de la inteligencia de los felinos. Tengo muchos guardias de mi parte, incluso haciendo trabajos para mí, pero si mañana Kerzhakov les diera una sola orden en mi contra, acabarían conmigo. El Partido es la auténtica mafia rusa, los demás solo intentamos coger las migajas.

Asentí mientras lo oía hablar de todo aquello. Solo se calló cuando apareció un guardia bajito, de rasgos kazajos, tirando de un perro de pelo negro. Me miró con indiferencia, no sabía quién era yo.

—Me dijeron que consiguiera un arma de las que usaban los cofrades, de esas que quedan inútiles cuando se disparan dos veces, para matar a un español. Se la tenía que dar a un *mecha* que todavía estuviera en sus cabales —dijo el guardia pulcramente afeitado. Si no hubiera sido de piel aceitunada, habría sido igual a tantos otros.

—¿Quién te lo encargó? —pregunté sin esperar a que el Tigre Blanco hablase.

—Pues bueno... —dijo mirando a Berezvtski, que asintió—, fue el sargento Pulgar. Me dio un sobre con una foto del español a eliminar y su nombre escrito detrás.

—¿Tienes la foto?

—No, se la enseñé al *mecha* y le hice memorizar el nombre. Después se la devolví a Pulgar.

—¿Por qué tenía que ser eliminado Miguel Durán?



—Me dijo que quería hacerle daño a su hermano que estaba metido en el asunto de no sé qué contables.

Me quedé callado. Miraba la tierra seca, polvorienta bajo el sol del verano. Pronto empezaría a refrescar por las noches y el breve otoño ruso comenzaría. Berezvtski hizo un gesto al guardia y le dio las gracias. El tipo desapareció con su perro, que dejó de estar quieto como una estatua para moverse junto a su amo.

—Como ves, Masudov no sabía ni quién eras tú. Solo buscó al *mecha* — asentí—. Podrías matarlo, de eso no hay duda, pero tendrías a todos los guardias deseando matar españoles. No te lo recomiendo. Aquí tiene menos riesgos matar a un oficial a quien nadie echará de menos que a un soldado raso que tiene a toda una pandilla de compañeros descerebrados, nerviosos, deseando apretar el gatillo contra todo aquel que sospechen que es el asesino.

—No quiero más cargas en mi conciencia.

—Haces bien —me dijo iniciando la vuelta al interior de su barracón—. Si algún día puedes matar a Pulgar, hazlo, aunque tendrá que ser limpio y sin que te pillen, que no puedan demostrar quién fue.

Se despidió y desapareció en su guarida. Caminamos rumbo a nuestro territorio, a aquel edificio industrial de ladrillo donde estábamos en huelga de brazos caídos. Remoloneé antes de entrar.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Irlanda sacando un apestoso papirosa que se llevó a los labios para encenderlo con una cerilla frotada contra la pared.

—Nada. —No tenía ganas de hablar—. Ya ha muerto demasiada gente por mi culpa. No pienso hacer más nada. No voy a provocar a nadie para tener otro cadáver sobre mis hombros.

Oímos gritos dentro. Entramos movidos por la curiosidad. César Astor recibía una catarata de insultos con su habitual estoicismo, dos guardias lo protegían con sus perros. No sabía lo que pasaba, pero me imaginé que eran amenazas para que volviéramos al trabajo. A mí me daba igual, fui a mi litera y me acosté.

—¡Recuérdenlo! —oí gritar a Astor—. ¡Si no vuelven al trabajo en menos de tres días, empezarán los traslados! ¡Serán totales y los dispersarán por toda la URSS!

Los insultos y las bravatas continuaron. Como buenos españoles sabíamos que hablaba en serio y que tenía posibilidad de hacerlo, pero como

no iba a suceder ese día, pues daba igual.

A primeros de octubre me sacaron a punta de bayoneta de la celda, la huelga continuaba y todo aquello era un caos. Recuerdo los gritos de Palacios, pero desde finales de septiembre dos decenas de guripas estaban en celdas de castigo, incluso los oficiales tenían fecha para nuevos juicios. No quería líos, así que salí con aquellos tipos, me coloqué donde me dijeron. Estaban haciendo una partida de trabajo grande. Cuando juntaron trescientos hombres, nos pusimos en marcha. Nunca volvería a Karagandá, ese lugar donde mi hermano había muerto por mi culpa, al igual que en Monastirka aquel niño de la guerra, Mateo, había muerto por la misma razón. Agaché la cabeza sin mirar atrás con un peso en mis hombros que me había vuelto silencioso. Volvía a estar solo.

## 23. Karabás

Octubre de 1948

Karabás era un gulag de castigo, una mina de carbón cuyo hollín recubría todos los edificios del *lager*, un matadero donde morían quince presos al día. Los cadáveres se amontonaban en las entradas de las minas, los cuerpos formaban pequeñas colinas que se retiraban semanalmente en camiones para llevárselos a la estepa, donde se abandonaban.

Fui minero en Karabás, minero de pico oxidado y desvencijado con el cual era imposible arrancar ni una mísera vagoneta de carbón. Así que al final desechabas la idea de lograr cualquier tipo de cuota para empezar a tirar de las vagonetas que se llenaban con la piedra negra extraída por grandes perforadoras hidráulicas o las peligrosas explosiones de los barrenos, que provocaban derrumbes. Esa era la gran fosa común de Karabás. Sus minas tenían enterrados a miles de hombres, aplastados entre toneladas de carbón. Lo llamaban la veta de carne, que se *descubría* cuando una perforadora levantaba trozos de cadáveres de los pobres desgraciados a los que se les vino una galería encima en un derrumbe del que ya nadie se acordaba, o sí que lo recordaban, pero a la Unión Soviética sus esclavos se la traían al fresco.

Apenas hablé con nadie en aquel primer mes. La mayoría de los de mi cuadrilla eran chechenos y no entendía su idioma. Eran gente temible, no como los cofrades, más bien con los cocodrilos. Sabías que podías trabajar con ellos, comer con ellos, incluso sentarte a su lado a oírlos hablar hasta que el cansancio te rendía, pero en cualquier momento podían matarte. Stalin los había sacado de sus tierras en el Cáucaso para soltarlos en mitad de la nada.

—¿De dónde eres? —me dijo un hombre de unos treinta años—. Nunca hablas con nadie.

—De España —dije mirando aquella noche fría de noviembre.

—*Bozhe miy!* —exclamó sorprendido santiguándose como si hubiera visto al diablo—. Estas muy lejos de casa.

—Creo que todos estamos muy lejos de casa.

—Yo soy ucraniano, o lo era. Me trajeron aquí en el 34, tras el

Holodomor. —No quería preguntarle nada, pero él leyó la curiosidad en mi cara—. Stalin quería continuar la idea de Lenin; destruir Ucrania, así que acabó con nuestros campesinos e incautó su producción para llevársela a Rusia. En dos años mató de hambre a diez millones de ucranianos. Yo sobreviví junto con unos diez mil de una pequeña ciudad en el centro del país. Como premio, una noche aparecieron cientos de soldados, nos sacaron de nuestras casas y nos metieron en un tren. Llegamos a Siberia donde nos bajaron —sonrió de una manera extraña—. «¡Sobrevivid!», nos gritó un militar de gorra de plato. Murieron todos el primer año. Nadie sabía cómo sobrevivir en mitad de la nada, no teníamos herramientas, no teníamos nada. El hambre enloqueció a la gente...—Su rostro recordaba cosas terribles—. Yo conseguí llegar a un pueblo de nómadas donde viví dos años, hasta que fui a visitar a un médico y me detuvieron.

No dije nada, solo miré la llama dentro de una lámpara de petróleo.

—¿Y tú como has llegado hasta aquí? ¿Los soviéticos están en España?

—No, yo vine a luchar contra eso —Me levanté para entrar en mi barracón—, pero fracasé. Un fracaso total y absoluto.

—No se torture —se encogió de hombros—, el mal siempre gana, no se puede luchar contra eso.

Karabás era un mundo corrupto, todavía más que Karagandá, si es que eso era posible. Aquella tarde, oscura como todas, un grupo de tres cofrades, de la banda de los sektosei, intentaba darle una paliza a un *zek*. ¿Por qué? Posiblemente intentaron robarle y se defendió, o simplemente era una paliza para entrar en calor con aquel desgraciado. Pero no parecía que el tipo pensara dejarse quitar sus pocas pertenencias fácilmente. Se defendía devolviendo golpes, cortos, duros y directos. Me acerqué al grupo que miraba la pelea. Sin duda aquel hombre solo no tenía mucho que hacer con esos tres. Nadie tiene mucho que hacer contra tres. Lo miré. En guardia, cuerpo flexionado, esperándolos venir, para esquivar y golpear. Yo lo conocía de algo. Miré su rostro. Sin lugar a dudas. ¡Era él!

Aprovechando que un cofrade pasaba cerca de donde yo estaba, le propiné una patada en la rodilla que lo dobló y le di un gancho a la cara seguido de otro al cuello. Me agaché para coger un puñado de nieve que lancé a la cara de otro de ellos, que paró para quitársela. Demasiado tiempo. Le golpeé la cara con fuerza para tirarlo al suelo donde le propiné patadas. El tercer sektosei había recibido de lo lindo de mi reencontrado amigo, que me

miraba sin creerse que era yo.

—Prisionero D —dijo riendo y nos agarramos de los brazos—. Santiago.

—Prisionero S —reí yo—. Aleksandr.

Nos dimos un abrazo, con su alegría contagiosa. Era increíble que me lo encontrara después de llevar un mes allí sin tropezarnos. Estábamos cambiados, el hambre, la sed y el sufrimiento nos había transformado no solo físicamente.

—Te imaginaba en Madrid —me dijo con pesadumbre.

—Me dijeron lo mismo hace tiempo —sonreí cansado—, pero eso es una quimera absurda. Nunca volveré a España.

—¿Sigues pensando eso de que morirás en Rusia? —Negaba con la cabeza.

—Cada vez lo veo más claro.

—Pues esfuérzate más, porque estás muy lejos de Rusia.

Me reí. Era uno de los hombres más inteligentes que había conocido y que sin duda conocería. Su sentido del humor me desarmaba. Lo puse al día de toda mi peripecia desde que salí de Moscú.

—¿En qué barracón estás?

—Con los chechenos.

—Gente temible e indomable —dijo Aleksandr—. Creo que son los únicos de todos los pueblos soviéticos que nunca se doblegarán a la bota rusa.

—Por ahora no me han tocado.

—Te temen.

—¿A mí?

—Los españoles tenéis una leyenda por vuestras hazañas. —Me dio un golpe con la mano abierta en el hombro—. Pero olvídate de ellos, ven conmigo a mi barracón, hay literas libres y todos somos aburridos y melancólicos rusos.

Minutos antes de que sonaran los golpes en una vieja campana que indicaban el silencio, con una vela sacó de debajo de una mesa unos rollos de papel de diversos tipos, incluso había tela, trozos de manteles, un viejo lienzo escrito por detrás. Todo estaba escrito en letras cirílicas bien caligrafiadas, rectilíneas. La luz amarillenta titilaba débilmente, pero daba a mi amigo ese aire de Moisés cruzando el mar Rojo que siempre le vi.

—¿Qué es?

—Es la historia de todo esto.

— ¿Del gulag?

—Sí, mi querido amigo —dijo con una mirada que quemaba—. Algún día de todo esto no quedará nada, la madera se habrá podrido, el hierro oxidado y los cadáveres desaparecerán absorbidos por la tierra. Los años harán que todo se evapore, millones de seres humanos seremos borrados de la memoria de los vivos y nadie será responsable de nada. Pero yo voy a luchar por denunciarlo, por contarlo y que no se olvide. Porque los millones de inocentes merecen ser recordados y que los asesinos, al menos, sean señalados con el dedo.

Acaricié aquellos papeles, esos rollos llenos de letras que no entendía. Los coloqué en una sábana encerada que los protegía de la humedad. Até la tira de piel que hacía un paquete compacto y fácil de transportar. Lo miré a los ojos.

—Aleksandr Solzhenitsin, esto es lo más valioso que existe ahora mismo —le miraba aquellos ojos marrones—. Los asesinos no serán castigados, no habrá cadalso para ellos, ni siquiera jueces ni fiscales, no habrá justicia para sus víctimas. Pero esto —acaricié aquel paquete— será lo que permita que nadie diga que nunca pasó.

—¡Han traído a una decena de españoles heridos desde Karagandá! —me dijo un chico de unos quince años, moscovita, que llevaba un año dando tumbos en el torbellino del gulag junto con su abuelo, un sexagenario que, enfermo de asma, intentaba sobrevivir al polvillo negro que lo inundaba todo.

—¿Cuándo? —le pregunté mientras comíamos, en la boca de una de las minas, aquella sopa de coliflor llena de hollín, en la que yo desmenuzaba el trozo de pan extra que me habían dado por cumplir la cuota. Todo gracias a los manejos y picardía de Aleksandr para «cumplir» la cantidad mínima para obtener más comida.

—Los han traído ahora mismo en unas ambulancias. Muchos están muy mal. —Hizo el gesto de llevarse la mano a la frente.

—Cómete la sopa —me dijo Aleksandr— y olvídate hasta que terminemos. ¿Están el hospital?

—Sí —dijo el muchacho.

—Pues donde mejor tienen que estar. No puedes hacer nada y te meterás en un buen lío si te vas.

—De acuerdo —asentí volviéndome a sentar.

La tarde se me hizo eterna en aquella oscuridad monótona de aquel cielo

negro que rivalizaba en opresión con la galería que descendía a un laberinto de pasillos, maderos, lámparas y vías donde las siniestras vagonetas entraban y salían. A las nueve sonaba la sirena, formábamos fuera de la mina, se pasaba lista, se hacía recuento y se comprobaba. Manteniendo la formación salíamos rumbo al comedor, donde nos daban la cena que era lo mismo que el almuerzo. El polvillo del carbón en la garganta hacía que el agua fuera más necesaria que la comida, pero igual de escasa.

Salí a paso ligero aún con el agua bajándome por la garganta. Tenía una hora y media todavía antes de que sonara el toque de queda para ir al hospital e intentar que me dijeran algo. Junto con la residencia de los mandos, era el único edificio de cemento, un largo rectángulo lleno de ventanucos pequeños a la altura del techo.

—Aquí no se puede entrar con la ropa llena de carbón —dijo una mujer de mejillas azules y ojos saltones—. ¡Fuera!

—Solo quiero saber algo sobre los españoles que han traído.

—¡Fuera!

—¡Maldita puta de mierda! —bramé lleno de ira.

—Por favor, esto es un hospital —dijo la voz calmada en español de un hombre que venía por el pasillo lleno de camas.

—Discúlpeme, doctor —me quedé sin saber muy bien que decir—, no sabía que era usted español.

—Bueno, no nos conocemos. —Me tendió la mano—. Julián Fuster.

Le di la mano en un firme apretón de un hombre de unos tres o cuatro años mayor que yo, bien parecido. Tenía cara de buena persona, expresión limpia, tranquila, aunque se me antojaba uno de esos hombres con rictus de eterna preocupación.

—Santiago Durán —me presenté—. Perdóneme otra vez por los gritos.

—Le entiendo —asintió—. ¿Lleva mucho en el gulag?

—Desde el año 44.

—Es lógico que en este mundo perdamos todo vestigio de civilización. Yo llevo desde enero de este año... ¿Quieres conocer el estado de tus camaradas?

—Sí, por favor.

Entendí que su rostro no estuviera marcado por el infierno del gulag. Me dio la espalda para volver al pasillo donde estaban las camas. Lo vi buscar encima de una mesa, de donde trajo una tablilla.

—Bueno, han sido ocho españoles que han llegado de Karagandá —dijo mirando el papel— con heridas de distinta gravedad. Tres han necesitado cirugía, dos están internos. ¿Alguno en particular?

Miré los nombres cuando me mostró la tablilla. Los conocía a todos.

—En su mayoría son heridos por acumulación de golpes —dijo mirando la lista—. Tienen que estar en observación porque la paliza que han recibido puede generar complicaciones. A este... —forzó la vista para leerlo, el cansancio le pasaba factura— James O'Flaherty tuvo que operarlo por una perforación de estómago. Es el caso más grave. Y a Martín Carballo le tuve que operar la mano para salvársela. La tenía machacada a golpes.

—¡Dios mío! Son camaradas desde Alemania... ¿Quién es el tercero?

—Es Héctor Ordoñez, tuve que sacarle perdigones de la pierna.

—Es un veterano que sirvió con Lister. —Yo había hablado con él varias veces, ya que era de Las Palmas y tenía un carácter dado para las chanzas. Mi hermano se reía mucho con sus comparaciones disparatadas—. ¿Están muy mal?

—Ninguno está bien, pero tampoco están en riesgo de muerte, al menos hoy. Espero que en los próximos días evolucionen favorablemente, pero no aseguro nada.

—Gracias, doctor. —Un brote de emoción que no sentía desde que llegué a Karabás—. Ayúdelos, por favor, no puedo perder a más amigos.

—Pase mañana —me dijo mirándome con una empatía muy rara de ver en aquel mundo de pesadilla— y pregunte por mí. Le diré como va todo. Seguro que bien.

Me marché hacia el barracón, más tranquilo por saber que aquel hombre estaba cuidando de ellos. Por su acento era catalán, eso seguro. Habría tiempo de preguntarle cómo había llegado a terminar allí.

Desgraciadamente para mí no hubo más tiempo ni ocasiones de volver a verlo.

A las seis de la mañana aulló la alarma antiaérea que nos servía como despertador. Gritos, insultos, ladridos, latigazos. Los presos que encontraban a un vecino de cama muerto lo sacaban fuera y se lo identificaban al guardia, que miraba indiferente. Nos llevaban al baño a hacer nuestras necesidades, agua en un abrevadero, las manos, la cara o mejor mete la cabeza, pero sécatela bien o morirás congelado. Mejor no te mojes, el agua está sucia, llena de sudor, mocos, saliva y una capa de carbón en polvo que daba un toque



metálico... Decenas han pasado cuando llegas tú.

El pan estaba crudo, no era más que masa caliente, que bajaba con el vaso de agua. Esa ansiada agua con la que soñaba tantas veces, al igual que con pan, montañas de pan. Vasos de agua y kilos de pan. Después formábamos, recuento, segundo recuento, pasaban lista y se paraban en el primer nombre.

—Los que sean nombrados permanecerán quietos una vez que se dé orden de partida al trabajo.

—¿Traslados? —preguntó alguien.

—¡Silencio! —ordenó un guardia.

El cielo estaba oscuro y la nieve era empujada con violencia sobre nuestras caras. Los que golpeaban el suelo con las piernas para calentarse recibieron un culatazo. Los nombres eran muchos, tal vez cien, pero ahí apareció el mío.

—Santiago Durán.

—¡Joder! —No podría ir al hospital a ver cómo estaban los muchachos.

—Ahora que te estabas acostumbrando al servicio de habitaciones —dijo Aleksandr a mi lado.

—¡Silencio!

Sonreí, aunque sentía pesar. Llevaba poco más de un mes viviendo en aquel barracón lleno de intelectuales moscovitas y me había acostumbrado a sus largas historias rusas, a escucharlos tocar el violín, a sus discusiones sobre filosofía y literatura, a sus poemas bajo la luz de los candiles.

Una soldado me dio la cartulina amarilla con una franja verde que la cruzaba. En la casilla de destino ponía «hasta fin de trayecto».

—¡El resto en marcha! —berreó el guardia.

Aleksandr me dio un abrazo.

—Bueno, nos volvemos a despedir —dijo tranquilo—, pero nos volveremos a ver. Si hubo una segunda, habrá una tercera.

—No me fiaría yo tanto —le dije—, pero ojalá.

—No seas negativo, español —golpeó el dedo índice sobre mi pecho—, nos volveremos a ver y espero que no haya alambradas ni perros ni comunistas.

—Termina eso —no dije la palabra «libro», mucho chivato por allí cerca—, que nada quedé en el olvido.

Asintió. Esta vez el abrazo salió de mí. El golpe del látigo en el aire nos dijo que Aleksandr tenía que irse, los guardias se impacientaban.

—¡Formad una fila de cinco! —nos ordenaron a los que quedábamos—. ¡Caminaremos hasta el apeadero!

Vi que el joven Vitali y su abuelo también habían sido seleccionados para el viaje. El muchacho me miró desde tres filas más adelante. Su abuelo, el viejo Kisurin, miró a ver a quién estaba mirando su nieto. Al verme me saludó. El miedo en sus ojos era tan espeso como la nieve que caía con fuerza.

Cuatro horas de camino bajo un viento frío que penetraba en el cuerpo y lo atravesaba. Mis ojos solo veían la espalda del que tenía delante. Oía los latigazos para mantener la columna compacta y cómo disparaban contra los que no podían seguir el ritmo.

El tren nos esperaba, majestuoso, gigantesco y cálido. Volví a ver las tres grandes locomotoras que tiraban de una larga serpiente de vagones. Los guardias discutían con los maquinistas del tren. Los perros mordieron a un pobre hombre que se les acercó demasiado. Caído en el suelo, chilló dando patadas al aire hasta que las dentelladas lo destrozaron bajo la mirada divertida de guardias y de cofrades que habían bajado aprovechando la parada para llenar todos los alrededores de mierda.

—Santiago —me dijo alguien que se me acercó.

—¡Bazaga! —Le di un abrazo—. Pero ¿cómo?

—Nos dispersan a todos los españoles.

—Hay diez chicos heridos en Karabás.

—Los rojos se cansaron de tanta huelga y entraron a saco.

—¡Cobardes! —dije con una ira nada fingida.

—¿Sabes de los heridos?

—Están todos vivos en el hospital del *lager* —encogí los hombros—. Creo que saldrán con vida, estaban bien atendidos.

—Ahí viene ese payaso —dijo señalando a un guardia que se nos acercaba—. Vamos, que nuestro vagón está casi al final.

—¿Nuestro? —Me ilusioné al pensar en entrar y ver a todos los guripas allí—. ¿Están todos aquí?

—Qué va, solo Rosales y yo. Al resto los han ido metiendo en trenes a todas partes.

—Yo tengo como destino «fin de trayecto» —dije mientras íbamos a paso ligero hasta un vagón con la puerta abierta donde subían más *zeks*.

—¡Igual que nosotros! —dijo dando un grito para hacerse oír—, pero ya nos han dicho dónde es. —Dio un salto para subir dentro y me tendió la mano

desde arriba.

—¿Y dónde es?

—Vamos a la Kolymá —dijo mientras tiraba de mí.

Lo miré con incredulidad, pero no bromeaba. Había oído historias de esa región rusa en el otro lado del mundo de la que nadie volvía, que se había tragado a millones de esclavos construyendo sus carreteras, en sus minas de oro, pescando en sus barcos factoría. Decían que era otro planeta, al que describían como el horno crematorio blanco, el país de la muerte blanca, o simplemente *smert*, la muerte.

—La Kolymá —dije en voz baja. Solo su nombre daba terror.

—No volveremos ninguno —dijo alguien cuando se cerró la puerta del vagón tras nosotros.

## 24. Kolymá

Febrero de 1949

Había perdido la noción de los días que llevábamos metidos en aquel cajón cuando paramos en un *lager* inmenso en la Yakuta. Era como Karagandá, no tan grande, pero sí muy parecido. Abrieron las puertas para dejarnos salir la primera vez desde que salimos de Kazajistán. Saltamos hacia aquel andén, cayendo entre quejidos y suspiros. Llevábamos sentados, apoyados los unos sobre los otros durante todos aquellos días. La espalda me dolía tanto de tenerla encorvada que lloré al estirarme, grité de dolor y las rodillas me crujieron con un sonido seco cuando pude estirar las piernas. Un violento calambre hizo que la pierna se pusiera rígida como una tabla, dolía como si me clavarán un clavo ardiendo.

—*Dabai!* —gritaban los guardias haciendo estallar los látigos en el aire. Rosales tosía a mi lado mientras se levantaba con esfuerzo.

—Vamos, Santiago. —Me ayudó a levantarme.

Los dos levantamos a Bazaga, que tenía fiebre y una barba llena de canas. Por el tamaño de nuestras barbas al menos llevábamos viajando un mes. Los guardias levantaban a golpes de porra a los rezagados y las dentelladas de perro remataban a los que no podían seguir. Recuperé la movilidad en las piernas, el dolor en la espalda aflojó para dejarme caminar. Los guardias nos llevaron a una sala de baños donde un ejército de mujeres nos rasuró completamente. Se repitió el proceso de la ducha, la desinfección y el cambio de ropa. Ese día perdí mi guerrera que conservaba remendada desde el 44, pero la plaga de piojos que inundaban los vagones hacía imposible conservar cualquier cosa que no fueran las botas. Mis viejas botas reglamentarias, que le entregaron en Grafenwoehr a un chico con mi nombre y mi cuerpo, que ya no tenía nada que ver conmigo, mientras me las volvía a atar usando las tiras de cuero sin curtir que sustituyeron a los cordones hacía mucho tiempo.

Cuando salimos, los guardias repartieron el almuerzo que engullimos en aquel frío patio junto al andén. La nieve había dejado de caer, pero el viento cortaba la piel. Repartieron pasamontañas, abrigo, gorros orejeros.

—¡Conservadlo! —gritó un sargento del MGB—. ¡En Kolymá solo os darán una tumba!

Volvimos a subir al vagón, húmedo del veneno que utilizaban para matar los piojos. Apeataba tanto que irritaba las fosas nasales. Vi cómo subían Vitali y su abuelo. El muchacho me saludó con la cabeza mientras el viejo parecía ausente. Me sorprendió que siguiera vivo, pero mucho más sorprendido me quedé cuando vi a Beltrán Santillana entrar por la puerta. Llevaba la cabeza entera rasurada como todos, estaba mucho más flaco que la última vez que lo vi en Karagandá.

—¡Beltrán! —le dije levantándome trabajosamente para cogerle de los brazos—. ¿No me conoces?

Me miró fijamente estrechando los ojos como si le costara ver.

—¡Pero Dios! —dijo contrayendo el rostro de una manera que me sorprendió, los ojos se le arrugaron y comenzó a llorar—. ¡Santiago!

Volvimos a saltar del tren veintiocho días después. Esta vez no había apeadero, ni estación ni *lager*, solo nieve y guardias montados a caballo que nos miraban con la misma indiferencia que los demás. Fuimos cayendo como fardos, pero esta vez nadie se quedó acostado, la nieve y el frío matarían al que lo hiciese. Me saqué el gorro orejero para colocarme el pasamontañas y volver a ponerme aquel gorro bolchevique.

—¡Bienvenidos a Kolymá, sabandijas! —gritó uno de los guardias de rasgos chinos con un perro lanudo enorme atado a la silla de montar—. ¡En fila de cinco! ¡Mataremos a quien rompa la fila! ¡Y llegaremos a Magadan antes de seis horas!

La noche era oscura, no había una sola estrella, pero el aire estaba enrarecido, la tormenta se oía en el aire. Los latigazos marcaron el inicio de la marcha. Siete mil prisioneros caminaban sobre una carretera cubierta de troncos helados, rectilínea, sin una sola curva, difícil de caminar por ella. Demasiados resbalones, muchas caídas, sangre en la cara de los que caían, latigazos y disparos con los revólveres desde los caballos. Los lobos nos acompañaban, aullaban con una profundidad y fuerza como nunca antes los había oído. Se acercaron a la columna. «¡Santo Dios!», dijo Rosales al ver el tamaño de las bestias en la penumbra, los ojos brillándoles como ascuas. Los guardias dispararon al aire, pero los lobos no huyeron, solo se alejaron. Los caballos se encabritaron y uno mató de una coza a un prisionero.

—*Dabai! Dabai!* —gritó el chino—. ¡Corred o aquí os dejamos!

¡Carroña!

El *lager* era enorme, los focos iluminaban todo el campo. «Vajta Vanino» ponía en grandes mayúsculas bajo el eterno dibujo de Stalin con un timón en las manos. Nos llevaron a otro despioje y rasurado. Unos guardias animaban a dos cofrades a humillar al viejo Kisurin mientras estaba desnudo delante de su nieto, que intentó defender a su abuelo. Hui de esa imagen para refugiarme con mis cuatro camaradas en un rincón oscuro de aquella sala donde dormiríamos, con un trozo pan que desmenucé en una sopa aguada de hierbas amargas y sal. Nada saciaba el hambre, la sed tampoco se me calmaba. Se oyeron tiros. Los guardias asesinaban durante la noche y allí la noche era eterna.

*Queridísima Bosem:*

*Nunca sabrás lo mucho que te echo en falta, lo mucho que deseo oír tu voz, aunque solo sea un instante, pensar que soy capaz de recordarla. A veces sueño con ella, con tu voz, solo con ella, con todas las cosas que me decías. Pensar que no la voy a volver a escuchar nunca más fuera de mis recuerdos. No volveré a escuchar mi nombre pronunciado con tu acento berlinés. Es algo que marca el devenir de mis días con una oscuridad permanente a la que me he ido acostumbrando. Aceptando que eres el único triunfo de mi vida llena de fracaso. Conocerte a ti, tenerte en mis brazos, pasear contigo, quererte y que tú me quisieras a mí, tener un hijo contigo... ha sido lo único que podrá poner alguien en mi lápida, si es que hay esa lápida, en este planeta extraño al que acabo de llegar.*

*Cierro los ojos para pensar en ti.*

*Tuyo que te quiere muchísimo.*

*Santiago.*

El muelle tenía un número tres enorme, los focos lo iluminaban con una luz blanca, violenta y cruel. Eran las diez de la mañana, noche cerrada, ni un atisbo de sol. Esperábamos a que los guardias pasaran la pasarela que nos llevaría a un rompehielos de color rojo anaranjado con la hoz y el martillo al lado del nombre, Nogui.

—Uno de febrero —me señaló Rosales embutido en un pasamontañas aprisionado en un gorro orejero. Un almanaque en una oficina del puerto mostraba orgulloso un gran uno con un febrero y un 1949.

—Hemos estado viajando dos meses —dijo Bazaga con un resto de su voz.

—1949. —Negué con la cabeza—. Llevamos años viajando.

—Viajando a ninguna parte. —Rosales ya no tenía rabia en la voz.

—Sí, pero no sabíamos que teníamos que llegar hasta aquí.

Rosales y Santillana me miraron sin entender, Bazaga sí que lo sabía y completó mi pensamiento.

—Moriremos en el lugar donde nos lleve este barco.

—Ninguno volverá —dije asintiendo.

Sonó una campana tocada en lo alto del barco. Las pasarelas salieron de la cubierta, donde marineros con uniforme del MGB y ametralladora dispuesta nos indicaron que pasáramos.

—¡Vamos, trozos de pus! ¡Subid de una vez!

Éramos quinientos hombres entrando a la bodega del Nogui. Solo era eso, una bodega llena de literas. En una esquina un barril que servía como letrina y en la otra una cuba con agua potable.

—No hay camas para todos —dijo Santillana—. Démonos prisa en coger las nuestras.

—¿Seguro?

Tenía razón. Al menos cincuenta personas se quedaron sin camas. Tendrían que dormir en el suelo, según gritó un guardia desde la entrada de la bodega antes de cerrarla herméticamente desde fuera. Dos ventiladores se pusieron en marcha en el techo junto a tres focos de luz amarilla que daban una tonalidad naranja a todo aquel universo de pesadilla.

Vimos movimiento en las camas. Los blatniei expulsaron a todos los que estaban cerca de su zona, querían una esquina para ellos. Mientras, los sukas hicieron lo mismo en otra esquina. Los urkis conservaban una zona del centro. Por el momento estaban en silencio, callados, se miraban desafiantes. Si las miradas matasen... El silencio era denso, espeso en aquel sitio claustrofóbico. Nadie se atrevía a hablar, a romper el silencio. Nosotros ocupamos una litera de tres pisos, Rosales la cama de abajo de la que estaba al lado.

Una sirena aulló. Oímos los ruidos de la cadena del ancla subir golpeando el caso y, de repente, el infierno cayó sobre nosotros. El motor se puso en marcha, un martilleo hizo vibrar toda aquella bodega, ascendía de forma violenta por las literas atornilladas al suelo. Era como estar dentro del motor, no se podía hablar, ni se escuchaba nada. Coloqué la cabeza entre los brazos, intentando mitigar el ruido sin conseguirlo. Era doloroso, pero de la misma manera que lo fue el bombardeo de Krasni Bor. El barco comenzó a moverse, a girar para salir del puerto y toda una marea humana se desplazó

con él en aquella bodega. Quien no estuvo rápido para agarrarse se fue al suelo al verse empujado hacia los extremos del casco. Golpes entre cuerpos, piernas, gritos, caídas desde las literas más altas, fracturas, sangre, pero también vómitos sobre un suelo ya de por sí sucio.

Estuve agarrado a la columna de mi litera hasta que el barco salió de la bocana del puerto y empezó a navegar en línea recta. Los que llevaban dando tumbos en el suelo se fueron levantando con los cuerpos magullados, muchos con huesos rotos o dislocados, todos embadurnados en los vómitos que cubrían el suelo.

—¡Es un sitio encantador este! —gritó Rosales para hacerse oír sobre el ruido.

Pero de la misma manera que había comenzado, terminó el martilleo que nos había vuelto locos aquellas dos horas, ya que el motor lo seguíamos oyendo como un sonido grave, sordo, que nos acompañaría todo el viaje.

—¡Pero a quién tenemos aquí! —chilló uno de los blatniei desde la zona que controlaban—. Si tenemos aquí a un *nezhenka* para alegrarnos el viaje.

Los lamentos, quejidos y llantos que hasta ahora habían inundado aquella bodega se silenciaron de repente. Los cofrades estaban haciendo lo que hacían siempre, dominar el lugar a base de terror.

—Ya están estos perros otra vez —dijo Bazaga clavando los ojos miopes tras los cristales de sus gafas en aquellos tipos que, como lobos, se movían hacia el pobre Vitali, que, con un miedo atroz escrito en todo su cuerpo, sabía lo que buscaban.

Su abuelo se levantó rápidamente, a pesar de su edad y del mareo que lo hacía temblar. De un manotazo apartó a un cofrade que intentaba agarrar a su nieto por la cintura. Los compañeros de aquel criminal de dientes torcidos que miraba al viejo sorprendido, como si un perro hubiera hablado, se echaron a reír mirando cómo el viejo intentaba poner a su nieto tras él. A Dientes Torcidos no le pareció nada gracioso. De un manotazo golpeó al viejo en la cara y la cabeza se le estrelló contra la litera. El gemido del viejo Kisurin resonó en toda la bodega de una manera estremecedora. El joven Vitali intentó agarrar a su abuelo, que perdía el conocimiento.

—¡Ven aquí! —dijo uno de aquellos con un tatuaje de un puñal en la frente—. ¡No te vas a escapar, palomita!

El chico, agarrado por la espalda, intentó zafarse mientras aquel ser infrahumano hacía los movimientos del acto sexual. Los blatniei reían a



carcajadas mientras Vitali rompía a llorar cuando lo cogían por las piernas para arrastrarlo a sus literas. Uno de aquellos le golpeó con una patada en los nudillos cuando se agarró desesperado a una columna de la litera.

—¿Qué hacemos? —dijo Bazaga—. ¿Vamos a dejar que pase esto?

Estábamos de pie, junto a nuestras literas, tensos como cuerdas de guitarra. Oía llorar a aquel niño, desesperado, aterrorizado, y nadie hacía nada. Nosotros éramos cuatro, los blatniei cerca de treinta, llevaban cuchillos que mostraban con descaro. ¿Cuánto duraríamos si interveníamos? Todo el cuerpo empezó a dolerme, no era algo imaginario, era físico. Un dolor lacerante que me recorría la espalda desde el cuello para descender por los brazos. Empecé a sentir un mareo que me nublaba la vista.

—¿Estás bien? —me preguntó Rosales.

No le contesté. Alguien chilló algo en el fondo de aquella caja infecta que era aquel barco:

—¡Esa puta es nuestra!

Un suka venía acompañado de los suyos, todos con los cuchillos a la vista, la mirada con ese odio eterno que tenía aquella gente. Los blatniei se olvidaron del chico, no sin antes dejarlo en una de sus literas para centrarse en aquellos sukas a los que tanto aborrecían. Encarándose con aquellos, sonriendo con la misma rabia que habían tenido con Vitali y su abuelo. Comenzaron el tira y afloja propio de la carne de horca que eran.

—Dadnos a la puta y todos seguiremos siendo amigos.

Me senté en la cama. La tensión me dificultaba estar de pie, incluso respirar, los hombros me estallaban de dolor. No sabía lo que me pasaba, pero estaba muy mal. Puntos negros hacían que viese todo como si mirara por un tubo.

—¡Urkis para siempre!

Habían estado silenciosos, callados en su esquina, pero la tercera banda de criminales en aquel barco rompió la tregua para atacar a sus enemigos. Cuchillos en mano, atacaron a los blatniei y sukas, que, pillados por sorpresa, sufrieron algunas bajas, pero no tardaron en contraatacar. La pelea era de una violencia extrema, los cuchillos rasgaban el aire para acabar cortando la carne, sangre salpicándolo todo, los zeks corrían hacia los rincones intentando escapar de aquella pelea. Cerca de noventa cofrades se acuchillaban, golpeaban, estrangulaban sin piedad.

—¡Santiago! —oí a Santillana chillando a mi espalda—. ¡Cuidado!

Miré hacia atrás para ver cómo me hacía gestos señalando algo que pasaba a mi derecha. Rosales ponía la rodilla en la cama para alcanzar mi espalda con la mano. Miré hacia donde señalaba Santillana, pero me costó diferenciar lo que veía. Mi vista se concentró: dos criminales venían forcejando entre sí, abrazados, dándose golpes, intentando acuchillarse, por el estrecho pasillo entre las literas. Uno de ellos había conseguido zafarse dando una fuerte patada a su adversario. Dio un paso hacia detrás para chocar conmigo, pero no me miró, solo apretó su cuchillo de mango de hueso, tiró el brazo y el cuchillo pasó milímetros de mis parpados, tan cerca que noté la frialdad eléctrica de la hoja pasando por mi piel, rumbo al corazón de aquel suka.

No sé exactamente qué pasó dentro de mi cabeza en ese momento, pero cuando vi que el tipo apuñalado caía en el suelo, muerto, abriendo la palma de las manos para dejar caer un cuchillo con una empuñadura hecha con una gruesa cuerda, un sonoro pitido resonó un instante en mi cabeza para desaparecer todo lo que me rodeaba. Ya no estaba en la bodega de aquel barco. Me agaché para coger aquel cuchillo afilado hasta el cansancio, apreté el mango hasta que los nudillos se pusieron blancos. Ya no había dolores, ni vista distorsionada.

—¡Han entrado en la aldea! —grité con furia—. ¡Los rusos están aquí!

Yo no estaba allí, al menos mi cabeza me decía que estaba en una pequeña aldea rusa en 1941. Con la misma fuerza que apretaba el cuchillo lancé el brazo hacia delante para apuñalar en la nuca al cofrade que tenía delante. Bazaga cogió el cuchillo de mango de hueso que se fue al suelo. De la misma manera consiguieron armas Rosales y Santillana.

No recuerdo bien lo que pasó, solo momentos en que los cuatro, espalda contra espalda, apuñalábamos a todo cofrade que se nos ponía por delante. Yo no veía la bodega, solo veía la aldea fría en aquellas noches de catorce o dieciséis horas a veinte grados bajo cero en aquel lejano octubre de hacía ocho años.

Recuperé la consciencia cuando me senté en un pequeño escalón de madera que llevaba a la cuba del agua potable. Miré a mis tres camaradas. Todos al igual que yo, teníamos el cuerpo cubierto de sangre. Bazaga escupía en sus gafas para limpiar el pringoso rojo que las había vuelto traslúcidas. Rosales limpiaba su cuchillo en la ropa de un muerto mientras Santillana se sentaba a mi lado. No había ni un solo cofrade vivo.

—Les hemos dado bien —dijo Bazaga.

—Para que vuelvan. —Rosales volvía a tener ese deje cuartelero que había perdido.

—Todos no son nuestros, también se han matado entre ellos —Santillana hizo un gesto con la cabeza—, pero la mayoría sí que los hemos matado nosotros.

—¡Que se jodan! —chillé, para añadir en aquel silencio.

La puerta se abrió con el ruidoso girar de sus cerrojos. Cuatro marineros entraban con una marmita para la cena. Sus caras de fría inexpresividad se transformaron en incredulidad por lo que veían. Parecía que no reaccionaban, que la marmita donde llevaban la sopa no les pesaba. Uno de ellos dejó su caldero en el suelo para correr por el pasillo, gritando una palabra que nunca se había oído en el Nogui.

—¡Motín!

Timur Dasaev había sido capitán de barco en la marina soviética hasta que, en 1939, fue condenado a ocho años de trabajos forzados en la Kolymá. Hacían falta voluntarios para pilotar la línea de rompehielos que llegaban a Magadan. Como no se presentaban, purgaron a los que necesitaban. La condena terminó en el 47, pero no le autorizaron a volver a su casa en Rusia, así que allí estaba, mirando a cuatro *zeks* embadurnados de sangre mientras sus marineros apuntaban con las ametralladoras al resto. Los cadáveres apuñalados estaban por todas partes.

—¿Cuántos muertos hay? —dijo quitándose su gorra de plato para mostrar un pelo canoso que en su día fue rubio.

—Setenta y siete —dijo un soldado.

—¿Todos cofrades?

—Sí, camarada capitán.

Nos volvió a mirar con detenimiento. Paseó la mirada por nuestras caras serias, nuestra pose de firmes al estilo militar. Creo que le sorprendía tanto como lo que habíamos hecho.

—¿Saben ustedes lo que pasará cuando en Kolymá se enteren de esto en los campos? ¿Tienen alguna idea de cómo las bandas lo controlan todo? Solo habrá dos opciones, una estancia corta o que su fama haga que sobrevivan.

—Camarada... —dijo un guardia apremiando a su capitán.

—Haga una partida de veinte hombres para que tiren los cadáveres por la borda y que el resto limpie toda esta inmundicia. Agua salada y cepillos.

Quiero esto limpio en dos horas. Ayuno hasta mañana.

Cargamos con los muertos hasta la cubierta para tirarlos al mar, un mar negro que se unía a la oscuridad del cielo. Los bloques de hielo flotaban enormes sobre el agua, las gaviotas boreales graznaban sobre nuestras cabezas, blancas como espectros, mientras copos de nieve impulsados por el viento glacial iban llenándolo todo.

—¡Fuera!

Salimos atontados, casi cojeando, apoyados los unos en los otros. Atravesamos la pasarela rumbo a un muelle repleto de barcos de pesca, deslumbrados por la pureza de la nieve y el hielo del agua. El sol aparecía en el horizonte, pero no ascendía, solo se quedaba ahí con una luz blanquecina que, tras aquellos cuatro días de penumbra en aquella maloliente bodega, era como un potente foco. En el horizonte se veían las montañas de la Kamchatka, otro de esos territorios de los que nadie volvía. Una gran bola de fuego refulgía en ella. Después supe que eran los volcanes, que en aquel mundo salvaje y primitivo la tierra estaba todavía en formación.

Entramos en Magadan, una ciudad gulag dedicada a la pesca con sus barcos factorías donde trabajaban presos que pasaban meses en alta mar, al igual que Karagandá. Aquella ciudad nació siendo un gulag. No había nada antes de que Stalin decidiera secuestrar a dos millones de polacos, botín de guerra de su invasión del país junto a los nazis en el 39, para llevarlos a aquel rincón del mundo y, a golpe de látigo, obligarlos a construir todo aquello.

Pero nosotros estuvimos allí poco tiempo. Tras el periodo de cuarentena, salimos caminando durante diez días por uno de los paisajes más aterradores que nunca pensé que existieran. La blancura infinita, las montañas gigantescas, los volcanes, los bosques congelados con ese viento que aullaba, que no te dejaba ver, que te atravesaba de forma violenta, peor que en Rusia, peor que en Kazajistán, peor que en todas partes. La noche ártica era pavorosa. Escuchábamos a los lobos rondar, atacar en la oscuridad. Devorados por alimañas, congelados, perdidos en las tormentas de nieve, despeñados en los precipicios, asesinados por los guardias o los cofrades, servidos como alimento a los perros lanudos que nos acompañaban. De los cinco mil presos que salimos en la columna morían cien al día. Todo era muerte en Kolymá.

Arkagala se llamaba nuestro destino. Era una mina de oro que se abría en la tierra como si millones de esclavos la hubieran excavado antes de llegar nosotros, cosa que había sido así. Bajamos a su interior por un camino ancho

por el que subían y bajaban camiones al interior. Pasamos por todo aquello, pegándonos a la pared cuando una locomotora sacaba decenas de vagonetas llenas de arenisca.

—*Dabai! Dabai!* —Uno de los guardias nos indicó por dónde teníamos que entrar.

Una galería cavada en la mina, larga como agujero de gusano. Cabían dos hileras de hombres que, acostados, apenas dejaban espacio para que alguien pasara entre los pies de unos y los otros. No había camas, ni colchones, ni paja, solo mantas en las que nos enrollábamos para dormir sobre la piedra. Las lámparas de petróleo colgaban sobre el techo y daban una luz débil de penumbra. Pero daba igual, allí solo se iba a dormir, por lo demás, la vida se hacía en las galerías reventando piedra para convertirla en arena y llenar las vagonetas. ¡Malditas vagonetas! Silenciosas y asesinas, mataban a más gente que los derrumbes.

—¿Vosotros sois los españoles que matasteis a cien cofrades en el Nogui? —dijo una voz tras nosotros que nos hizo volvernos.

—¿Quién lo pregunta? —respondió Beltrán Santillana desafiante para quedarnos callados ante la decena de hombres que teníamos delante.

—¿Qué pasa, españoles, no os gusta Kolymá? —dijo con una sonrisa que se contagió a los otros. Ninguno de ellos tenía nariz ni orejas, los huecos estaban ahí, pero sus narices habían desaparecido.

—Nosotros los matamos —dije tratando de no mostrar impresión por aquellos rostros deformados como calaveras vivientes—. ¿Algún problema con eso?

—No, por mí... —miró a los suyos—... por nosotros ninguno. Solo aclaraos una cosa: aquí nosotros estamos en el alto de la pirámide, ni siquiera los guardias están seguros cuando nosotros estamos cerca.

—Menos lobos —dije mirándole a los ojos. Aquellos hombres abrieron sus abrigo para mostrar sus cuchillos trabados en sus cinturones—. ¿Cuchillos? Nosotros también tenemos.

—Fíjate en cómo los guardias ponen el dedo en el gatillo cuando nosotros andamos cerca —dijo aquel hombre.

—Sí, pero los guardias son rusos —meneé burlón la cabeza—. Nosotros somos españoles, y ya se sabe.

—¿Qué se sabe? —Su mirada era agresiva.

—Que no hay nada que nos guste más que una fiesta y una muerte

hermosa, llena de absurdo e inútil heroísmo.

La mirada fue intensa, pero lo noté divertido hasta que rompió a reír.

—Malditos españoles, todo el mundo habla de lo que hicisteis en el barco. —Nos miró a los cuatro—. Tuvisteis mucho valor y demostrasteis que sois hombres y no ovejas. Pero no os metáis con nosotros, vosotros por vuestro lado y nosotros por el nuestro. Nosotros no queremos nada, ni nos interesa nada, ni queremos volver, ni salir vivos de aquí.

—¿Por qué no queréis volver? —preguntó Bazaga pensando en voz alta.

—¿Crees que alguien quiere ver aparecer en la puerta de su casa al pariente retornado con esta cara? —Se acarició el rostro mutilado.

—¿Quién os hizo eso? —Volvió a la carga Diego Bazaga.

—El frío —sonrió con malicia—. Cuando llegamos a los polacos, nadie nos dio gorros orejeros, ni pasamontañas, ni bufandas, ni todas esas cosas finas que dan ahora, y el frío hizo que se nos congelaran las orejas y las narices —hizo un gesto teatral— que se cayeron como las hojas en otoño.

—Con nosotros no tendréis problemas, así que dejémoslo estar —corté aquella conversación.

—Eso espero. —Se dieron la vuelta para irse, pero antes miró hacia atrás—. Pero andaos con cuidado. Los cofrades no perdonan.

—Nosotros tampoco, y pueden venir cuando quieran, que los recibiremos como se merecen.

Santillana me miró sonriendo, Bernardo y Diego me dieron una palmada en el pecho. Volvimos a picar piedra, teníamos que cumplir la cuota.

El viento se escuchaba en el exterior, las tormentas duraban días, semanas, en la Kolymá. Las explosiones de algún volcán en erupción llegaban de la lejanía por el subsuelo, añadiendo irrealidad en aquella mina de la cual no habíamos salidos desde hacía meses. Los veteranos de aquel mundo extraño y violento canturreaban aquello de «Kolymá, Kolymá, planeta encantado, el invierno tiene doce meses, lo que queda es el verano».

Pero se equivocaban. Un día a finales de mayo nos sacaron fuera. Recuerdo cómo el sol estaba en lo alto, en el cielo no había una sola nube. Los guardias nos dieron herramientas de carpintería y nos dijeron que teníamos que reparar los edificios que pronto ocuparía el resto cuando llegase el verano. Uno de aquellos hombres sin nariz era el jefe de aquella partida de trabajo, un carpintero nacido en Finlandia, preso allí desde el año 39.

—Imitad lo que hacemos los que sabemos, no es difícil —dijo en un ruso

con acento fines.

A pesar del frío y del duro trabajo, fue un alivio ver el sol. Un sol que no calentaba aún, pero que no se ponía nunca. Allí estaba en lo alto, toda la noche y todo el día, no había diferencias, tal vez la noche era un poco más gris, pero no había oscuridad.

—Debe de ser madrugada —dijo Rosales— y mira qué luz hay. Esto es una locura.

—Duerme —le dijo Bazaga—. ¿No tienes suficiente con catorce horas de trabajo para que te cueste dormir?

El verano llegó de repente. No fue un verano frío, las temperaturas subieron hasta los treinta grados. Kolymá perdió su manto blanco para mostrar una belleza increíble. Las montañas se mostraban grises con cientos de cascadas llenando lagos con el agua del deshielo, los valles se tiñeron de un verde increíble, los glaciares con su nieve milenaria seguían aguantando como lenguas blancas en lo alto de los picos, los ríos bajaban crecidos haciendo caprichosas curvas en prados de hierba altas. Miles de animales aparecían por todas partes. Salían de sus escondites. La vida tenía su oportunidad en aquel universo blanco.

La sopa tenía un trozo de remolacha flotando en el centro, lo saqué con las manos para comérmelo. La tranquilidad del bosque era embriagadora, a pesar de que, en dos kilómetros a la redonda, dos mil personas comían su almuerzo en aquel cálido mediodía de agosto. Yo me había alejado del grupo, quería estar un rato solo, unos treinta metros nada más. Un guardia me había visto y no me había dicho nada. Dejé el cuenco sobre un tocón de árbol recién cortado. Era a eso a lo que nos dedicábamos en verano, a cortar árboles para fabricar vigas para la mina.

Desmenucé un trozo de pan, afanado del bolsillo de un muerto, para echarlo en la sopa del eterno color blanquecino con aquellos trozos de hierbas. De aquella manera parecía más sustanciosa. Metí la cuchara y lo vi en el borde del cuenco. Estilizado, con sus dos alas dispuestas para despegar, grande como todos los mosquitos de Kolymá. Me quedé quieto un instante y oí lo que venía después: un montón de maldiciones, chillidos y movimiento en el bosque.

Millones de mosquitos habían caído en formación cerrada sobre nosotros. Me quedé quieto, esperando tontamente a que pasaran de largo. ¡Dios, haz que me dejen comer tranquilo! Pero no pudo ser. El primer

mosquito había saltado a la sopa y movía las patas con sus alas sobre mi comida. Le siguieron muchos de sus estúpidos compañeros, no sé cuántos, pero tenía la sopa cubierta de aquellos asquerosos bichos. No podía tirar la comida, así que hundí la cuchara intentando evitar los mosquitos que flotaban, pero se iban al fondo con ella. Así que me comí aquella sopa espesa de pan y mosquitos. Seguían cayendo dentro. La bandada de mosquitos era gigantesca, como aquellas plagas bíblicas. Revolví la sopa y me la comí con cientos dentro, que me bajaron por la garganta con un sabor dulzón.

—Santiago —dijo Bazaga poniéndose la mano en la boca para evitar que los bichos le entraran—, vamos.

—¿A dónde? —le dije de mal humor.

—Santillana ha encontrado un caballo muerto en el prado que está medio podrido. —Movía una mano para espantar a los mosquitos, pero estos le atacaban con más saña—. ¡Joder! Esto es peor que la Parrala.

Me reí para levantarme, coger el cuenco y la cuchara. Bazaga me metió prisa, caminé a paso ligero. Carne, aunque fuera poca, era carne, proteínas, grasa... Si era un caballo, tenía que estar muy podrido para que no se pudiera aprovechar. Las tripas se me agitaron. Un calambre me azuzó el estómago. Mis piernas corrían.

—Rápido —repetía Bazaga—. Cuando dejé a Rosales y a Santillana, nadie se había dado cuenta.

—*Dabai! Dabai!* —dije imitando a los guardias para sacarle una sonrisa a Diego.

Salimos del bosque y vimos a los dos en medio de aquel descampado junto a un enorme caballo muerto. Bernardo Rosales y Beltrán Santillana estaban de pie. Para nuestra desgracia no estaban solos, un grupo de skodi estaban frente a ellos, sin camisetas, luciendo tatuajes llenos de calaveras apuñaladas en los ojos. Corrimos hacia nuestros camaradas que tenían los cuchillos en la mano. Nosotros sacamos los nuestros.

—¿Qué pasa aquí? —dije nada más llegar con Diego a la altura de nuestros amigos.

—Estos, que quieren llevarse el caballo entero —dijo Santillana cuchillo en mano.

—¡Españoles de mierda! —gritó uno de ellos con una rosa de los vientos tatuada en el pecho—. ¡Debimos haberos matado hace tiempo!

—Pues ahora podéis hacerlo —dijo Rosales con la mirada cetrina de



hijo de mineros asturianos.

—Eso. Venid, venid —dijo Diego Bazaga desafiante.

Los skodi se miraron entre sí para esbozar sonrisas burlonas. Eso era lo bueno que tenía Diego, siempre era infravalorado por su aspecto de contable de una aseguradora u oficinista en una notaría. Cuando lo veían repartiendo viajes al hospital o al cementerio, entonces ya no había risas.

—Os podéis quedar con la parte podrida —dije contándolos. Doce skodi clavaban su mirada bravucona. Uno de ellos dio un paso hacia adelante—. Si te acercas más...

El hombre paró para escupir desde donde estaba sobre el caballo. Aquello solo podía terminar de una manera. Eran cofrades, los reyes del gulag, los que sobrevivían y quienes mejor vivían, los chivatos, los encargados de terminar con los motines, los que evitaban las fugas... Así que lancé la mano a la altura de su cara. Un rápido movimiento de media luna y una gruesa línea roja se dibujó en su mejilla para ascenderle hasta la frente.

La sangre era lo suficientemente cuantiosa para que ya no hubiera sonrisas desafiantes. No hizo falta más. Aquellos facinerosos se lanzaron contra nosotros de la forma que hacían siempre, en grupo, de un tirón y sin apenas defenderse. Los españoles nos cuadramos para vender caras nuestras vidas a cambio de un pedazo de carne roída por gusanos. En realidad, no era aquello. Ninguno hubiera muerto por ese caballo de tripa inflada por la descomposición. Aquello era tan viejo como aquella frase del «detrás de nadie». Por ahora no éramos *mechas* para vivir solo para comer y respirar.

Pero no había nada que atrajera más en el gulag que una pelea y el prado se fue llenando no solo de cofrades de distintas bandas, sino de desnarigados que atacaban a todo el que se pusiera por delante. Acabamos a una treintena de metros del caballo muerto, al que ya nadie hacía caso, espalda con espalda y repartiendo cuchilladas a todo el que se acercaba.

—¡Esto es una locura! —gritó Santillana.

—¡Es hora de ir cogiendo las de Villadiego! —exclamó Rosales diciendo lo que todos pensábamos—. ¡Como broma ya está bien!

—Pues al primero que vea un pasillo... —dije apuñalando a uno que llevaba rato buscándome.

Un rugido como un trueno se oyó tras la zona del caballo y un cofrade hizo un amago de gritar que fue cortado con un sonido gutural mientras su cabeza desaparecía en las fauces de un oso marrón que, alzado, mostraba sus

tres metros de altura. A su lado tres más pequeños perseguían a los más cercanos, que huían despavoridos para no tardar en caer derribados por las zarpas de aquellos osos que les clavaban las mandíbulas en la espalda. El oso que rugió daba zarpazos a todo el que tenía cerca. Sin duda en Kolymá el oso era el dueño.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Bazaga cuando ya empezábamos la carrera hacia el bosque.

Los osos grandes corrieron detrás de aquellos humanos estúpidos que pensaban que un caballo muerto iba a escapar a su olfato. Los veíamos acercarse, grandes, gordos, peludos y marrones, con las fauces abiertas y el hocico lleno de sangre. Corríamos sin mirar atrás. Los guardias tiraban de los perros que enseñaban los colmillos con el lomo erizado de una forma absurda, querían ser destrozados entre las patas hiperdesarrolladas de aquellos seiscientos kilos de carne. Un guardia disparó una ráfaga de ametralladora al aire y los osos pararon, se quedaron quietos para rugir con fuerza a modo de advertencia y se dieron la vuelta para ir a disfrutar de su cacería.

Los guardias no podían parar aquel pánico. No había columna de a cinco, no había formación, ni látigos marcando el paso, solo había terror en estado puro. Presos que seguían corriendo a pesar de los gritos de los guardias, los tiros al aire y los perros que, sueltos, corrían tras los más veloces para morderles en los tobillos, tirándolos al suelo. Nosotros paramos nada más salir del bosque para caminar por el prado de hierba alta que llevaba a nuestro campamento cuando, en un instante, un anillo recorrió el cielo.

No era un anillo realmente, era una especie de parte de un círculo de dimensiones inimaginables que recorría el cielo con un aura de un dorado translucido. Todos nos quedamos parados. Le siguió otro anillo más estrecho que avanzaba hacia el horizonte de forma más lenta. Hubo un tercero que trajo un resplandor que cubrió durante un instante aquella luminosa tarde de agosto con una especie de plástico transparente y arrugado. Sé que solo era un efecto visual, no era algo físico, pero todo terminó con una capa de nubes que también de la misma manera cubrieron el cielo con un blanco diáfano, que se evaporó en seguida. Fue tan intenso que todo el mundo se quedó mirando hacia arriba, incluso los perros pararon, sobrecogidos por lo que acababan de ver.

—¿Qué ha sido eso? —dijo alguien.

—Es la Kolymá, que es un país maldito —gritó otro.

Los supimos mucho después en una de las muchas películas de

propaganda: aquel veintidós de agosto la Unión Soviética había lanzado su primera bomba atómica sobre suelo siberiano. El miedo atómico había comenzado en todo el mundo, pero en aquel hormiguero de seres humanos que era la mina de Arkagala en la Kolymá de eso no sabíamos nada.

Veíamos cómo sacaban los cadáveres del día anterior para tirarlos en un carro. Hacía mucho frío y los cuatro encargados de aquello se afanaban en lanzar los veinte cadáveres de manera que no se fueran al suelo. Estaban congelados, hacían un siniestro ruido a la hora de chocar contra los del día anterior. En el carro, el cochero miraba indiferente hacia adelante, la nieve le salpicaba el abrigo con el que se protegía. Sí, en la Kolymá del frío solo te protegías, nada más, era imposible que no lo sintieras.

Un camión llegó hasta donde estábamos, sus faros nos alumbraron tan cerca que parecía que había pensado atropellarnos.

—¿Los españoles? —dijo un guardia con un parche en un ojo.

—Sí —respondí.

—¿Durán, Bazaga, Rosales y... —forzó la vista— Santillana?

—Los mismos —dijo Bazaga.

—Pues subid al camión y tranquilitos, que volvéis a Rusia.

—Sí, vuestro destino es Borovichi. —Nos repartió desde la ventana las cartulinas amarillas—. Os repatrián.

—¿A España? —preguntó Santillana como una exhalación.

—¡Subíos de una vez!

Corrimos a la parte trasera para subir a aquel camión. Nos encontramos a seis húngaros que también viajaban de vuelta y les habían dicho que serían repatriados.

—¿Será verdad? ¿Será posible?

Dos días después llegamos a Magadan. No había salido el sol en todo el trayecto y tampoco saldría. La tormenta de nieve empezaba a formarse, así que nos llevaron directos al puerto. El Nogui nos esperaba en el mismo puerto de donde salimos.

—¿Estamos soñando? —preguntó Beltrán Santillana a nuestras incrédulas caras.

—No lo sé —dije inexpresivo—, pero si es un sueño, está claro que salimos de Kolymá.

—Quien vive de sueños muere de desengaños —sentenció Diego Bazaga. Entramos en aquel rompehielos. En la bodega los prisioneros eran todos

prisioneros de guerra como nosotros, alemanes en su mayoría, pero también húngaros, austriacos, checos, eslovacos, rumanos y cuatro españoles. A todos le habían dicho lo mismo: «Iréis a un *lager* de agrupamiento y después la repatriación».

El viaje fue igual de terrible que la ida, pero ahora todo el mundo tenía esperanza, no había cofrades, solo había camaradería. Pensé en la vuelta, pero evité pensar en lo único que me hacía infeliz de todo eso. Pensé en mi hermano Miguel para no pensar en Bosem cuando me vino a la cabeza la figura ridícula de Pulgar. Si todos los españoles estábamos reunidos en Borovichi, entonces los antifascistas estarían allí con sus monsergas, y si los antifascistas estaban, Pulgar tendría que estar. Apreté el mango de mi cuchillo para murmurar con una cantinela: «Pulgar, estoy en camino».

*Queridísima Bosem:*

*¿Hace cuantos años que nos vimos por última vez? Fue en febrero del 43. ¡Dios mío! ¡Pronto hará siete años! ¡Siete años desde aquel día malvado en que te dije todo aquello! No quiero pensar en nada de ello, pero está ahí como un punzón helado clavado en mi pecho. A veces imagino que te pido perdón y tú me perdonas. Sé que solo son imaginaciones, que nada de eso va a pasar, que mi destino al igual que era conocerte, era morir en esta inmensa soledad que es mi mundo sin ti. Dicen que volvemos a España, pero tú no estarás allí, así que sé que la alegría solo será momentánea, la del regreso a la familia y a la patria. Pero la euforia pasará y pronto viviré de los recuerdos de la felicidad que tuve contigo, de Riga y Kolpino, de los años de la guerra, de tus ojos marrones mirándome desde la almohada de una cálida cama que nos envolvía en mantas donde mi cuerpo se perdía en el tuyo. A veces me pregunto si pensarás en mí con cariño, si recordarás aquellos momentos en que comíamos trozos de aquel chocolate terroso y tan dulce que yo afanaba en la cocina del cuartel. Se te ponían los labios muy oscuros cuando lo comías, parecías una niña que se había pintado con una pintura de su madre. Me gustaba mucho verte así, desnuda con los labios embadurnados y diciéndome que me querías en medio de aquella habitación con la luz otoñal de aquellas tardes en que te quise tanto.*

*Tuyo que te quiere, te recuerda y te perdió para siempre.*

*Santiago.*

## 25. Borovichi

Enero de 1950

—Aquí cada vez hay menos gente —dijo Carballo enderezándose mientras se apoyaba en el grueso azadón sobre la turbera.

—¿Menos gente? le pregunté mientras me sentaba sobre aquella especie de barro grasiento que ardía como la yesca.

—Sí —asintió quitándose el sombrero para pasarse la mano por la cabeza cada día más calva—. Dime cuántos alemanes, austriacos y húngaros ves

Tenía razón. En el último mes la partida de trabajo cada vez era más escasa y la Mina, nombre que le dábamos a la zona de castigo del *lager* de Borovichi, ya no era transitada por los alemanes, ni por los pocos austriacos que quedaban en Rusia. Solo los españoles y pocos más.

—Dicen que los alemanes no trabajan porque los van a repatriar en breve —dijo Fanjul, un guripa madrileño con un parche en el ojo por una patada de un guardia en algún campo de los muchos que había visitado.

—¿Eso de las repatriaciones es real o es un mito con que nos tienen adormecidos? —dije mirando aquel cielo frío de febrero.

Todos se callaron. Un gesto de Carballo indicándome que se acercaba un guardia hizo que me pusiera en pie para coger la pala y continuar llenando la carretilla con la dichosa turba marrón, cuyo polvillo se pegaba a la piel. Fanjul la llevaría hasta el depósito donde la recogería el camión, mientras Carballo picaba para formar un buen montón que yo echaría con la pala en la carretilla para que Fanjul la llevara. Y así todo el día, todos aquellos meses. Hacía catorce desde que llegamos de Kolymá y nada había cambiado.

Llegamos a finales de enero del 50. Recuerdo cómo nos miraban todos. No sé qué haría si viera a un fantasma, pero sí sé cómo lo miraría, porque a mí, a nosotros, nos miraron de la misma manera cuando entramos en el barracón después de la cuarentena. «¡Alabado sea Dios! ¡Estáis vivos!», gritó Palacios rompiendo el silencio que precedió a la algarabía de todos los que estaban allí. Nuestras historias sobre el país de la muerte llenaron horas hasta

que se cansaron de oírlos. «¡Héroes! ¡Es lo que son ustedes!», exclamaba entretos el teniente Rosaleny, cada vez más enfermo con su pulmón tuberculoso que hacía presagiar lo peor. «Es el comandante Santillana, mi capitán». Presenté a Beltrán a Palacios, que lo miró extrañado: «¿Comandante?». Beltrán sonrió para añadir: «No soy comandante desde el 39». Palacios asintió: «Da igual. Aquí somos todos militares españoles y lo demás sobra». Beltrán asintió y vi cómo el saludo que le hicimos todos valió para él como un imperio. No es que Palacios se pusiera a sus órdenes, eso sabíamos que no iba a pasar, pero fue el reconocimiento como militar español lo que emocionó a Beltrán, no como un soldado político ni nada parecido, solo un soldado.

Ahora, a diez de febrero del 51, ya pocos creían que la repatriación llegara. Nos decían que era cuestión de meses, tal vez en el próximo trimestre. Esa era su frase favorita. «Tal vez en el próximo trimestre». Oímos el silbato de uno de los guardias, se acababa el trabajo por hoy. Caminamos hasta los camiones que nos llevarían a los barracones. Irlanda ya estaba en el camión con Rosales y Bazaga cuando subimos, saludos con la cabeza y mucho cansancio. Cuando el camión estuvo lleno, se puso en marcha para atravesar los treinta kilómetros que separaban la mina del campo. Todos íbamos en silencio, miradas perdidas, desinterés y apatía. Nada es más duro para el ánimo más fuerte que la desilusión, y eso era Borovichi, una enorme y terrible desilusión.

Formados en filas delante de los camiones para ir a la mina, eran las siete de la mañana y un viento frío cortaba la piel, los guardias leían la lista. Tan brutales, fríos y altivos como en todos los campos, leían con un acento horrible los apellidos. No nos reíamos porque allí por cualquier cosa te llevaban a las celdas de castigo, un centro que llamábamos la Cárcel por su tamaño y número de «habitaciones». Allí no salías sin una paliza y una pulmonía del frío que hacía. Todo era brutalidad en el paraíso del obrero.

—¡Suban a los camiones! —chilló el guardia.

—¿Por qué no hay alemanes ni austriacos trabajando en la mina? —chillé yo.

—¡Silencio! —volvió a chillar el guardia—. ¡No se habla en la fila!

—¡No me da la gana callarme! ¿Por qué no hay alemanes en la mina?

—Eso a ti, gusano de mierda, no te interesa.

—¡No hay alemanes porque se les ha declarado exentos a la hora de trabajar! —chillé con rabia—. ¡Y gusano lo será el cabrón de tu padre!

El guardia no sabía qué hacer. Dentro del *lager* no llevaban armas de fuego, sabían que tenían prohibido matar a presos extranjeros, Moscú los necesitaba para su propaganda. Si a alguno se le calentaba la sangre, sacaba la pistola y mataba a uno, le esperaba el paredón para él y el gulag para su familia. Aquel tipo deseaba matarme con locura, pero no tenía posibilidades, ni siquiera un perro, ya que todos aquellos animales feroces estaban en la zona de la alambrada y las torretas, la única en la que no importaba tu nacionalidad para matarte si la traspasabas.

—¡Vuelve a tu sitio, *fashistskoye der 'mo!* —rugió.

—No. Si los alemanes no trabajan, yo tampoco. —Me di la vuelta para ir hacia el barracón pequeño. Los españoles ocupábamos dos barracones, uno pequeño y otro grande.

—¡Alto!

No hice caso. Entré en aquella casa de madera para irme a mi litera a acostarme. Detrás oí un jaleo de insultos, amenazas. Pasos de mis camaradas entrando en el barracón.

—¡Que trabaje Rita la Cantaora! —dijo Rosales acostándose en su cama.

—Hoy Mulikov nos echará de menos en su asquerosa mina —dijo Irlanda, refiriéndose al brutal capitán Mulikov, director de la mina, y a su afición por los castigos con látigo, las patadas en la cabeza y desnudar a los castigados bajo el frío ruso.

—Mal rayo lo parta a él y a su puta madre —dijo Bazaga mientras se quedaba dormido.

—Se han llevado detenido a Salamanca —dijo Oroquieta con el rostro grisáceo por la apatía.

—¿Cuándo? —preguntó Palacios sorprendido.

—Esta tarde —dijo con las mismas gafas redondas que llevaba Bazaga—. Lo han pillado solo y a golpes se lo han llevado a la cárcel.

—¿Cuántos han metido allí dentro?

—¿Veinte? —respondió Oroquieta sin ganas de hablar.

—Me preocupan Altura y Rosaleny. Ambos llevan muchas celdas de castigo, huelgas de hambre, palizas... —dijo Palacios pasándose la mano por la cabeza, su pelo cada vez retrocedía más.

—Sin olvidar lo enfermo que está Rosaleny —añadió el alférez José del Castillo.

Los miraba desde mi cama. Qué ambiente tan diferente al de Karagandá,

cuando aquella cámara que era nuestro barracón era una algarabía de gente activa que planeaba todo tipo de cosas, desde cómo sisar más comida o engañar en la cuota hasta cómo ajustarles las cuentas a cofrades. Ahora éramos un grupo donde el silencio era lo habitual, las miradas perdidas, los bostezos, las respuestas con monosílabos o simples gruñidos.

—¿Tú crees que volveremos a España alguna vez? —me preguntó Carballo desde su litera encima de la mía.

—Los alemanes siguen aquí —le dije como si eso lo explicara todo.

—Pero los italianos no —protestó.

—Stalin nos odia.

—¿Más que a los alemanes?

—Stalin tiene a la Pasionaria todo el día como una garrapata pegada a la oreja, metiendo cizaña contra nosotros.

—Yo estuve en un gulag en los Urales —dijo Carlos Pestana, un mallorquín de pelo rizado y expresión melancólica— donde había una decena de americanos a los que Stalin detuvo durante la guerra acusándolos de espiar para Estados Unidos. ¡Aliados y detenidos! ¿Creen que los van a soltar alguna vez?

Un sonido de cristales rotos cortó la conversación. Un golpe en una madera nos hizo ponernos de pie para mirar a la entrada del barracón donde Palacios pateaba el retrato de Stalin que había descolgado de la pared. Los cristales estaban por el suelo mientras el cántabro daba patadas sobre la fina plancha de madera donde una foto coloreada del Zar Rojo se quebraba deformando la imagen del dictador.

Todos mirábamos en silencio. Aquello era un delito muy grave. Veinticinco años de cárcel si el guardia de turno no decidía meterte dos tiros y dejarte en el sitio. Pero allí estaba Teodoro Palacios, frío, racional, reflexivo, un hombre que había escrito una historia breve de España para que los divisionarios que no tenían formación más allá de las cuatro reglas conocieran algo de la historia de su país, que había mandado cartas a los dirigentes soviéticos cuestionando sus discursos, que había mantenido largas discusiones con comandantes de campos sobre la legalidad de tal o cual detención. Ahora, movido por una rabia total, las venas del cuello como cables sosteniendo un puente de acero en una ría vasca, los labios retorcidos en una mueca feroz a juego con sus ojos oscuros bordeando la locura.

El cuadro hecho añicos a sus pies. Recogió los trozos de la fotografía,



los llevó a la letrina para dejarlos caer en el hueco sucio donde hacíamos nuestras necesidades. «Esto nos va a traer muchos problemas», dijo el capitán Asensi, pero nadie le escuchó. Era un veterano capitán que conocía a mi hermano del Alcázar, un héroe de nuestra guerra, pero allí en el gulag su actitud era la de contemporizar con el enemigo, no meterse en líos. Por su antigüedad, podría haber sido el líder de los españoles en aquel infierno, pero prefirió evitarse líos para dejar que Palacios y Oroquieta llevaran la voz cantante. El cántabro lo fulminó con la mirada. Le habría pegado si hubieran estado solos, pero la mentalidad militar impedía que Palacios siquiera cuestionara a otro capitán delante de la tropa.

—¡Con dos cojones, sí, señor! —chilló aplaudiendo el alférez José del Castillo, mientras desafiaba a Asensi a decir algo, pero ni por esas.

—Vamos, recojan los cristales —ordené sacando mis galones de sargento a relucir—. Los trozos de madera a la estufa.

—¿Piensas pintar la pared? —me preguntó Rosales señalando con la cabeza el recuadro que habían dejado el cuadro y el paso de los años.

—Vamos a ver si no se dan cuenta cuando vengan a traer la cena.

—¿Cuándo hemos tenido suerte en los últimos años? —dijo Bazaga a modo de pregunta que nadie iba a responder.

Los guardias trajeron un caldero de sopa, esta vez sin pan, ya que por la huelga nos había recortado la ración. Se dieron cuenta de que faltaba el cuadro y dieron la voz de alarma pidiendo refuerzos. Apareció Mulikov con veinte de sus hombres.

—¡Registradlo todo!

Rompieron todo lo que encontraron, rasgaron los colchones tirando por el suelo la paja, juegos de ajedrez, barajas de cartas, pequeñas cajas fabricadas por los propios guripas donde guardaban pequeñas cosas. Todo fue destruido. Encontraron varias cosas que consideraron contrabando, a pesar de que sabían que habían sido compradas en la cantina del campo. Los presos cobrábamos cuatro rublos al día, aunque yo llevaba años sin ver ni un rublo hasta que llegué allí. Piensen que una llamada de un minuto a Moscú costaba tres rublos y medio, así que imagínense lo poco que valían esos cuatro rublos.

—¡Contrabando! —gritaba un guardia al encontrar papel de fumar, un revenido trozo de pan negro, unas pipas de girasol conservadas como oro en paño, una pequeña botella.

—Pero ¿qué dices? —gritó Rosales encarándose con un guardia—. ¡Eso

está comprado en vuestra cueva de ladrones! ¡Donde nos sacáis el percal!

El látigo de Mulikov viajó con un certero golpe de muñeca hasta la cabeza de Rosales, que cayó inconsciente. Los gritos de los guripas se redoblaron, el asturiano tenía un corte en el cráneo. Mulikov miró, orgulloso de sí mismo.

—Recoged a ese. Llevadlo al médico para que lo remiende. —Enrolló despacio su látigo mientras su rostro volvió a la seriedad inexpresiva de esa gente—. Por lo demás, los que tenían contrabando van detenidos.

Diez guripas acabaron en la cárcel y nadie durmió, víctima del nerviosismo.

—Lo dije. Actitudes provocativas hacen que nuestra vida aquí sea más difícil —dijo Asensi.

Tenía razón. La rabia de Palacios nos costó caro, pero también él dio la cara muchas veces por otros.

—¡Cállese! —le grité con rabia—. ¡Qué sabrá usted de vida difícil! ¡Qué sabrá usted de nada que no sea cumplir con lo que le dicen!

—Tranquilidad, sargento —dijo Palacios.

—Sí, mi capitán.

A veces pienso que Asensi tenía razón, que igual debimos ser más dóciles, menos levantiscos, pero nadie pensó en nada de eso y, a esa altura de la historia, el camino ya estaba más que andado para venir ahora con monsergas de ese tipo. «Y si hubiera...». Cuántos daños hicieron las frases que empezaban así. Ya no podíamos hacer nada. La locura que ocurriría en Borovichi acababa de empezar.

Las cajas de cartón rodaron por la mesa, algunas eran solo trozos de cajas sin nada dentro. Zurita, un guripa de Álava, e Irlanda las colocaron con calma en la mesa. Fueron mirando los nombres y las leyeron en voz alta. Eran nombres de alemanes comunistas que colaboraban con los rusos. El tono de ambos era colérico. Irlanda era más sarcástico, con sus ojos azules refulgiendo en su delgadez que empezaba a ser extrema. Desde la operación ya no era tan fuerte como antes. Aun así, siempre decía que le debía la vida a aquel cirujano. Terminaron de leer los nombres y de sus bolsillos sacaron lo que parecían unos trozos de papel mojado y sucio.

— ¿Quieren saber lo que pone aquí? — dice James O'Flaherty natural de Kerry, Irlanda. Nadie responde, porque nadie está de humor después de lo que pasó con el registro de hace tres noches, pero le miran con expectación.

—Habla de una vez— dijo Carballo.

Comienzan a leer los nombres de cuarenta divisionarios, varios llevan años muertos. Cuando terminan hace una enrabieta y teatral reverencia.

—¿Os suena de algo la Evangelische Hilfwerkfür o algo así? —dijo Zurita.

—Ni idea.

—Abreviad —ordenó Palacios.

—Mi capitán, es la organización que mandó estos paquetes que hemos encontrado en la basura, con nombres alemanes en dichas cajas, pero que en todos se puede ver que la etiqueta está arrancada, y alguien escribió los nombres con tinta. ¿Por qué? —Volvió a abrir las manos como si fuera un presentador de un teatro de variedades—. Pues porque aquí —mostró los papeles— están las etiquetas arrancadas con los nombres de sus auténticos destinatarios, estos cuarenta españoles, de los que muchos estáis aquí, otros en la cárcel y más de los que nos gustaría en el otro mundo.

Nos lanzamos a mirar las cajas, ver las etiquetas. Nadie decía nada, la ira iba subiendo.

—Antes de venir a enseñároslo, preguntamos por aquí y por allá —dijo Zurita— y a César Astor se le escapó que el encargado de la paquetería del campo está siendo... —sonrió malévolamente— el sargento Pulgar, que ahora parece que es teniente.

—¡Pulgar en Borovichi! —dijo Bazaga.

—Sí, el mismo bastardo —aseguró James—. Es el artífice de esto.

—Ha preferido que sean los alemanes los que tengan los paquetes de ayuda que los españoles. —Carballo masticaba la rabia.

—Silencio —pidió Palacios sin necesidad de gritar entre las voces que llenaban la barraca—. Recuerden que estábamos decidiendo si volvíamos al trabajo para mejorar la situación no solo nuestra, también de los camaradas presos.

—¡Ni hablar! ¡Son nuestros paquetes!

—¡Ya está bien de mentiras!

—¡Huelga! ¡Que trabaje Pulgar y sus amigos rojos!

—¡Y ahora —atronó Bazaga— con su permiso, capitán, voy a buscar mi paquete al alemán que lo tiene! —Palacios asintió—. ¿Quién me sigue?

Le siguieron todos menos los oficiales y yo, que me quedé sentado, asombrado por lo que acababa de oír. Pulgar estaba en Borovichi. Repetía esa

frase una y otra vez. Me las pagaría, no sabía ni cómo ni cuándo, pero me las pagaría, buscaría una oportunidad por difícil que fuera.

No fue tan difícil. Los acontecimientos se precipitarían.

—Al final el cura no viene —dijo Urrutia, cabo bilbaíno con más aspecto de monje que de soldado, ante la cara de asombro de todos los allí presentes.

—¿Cómo que no viene? —preguntó Palacios desde su litera.

Finales de marzo. Habíamos vuelto al trabajo hacía una semana con la promesa de que recibiríamos los paquetes de ayuda y que se liberaría a nuestros compañeros en la cárcel. Aquel día era una festividad soviética, alguno del Olimpo de dioses comunistas había muerto o había nacido, nunca sabíamos quién era, pero aquel día tocaba descanso.

—Pues no —negó el vasco con cara de fastidio—. Apareció Pulgar donde los alemanes y le dijo al cura que si se enteraba de que estaba dando misa, lo enviaría a un *lager* en las quimbambas.

—Maldito Pulgar —dijo un alférez que jugaba a las cartas con Carballo, Bazaga e Irlanda—. ¿Cómo se entera de todo?

—Chivatos hay y de sobra —dijo Palacios con la mano en la frente, los ojos cerrados y expresión de fastidio.

—Pues no hay misa de Semana Santa —dijo alguien desde el fondo de las literas.

—En Navidad no hubo problemas con aquel polaco —intervino Carballo mientras barajaba.

—Sí, pero ahí no estaba el Pulgarcito vigilando —replicó Fanjul.

—Silencio —ordenó Palacios poniéndose de pie—. ¡Atención! —Todo el mundo se levantó para acercarse a escucharle—. Llevamos una semana trabajando para que los rusos piensen que pueden darnos lo que nos corresponde como si fuera un pago que nos hacen. Todo lo que pedimos es lo que tienen por derecho todos los prisioneros de guerra. ¿Qué nos han dado en esta semana? Diez paquetes de ayuda cuando somos más de doscientos hombres. ¿Cuántos de nuestros camaradas en la cárcel han sido liberados? Ni uno solo. ¿Se nos han dado noticias sobre la repatriación o al menos sobre la posibilidad de escribir a nuestras familias? Nada de nada.

—¡Ya está bien! —gritó José del Castillo con un desespero que no era nada fingido. Los brotes de desesperación eran habituales.

—Por lo tanto —continuó el capitán—, la única opción es una huelga

total de hambre y de brazos caídos. Sé que la huelga de hambre es algo que no puedo exigir a ninguno de vosotros, pero no veo otra manera de conseguir algo.

—¡Huelga entonces!

En silencio, callado, acostado en mi cama, sin decir ni media palabra, no tenía ganas de nada. Llevaba días deprimido, pensando en Bosem y en mi hijo. Llegaba a desconectar totalmente de la realidad para imaginar un mundo paralelo que solo existía en mi cabeza. Era como un sueño, una vida inconsciente de la cual cada vez me costaba más volver. Solo la violencia, la tensión y el caos de aquellos primeros días de abril hicieron que dejara a un lado mi mundo interior, donde era un padre de familia y llevaba una vida normal.

Fue el cinco de abril cuando sonaron los golpes en la puerta para que nos levantáramos. Los guardias entraron dando los gritos habituales que servían como despertador. Eran las seis de la mañana. Había que estar en la mina a las siete. Mientras nos llevaban al aseo, dos guardias dejaron un caldero de té con un cucharón y una bandeja con los trozos de pan para el desayuno que colocaron en las dos mesas donde comíamos.

Volvimos de los diez minutos que teníamos para lavarnos y usar el retrete, pero no fuimos a las mesas, nuestro destino fueron nuestras camas. Los guardias no tardaron en entrar a buscarnos, viendo que no salíamos a formar para subirnos a los camiones.

—¿Qué ocurre? —dijo uno de los guardias intentando no mostrar sorpresa al ver los alimentos sin tocar en la mesa.

—Recoja eso —respondió Palacios con el tono imperativo de capitán del ejército—. Aquí no se come ni se trabaja hasta que no se cumpla con lo prometido.

—¡Que no se trabaja! —chilló el guardia con un alarido casi cómico—. ¡A formar afuera ahora mismo!

—Más vale que te vayas —le dije con calma, levantándome de mi litera—. No llevas la ametralladora y ahora mismo lo que creas que representa ese uniforme para nosotros no es nada.

Me miró como si fuera un niño pequeño al que le acaban de echar del patio del colegio. Se dio la vuelta para salir por la puerta con un paso acelerado, nervioso. Palacios me dio una palmada en la espalda para decirme al oído:

—Otro Durán.

—Mi capitán, no soy ni la mitad de militar ni de hombre que fue mi hermano. Él era un héroe, yo solo un superviviente.

Si quiso decirme algo más o no, no hubo opción. Un estruendo de botas resonó en los escalones que llevaban al barracón. Entraron una treintena de guardias con las porras en la mano. Entre ellos venía Mulikov con su látigo de cuero negro trenzado, pero esta vez era solo uno más, ya que el jefe del *lager*, el comandante Kisiliev, y el jefe de los guardias, el comandante Makarov, aparecieron frente a nosotros. Eran los jefazos, al menos dentro de las alambradas. Nadie tiene más poder que ellos.

—Le ordeno —dijo Makarov clavando la vista en Palacios— que obligue a sus hombres a salir, subir a los camiones y empezar a trabajar.

—Esto no es una decisión militar —replicó Palacios sin cambiar el gesto—, es una decisión personal de cada uno de los prisioneros de guerra españoles.

—¿Qué demonios quiere ahora, Palacios? —Salpicó de saliva la boca de Kisiliev—. Ustedes no son prisioneros de guerra, vinieron a este país...

—Solo queremos los derechos que tienen los alemanes, los austriacos, los polacos, los húngaros... El sermón sobra.

—Hable, su excelencia —dijo socarrón Makarov mientras los suyos se reían—. Pida por esa boca.

—Queremos mantener correspondencia con nuestras familias, como los alemanes. Queremos recibir los paquetes de la Cruz Roja, como los alemanes. Queremos estar exentos del trabajo en la mina, como los alemanes. Queremos noticias de nuestra liberación, como los alemanes las tienen. —La voz de Palacios era un torrente—. Y queremos la libertad de nuestros camaradas en las celdas de castigo, que usted bien sabe, ya hace mucho que debieron haber salido.

—Nada de eso es cuestión nuestra. —Kisiliev ya no sonreía, no estaba acostumbrado a que le dieran órdenes.

—Pues busque a quien mande de verdad y cuando lo tenga nos lo manda. Aquí no trabaja nadie y la comida se la ahorra.

Se fueron de allí como vinieron, haciendo ruido con las botas, como si fueran una banda de militares de opereta. Pero de graciosos no tenían ni un pelo. Una orden de Moscú y nos dispararían desde fuera, atravesando las paredes de la barraca. Pero Stalin nos quería vivos.

Makarov volvió a media mañana junto con un séquito de guardias y nada más y nada menos que Pulgar venía junto a él. Estaba más gordo que en Karagandá, aprisionado en el abrigo reglamentario del uniforme de MGB. Parecía un saco donde se enrollaba un colchón. Se colocaron justo debajo de donde estaba el retrato de Stalin roto por Palacios, que nadie se había atrevido a reponer.

—Moscú deniega todas sus peticiones. No habrá correspondencia, ni paquetes ni información sobre hipotéticas repatriaciones. —El silencio era espeso, submarino. Las palabras «hipotéticas repatriaciones» nos hicieron despertar de un sueño que creíamos posible durante aquellos meses.

—¿Y eso hasta cuándo va a durar? —dijo Palacios, forzado a evitar que se le notara el golpe que sentimos todos.

—Hasta que España cambie de régimen.

—Mejor sería que cambiaran ustedes el suyo —gritó Carballo haciéndonos sonreír.

—Quiero saber qué piensan hacer ustedes —dijo Makarov haciendo como que no había escuchado nada.

—Ayunar y descansar.

—Buscan problemas por lo que veo. —Puso cara de padre resignado—. Mientras pasan hambre y descansan, cosa habitual en la chusma fascista, aquí les presento al oficial encargado de la correspondencia y de todo lo relativo a los españoles —hizo un gesto con la mano—, el teniente Moisés Pulgar.

No sé por qué, pero me dio la risa. No pude evitarlo y rompí en carcajadas. La indignación de todos se frenó para mirarme con curiosidad, incluso Palacios se sentía violento por mis risotadas. No podía parar de reír, tanto que se me saltaban las lágrimas.

—Sargento Durán... —dijo Palacios.

—¡Perdón, mi capitán! ¡Este imbécil teniente! —Reía con las manos en los ojos—. ¡Teniente! ¡Pues sí que están jodidos ustedes para poner a este zoquete de teniente!

—¡Usted! —gritó Makarov—. ¡A declarar!

Cuatro guardias con las porras en la mano se abrieron paso en el grupo hasta donde yo estaba. Me agarraron mientras me reía casi de forma histérica. Al pasar por delante de Pulgar y Makarov hice el saludo militar.

—A sus órdenes, mi tenien... —No pude acabar la frase, la risa no me dejaba, no podía parar mientras me sacaban fuera. Detrás de mí oí reír a los muchachos en el barracón.

La cárcel era un sitio frío, un edificio de madera sin complicaciones, como una barraca llena de cuartuchos donde apenas podías estirar las piernas acostado. Cuartos forrados de planchas metálicas en tres de las cuatro paredes, para congelar al individuo con esa humedad convirtiéndose en escarcha. Sin olvidar los cubos de agua fría, bien fuera de noche o de día. No solo estaban las celdas, donde el aburrimiento te mataba. En la cárcel había también tres vigas de madera en sendas salas donde colgaban a los presos al estilo Lubyanka, y les daban hasta cansarse con porras, descargas eléctricas. Les arrancaban las uñas, les amputaban los dedos... A mí me llevaron a una sala de interrogatorios, aunque esta no era como las de Moscú, piedra angular de todo psicópata torturador que se precie, más bien era una simple oficina con una mesa llena de papeles, una lámpara tipo flexo, un sillón giratorio y la dura banqueta de madera plegable donde me sentaron de un empujón. También había un cartel donde una joven con una trenza sobre el hombro miraba furiosa para decir con letras en rojo sangre: «Solo en el comunismo la libertad es real».

Cuando vi la carpeta amarilla con mi expediente, puse los ojos en blanco. ¡Ahí venían con eso otra vez! El interrogador del MGB me miró bajo unas gruesas cejas rubias en una cara redonda de paleta. Llevaba un gorro cónico acabado en pico sobre la cabeza, con una estrella roja cosida en medio.



—Antes de que empiece, no voy a firmar nada, ni declarar nada, ni contestar nada. Si quiere ahorrarse las preguntas y puede pasar a los puñetazos...

—No —dijo riéndose—, aquí nos gusta más amputar los dedos con tenazas. —Se pasó la lengua por los labios.

—Eso ya se lo he visto hacer. —Me fijé en un periódico que tenía en la mesa. La cara de aquel hombre que aparecía en la fotografía era inconfundible—. ¿Ese es Ott?

—Ni idea —dijo el ruso mirando el ejemplar de *Pravda*—. ¿Lo conoce?

—Más de la cuenta.

—Pues —comenzó a leer no sin dificultad—: «Alfred Ott, subjefe de la Stasi en la RDA, es recibido por Viktor Abakúmov en Moscú». —Me miró sorprendido—. ¿De qué le conoce usted?

—Era un nazi de los de campeonato. —Abrió la boca sorprendido—. Dirigía un batallón de castigo que iba por la retaguardia matando a todo judío que encontrase.

—Bueno, a la URSS no le gustan esos judíos cosmopolitas desagradecidos.

—¿Ah, no? —Ahora quien abría la boca era yo.

—Se está llevando a cabo una persecución de los judíos cosmopolitas para eliminar el sionismo y toda injerencia de esa secta en la URSS. El camarada Stalin ha dicho que sean denunciados y el sistema purgado de la influencia judía —repetía como un loro.

—Pues también mataba rusos a montones...- me encogí de hombros-. Bueno, igual que ustedes.

—¿Usted cooperaba con él?

—¿Yo? Solo soy culpable de una cosa.

—¿De cuál? Dígame.

—De no haberlo matado cuando pude a él y a toda su mierda de banda de matones. —Ahí venía otra vez un «si hubiera»—. Si hubiera matado a ese cabrón aquella tarde de primavera en un pueblo ruso, Nepexo se llamaba, mi vida sería otra totalmente distinta.

—Bueno, lo que usted dice demuestra que la justicia soviética redime al delincuente y castiga al culpable. —Puso sonrisa de cocinero en la entrada de un restaurante.

—Ilústreme.

—Él era un nazi criminal que asesinaba como un loco por culpa de la alienación fascista. Fue capturado, colaboró con nosotros y fue reeducado en la doctrina comunista. Ahora es un alto cargo del KPD en Alemania y un dirigente de su policía secreta, que utilizará sus conocimientos adquiridos en las SS para luchar contra los fascistas. Mientras usted está aquí prisionero pagando por sus crímenes, sin querer reeducarse ni aceptar la fe comunista. ¿Le gusta ser un criminal?

—¿Conoce a un tal Ramón Turión Albertos?

—¿El camarada Nuga? —Volvía a asombrarse—. ¡Claro que sí! Es uno de los altos dignatarios del Partido Comunista de España en Moscú. Todo el mundo habla de él como posible ministro cuando caiga Franco.

—¿Y Gabriel Pulgar? ¿Qué me dice de él?

—Tiene futuro en el MGB. Si lo hace bien, posiblemente obtenga una plaza en Moscú. Se le ve muy cumplidor.

—¿Sabe lo que soy yo?

—Dígame usted.

—Un desgraciado que lo ha perdido todo y los que se lo han quitado están en lo más alto de la montaña. Un quiero y no puedo, eso es lo que soy, mientras ellos corren con el viento en una vida próspera que blanquea la sangre que tienen en sus manos. Yo soy el que llora a mis dos hermanos y la pérdida de una mujer que debe de haberse olvidado de mí hace años. ¡Joder! ¿Cuánto llevo sin verla? ¿Cuánto lleva sin saber nada de mí? ¡Ocho años pensando que estoy muerto! Estaría loca para seguir esperándome y más cuando le dije que no lo hiciera. Yo habría podido estar con ella si ese matarife de Ott se hubiera metido en sus asuntos, pero su premio ha sido vivir en Berlín con todo el lujo de un jefe comunista. Yo vine a Rusia persiguiendo al... camarada Nuga, como usted lo llama. Fusiló a mi hermano por creer en Dios... Mírelo ahí en Moscú hartándose de caviar y de lamerle el culo a Stalin con todos los otros comunistas españoles. Pulgar organizó el asesinato de mi hermano mayor para vengarse de mí. ¿El motivo? Cumplir las órdenes que me encomendó el jefe del gulag en Karagandá, o sea, un pez gordo comunista, y como las cumplí como solo un español sabe cumplirlas, Pulgarcito mandó matar a mi hermano y ahora hace méritos para darse la gran vida soviética. Así que sí, un perdedor de los grandes.

—Pues deje de perder —dijo empujando las hojas—. Firme y sea como ellos. Es muy sencillo. No somos malos. En la URSS no le pedimos otra cosa

que obedecer y nada más.

Miré las hojas para mirarlo a él y sonreír.

—Es igual.

Seis de abril. El sol de la mañana, todavía frío para aquella época del año, me despertó en la silla del despacho. Tenía hambre, pero estábamos en huelga. El interrogador no estaba en el despacho, se había ido a las tantas de la madrugada, muy borracho después de vaciar dos botellas de vodka mientras me hacía las mismas preguntas decenas de veces. En el reloj de la pared, junto al retrato de Stalin, las agujas marcaban las once de la mañana. Me levanté para salir de allí. Giré el pomo. Para mi sorpresa, la puerta se abrió. No había nadie en el pasillo. Solo un guardia que dormía en un viejo sillón junto a la entrada de la cárcel.

Fuera se oía escándalo, gritos, voces, una discusión donde oí a Makarov que discutía a unos metros de la puerta con Palacios y una decena de guripas. Despacio me acerqué a la puerta para poner el ojo en la mirilla. Había por lo menos una veintena de guardias, al menos era lo que alcanzaba a ver en el pequeño ojo de buey. Discutían por la liberación de los presos. Palacios pedía que fuera total, Makarov dijo que solo saldrían los enfermos que irían directos al hospital, y tal vez en diez días podrán ir saliendo el resto.

Despacio me di la vuelta, caminé por el pasillo de las celdas y fui quitando los fechillos. Iba abriendo las puertas una tras otra, pidiendo silencio a los sorprendidos camaradas que me veían asomar la cabeza. Beltrán fue el primero en verme asomar la cabeza, lo noté viejísimo, pero nadie rejuvenece recibiendo una paliza diaria.

—¡Chsss! —Me puse el dedo en los labios.

Todos asentían y sonreían para salir al pasillo, donde nos íbamos concentrando. Rosales me agarró fuertemente del hombro. Tenía un vendaje que le cubría como un turbante, pero sus ojos irradiaban furia y gratitud. Ángel Salamanca salió con una ligera cojera que decía que no era nada. Caminamos hasta la entrada y nos colocamos frente a la puerta. Por señas les dije: «Silencio, todos aquí hasta que yo diga».

Solo era cuestión de esperar.

—¡Suelte a doce y a los más enfermos! —ordenaba fuera Makarov.

—¡Sí, camarada comandante! —respondía junto a la puerta un cabo del MGB que metía la llave en la cerradura para girarla ruidosamente. La puerta se abrió unos centímetros, dándome la señal.

—¡Ahora! —grité propinando una patada con la planta del pie sobre aquella puerta de gruesa madera, que se abrió violentamente hacia el exterior para chocar contra el guardia, que se fue al suelo—. ¡Vámonos!

Salimos en tromba, como una jauría de lobos, corriendo en todas las direcciones. Los guardias encargados de proteger a Makarov echaron a correr cuando vieron a su comandante salir como alma que lleva el diablo hacia sus cuarteles junto a las torretas. No los perseguimos. Vi a Pulgar veloz junto a dos antifascistas españoles huir los primeros. Nosotros corrimos en todas las direcciones chillando, pero con un mismo destino.

Entramos en el barracón grande, donde nos concentramos todos los españoles que estábamos prisioneros, salvo los que quedaban en el hospital. Los abrazos, las risas y los vítores llenaron de alegría aquella estancia.

—¡Estás loco! —me dijo Carballo riéndose—. ¡Pulgar estaba rojo como la grana y tú riéndote! —Me puso las manos en las mejillas y me dio un beso en la frente.

—¡Quita! —Reí.

Fueron unos momentos de euforia mientras cerraban la puerta del barracón. Varios guripas ayudados por algunos pilotos republicanos que se habían unido a la huelga colocaron literas como parapetos para evitar que la puerta quedase abierta. Salamanca los dirigió dando instrucciones de cómo tenían que ir los muebles para evitar que cualquier empujón sobre la puerta hiciera que cayeran. Uno de los pilotos fue zapador antes de montarse en un avión, así que trabajaron muy bien juntos.

—Eres un héroe. —Dijeron a mi espalda.

—¡Qué va! —Me volví sonriendo para ver a Beltrán Santillana y darle un abrazo—. ¡Me alegra muchísimo verte fuera de aquella nevera!

—Más me alegró ver tu cara asomar por la puerta de esa hielera.

—Bueno, tampoco es que os haya traído a la libertad —dije encogiendo los hombros con resignación.

—Da igual —sonrió con pesimismo—. Como dice Palacios, seremos prisioneros, pero no esclavos.

—Pues los esclavistas vendrán.

No hubo mucho que esperar, tal vez una hora o más, pero los golpes en la puerta resonaron con fuerza. Todos en tensión dentro. Se habían desmontado muebles para usar sus maderas como mazas y porras. Algunos tenían correas sacadas de los somieres de algunas camas, enrolladas en sus puños. Oroquieta

había ordenado no utilizar los clavos, nadie quería matar a un guardia y darles la excusa perfecta para dispararnos.

—Abran la puerta —dijo Palacios.

Fermín Montero, albaceteño y niño de la guerra, prisionero en el gulag desde el 40, abrió la puerta lo justo para que un teniente ruso atravesara medio cuerpo. Detrás venían varios guardias.

—¡Qué está pasando aquí! —gritó el guardia, pero no le dio tiempo a más. Bernardo Rosales estaba con la espalda pegada a la otra hoja de la puerta, la que no se había abierto, y dejó pasar a aquel lampiño, inexpresivo, que huele a colonia y tabaco. Rosales hizo tensión con los brazos, levantó la tabla de litera que llevaba en las manos y con toda su rabia, que no era poca, se la estampó en la cara al teniente.

El golpe fue seco, duro y fuerte. Mijaíl Lavrov, teniente del MGB, salió del barracón medio inconsciente, con la nariz sangrando a borbotones, para caer inconsciente en los brazos de sus hombres, que lo llevaron a la enfermería. La puerta del barracón se cerró tras ellos.

—Lo que estáis haciendo está muy mal. No solo habéis escapado de una cárcel, sino que agredís a un oficial a traición. Esto nos traerá problemas a todos —dijo Asensi desde una esquina en el otro extremo de la puerta.

Nadie respondió. La visión de Rosales con la cabeza vendada aporreando a uno de los hombres de Kisiliev, el mismo que se la había abierto con un látigo, seguía en nuestras retinas como un acto de justicia total. Nadie iba a echar para atrás todo aquello por las palabras de Asensi.

—¡Venga, nosotros a lo nuestro! —gritó el sargento Salamanca con esas dotes de mando que tenía, su mentón gris oscuro de barba ya crecida, los ojos fieros llenos de decisión como si estuviera en la noche previa de Krasni Bor —. ¡A parapetar la puerta de una vez!

En ese momento eché de menos tanto a mi hermano Miguel que se me saltaron las lágrimas mientras empujaba una de las mesas del comedor. Bazaga me dio una palmada en la espalda.

—Si estuviera aquí... —dije mirándolo.

—Fue un gran hombre, todo un valiente.

Me llevé la manga a los ojos para secarme las lágrimas que los inundaban.

—Descanse, sargento —dijo Oroquieta, que venía junto a un enfermizo Rosaleny.

—Estoy bien, mi capitán —respondí para seguir con la tarea de volcar la mesa para convertirla en una barricada.

Por la tarde apareció Makarov, que pidió entrar desde la puerta. «Abran inmediatamente». Abrimos después de que Palacios, Oroquieta, Rosaleny, Altura y el alférez Castillo hablaran entre sí. No podían negarse, según dijeron.

—Abran la puerta —dijo Palacios—. No podemos jugar duro a las primeras de cambio.

Así que entró con el teniente Lavrov, al que Rosales había partido la nariz con la tabla. Makarov paseó por aquel barracón convertido en búnker. Las mesas eran parapetos, las literas colocadas como laberinto para dificultar la entrada de una más que segura invasión. Su cara era severa. Hombre de cincuenta largos, mirada fría de torturador y espíritu fanático de comunista convencido en el exterminio físico de la disidencia como paso fundamental para la construcción científica del paraíso marxista.

—¿Saben que en España nadie les agradecerá esta resistencia? —Nadie respondió—. ¿Saben que nadie sabe que ustedes están vivos?

—Pues en los paquetes venían nuestros nombres —dije sin moverme de mi puesto—. Así que alguien sabe que estamos vivos.

—Sé quién eres. —Pegó su cara a la mía. Olía a jabón barato y a vodka—. Eres el macarra que se permite el lujo de amenazar de muerte a héroes del pueblo, a verdaderos comunistas en los interrogatorios, que suelta mentiras sobre hombres que están muy por encima de él. Eres el que abriste la puerta de las celdas de los prisioneros para salir corriendo de vuestras cochiqueras, que es donde merecíais quedaros.

—Tiene usted la lengua muy larga.

—Cuidado —dijo llevándose la mano a la cintura buscando el arma que no estaba en la pistolera—. Podría mandarte fusilar ahora mismo.

—No creo.

Sus ojos se hicieron oblicuos, casi dos rayas torcidas que me miraban cargadas de odio e impotencia. Si hubiéramos sido rusos, nos habría fusilado hacía mucho, pero no podía matarnos siendo extranjeros, al menos siendo tantos. Si hubiéramos estado dos o tres, pues sin problemas, dos tiros y a un agujero. Después... «nadie se acordaba de nada, lo sentimos, no sabíamos que era español». Pero allí éramos demasiados, no solo testigos, demasiadas órdenes de mantenernos con vida para humillar a Franco.

—Identifique a su agresor —dijo mirando al teniente de la nariz rota, que paseaba mirando caras como si fuera un testigo de una película barata de policías.

—No consigo identificarlo exactamente, camarada comandante Makarov.

—¡Déjelo! —Parecía a punto de estallar—. ¡Usted! —señaló a Salamanca—. ¡A declarar!

Todos saltamos a una acercándonos amenazantes a Makarov, que retrocedió con más asombro que miedo. Palacios fue a decir algo, pero Salamanca caminó.

—Déjelo, capitán, que este solo quiere hablar.

No debimos haberlo dejado ir, pero lo hicimos. A mediodía volvimos a recibir la visita de los guardias, pero esta vez no entraron, solo llenaron la entrada de todo tipo de viandas, sopas de huevo, montañas de pan, carne guisada... No abrimos, a pesar de que el pan había sustituido mis sueños con Bosed, aunque para ser sincero soñaba que me lo comía con ella y no solo cuando dormía, sino en aquellas largas horas de ayuno en la cama, cuando solo pensar en ella me libraba de la locura.

Siete de abril. Oímos los gritos de los marineros y pilotos republicanos que se habían quedado en su barracón. Muchos dudaban de si hacer huelga de hambre o no, pero esa mañana estaban alterados.

—¡Se llevan a Julio Jiménez! —dijo uno de los *niños de la guerra* que estaban con nosotros desde que comenzamos aquello—. Es uno de los marineros, es un buen hombre, aunque muy mayor para soportar un interrogatorio.

—Gritan que le obligarán a comer —dijo Rosaleny tosiendo su enfermedad agravada por el hambre y la reclusión en las celdas.

—Es cierto —dijo el muchacho con los nervios en la boca—, no es como ustedes, no es un hombre duro ni un militar, es solo un pobre marinero que nunca se ha metido en una pelea, que solo sabe de barcos y de mar.

Todos miramos por la ventana de gruesos cristales. Nuestra posición era comprometida. Si salíamos, quién nos decía que podríamos volver a entrar.

—¿Y si es una trampa —dijo el alférez Castillo— y hay cien guardias ahí fuera para caernos encima?

Veíamos cómo los guardias forcejaban con el anciano, empujándolo, zarandeándolo como los matones que eran. El viejo intentaba defenderse tirando un puñetazo, pero no les alcanzaba, era lento y los rusos se reían.

La puerta del barracón de los pilotos se abrió y salieron varios de ellos con los barrotes arrancados de las ventanas para rescatar al pobre viejo. Todos suspiramos aliviados desde nuestro lado y más cuando los republicanos dieron buena cuenta de los guardias del MGB, que huyeron, pero no del todo.

—¡Maldición! —gritó Beltrán Santillana cuando vimos aparecer una treintena de guardias por una esquina con las porras en la mano para caer a golpes contra los pilotos y marineros.

La puerta de nuestro barracón se abrió de un sonoro golpe para dejarnos salir como los toros del encierro. No necesitamos ninguna orden. Corrimos hasta donde estaban los guardias y les dimos con ganas. No llevamos las tablas, porque no queríamos matar a ninguna sabandija de aquellas, solo cargamos a puñetazo limpio. Les pegamos sin piedad hasta que huyeron en un caos increíble que duró apenas diez minutos. Volvimos a nuestro búnker, esta vez con todos los españoles que estaban presos en Rusia, ya que los pilotos y marineros se encerraron con nosotros.

—¡Auxilio, camaradas! —escuché a alguien gritar antes de cerrar la puerta.

—Espera un momento, que esto me huele a cuerno quemado —dije saliendo a aquella calle donde se pudría la comida desde la tarde anterior. Miré hacia la cárcel de donde salían Makarov, Kisiliev y varios oficiales, que se alejaban a paso ligero del edificio, prácticamente corrían hacia el cuartel del mando junto a las torretas, los perros y la *bajta*, esa línea donde si no te mataban los colmillos de aquellos animales endemoniados, lo haría una bala de fusil. Pero en la puerta de la cárcel había al menos cincuenta guardias que no pensaban irse a ningún sitio, llevaban los cascos y las porras en la mano, incluso Mulikov con su látigo negro estaba con ellos.

—¿Qué es lo que pasa, sargento? —preguntó Oroquieta desde el dintel de la puerta.

—No sé, mi capitán, pero aquí huele mal.

—Déjese de historias, Durán, y entre de una vez.

—¡Santiago! —oí gritar a Carballo—, ¡vamos para adentro!

—Un segundo, que acabo de oír gritar auxilio... —Caminé hacia la cárcel. Los guardias en la puerta del siniestro edificio me miraron inexpresivos, distantes, sus cascos proyectaban el sol de la primavera rusa sobre sus mentones y pómulos, dejando en sombra sus ojos.

—*Ispansky grebanyy* —dijo uno de ellos al verme acercarme, pero yo lo



ignoré, solo miré hacia la ventana de la cárcel intentando ver algo.

—¡Falta Tébar! —gritó alguien desde nuestro barracón.

—¡Y Avelino!

—¡Fanjul tampoco está! ¡Ni Zurita!

Una de las pequeñas ventanas de la cárcel se rompió y vi a uno de los pilotos asomarse para gritar mirándome con los ojos desencajados:

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

Me di la vuelta para echar a correr hacia mis camaradas, que estaban por fuera del barracón mirándome con tensión. No me dejaron llegar y, a mitad del camino, tuve que dar la vuelta, ya que doscientos españoles salían de allí, corriendo hacia la cárcel. Esta vez sí llevaban las tablas en la mano, alzadas como espadas, corriendo hacia la fila de guardias que nos esperaban preparados para la batalla con las porras en mano.

El rugido de los españoles tras de mí era impresionante. Los rusos cambiaron de expresión cuando nos vieron acercarnos. Yo grité lleno de rabia. La imagen de mi hermano Miguel cruzó en mi mente. Juré por Dios que los vengaría, a él y a Antonio. Corrí más rápido cuando noté que mis camaradas estaban cerca, casi detrás de mí, y de repente recordé las láminas de las batallas que tanto deseaba, aquella de los conquistadores corriendo contra indios vociferantes, feroces y cubiertos de plumas.

El choque fue violento, pero a diferencia de los rusos, los españoles estaban desesperados, enloquecidos por el hambre, por la soledad en aquel país extraño, por todo... La defensa rusa cayó bajo la superioridad numérica y la experiencia de los españoles, que acribillaron a golpes a aquellos insensatos. Entré en la cárcel. Me seguían Carballo, Rosales, Bazaga y Santillana para sacar a los que estaban encerrados allí. Cuatro guardias nos hicieron frente, Mulikov estaba con ellos, látigo en mano. Intentó usarlo, pero no le dimos tiempo. Rosales le golpeó en la cabeza con una tabla, Mulikov cayó al suelo con la cabeza abierta. Lo cubrimos de patadas en el suelo. ¡No hubo piedad!

Era demasiado tarde para estarnos tranquilos. Salimos dando gritos con los españoles recién rescatados para unirnos a los de fuera, que caminaban hacia la comandancia del campo. Aquello era una reyerta, un motín en toda regla. El barracón de los colaboracionistas alemanes estaba cerrado a cal y canto, aun así, muchos golpeaban las puertas, tiraban piedras y escupían en las ventanas.

—¡Cobardes! ¡Salid de ahí!

Seguimos avanzando hacia la línea de la muerte, donde los guardias iban armados y se disparaba sin preguntar. Las sirenas del *lager* comenzaron a aullar. Una hilera de guardias se plantó delante de la comandancia con ametralladoras en las manos. Un camión con una potente ametralladora PKP nos apuntó con sus cuatro cañones.

—¡Atención! —vocearon los altavoces del campo—. ¡Atención! ¡Volved a vuestros barracones y los presos evadidos a la cárcel de inmediato!

Comenzaron los cortes de mangas, los insultos. Bazaga cantó el *Cara al sol* y muchos lo siguieron. Yo busqué a Pulgar con la vista, pero no lo encontré.

—¡Pulgar! ¡Maldito cobarde! ¡Sal, hijo de puta!

Beltrán Santillana escupió delante de los faros del camión mientras Rosales, con varios pilotos republicanos, insultaron a las madres de los rusos. Si alguien quería ver la reconciliación entre los dos bandos de nuestra guerra, allí la tenía.

—¡Españoles! —gritó Palacios—. ¡Volvamos al barracón!

—¡Atención! —Volvió a la carga el altavoz—. ¡Es obligatorio volver a sus barracones asignados y los presidiarios a su celda correspondiente! ¡No entren todos en el barracón! ¡Se disparará sobre él!

—¡Hacedlo! —gritó Rosaleny al escucharlo.

—¡Aquí dormimos soldados! ¡Héroes de muchas guerras! ¡Una nación de guerreros! ¡No hay miedo a vuestro fuego! ¡Vengan cuando quieran! —grité desde la puerta antes de que Rosales la cerrara.

—¡Qué pico tienes, sargento! —Me sonrió divertido.

Caminamos hacia dentro donde Carballo, Bazaga, Irlanda y Beltrán nos esperaban para darnos un abrazo que sabía a victoria. Era lo que se sentía en aquel lugar donde después de años de humillaciones, de perder amigos, de callar para evitar problemas, de mirar hacia otro lado, por una vez los habíamos hecho dudar de su poder sobre nosotros.

Ocho de abril. Los golpes en la cárcel nos despertaron bien temprano. Un grupo de prisioneros alemanes dirigidos por colaboracionistas de varios países estaban poniendo puertas nuevas, reponiendo los barrotes. Incluso vimos cómo entraban planchas metálicas, vigas de madera...

—Se ve que andan de reformas —dijo Carballo.

—Sí —añadió Rosales—, tienen prisa por ampliarla y meternos todos

allí dentro.

—Pues que vengan a buscarnos —dijo Irlanda.

Volvimos a acostarnos. El estómago aún no se había despertado, pero pronto empezarían los calambres y la angustia. Tumbados, no sentíamos la necesidad de comer, esa sensación enloquecedora que nos hacía perder la noción del tiempo e incluso la sensibilidad en el cuerpo. Pero la calma duró poco.

Un automóvil blindado se paró justo en la entrada de nuestro barracón, todos nos levantamos para mirar por el ventanal. Fanjul se volvió para gritar:

—¡Capitán Palacios y capitán Oroquieta, creo que esto les interesa y mucho!

Las puertas del vehículo se abrieron para dejar bajar a dos rusos con uniforme del MGB con gorras de plato alto. Tipos de cincuenta y muchos años que dieron unos pasos para quedarse a unos metros de la entrada de nuestro refugio.

—Son jefes locales del MGB —dijo Silva, que se las sabía todas—. El más viejo es coronel y el otro es comandante.

—¡Somos el coronel jefe del MGB del Oblast de Nóvgorod y el comandante jefe del MGB de la Uprablenia de Borovichi! ¡Queremos hablar con ustedes!

Pulgar apareció a la carrera para, jadeante, empezar a traducir.

—Son el coronel... —dijo con su voz rasposa e irritante.

—¡Cállate, idiota! —le grité con toda mi rabia—. ¡Que ya los entendimos! ¡No necesitamos a un imbécil como tú para traducir! ¡Saco de estiércol!

Los capitostes miraron asombrados, sin entender lo que dije, pero comprendiendo el nivel de desorden que vivía el campo.

—Necesitamos hablar con ustedes —dijo el viejo coronel.

—¡Pues entren si quieren, porque de aquí no salimos! —clamó Palacios.

—Nombren a un grupo de representantes —dijo el comandante—. Cinco o seis para venir a parlamentar con nosotros en la *bajta*.

No esperaron respuesta, simplemente se montaron y se fueron.

—No me fío ni un pelo —dijo Rosaleny cada vez más pálido y ojeroso.

—De quienes no me fío es de los guardias, no sé cómo no nos mataron ayer —apuntó Salamanca.

—Creo que deberíamos enviar a un grupo de hombres, cuatro de los

nuestros. —Miró hacia José Romero Carreras, veterano piloto republicano—. Usted habla ruso perfectamente. ¿Quiere venir?

—A sus órdenes.

Se saludaron militarmente y se estrecharon la mano. No extrañó a ninguno de los que estábamos allí, ya que en ningún momento a nadie se le pasaba la idea de buscar rencillas por asuntos de una guerra que en aquellos instantes no importaba a nadie.

—Capitán, ¿me deja fuera? —pregunté a Palacios cuando lo cogí solo—. Mi ruso es muy superior al de cualquiera.

—Vamos el capitán Oroquieta, el teniente Rosaleny, el teniente Altura y el alférez José del Castillo... Si no volvemos, usted y Salamanca van a tener que mantener todo esto.

—Sí, mi capitán.

Silva abrió la puerta para que salieran rumbo a la *bajta*, esa comandancia donde los guardias estaban armados, los perros corrían casi libres y desde las torretas se disparaba sin preguntar. ¿Volverían?

—Es la única opción que nos queda —dijo Palacios, ceniciento.

—Es cierto que no es lo que queríamos —añadió Oroquieta.

—O sea, ¿que dan por olvidado todo lo del motín, el destrozo de la cárcel, las palizas a los guardias? —preguntó Salamanca con incredulidad.

—La condición es que los que estaban en la cárcel vuelvan y cumplan su condena, no habrá añadidos —dijo Altura, cuyos ojos parecían salirse de sus cuencas—. Como condición, los altos mandos acelerarán nuestras quejas en Moscú, lo de los paquetes, la correspondencia y demás. También estaremos exentos de trabajar hasta que esto no se cumpla y por supuesto que a la mina no vamos hasta que no haya fecha por escrito para volver a España.

—Un momento —interrumpí—. ¿Eso lo han prometido ellos o hemos sido nosotros?

—Han dicho que sí y lo han firmado —dijo José Castillo enseñando un papel mecanografiado con una multitud de sellos.

Me callé. Todo aquello me recordaba a las películas del Séptimo de caballería en las que engañaban a los indios con un tratado. Pero una cosa era cierta, la única opción que teníamos era suicidarnos al estilo Numancia o Sagunto, y nadie quería realmente eso. Votamos y aceptamos confiar en aquel papel. Por la tarde los presos volvieron a la recién reparada cárcel. Despedirme de Bernardo y Beltrán me dejaba un sentimiento de rabia

increíble, pero no podía hacer nada.

—Nos vemos en unos días —les dije—, igual abriendo paquetes de casa.

Sonrieron para marcharse. Vi a Irlanda mover la cabeza. Me miraba fijamente como si yo tuviera la culpa de aquello.

—¡Joder, James! Yo solo soy un sargento.

—¿Oyes eso? —dijo Carballo cuando estábamos dentro y nos dejamos caer en nuestros colchones.

—¿Qué cosa?

—Callaos y oíd. —Se puso el dedo en los labios—. ¡Es *Bajo la doble águila!*

Sí, era cierto. La marcha militar sonaba proveniente del edificio donde los alemanes tenían una banda que tocaba en días de celebraciones soviéticas, pero esta vez estaban tocando una melodía prohibida.

—¡Olé! —gritó Sarabia, un legionario gaditano—. ¡Eso es música de la buena!

—¡La tocan para nosotros! —gritó Carballo mientras se ponía de pie a bailar, llevando el paso como si bailara un pasodoble con una gachí en una plaza de su pueblo gallego.

La alegría de Sarabia y Carballo era contagiosa. Muchos se arrancaron a cantar y a bailar en parejas, llenado de jolgorio aquel local. Cuando terminaron, sonaron las notas de *Alte Kameraden* y de repente estábamos en Baviera, cuando todos éramos jóvenes, la vida era maravillosa, no podíamos tocarnos las costillas, ni peinarnos las canas, no había arrugas, ni hambre. Bailábamos dando palmadas, los más débiles sentados en sus colchones. La música seguía sonando mientras los guardias miraban asombrados desde la ventana cómo aquellos españoles locos se ponían a bailar como si nada importase, solo que estaban vivos. Yo pensé en Miguel y Boses, los eché tanto de menos que me tuve que sentar.

La música paró. A los pocos minutos los guardias llevaban los instrumentos destrozados en un carro y a una veintena de alemanes en fila india hacia la cárcel. Todos les aplaudimos, incluso salimos fuera para dar vivas a los músicos. Los alemanes sonreían, mirándonos divertidos, a pesar de nuestro aspecto débil y harapiento.

—¡Viva España! —gritó uno de ellos con cara de chico travieso.

Día nueve de abril. Cuatro guardias aparecieron en el barracón con dos calderos de sopa y bandejas de pan, pero no les abrimos. Aporrearon la puerta

con insistencia. No se iban, gritaban que traían el desayuno.

—¡Lleaos eso! —gritó Bazaga—. ¡Que hayamos tragado con lo de que volvieran a la cárcel nuestros camaradas no significa que vayamos a tragar nada más!

Volvieron a tocar, pero nadie respondió, estábamos demasiado cansados para decir o hacer algo. Enrollado en la manta, volví a mi sopor, a mi duermevela, mitad delirio, mitad sueño. Oí los golpes de nuevo, pero esta vez era la voz de Makarov, que berreó pidiendo que le abriéramos.

—¡Márchate, hijo de puta! —le gritó Irlanda.

Levanté la cabeza para ver que la luz era la del atardecer. No podíamos apurar nuestra suerte, así que abrí la puerta, pero no le dejé entrar.

—¿Qué quiere? —dije sosteniendo la manta que me cubría.

—¿Cómo es posible que estén en huelga de hambre después de haber aceptado el acuerdo?

—Cuando tengamos algo más que un papel volveremos a comer.

—¡Que lo estamos deseando! —gritó Carballo mientras yo cerraba la puerta en las narices de Makarov.

Pero Makarov volvió al anochecer con unas barricas de agua.

—¿Agua sí beberán?

—Sí —le dijo Palacios, que estaba más despejado—. Déjela ahí, que nosotros nos servimos.

—Mañana necesito que vayan a la comandancia para tratar el tema de la huelga de hambre.

—Seguiremos en huelga de hambre hasta que... —se le nubló la vista—. Usted sabe hasta cuándo y no hay nada más que hablar.

—Lo entiendo —dijo aquel sádico interpretando el papel de su vida—, pero el coronel y el comandante quieren que esto acabe de una vez, ahora es el momento de acelerarlo.

—De acuerdo, irán cinco, como la otra vez.

—Por la mañana los espero.

—Makarov, necesito que Rosaleny vaya al hospital.

Makarov asintió para llevarse a un inconsciente Rosaleny, que negó que necesitara ir a ningún sitio. Murmuró bajo la fiebre que lo martirizaba, nadie se interpuso. El ruso lo miró y pensó: «Tranquilo, que no vas a ir a ningún hospital».

Día diez de abril. Salieron a media mañana cuando dos guardias y un

teniente del MGB vinieron a buscarlos. El desgaste físico era tan grande que, al verlos abrocharse las chaquetas, atarse los pantalones y ponerse los zapatos, buscando no perder la dignidad que se esperaba de un soldado español, pensé en qué podrían ser capaces de negociar con aquellas miradas perdidas, los estómagos vacíos y el hambre añadida a la que ya daban las raciones del gulag.

—¡Deprisa! —gritó el teniente ruso desde la puerta.

—¡Ya va! —respondió el alférez Castillo.

Salieron poniéndose derechos, intentando no tambalearse, lo consiguieron. Esta vez Rosaleny no estaba, así que Salamanca se unió al grupo.

—Se queda usted al mando, sargento —me dijo Palacios mientras se ponía de pie—. Si no volvemos, decida usted.

Asentí sabiendo que iban a volver, si es que no desfallecían por el camino.

Dieron las seis de la tarde, y allí no había aparecido nadie, como no dejaba de recordar Avelino, uno de los marinos republicanos que ya rondaba los sesenta. Dos golpes sonaron en la puerta cuando ya empezaba a impacientarme. Al no oír el «abrid, que somos nosotros»:

—¿Quién llama?

—La huelga de hambre ha terminado —dijo uno de los antifascistas del grupo de Pulgar—. Vuestros camaradas están comiendo y todo está arreglado. Moscú ha dado el visto bueno a todas vuestras peticiones y en un mes recibiréis correspondencia.

—¡Mentira! —gritaron muchos—. ¡Que vengan ellos a decírnoslo!

—¡Ellos están comiendo! —dijo el colaboracionista—. ¡Tienen la boca llena! ¡No pueden venir!

—Qué malo eres mintiendo —dije burlón—. ¡Anda y vete de aquí! A ver si vas a alcanzar.

Se marchó entre insultos. A los diez minutos oímos un escándalo de voces en la cárcel. Ramos, un guripa catalán, abrió un resquicio de la puerta para ver al mismo individuo salir del edificio recién arreglado.

—Ha ido a meterles la mentira a los presos —dijo con el tono macarra de sus años pasados en los bajos fondos de la Ciudad Condal.

—¿Qué hacemos? —preguntó Silva cuando la noche había caído como un manto sobre Borovich y allí no aparecía nadie.

Día once de abril. Era bien entrada la mañana cuando me desperté dándole vueltas a la cabeza. Ya no soñaba con montañas de pan, ahora simplemente tenía pesadillas horribles. Pero algo tenía que hacer, para algo era sargento.

—Tres voluntarios para ir a la *bajta* —dije después de beber un cazo de agua—. Entran en la comandancia diciendo que quieren comer, que dejan la huelga. Cuando les pongan de comer, comen y se quedan con todo lo que pasa allí.

—¿Y después?

—Pues dicen que tienen que volver a buscar a otros que también quieren dejar la huelga y que no se atreven. Les metéis cualquier historia.

—¿Y si no nos dejan salir?

—Ya veremos lo que hacemos. —Maldije el día que me nombraron sargento provisional.

Escogí a Silva, que era muy habilidoso para fingir, meter mentiras, indagar, representar lo que no era, sin duda, un espía nato. Lo acompañaron uno de los marineros y un niño de la guerra. Los rusos no eran tontos. Si aparecían tres falangistas, se olerían la tostada a kilómetros.

—Haced lo que os diga Silva —les dije al muchacho y al marinero—. Seguidle la conversación, no le interrumpáis y haceos los tontos, pero mirando para todos lados. Quiero saber qué pasa allí.

Salieron por la puerta corriendo, como si hubieran escapado. Ramos y Fanjul hicieron muy bien el papel de perseguidores a la carrera mientras aquellos tres corrían delante durante unos metros. Vi cómo los rusos miraban con los prismáticos desde la *bajta* y las torres de vigilancia.

—¿Se habrán tragado el anzuelo? —me preguntaron varios a las dos horas de no saber nada de ellos.

—Seguro que los han pillado —dijo Bazaga cuatro horas después— y les están dando las del pulpo en las celdas de castigo.

Dos golpes sonaron con fuerza en la puerta.

—¡Abrid! —dijo la voz nerviosa del muchacho—. ¡abrid de una vez, leñe!

Le llevaron un poco de agua, pero no la aceptó, había bebido y comido en la *bajta*. Su aliento olía a coles y pan negro. Muchos salivaron con solo olerlo.

—¿Dónde están los otros?



—No los dejaron salir. Dijeron que para avisar a los demás no hacía falta tanta gente.

—Está bien —dije tranquilizándolo—. ¿Qué pasa allí? ¿Dónde están Palacios y los oficiales?

—Los tienen encerrados en cuartos —dijo apresurado—. Muchos de ellos están atados a sillas y los guardias usan palanquetas para abrirles la boca, les tapan la nariz hasta que no pueden respirar, y cuando ellos abren la boca les meten embudos por donde vierten sopa. A más de uno les rompen los dientes para que traguen. Uno de sus camaradas tenía la boca sangrando y otro amenazaba a Pulgar por ser el inventor de la idea de sacarles los dientes. Muchos de ellos vomitan al ahogarse con tanta sopa que les quieren meter y entonces les pegan con correas de cuero.

—¿Viste todo eso? —le pregunté asombrado.

—Lo hacían con las puertas abiertas, incluso en los pasillos. Vi cómo le pegaban en el suelo al teniente Miguel Altura. Se soltó de la silla para echar a correr, pero el mal bicho de Pulgar le puso la zancadilla, y se tiraron varios a darle patadas.

—¿Sabes algo de la cárcel?

—No, pero hay mucho movimiento, y al pasar por delante oímos gritos y golpes.

Me alejé del muchacho, caminé hasta el fondo del barracón de forma apresurada. Tenía que pensar rápido. No quería precipitarme. ¿Pero qué teníamos ahora mismo que frenara a los comunistas para entrar por esa puerta y reventarnos a porrazos?

—Armaos —dije bajito, como en un suspiro que acabó en un rugido—. ¡Armaos! ¡Coged vuestras porras, mazas, tablas! ¡Lo que sea sin filo! Si matáis a alguno, que no sea con sangre.

—Sargento —preguntó Carballo—. ¿A dónde vamos?

—A liberar la cárcel.

Todos asintieron. No podíamos atacar la comandancia sin que nos hicieran picadillo con las ametralladoras, pero la cárcel sería nuestra y muchos camaradas estaban allí. Me acerqué a la puerta a la que habían quitado los muebles que la cerraban. Me di la vuelta.

—Están martirizando a nuestros camaradas —dije de forma seca ante aquellas miradas decididas—. Hay españoles que han estado siendo torturados mientras nosotros descansábamos aquí. Ahora tenemos que ir a

liberarlos y pobre del ruso que intente pararnos.

No esperé más y abrí de un tirón la puerta para salir corriendo hacia la cárcel con un «¡vamos, coño!». Hice que doscientos hombres, palos en mano, me siguieran gritando las decenas de metros que nos separaban del siniestro edificio.

Nos miró como si el diablo apareciera a buscarlo. Makarov y el teniente de la nariz rota estaban por fuera de la cárcel con una decena de guardias cuando nos vieron llegar gritando. Se dieron la vuelta para echar a correr rumbo a la *bajta*. Muchos quisieron seguirles.

—¡A la cárcel! —grité con la voz ronca por la tensión—. ¡Libertad para nuestros camaradas!

La puerta cayó con las patadas de los primeros en llegar, el cemento todavía fresco se resquebrajó y tiró buena parte de la fachada. Por allí entramos los doscientos para caer sobre la decena de guardias que, porras en mano, nos esperaban. A golpes los hicimos caer, cogimos las llaves para abrir todas las celdas.

Volvimos a abrazar a los muchachos. Rosales me abrazó tras salir de una celda de castigo, tenía la cara amoratada por los golpes, le faltaban dos dientes. Beltrán estaba molido a palos, su piel era una manta de colores morados. Rosaleny estaba muy enfermo, tumbado en una celda de castigo con el cuerpo sudoroso.

—¡Irlanda, coge a diez voluntarios y llévalo al hospital!

—¿Al hospital?

—Sí, lo dejas allí y te vuelves, que no estamos de vacaciones.

—¿Pero y si no lo admiten?

—¡Les dices que iremos y no dejaremos títere con cabeza! —chillé—. ¡Por lo demás, todos conmigo!

Salí fuera. Teníamos la situación controlada, la calle vacía y la comandancia justo delante de nosotros. Si hubiéramos tenido armas... ¡Ay, si hubiéramos tenido armas! Pero no las teníamos, así que solo nos quedaba ponérselo difícil hasta que no hubiera otro remedio que dispararnos.

Carballo me mostró la gorra de Makarov, al que se le cayó en la huida, pisoteada por su propia escolta y por varios españoles. Ahora el gallego se la puso en la cabeza y lo imitó, pero le acabó saliendo una imitación de Hitler ante las risas de muchos.

—¡Mirad! —dijo alguien.

De la *bajta* bajaron cien guardias armados con las porras largas que golpearon contra el suelo terroso. Las sirenas empezaron a ulular de forma ensordecedora. Por los altavoces una voz en ruso nos pidió que volviéramos al barracón. En algún sitio un mortero disparó dos bombas de humo que estallaron dos metros sobre nuestras cabezas y llenaron aquella calle con un humo espeso.

—¡Agrupaos! —grité—. ¡En cuadro! ¡Formad un cuadro!

Se formó un cuadrado perfecto. Los rusos avanzaban hacia nosotros, tan ciegos por el humo como nosotros.

—¡Avanzad!

Todos a una caminamos al encuentro, en perfecta formación. La brisa de abril dispersaba el humo. Los rusos intentaban romper el cuadro, pero una muralla de brazos, sudor y madera se lo impidió. Sus porras largas eran peligrosas, buscaban nuestras cabezas, pero no podían llegar a ninguna parte con todas aquellas tablas golpeando.

Sabía que no podíamos seguir avanzado. En la *bajta* estaban muy nerviosos. Los francotiradores apuntaban desde las torretas, los guardias dejaron los fusiles para coger metralletas de tambor y había dos camiones con ametralladoras antiaéreas de gran calibre.

—¡Parad! ¡Abrid el cuadro!

Se desplegaron como si fueran matemáticas. Los primeros aguantaron para que los lados se les unieran. Ahora los rusos tenían una línea a lo ancho de la calle que los cerraba y los arrollaba.

—¡Sin cuartel!

La locura se desató. Fue algo increíble cómo aquellos hombres en huelga de hambre desde hacía una semana se lanzaron con una rabia infinita sobre los soldados de MGB, los tiraron al suelo para golpearlos, arrebatárles las porras y buscar al siguiente. No había posibilidad de parar la desesperación. Se oyeron gritos.

—¡Libertad para nuestros camaradas!

Los guardias no se esperaban nada de eso. Ellos tenían derecho de vida y muerte, los presos temblaban en su presencia o se arrodillaban cuando los miraban. Ahora vieron cómo los dientes se les caían en las manos cuando los escupían tras recibir una patada en la boca. Oyeron cómo los insultaban, ellos que podían matar a quien quisieran, que podían yacer con la *zek* que les apeteciera, ellos, a los que hasta los cofrades más fieros tenían que evitar

buscarles las cosquillas. Ahora esos hombres cetrinos, barbudos, de ojos oscuros, les pegaban en el suelo, escupían, les arrancaban los emblemas comunistas de las guerreras para pisarlos. Eso no podía ser.

—¡Huyen!

—¡No los sigáis! —chillé con fuerza—. ¡No os metáis en la línea de la *bajta*!

Imposible no verla. Decenas de guardias armados se colocaron delante de ella como habían hecho hacía dos noches, pero no se movieron. En el interior de la comandancia Makarov y Kisiliev enviaban un telegrama a Moscú, al cuartel general del MGB: «Motín en crecimiento. Los españoles controlan un sector del campo. Incitan a presos de otras naciones a rebelarse. Solicitamos permiso para disparar contra los amotinados. Urgente». Beria lo recibió una hora después en su despacho mientras tomaba una taza de té con unas galletas de jengibre. Negó con la cabeza para dictar la respuesta: «Terminen con el motín. Ni un solo muerto. Esos españoles valen para la URSS más que su propia vida. Repito, ni un solo muerto o aténganse a las consecuencias».

Los edificios de la calle eran nuestros. Rompíamos todos los carteles de propaganda, rasgábamos las banderas comunistas, nos asomábamos a las ventanas de un edificio de cuatro plantas frente a la *bajta* para hacer cortes de mangas. Fanjul y Avelino hicieron una pancarta con unas sábanas. «Vuelta a España», ponía escrito en grandes y cuadradas letras.

Todo era desorden, anarquía, pero al mismo tiempo felicidad. Volvían las caras de euforia de cuando liberamos a los nuestros para después estúpidamente volverlos a entregar. Beltrán salía de aquel edificio con una botella de agua en la mano.

—Para ti, sargento. —Me la lanzó—. Te la has ganado.

La cogí en el aire, le quité el tapón y oí el silbar del gas. Le di un buen trago. Hacía años que no bebía tanta agua.

—¿Qué hacemos ahora? —me dijo Rosales mientras se acercaba.

—¡Quememos el *lager*! —gritó alguien.

—¡Derribemos las alambradas! ¡Escapemos!

—¡Yo sé dónde hay gasolina!

—¡Callaos! —dije con un grito—. ¡Los camaradas siguen ahí dentro! ¡Así que dejad de fantasías y a ver si estamos a lo que estamos!

Cayó la noche en Borovich, pero nadie se retiraba a ningún sitio, el

toque de queda no nos afectaba. Unos bidones llenos de maderos calentaban la fría noche rusa. Pulgar hablaba por los altavoces amenazándonos unas veces, otras prometiéndonos la huerta de Valencia. Cuando hablaba, todos cantábamos a gritos los himnos que conocíamos.

—Turnos para dormir. Los demás de guardia, atentos como si estuviéramos en Possad —dije por un momento viviendo la fantasía de que todo aquello podía durar.

Día doce de abril. La euforia no se agotó aquella mañana. Seguíamos allí, cosa que sorprendía a todos, a mí mismo, que esperaba un golpe de mano de los guardias por la madrugada, pero no ocurrió.

—¿Qué crees que buscan? —me preguntó Irlanda.

—¿Los rusos? —Asintió—. Matarnos de hambre y después recoger los cadáveres.

—Si tenemos el motín en marcha, ¿por qué no comemos? Hemos encontrado provisiones en ese edificio.

—Eso cuando liberemos a Palacios y nos dé la orden de comer. Mientras tanto, seguimos a dieta de agua.

—¿Pero con energías?

—Sí, ya —dije cansado—, con energías vamos a parar las balas con el pecho y conquistar Moscú. —Vi su cara de contrariedad—. ¡Vamos, hombre, que esto no va a durar! Los hemos cogido con el pie cambiado. No sé si alguna vez se les ha rebotado la gente en un gulag como nosotros, pero pronto nos caerán encima y se acabó lo que se daba.

—Están muy callados —dijo señalando a la *bajta*.

—No sabrán muy bien qué hacer —me encogí de hombros—, han perdido su gran baza sobre los prisioneros, el miedo.

Serían las cinco de la tarde cuando oímos los chillidos en una calle paralela a la que literalmente era nuestra por derecho de conquista.

—¡Socorro, camaradas!

Corrimos hacia allí. Una veintena de guardias se llevaban esposados a cuatro de los nuestros, que forcejaban.

—¡Eh! ¡Alto! —chillamos para echar a correr, palos en mano.

Los guardias, que no pensaban esperarnos, echaron a correr dejando a tres de los detenidos tras ellos. Pero consiguieron llevarse a Francisco Castaño, un muchacho llegado a Rusia en el 38. Corrieron levantando en volandas al chico para poder correr sin que los retrasara. Se metieron tras las

ametralladoras y no pudimos hacer nada. La rabia era total, pero nos la tragamos.

A la hora volvió a pasar. Intentaron apresar a varios, pero no lo consiguieron porque estuvimos muy rápidos y porque estaba Bazaga entre el grupo, que si no, lo hubieran logrado.

—¡Quieren irnos cazando como conejos! —gritó el leonés, con los brazos doloridos por dar mamporros con su palo y con calambres en el estómago por el hambre.

—¡Ya está bien! —grité lleno de rabia.

Beltrán me acercó una mesa.

—Sube.

—¡Ya está bien! —grité subido en la mesa—. ¡No sé cuánto va a durar esto! ¡Pero hoy liberamos a nuestros camaradas o morimos aquí todos juntos! —Oí aplausos y vivas a España—. ¡Ahora! ¡Todos juntos, cogidos de los brazos y en línea a lo ancho de la calle!

Cogidos de los brazos, en una cadena humana que abarcaba varias veces el ancho de la calle, gritando «libertad o muerte», llegamos hasta la línea de la *bajta*. Volvían a sonar las alarmas y esta vez en ruso desde los altavoces nos amenazaban con disparar.

—¡Tirad, cabrones!

—¡Si hay que vivir así, matadnos de una vez!

Los guardias salieron de sus cuarteles a la carrera, algunos con las guerreras abiertas, las gorras sin colocar. No nos esperaban, llevaban los *naranjeros*, aquellos subfusiles mortales en manos de cualquiera. Los apuntaron hacia nuestras cabezas. Vano intento de asustar a unos hambrientos que llevaban años de sufrimientos, palizas, amenazas...

—¡Venga, dispara, payaso! —dijo Rosales pegando la frente contra el cañón de un rifle que portaba un nervioso chico que no llegaba a los veinte años.

La locura era total. Muchos empujaron a los guardias que los apuntaban o jugaron a la ruleta rusa dando manotazos a los rifles. Otros escupían al suelo y bañaban de insultos a los hasta entonces fríos guardianes. Hubo un momento que pensé en cuánto duraríamos si los atacáramos con nuestros palos.

—¡Que salga Makarov! —grité haciéndome oír entre aquella locura.

La puerta de la comandancia se abrió para dejar salir a Makarov, impecablemente uniformado, botas relucientes, una fusta en las manos. Miró

con frialdad y odio hacia mí.

—¿Qué demonios queréis? ¿Es que os habéis vuelto locos?

—¡Soltad a nuestros camaradas inmediatamente! ¡Que cese toda violencia contra los españoles! ¡Incluida toda forma de obligarnos a comer!

—¿Y qué más? —dijo provocador.

—¡Si no cumples con estas exigencias —me costaba hablar sin chillar—, nos lanzaremos contra la *bajta* y moriremos todos juntos! ¡Si nos das a nuestros compañeros, volveremos al barracón y no saldremos hasta que decidamos continuar o no la huelga! ¡Se acabará el motín!

Se oyeron murmullos, algunos de asombro ante lo que acababa de decir. Makarov me miró pensativo, su rostro se volvió aún más inexpresivo, como un cocodrilo que mirase sin ver. Desapareció dentro de la comandancia para volver diez minutos más tarde. Kisiliev estaba con él, pero guardaba silencio.

—Aceptamos vuestra palabra. Vuestros camaradas serán liberados. Volved al barracón y mañana por la mañana iré con Kisiliev a negociar la fecha en la que terminaréis la huelga de hambre.

—De eso nada. —Hice un esfuerzo por no caer mareado—. Nuestros compañeros volverán ahora mismo con nosotros al barracón y mañana le daremos la fecha del fin de la huelga de hambre.

—¡Está bien! —dijo dándonos la espalda para meterse en la *bajta*.

La alegría por aquella victoria fue contenida, ya que muchos querían seguir con aquello de forma permanente. No sé si algunos creían que podrían quedarse a vivir allí o qué, pero cuando vieron salir a los prisioneros los abrazos, vítores y vivas hicieron que al menos los decepcionados se olvidaran de mí para abrazar a los liberados.

—¡Arriba España! —gritó Carballo.

Palacios me abrazó al mismo tiempo que Oroquieta.

—Mi capitán, hice lo que pude.

—Cumplió con su deber —dijo Palacios—. No se podía hacer otra cosa.

—Mañana suspenderemos la huelga de hambre y a ver qué les podemos sacar —dijo Oroquieta.

—Vamos, anime esa cara —añadió el alférez Castillo. Salamanca pasó a mi lado, pero no me dijo nada. No me atreví a saludarle.

Los altavoces volvieron a despertarnos. Esta vez la voz de Pulgar graznaba pidiendo que volviéramos al barracón, como habíamos acordado. Nadie se movió, rodeando a los capitanes de la división y dando la espalda a

la *bajta*.

—¡Señores! —dijo Palacios—. ¡Volvamos al barracón! ¡Hoy toca dormir y descansar! ¡Nos lo hemos ganado!

Volvíamos entre risas y fiestas. Varios levantaron a los detenidos sobre los hombros como si fueran toreros. La gente aplaudía y ovacionaba, era como un día grande en la Monumental o en las Ventas. Salamanca, izado en hombros, se descabalgó de su portador nada más verme. No nos habíamos saludado, me dio un abrazo y selló con ello muchas bocas de los que habían murmurado que me había tomado muchas libertades al ceder ante Makarov.

Cerramos la puerta del barracón, nunca había habido tanta gente allí dentro. El cansancio hizo que la celebración fuera corta. Pensábamos dormir hasta bien entrada la mañana cuando vinieran los rusos, como nos habían prometido. Esos eran nuestros planes, los rusos tenían otros.

Día trece de abril. La explosión convirtió la puerta en un montón de astillas y la ventana desapareció. Las astillas y los cristales volaron por encima de nosotros, que despertamos en mitad de una pesadilla. Era noche cerrada. Un foco enorme colocado en un camión alumbraba de forma cegadora el barracón donde todos los españoles, con excepción de los hospitalizados, habíamos estado durmiendo en medio del sudor provocado por la debilidad del hambre. Nadie intentó defenderse cuando trescientos soldados del Ejército Rojo, no simples guardias, entraron en aquella estancia y a culatazos eliminaron toda resistencia.

—*Lozhis!* ¡Al suelo!

—*Ne dvigastya!* ¡No se mueva!

Nos fueron sacando uno a uno cuando estuvimos esposados de manos y pies y nuestras cabezas metidas en sacos. Nos metieron en camiones, en grupos de cuatro o de cinco. Tres guardias custodiaban la caja de cada camión.

—A la primera que hagáis os mato —dijo uno de aquellos soldados.

Bajamos quince minutos después en el patio de un edificio de cinco plantas. Aquella noche hacía frío. Una brisa circuló sobre mi cabeza. Miré hacia aquella noche oscura sin estrellas. Recordé el edificio de la Lubyanka. Uno de los guardias de aquella cárcel me empujó para entrar en ella.

Un pasillo largo, de suelo y paredes de baldosas. Bombillas manchadas de óxido, olor a sangre, sudor y pánico. Sin duda, aquello era la pequeña Lubyanka de Borovichi. De una de las numerosas celdas con la puerta abierta



salió César Astor. Sí, el mismísimo César Astor con su eterno abrigo hasta por debajo de las rodillas. Me miró con un bigotito recortado y la gorra de plato con una estrella roja.

—Aquí —señaló la puerta—. Puede irse, déjelo en mis manos. —El guardia del MGB se marchó dejándome allí. Entré en la celda, Astor no me siguió, se quedó fuera para cerrarla—. Se lo dije, lo advertí y no me hicieron caso... Lo siento.

Miré hacia atrás para ver cómo la puerta se cerraba con un golpe de cerrojo metálico. Noté cuatro manos. Dos tipos me levantaron para llevarme por el pequeño pasillo, donde una lámpara alumbraba una viga de madera. Aquellos dos hombres me quitaron el abrigo, me desnudaron con brusquedad. Sabía que no me iban a despiojar. Me colgaron por las muñecas metiendo mis esposas por un agujero que había en lo alto de la viga que dejaba mi cuerpo colgando sin tocar el suelo. Oí cómo la puerta de la celda se abría para cerrarse al momento, ellos miraron a quien había entrado, se cuadraron mientras las botas del recién llegado resonaban contra los azulejos.

—*Prodolzhitto varishchey* —dijo Pulgar, en su uniforme con abrigo y galones de teniente.

Los hombres del MGB buscaron en un armario aquellas varas flexibles que conocía tan bien de mi época moscovita. Las agitaron en el aire haciendo el silbido característico de corte. Pulgar se acercó a mi cara, su boca olía a salsa de carne, caries y algo aceitoso. Sus labios carnosos, sus mejillas flácidas y su papada daban buena constancia de su vida fácil en la Unión Soviética.

—Vas a sufrir, Durán. Me encargaré de que no vuelvas a España, como me encargué de tu hermano. Aunque de eso fuiste el único culpable. Yo nunca habría mandado matar al desgraciado de tu hermano si no te hubieras interpuesto en nuestro camino. ¡Tú lo mataste! —No le respondí—. ¿No dices nada? Es igual. Morirás en Rusia como él.

Al alejarse, aquellos comenzaron a pegarme, fuerte y con ritmo. Cuando un golpe llegaba, el otro acababa de irse. Oía la risa de Pulgar. Sin duda estaba disfrutando. Escuchaba sus insultos, incluso cuando sacó una botella de vodka para invitar a aquellos dos tipos. En aquel momento deseé haberme lanzado contra la *bajta* y haber muerto por las balas de las ametralladoras.

Pararon cuando rompieron las varas. Pulgar se fue medio borracho, no sin antes escupirme cuando me descolgaron. Me dejaron en el suelo, desnudo,

hasta que otros guardias me pusieron de pie e intentaron vestirme.

—Puedo vestirme solo.

Tardé, pero lo conseguí. Me dolía todo el cuerpo. Me limpié el escupitajo en la cara con la manga de mi abrigo acolchado. Cojeando, apoyándome en la pared, seguí a aquellos dos hasta otra sala donde estaba Astor junto con dos tenientes del MGB y el sargento Civil. Me senté en la silla donde me dijeron. Vi cómo una siniestra palanca, un embudo y unas tenazas indicaban que era lo que me pasaría en el caso de no comer aquellas dos escudillas de gachas blancas.

Cogí la cuchara y la metí en el plato. No los iba a dejar que me humillaran más, todo estaba perdido y ellos ganaban, todavía más cuando comenzaron a felicitarse los unos a los otros. Incluso llamaron a Pulgar para que viniera a ver el fruto de su obra.

*Queridísima Bosem:*

*La vida se me va tan rápido en este mundo de celdas, de castigos, de oscuridad, de semanas, meses y años que pasan como si no pasaran. Solo tú eres el único referente que me mantiene vivo. ¿Sabes que imagino historias contigo? Historias de una vida en común que nunca tuvimos y que nunca tendremos. Historias en mi cabeza, de ti y de mí, como matrimonio en aquel lugar limpio y bonito del que pudiéramos volver a casa sin preocupaciones, del que tanto hablamos en Riga y en Kolpino. ¿Recuerdas nuestros deseos en aquellos días? Nos parecía inalcanzable tener esa vida corriente y se ha cumplido. Yo no la tendré nunca, pronto me volverán a juzgar, ya me lo han dicho, y me volveré a perder en este océano de tierra que es Rusia. No sé dónde iré, pero me desvaneceré en tu recuerdo, si es que todavía queda algo de mí en él. Cuida de nuestro hijo. ¡Dios mío! ¿Cuántos años tiene ya? Me cuesta mucho recordar cualquier cosa. Ocho años. Ya es un niño, seguro que decidido y despierto como su madre. Por favor, no dejes que sea como yo, que su modelo no sea un fracaso.*

*Tuyo que te adora.*

*Santiago.*

El trece de junio me sacaron de la celda incomunicada en la que llevaba desde el fin del motín, me llevaron a una sala donde un tribunal bajo un enorme cuadro de Lenin dictó sentencia: veinticinco años de trabajos forzados que se sumaban a los que todavía tenía pendientes. Cuando el juez terminó de

leer la condena, me sacaron de la cárcel para llevarme en uno de los *cuervos* hasta la estación de trenes. Un guardia me entregó la hoja amarilla. En tránsito hasta destino final en Vorkuta.

—Sé que nunca volveré a Kerry —dijo James O’Flaherty cuando el tren frenaba en Leningrado. Nos miraba serio. Sus ojos azules se habían hecho grandes con el paso de los años en el gulag. Era como si la energía vital se le hubiera ido a los ojos, saliendo de sus mejillas que desaparecían. Ya no tenía aquel aspecto de chico inglés con el que lo hacíamos enfadar en Baviera. Ahora eso ya no existía.

—No digas eso —dijo Carballo de una manera lacónica, sin apasionamiento.

—Lo sé, ni Kerry ni volveré a ver a mi mujer en Barcelona.

Era extraña su forma de hablar. No había pena, solo aceptación ante la idea de que todo se acababa. Llevábamos viajando dos días desde que salimos de la prisión de Borovichi y apenas habíamos hablado entre nosotros. Carballo, Beltrán Santillana, Irlanda y yo habíamos guardado largos silencios, refugiándose cada uno en su mundo interior. Si la desesperanza fuera algo físico, sin lugar a dudas hubiera estado en el pequeño cuadrado que ocupábamos.

—Seguimos vivos —dijo Beltrán, al que sus cincuenta años cumplidos en el gulag se le notaban de repente.

—Solo de casualidad —dijo O’Flaherty cuando la puerta se abrió y un guardia a gritos ordenó que los de Leningrado se bajaran—. Camaradas, yo me quedo aquí. Si algún día volvemos a vernos en algún campo...

Lo abrazamos sin decir nada más, la vida ya era demasiado dura como para estar diciendo cosas que nadie creía. Salió de un salto para ir hacia donde le indicó alguien, no se volvió. Los hombros encorvados, la cabeza gacha, la actitud sumisa, un león que se acostumbra a vivir en la jaula del zoo tras pensar que la sabana africana fue solo un sueño. La puerta se cerró y dos días más tarde el tren se puso en marcha.

—Wologda —dijo Carballo mirando su cartulina amarilla—. Recuerden ese nombre. Si alguna vez nos repatrian y yo no estoy, decidle que alguien llame a Wologda para saber si sigo vivo.

—Si nos repatrian —suspiré—, tú serás quien nos reciba a todos. Eso no lo dudes.

—¿Algún día pensaste que esto podía terminar así? —dijo mirándome a

los ojos. Su delgadez hacía que las bolsas bajo los ojos se le marcasen como a un hombre treinta años más viejo.

—Ni en la peor de mis pesadillas —le dije con sinceridad—, pero ya no podemos hacer nada, solo esperar.

—¿Esperar? —dijo un tono de queja impaciente—. ¿A morir?

No le respondí, el chirrido metálico del freno del tren me ahorró la respuesta. La puerta no tardó en abrirse. Otro guardia, otro golpe en el suelo del vagón, otra orden de bajar.

—Pues yo me quedo aquí. —Nos miró con una cara llena de tristeza inconsolable que sin duda era incapaz de disimular—. Si alguno vuelve a España, pues tengo a mi madre y siete hermanos en La Coruña. Tienen una pescadería muy famosa en la plaza. Si podéis ir, pues...

Comenzó a llorar de una forma tranquila, sin dramatismos ni aspavientos, solo las lágrimas cayéndole de los ojos enrojecidos. Lo abracé y después a Beltrán.

—*Dabai! Dabai!* —gritó el guardia desde la puerta, con un perro que ladraba enloquecido en aquel apeadero en mitad de la nada.

—¡Ya va, hijo de puta! —le grité encolerizado con los ojos llenos de lágrimas— Tanto *dabai* y tanta mierda.

Martín Carballo saltó del vagón para ir a colocarse en la fila de a cinco que se estaba formando.

—No lo volveremos a ver más —dijo Beltrán.

—¡Adiós, hermano! —chillé con fuerza para que me oyera antes de que un guardia cerrara la puerta. Sabía que Beltrán tenía razón. Lo oí cantar el himno de la división hasta que su voz se perdió.

—¿Tú llegarás mañana? —le pregunté aquella noche calurosa de julio.

—No lo sé —dijo Beltrán Santillana sentado en el suelo de aquel vagón en el que cada día había menos gente—. Hemos estado parados dos semanas en esa maldita estación, así que no sé qué decirte. Debería haber llegado hace semanas.

—No creo que paremos más —dije con resignación—. Hace calor para estar tan al norte.

—Ya sabes, como en la Kolymá, en julio hacía calor.

—Sí, cómo para olvidar aquello, pero es que vamos camino del Ártico.

—Santiago. —Me miró con seriedad. La luz del candil que ardía sobre la estufa apagada se reflejaba en su cara huesuda de barba casi blanca, dando

unas sombras salidas de algún cuadro de José de Ribera.

—¿Qué?

Me miraba sin hablar, como si estuviera pensando bien lo que decir.

—Llevo queriendo decirte una cosa desde Karagandá, pero entre pitos y flautas lo he ido dejando pasar. No he sabido cómo decírtelo e incluso pensé en no decirte nada.

—Me tienes en ascuas. —Miró hacia el suelo oscuro del vagón—. Ahora me lo tienes que decir.

—Yo vi cómo asesinaban a tu hermano —dijo sin apartar la vista del suelo.

—Pero si en Karagandá estabas en esa época en una celda de castigo cuando lo mataron.

—A tu hermano el seminarista —me miró a la cara con sus ojos centelleando—, al que fusilaron en el Retiro. Tú se lo contaste a aquella chica, la contable. Supe al instante que yo había estado allí. Los seminaristas, todos muy niños, tu hermano, el mayor de ellos.

—Dime lo que pasó. —No sabía qué hacer, solo lo miraba, pero dentro bullía una sospecha que se extendía en mí como un veneno—. Me lo vas a contar todo ahora mismo, ni un detalle quiero que te dejes. —Le cogí del cuello de la camisa. Fue un impulso que no controlé—. ¿Tuviste algo que ver en el asesinato de mi hermano? ¿Eras parte de esa cuadrilla de rojos que lo mató? —Alcé la voz—. ¡Dímelo ahora mismo!

—¡No! —dijo asustado, con ese susto que ponen las personas que creen estar haciendo una buena acción que se transforma en algo malo—. Suéltame y te lo cuento.

—Habla.

La ira me llenaba el cuerpo, pero fue desapareciendo cuando me contó la historia de cómo llegó a Madrid esa mañana desde un pueblo de Cáceres donde había enterrado a un amigo de la Academia Militar. Se dirigía a casa de su hermana, que vivía en la zona del Retiro con su familia, cuando vio el alboroto. Cómo se acercó y le horrorizó ver a aquellos niños vestidos con viejas sotanas conducidos al paredón. Lo intentó impedir valiéndose de los galones, pero no pudo, los milicianos lo golpearon tirándolo al suelo. Me contó cómo mi hermano cantaba con sus hermanos seminaristas, cómo confesó a una mujer y a dos hombres que iban con ellos, bendijo a todos los allí presentes.

—¿Viste cómo lo mataron?

—Sí.

—Los tiros de máuser le alcanzaron mortalmente, pero Turión le dio el tiro de gracia.

Saberlo no es lo mismo que suponerlo. Hasta ese mismo instante yo solo suponía lo que había pasado. Ahora lo sabía. Me tragué la mezcla de pena y odio que tenía dentro con un enorme suspiro que condensó todo lo que sentía.

—¿Sabes?, cuando mataron a tu hermano, aquel grupo de canallas disparó en dos salvas, pero la mujer y los dos hombres no fueron alcanzados por las balas en ninguno de los disparos. Los tres estaban en pie, asustados, pero vivos. Turión intentó ejecutarlos con un tiro en la cabeza, pero cuando apuntó a la cabeza del más viejo la pistola no disparaba. Ordenó otra salva contra aquellos pobres desgraciados, pero el error volvió a repetirse, seguían en pie. Turión bramaba pidiendo que apuntaran bien. Pero los milicianos, supersticiosos hasta los huesos, llevaban todos aquellos días quemando iglesias, matando curas... Huyeron de allí, presas del pánico. —Lo escuchaba en silencio, incapaz de decirle nada—. No sé lo que pasó, solo sé lo que vi. Me dan igual las interpretaciones que hicieron algunos a los que se lo conté, todas esas cosas del «tuvo que ser que...» o «seguro que la pólvora...». Yo vi cómo disparaban y cómo aquellos tres no eran alcanzados.

Apenas dormí nada aquella noche. A la mañana siguiente llegamos a un gulag con un cartel indescifrable.

—¿Petchora?

—Sí —dijo Beltrán—. Bueno, hasta aquí llego yo.

Nos dimos un abrazo.

—Si volvemos a vernos —dijo—, será camino de España, que no sea para ir a otro gulag.

—Camino de España o de la Gloria, pero no de otro matadero.

—Eso nunca —dijo mientras saltaba al pastizal de hierba alta que lo recibía bajo aquel cielo despejado—, más mataderos nunca más. Si morimos, mejor hacerlo sin vernos y sin llorarnos.

—Gracias por contármelo.

Un guardia se acercaba con un perro lanudo, más lobo que oso.

—Ahí viene el comité de bienvenida.

—Adiós, camarada, fue un placer luchar a tu lado.

—Adiós, hermano. —Me miró mientras el tren se ponía en marcha

despacio, se cuadró para saludarme militarmente y gritar—: ¡Viva España!  
—¡Viva!

## 26. Vorkuta

Octubre de 1951

—¡Vuélvete! —me chilló el guardia—. ¡Nombre!

—Santiago Durán —dije poniéndome totalmente firme.

—¿Qué demonios es eso? —replicó el guardia con tono de burla—. ¿Un nombre? ¿De dónde eres, *comotellames*?

—España.

—¿Un español? —Me miró como si le mintiera—. ¿Quedan todavía españoles vivos en Rusia? —Rio mirándome con la superioridad innata del que sabe que podría matarme y no pasaría nada—. Aquí tuvimos a Valentín no sé qué, un general de vuestro ejército en vuestra guerra civil. ¿Sabes de quién hablo?

—Valentín González el Campesino —dije con miedo a que me diera un tiro por saberlo o que me lo diera por no saberlo.

—Sí, ese mismo, el Campesino —escupió en el suelo—. No veas las palizas que le dimos en las celdas de castigo. Corriente eléctrica por todos lados. Parecía una niña de diez años tras pasar por un barracón de la tropa durante Año Nuevo.

Lo miré fijamente. Acababa de perder el interés por saber cómo ese héroe de la República había acabado torturado en Vorkuta.

—¿Sabes cómo tiemblan las niñas cuando las traemos al barracón? —sonrió al ver cómo evitaba mirarlo—. ¿Y cómo lo hacen cuando salen?

—Sí.

Llevaba quince largos meses en aquel vertedero, cubierto de nieve sucia por el hollín de septiembre hasta junio. Los había visto llevar hijas de presas a sus puestos para sacarlas horas después convertidas en guiñapos de sangre y carne martirizada.

—Pues ya te imaginarás cómo chillaba el héroe español. —Hizo una risita de pequeñas carcajadas de lo más irritantes—. No sabía que eras español. Hablas bien el ruso para ser extranjero, aunque nunca te veo en grupitos de presos.



—No.

—¿Van a llevar a algún cura esta noche para el rito?

—No.

—No me mientas —dijo llevándose la mano a la porra—. En tu barracón son todos polacos y letones. Seguro que tenéis pensado celebrar la Nochebuena, ¿verdad?

—No le miento —dije mirando hacia el suelo—. No vamos a celebrar nada.

—¿Recuerdas lo que les pasó a los tres curas a los que pillamos el año pasado?

—Sí.

Vaya si lo recordaba. Los entregaron a los stukachi, la banda de cofrades que se lucraba del robo y de chivarse a los guardias. Los cofrades los violaron en grupo y cuando terminaron, los guardias fueron a buscarlos. Estaban medio muertos, pero, aun así, delante de los dos mil trabajadores de la fundición, los lanzaron a hornos de acero. Recordaba cómo rezaban en latín mientras los tiraban.

—Pues lo volveremos a hacer —volvió a escupir— e igual que con los que organicen eso. Si los descubrimos, y si no, pues escogemos al azar, ¿entendido?

—Sí.

—Posiblemente hoy en honor a vuestra Navidad los guardias visitaremos la zona femenina para complacer a las prisioneras —rio—. Qué mejor noche, ¿no?

Lo miré a los ojos mientras se reía. Dejó de hacerlo cuando vio algo en los míos que no le gustó.

—Te voy a decir una cosa, *mecha*. —Me sorprendió que me llamara así y se dio cuenta—. Sí, eres un *mecha*, pero no te has dado cuenta. No hablas con nadie, estás todo el tiempo callado, mirando sin ver, pensando en tus alucinaciones... —volvió a reír—. No tienes amor propio ni dignidad, así que pronto dejarás de asearte, te cagarás encima hasta que solo seas un trozo de pus pegado en mi zapato. Pero mientras tanto... ¡*Mecha!* —Sonrió—. Vas a pasarme información de todo lo que pasa en tu barracón, sobre todo de ese bastardo de Kendzierski. Me lo vas a contar todo, y a cambio, yo te daré una barra de pan para ti solito, eso sí... cuando me traigas algo bueno.

Me cogió de la cara con sus guantes de cuero, la escarcha en ellos al

tocar la piel de mis mejillas fue como si me hubiera apretado con una botella rota. Apretó las mejillas hasta que se cansó.

—*Mecha*. —Puso cara de burla—. ¿Entendido?

—Sí.

—Pues sigue trabajando, ¡gandul!

Hizo como que sacaba la porra, volvió a reírse para entrar en la galería de la mina, caminando despacio por aquella pendiente por la que yo llevaba meses bajando y subiendo vagonetas llenas de carbón.

Miré la vagoneta. Estaba vacía. Sus cien kilos de carbón los había vaciado cuando el guardia me había parado para hablar. La sirena sonó en el *lager*. Sonaba pronto, venía una tormenta. Miré la bajada hasta el lugar donde tenía que llevar la vagoneta. Estaba prohibido hacer aquello, pero quité el freno para dejarla caer. Chirrió, pero era solo al principio, cuando cogiera velocidad sería muy silenciosa, miles de presos habían muerto por ese silencio. Le di un pequeño empujón y desapareció de mi vista.

El alarido fue breve, quedó mitigado con el choque contra otras vagonetas que estaban paradas en su fila, inmóviles mientras los presos salían de la mina. Pasé por el lado de la vagoneta, donde había un revuelo de varios guardias y presos que miraban cómo el cuerpo del guardia Satnislav Kombarov estaba aplastado entre dos vagonetas. Agonizaba dando bocados de aire, con sus camaradas alrededor como cuervos ante un perro muerto. Pasé a su lado, lo miré inexpresivo, vi su odio total pero también su sorpresa e impotencia por no poder contar que había estado hablando conmigo justo antes de que la vagoneta lo atropellara y lo arrastrara decenas de metros mientras perdía las piernas por el camino hasta aplastarlo allí. Murió segundos después.

Formé en la fila. Cuando nos dijeron que volvíamos al barracón, sonreí.

—*Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus Sabaoth. Plenisunt caeli et terra gloria tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna in excelsis.*

Aquel sacerdote era un preso más. Picaba la tierra en busca de carbón doce horas al día. Había nacido en Bélgica hacía cincuenta años, pero un día el avión que lo llevaba hacia su misión en China desde la India sufrió un fallo en el motor y tuvo que aterrizar de emergencia en un descampado en medio de la nada. Era territorio de la URSS. Todo el pasaje fue detenido. No se volvió a saber nada más.

Pero en aquel momento era el padre Curtois y el sonido embriagador de su voz provocaba un silencio, una paz en aquella casa de ventanas cerradas con madera. Sesenta hombres rezábamos en voz baja. Solo el resplandor de la estufa nos iluminaba mientras nos poníamos de rodillas para que el Misterio se produjera. Nos dimos la paz, como hermanos de tormento, hombres de nueve países distintos, unidos por la fe que nos permitía seguir en pie. A mi lado un hindú lloraba con gruesos lagrimones por la intimidad de la ceremonia. No era cristiano, pero dormía en el barracón y la solemnidad del momento le hizo unirse.

Cuando el páter terminó, el silencio sepulcral lo rompió un ucraniano al sacar un listón de madera del suelo en una esquina tapada con fardos de mantas, metió la mano para extraer un radio. Era un aparato pequeño para el tamaño que tenían las radios que conocíamos. Esta era del tamaño de un antebrazo, parecía ligera, color negro, lo que se conocía como transistor. La sorpresa fue enorme, pero todo el mundo guardó silencio y se colocó alrededor. Solo nombrar esa palabra parecía que se escucharía en Moscú. El ucraniano, que se llamaba Zaytsev, accionó los botones y un sonido de estática sonó por sus altavoces, giró la rueda para buscar las dos únicas emisoras que él sabía que se escuchaban allí.

Una voz inglesa resonó, debajo sonaba una música llena de misterio. Pocos de los que estábamos allí lo entendíamos.

—Está contando el nacimiento de Jesús —dije.

Todo el mundo escuchó, aunque solo fuera por no romper el misterio que había dejado la misa. Cuando el locutor terminó, dijo con voz amable: «¡Feliz Navidad a todas las personas de buena voluntad!». Y sonó el *Adeste Fideles*. No creo que a nadie de los que estábamos allí le pareciera una noche alegre. Todos guardamos silencio para pensar en el mundo que se nos había ido. Para mí hacía nueve años desde que Borem había desaparecido de mi vida, mis hermanos no volverían nunca a estar conmigo, se habían muerto, y no hay nada más definitivo que eso. No sabía nada de mi familia. Recordé cómo mi madre hacía la comida de Navidad en aquellas mañanas del veinticuatro, cómo mi padre me mandaba con mis hermanos a la bodega de la plaza para comprar el vino. Mi abuelo contemplaba todo con mucha nostalgia y siempre repetía que, para él, que había perdido a su mujer hacía diez años, no eran unas fiestas alegres. Cuánto lo entendí en ese momento.

—Lo siento, pero las baterías se agotan y tenemos que oír las noticias

cuando las necesitemos. —Zaytsev apagó la radio. No explicó cómo había conseguido aquel aparato, tampoco nadie se lo preguntó. Los ucranianos eran desde hacía mucho la resistencia más organizada que existía contra los comunistas.

En silencio cada uno volvió a su cama. La oscuridad lo llenaba todo, el viento chocaba contra las paredes de recia madera. En ese momento dejé de darle vueltas en la cabeza a lo que llevaba meses rondándome, lo que había estado preparando todas aquellas noches en las cuales evaluaba todas las opciones. Era un plan desarrollado minuciosamente y me decidí a llevarlo a cabo.

La zona de los vitoviki en la Vorkuta estaba formada por una decena de barracones, pero era falso que solo estuvieran allí. Repartidos por toda aquella ciudad *lager*, aquellos salvajes se dedicaban al robo, al mercado negro y a matarse con las otras bandas en guerras sangrientas. Nada nuevo bajo el cielo comunista del paraíso del pueblo. De todos los lugares para conseguir lo que fuera el mejor era el barracón de Viktor Rosta, un georgiano que decía ser familia de Stalin, al haber nacido ambos en Gori. Así eran todos los cofrades, mentirosos y vanidosos hasta la médula.

—Tienes gustos caros —me dijo Rosta desde lo alto de sus dos metros, su cabeza grande, rasurada, llena de cicatrices. Sudaba en aquel barracón abarrotado de hombres y mujeres semidesnudos, y las habituales dos estufas en las esquinas allí eran ocho, lo cual permitía aquel clima basado en la humedad del sudor.

—¿Estaría aquí si fuera barato?

—¿Y para eso necesitas una pistola? —enarcó las cejas—. Con la cantidad de alternativas gratuitas que hay.

—La pistola es rápida y eficaz.

—Y cara.

—Ya te he dicho que tendrías el dinero para comprar cincuenta.

—Eso suena a «ciento volando». —Puso cara de incredulidad—. ¿Cómo es que nunca te han pagado los cuatro rublos diarios?

—No lo sé. Creo que al ser español y prisionero de guerra, pues nunca me los han pagado.

—Pero si los reclamas, te los tendrían que pagar.

—Por eso te doy la reclamación —le señalé el papel firmado y sellado que le había dado como pago—. Cuando me llegué el dinero, vas a la

ventanilla y recoges los rublos.

—Y si me dicen que no, o mejor dicho, si ignoran tu reclamación, ¿qué?

—Perderías una bala, ya que el arma la recuperas y da para dos tiros, así que tendrías un arma útil. Pero ¿y si te dicen que sí y cobras los rublos que me deben desde el 45? —La codicia le llenó los ojos. Yo supe que aquella esquelética pistola de dos disparos era mía.

—No sé. —Fingió duda mirando el arma—. Bueno, está bien, pero te advierto una cosa. —Me miró desafiante—. Si me engañas y matas a un guardia... —Sus dos metros se crisparon.

—No voy a matar a ningún guardia, ya te he dicho para qué la quiero.

—Por si acaso no te queda claro.

Me dio el arma envuelta en una página de *Pradva* embadurnada de aceite. La miré con aire profesional y saqué el cargador con las dos balas dentro. Era una pistola endeble que se deformaría tras el segundo disparo. Por un instante pensé en que una parecida había matado a Miguel, pero la determinación me hizo quitar la imagen de la cabeza. Volví a envolver la pistola en el papel grasiento y salí de allí antes de que aquel animal cambiara de opinión.

La nieve sucia cubría la Vorkuta. Pensaba en el plan mientras caminaba por aquel *lager* enorme. Un carro atravesaba la calle recogiendo los cadáveres de los que morían en los barracones. Afortunadamente no estábamos en verano. El olor de aquel carro hubiera sido espantoso y millones de moscas revolotearían sobre él como una nube. Ahora solo era cuerpos que se congelaban en unos minutos. Más allá un perro gemía de dolor con el espinazo partido mientras un guardia intentaba rematarlo con golpes de pala sin conseguirlo. En la entrada de una de las calles un grupo de urkis daba una paliza a patadas a un pobre viejo *mecha*, cuyo delito era comer un trozo de carne podrida. Al pasar por delante de las celdas de castigo escuché los gritos de los torturados, que iban desde el grito agudo del que está siendo electrocutado o le amputan los dedos al grito apagado del que se intentaba recuperar después de que los de MGB se fueran de su celda. De un barracón un *zek* desnudo, víctima de un robo, corría despavorido de otro grupo de cofrades que intentarían violarlo. Así era Vorkuta, así era el gulag, mientras los dirigentes de los partidos comunistas de todo el mundo, artistas y poetas famosos volvían a sus países tras visitar la URSS para transformar aquel horror en discursos de apoyo y negación de la verdad.

Al día siguiente me trasladaron a un pequeño campamento maderero al norte. Fueron dos días de caminata, pero notaba la pistola bajo mi abrigo mientras caminaba. Mi plan se aplazaba, pero solo era eso, un aplazamiento y nada más. Aquel cambio era mejor para lo que tenía que hacer. Workuta-651 se llamaban aquellas diez isbas enterradas en nieve con doscientas almas dentro, una serrería donde se hacían tablones, dos torretas de vigilancia y una comandancia, todo eso al lado de la desembocadura de un río congelado. Era el primero de marzo del 53.

*Queridísima Bosem:*

*Llevo días intentando recordar tu cara, pero no lo consigo, solo tu cara y nada más, pero soy incapaz. Ya no recuerdo tu voz, con sus tonos profundos, tu alemán berlinés lleno de matices que en ti explotaban con una sensualidad tremendamente dulce. No recuerdo esa voz que me hechizaba cuando pronunciabas mi nombre tanto en la más tierna de las sonrisas como en el más apasionado de tus deseos. No recuerdo cómo tus labios rectos y carnosos se abrían para mostrar los dientes perfectos en esa boca en la que tantas veces me perdí. No recuerdo tus ojos, grandes, marrones como el ron más oscuro, embriagadores y ardientes, en los cuales siempre quise ahogarme.*

*No recuerdo esas cejas que, como puentes sobre el mar de tus ojos, me indicaban como marinero inexperto si podía o no continuar mi camino. No recuerdo nada de aquellos pómulos que se movían como dunas en el desierto al ritmo de tu risa cristalina y elegante, ni de tu nariz, inicio de todo contacto cuando tus labios rozaban los míos. Ella era el mascarón de tu maravilloso rostro, el inicio de la aventura que suponía para mí besarte, tierra maravillosa que nunca volveré a cruzar.*

*Bosem, hoy desaparezco definitivamente de este mundo de los vivos, me transformo en la piedra de este suelo ruso, en la nada. Hoy me quitaré la vida en esta orilla de un río desconocido y congelado en este lugar de frío y muerte. Hoy desapareceré definitivamente para ser solo un recuerdo en las mentes de los que me conocieron. No volveré a España, no volveré a verte y no volveré a ningún sitio. Mi cuerpo se congelará, no irá a ninguna parte, se quedará quieto, no sentirá dolor ni angustia, no me darán más golpes, ni cortes, ni electrocuciones, no sentiré la muerte de más gente, no seré responsable de los que se fueron ni pensaré en nada.*

*Solo estaré quieto con los ojos vacíos, los oídos sordos sin escuchar los lamentos y el horror. Ya no quiero vivir más, no quiero vivir de ninguna manera, solo quiero hundirme y no volver a subir.*

*Espero que algún día puedas perdonarme por todo el mal que te he hecho. No le hables a tu hijo de mí nunca.*

*Santiago.*

El río no era muy ancho en aquella zona, tal vez cincuenta metros de hielo y nieve. Tras de mí un claro con forma de media luna donde los altos abetos boreales, con su marcialidad centenaria, me acompañaban en aquel día de cielo gris con la pasividad contemplativa de los asistentes al duelo de una persona extraña.

Caminé hasta la orilla congelada y me paré sobre una porción de tierra amarilla sin nieve, como una especie de playa de arena congelada y blanquecina. Miré a la otra orilla, una zona despejada sin pinos a la vista. Era como una isla sin vida, una planicie blanca. Busqué la pistola fijada en mi vientre por la tensión del cinturón. La culata estaba caliente. Pensé un momento en mi familia, pero di una sacudida para quitarme de la cabeza todo lo que pudiera evitar lo que tenía que hacer. Saqué aquel pedazo de hierro para mirarlo. Su color cobrizo era extraño, brillaba. Accioné el cargador para que la bala entrara en el disparador.

Una brisa gélida me arañó la cara. Cuando me abrí el cuello, la barbilla se me erizó con los veinte grados bajo cero en aquel medio día del tres de marzo. Aspiré profundamente para sentir todo lo que me rodeaba. Pronto anochecería, pero ahora había mucha luz. Era consciente de todo, incluso del pecado horrendo que iba a cometer.

—Lo siento, Dios, pero no puedo vivir sin querer vivir —dije mirando al cielo.

Me llevé la pistola a la boca. Se había enfriado. Coloqué el cañón apuntando hacia el cerebro, como había visto hacer a muchos alemanes antes de ser capturados. Miré hacia la otra orilla para rezar un padrenuestro y un avemaría antes de darme el tiro.

—Padre Nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Mi dedo índice sobre el gatillo cuando lo vi. En la otra orilla, estaba parado, mirándome fijamente con expresión seria, casi con rictus de enfado. Dejé de rezar con la sangre más fría que la nieve. Allí, a unos cincuenta metros delante de mí, estaba mi hermano Antonio con sus gafas redondas, su

piel clara, sus ojos de buen chico, de chico estudioso mirándome con ese gesto preocupado. Llevaba una sotana extraña que se ondulaba con el viento glacial mostrando desgarros provocados por agujeros de bala. Pero no estaba solo. A su lado estaba Miguel con su uniforme de legionario, como aquel que tenía en la foto que le mandó a mi madre. Me miraba con tristeza. Sus ojos no eran fieros, estaban muy tristes. Ambos no decían nada, solo me miraban, pero estaban allí, en aquel paisaje helado con un viento que ya no era una brisa. Quité el dedo del gatillo. Antonio, serio y formal, asintió, Miguel soltó un suspiro de alivio que me llenó los ojos de lágrimas. Saqué la pistola de la boca para dejarla caer al suelo. Mis hermanos sonrieron, lo hicieron, como tantas veces de niños, de una forma franca y sincera. Yo les sonreí, estiré la mano como queriendo tocarlos.

Sabía que no podría, pero en el fondo deseaba que me llevaran con ellos. Ellos me miraron con ternura. Yo intenté caminar sobre el hielo, recorrí unos metros sobre aquel terreno resbaladizo cuando la voz de Antonio sonó sobre el viento para decirme: «No lo hagas, tu vida volverá pronto».

Ya no estaban, se habían ido. Lloré en aquel pedazo de tierra congelada, pero no fue de tristeza, lo hice de alegría. De rodillas me santigué sobre aquel pedazo de cielo que se volvía negro por la noche eterna. Pero nunca antes me había parecido tan hermosa, tan cuajada de estrellas y colores. Por una vez no sentía hambre, ni sed ni nada.

Me levanté cuando el cielo se convirtió en un espectáculo de verdes brillantes. La aurora boreal desplegó su cortina celestial sobre el lugar en el que yo había visto vivos a mis dos hermanos muertos. La pistola quedó allí en la nieve.

Cuando recuerdo aquel momento, después de todos estos años, siento una enorme paz, una emoción por la alegría que sentí. Sin duda, ese tres de marzo de 1953 no solo mis hermanos me salvaron del suicidio, sino que volví a nacer.

*Queridísima Bosem:*

*No me he quitado la vida. La pistola quedó enterrada en la nieve cuando me marché. Seguiré viviendo solo con la esperanza de poder volverte a ver, a ti y a mi hijo. No buscaré nada, solo saludarte y saber cómo estás, solo eso. Pero ese será mi objetivo para vivir a partir de ahora.*

*Tuyo que vive por ti.*



*Santiago.*

Las sirenas gemían con fuerza la mañana del cinco de abril cuando volvíamos a Vorkuta en unos camiones. Fue sin avisar. Solo nos metieron a empujones y allí estábamos de vuelta en el enorme *lager*, con los guardias metiendo prisa para que nos bajáramos de los vehículos y formáramos con los otros *zeks* frente a los barracones. Las sirenas se apagaron y un acople recorrió como un torrente nuestros oídos para dejar oír la voz áspera del comandante del gulag de Vorkuta, el todopoderoso Dimitri Sychov.

—Camaradas... —Se escuchó un resuello—. Stalin ha muerto el día de hoy. La nación está de luto, el mundo entero llora la pérdida del guía de la Revolución y padre de los pueblos. Nos uniremos al terrible sentimiento de tristeza que embarga al mundo entero.

Se oyó música de réquiem en los altavoces mientras en los barracones los desheredados de aquel estado criminal caíamos de rodillas para celebrarlo con maldiciones y satisfacción en todos los idiomas que los guardias no entendían.

—¡Que el diablo se lleve su alma! —gritó en polaco Kendzierski.

—¡Gracias a Dios! ¡Hoy el hombre del mostacho se ha ido al infierno! —exclamó un letón.

Yo hice un corte de mangas a la foto del asesino que nos miraba desde el cuadro que estaba encima de la puerta.

La columna de prisioneros avanzaba por el campo de Vorkuta como una columna militar. No os diré que todos los que estábamos en ella éramos militares, pero sí la gran mayoría. Polacos, letones, lituanos, estonios, húngaros, rumanos, búlgaros, checos, pero sobre todo ucranianos, esos eran los más belicosos y participativos, los que estaban movilizando todo aquel levantamiento, aquella huelga general en protesta por la amnistía reducida que Moscú había dado. Solo incluía a los cofrades y a los que tuvieran penas menores de ocho años. O sea, quedaban fuera todos los políticos y los prisioneros de guerra. Nadie sabía si fue peor la decepción por los requisitos que si no se hubiera producido dicha amnistía. Como he dicho muchas veces, no hay nada más devastador que la desilusión, y en ese momento una columna de cinco mil hombres avanzaba por el gulag hacia la zona de los urkis.

El silencio era total. Al frente de aquella marea humana estaba Kendzierski, que hacía valer sus galones de capitán del ejército polaco, aunque más aún una enorme proyección sobre aquel ejército de desheredados.

En muchos aspectos me recordaba a Palacios, aunque de carácter menos seco, más aventurero.

En los barracones de la banda más poderosa de delincuentes de todo el gulag las puertas estaban cerradas, las ventanas tapadas aún con las maderas que los guardias retiraban por la mañana, lo cual se me hizo muy extraño. Los guardias nunca intervenían en disputas de presos, solo miraban desde las torretas como si fuera un partido de fútbol, pero aquí se había permitido que cerraran las ventanas. Posiblemente se les había avisado de que veníamos.

La columna se separó en tres partes. Como se había explicado en los barracones, los ucranianos eran todo un ejército. Organizados militarmente, habían elaborado cuchillos fundidos en moldes en las estufas con el metal de todo tipo de cosas, desde clavos hasta platos cogidos de la cocina, porras quemadas para darles dureza, a las que se le ponían clavos en la punta o se recubrían con alambre de púas. También fabricaban hachas que no eran otra cosa que platos afilados que se cortaban para atarlos a un palo largo. Muchos presos llevaban trozos de metal dentro de los guantes, placas que daban una fuerza descomunal al puño y que rompieron muchos pómulos, narices e incluso hundieron muchas frentes.

Kendzierski levantó la mano derecha con tres dedos separados. Los cuerpos se tensaron. Las armas se apretaron aún más. Los urkis estaban saboteando la huelga desde que los ucranianos fueron los primeros en dejar de trabajar. Los secuestros, asesinatos y violaciones llegaron a números nunca vistos. Diez asesinatos diarios, violaciones hasta la muerte con los cuerpos tirados en mitad del *lager*, embarazadas polacas, ucranianas, acuchilladas con sus vientres rajados. El terror había llegado a tal extremo que ya no causaba efecto. Por eso, cuando Kostantin «Peste Negra» Popov, líder máximo de los urkis, gritó desde el interior de su barracón: «¡Estamos dispuestos a negociar! ¡No es necesario derramar más sangre!», las risas atronaron en las tres columnas. Kendzierski puso dos dedos después de que la risa parara.

—Podemos ceder muchas cosas —decía la voz de la *Peste Negra* con un tono nervioso—. Os conviene negociar.

Quedó un dedo en la mano del polaco, que bajó para mostrar un puño lleno de fuerza y vigor. A mi lado un rumano con un enorme y afilado clavo en un palo tenía los ojos fijos en aquella mano que bajó.

—*Teper!* —gritó ahora en ruso, que era la lengua franca para todo aquel conglomerado de naciones que vivíamos y moríamos en la terrible Vorkuta.

Las tres columnas cargaron contra las gruesas puertas cerradas. Sabíamos que dentro los cofrades estarían dispuestos a darnos un recibimiento brutal. Su violencia era conocida por todos. Los habíamos visto hacer atrocidades que si las contara pensarían que es un relato de una mente calenturienta, pero todas y cada una de aquellas cosas horribles se las habían hecho a alguien desarmado, débil, desprevenido. Ahora no había nadie débil ni desarmado, y mucho menos desprevenido.

Las puertas cedieron rompiéndose como si fueran galletas, el empuje de cinco mil hombres era demasiado fuerte. Los *zeks* entramos en los tres edificios de madera para atravesarlos como si fuéramos burbujeante lava, saliendo por el otro extremo para repetir lo mismo en los otros barracones que formaban el territorio de los urkis. A nuestras espaldas solo dejábamos muerte, cuerpos acuchillados, algún agonizante. *Peste Negra* fue acuchillado en la cara por un ucraniano que le rebanó el cuello nada más tirar la puerta abajo. Los urkis pedían cuartel, piedad para evitar lo que esperaban y lo que acabó pasando, la masacre total de la banda en el gigantesco *lager* de Vorkuta.

Las alarmas sonaron en los altavoces cuando ya habíamos terminado. Un camión con un depósito de agua y mangueras a presión se acercaba con una decena de guardias armados. Todo testimonial. En Vorkuta las mangueras de agua no eran peligrosas en aquel caluroso mes de julio, en septiembre un golpe de agua podía hacer que murieras congelado en segundos, pero en verano no era así. Un capitán del MGB se acercó para mirar lo que pasaba. Su mirada era desapasionada, sin duda, sentía curiosidad por ver urkis acuchillados por todas partes, pero le importaba poco todo aquello.

—Dícales a sus jefes —le espetó Kendzierski— que desde hoy la huelga se hace indefinida. No trabajaremos ni en la mina ni en las serrerías ni en ninguna parte.

—Tenga cuidado. Nosotros no somos esta gentuza —dijo el capitán del MGB con tono de amenaza burlona.

—Siéntase afortunado por eso.

Todos los campos dependientes de Vorkuta se levantaron durante la semana siguiente. Miles de presos rusos se unieron a la huelga que ya no era solo cosa de extranjeros. Los *lagers* fueron parando su actividad. La imagen de presos que no se levantaban de sus catres o de asambleas en fábricas donde nadie trabajaba se hizo habitual. Pero el gran éxito llegó cuando los conductores de trenes y los guardagujas, todos prisioneros, dejaron de subirse

a las locomotoras y de guiar a los trenes. El veintinueve de julio prácticamente toda la región estaba paralizada.

Serían las diez de la mañana de ese veintinueve cuando un soldado se acercó al gigantesco silo donde se almacenaba el carbón antes de cargarlo en los trenes. Había una asamblea donde un universitario ruso explicaba lo importante: que, a pesar de la ejecución de Beria, acusado de traición, los nuevos jefes de Moscú mantenían la amnistía. Un abucheo se oyó en todo el recinto.

—¡Qué más da que sea Beria o Khrushchev si la amnistía no es para nosotros!

—¡Amnistía general! ¡Libertad para presos políticos y para presos sin juicios!

Ví cómo el soldado miraba despistado, sin entender bien lo que estaba pasando. No era del MGB, era un soldado de infantería. Su cara llena de pecas, su pelo rapado al cero, su nariz ancha marcaba la cara de un campesino al que el servicio militar lo había sacado de su mundo de semillas, surcos, animales de tiro, hoces y arados.

—Buenos días —dijo haciéndose oír ante lo que le parecía un disparate anárquico de discusiones—. ¡Buenos días! —Se fue haciendo el silencio para mirar a aquel modesto soldado, que utilizaba el fusil como si fuera un bastón—. ¡Estoy buscando al *zek*...! —Paró para sacar una cartulina amarilla, bizqueó por el esfuerzo de pronunciar aquel nombre inteligible—. *Zek* Santiago Durán Gonz... —lo repitió varias veces para alzar la cabeza—. ¿Está aquí este hombre o no está?

—Sí, aquí estoy —dije levantándome del suelo.

—Pues acompáñeme, que tenemos un largo viaje por delante y no es cuestión de que se nos haga de noche.

—¿A dónde se lleva a nuestro español? —dijo Kendzierski en la tribuna improvisada desde la que hablaba aquel universitario moscovita que se esforzaba en enseñar las diferencias entre los prebostes soviéticos.

—Pues... —dijo el soldado leyendo la cartulina con el mismo bizqueo— Chervakov, pone aquí.

A mí no me dijo nada aquel nombre, pero muchos de los que estaban allí me felicitaron con un «lager de tránsito» y palmadas en la espalda. Kendzierski se acercó donde yo estaba para darme un abrazo.

—Camarada, eso es cerca de Moscú.

—Bueno, ya estuve una vez en Moscú hace años —dije sin hacerme ilusiones.

—De ahí a Moscú y los trenes a Occidente... Ya hueles a España —me dijo para mirar a los que estaban allí—. Nuestro valiente español ¡vuelve a su casa!

—¡Mucha suerte! —gritó Razvan, mi compañero rumano en la lucha.

Un aplauso atronó con los *zeks* poniéndose de pie, ondeando sus gorras orejeras. Un mar de sonrisas y de caras llenas de esperanza que me deseaban suerte, buen viaje y que me acordara de ellos cuando estuviera bajo el sol de España. Volví a hacer el tonto y lloré, pero esta vez de la felicidad de sentir toda aquella esperanza.

—Solo soy el primero que vuelve. ¡Pero volveremos todos! —dije con lágrimas en los ojos mientras ellos aplaudían.

Nunca di tantos abrazos, tantas despedidas a muchos que apenas conocía. El padre Curtois me respondió cuando le pregunté si podía hacer algo por él: «Pon una vela en una iglesia española por mí, solo eso». Les deseé lo mejor y aún se lo sigo deseando a pesar de los hechos que pasaron días después.

Mijaíl Ivanov era un soldado raso del ejército ruso nacido en Sobolekovo, un caserío cercano a Nizhnekamsk, un pueblo en el que él decía que había de todo, pero que no aparecía en los mapas. Me contó todo tipo de cosas curiosas sobre su afición por la pesca y lo abundante que era en el río que atravesaba su pueblo. Era un muchacho, tres o cuatro años menor que yo, que deseaba terminar el servicio militar para solicitar el permiso para volver a su pueblo y quedarse a vivir allí.

—¿Permiso? — le pregunté en aquella estación de trenes de la Vorkuta, donde todas las máquinas estaban paradas por la huelga—. ¿Te lo pueden negar?

—Claro que sí —dijo abriendo su bolsa de tela gris para sacar un pan de munición, negro como el carbón, y cortar dos rebanadas. Me alcanzó una que agradecí mucho—. Pueden decirme que el Estado me necesita en otro sitio y ¡adiós Sobolekovo!

—O sea, que si te dicen que te vayas a la Kolymá —pregunté temeroso por él.

—Pues a la Kolymá de cabeza.

Miré hacia un andén donde una locomotora vacía, parada y fría, dormía como un gigante, víctima de la huelga. Una pancarta en la locomotora decía

«Amnistía total». Miré hacia el cielo color amarillo, con un cálido sol en todo lo alto. Era increíble que estuviéramos en el Ártico.

—¿Crees que hoy saldremos de aquí?

—No lo sé —dijo Mijaíl con pasividad—. En la estación los del MGB me han dicho que los huelguistas lo tienen todo parado.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Chervakov?

—¡Puf! Si todo va bien y no hay muchos retrasos, un mes.

—¿Solo?

—Tengo órdenes de llegar a Leningrado y allí coger un tren civil.

—¿En un tren civil? —Me quedé con la boca abierta.

—Sí. —Puso cara de satisfacción echándose la gorra hacia delante—. ¡Vamos a ir como señores!

Caía la tarde cuando una locomotora con solo un vagón llegó a la silenciosa estación. Una treintena de guardias se bajaron y sacaron cajas de municiones, ametralladoras, fusiles y granadas. Serios, inexpresivos y afeitados, miraron con desprecio a Mijaíl, que le enseñó sus órdenes al maquinista, que en este caso también era del MGB. No sé de quién era la firma en aquel papel, pero todo el mundo arqueaba las cejas cuando llegaba a ella.

—Nos llevarán hasta Kotlas —dijo viniendo hacia mí con paso apresurado, pero rostro satisfecho—. Así que vamos a buscar unos colchones de paja y unas mantas.

—¿Y los guardias?

—Se quedan aquí. Van a sofocar el motín. —Me miró contrariado—. No te quedes pasmado que el maquinista se vuelve en una hora. Y también hay que ir a la cantina de la estación a buscar nuestras raciones, ¡que son tres días de viaje!

Aquel atardecer con el sol y la luna fue mi despedida de la Vorkuta, un cielo con nubes rizadas que, según mi amigo inesperado, querían decir que el verano sería corto. El cielo azul me despedía en el día eterno del verano polar, con los campos de hierba alta, las flores que se mostraban bellísimas en su efímera vida. Vi una piara de jabalíes en un prado y más adelante una enorme manada de renos, cientos de ellos, custodiados por esquimales que montaban en estos animales como si fueran caballos. La puerta del vagón me permitió alzar la mano para saludarlos. Ellos me sonrieron para devolverme el saludo y los más jóvenes se acercaron corriendo junto al tren en aquellas monturas de enormes cuernos, mirándome con curiosidad mientras el viento

nos daba en las caras. Me parecieron los únicos hombres libres que había visto desde hacía nueve años. Cuando dejaron de seguirnos, llamados por sus mayores, nos despidieron desde lejos.

El cielo seguía claro cuando miré por última vez hacia atrás, antes de cerrar la puerta del vagón. Vi aquella tierra inhóspita, bella y salvaje, aquel fin del mundo, aquel lugar que no olvidaría nunca, aquel paisaje que se me había clavado en el corazón como ningún otro, porque allí había visto a mis hermanos, a los que nunca más volvería ver. En aquel lugar de muerte y crueldad la sombra eterna que nos llevará a todos había parado un instante para que la vida ganase y yo pudiera reconciliarme con ella sacrificando la culpa que hasta ese momento me consumía, gracias al inmenso amor que mis hermanos sentían por mí y que yo sentía por ellos.

Kotlas era un gulag mediano pegado a una estación industrial de trenes. Cuando llegamos la actividad era frenética. Los trenes tirando de cientos de vagones cargados de carbón paraban despacio a repostar, otros llenos de prisioneros salían hacia Vorkuta. No pude mirarlos sin sentir una inmensa pena por aquellos rostros llenos de amargura y desolación por el horror ante lo que les esperaba. Eran gente de todo tipo, familias enteras, hombres solos, matrimonios, ancianos. Stalin había muerto, pero los asesinos seguían en la casa.

—El motín ha terminado en Vorkuta —dijo con satisfacción Mijaíl tras regresar del puesto en la estación para añadir sin más—: Me han dicho que vayamos a comer a la cantina del cuartel y que saldremos pasado mañana en un tren celular rumbo a Leningrado.

—¿Cómo ha terminado la huelga? —pregunté con extrañeza.

Estaba claro que habían sustituido a los presos por maquinistas del MGB, solo había que verlos, pero los trenes estaban cargados hasta los topes de carbón. Alguien tenía que haberlos llenado. ¿Un repentino amor por el trabajo de aquellos torturadores? Lo dudaba mucho.

—Pues han metido al ejército.

—¿Cuándo?

—El día uno, así que, por poquito, nos pilla allí.

—¿Qué te contaron? ¿Qué es lo que pasó? —Al ver su expresión de duda—. Vamos...

—Pues qué iba a pasar si te digo que entró el ejército, incluso con ametralladoras montadas en camiones... —Puso cara de «es lo que hay»—.

Una masacre. Dispararon contra los barracones. Parece que tenían órdenes de no parar de disparar durante una hora. Los que quedaban vivos cuando terminó el primer ataque se rindieron. —Se encogió de hombros—. ¿Qué podían hacer si estaban desarmados?

—Nada. —Miré al gentío que transitaba por aquella estación—. ¿Te dijeron los muertos?

—No, pero imagínate. Además, parece que a los que se rindieron los molieron a culatazos y ahora los del MGB los están juzgando para empezar a fusilarlos.

Meneé la cabeza recordando a aquel muchacho de Moscú y toda aquella historia de lo diferente que era Khrushchev o Malenkov de Stalin. Sin duda, cuanto más cambiaban las cosas, más seguían igual.

Leningrado me pareció otro mundo. Es cierto que la ciudad solo la vi desde el tren, aquella ciudad a la que había contribuido a asediar durante poco más de un año. Sin lugar a dudas era una ciudad monumental, con numerosos palacios, catedrales ortodoxas y anchas calles que, como os digo, vi de pasada desde la ventanilla del único vagón para pasaje que tenía aquel tren carbonero.

—Parece que no saben cuándo saldrá el tren con destino a Moscú —dijo mi guía mientras en un banco a la sombra nos comíamos nuestras raciones militares, que para mí era todo un festín, una barra entera de pan, una lata de judías y tres galletas que Mijaíl decía que estaban rancias, pero a mí me sabían a gloria.

Pero lo mejor de todo era que el agua no la tenía racionada por primera vez desde que me capturaron. Me había conseguido una cantimplora militar y podía llenarla las veces que quisiera, bebérmela entera y volver a llenarla. Era increíble cómo dejaba de sentir la boca seca, las llagas en la garganta o la lengua con un trozo de tela. Aquello era increíble. Además, estar allí sentado, sin nada que hacer, en una estación ferroviaria de una ciudad enorme, donde la mayoría de personas no eran prisioneros, aunque en el fondo sí lo eran. Solo ver cómo actuaban cuando veían aparecer en el andén a policías, comisarios del partido, MGB, que pedían documentación, sobre todo los permisos de viaje interno, que eran obligatorios para cualquiera que viajara dentro del país. Como me dijo Mijaíl, no eran fáciles de obtener y mucha gente era detenida en las estaciones, ya que los retrasos de los trenes hacían que los permisos caducaran.



—Te voy a poner los grilletes hasta que se vayan estos —dijo mirando un instante a una pareja del MGB que pedía los papeles a un anciano—. No quiero líos.

Asentí, comprendiéndolo perfectamente, tanto que sentí miedo cuando me miraron aquellos dos tipos.

—¿A dónde va, camarada? —le preguntó uno de ellos a Mijaíl, que les extendió los papeles.

—Chervakov, Oblast de Yaroslav.

—¡Viajan desde Vorkuta! —dijo dando un silbido—. Un largo viaje. —Tenía la piel irritada en las mejillas. Demasiados afeitados apurados o tal vez una navaja roma. Por lo demás, tenía la misma frialdad que todos los que llevaba casi una década viendo por todo aquel país.

—Mucho tiempo para un viaje con un *zek* —dijo con suspicacia el otro MGB, que sudaba metido en una gabardina de cuero negro. El agosto de Leningrado era caluroso, tanto como en cualquier ciudad española.

—Es un *zek* español, es muy dócil —dijo Mijaíl—, no da problemas.

—¿Un español dócil? —dijo sudoroso—. Me cuesta mucho creerlo.

—Sí que lo es, camarada sargento.

—¿Tiene balas ese Nagant? —dijo señalando el rifle de Mijaíl.

—Sí, camarada —dijo el soldado sacando nerviosamente dos peines de balas que mostró a los dos sargentos—, además del que lleva cargado.

—Muy bien, camarada soldado, se ve que te has leído bien el manual —rieron.

—Ahora solo falta que sepa por dónde sale la bala y no ponga el ojo delante para verla salir.

Rieron mientras devolvían los papeles a Mijaíl Ivanov, que asentía con la cabeza.

—Este hombre es su enemigo —dijo irritado—, no se le ocurra verlo como lo que no es. Recuerde que la confraternización con el enemigo es un delito contra el Estado.

—Al menor intento de fuga, mátelo —dijo sudoroso.

Mijaíl se cuadró en posición de firmes y se marcharon. Respiré aliviado. Si hubieran llegado a pronunciar las palabras «acompañenos a declarar», me habría desmayado.

—Ven que te quito los grilletes.

—Déjalo, que pueden venir otra vez esos y no quiero problemas.

—Ni yo tampoco —sonrió poniendo cara de travieso—, pero pueden pasar días hasta que aparezca nuestro tren.

—¿Días?

—Claro. —Señaló con la mano a su alrededor—. ¿Qué crees que hace aquí toda esta gente? Pues esperar.

El suelo se llenaba de personas que se tumbaban sobre mantas para pasar la noche, incluso los que no cambiaban en el andén lo hacían en las vías del tren. La luz eléctrica se cortó cuando los empleados de la estación se fueron a dormir. Alguien sacó una balalaika que tocó con enorme talento, una mujer cantó. En un rincón un viejo contaba cuentos a un grupo de niños, el alma rusa latiendo en aquella especie de isla donde los náufragos esperan a ser rescatados. Las llamas de varias hogueras en el interior de barriles metálicos, un cielo lleno de estrellas al que me dediqué a mirar para pensar en los ojos de Bosem.

Salimos de Leningrado a la semana siguiente en un tren de pasajeros, un abarrotado vagón de tercera que se vació en Moscú para volver a llenarse. Las paradas eran frecuentes. A veces llegaba a una estación donde no había agua o carbón y había que esperar. Nunca menos de un día completo.

En ese viaje conocí a Ekaterina, no físicamente por supuesto. Ella estaba en el pueblo al que Mijaíl soñaba con volver, pero me enseñó la foto de una campesina rusa de expresión risueña, de unos veinte años y con ese aire de mujer noble, un poco falta de luces que tenían muchas mujeres del campo en aquel país. Me explicó todos los planes que tenía con ella y me reconoció que en realidad era por eso que quería volver a Sobolekovo y no por el campo. «Si me dejarán casarme con ella antes de destinarme a otro sitio...».

No sé por qué motivo, pero le hablé de Bosem. Creo que aquellos días hicieron que me ablandase y acabé abriéndome a aquel chico bonachón, que escuchó mi historia con los ojos como platos. Era como si le contara una historia de aventuras que tanto les gustaba a los rusos. Recuerdo que cuando terminé me dijo:

—Eres un buen amigo, Santiago. —Su voz profunda como el viento sobre el Volga. Se tocó con los dedos el corazón—. Si algún día necesitas algo de este pobre campesino ruso, que sepas que lo tienes antes de pedirlo.

—Gracias —dije con un nudo en la garganta. Podía parecer exagerado, pero las muestras de cariño en el gulag se recibían como el agua en meses de sequía—. Igualmente, Mijaíl, yo también soy un pobre campesino y soy amigo

tuyo para lo que necesites.

Llegamos a Rybinsk una mañana de principios de septiembre. Una ciudad pequeña, al norte de Moscú. Bajamos de los primeros, aunque la mayoría de los viajeros continuaban hacia otros lugares.

—Habría sido mejor que tu destino hubiera sido Odessa, así sería seguro que volvías pronto —dijo con una ingenuidad tan característica suya. «Y si el destino hubiera sido Madrid, ya ni te cuento», pensé mientras caminábamos al cuartel del MGB en aquella estación—. Aquí sé que hay un gulag de tránsito, pero ni idea de más nada.

—Es tanto lo que llevo en Rusia... —comencé a decir cuando vi cómo dos hombres vestidos con gabardinas y sombreros se acercaban hacia nosotros. Mijaíl los miró intrigado cuando se plantaron delante de él. Se llevaron la mano al interior de sus abrigos para sacar unas carteras que desplegaron en su cara para mostrar un escudo. Mijaíl no lo dudó ni un momento y se puso firme.

—¿Soldado Mijaíl Ivanov? —preguntó uno de ellos, robusto como un armario, ojos claros y el pelo rojo peinado hacia atrás—. ¡Documentación!

—Ha sido usted acusado de confraternizar con el enemigo —dijo el que guardaba silencio tras el grandullón, un hombre delgado, de corta estatura, con mostacho lacio y una cara huesuda bajo el sombrero. Su compañero todavía miraba los papeles que le había tendido un asustado Mijaíl—. Nuestros agentes lo han visto durante el camino hablando amistosamente con este extranjero enemigo del pueblo soviético.

—Pero... —balbuceó Mijaíl.

—Dese por detenido —le cortó el gigantón.

—Venga con nosotros —imperó el del mostacho—. Suba al coche.

—¡Pero si no ha hecho nada! —dije colérico.

Los dos comisarios esbozaron una sonrisa de satisfacción. Mijaíl negó con la cabeza de forma rápida y tensa. Mejor me callaba. Entró en el coche, asiento trasero. Los dos esbirros subieron delante para salir despacio en aquel *cuervo* que se llevaba a un muchacho que me miraba con una expresión donde la resignación luchaba con la sorpresa.

Nunca supe más, no lo volví a ver. Me quedé solo en aquella especie de plaza adoquinada, sin saber qué hacer. Una fina lluvia empezó a caer de un cielo que se nubló de repente. No hacía frío, pero una ola de calor quemaba mi cuerpo, una rabia infinita contra aquel sistema criminal y asesino creado por

los comunistas.

Caminé hacia el cuartelillo de la MGB guiándome por las indicaciones de un soldado que me encontré. Como si fuera un criminal que va a entregarse, tiré los papeles de mi destino en el mostrador de lo que parecía más una tienda de ultramarinos que una comisaría. Un cabo los leyó para abrir los ojos como si hubiera visto al diablo.

—¡Sargento! —gritó mirando hacia una puerta abierta por el que se asomó un tipo en una camisilla llena de manchas—. ¡Este es el último de los españoles!

## 27. Chervakov

Octubre de 1953

Estuve detenido en un calabozo hasta ver qué hacían conmigo. No sabiendo dónde estaba y por qué no había llegado hacía meses, aquel sargento tuvo la buena idea de encerrarme hasta esperar a que su teniente y jefe de puesto volviera de vacaciones. Diez días esperé a que por fin el joven teniente apareciera. Leyó mis documentos para firmarlos y enviarme al hospital de Rybinsk, donde pasé las dos semanas de cuarentena.

—¿Qué es esto? —le pregunté a una enfermera el día de la salida del hospital.

—Ropa —dijo señalando el macuto de ropa gris oscura con aspecto de nueva y planchada.

—¿Dónde están los harapos apestando a lejía? —dije lazándome a coger aquellos pantalones de dril, la chaqueta de tela y un chaquetón guateado.

—Si no los quieres, tengo los andrajos que traías —dijo seria para añadir al lote una cartulina amarilla.

Me vestí en un banco. La ropa era nueva. Me sentía reconfortado con su contacto. No era un traje para ir a ver al rey, pero era increíble cómo devolvía la dignidad a una persona unas piezas de ropa limpia después de años vistiendo ropa de muertos. Al terminar, me tendió una gorra de visera. En la cartulina no ponía destino, solo «Tarjeta de Embarque» y un número.

—Tome, esto es suyo. —Me dio un sobre gris con «Durán» escrito en tinta negra—. Firme aquí.

No me fiaba nada de aquella gente, así que abrí el sobre para ver asomar cuatrocientos rublos.

—¿Es Navidad?

—Los ciudadanos soviéticos ya hemos superado esas fiestas de carácter supersticioso —dijo despectiva—. Esto es parte de sus atrasos.

Hice una firma ilegible y recogí el dinero, que conté varias veces.

—Por favor —dijo alzando la voz—, le están esperando fuera para llevarlo al *lager*. No tienen todo el día.

Salí con un «hasta más ver» para echarme a correr hacia un camión desde el que su conductor me hacía señas. Caía una auténtica cortina de agua sobre aquella ciudad, que duró las tres horas de trayecto hasta un recinto pequeño, rodeado de alambradas con unas torretas, barracones de madera alzados sobre columnas para intentar escapar del suelo congelado en invierno, y algunos edificios de cemento, entre ellos la *bajta*. Un *lager* de tantos, aunque solo en apariencia. Este era muy diferente, tanto que pensé que aquello era una trampa.

La lluvia había dejado de caer, pero los charcos llenaban el suelo de cemento. Caminé evitándolos. Me daba rabia manchar mi ropa nueva. Un guardia me había indicado el barracón de los españoles, «el que estaba justo al final del todo, el más grande con un techo color marrón». Apreté el paso, no por el cielo gris de aquella tarde, sino porque estaba nervioso. ¿Qué me iba a encontrar?

La puerta estaba abierta, no del todo, pero había alguien que se asomaba a tirar un cigarro, que voló hacia un charco a unos metros. Me quedé quieto aguantando la risa. Me miró durante un segundo para volver a entrar. No podía ser que no me hubiera visto, pero claro que me vio. Dos o tres segundos volvió a aparecer por la misma abertura para empujar la puerta.

—¡Santiaguito! —chilló con una sonrisa cargada de emoción.

—¡Carballo! —Comencé a caminar hacia él mientras reía—. ¡Te lo dije! ¡Te lo dije! ¡Tú me abrirías la puerta si nos retornaban!

Eché a correr hacia mí. Nos dimos un abrazo entre risas. Chocamos la frente. Noté que estaba más gordo, con mejillas llenas y mejor color que cuando nos despedimos en aquel matadero.

—Menos mal —dijo con la voz entrecortada por la emoción—. Pensaba que te habías muerto, hijo de puta. —Rio y al mismo tiempo se sacó un trozo de tela del abrigo gris idéntico al mío para secarse las lágrimas que le caían sin poder evitarlo.

—Pues aquí me tienes —dije riendo.

—¡Coño! Como no venías, y pasaban las semanas y los meses...

—Llevo un mes en la ciudad, pero ya sabes cómo son estos cabrones.

—Pero ven para dentro, que va a llover. Que pareces bobo ahí fuera mojándote —me dijo entre risas para empujarme. Casi llevándome en volandas me metió dentro del barracón para gritar como si fuera un portero de un circo—: ¡Guripas! ¡Pilotos y marinos de la República! ¡Niños de la guerra! —Todos estaban haraganeando en las literas y fueron levantando la cabeza,

sus caras afeitadas, sus cabellos bien cortados, todos con los uniformes gris oscuro—. ¡Miren quién ha venido! —Hizo una pausa—. ¡Nuestro Santiago!

Lo siguiente fue increíble para mí, no solo por los abrazos y muestras de cariño, también por la inmensa alegría que sentí viendo que los vivos seguían vivos, que me miraban con los ojos ilusionados del enfermo que empieza a mejorar después de una larga enfermedad. Allí estaban todos. James «Irlanda» O'Flaherty, Diego Bazaga, Bernardo Rosales, Martín Carballo, Beltrán Santillana... El corazón me daba vuelcos de alegría cuando nos abrazamos.

—¡Volveremos a España! —grité—. Nos han tirado toda su mierda encima ¡y aquí seguimos!

—¡Viva España! —gritó uno de los marinos republicanos.

—¡Viva! —respondió el barracón de españoles con una sola voz.

—¿Qué tipo de *lager* es este?

—Pues de los que no hay —me respondió Carballo llenando otra vez su vaso de agua de una jarra metálica que nos había puesto un cocinero.

—Cuando entré, casi tuve que pedir que me miraran los papeles, porque en la garita estaban tres guardias fumando de palique entre ellos, sin hacerme caso.

—Aquí todo les importa poco —se sirvió más agua—, pero si alguien intenta escapar, no te creas, que aquí hay *bajta* también y si te acercas te dan para el pelo. Eso sí, por lo demás nada más.

—Creo que ni hay perros —dije llenando mi vaso.

—Y la comida es abundante, no es que sea pote gallego, pero sí que es cuantiosa.

—¿Un cebadero?

—Eso es buena señal —sonrió.

—Nos mandan a casa gordos como cochinos —reí—. ¿Dicen algo concreto?

—De eso nada de nada. Ya llevamos aquí desde que se murió el bicho de Stalin, al menos los primeros que llegamos. Estaba esto lleno de alemanes que se fueron al mes de llegar. ¡Marzo! —Golpeó la mesa con el puño—. Y ya desespera, pero mucho, mucho, que estamos en octubre, ¡joder!

—¿Palacios está muy enfermo? —Hice un gesto con la cabeza hacia donde estaba, sentado bajo la ventana—. Cuando lo saludé, me pareció débil, su voz y el apretón de manos.

—Pues sí —dijo con pesar—. Está un poco mejor, ya que con la comida

extra de la cantina pues ha mejorado. Pero no es el único, hay unos cuantos en un *lager* hospital. Espero que todos puedan volver.

—Ojalá —dije pensativo—. ¿Qué es eso de la cantina?

—¿Te pagaron los rublos? —Asentí—. Pues puedes ir a la cantina y comprar, eso sí, a precio de oro, o sea, una fortuna cada cosa, así que tampoco esperes llenar la bodega del Canarias.

—¿De dónde salen todos esos libros?

—Nos dejan leer, aunque todo está en ruso, así que por mí...

Me levanté a coger un periódico, un *Pravda* de febrero con una foto de Eisenhower en la portada.

—«La falsa democracia burguesa y plutócrata elige como nuevo mandamás al militarista general Dwight D. Eisenhower» —decía el pie de foto. Miré al capitán Oroquieta, que me observaba—. ¡La leche! ¡Eisenhower presidente! ¿Usted sabía algo de esto?

—Pues parece que ha pedido que los presos de guerra vuelvan de una vez a sus casas. En una cosa que se llama Naciones Unidas.

—¿Naciones Unidas?

Me enfrasqué en aquella lectura de periódicos viejos. En realidad, todo aquello me importaba poco, la mitad de las páginas eran alabanzas a Stalin y la otra eran cánticos a Stalin, pero yo buscaba los periódicos del año 46. Rebusqué en las cajas, tenía que haber alguno. Encontré del año 43, era el más viejo hasta el momento, color marrón y casi desecho, con anotaciones en tinta en los bordes. Abrí las otras cajas. Allí encontré el filón de periódicos del año 46. «Los juicios de Núremberg», decía uno de ellos con gruesas letras rojas sobre una foto de la camarilla de nazis sentada en el banquillo. Me eché hacia atrás en aquella incómoda silla de madera para abstraerme totalmente en la lectura.

Sentencias, alegatos, acusaciones, incluso críticas a la actitud de los fiscales aliados, solo los soviéticos eran los que habían sido tajantes en el juicio, según *Pravda*. Yo leía rápido, ansioso por encontrar un nombre, pero al mismo tiempo resignado a no encontrarlo, como ese jugador que busca su número premiado en el listado de la lotería de Navidad. Pero tuve suerte. En una página interior de aquel auténtico especial dedicado a los juicios aparecían una treintena de fotos. Bajo una de ellas, al principio irreconocible por la baja calidad de la foto, el nombre de Tobías Müller. Miré con detalle la foto. Sí, aquellas manchas de tinta eran su cara. El texto debajo de la foto era



lo que me interesaba.

«Tobías Müller, uno de los creadores del criminal espionaje alemán, declaró como testigo contra los jefes de la Gestapo. Müller fue condenado a quince años por crímenes de conspiración contra la paz en el juicio contra los integrantes del Abwehr. Nuestro gobierno solicitó la pena de muerte, pero los británicos se negaron y redujeron su condena a cinco años desde el momento de su captura. Recordemos que Müller fue detenido por la marina británica cuando huía en un barco con rumbo desconocido. Los capitalistas siempre han negado la extradición a la Unión Soviética para que pagara realmente por sus crímenes». No contaba nada más aquel maldito periódico.

Las semanas pasaron. Octubre se fue, al igual que noviembre y allí nada cambiaba. Los días iguales se llenaban con las únicas tres cosas que parecían sobrar: comida, tedio y sueño. La alegría por mi vuelta, por estar todos los españoles juntos, decrecía para convertirse en una rutina monótona. Las historias, las anécdotas de los gulags que habíamos recorrido cada uno, ya no interesaban, ni siquiera al que las contaba, todas estaban oídas hasta el hartazgo. A principios de diciembre lo que dominaba era el silencio, la nieve y los cuarenta grados bajo cero en el exterior del barracón.

—¿Ya no fumas? —me preguntó Rosales desde su litera en aquella tarde de siesta eterna.

—No. —Intenté recordar el último cigarrillo que fumé—. Desde que me capturaron no he fumado nada.

—Antes eras como una chimenea.

—La vida cambia.

—¿Crees que nos van a repatriar?

—Cada vez lo dudo más —dije sin sorprenderme. Ya hacía semanas que muchos empezábamos a pensar que esto era una trampa, una especie de juego de los soviéticos para hundirnos aún más.

—Creo que están buscando un motín para tener la excusa de desperdigarnos otra vez. En cuatro o cinco años de nosotros no se acuerda nadie.

—¿Estás seguro de que se acuerda alguien ahora?

—¿A qué país quieres dirigirte cuando abandones la Unión Soviética? —tradujo César Astor en aquella sala de interrogatorios de la *bajta*, donde tres altos funcionarios llegados desde Moscú escuchaban con cierto interés. Llevaban ropa de civil, trajes, bufandas, abrigos. Fumaban escuchando la

traducción de Astor, que seguía igual que siempre, aunque ahora era capitán del MGB.

—A España. No se me ha perdido nada en otro sitio.

—¿Crees que la dictadura franquista os dejará entrar en el país?

—Más nos vale —Me encogí de hombros.

—Conteste a la pregunta —tradujo Astor, nervioso. Le preocupaba molestar a los funcionarios.

—No lo sé, espero que sí.

—¿Por qué no lo sabe?

—No estoy en la cabeza de Franco.

—¿Quiere tener la oportunidad de ser ciudadano soviético y acogerse a todo lo que este país puede darle?

—No

—Aquí tendrá trabajo digno, salario digno, vivienda digna.

—Lo rechazo dignamente —suspiré.

—¿Cuál va a ser su relato sobre su vivencia en la URSS?

—Ninguno. —Me miraron con extrañeza, y antes de que viniera el «explíquese» añadí—: Son tan horribles las cosas que he visto, que he vivido, son tan salvajes que no creo que nadie me creyera. No me gusta que me tomen por loco o por mentiroso.

—Retírese —dijo Astor precipitadamente— y que pase el siguiente.

Salí a la oficina, donde estaba esperando Ignacio López, un niño de la guerra que ya contaba los veintiséis años. Lo miré para negar con la cabeza y decirle: «No es nada. Las mismas tonterías de siempre».

Navidad la celebramos con más jolgorio que felicidad. Nos entregaron quince paquetes de ayuda de la Cruz Roja. En todos se incluía una botella de coñac, carne y atún en conserva, una tableta de chocolate... Fue nuestra cena de Nochebuena que aderezamos con villancicos cantados a toda voz. En otro *lager* hubiera entrado todo un destacamento del MGB y, a golpe de porra, llevarnos a las celdas de castigo. Pero allí estábamos de sobra y los guardias no aparecieron, ni siquiera para ver a Carballo imitando a Celia Gámez subido sobre una mesa o a Diego Bazaga cantando desafinado el himno de la División. Fue un buen rato de diversión, donde la alegría alcohólica provocada por el coñac y la botella de vodka que compramos en la cantina, mediante recolecta de rublos entre todos, hizo que por un instante olvidáramos que seguíamos allí, sin movernos ni un milímetro, tan lejos de España como

cuando fuimos capturados, mientras todos los días veíamos cómo cientos de alemanes eran repatriados. Ya no quedaban austriacos, ni suecos, ni noruegos, ni checos, ni rumanos...

—Capitán —le dije a Oroquieta la mañana del Día de Reyes.

—Sargento —dijo abrigado con una manta que se enrollaba al cuerpo mientras se sentó en una silla de la que apenas se levantaba, salvo para comer o acostarse.

—La tropa está revuelta.

Ángel Salamanca dormitaba en otra silla pegada peligrosamente a la estufa. Abrió los ojos para mirarme.

—¿Qué es lo que pasa?

—Quieren declarar una huelga de hambre, que duraría hasta que estuviéramos en Odessa. —Los dos me miraron con los ojos abiertos.

—Pero... —dijo Salamanca.

—Pienso lo mismo que estás pensando, Ángel. Y eso de la huelga de hambre solo son los más moderados. Muchas de las ideas incluyen latas de gasolina, palos, pinchos y cosas así.

Oroquieta desenrolló su manta, se puso de pie sin decir nada, fue a su cama para coger el sombrero, ponerse el abrigo guateado, los guantes y volver donde estábamos.

—Quítenles las ideas. Cuéntenselo al alférez Castillo, reúnanlos a todos y, si es necesario, bronca cuartelera. Un motín ahora nos encierra aquí para siempre. Es hora de esperar y verlas venir.

—¿Se marcha usted, capitán? —le preguntó Salamanca.

—Voy a la *bajta*, tengo que hablar con esta gente. Esto no puede seguir así.

—¿Despertamos al capitán Palacios?

—No —respondió rotundo—, ayer tenía fiebre y hoy está mejor. Dejémoslo descansar.

Se marchó abriendo la puerta con esfuerzo. La nieve se acumulaba en todas partes, dos metros de espesor sobre el suelo. Ahora entendí lo elevadas que estaban las casas sobre aquellas columnas. Aun así, los trescientos metros que nos separaban de la comandancia eran todo un desafío para los músculos del capitán. Cerró la puerta y nos pusimos a lo nuestro, reunir a los hombres para darles la charla. Beltrán nos ayudó con los republicanos. No queríamos que el grupo se rompiera y menos ahora que habíamos llegado hasta allí.

El capitán volvió, Santillana y Silva tuvieron que abrir la puerta a tirones para que pudiera entrar. Tenía cara de pocos amigos, aunque no estaba enfadado, más bien como si le hubieran dicho que España se había convertido en un soviét comunista.

—¿Mi capitán? —le dije cuando todavía llevaba nieve en los hombros.

—El *nachalnik* del MGB dice que el Gobierno en Madrid ha cancelado nuestro regreso. Dicen que ellos han hecho todo lo posible, pero que en España no quieren nuestra vuelta. Temen que sea un lastre en las negociaciones que mantiene Franco con los americanos.

Nadie dijo nada, ya no había vuelta, el motín era absurdo y se canceló. Todos volvimos a las camas, a taparnos con las mantas, para encerrarnos en nosotros mismos. La incertidumbre lo llenó todo, pero el naufragio ya se había producido, el miedo se convirtió en resignación y apatía.

Fue el día de San Sebastián, veinte de enero, cuando los cuatro prisioneros rusos que nos servían el desayuno entraron con los calderos de una especie de gachas dulces, las teteras de varios litros de té y las bandejas de pan. Ya no nos motivaba ni siquiera comer. Es curioso lo rápido que uno se acostumbra tanto a lo bueno como a lo malo, y digo lo malo porque al hambre también te acostumbrabas, al igual que a la sed.

Repartieron los alimentos en las dos mesas y, poco a poco, con la desgana de hombres sin ilusiones, nos fuimos sentando para tomar el desayuno. El pan era soso y negro como el carbón, pero al menos estaba cocinado, no era la masa floja del gulag. Me serví las gachas dulces. Eran como si las hubieran hecho con litros de aceite de colza con azúcar. Había ganado peso. Me miraba en el espejo cuarteado del baño, cuando nos llevaban a bañarnos y, al menos, ya tenía mejillas de nuevo.

Un sargento del MGB entró. Tenía el bigote cubierto de escarcha y la piel cubierta de grasa trasparente para evitar que se le cortara por el viento gélido. Dio una tos y golpeó con su porra la puerta que se cerraba tras él.

—¡Atención! ¡Atención! —Hizo una pausa para sacar un papel que desdobló con parsimonia.

—¿Y este quién es? —dijo Carballo mientras comía aquella masa grasienta—. ¿El pregonero?

—Yo creo que es el tonto del pueblo —dijo Bazaga.

—¡Silencio! —repitió el bolchevique para leer el papel—. Se comunica a los presos españoles que saldrán de este *lager* el día veinticuatro de enero

de 1953 a las siete de la mañana, rumbo a Ucrania. Todos llevarán la tarjeta de embarque numerada que se les entregó al llegar. —Dio un taconazo y se fue por donde vino.

El silencio fue total. Todos habíamos escuchado lo que había dicho, pero era como si no lo hubiéramos entendido. Me puse las manos en la cabeza y estallé en vítores cuando todos lo hicieron.

—¡Volvemos a casa!

## 28. Ucrania

Enero de 1954

Seis días duró el viaje por un paisaje completamente blanco, monótono, salvaje, como se volvía Rusia cuando se salía de los alrededores de las grandes ciudades. Atravesábamos praderas infinitas sin la presencia humana, ni pueblos, ni casas ni campos labrados, absolutamente nada. Otras veces el tren entraba en un bosque que parecía que nunca había sido penetrado por ningún hombre. Parábamos en apeaderos solitarios para repostar en mitad de la nada. Intentábamos leer los pocos carteles que aparecían, para intentar orientarnos. «¿Y si nos están llevando de nuevo a Karagandá o tal vez a Siberia?». Volvía la paranoia.

Paramos en una pequeña estación cubierta de nieve. Los guardias que nos esperaban eran solo diez y no llevaban perros. Estaban ateridos de frío en aquel universo blanco. Nos hicieron señas para que nos agrupáramos rápido.

—*Dabai!* —gritó uno que, sin esperar a nada, comenzó a caminar por una carretera cubierta de nieve.

La columna se puso en marcha, pero no por los guardianes, más bien por nuestra costumbre de hacerla, ya que aquellos muchachos en uniforme caminaban sin hacernos caso. La tormenta era terrible, pero las habíamos visto peores y los guardias controlaban todo, incluso disparaban al que hablara. Ahora veíamos que estos tenían otras órdenes.

—Si esto es el camino a Odessa, yo soy familia del rey Alfonso —dijo Zurita mientras caminábamos tropezando entre nosotros por culpa del viento que lanzaba pequeños copos de nieve dura a nuestras caras.

—¡No! —chilló para hacerse oír Fernando Lima, un guripa de Las Palmas—. ¡Esto no va a Odessa! Te lo digo yo que estuve cinco años de esclavo en el Odessa 5. Estamos a decenas de kilómetros o más del mar Negro.

—¿Decenas? —cuestionó Benavides, un guripa toledano veterano de la gigantesca factoría de tractores en la capital portuaria—. Esto está a cientos de kilómetros de Odessa.

Llegamos a un gulag pequeño. Allí no había nada más. Pasamos bajo un cartel que ponía Voroshilov. Tenían razón, aquello ni era Odessa ni se le parecía. ¿Qué demonios era esto? Pasamos por la entrada sin entregar papeles, ni órdenes ni nada. No hubo cacheos, ni visitas a la *bajta* para dar nombres. Los mismos guardias que nos escoltaban simplemente nos llevaron hasta dos barracones donde nos dividieron al azar para cerrar las puertas cuando nos tuvieron dentro.

—Nos han vuelto a engañar —dijo Rosales sentándose en una litera.

—A ver si nos van a estar mandando de un lugar a otro solo porque los comandantes de los gulags no quieren tenernos de huelgas y armando follones —dijo Bazaga.

—No será verdad eso de que Franco no quiere que volvamos —dijo Silva.

Nadie sabía si estábamos en Ucrania, en Rusia o Siberia. Los guardias nos aseguraron que aquello era Ucrania y que estábamos a un día de Odessa. No los creímos y un día nos visitó el comandante del *lager* para decirnos;

—Solo estarán aquí el tiempo justo mientras se completan los detalles de su repatriación —dijo aquel hombre sexagenario de párpados hinchados, nariz y mejillas de rojo alcohólico—. Cuando todo esté listo se marcharán.

Cuando se fue alguien mascullo:

—Sí nos marcharemos, pero no se sabe a dónde.

Las semanas volvieron a pasar en aquel encierro de largas partidas de ajedrez, pequeñas conversaciones donde las especulaciones y el mal fario lo inundaban todo. «De aquí nos mandan a la estepa o peor aún», «nos van dispersar de nuevo», «un guardia me dice que esto es un *lager* de tránsito para otros *lagers*, no para Odessa». Y así los primeros días, hasta que la apatía nos venció y el silencio lo volvió a llenar todo.

—¡Recogedlo todo, llevad vuestras tarjetas de embarque! ¡Salimos en una hora! —gritó Palacios tras volver con Oroquieta de la *bajta*.

Subimos al mismo tren que nos recogió en el mismo apeadero que nos había dejado hacía un mes y medio. Los guardias repartían panes junto con cartulinas amarillas nuevas. El nerviosismo nos invadía, nadie estaba eufórico, no había cánticos ni muestras de alegría, más bien eran nervios por la desconfianza.

—Destino Krasnopole —leyó el alférez Castillo—. ¡Qué coño es eso!

—Un *lager* muy cercano —nos dijo un guardia con acento alemán—. No

hay problema, en dos días estaremos allí. Buen sitio para descansar —sonrió como si promocionara un balneario.

Nunca tuve tantas ganas de organizar un motín que en aquellos dos días de viaje, secuestrar aquel tren, matar a los guardias y dirigirnos a cualquier frontera. Pero todo quedó en el baúl de posibilidades.

—¿Por qué se niegan a trabajar? —me preguntó Valeri Lebedev, una especie de gigante ruso que ejercía de teniente del MGB en el campo de Krasnopole.

—Ustedes ya nos han sacado mucho el cuero —le dije mirando una foto del gigante dándole la mano a Stalin.

—¿Sacado el cuero? —me preguntó con extrañeza mientras se mesaba la perilla de pelo negro. La ventana salpicada de aguanieve, el invierno ruso comenzaba a perder fuerza.

—Nos han explotado ya lo suficiente.

—En la URSS no hay esclavos, a ustedes se les ha pagado a pesar de ser criminales de guerra.

—Sí, seguro que sí —dije mirándole una medalla que tenía en la guerrera—. ¿Qué medalla es esa?

—¿Esta? —Se la tocó con orgullo—. Me la dieron por matar fascistas polacos en Katyn.

—¿Dieron medallas por disparar a prisioneros atados?

—¿Conoce lo de Katyn?

—A mí me capturaron mucho después de que la noticia estallara. Cuando se descubrió la fosa con los veintidós mil polacos asesinados por ustedes, yo debía de estar... —calculé mentalmente—, no sé, creo que en Kolpino. ¿Y qué se siente por matar a tanta gente?

—Bueno, era aburrido. —Se rascó la cabeza—. De la mañana a la noche disparándole a la cabeza a un polaco. No paraban de salir. A veces parecía que siempre sacaban al mismo. —Se rio—. Al final teníamos que matar hasta por la noche para poder acabar antes de que nos tiraran de las orejas desde Moscú. Ya sabe cómo son esas cosas.

—No, no lo sé, yo nunca disparé contra alguien desarmado.

—Y, por cierto —dijo sin oírme—, no fueron veintidós mil, fueron veintiún mil doscientos sesenta y ocho. Que la cuenta la llevábamos muy bien.

—Pero Moscú dijo que habían sido los alemanes, a pesar de que los nazis no estaban en esa parte de Polonia cuando la matanza.



—Cosas de la política —se encogió de hombros—, pero el mismísimo Stalin nos felicitó e hicieron estas medallas. —La acarició nostálgico para volver a mirarme—. Pero no te vayas por las ramas. El comandante os dijo que estaréis aquí poco tiempo, tal vez dos semanas, pero al menos esas dos semanas tendréis que trabajar.

—Que trabaje la madre que lo parió, si quiere.

—¿Prefieres pasar ese tiempo en esa celda de castigo?

—Trabajar no voy a trabajar, así que...

Sacó la carpeta amarilla con mi expediente. Al verla sonreí, me embargó una sensación de nostalgia. Aquella carpeta había viajado conmigo durante todos aquellos años, paseando por todos los gulags en los que estuve.

—¿Me deja ver la foto?

Giró mi ficha para colocarla delante de mis ojos. Me eché para delante para ver la fotografía en blanco y negro trabada con un remache circular. Una versión de mí aparecía en ella, sin duda más joven, no podía ser de otra manera. Tenía las ojeras propias del combate y la guerra, las arrugas de preocupación y la tristeza en los ojos.

—Esta foto me la sacaron en la Lubyanka. —Y un escalofrío me recorrió la espalda sin dejar de mirar la fotografía de aquel hombre de veinticuatro años—. Bien de cosas has vivido, amigo —le dije a aquella versión de mí mismo.

Lebedev volvió a girar la carpeta mientras negaba con la cabeza como si yo hubiera perdido la razón. Sacó el papel amarillento de mi renuncia a la ciudadanía española y me lo puso delante.

—Fírmelo y quédese en la URSS.

—No.

—Vamos, las cosas están cambiando —dijo enérgico—. La nueva nomenclatura llevará a la URSS a dominar el mundo. Ya no está Stalin y los nuevos tiempos...

—No siga.

—Aquí —dijo incansable— le ofrecemos un futuro esperanzador, con un puesto de trabajo en una industria puntera, cincuenta mil rublos y una casa.

—¿Puedo irme? —dije poniéndome de pie.

—¡Soldado! —gritó hasta que se asomó un joven guardia—. Llévase a este a la celda de castigo donde estaba.

Abrieron las puertas de la cárcel del *lager* en la mañana del dieciséis de

marzo. Una muchacha de uniforme nos hizo formar con un golpe de silbato. Tendría dieciséis años, pero la mirada la paseaba entre nosotros con un odio que cortaba la piedra. Nos mandaba ponernos rectos, separarnos unos de otros. Su voz chillona nos hacía sonreír, aunque me la imaginé con una ametralladora en otros campos que no fueran como aquel, con prisioneros a los que pudiera maltratar. No debía de hacer ni pizca de gracia. Lebedev apareció por un extremo de aquel patio con una lista en la mano y un micrófono cuyo cable colgaba desde un poste con un megáfono. Tosió para probarlo y Rosales dijo por lo bajo: «Así revientes, hijo de puta». Nos echamos a reír y la chiquilla, enfadada, vino a regañarnos.

—Que sí, preciosidad —le dije en español—, pero que yo no fui, así que no me vuelvas loco.

—Silencio —dijo Lebedev—. Voy a leer un listado con las personas que viajarán a España. Serán solo los que nombre y tendrán que salir de la fila para permanecer pegados a esa barraca.

Las bromas se acabaron, todo el mundo estaba tenso, los murmullos se oían por todas partes. Los más temerosos eran los antiguos republicanos y los *niños de la guerra*, todos hombres ya, temían quedarse fuera, muchos no creían todavía que en España los recogieran. Fueron nombrando. No había listado alfabético. Al tuntún fueron diciendo nombres. Cuando llegaban a uno que no estaba en aquel patio, Lebedev hacía una pausa para después leer «hospitalizado. Se incorporará durante el trayecto». Ví cómo nombraban a mis amigos.

—Martín Carballo.

—Diego Bazaga.

—James O'Flaherty.

—Bernardo Rosales.

Les sonreía a todos y apretaba el puño, me alegraba por ellos, pero me preocupaba por mí. Ya no quedaban por nombrar más divisionarios, el único era yo, junto con los pilotos, marinos y *niños de la guerra*.

—Beltrán Castillo.

Me sonrió extrañado cuando pasó a mi lado, vi preocupación y leí en su cara. «Pero ¿y tú?». Me dio un abrazo rápido y escuché al grupo junto al barracón frases como «no puedo creer que lo dejen fuera», «no nos iremos sin él, mi capitán», «o todos o ninguno». Los nombres de los pilotos terminaron para pasar a los marinos y después al último de aquellos *niños* que habían

preferido la esclavitud forzosa del gulag que la voluntaria y mansa de la vida en la URSS. Mi nombre no estaba.

—Santiago Durán —dijo Lebedev sin despegar los ojos del folio. Todo había sido una pantomima, una especie de broma cruel para vernos sufrir antes de marcharnos. No quedaba nadie sin nombrar. Miró hacia la joven guardia, que hizo sonar el silbato para que volviéramos a formar.

Yo reí, ya que apenas había llegado a la pared del barracón cuando me tenía que dar la vuelta para volver a formar en aquel patio, bajo un cielo gris que amenazaba lluvia.

—Se ve que este no tiene nada que hacer —dijo Carballo.

—¡Silencio! —chilló por el micrófono—. ¡Recuerden que todavía son prisioneros!

—Y tú un gilipollas —dijo Beltrán.

—Pasado mañana —continuó el asesino de Katyn— se os llamará por grupos durante todo el día para llevaros a la ducha y al barbero, así como se os entregará nueva ropa...

—¿Y los uniformes que trajimos de España? —gritó Zurita divertido.

—Sí —añadió Carballo—, yo todavía tengo el resguardo para recogerlo en Grafenwoehr.

Todos reímos mientras la soldado perdía los pulmones con el silbato.

—El día veinte se repartirán sus puestos en los vagones, cuyas literas estarán numeradas. No se permiten cambios de puesto.

—¡A mí dame ventana! —grité anticipándome a Carballo, que se echó a reír y no pudo decir la suya.

—¡Silencio! —dijo enfadado. Me lo imaginaba rumiando el odio de no poder matarnos a todos como había hecho con aquellos polacos—. Al día siguiente, a las siete de la mañana, subirán en camiones por orden de lista para llevarlos a la estación ferroviaria donde cogerán el tren con rumbo a Odessa.

—Teniente —preguntó el capitán Palacios muy formalmente. Sabía que aquel trozo de carne no le respondería de otra manera—. ¿Cuánto tardaremos de aquí a Odessa?

—Cuatro o cinco horas —mintió.

—¿Nos repatriarán nada más lleguemos a Odessa? ¿Nuestros compañeros hospitalizados?

—Están ya en Odessa —volvía a mentir.

La moral nos volvió a subir, pero esta vez era alegría matizada,

constreñida, temerosa. Muchos temíamos cuál sería la estratagema que los rusos harían para impedirnos la vuelta a casa. Creo que nadie lo tenía claro.

## 29. Odessa

27 de marzo de 1954

Nada era fácil en la Unión Soviética, ni siquiera subirse a un tren. Por increíble que parezca los camiones que nos recogieron en Krasnopolé nos llevaron de nuevo a Voroshilov, como si fuera una broma macabra. Era allí donde una locomotora con una veintena de vagones nos estaba esperando.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Santillana viendo a un grupo de unos ochenta soldados rasos del MGB. Demasiada gente para estarnos esperando. Nadie creía en comités de despedida, así que allí había gato encerrado.

—Si intentan jodernos —dije con firmeza—, lucharemos.

—Dé la orden, sargento —dijo Rosales.

—Solo tendríamos que arrebatarnos las armas y tomar el tren. —Lo tenía planeado en mi cabeza, sacar a los heridos y huir a cualquier sitio. Turquía era ese cualquier sitio, ya que todo lo que estaba alrededor era comunismo.

Bajamos con la desconfianza de perros apaleados, quedándonos en grupo. Si había que pelear, ese era el mejor comienzo. Aquellos guardias no iban armados, nos miraban con un recelo extraño, como si nos temieran.

—¡Coño! —gritó Silva—. Si es Macario el miliciano.

Sí, allí estaba Macario Landín, un guripa que se pasó a los comunistas en Possad y les contó todas nuestras quejas para que ellos las pusieran a los cuatro vientos desde sus altavoces en el frente. Pero no estaba solo. Allí estaban otros divisionarios que creíamos desaparecidos: Maximiliano Borges, Antonio Onaindía, Marcelo Costa, Braulio Paz...

—¡Que habéis venido a despedirnos! ¡Vendidos!

—¡Nosotros a España y vosotros de esclavos aquí!

Pero no fuimos nosotros los divisionarios los peores, a los *niños de la guerra*, algunos pilotos y a varios marinos republicanos tuvimos que separarlos porque se lanzaban sobre ellos a puñetazos, intentando saldar viejas venganzas motivadas por delaciones, chivatazos que aquellos renegados habían cometido sobre ellos.

—¡Calma! —gritó César Astor, ahora ya capitán—. ¡Somos

compatriotas!

—De eso nada, ¡vosotros sois rusos y nosotros españoles!

—Serviremos el almuerzo —dijo poniéndose serio— cuando el tren esté preparado. Les daremos raciones para el viaje. Saldrán dentro de tres horas. Les deseo un feliz regreso.

—¡Ande y cállese ya! —le gritó Palacios, que parecía haberse recuperado de la debilidad que nos hizo temer por su vida en Chervakov.

Nos reímos de Astor, humillado delante de unos comandantes y coroneles rusos que lo observaban. La situación se tranquilizó cuando nos repartieron las escudillas. Los renegados hacían de nuestros camareros. Nos dieron judías espesas, auténticas, con apio y cebolla, también gachas. Pudimos repetir. Arenques, una barra de pan para cada uno y agua, la que quisiéramos. Me levanté varias veces a llenar mi taza en los cubos.

—Sinceramente, me alegro de que vuelvan a casa. —Me sobresaltó al oírle la voz, pero tenía a Astor mirándome con ojos de cordero degollado justo al lado. Me encogí de hombros—. Ya que no quieren permanecer con nosotros.

—¿En su cárcel?

—Es una pena que lo vea así, pero...

—Cállese, ya se lo dijo Palacios.

—Créalo o no, pero he intentado que sus castigos fueran los menos posibles, pero ustedes lo han puesto muy difícil.

—Sí, la verdad es que cuando me daban palizas colgado del techo, su ayuda lo hizo todo más llevadero.

—Me hubiera gustado ser de más ayuda —dijo con sinceridad para quitarse el guante de cuero reglamentario en el uniforme del MGB y tenderme la mano, fina, suave y delicada—. Espero que al menos se pueda despedir de un español, aunque no me considere usted como tal.

—¿Sabe una cosa, Astor? —dije ignorando la mano que me tendía y mirándole a aquellos ojos claros, la nariz grande y el bigote de pelo rizado—. Muchas veces lo he visto y he pensado «no parece mal hombre. Sí, puede que sea comunista, pero no es mala persona, al menos por cómo habla». También me ha llegado a dar pena cuando Palacios, Oroquieta o Rosaleny lo humillaban delante de todo el mundo, como antes... —Me miraba con los ojos acuosos—. Pero en esos momentos de debilidad en que pienso que tiene sentimientos, que es una persona, recuerdo un orfanato en mitad de Rusia que

conocí hace muchos años, donde los niños pequeños no hablaban, no lloraban, no jugaban porque los tenían a oscuras, sin atenderlos. No habían aprendido a hablar porque nadie les había hablado. También recuerdo a una niña a la que unos cofrades tiraron de un tren para poder violar a su madre con el permiso de los guardias. También pienso en Mateo Ruiz, un niño del Norte, cuyo único sueño era volver a su casa, al que torturaron a muerte en Monastirka solo para castigarme a mí. Me acuerdo de todos ellos y de muchos más. Entonces pienso «este es un cómplice de todo esto, él es uno de ellos, de los que mantiene este inmenso matadero en pie, uno de los que blanquea sus crímenes». Por lo tanto, se merece toda la humillación y desprecio. —Me miró pasmado, sin saber qué hacer—. Ahora lléneme el vaso y si no me lo va a llenar, quítese de ahí de una vez.

El tren se puso en marcha a las tres de la tarde. Despacio, nos alejamos de aquella estación donde nos miraban todos aquellos, algunos con el rencor pintado en la cara y otros con remordimientos, tal vez les hubiera gustado estar allí con nosotros. A esos no los culpábamos y los cortes de mangas que les dirigimos no iban destinados a ellos. El hambre y la tortura pueden quebrar el corazón más débil, y muchas veces la soledad y el paso de los años hacen que hasta el espíritu más recio se ablande.

—¿Volvemos de verdad? —dijo en voz alta el capitán Oroquieta, que era el oficial de nuestro vagón.

Nadie le contestó, nadie sabía la respuesta a eso. ¿Y si llevarnos a los renegados había sido una trampa para provocar una reacción y no dejarnos volver? ¿Y si todo aquello era una puesta en escena para que el golpe moral nos hundiera y firmáramos todo lo que nos pusieran delante?

Mi litera era la de arriba. Abrí la pequeña ventana de madera que tenía justo en mi cabeza para mirar el paisaje ucraniano pasar delante de mis ojos. Monótono pero bellísimo, inmenso, sin nieve. Estábamos en el sur de aquel planeta que se llamaba Unión Soviética. Allí a quinientos kilómetros del mar Negro, el invierno solo duraba hasta marzo. Miré aquello como si fuera un cine, imbuido en ese lienzo que avanza, pero pensé en Bosem, la recordé con dificultad, había dejado de escribirle. No la había olvidado, pero sabía que tendría que vivir sin ella, si eso era posible. No lo sería, viviría anclado a su recuerdo, pero tendría que seguir remando, intentar sobrevivir hasta que un día pudiera olvidarla, dejarla ir de mi cabeza. No volvería. Los tiempos de Riga y Kolpino se fueron como mi juventud.

—Treinta y tres años, casi treinta y cuatro —musité en un susurro que se escapaba de mis pensamientos. Tenía veinticuatro cuando me cogieron en aquella granja. Todavía recordaba a aquellos campesinos apuntándome con aquel viejo fusil de caza.

Si me hubiera escapado con ella, a cualquier parte, haber vivido unos días juntos, que pudieran haber sido meses y años. Pero tuve que decirle aquellas cosas. La recordé llorando cuando bajó las escaleras de esa pensión de mala muerte. Se apoyaba en la pared. Le rompí el corazón. Solo de pensarlo, apoyé la cara en la almohada, mi cuerpo se contrajo. Ella estaba enamorada de mí y yo la insulté. Lo mejor que hizo fue irse con Müller, pero a él lo detuvieron en Inglaterra. ¡Dios mío! Bueno, era judía, los ingleses protegían a los judíos. Pero ella sola... Igual había conocido a un inglés, un



lord como esos de las películas de castillos en cumbres borrascosas, y era la señora de un noble, de alguien que no la insultara como hice yo. Ojalá fuera feliz.

Dormí bien entrada la noche, con el tren renqueando como si fuera una cuna, que nos adormecía con su vaivén. Las estufas emitían la luz rojiza que calentaba la fría noche.

Por la mañana el tren estaba parado. Estábamos en una pequeña estación donde nos dejaron bajar para comprar cosas en la cantina con los rublos que nos quedaban. Arenques, latas de carne, galletas, pan y poco más. En el paraíso soviético no había casi de nada. El tren se puso en marcha para pararse muchas veces. Todos temíamos que en esa nos hicieran bajar y nos llevaran a otro *lager*. Aguantábamos la respiración cada vez que oíamos al tren frenar.

Pero aquella vez no frenó, simplemente paró el motor y se detuvo totalmente. Era por la tarde, las seis. Vimos cómo los maquinistas se bajaban en aquel pequeño pueblo, se metían en lo que parecía una fonda y no regresaban.

—¿Qué es lo que pasa? —oímos gritar a Palacios desde el vagón de al lado.

—En Odessa no tenemos donde pasar la noche, así que dormiremos aquí y mañana llegaremos a puerto por la tarde —dijo un teniente del MGB, que también se bajaba para ir a dormir al mismo sitio que los guardias.

—Pero ¿cuánto queda para Odessa?

—Sin paradas, doce horas, pero hay que hacer tiempo para que lleguen los españoles que salieron del hospital de Maximovka y dos camiones con enfermos menos graves.

—¿Llegaremos mañana?

—Se intentará —dijo marchándose.

La tensión era tanta que nadie habló durante la cena ni durante la noche, antes de que el agotamiento trajera el sueño.

—¡Ahí están! gritó Del Castillo cuando vio aparecer los dos camiones que venían del hospital.

Vimos con alivio bajar a Rosaleny, que me miró con una sonrisa de satisfacción. Creo que ambos pensábamos que moriríamos en Rusia, él enfermo y yo en la Vorkuta. También bajó el teniente Miguel Altura, que estaba muy demacrado, pero vivo y con fuerzas para gritar un ¡arriba España! cuando

nos vio a todos mirando desde las puertas abiertas de los vagones. Tardaron una hora en subirlos a todos.

El tren arrancó para enfilear una gran recta. Eran casi las doce del mediodía cuando volvió a parar en una estación. Nos dijeron que bajáramos para comer allí. Repartieron arenques a discreción y sopa espesa con huevos. Era algo increíble.

—¿Alguien ha estado en el Odessa-5? —preguntó Rojas, guripa veterano.

—Yo —dije sin quitar la vista de mi plato.

—¿Y qué era?

—Un gigantesco gulag de tránsito donde me tuvieron esperando como un pasmarote para mandarme a Karagandá.

—Pues ahí tenéis a dónde vamos —respondió creando un silencio nervioso en todos los que estábamos allí.

—Mejor pasaremos eso cuando toque —metí la cuchara en la sopa para coger un trozo de huevo— y por ahora no toca.

—Pero tocará.

—Ahora toca que te calles y comas —dije mirándole con seriedad—. ¿Entendido, soldado?

—Sí, mi sargento.

—Pues chitón.

Que todos pensáramos que aquello iba a salir mal no significaba que fuera a permitir motines antes de tiempo. Si lo había, lo dirigiríamos militarmente y en su momento, nada de algaradas absurdas.

Volvimos al tren para recorrer apenas unos trescientos kilómetros y volvió a pararse. Eran las seis de la tarde, un cielo naranja marcaba uno de los atardeceres más bellos que habíamos visto. El tren no se movía.

—Miren dónde estamos —dijo Oroquieta.

Carballo abrió la puerta y todos pudimos ver la inmensidad de la llanura ucraniana. Nada en kilómetros, solo campos labrados en el horizonte. El cielo variaba del amarillo al naranja en sus tonos rojizos.

—En ningún sitio —dijo Rosales como si el mundo le pesara sobre los hombros—, estamos en ningún sitio.

Me asomé para chillarle a dos guardias que fumaban tranquilamente entre la hierba alta y las flores primaverales.

—¿Dónde estamos?

—En Ucrania —sonrió divertido—. Tranquilo, estamos a ciento cincuenta kilómetros del puerto de Odessa. Llegaremos mañana.

—¿Y por qué no hoy? —dije con un quejido—. Eso son seis horas, podríamos llegar a media noche.

—Nos han ordenado que paremos.

Salté del vagón y caminé hacia ellos. Esto era una trampa. Si no había una orden lógica, hablaría con los mandos para preparar la toma del tren.

—¿Por qué motivo? —dije poniendo cara de súplica—. ¿Cuál es la razón para no llegar hoy?

—Ya sabe que no tenemos lugar para alojarlos en Odessa, y el barco que tiene que venir a buscarlos y no ha llegado aún.

—¿Existe ese barco?

Volví al vagón mientras ellos se reían de mi desconfianza, pero no me respondieron. Creo que, en realidad, no sabían si existía o no.

La noche fue eterna. No pude dormir, solo a ratos, y víctima de las pesadillas acabé abriendo la ventana para mirar el paisaje nocturno y mis pensamientos volvían a torturarme. Me imaginaba a Bosesem en una cárcel o deportada a Alemania como colaboracionista. Pensaba en los ojos de Miguel en Karagandá cuando me vio aparecer y le conté cómo me había quedado en la guerra en vez de irme cuando pude. Si lo hubiera hecho, él estaría vivo. Todos los demonios de esos años volvieron a verme en esa noche.

La tregua me la dio el movimiento del tren, aún era de noche cuando se puso en marcha. Un inmenso suspiro recorrió los vagones, que avanzaban a la velocidad que nunca le habíamos visto hasta entonces. El viento me daba en la cara entrando por el ventanuco. Me despejaba, me llenaba de energía. Planificaba el posible ataque en Odessa. Tenía que ser certero, caerían muchos de los nuestros en el contraataque de los comunistas, pero si sobrevivíamos a eso, lo lograríamos.

El alba llenó todo de colores violáceos. Abrimos la puerta para ver cómo el cielo se transformaba en rojizo. Todos apiñados en la puerta, con el viento frío moviendo nuestros cabellos cortados por los barberos del MGB, no rapados al cero, al contrario, pelado occidental y los nuevos uniformes eran azul oscuro. La estepa se poblaba de casas de campesinos, koljovs, carreteras con algunos camiones, edificios desperdigados y, por fin, Odessa.

La inmensa ciudad, la capital del mar Negro. Entrábamos en ella. Sucia, industrial, olía a mar. Enormes factorías de ladrillo rojizo, que no eran otra

cosa que inmensos gulags donde sobrevivían cientos de miles de prisioneros condenados a trabajar turnos de catorce horas durante años. El tren atravesaba todo aquello. Los veteranos del gulag de Odessa intentaban ver la factoría donde habían trabajado, pero no la encontraron. Había nerviosismo en todo lo que se decía. Algunas conversaciones eran absurdas y se dejaban a la mitad. El tren iba cada vez más despacio, parecía que se iba a parar, pero continuó, tomó una curva y delante de nosotros apareció el mar Negro, oscuro, quieto como un plato, con un pequeño oleaje que parecía el movimiento del plomo.

—¡El horizonte! —señaló Santillana—. ¡Por ahí se va a España!

Un nudo se formó en las gargantas de todos.

—No puede ser que nos hagan esto —dijo Bazaga— para no repatriarnos.

—¡Ahí! —gritó James O'Flaherty—. ¡La Cruz Roja!

Fue un instante, y muchos no le creyeron, pero sí cuando el tren dejó atrás una calle llena de altos edificios. En aquella ciudad dormida todavía eran las seis de la mañana. Vimos el puerto y allí, como una novia esperándonos en el altar, estaba un barco blanco, limpio y brillante con una bandera enorme de la Cruz Roja, debajo más pequeña una bandera de Liberia, una griega y otra de la URSS.

—¡Oh, Dios Todopoderoso! ¡Igual es verdad! —dije para abrazar al capitán Oroquieta, que me devolvió el abrazo.

El tren atravesó el puerto despacio para parar justo detrás de otro pequeño del que bajaban a los que venían del *lager* hospital. Los nervios seguían, pero aun así hubo cariño y alegría por el reencuentro con aquellos a los que hacía años que no veíamos.

—¡Silencio! —gritaron los guardias—. ¡Todo el mundo pegado a la pared y dispuesto para ser cacheado!

Antes de darme la vuelta para que me registraran leí el nombre del barco.

—¡Semíramis! —lo dije en voz alta y para mí fue como decir libertad, España y Bosesem en una sola palabra.

## **Tercera Parte**

**“Hasta que las estrellas**

**que una vez**

**estuvieron aquí, regresen”**

### 30. Semíramis

27 de marzo de 1954

—¡Todos en fila de veinticinco! —gritó un capitán del MGB con la gorra de plato metida hasta las cejas. Junto a él seis funcionarios sentados en sillas plegables con otras tantas mesas. En cada una de ella listados, tablillas y las famosas carpetas amarillas.

Nos colocamos apresuradamente, todos estábamos serios y nerviosos. «¿A dónde irá realmente este barco?», dijo alguien por lo bajo. Le mandé callar con un «ni una broma ahora». Pero nadie estaba para bromas y mucho menos los que aún pensábamos que aquello podía ser una trampa. Aparecieron tres funcionarios más que se instalaron con sus mesitas de tijera al lado de los otros. Con ellos llegó un camión de guardias que, metralleta al hombro, rodearon todo el perímetro de la fila.

—Llamaremos uno por uno. Cuando escuchen su nombre, acudan a la mesa que esté libre, sin correr. El resto, que permanezca en su sitio. ¡Silencio absoluto!

La mañana era fría. Los restos de la bruma quedaban como jirones, el cielo estaba despejándose. Un grupo de *zeks* se dispusieron a cargar unas balas de heno en un barco, garfios en mano, cuerpos machacados por el trabajo infinito del esclavo del comunismo. Nos miraban con curiosidad, detrás del cordón de guardias que nos separaba.

—¡Atención! —volvió a gritar el capitán—. ¡Martín Carballo!

Sonreí y meneé la cabeza cuando lo vi ir recto como un palo, tenso como un carril de tren hacia las mesas. Sabía que sería el primero en abrir el hotel. Lo vimos hablar con los de las mesas. No estuvo mucho, ya habían llamado a tres más. Cuando lo vi subir por la pasarela que llevaba a la cubierta del barco, desde lo alto miró hacia atrás. Estaba preocupado. ¿Qué le habrían dicho?

El grupo se iba reduciendo, los oficiales ya habían subido. Palacios quería ser el último, pero no hubo manera, así que subió cuando le llamaron, junto a Oroquieta, Rosaleny, Altura y Del Castillo. El alma de la resistencia

española en el gulag ya estaba en el barco.

—¡Ángel Salamanca!

Lo vi ir a las mesas para quedarse paralizado durante unos instantes, cuando una decena de guardias con perros subían por la pasarela al mando de un teniente del MGB.

—¿Dónde van esos cuervos? —dijo Santillana detrás de mí.

—¡Diego Rosales! ¡James O'Flaherty!

La llamada seguía, los hombres subían por aquella pasarela, pero los guardias seguían sin bajar. De los doscientos ochenta y seis, solo quedábamos cuarenta cuando llamaron a Diego Bazaga.

—Nos vemos arriba —nos dijo al pasar delante de nosotros.

—¿Seremos los últimos en salir de Rusia? —me preguntó entre dientes Santillana.

—Si es que este barco no va a otro puerto en el mar Negro y acabamos en otro gulag —le dije con impaciencia y hasta con mal humor.

—¡Beltrán Santillana!

Miré hacia detrás. Ya no quedaba nadie. La veintena de hombres delante de mí fue llamada. Eran todos los antiguos republicanos y a ellos les ofrecían quedarse en la URSS, por lo menos con más insistencia que al resto. Oí un ruido en la pasarela. ¿La retiraban? No, solo eran los guardias con los perros que bajaban en tropel, seguidos de los que parecían el capitán y un hombre joven con un elegante abrigo, que despidió a los *cuervos* con apretones de mano. Se marcharon. Los que todavía no habíamos subido suspiramos aliviados. Los pilotos y marinos cautivos comenzaron a ser llamados junto con los últimos *niños de la guerra* prisioneros en el gulag, ellos, que llegaron siendo niños pequeños en el 38, y ahora marchaban siendo hombres. Los vi desaparecer en la cubierta del barco. Estaba solo en aquel muelle que hacía dos horas albergaba a doscientos ochenta y seis.

—¡Santiago Durán!

Caminé hacia las mesas. Todavía estaba en una de ellas Lorenzo López, marino español al que intentaban convencer de las bondades de la Unión Soviética, pero que negó con la cabeza. Me acerqué a la mesa que me indicaron. Un funcionario de gafas gruesas recogió mi tarjeta de embarque con indiferencia, buscó mi nombre en una lista para tacharlo. Comprobó otra tablilla con otra lista y me dijo: «Firme aquí». Firmé con un garabato, no me fiaba de nadie. El funcionario me ofreció el papel que llevaban años

ofreciéndome. «¿Quiere quedarse en la Unión Soviética?». Negué con la cabeza, los nervios me atenazaban, no me dejaban hablar. A mi lado Lorenzo López me miraba, esperándome. El funcionario sacó mi carpeta amarilla, la abrió para estampar un sello de tinta roja sobre mis datos, la cerró para estamparlo en la portada.

—Continúe —dijo sin mirarme.

Lorenzo recibió la misma orden de avance, lo cachearon delante de la pasarela. Fue un cacheo breve e innecesario, una tortura más.

—Póngase aquí —me dijo inexpresivo un guardia—. ¿Lleva algo en los bolsillos que me pueda herir? ¿Algún pincho o cuchillo?

—No.

Ví cómo Lorenzo subía la pasarela y me esperaba a la mitad. También vi las caras de los otros asomarse por la baranda de la cubierta. Habían salido a ver si todos subíamos. Estaban callados, tensos, con miedo. Noté las asquerosas manos del guardia registrándome. Los *zeks* ucranianos que cargaban los barcos a nuestro alrededor seguían parados mirándonos, muchos de ellos desde lo alto de los puentes y cubiertas, otros repartidos por el muelle.

—Suba —me dijo el guardia.

La pasarela de madera ante mis pies. Me agarré de los pasamanos y subí. Caminaba por ella cuando, de repente, oí aplausos. No sonaban en el barco, donde el silencio nervioso se mantenía, venían del puerto, de los miles de prisioneros que aplaudían desde las infinitas cubiertas de barcos, muelles de carga y andenes.

—¡Feliz regreso a casa! —nos gritaron mientras nos saludaban con las manos o aplaudían—. ¡Vivid! ¡Vuestra vida empieza ahora! ¡Felicidades!

Yo caminé torpemente por aquella pasarela que me pareció infinita hasta llegar al agarre donde finalizaba, y de una zancada pisé el *Semíramis*. Un grupo de enfermeras estaba allí. Todas eran mayores, con rostro amable, una sonrisa sacada de aquellas imágenes de postales de Navidad.

—Bienvenido al *Semíramis* —me dijo amablemente. En ese momento pensé en mi madre, que podía tener la edad de aquella mujer—. Mi nombre es Marcelle Berry, delegada de la Cruz Roja francesa. Pase adentro, el doctor le hará la revisión médica.

Carballo me abrazó para acompañarme hasta el dispensario del médico, diciéndome que eran cuatro tonterías, que no me preocupara. Seguimos



pensando como prisioneros, no había hombres libres en aquel barco, había hombres aterrorizados. Vi cómo le temblaban las manos a Rosales.

Salí a la cubierta quince minutos después para unirme a mis camaradas, todos en aquel lado del barco, de popa a proa, en una hilera de rostros serios que miraban cómo los cabos de aquel barco, limpio, brillante y blanco, se soltaban. El motor aceleraba para alejarse del muelle, el piloto enfilaba despacio, sorteando los obstáculos y se separaba definitivamente del suelo soviético. Devolvimos los saludos a los que nos los hicieron, pero no hubo ni alegría ni euforia.

—Señores —dijo Palacios—, seguimos en aguas de la Unión Soviética. Le he pedido al capitán que nos avise cuando estemos fuera de este malvado país. Hasta el momento sobra decir que somos invitados en este barco. Por nuestro honor de militares y españoles, seamos unos buenos invitados.

Todos asentimos.

—La tripulación es griega casi en su totalidad, aunque hay italianos y los médicos y enfermeras son suizos, pero hablan español. —Palacios parecía haber renacido de su enfermedad—. Antes de ir a nuestros camarotes y al comedor, es necesario... Os pido rezar un padrenuestro por todos los camaradas caídos en estos años de cautiverio. Todos sabéis quiénes son y quiénes eran, no hace falta que yo os los nombre.

De rodillas en aquella cubierta de aquel barco extranjero, mientras aún veíamos cercano el perfil de la Crimea soviética, doscientos ochenta y seis españoles, creyentes y no creyentes, nos pusimos de rodillas para rezar un padrenuestro en memoria de los dos centenares de hermanos muertos en el infierno del gulag. En mi cabeza estuvo todo el tiempo el sonido metálico de la pequeña piedra de pizarra que chocaba contra una cruz en la llanura de Karagandá, donde estaba enterrado mi hermano Miguel.

Los miembros de la tripulación nos llevaron a los camarotes, tres literas y una cama. Dos baños en cada pasillo. Un hombre maduro que solo sabía griego nos explicó los detalles con gestos en un plano del barco que estaba clavado en la puerta. Se marchó para dejarnos solos. Había un retrete y un lavabo. Allí estábamos Bernardo Rosales, Martín Carballo, Diego Bazaga, James O'Flaherty, Beltrán Santillana y yo. Como sargento, me correspondía la cama.

—Vamos fuera —les dije—, no puedo estar aquí dentro como en una madriguera esperando a que los cuervos metan los picos.

Volvíamos a cubierta donde la costa era casi imperceptible. Los altavoces despertaron y la voz de Oroquieta dijo por ellos: «Camaradas, pueden salir a cubierta. No tienen que estar en los camarotes, pueden moverse por las zonas comunes del barco y la cubierta». Poco a poco la cubierta se volvió a llenar de hombres ansiosos a los que la brisa del mar les daba en la cara, movía los cabellos y les llenaba la cabeza de momentos de su vida.

—Veremos aparecer a los barcos rusos y nos devolverán —dijo Salamanca poniéndose a mi lado.

—Entonces tendrán que hundir el barco —le dije sin timbre en la voz.

—O lo hundiremos nosotros.

Vimos bajar al capitán del barco con un tripulante. Detrás iba Oroquieta, que hacía las labores de intérprete. Nos sonrió. El capitán, con un abrigo azul oscuro y una gorra de plato blanca, era un hombre de unos sesenta años, pelo blanco, perilla quijotesca y ojos grandes de lobo de mar. Caminó entre nosotros por el puente.

—*Parakaló.*

Nos pidió amablemente por favor para que lo dejáramos pasar. Se dirigía a popa. Todos lo miramos en silencio, como si no imagináramos que era posible ver aquello. El hombre llegó al mástil para retirar la pinza que liberaba la cuerda que sostenía las banderas, tiró de ellas para arriar la soviética, que quedó flácida en sus manos. La dobló en cuatro partes para dársela a su adjunto, que la guardó bajo el brazo. Volvió a colocar la pinza y ya solo ondearon la bandera de la Cruz Roja y la griega.

—Ahora —dijo el capitán de forma pausada. Entendía el español, pero le costaba hablarlo con soltura— estamos fuera del mar de la Unión Soviética. Hemos salido de la URSS.

El silencio duró un instante, pero cuando aquel hombre sonrió, comenzamos a aplaudir como si fuéramos autómatas.

—¡Estamos fuera de Rusia! —gritó Palacios.

Y aquello fue una enorme explosión de alegría, brazos en alto, chillidos y abrazos, risas, pero sobre todo lágrimas. Avelino, el más anciano de todos, me dio un abrazo diciéndome que cumpliría su sueño de morir en España. Todo aquello fue un momento de emoción que hasta las canciones que surgieron fueron cantadas con las lágrimas de los que no saben cómo expresar la alegría que habían amputado de sus vidas.

—Ahora sí, Santiago —me dijo Beltrán cogiéndome por los brazos—.

¿O es que piensas que todavía pueden aparecer los comunistas y hacernos volver?

—Quién sabe —dije con un matiz ceniciento en la voz—, pero por lo menos podremos decir que durante un tiempo vivimos sin la hoz y el martillo en nuestra cabeza.

—Pues si vuelven, que me encuentren sin su gorra soviética puesta —dijo Carballo tirando al mar la gorra que nos entregaron.

Todos rieron y en ese instante el mar se llenó de aquellas gorras de prisionero, que flotaron en aquella parte del mar Negro como un cadáver que intentara ser nuestro pasado.

Entramos en un gran salón lleno de sillones y mesas anclados al suelo. Había una barra con dos camareros italianos que «*Io parlo un po 'di spagnolo*». Allí también estaban las enfermeras, que nos repartieron fardos con ropa. Era un traje, con pañuelos, calcetines, camisas, ropa blanca, y un par de zapatos. Había hasta una boina. También repartieron paquetes con dulces, frutos secos, bizcochos, tabaco y coñac.

Comimos en el comedor, de largas mesas también atornilladas al suelo, todo servido por el servicio de camareros de aquel barco. El capitán y el armador se sentaron con nosotros y allí sí que fue una fiesta. Con el estómago lleno y el coñac regando nuestras venas, sí que cantamos y reímos, eso sí, nadie recordó ni un momento de nuestro cautiverio. No hubo anécdotas del gulag, allí nadie habló de nada de eso, ni siquiera de la guerra. Nadie quería que el recuerdo de los ausentes, de los muertos, nos hiciera caer en la melancolía. Éramos libres, pero es que teníamos que querer serlo. No podíamos llorar más, no queríamos ir a nuestro camarote a enroscarnos en las mantas para sufrir. Eso ya no era una opción.

Estábamos sentados en el salón del bar. La tranquilidad era absoluta. Los que estaban fuera, en las tumbonas de la cubierta, habían entrado porque anocheecía y el aire fresco los había traído como una bandada de gaviotas. Ofrecí dátiles a Rosales, que cogió uno enorme para contarnos lo buenos que eran los que él había comido en Melilla.

—Mirad —dijo Irlanda señalando a la gran ventana que teníamos frente a nosotros.

La oscuridad del anochecer se llenó de repente de luces, no una ni dos, sino miles de puntos de luz que se habían encendido como por arte de magia delante de nosotros. Toda una ciudad brillaba, con casas de todo tipo. El barco

se acercaba a la costa o tal vez fuera al revés, pero allí delante, la humanidad nos saludaba. Estaba claro que aquello no era una ciudad comunista, allí había vida, calor, gente, movimiento. La costa se dibujaba con carreteras que unían calles, que desaparecían en túneles, mezquitas, mercados, un mundo del que habíamos desaparecido y al que habíamos vuelto.

—¿Qué ciudad es esta? —preguntó alguien al camarero.

—Estambul.

—Estamos en el Bósforo —dije con satisfacción para añadir bien alto—: ¡Ahora sí que somos libres!

El Semíramis empezó a ir más despacio. Una lancha rápida se acercó con un foco fijo en el puente de mando. Por detrás vino lo que parecía un yate de tamaño mediano.

—Estamos parados —dijo uno de los marinos republicanos.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Ángel Salamanca.

No supe cuántos eran, tal vez decenas, posiblemente cientos, pero una cantidad de barcos pasaban alrededor en un orden anárquico que parecía al borde de la hecatombe, pero ninguno de ellos chocaba con su vecino. Estábamos entre Europa y Asia en lo que un día fue una de las capitales del mundo cristiano, Constantinopla, pero ahora no nos interesaba la historia ni los edificios que veíamos en aquella ciudad totalmente descristianizada hacía siglos. Ahora nos interesaba el movimiento de aquellos dos barcos, que, pegados al estribor del Semíramis como dos rémoras a una ballena, nos causaban preocupación.

—¡Españoles! —oímos gritar a un anciano—. ¡Viva España!

—¡Viva! —contestaron varios.

Uno de los tripulantes sujetó una escala por donde iban subiendo a la nave con bastante dificultad los que se bajaban del yate. Desde la segunda cubierta los miramos sin entender muy bien qué hacía allí esa gente.

—Está claro que son españoles —dijo Rosales.

—¿Alguien sabe quién es el viejo? —preguntó Beltrán.

—Todos son viejos —dice Bazaga.

Vimos cómo Oroquieta, Palacios y Asensi, —sí, él también estaba, callado y huraño, estirado como una cajetilla de Marlboro largo—, los tres capitanes, acudieron a recibir a los recién llegados, se cuadraron y saludaron. Intercambiaron palabras:

—¡Sin novedad, mi coronel! —dijo Oroquieta—. Forman doscientos

ochenta y seis hombres.

Hubo un abrazo con aquel coronel al que no conocíamos. Pero siguieron subiendo más, todos con gabardinas y sombreros de ala ancha. Gente de calidad, miembros de los ministerios, dirigentes de Falange, un comisario y un inspector de policía, incluso dos mujeres, cincuentonas que, según oímos, eran enfermeras. Había varios médicos, dos sacerdotes que pertenecieron a los páteres que fueron a Rusia con la División. El más viejo de todos era el embajador de España en Turquía, que nos miró como un búho en su cara de anciano bonachón. Era Alfonso Fiscowich, uno de aquellos gigantes del diplomacia española en la Europa en guerra.

—¿Cómo están los hijos de España? —dijo con acento andaluz esperando respuesta.

—Muy bien, señor —respondió el alférez Castillo tras un silencio en el que nadie se atrevía a hablar.

—Pues que sepáis que España os espera —dijo el anciano.

—Es su excelencia el embajador de España en Turquía, el señor Alfonso Fiscowich. —Aquella voz era más que conocida. Había tartamudeado ligeramente. Sin duda era él.

—¡Pero si es el comandante Rebull! —gritó Bazaga ante la sonrisa de Oroquieta y Palacios, que esperaban divertidos la sorpresa que nos llevamos. Nuestro comandante en Possad y en la Intermedia, allí subido en aquel barco, convertido ahora en teniente coronel.

Se rompió el hielo y corrimos a saludarlo. Nos miró con simpatía cuando le saludamos cuadrándonos. Creo que se sorprendía que, después de tantos años, aún siguiéramos conservando aquel espíritu. Pero lo que no entendía era que para nosotros todo aquello había sido ayer, ellos habían navegado por su vida aquellos diez años, mientras que para nosotros el gulag había sido un inmenso estanque congelado donde nada se había movido en todo aquel tiempo.

—¡Dios mío, Durán! —dijo al verme—. Le dimos por muerto en un bombardeo cuando retirábamos a la Legión Azul, pero los del SIM lo encontraron en una grabación que los rusos difundieron de un desfile de prisioneros en Moscú.

—Sí —sonreí—, han sido unos años moviditos.

—Tiene que contármelo todo. —Me tocó el brazo para en tono más íntimo añadir—: Ni que decir tiene que lo de ver que el nombre de su hermano

no aparecía en la lista de los vivos fue todo un golpe para el Ejército y todos los excombatientes. Incluso en el Pardo la noticia fue recibida con mucho pesar. —No supe qué decirle, solo asentí con la cabeza.

—¿Vamos a cenar? —dijo Fiscowich ante la algarabía general—. No sé ustedes, pero yo tengo hambre.

Entramos al comedor, que estaba engalanado para la ocasión con manteles blancos y rojos. Unas guirnaldas con los colores rojo y gualda, una bandera española en un mástil. La mesa la presidía el capitán del barco y el hijo del armador. A su lado se colocaron las autoridades recién llegadas. Yo fui a sentarme junto a mis amigos, y por un instante mi mente viajó a la nochevieja de 1942 en un salón engalanado como aquel, donde había bailado por la entrada del 43 con los acordes de *Paquito el Chocolatero* tocados por José García *Voluntario*. Cómo la luna caía sobre el cuerpo desnudo de Boses cuando nos apartamos buscando la intimidad de aquella sala vacía de un hospital, cuando todo era bonito e iba a durar para siempre, cuando el amor era eterno y éramos reyes de nuestro propio mundo.

—¿Puedo sentarme? —dijo una voz que me volvió a traer a aquel barco.

—Sí, claro —le dije a un hombre con una chaqueta deportiva, que sin duda en los cuarenta no estaba de moda. Tenía un rostro poderoso, como aquellas estatuas de patricios romanos. Su pelo peinado hacia atrás, su nariz ancha prominente, sus labios enérgicos solo superados por una mirada que no pedía, exigía. Solo había visto una tan poderosa en los ojos de Aleksandr. ¿Qué sería de él?, pensé durante un instante mientras bebía de la copa de rioja que nos pusieron.

—Disculpen la invasión, pero es que he ido al servicio y me he perdido por los pasillos. Total, que creo que mi puesto me lo ha cogido alguien —dijo con afabilidad para tendernos la mano a los más cercanos—. Perdónenme otra vez, que no me he presentado. Soy Torcuato Luca de Tena, periodista. —Le dimos la mano y nos presentamos—. Voy a estar con ustedes hasta Barcelona.

—¿En qué periódico trabaja usted? —preguntó Rosales.

—No seas burro —le interrumpió Bazaga—. En el *ABC*.

—Bueno —sonrió poniendo cara de circunstancias—, espero seguir en el *ABC* cuando lleguemos.

La cena fue estupenda. Se sirvieron judías, chuletones a la brasa con patatas asadas, de postre naranjas y dulces turcos que nos trajo un representante del ejército turco, que nos enviaba saludos de su gobierno. En la

sobremesa se sirvieron café y licores.

—Con todo el gusto del mundo pasaría la noche con ustedes —dijo el embajador Fiscowich—, pero pronto tendré que volver a tierra firme para coger el tren hacia Ankara —bebió un sorbo de licor—. Antes de irme me gustaría que alguno de ustedes me contara una anécdota que resumiera todo lo que es el mundo que han visto. Churchill lo llama el Telón de Acero. Pues ustedes han podido levantarlo y podría ser eso lo que lo resuma.

El silencio se hizo espeso. A todo el mundo le costaba buscar lo que quería. Por supuesto que había miles de historias, pero en aquel mar de interminables «no sé», «pues...» o «déjeme pensar».

—En un gulag —dije mirando a una esquina del techo del comedor— íbamos todos los días a una mina, una turbera donde cortábamos el mineral vegetal, aquel barro aceitoso y mugriento. La mina estaba rodeada por alambradas, pero desde una colina veíamos todos los días —vi cómo las cabezas de muchos de los que estaban allí asentían— a una mujer que observaba desde lo alto. A veces caminaba hasta la mitad de la pequeña loma. Recuerdo cómo el viento movía su ropa de campesina, su pañuelo anudado al cuello. Ponía la mano como visera para vernos, se iba cuando se estaba poniendo el sol y nosotros volvíamos a nuestros barracones. Al día siguiente volvía a estar allí, mirando desde la colina. Una vez le pregunté a un preso ruso, veterano de aquel campo, que me dijo que era la mujer de un *zek* al que habían trasladado hacía ya mucho, tal vez al frío norte o a los campos de exterminio de Yakuta, pero ella no lo sabía y que, perdida la cordura, venía todos los días a intentar verlo, a encontrarlo con una fe inquebrantable en que la esperanza se volviera real. Si alguien quiere una escena que ilustre el horror soviético, que escoja esa.

—¿Qué va a hacer usted cuando llegue a España? —me dijo Fiscowich en la cubierta antes de volver a bajar por la escala que lo llevaría al barco que lo trajo—. Me han dicho que estudia derecho internacional.

—Pues sí, embajador —dije pensando en la labor de documentación del SIM sobre los que habíamos vuelto. Nos habían investigado bien—. Pero no sé, me veo viejo para seguir estudiando, he pensado en reengancharme en el ejército —mentí. No había pensado en nada.

—Ni se le ocurra —dijo con aquel acento almeriense elevando las cejas—, soldados hay a montones y muy buenos. España necesita abogados y diplomáticos, muchos y muy buenos. Pronto los americanos nos levantarán el

aislamiento y su generación cogerá el relevo. Hágame caso, usted no es un soldado.

Asentí para verlo marchar mientras se me acercaba Luca de Tena para contarme en una larga charla por la cubierta del Semíramis en esa noche fresca, con una luna increíble, que aquel hombre desde la embajada en París contribuyó a salvar de los nazis a decenas de judíos sefarditas, incluso a muchos que no lo eran, pero que él hizo que lo fueran entregándoles papeles y pasaportes españoles. También me contó sobre otros diplomáticos españoles que hicieron lo mismo a lo largo de toda Europa, muchos de ellos jugándose la vida por ello. La cabeza me daba vueltas ante el relato de aquellos valientes. Por mi parte, le hablé de todo lo que me preguntó, del alma rusa, del ambiente, de los relatos, del frío, de Vorkuta y de Kolymá, todo lo que quiso en aquella hora larga. No tomaba notas, simplemente me escuchaba. Dieron las once y decidimos volver al interior. Quedaban seis días para llegar a Barcelona, pero aquella noche realmente empezó otro viaje totalmente diferente. Me di cuenta nada más entrar en el salón, donde la euforia y la alegría habían desaparecido.

—Mi madre ha muerto. —Apoyado en la barra con un vaso de coñac en la mano, Martín Carballo me dio la noticia con los ojos secos y la vista perdida—. Me lo ha dicho el páter.

En aquel bar, iluminado con la luz indirecta que busca la intimidad, el refugio en el alcohol o en la conversación tranquila, los dos sacerdotes castrenses comunicaban las malas nuevas a los retornados.

—Lo siento, pero tus padres han muerto hace ya diez años.

Beltrán Santillana miró al suelo y asintió.

—¿Sabe si mi hermana sigue viviendo en Madrid?

—Sí, y te espera con los brazos abiertos.

—Tu padre murió en el 48, se lo llevó una pulmonía. —Silva rompió a llorar.

—Su mujer falleció en el 45 y su hermano Alfonso en el 47. —Zurita se quedó callado para musitar «¿Mi mujer?», y el mundo, su mundo, se viene abajo. Se casó con ella antes de salir para Rusia. Había sido su motivación, el sueño para volver. Ahora ya no estaba. Visitaría una tumba, una lápida con el nombre de su amada.

Y así nos dimos cuenta de que la vida había seguido girando mientras nosotros estábamos parados en aquel infierno blanco de tundra, nieve y muerte.



—Páter —me acerqué para ver si tenían algo para mí—, me llamo Santiago Durán González. —Esperé a que asintieran, que escucharan mi nombre y añadieran un temido «¡Ah, sí! Teníamos que hablar contigo». Pero afortunadamente no lo hicieron—. ¿Saben cómo está el páter Víctor Íñiguez? Le perdí la pista antes de Krasni Bor y no sé si...

—Está perfectamente —dijo uno de ellos, satisfecho—. Los espera en Barcelona para recibirlos, con otros sacerdotes divisionarios, que, aunque quisieron venir, no pudieron por razones de espacio.

—Gracias, padre.

—Por cierto, Santiago —contuve la respiración—, que sepas que tendremos a tu hermano en mente en la misa este domingo y por supuesto te damos nuestro más sincero pésame.

—Gracias, padres.

Me había librado. Di la vuelta para caminar hacia la barra, donde estaban Carballo y Santillana intentando contener todo lo que sentían.

—Siempre soñé con verla alegre por mi vuelta —dijo Carballo—, pero ahora mismo ya da igual.

El camarero, un italiano que llevaba su nombre bordado en su immaculado uniforme blanco, Giorgio Fiorenzi, llenó cinco vasos de aquel licor cálido de un marrón casi negro. Allí bebimos en silencio. Irlanda, que por un momento temía por la vida de su mujer, respiraba aliviado. Rosales siempre dijo que no tenía a nadie y Bazaga, como yo, habíamos perdido ya demasiado.

Una de las enfermeras españolas entró en el salón repartiendo hojas de telegramas y lápices, uno para cada uno.

—Por favor —dijo la señora—, sean breves y concisos, ya que la radio del barco no tiene una gran capacidad, además de que solo hay dos operadores de radio y vosotros sois muchos. Así que tenedlo en cuenta.

Coloqué mi hoja del telegrama en la barra del bar, me senté en el taburete acolchado, la luz amarilla de un foco era más que suficiente para escribir. Mis camaradas se repartieron por el salón, buscando un hueco para rellenar los datos y el texto.

—Familia Durán González, Adeje, Tenerife. Querida familia, por la presente os comunico que... —Lo taché y me quedé mirando el papel fijamente. No empezaría así. Apreté el lápiz y me lancé decidido—: Miguel murió en septiembre de 1949 en un lugar que se llama Karagandá, donde

recibió entierro y cristiana sepultura. Quería que lo supierais por mí y no por extraños. Yo estoy camino de España, los médicos en el barco dicen que estoy bien de salud, por ese lado no hay que preocuparse. Deseo volver a veros a vosotros, amados padres, al abuelo y a Candelaria. Vuestro hijo que vuelve a casa.

Lo leí. Me parecía frío, incluso absurdo, pero así mismo se lo di a la enfermera para que lo enviara. Vi cómo algunos escribían entre lágrimas, emborronando los trazos de lápiz. Eran incapaces de controlar el llanto para apartar el papel y llorar sobre los brazos pegados a la mesa. Otros simplemente no sabían a quién escribir y lo dejaban en blanco en la mesa. Los años habían pasado. «No creo que nadie se acuerde de mí», decían los repatriados que salieron evacuados como niños y volvían hechos hombres dieciséis años después, o los marineros capturados en el 39.

Pasaba la medianoche, fuimos a nuestro camarote para dormir. Nos acostamos en silencio, esta vez en pijamas, como hacía años que no lo hacíamos. Bazaga apagó la luz y en ese instante:

—¿Saben una cosa? —dije sin darles tiempo a responder—. Hoy cuando despertamos lo hicimos en un tren como prisioneros rumbo a Odessa y ahora nos acostamos como españoles libres rumbo a España.

No respondieron. El silencio se rompió cuando el motor del *Semíramis* se puso en marcha. Por un instante pensé en aquel barco que nos llevó a Magadan, en la Kolymá, pero el sueño me venció.

Salvador López de la Torre aporreaba su máquina de escribir a una velocidad que me parecía atronadora. Me miró desde aquella mesa del salón que había convertido en su despacho para sus crónicas del periódico *Arriba*, del que era corresponsal. Me había reconocido. Le sonreí.

—¡Durán! —dijo poniéndose de pie. Su boca ancha, mandíbula firme, pómulos marcados y su sonrisa sevillana—. ¡Cuatro cruces de hierro! Y todos aquellos tanques destruidos mientras nosotros parábamos la mundial.

—Pensé que no te acordabas —dije riendo.

—¡Cómo no acordarme!

Había sido teniente en aquel semillero de héroes que fue Posad y ahora estaba allí de periodista, poniéndome al día de la situación política internacional.

—Política de bloques lo llaman y ten por seguro que España no se va a quedar fuera. —Dio un bocado a uno de aquellos dulces que habían traído los

turcos—. Santa María, Madre de Dios... qué dulce está esto —bebió agua—. Franco sabrá lidiar con los americanos y el bloqueo será historia, no mañana ni pasado, pero pronto. Un año como mucho, tal vez dos.

Me interesaba mucho aquella conversación. Me gustaba cómo hablaba mientras escribía a máquina y cómo maldecía diciendo que sería imposible mandar la crónica con la radio de juguete que llevaba el Semíramis.

—¡Santiago Durán! —Nos interrumpió una enfermera que llevaba un telegrama en la mano.

—Ahí tienes la respuesta de casa —dijo sonriendo López de la Torre—. Espero que sean buenas noticias.

Cogí el papel de la mano de la enfermera para levantarme e ir a la barra. Era la primera vez en diez años que sabía de ellos.

«Santiago, estamos muy contentos de que vuelvas. El día que nos dijeron que volvías fue el más feliz de nuestra vida. Estamos locos de felicidad por verte de nuevo. Lo de Miguel nos entristeció mucho, pero nos alegramos de que esté enterrado y rezamos por él. Todos seguimos bien, aunque el abuelo está muy débil, cosas de la edad. Ya cumple ochenta y tres años, pero siempre te ha echado mucho en falta y vuestra ausencia ha sido para él un quebranto muy grande, siempre preguntaba por vosotros. Candelaria se casó con Evaristo, el hijo de Jerónimo el arriero, y en el 50 se fueron a Venezuela. Ahora viven allí en una ciudad que se llama Maracaibo. Tienen dos hijos, una casa y hasta un coche propio y son muy felices. Se alegraron mucho cuando le enviamos noticias de tu vuelta. Por la delicada salud de tu abuelo, no podemos viajar a Barcelona, pero esperamos tu vuelta con mucha ansiedad. Tus padres que te quieren mucho».

Me senté en el taburete para volver a leerlo. Pedí a Giorgio que me sirviera un vermú que bebí de un trago. Él, disciplinado, volvió a llenarme el vaso. Sentí un inmenso alivio al saber que seguían vivos. Era la única vida que me esperaba cuando llegase, volver a aquel pueblo al que pensé no regresar, solo me quedaban ellos y nadie más. En ese instante fui consciente de que mi periodo de superviviente ante el horror de la guerra y el gulag había terminado. Lo supe porque estaba mirando el futuro que me esperaba, cómo sería el resto de mi vida. Muchos de mis camaradas ya hacían planes mientras jugaban interminables partidas de mus o ajedrez aderezadas con largos de coñac o café con leche, pero para mí aquel fue el momento en que pensé por primera vez en lo que iba a ser mi vida a partir de que me bajara del barco.

Me parecía un futuro gris y vacío.

El rioja me daba somnolencia, sobre todo bebido en exceso como lo hacíamos en las comidas, que empezaban a ser más que cuantiosas. La fabada había estado buenísima, pero el chuletón me había sobrado más de la mitad. El ambiente cargado de humo y conversaciones en el comedor era similar al del bar. No quería estar dando cabezadas de sueño en uno de aquellos sillones, así que salí a pasear por la cubierta. El sol deslumbraba aquel jueves primero de abril. Me puse las gafas de sol que me dio uno de los de la tripulación, caminé por aquel enorme balcón al mar que se calmaba después de haber estado dos días picado. Las crestas de las olas ya no eran blancas de espuma y todo parecía en calma. Los guripas que queríamos silencio y soledad para pensar estábamos allí, algunos miraban al mar, otros caminábamos, varios sentados en las tumbonas recibían un saludable baño de sol y brisa marinera.

Pensé en mi vida en el pueblo. Tal vez con suerte consiguiera algo en el ayuntamiento, de secretario o algo así. Solo con pensarlo me daban ganas de reengancharme en el ejército. ¿Por qué no? Ser militar no era tan malo. Podía pedir destino en alguna ciudad: Barcelona o Madrid, ¿o Guinea? Sería la excusa perfecta para no quedarme allí. ¿A quién quería engañar? No tenía otro lugar a donde ir, o el pueblo o el ejército. ¿Terminar los estudios? Con treinta y tantos años me parecía una pérdida de tiempo. Los que estudiaron conmigo serían ya todos abogados desde hace mucho. Además, ¿para qué?

Me senté en una hamaca solitaria para cerrar los ojos. Oí pasar a Palacios hablando con Luca de Tena, que parecía interesado en escribir un libro sobre todo aquello. Vi a Zurita caminar en silencio, cabizbajo, con el dolor por la muerte de los suyos. En la popa había visto a Carballo mirando al mar sin decir palabra. Muchos pensaron después que aquello había sido un viaje de risas y fiestas, pero en realidad no lo fue, hubo mucho dolor por los años perdidos. No quise mortificarme, no quería estar con los «y si hubiera», liberé mi mente de todo, no quería pensar en nada, solo escuchar el mar, la brisa y el zumbido del motor del barco. Cuando lo conseguí, en aquel estado mitad vigilia mitad sueño, ella vino a mi mente. Bosem lo llenó todo. Nuestros días en Lituania y Rusia pasaron en mi mente. Quería olvidarla, pero allí estaba, joven y guapa, con aquellos ojos tan grandes, su cuerpo anguloso y sensual. No quería pensar en ella, pero no podía resistirme a hacerlo. Al día siguiente cuando pisara España la olvidaría para siempre, el tiempo pasaría rápido, la monotonía de la vida cotidiana, esa que tanto añoraba, llenaría los

días, las semanas, los meses, los años, y todo quedaría en un recuerdo, una historia que simplemente pasó, algo bonito que recordaría de vez en cuando, pero nada más. No la iba a buscar, no pensaba ni siquiera investigar qué había sido de ella, no me convertiría en un desgraciado, en una especie de nómada que busca una quimera de su pasado pensando que está allí esperándole. No aparecería en su vida como un fantasma al que nadie espera, no le reclamaría nada porque no había nada que reclamar. Simplemente sería pasado y solo eso. Pero en aquel momento estaba allí, en mi mente, en aquella especie de despedida mientras el mar mesaba el casco del Semíramis.

—¡Está sonando Radio Nacional! —chilló Rosales desde la entrada del bar—. ¡Venid! ¡Que se oye España!

Me levanté, vi cómo todos los que estaban paseando su melancolía corrían hacia el bar. Carballo entró junto a mí, todos los españoles llegábamos mientras Giorgio, el camarero serio de uniforme impoluto, colocaba un altavoz suplementario sobre aquella moderna radio Telefunken.

—Han avisado por radio que sintonizáramos Radio Nacional, que iba a empezar un programa sobre nosotros —dijo el teniente Rosaleny que, al igual que Altura, había mejorado mucho de su enfermedad.

—Les hemos mandado un mensaje para que sepan que los escuchamos —dijo el alférez Castillo.

—¡No se oye nada, Giorgio! —protestó Carballo nervioso llevándose el dedo a la oreja para negar mientras intentaba inventarse una palabra que sonara a italiano para entenderse con el camarero, que le pedía calma mientras enchufaba el altavoz extra.

Las castañuelas del *España cañí* llenaron aquel salón mientras Carballo le daba un beso en la frente al italiano con un «¡qué grande eres!» que nos hizo reír. «¡Olé!», gritamos todos al escuchar la música, como si estuviéramos en una plaza de toros. Nunca sabré el porqué, pero aquel fue uno de esos momentos mágicos de los que no se olvidan, de los que se jalean con la piel de gallina. Escuchábamos el pasodoble que nos llevaba a las plazas de nuestros pueblos, a las verbenas de verano, a nuestra infancia y a la vida a la cual por un momento todos queríamos volver, pero no a la que íbamos, sino a la que dejamos cuando nos fuimos, aquella infancia y juventud que no volverían nunca. Seguido sonaron las trompetas y la melodía soldadesca que tanta nostalgia nos traía.

—¡Lili Marlene!

Cantada en alemán era todo un mar de recuerdos, así que nos lanzamos a cantar a gritos la versión que alguien había hispanizado allá por el 41, cuando caminábamos rumbo a la guerra:

—«Al salir de España sola se quedó, llorando mi marcha la niña de mi amor. Cuando partía el tren de allí, le dijo así mi corazón: Me voy pensando ti, adiós, Lili Marlene...».

Se hizo un largo silencio, sonó el himno nacional y se acabaron las bromas. Todos a una de pie, enfermos y sanos, firmes mucho antes de oír a Palacios ordenarlo. Sonó vívido e intenso, y penetró en nuestros cuerpos recorriéndolos como una oleada de calor. Cuando terminó aguantamos la posición hasta que Palacios ordenó descanso. En la radio solo se escuchaba un ruido apagado, y de repente una musiquilla. Nos miramos expectantes. Eran las cinco de la tarde cuando apareció una voz desconocida para la mayoría, pero Prego Oliver, periodista de la agencia Efe, nos la presentó.

—¡Es Matías Prats! El rey de las ondas.

—El locutor más famoso de España —añadió López de la Torre—. Ya lo conoceréis, no os preocupéis.

—«Sabemos que están a la escucha los héroes que vuelven del cautiverio en Rusia —dijo Matías Prats—. Ahora tenemos aquí unos mensajes de vuestras familias que os esperan en esta España agradecida que está deseando daros un cariñoso abrazo en vuestra vuelta».

Escuchamos en un silencio casi irreal. Aquello parecía vacío, pero más de doscientas personas escuchaban casi sin respirar.

—«¡Atención al soldado Diego Bazaga!».

Diego puso el vaso de orujo sobre la barra para acercarse a la radio. Temblaba mirando el altavoz iluminado con una luz amarilla, como si fuera a ver algo allí. Unos segundos de tensa espera hasta que se oyó una voz de una mujer madura:

—«Diego, soy tu madre...».

Y Diego rompió a llorar mientras su madre le decía lo mucho que lo quería, lo que había rezado para tener noticias suyas, lo largas que se le habían hecho las horas para que su hijo volviera, que estaría en Barcelona esperándole. Bazaga, que llevaba sin oírla desde que se despidió de ella hacía trece años, cayó de rodillas llorando. Lo levantamos para llevarlo a la barra donde bebió la copa que Giorgio le había llenado. Bendito fuera aquel italiano.

—¡Atención! ¡Este mensaje es para el soldado Martín Carballo!

—«¡Martín, soy tu hermano Domingo! —dijo una voz acelerada y nerviosa—. Estamos bien todos los hermanos, muchos de ellos casados ya y con hijos. Te esperaremos en el puerto. Sé que lo de madre te lo han dicho, pero que sepas que se acordó siempre de ti y que todos, cuando supimos que estabas vivo, hicimos los preparativos para darte una fiesta».

—«No hable tan rápido —dijo Matías Prats con una risa—, que no se le entiende».

Carballo se rio emocionado y se abrazó a los que tenía más cerca, a mí y a Rosales para no caerse al suelo. Los mensajes siguieron llegando. Nadie podía evitar las lágrimas y la emoción, ni siquiera los oficiales. Palacios lloró cuando oyó a su familia hablarle. Lo hizo estoico, espartano, pero lloró. Oroquieta empañó sus gafas y Rosaleny tuvo que sentarse, la debilidad le impidió correr hacia la radio.

—«¡Este va para Bernardo Rosales, veterano de Regulares!».

—«Bernardo, soy tu hermana Dolores. Estoy en Barcelona con tus hermanos. Todos esperándote a que vuelvas. Siempre supimos que no estabas muerto. Contigo no puede acabar nadie y menos unos asquerosos comunistas. Andrés, que ya va para los treinta, quería ir a buscarte en una barca. Si por él fuera, iría nadando —se oyeron las risas del locutor—. Aquí estamos deseando que sea mañana para abrazarte».

Bernardo Rosales bebió apresuradamente el vaso de coñac para disimular que solo oír a su hermana, a la que no veía desde el 39, le había llegado muy profundo, tanto que se secó las lágrimas con una servilleta. Niños de la guerra recibiendo mensajes de familiares que aún se acordaban de ellos, marineros y pilotos retornados llorando al oír a nietas o hijas a las que dejaron niñas y los años de ausencia han convertido en mujeres, enterándose que son abuelos o tíos. Ángel Salamanca oyó que sus siete hermanos estaban todos bien, Silva oyó que tenía dos hermanos a los que no conocía.

—«¡A la atención del divisionario James O'Flaherty!».

—«James...». —Y la voz de su mujer se quebró por el llanto emocionado de saber que su marido, dado por muerto, la iba a escuchar. Irlanda lloró nada más oírla. El presentador se disculpó, ya que la mujer estaba muy emocionada, y anunció que iba a hablar el hijo—: «Padre, soy Roberto, ya tengo diecisiete años, y estoy con Carolina y José, que te esperamos. Todos estamos bien de salud. Solo queremos abrazarte, padre, y

estar contigo. Me faltan las palabras para decirte cuánto te queremos».

James dio un chillido y rompió a llorar. Estaba ansioso por volver. Se tambaleó mareado hasta que lo sentamos. Siguieron los mensajes. La emoción fue un pasajero más que se contagió como una enfermedad.

—«¡Ahora tenemos aquí un mensaje para Beltrán Santillana! ¡Atención, Beltrán Santillana!».

—«Beltrán, soy tu hermana Margarita. —Beltrán miró al suelo fijamente—. Nunca he perdido la fe en Dios para que volviera a traerte a España y cuando me comunicaron que volvías creo que supe que un milagro se había producido. Mi hermano perdido volvía a España. Ese día lo recordaré mientras viva. Estamos en Barcelona, yo y José Luis, para recogerte y que vuelvas con nosotros a Madrid. No te preocupes de nada». —Beltrán se dejó caer en un sillón acolchado, me miró con la mirada puesta en otra parte.

—Bienvenido a España —le dije sonriendo a él, que pensaba volver a un país extraño, como un extranjero en tierra de nadie. Me agarró el brazo y las lágrimas de felicidad le iluminaron la cara.

Ví al teniente Altura temblar al lado de la radio, a otros respondiendo como si fuera un teléfono, alguno se abrazó al aparato para exclamar: «¡Es mi hija!». Otros lloraron cuando escucharon lo del «papá ya no vive» o «nuestros padres murieron pensando en ti». Era muy triste todo aquello. Pero todas aquellas lágrimas curaron muchas nostalgias, mucha tristeza acumulada durante años. Fue una liberación, una catarsis, como decían los griegos.

—¡Este mensaje es para el sargento Santiago Durán!

Me quedé paralizado, casi todos ya habían oído sus mensajes y yo sabía que no tenía a nadie esperándome en Barcelona. El silencio se hizo brutal, las caras se volvieron hacia mí, allí de pie junto a Santillana, mirando aquel aparato.

—«Santiago». —Me llevé las manos a la cara para apretármela mientras todo me daba vueltas. Era... no podía ser—. «Soy Bosem. Te he esperado tanto, te he soñado tanto, que saber que me vas a escuchar, que mañana te voy a tener en mis brazos después de tantos años es algo que me llena como solo tú lo haces. Desde que hace un año supe que estabas vivo, llevo esperando volver a ver tu sonrisa, tus ojos. Mañana estaré en el puerto para recibirte. Estaré con Laura, nuestra hija que tiene ya diez años y está deseando conocer a su papá, del que le he hablado tanto. Ella ha sido el único motivo que he tenido para luchar y no volverme loca con tu ausencia. Te quiero muchísimo,



Santiago».

—¡Dios mío, que esto no sea un sueño! —dije llorando—. ¡Si lo es, Dios, mátame ahora mismo!

—¡Que no! —dijo Carballo—. ¡Que estás bien despierto!

Las piernas no soportaban mi peso, Rosales me llevó a la barra, todos los camaradas a mi lado. La cabeza me daba vueltas. Era ella, repetía sin cesar. El camarero sirvió cinco vasos.

—¡Dios! ¡Dijo que me quería muchísimo! —Me doblé hacia delante, puse los brazos en la barra y lloré sobre ellos.

—Dejad que lloré —dijo Palacios—, nadie puede soportar tanto sin desahogarse.

Y eso hice.

## 31. Barcelona

2 de abril de 1954

—¡Señores! —dijo la voz de Oroquieta por los megáfonos del barco—. ¡En una hora y media estaremos en Barcelona!

Salté de la cama donde había dormido la siesta después de otro de esos almuerzos dignos de patricios romanos. Había dormido todo lo que la noche anterior no había podido, metí la cara en el agua fría del lavabo y me peiné. Cogí la chaqueta, mis camaradas se levantaban.

—Os espero fuera.

Salí a la cubierta para apoyarme en un trozo de la barandilla que estaba cerca del bar, la puerta abierta con la radio sonando a todo volumen. Era música del año 54, desconocida para mí. La canturreé como si la conociera, mirando aquel mar infinito. No se veía España por ningún lado. Carballo, Irlanda, Santillana, Rosales y Bazaga fueron saliendo y se colocaron a mi lado.

—¿Solo una hora? Pues aquí no se ve nada —dijo Carballo.

—Pues esto va a toda velocidad añadió Rosales mientras la brisa salada nos daba en los rostros.

—¡Allí! —dijo Irlanda, señalando como Rodrigo de Triana cuando avistó América.

Entre las nubes del horizonte aparecieron las montañas y España se dibujó como un lienzo que se agrandaba mientras nos aproximábamos. Doscientos cuarenta y ocho náufragos se asomaban para ver su Ítaca. Como aquel griego hacía tres mil años, ellos volvían a casa.

Un barco carguero apareció por un lado, nadie lo había visto acercarse, era un gigante en medio del mar, sus grandes hélices podían destrozar al Semíramis. Su enorme casco rojizo nos impresionó. Al pasar cerca de nosotros de su puente de mando se abrió una portezuela y unos marineros sacaron una bandera de España y una pancarta que ponía «Feliz regreso a casa». Su sirena sonó como saludo y el capitán del Semíramis se lo devolvió tocando la suya. Sacamos los pañuelos para saludarlos hasta que quedaron

atrás.

El *ferry* que unía Barcelona con Mallorca nos encontró en medio del camino, y nos saludó con sus sirenas y un mar de pañuelos desde sus cubiertas. No fue el único. Los barcos pesqueros, yates de recreo, veleros y pequeñas embarcaciones a motor se iban uniendo a nuestra estela. Una comitiva de bienvenida que nos acompañaba con vivas a España y bienvenidos. Barcelona estaba muy cerca.

Las cinco en punto cuando entramos en el puerto de Barcelona. La ciudad majestuosa se desperdigaba por la línea de la costa. Los cohetes estallaban en aquel cielo soleado y cálido. Hacía calor. Me quité la chaqueta para dejarla en una hamaca.

—¡Dios! ¡Qué gentío! —dijo alguien.

Una muchedumbre llenaba el muelle. Era un mar de personas que se agitaba con vida propia. Se movían como una marea, acercándose peligrosamente al borde, pero milagrosamente retrocedían cuando estaban a punto de caer. Una banda tocaba en una esquina marchas y pasodobles, pero nada tapaba el sonido de las voces de nuestras familias que llamaban por nosotros. En la cubierta todos llorábamos lágrimas de emoción, ya nadie contenía nada. Me abracé a mis camaradas, que me correspondieron con un abrazo. Carballo había cogido la bandera de España que estaba en el comedor, la apartó para abrazarme.

—¡Lo hemos logrado! —grité.

Beltrán pegó la cara en mi hombro para llorar mientras Rosales estaba con la cara congestionada, incapaz de hablar, Bazaga repetía los «Arriba España» mientras miraba la ciudad con Irlanda a su lado rezando en gaélico mientras las lágrimas le caían de los ojos.

El *Semíramis* se aproximó despacio, entrando en oblicuo para, con suavidad, colocarse pegado al muelle. Yo me subí a la barandilla. Los ojos se me salían de las órbitas buscándola, pero era imposible. Miles de caras bailaban delante de mí. Solo tenía la esperanza de que ella me estuviera viendo.

Alguien trepaba al barco por un cabo, otro daba un salto jugándose la vida para agarrarse a un ojo de buey y desde allí era izado por varios repatriados. Muchos no podían esperar. Uno de ellos llevaba un banderín de la División atado en un mástil a la espalda. Eran muchos los que lo hicieron.

—¡Mercedes! —gritó Irlanda al ver a su mujer en el puerto.

—¡James! —le respondió ella, que luchaba por no desmayarse mientras le faltaban manos para saludarlo.

Le di un abrazo y noté lo emocionado que estaba. Eran muchos los que subían trepando por los cabos, tanto que el Semíramis tuvo que pararse para evitar aplastarlos. La gente gritaba en el muelle y cuatro guardias urbanos intentaban abrir un pasillo para que se pudiera poner la pasarela que nos dejase bajar.

Se oyó el golpe de la madera. La pasarela estaba puesta. Tres hombres subieron con dificultad. Cuando vimos que uno de ellos era el general Muñoz Grandes, que, desde el último peldaño, como si estuviera en un atril dando un discurso nos dijo: «¡Bienvenidos, soldados!», hubo una ovación casi histérica. Ahí estaba nuestro general, que parecía que no habían pasado los años por él. Saludó a los capitanes Palacios, Oroquieta y Asensi, y a los oficiales según los iba encontrando.

—Sargento Durán —me dijo dejándome sorprendido cuando me reconoció.

—¿Se acuerda usted de mí?

—Por supuesto que sí —dijo estrechándome la mano—. Pocas veces se tiene la fortuna de conocer a un héroe. Siento mucho lo de su hermano, que Dios lo tenga en su gloria. —Cuando se iba se volvió para decirme—: Por cierto, sus medallas están expuestas en el museo del Ejército, cuando usted quiera puede pasar a recogerlas.

—Muchas gracias, mi general. Están bien allí.

Cuando se marchó, intenté volver a la barandilla, pero ya estaba ocupada. El primero de los nuestros atravesó la pasarela. Es un guripa que salió tambaleándose, desorientado hasta que un familiar lo paró con un abrazo. Aquel barco era un caos. Subía más gente de la que bajaba. De repente, unos brazos me agarraron fuertemente por la espalda. Me di la vuelta y vi a un hombre de mi edad, pelo rizado peinado hacia atrás, bigote y un traje marrón claro. Me miró emocionado, sus ojos tenían lágrimas. Lo reconocí.

—¡Villa! ¡Marcos! —Nos abrazamos.

—¡Santiago!

Allí estaba delante de mí, vivo y sano.

—¡Volviste a España!

—Me hirieron en Krasni Bor, quedé en coma casi un año, me repatriaron.

—No supe nada de ti.

Carballo llegó corriendo para darle un abrazo, las lágrimas nos desbordaban. Bazaga gritaba que todo aquello era un milagro y Rosales lloraba cuando abrazó a Villa.

—Bajemos —dijo Villa tirando de nosotros hacia la atestada zona de la pasarela donde el grupo intentaba bajar de uno en uno.

En el tumulto vi cómo algunos subían para abrazarse con sus antiguos camaradas mientras otros intentaban bajar. La banda seguía sonando, pero el sonido atronador de la gente era una locura. Cuando llegué a la pasarela, trepé para subirme a ella, ya que se apoyaba sobre la barandilla. Era de madera como una pendiente de escalones. «¡Vamos, sargento, le toca!», gritó una voz. Creo que fue Zurita, pero caminé aquellos escalones mientras el suelo pétreo se acercaba. Una masa de gente se arremolinaba alrededor del metro cuadrado que los municipales habían conseguido despejar. Pisé España por primera vez desde hacía trece años. Palmadas en la espalda, felicitaciones de desconocidos, vivas a España, miradas inquisitivas de familiares que buscaban a su padre, su marido o su hermano, abrazos de falangistas y veteranos de la División que me daban la bienvenida.

Caminaba entre toda aquella gente como un muerto que vuelve a la vida y no sabe muy bien qué decir ante las miradas de asombro. Miraba alrededor buscando a mis amigos, pero no los veía. Solo caras y nada más. «¡Valiente!», me gritó un hombre para enseñarme una foto de un muchacho. «Mi hijo murió en Rusia, ¿lo conoció usted?». Negué con la cabeza y el hombre volvió a abrazarme. Vi las escaleras que llevaban a la estación. Desde allí podría ver todo mejor, pero con tanta gente tardaría mucho en llegar. La banda atronaba con el himno de la División, una chica de la Sección Femenina se me acercó para darme una chocolatina, que me guardé en el bolsillo. Unos chicos de la OJE me ofrecieron tabaco, pero no lo cogí. Un viejo en una silla de ruedas me dio la mano. «¿Sabe?, mi nieto viene en ese barco. No esperaba volver a verlo vivo». De repente, una mujer me tocó en el hombro con insistencia. Me volví para mirarla. Era delgada, de pelo castaño claro, de ojos negros y cara regordeta. Estaba de perfil mirando hacia su espalda.

—¿Es él? —Villa se acercaba con rostro fatigado, mientras asentía.

—Es mi mujer Aurora. —Le di la mano y quise presentarme, pero nos empujó el movimiento de la gente—. Esto es una locura, vámonos.

—Marcos, no puedo irme... —Tenía que buscarla, ella me dijo que me estaría esperando.

—Ella te está esperando. Vamos.

El corazón me dio un vuelco para acelerarse mientras lo seguía. Su mujer me sonrió y caminó detrás de su marido, que abría camino. Los seguí mientras oía felicitaciones, sentía palmadas en la espalda. Atravesamos la salida para entrar en aquella estación que nos costó quince minutos recorrer. Por los altavoces se oía a Matías Prats retransmitiendo desde allí mismo la llegada de los héroes cautivos. Salimos al exterior. El reloj sonó para dar las siete de la tarde. La calle estaba abarrotada de gente que desbordaba el muelle y la estación y caía como una catarata incontenible. Vi una centena de coches y autobuses aparcados. El cielo se cubría del atardecer naranja y de los tonos púrpuras que avisaban del fin de la tarde.

Villa y su mujer bajaron las escaleras delante de mí. Caminé siguiéndolos durante una decena de metros. Ellos se pararon para volver a mirarme con una sonrisa cómplice. Los miré sin entender, nervioso. ¿A qué venían esas sonrisas?, ¿acaso me querían decir algo? Pero lo entendí enseguida.

Allí, junto a una marquesina informativa del puerto, estaba Bosem. Llevaba unas gafas de sol, un traje chaqueta muy elegante, un pequeño sombrero, su pelo suelto bien peinado, ligeramente maquillada, la piel nacarada, alta y guapa como una actriz americana. Destacaba con ese brillo especial que siempre tenía. Estaba distraída mirando hacia algún lugar de aquella algarabía. Marcos la llamó: «¡Bosem!». Ella se sobresaltó para quitarse las gafas y mirarlo un instante. Sus ojos me paralizaron. Allí estaban aquellos océanos color café, aquellas bóvedas de un cielo nocturno en los que tantas veces me refugié en aquellos años de frío y muerte, aquellos faros que iluminaron mi interior para descubrir cosas que no sabía de mí mismo, y ellos fueron directos a mí.

Caminé hacia ella, despacio, tambaleándome, con las rodillas queriendo tirarme, pero resistí. Ella se había quedado quieta, como una estatua, las gafas se le cayeron de la mano al suelo, pero no las miró, solo corrió los pocos pasos que nos separaban. Sus brazos rodearon mi cuerpo, noté su cara junto a la mía, su cuerpo presionando el mío. Sentí que me besaba en las mejillas. Me separé un poco, pero el abrazo continuó. Solo quería verle la cara, la luz naranja del atardecer reflejándose en aquel rostro con el que había soñado todos aquellos años.

—¡Por favor! —dije llorando—. ¡Perdóname por todo lo que te dije

aquel día en Kolpino! Estaba loco... No sabía lo que decía. Yo te quería, llevo años sin saber por qué te lo dije...

Ella me tapó la boca suavemente con la mano. Fue como una caricia. Sus ojos desbordaron lágrima, mientras me miraba como si fuera el único hombre sobre la tierra.

—¡Dios mío, Santiago! —dijo emocionada—. ¡Te quiero muchísimo!

Apreté su cuerpo contra el mío. Nuestros labios se encontraron en el beso emocionado que llevaba diez años pendiente, en ese nuevo comienzo de nuestra vida, marcado por las lágrimas de emoción de un reencuentro que parecía imposible. Pero allí estábamos bajo el sol de aquella ciudad. Ella apoyó la frente sobre la mía y así permanecimos un largo instante sintiéndonos, notando el movimiento de nuestra respiración, para volver a abrazarnos.

—Te quiero, Bosem —le dije al oído.

En un momento recordé que no estábamos solos. No me refería a los miles de personas que estaban en aquella calle. Realmente lo que notaba era la mirada de una niña de pelo corto marrón, con un bonito vestido estampado y los ojos de su madre.

—¿Laura? —dije por lo bajo en el oído de Bosem y ella sonrió para separarse.

—Sí —la miró—. Ven, Laura, para que conozcas a tu papá.

La niña caminó con timidez. Me miraba temerosa, intimidada por las lágrimas y la explosión de emoción entre sus padres. No sabía qué hacer, pero me agaché, abrí los brazos y ella dio unos pasos con rapidez para darme un largo abrazo mientras yo la rodeaba con los míos y la levantaba para besarla en las mejillas. Bosem lloraba cuando nos abrazó a los dos.

El restaurante estaba abarrotado, la ciudad bullía todavía con el recibimiento. Cuando entramos, Villa fue directo a hablar con el encargado que, al saber quién era, le faltó dar un taconazo y cuadrarse. Nos llevó a una mesa que había reservado días antes. Bosem a mi derecha y Laura a mi izquierda, Villa y su mujer cerrando el círculo.

El encargado trajo el vino para que Villa lo probara, dio su consentimiento y llenó las copas.

—Para la niña tenemos un refresco nuevo que nos llegó hace unos días desde la embotelladora y que está teniendo mucho éxito entre el personal infantil —dijo el hombre de barriga prominente, calva y mostacho legionario.

—Tráigaselo —dijo Bosem sonriendo.

Los camareros trajeron una paella que repartieron en los platos, unas rodajas de pan con tomate y una botella de Coca-Cola para Laura. El encargado vino a ver si todo «era del gusto de los señores», se despidió con un «siempre a su servicio» y un «¡arriba España!» mirando a Villa, que me dejó boquiabierto.

—Tienes un coche de tu propiedad... —dije mirándolo— y se te cuadran los camareros...

—Sí —rio Villa con Aurora, su mujer, henchida de orgullo.

La cena fue muy agradable. Me fascinó saber cómo había ascendido en el Ministerio de la Gobernación y cómo había entrado en contacto con Bosem, para empezar a movilizar, a prestar apoyo a todos los que estaban haciendo gestiones para la repatriación.

—Si te contara la cantidad de años que llevamos luchando por traerlos... —Bebió un sorbo de vino—. Al no tener relaciones diplomáticas con los comunistas, pues todo tenía que ser «por medio de», así que las embajadas de terceros, reuniones extraoficiales en Argentina, Turquía, Chile... donde podíamos negociar. Stalin pedía el oro y el moro, incluso nos ofrecía una alianza militar con ellos a cambio de que rompiéramos las negociaciones con los americanos. —Rio ante mi cara de sorpresa—. Se pensaba que Franco era Tito el yugoslavo.

Por debajo de la mesa le estreché la mano a Bosem y mi otro brazo lo pasé por los hombros de Laura, que me miró con la misma sonrisa de su madre. Le di un beso. Trajeron helado de postre con tres sabores sobre una gruesa galleta de barquillo. Me encantó ver la cara de mi hija cuando lo comía.

—¿Esto es estraperlo? —le dije en voz baja a Marcos.

—¡Qué va!, el racionamiento acabó el año pasado —sonreía—. Ya te acostumbrarás.

—¿O sea, que las cartillas de racionamiento?

—Cosa del pasado.

Terminamos de cenar, para que volviera el encargado y nos acompañara a la puerta haciendo genuflexiones. Mientras salíamos, alguien reconoció mi traje y dio un «¡vivan los héroes de Rusia!», que trajo un aplauso en todo el restaurante. El encargado quiso regalarme un salchichón o una caja de no sé qué, pero no lo dejé. En ese momento solo quería estar a solas con Bosem y mi



hija.

Subimos al coche. Marcos González «Villa» y su mujer delante, mi familia detrás. La niña jugaba con mi mano, acariciándomela, apretándomela, apoyaba la cabeza sobre mi pecho. La ciudad pasaba delante de nosotros, iluminada, bulliciosa, viva. Al fin y al cabo, era viernes por la noche.

—¿Qué coche es este?

—Un Seat 1400. —Al ver mi extrañeza añadió—: Marca nacional con primer modelo recién salido de fábrica.

—Un coche español... El acabose. ¿Es fácil de conducir?

—Igual que los que conducías en el ejército.

—¿Y eso qué es? —Miré asombrado por la ventana.

—Es un semáforo, papá —dijo Laura ante la sonrisa de todos—. Indican cuándo podemos pasar y cuándo no. El verde es para pasar y el rojo para parar.

—Gracias, mi niña. —La besé en la frente.

Llegamos a un hotel que hacía esquina en unas avenidas muy bonitas y amplias. Majestic en grandes letras. Nos bajamos para entrar en la recepción, donde un conserje con gorra de plato se nos acercó. A mí me dio un escalofrío que todos notaron, pero no dijeron nada. El hombre se cuadró al ver a Villa, que asintió con la cabeza.

—¿Tienes la llave o la recoges en la recepción? —preguntó Villa.

—La recojo ahora —dijo Bosem.

—Pues quedamos mañana para ir a ver al páter.

—¿Al páter?

—Sí, Íñiguez está en Barcelona. Sigue siendo padre castrense y os espera. —Me dio una palmada en el brazo—. Y sin más, nos vamos, que seguro que tendréis mucho que hablar.

—Está leyendo, pero no tardará en apagar la luz y dormirse. Han sido muchas emociones.

—Esto es un sueño para mí —dije desde el sofá de aquella amplia habitación de hotel que ella me dijo que se llamaba suite. A veces creía que aquello no era real, que había muerto y estaba en el cielo.

—No estamos muertos —dijo ella acercándose para que la abrazara, con mi cara pegada a su vientre—. Estamos vivos y vamos a estar juntos para siempre.

—Por favor, cuéntamelo todo. Sé que Müller acabó testificando en

Núremberg...

—Cuando entramos en el mar del Norte, el barco fue interceptado por un acorazado inglés. Lo registraron a fondo y unos marinos subieron a bordo para tomar el control y llevarlo hasta Edimburgo. Detuvieron a muchos nazis que trataban de huir. A Müller no lo volví a ver. A mí me retuvieron un año, hasta que nació Laura, y después, al verificar mi historia, tuve que demostrar que era judía. No veas todas las cosas que tuve que recordar. Pero en el 44 volvía a subirme a un barco rumbo a América. Las asociaciones judías me apoyaron mucho, la verdad, y comencé a trabajar como enfermera en el Monte Sinaí.

—¿En dónde?

—Es un hospital de propietarios judíos en Nueva York. Los días pasaban, la guerra terminó y no tenía noticias tuyas. —Sus ojos miraban con una profundidad llena de pesar—. Intenté buscar alguna información sobre la División, pero no encontraba. Solo que se había retirado en el 43, nada más. Era desesperante. Cuando preguntaba a periodistas que me encontraba, me decían que habíais sido derrotados por los rusos en no sé qué batalla, otros, que os habían repatriado, pero con casi todos muertos. Un día envié una carta a España, al Ministerio del Ejército, y a los tres meses me respondieron diciéndome que tu nombre figuraba como desaparecido. —Me apoyó la cabeza sobre el pecho—. ¡Dios mío! ¡Como lloré! Pensaba que estabas muerto. Fue algo muy duro. Volvía del trabajo y no hacía más que llorar cada vez que estaba sola. Trataba de ser fuerte por Laura. Creo que lo era, no lloraba delante de ella, a pesar de que era pequeña, o tal vez por eso.

»Mi vida se hizo gris. Escribía cartas a asociaciones de familiares de prisioneros en Alemania para intentar saber algo, lo que fuera, pero ellos sabían poco también. Siguieron pasando los años, hasta que en enero del 48, una compañera de trabajo, otra enfermera, me enseñó un ejemplar del *New York Times* donde había marcado un anuncio por palabras: «A la atención de Borem Blumenfeld o cualquier persona que pueda darme sus señas. Que se ponga en contacto con Graziano Marchetti para información sobre Santiago Durán González, Ref. 5463». Llamé al periódico, donde me dieron una dirección en Italia y me dijeron que el anuncio había sido pagado para que apareciera durante varios meses. Le escribí esa misma tarde.

»Un mes después me llegó una carta desde Sicilia. Cuando la leí me desmayé, me di un golpe que me hizo esta cicatriz. Mírala, seis puntos. —Me la enseñó separando el pelo de la cabeza. La besé—. Mi vida se iluminó, fue

un gran cambio. Volví a escribir a España, al Ministerio de la Guerra, y de allí me remitieron a la Delegación Nacional de Excombatientes, donde coincidí con Marcos. Fue toda una sorpresa, pero me dijo que ellos tenían esa información por medio de la Embajada en Roma, pero absolutamente nada más. Intenté hacer algo desde Nueva York, pero con el bloqueo internacional a España no había nada que hacer en la ONU. En las organizaciones para los refugiados me daban largas, me decían que a nadie le interesabais. Así que volví a España en el 49. Marcos me consiguió trabajo en el Gómez Ulla como enfermera jefa en cirugía. —Hizo un gesto de orgullo cuando la aplaudí—. Pero para evitar problemas con lo de ser madre soltera, que en España no veas cómo sois con eso —puso cara de fastidio—, reconocer a la niña como hija tuya me iba a ser imposible estando soltera —dijo en tono de reproche—, así que nos casamos.

—¿Te casaste con Villa? —Me quedé pasmado.

—No, tonto —dijo conteniendo la risa—, me casé contigo.

—¿Pero? —En ese momento no entendía nada.

—El padre Íñiguez nos facilitó todo, los papeles, Marcos hizo tu firma y tu letra. Una boda que fechamos en el ocho de febrero de 1943. Creo que el páter no pensaba que fueras a volver y que yo sería viuda, pero yo sabía que volverías. Espero que no te lleves una mala sorpresa.

—Nunca he deseado otra cosa que ser tu marido. —Noté que suspiraba aliviada—. No lo dudes. No hay nada que me haga más feliz que saber que me quieres tanto como para casarte conmigo.

—Y te quiero muchísimo y todos estos años he hablado de ti como mi marido. —Me acarició la mejilla—. Siendo tu mujer, podía tener más fuerza en todo lo que movimos para que no se os olvidara, cartas a todo aquel que pudiera hacer algo, reuniones con Muñoz Grandes, contactos con las iglesias alemanas. Os enviábamos paquetes con la esperanza de que os llegasen, luchábamos para que los rusos os dejaran enviar cartas como les permitían a todos. Marcos y Rebull me informaban de cómo iban las negociaciones. Era horrible —sus ojos se entristecieron, miraron al suelo, comprendí por todo lo que había pasado— ver cómo pasaban los años y no sabía nada de ti, solo lo que me había dicho aquel italiano hacía ya tantos años. He llorado mucho. Cada vez que pasaban las navidades o cuando tenía vacaciones y pensaba lo bonita que podía ser mi vida contigo.

»Pero en marzo del año pasado —sonrió con emoción al recordar—

Rebull me entregó un listado de los españoles que seguían vivos en Rusia y que los comunistas se comprometían a repatriar lo antes posible. Cuando leí tu nombre, fue como volver a nacer. Ese día supe que volverías y que algún día te estrecharía entre mis brazos para sentirme como ahora me siento.

—¿Y cómo te sientes?

—Como cuando me besaste por primera vez, como cuando paseábamos por las calles de Riga, como cuando me regalaste aquel libro de Galdós. Joven, sin culpa ni remordimientos, y enamorada.

La abracé para besarnos mientras nos quitábamos la ropa.

El alba me despertó, la luz encendía el cielo despacio, la seis marcaba el reloj de pared en la habitación amplia de paredes forradas de papel pintado y tela. Me levanté despacio, fui a la ventana para apartar las cortinas de aquella ventana del sexto piso. Un motocarro repartía el periódico junto a un estanco. La ciudad se desperezaba con las mangueras de los servicios de limpieza golpeando el suelo con sus chorros de agua. No me acerqué al cristal, estaba desnudo, pero el sol me saludó y la belleza de Barcelona me embriagó. Vi pasar varios modelos de coches que no había visto nunca, una cafetería abría, un autobús atravesaba el Paseo de Gracia con un señor que corría tras él hasta conseguir subirse.

—Ya te has levantado. —Miré hacia la cama, Bosem estaba despierta bajo las sábanas—. Es muy temprano.

—Miraba la ciudad —le dije casi como una disculpa—. Aún me cuesta creer que haya vuelto.

—Pues has vuelto y estás aquí conmigo —dijo cariñosa.

—Solo pienso en ti. En todos estos años, en todas esas prisiones donde he estado, solo he pensado en ti y en nadie más. Te quiero con locura.

—Ven a la cama. —Tiró de las sábanas hacia atrás para descubrir su cuerpo desnudo, estiró los brazos hacia a mí proponiéndome un abrazo—. Ven.

Fui con ella.

El páter Íñiguez nos casó realmente aquella mañana de sábado en la sacristía de la Basílica de la Merced. Los años le habían llenado de canas, pero el rostro seguía siendo juvenil. Corrió a abrazarme cuando me vio entrar.

—¡Dios mío! —dijo desbordando alegría—. ¡Qué bueno es veros juntos!

Me confesó antes de casarme. No salió de él, yo se lo pedí, y fue la primera vez que conté a alguien mi paso por el gulag. No todo por supuesto, pero sí parte de ello. Me escuchó en silencio y su absolución fue un acto

piadoso ante mis actos motivados por los crímenes de otros.

—En realidad, ya estáis casados —dijo sonriendo cuando nos colocamos delante de él—. Por lo menos, ante los hombres, ya que sois oficialmente matrimonio desde 1943. Pero os agradezco que hayáis venido a confirmar el voto ante Dios.

Elevó la mano al cielo para officiar nuestra boda. Allí nos casó realmente, con Villa, su mujer y Laura como testigos. No hicimos papeles ni hubo firmas, ya que en los papeles figuraba la catedral de Riga como lugar de nuestra boda, pero fue allí en aquella sacristía frente a una imagen de la Virgen, donde nos dimos el sí quiero y prometimos en voz alta lo que ya nos habíamos prometido muchas veces el uno al otro, vivir juntos y protegernos toda la vida.

## 32. Dos familias

### Adeje, sur de Tenerife, julio de 1954

Construían una carretera a golpe de pico y pala por las laderas de las montañas. Estaba muy avanzada, era ancha y, según me dijo Quintín el de la Sindical, pronto la terminarían, incluso podrían empicharla si quisieran. Me enumeró la treintena de coches que había en los tres pueblos de la comarca.

—Mucho coche ya para no tener una carretera sin empichar —dijo tras sus gafas de hombre serio, jefe del Sindicato Vertical en el municipio.

Miré hacia Bosem y Laura que, sentadas a mi lado, miraban fascinadas el paisaje agreste, casi virgen, del sur de Tenerife. Llevábamos cinco horas de trayecto en aquel Chrysler propiedad de Manuel, el hijo de Eduardo, un chico al que conocía como un niño cuando dejé el pueblo y ahora se ganaba la vida llevando y trayendo a la gente por aquellas tortuosas carreteras de Tenerife. Quintín me explicaba todo lo que había avanzado la luz y el teléfono en el pueblo y en la zona.

—Todo el pueblo estaba deseando que volvieras —dijo mirándome—. El alcalde quiso ir a Barcelona a recibirte, pero no pudo ser.

Agradecí mentalmente que no lo hubiera hecho. El último kilómetro pasaba cuando vi el letrero, una señal con el punto kilométrico y el nombre del pueblo. «¡Ya tenemos hasta señal!», dijo Manuel desde su puesto de conductor.

Cuando lo vi delante de mí, no me lo podía creer, la banda municipal estaba allí en plena calle Grande, con todo el pueblo alrededor. «Todos quieren recibirte», dijo Quintín sonriente mientras Manuel sonreía, obligándome a forzar la sonrisa. Miré a Bosem, pero ella y la niña miraban todo con aire divertido.

El alcalde abrió la puerta del coche cuando este paró totalmente. La banda tocaba *Soldadito español* a toda velocidad. Braulio, el hijo del guardia, era el nuevo alcalde. Vestido con un traje chaqueta negro y peinado hacia atrás, me dio un abrazo. Era cuatro años mayor que yo y sabía que estuvo en la guerra, en el frente del Ebro. Un aplauso general, miradas de curiosidad, la banda tocaba *Ganando barlovento* a la misma vertiginosa velocidad, Bosem y

Laura bajaban del coche, miradas escrutadoras y cohetes que estallaban en el cielo nublado. Banderitas de España en las manos de los niños, hijos de los chicos de mi generación a los que yo no veía desde el 39.

El alcalde se apartó para mostrarme la nueva fachada del ayuntamiento. Asentí, para ver a mis padres. ¡Por fin! Caminaron cohibidos por la muchedumbre. Estaban mayores. Mi madre parecía más pequeña, con el pelo recogido en un moño y las canas mezclándose con el azabache de su juventud, su cara arrugada de años de preocupaciones y dolor. Cuando me besó, el alivio y la felicidad que transmitió se me contagiaron. Padre seguía con aquel bigote, esta vez blanco como su cabello, aún abundante en su cabeza, sus arrugas menos evidentes que las de mi madre, pero las que estaban por debajo de los ojos eran tan profundas como las lágrimas que había tenido que soltar en aquellos momentos en soledad, cuando le asaltaba la pena. Me abrazó con fuerza, pero con la timidez del que se siente observado.

—¿El abuelo?

—Te espera en casa.

—Pues vamos.

—No, espera a que termine esto.

El alcalde había preparado unos actos a los que asistí disimulando la irritación. Cuando descubrí la placa que llamaba a una calle Hermanos Durán González me sentí como un desagradecido por estar maldiciendo interiormente todo aquello. Vi cómo Bosem hablaba con mi madre y le presentaba a la niña, su nieta. Yo quería haberlo hecho, pero no pude, con tanta firma, tanto himno y tanta foto. Me borrarón del listado de la placa que nombraba a los caídos del pueblo. Habían esperado a que yo volviera para hacerlo, a pesar de que sabían que estaba vivo desde el 47, y oficialmente desde hacía un año. Pero bueno, supongo que no se fiaban. Lo cierto es que me mostraron cómo quitaban la placa con mi nombre entre los difuntos y ponían la nueva. Volvimos al ayuntamiento para firmar el acta que me nombraba hijo predilecto del pueblo.

Don Juan dio misa solemne en mi honor en aquel caluroso domingo. Había preparado hasta un baile aquella tarde. Pero yo pude escaparme de tanto abrazo y tanto reconocimiento con un «volvemos enseguida. Voy a saludar a mi abuelo y vuelvo». Cogí a mis padres, a Bosem y Laura para salir hacia mi casa. En la plaza la banda municipal tocaba *Banderita española* y las parejas bailaban en una plaza llena de guirnaldas de colores.

—Ya ha empezado el baile, así que cuando mojen el pico en el vino, se

olvidarán de mí —dije por lo bajo mientras nos metíamos por las calles del interior del pueblo. Mi madre sonrió.

—Yo les dije que a ti no te gustaban esas cosas, pero don Braulio es como su padre, que no le quita nadie una idea de la cabeza.

—No te preocupes, está bien. —Pensé en que mejor hubiera sido venir sin avisar.

La casa seguía como estaba, blanca, limpia, modesta, poco había cambiado desde que estuve allí con mi hermano en el 41. Caminé por ella rápido, atravesé la cocina y la puerta de los dormitorios para llegar al de mi abuelo. Allí estaba con mi tía Isabel que, sentada en una silla al lado de la cama, se levantó al verme. Sorprendida, me dio dos besos mientras yo veía al abuelo delgado y enfermo, muy enfermo, pero sus ojos fuertes y vivos. Me senté en la cama y lo abracé mientras él débilmente quería decirme algo, pero rompía a llorar como un niño.

—Abuelo —le dije cuando se calmó—, ella es Boses, es mi mujer. —El abuelo asintió moviendo la cabeza, intentando disimular la vergüenza porque lo habían visto llorar—. Y ella es Laura, es mi hija, tu bisnieta.

Laura se acercó para besar a mi abuelo, pero fue él quien la besó a ella, murmurando un «mi niña» que hizo a mi madre apretar la tela de su larga falda, intentando no llorar, mientras mi padre miraba sin ver, abstraído en algún recuerdo de nuestra infancia. Boses, con los ojos brillantes, me acarició la mano levemente y por un instante pensé que en aquel cuarto estaban mis dos hermanos perdidos en la guerra, que mirarían todo aquello con la misma emoción que sentíamos todos. Me imaginé que la familia estaba completa, que Candelaria entraba por la puerta con su marido y sus hijos, que Miguel y Antonio venían con ella, Miguel tendría su propia familia y Antonio con su santidad, que estaríamos todos juntos contándonos lo que habríamos hecho en todo aquel tiempo.

—La niña tiene que volver al colegio y Boses a su trabajo —le dije a mi madre mientras cenábamos aquella noche de mitad de agosto—. También yo tengo que estar en Madrid el día uno.

Madre asentía dándome la razón. Sabía que no podía retenerme, que era algo imposible que nos quedáramos en el pueblo.

—Se tienen que ir —dijo mi padre rotundo—. Es un viaje largo.

—¿Cómo es ese trabajo en Madrid? —preguntó madre.

—Es de pasante en el ministerio, me lo consiguió un camarada. —Comí



un poco de las lentejas de mi madre. A mi lado, Laura y Bosem escuchaban—. Pero será solo temporal. En realidad, quiero terminar la carrera de una vez e ingresar en la Escuela Diplomática.

—Bueno, si es algo seguro, agárralo bien e igual puedes pedir destino para aquí —dijo madre—, como hizo Fernando, el hijo de Venancio, que pidió destino y volvió al pueblo.

—De eso nada —dijo el abuelo mirándome con energía—. Ya te lo dije una vez, Santiago, vete y no vuelvas. Vive tu vida fuera de estas montañas, huye de aquí y no mires atrás. Tú, como tus hermanos, vales mucho para malgastar la vida en este pueblo, en esta tierra que te ahogará. Vete, ya no perteneces a este pueblo. No vivas aquí como un extraño añorando un mundo que es el tuyo, que te pertenece pero que no es este. Ni se te ocurra sentir pena cuando mañana te vayas, no pienses en nosotros para volver. No te coloques esa carga en los hombros, que nada te ata a este lugar.

Madre lo miró con reproche, pero padre se quedó callado y supe que él se había atado aquel pueblo en algún momento de su vida, tal vez cuando volvió de África, no lo sabía, pero su expresión era esa. Él había vuelto para quedarse anclado en aquel pueblo cuando pudo haber arriesgado, haberse subido a un barco para empezar en otro sitio.

Por la mañana nos despedimos. Supe que no volvería a ver al abuelo vivo y él lo sabía también cuando me dio aquel abrazo desde su cama. «No te vayas sin despedirte», me había dicho antes de acostarse la noche anterior. «Escribe, cuéntanos lo bien que te van las cosas, pero no vuelvas. Haz como tu hermana Candelaria». Madre y padre nos despidieron en la puerta. Les prometí que volvería a pasar algún verano, o tal vez las navidades, con ellos. «No nos olvides», dijo mi madre. Nos dijeron adiós y mientras el Chrysler de José Manuel se alejaba, supe que mi vida en aquel pueblo había quedado atrás definitivamente.

En Madrid Bosem se reincorporó a su puesto de enfermera jefa, Laura a su colegio y yo trabajé casi cuatro años como pasante en el Ministerio de la Gobernación mientras sacaba la carrera de Derecho que había dejado pendiente. Vivimos en el apartamento que ella tenía alquilado en el Camino de los Ingenieros. Fueron años que recuerdo con mucho cariño. Yo estudiaba toda la tarde al lado de Laura mientras ella hacía sus tareas. Por la noche, con Bosem en la intimidad de nuestra habitación, en aquel lugar sagrado que era nuestra cama, hacíamos planes para cuando terminara mis estudios.

En diciembre del 54 nació Antonio en el mismísimo hospital militar donde trabajaba Bosem y el piso se nos hizo muy pequeño. Aun así, aguantamos en aquel hogar, aunque ambos sabíamos que no duraría para siempre. En julio del año siguiente terminé mi carrera de Derecho que había comenzado en el año 40. Cosas de la vida, de la guerra y de Stalin. Bosem, Laura y el pequeño Antonio me esperaban cuando recogí las últimas calificaciones. Ingresé en la Escuela Diplomática.

A finales de enero de 1958, en un nevado Madrid, leí los resultados de los exámenes para el cuerpo de diplomáticos. Obtuve el tercer puesto a nivel nacional y un mes después me adjudicaron la sede de Naciones Unidas como destino. Una emocionada Bosem me abrazó cuando le dije que volvía a Nueva York en un mes.

Volamos en un vuelo de Iberia hacia la ciudad, hacia el país en el que viviríamos hasta 1986. Nueva York y Washington serían las ciudades que nos verían madurar. En la primera nació Miguel en el 58, nuestro tercer y último hijo, en la segunda vivimos veinte años. En ella aún vive Laura, que hoy es profesora de medicina en Georgetown. Antonio estudió Químicas para dedicarse al mundo del petróleo y vivir a caballo entre Dallas y Los Ángeles, mientras Miguel volvió a España a finales de los setenta para dedicarse al cine. Nunca entendí que eligiera esa profesión y tampoco que se marchara del país del cine para irse a España, pero no puedo criticarle, ya que ha tenido mucho éxito en todo lo que ha hecho. Los tres me han dado unos nietos maravillosos que han llenado mi vida con su presencia y sus logros.

### 33. Madurez

Nueva York, 1964

Louis Prima y su orquesta estaban en el Roseland en Broadway con la Cincuenta y uno aquel sábado de mayo. La gran sala de baile estaba llena de parejas maduras que aún disfrutaban del *jazz* y del *swing*, mientras el mundo giraba en torno a Elvis, los Beatles y Dylan. La iluminación de tonos naranjas y rojizos daba un aire de intimidad y calidez a la sala *art déco* donde cuatrocientas personas habían decidido ir a bailar los acordes cadenciosos de aquel *jazz* que tanto amaban.

—Y ahora, damas y caballeros, queridos amigos —dijo Louis Prima con ese acento tan agradable que tenía de Nueva Orleans—, un éxito que es ya un clásico. ¡*Twilight time!*

La gente aplaudió y se preparó para bailarla. Sonó la trompeta de Prima. Bosem y yo movimos los pies para bailar aquella balada llena de íntima sensualidad. Notaba su cuerpo pegado al mío. Me miraba a los ojos como siempre hacía cuando bailábamos.

—Me encanta cuando te pones ese vestido, me gusta verte los hombros.

—Y a mí me encanta cómo te quedan los trajes y las corbatas.

—Qué guapa estás siempre.

—No siempre, solo para ti.

Bailamos pegados, deseándonos, queriéndonos como habíamos hecho siempre y como haríamos en el futuro. La música nos llevaba a besarnos a querernos, nuestros amigos nos decían que parecíamos recién casados, pero es que nos habían robado diez años de nuestras vidas y teníamos que recuperarlos.

—Tenemos que volver —me dijo al oído—. Es tarde.

Cogimos un taxi en la misma puerta del Roseland para que nos llevara hasta Tribeca, la zona de Manhattan donde vivíamos. Manhattan estaba iluminada. Los cines, los teatros, los restaurantes, todo estaba vivo. Adorábamos aquella ciudad. Los rascacielos como vigilantes de toda aquella urbe. Bajamos en la esquina para caminar hasta la mitad de la calle donde

estaba nuestro edificio. De un pequeño restaurante italiano llevado por unos chicos jóvenes nos llegaba el *Can't help falling in love* cantado por Elvis.

—Espera —dijo ella—. Quiero oírla.

Los niños, Antonio y Miguel, estaban al cuidado de Laura, que ya tenía veinte años. No había prisa por esa parte. Ella me abrazó. La calle estaba solitaria, tranquila, iluminada. Movimos los pies en un pequeño baile bajo aquella farola, mientras la música parecía más fuerte. Bailamos como lo que éramos, una pareja de cuarentones enamorados, hasta que la canción terminó.

—Este es el lugar limpio y bonito que deseamos siempre —le dije.

—Sí —dijo con un tono de emoción que me hizo abrazarla aún más—. Este es el sitio en el cual podría volver contigo a casa y no tener miedo a la guerra ni a que nos persiguieran.

Subimos a casa en aquel ascensor forrado de madera para llegar a nuestro apartamento de largos pasillos con alfombra. La gruesa puerta se abrió, oíamos la tranquilidad del sueño de los chicos. Laura en su habitación leía un ejemplar de *Peyton Place* y los Beatles sonaban bajito en su tocadiscos. Nos saludó con una sonrisa y un todo bien. Antonio con diez años y Miguel con ocho dormían en su habitación, bajo pósteres del oso Yogui, fotografías de estrellas del béisbol y pijamas de Bonanza. Los miramos durante unos instantes.

—Este y no otro es nuestro gran éxito —dije bajito a su oído pegándome a su cuerpo, que me parecía cada vez más turgente—. Esto y nada más. Esa chica inteligente e independiente que lee en su habitación y estos dos niños que serán como ella cuando crezcan. —La besé.

—No los despiertes.

Puso la mano con suavidad en mi boca para bajarla con una larga caricia que acabó cogiendo mi mano y tiró de mí hacia nuestro dormitorio.

## 34. El abuelo

Madrid, 2014

Mario cerró el libro de su abuelo para pegar la frente a la portada, tenía frío y se sentía tremendamente emocionado, había llorado varias veces y ahora estaba agotado, nervioso. Le hubiera gustado seguir leyendo, saber más. Nunca había leído algo como aquello. Hasta ese instante su abuelo era un desconocido, una sombra de la que no sabía absolutamente nada. ¡Dios mío! ¡Qué vida! Se levantó de la cama para observar el libro cerrado, su portada modesta, sus espartanas letras de máquina de escribir. Lo colocó sobre su mesa de estudio. Tenía que devolvérselo a la tía, pero no sabía cómo reaccionar o qué decir cuando viera al abuelo.

Salió de su cuarto, necesitaba beber agua o comer algo. Era la madrugada del domingo. La puerta del baño se abrió para dejar salir a su padre.

—¿Qué haces levantado? —dijo Miguel medio dormido—. Acuéstate, que mañana tienes instituto.

—Papá —le dijo sin pensar que a las dos de la madrugada no era la hora mejor para decir aquello—, el abuelo tendría que ir a Rusia, a ese viaje al que lo invitan.

—¡Qué dices! —dijo Miguel malhumorado—. Anda y acuéstate, que el abuelo no se va a ninguna parte.

El desayuno estaba puesto y Mario desayunaba cuando Miguel llegó a sentarse a la mesa. Obdulia había salido al mercado e Isabel tenía una reunión en la editorial bastante temprano, ya desayunaría por el camino.

—Qué madrugador —le dijo el padre—. ¿Todo estudiado?

—No tenemos exámenes hasta dentro de tres semanas —dijo el chico comiendo sus cereales.

—Pues vaya excusa. —Miguel atacó el café que estaba como a él le gustaba, al estilo americano—. Desayuna tranquilo que te llevo al instituto.

Mario asintió, podía ir caminando, pero no se iba a quejar porque lo llevara y menos ese día que quería hablar con su padre.

El Mercedes salió del garaje a unas calles soleadas, llenas del tráfico propio de la capital. Los autobuses escolares frenaban el tráfico, pero los repartidores lo bloqueaban. El semáforo cambiaba a verde, pero el coche no podía moverse sin bloquear el cruce.

—Hubiera sido mejor para ti que fueras caminando —dijo con fastidio el padre.

—No te preocupes, todavía queda tiempo. —Mario miró por la ventana a un grupo de chicos en monopatín, conocía algunos. Luego volvió a mirar a su padre—. Papá, ¿en qué año murió la abuela Bosem?

—Hace cuatro años —dijo atendiendo al tráfico.

—¿Cuántos años tenía?

—Ochenta y seis.

—Era muy buena, ¿verdad?

—Sí, claro que lo era —dijo Miguel mirándolo sorprendido—. ¿Por qué haces esas preguntas ahora?

El chico no contestó, el instituto aparecía y su padre ya frenaba para parar en la misma puerta.

—Papá —dijo Mario tendiéndole el diario—, aquí está la razón por la que el abuelo Santiago tiene que ir a ese viaje.

—¡Ya estamos con esas otra vez! —dijo con poca paciencia.

—Aquí te lo explica. —Lo dejó en su asiento para, antes de cerrar la puerta, advertirle—: Léelo, pero no lo pierdas, que tengo que devolvérselo a tía Candelaria lo antes posible.

Cerró la puerta tras de sí. Miguel miró aquel libro para poner cara de fastidio. Pisó levemente el acelerador para volver al tráfico que lo llevaría a las oficinas de la productora.

Comprobó el correo electrónico. Solo tenía publicidad y mensajes ya contestados del día anterior cuando sonó el interfono de su secretaria.

—Don Miguel.

—Dime.

—Se está procediendo a cambiar el antivirus y los cortafuegos, por lo tanto, no funcionan ninguno de los accesos al banco de archivos, navegadores ni lectores.

—¡Anda! —dijo pensando en qué haría durante todo el día—. ¿Y hasta cuándo será eso?

—Me han comunicado desde Informática que hoy será imposible.

—Pues vaya, hombre.

Se levantó a mirar si la planta tenía agua, pensó en la locura de actividad que hubiera sido esto antes de internet, pero ahora se paraba el mundo. En fin, el libro electrónico venía a su rescate en aquel día de relax obligatorio. Abrió el maletín para sacarlo. Allí estaba el libro escrito por su padre con aquel encuadernado manual, cosido por él mismo, y las tapas de aquel cartón duro. Sabía que existía, porque su tía se lo había comentado alguna vez, pero nunca le había interesado el pasado de su padre, la guerra, los dos tíos muertos a los que solo conocía por fotos en sepia. De uno sabía que fue sacerdote y el otro legionario, pero nada más. Tampoco le interesaba su vida como embajador franquista. No es que le diera vergüenza, pero mejor evitarlo, en su profesión solo podría traerle problemas. Hizo el gesto para abrirlo, pero lo dejó donde estaba para ir a su mesa y encender el dispositivo electrónico donde tenía una biblioteca con cientos de posibles guiones sin leer. Se sentó para escoger uno de ellos al azar, pero mirando de reojo aquel libro cada vez que terminaba una secuencia.

No pudo concentrarse, apartó el libro electrónico, se levantó de un tirón, fue hacia el maletín, sacó el libro de su padre, lo llevó a su mesa, se sentó despacio para abrirlo con miedo a lo que contara allí.

## 35. El viaje

### Moscú

La salida del aeropuerto internacional de Moscú era como cualquier salida de cualquier aeropuerto internacional de cualquier urbe de más de diez millones de personas. Miguel no entendía ni media palabra de ruso, a pesar de que había estado en la capital rusa una veintena de veces, en festivales o certámenes de cine. Su padre estaba sentado en uno de los bancos metálicos de aquel aeropuerto mientras Mario ordenaba el carro para que las dos maletas no se cayeran. Iban a estar seis días en aquel país, así que todo hubiera cabido en una, pero Santiago dijo que de eso nada y trajo la suya. Sonó el vibrador del móvil, lo sacó del bolsillo de la chaqueta para mirar la pantalla. Una foto de Isabel parpadeaba.

—¿Dónde estáis?

—En Moscú, en el aeropuerto, esperando que venga el *transfer* para llevarnos al hotel.

—¿Ya habéis pasado los controles y todo eso?

—Sí, todo sin problemas.

—¿Y tu padre?

—Pues bien. Vino durmiendo las cinco horas, todo el vuelo. Espero que pueda dormir esta noche... Discutió con una azafata por no sé qué del agua.

—¿Qué hombre! Con la edad que tiene.

—Ya ves.

—¿Y Mario?

—Bien, se ha puesto a ver reportajes de historia todo el camino, ya sabes, la guerra y todo eso.

—¿Cuándo salís para Kazajistán?

—Mañana por la tarde. Llegaremos de noche y al día siguiente saldremos para el gulag, donde serán los actos y demás. Un día más de esparcimiento turístico. Al día siguiente pues lo mismo. Viaje a Moscú, noche aquí y después vuelta a Madrid.

—¿Has hablado con los de Recuperación?



—Tengo pensado llamarlos cuando lleguemos al hotel. En Kazajistán hay diferencia horaria, así que los llamo mañana.

—¿Te han dado seguridad?

—En Madrid me dijeron que con la localización es exacta será fácil.

—Ojalá. Lo vi muy ilusionado.

—Ya sabes cómo son esas cosas y han pasado muchos años.

Un coche paró en la puerta automática. Se bajó un individuo alto con cazadora de piel marrón, rubio, con el pelo largo echado hacia detrás, un cartel con el logo de Cosmovisión y escrito en letras mayúsculas con impresora «Familia Durán».

—Isabel, nos vienen a buscar, acaba de llegar el conductor. Te llamo esta noche o mañana.

—Vale, pasadlo bien. Un beso a tu padre y al chico.

Santiago caminaba despacio apoyado en un elegante bastón que le regaló Bosem un año antes de que Dios se la llevara. Observaba los monumentos de la plaza Roja, oía a la muchacha que servía de guía hablar sobre el tamaño de la plaza, tan enorme como el poderoso Kremlin en un costado, la antigüedad de la catedral de San Basilio, la altura e importancia de la torre Spasskaya, de la Iglesia Puerta Nueva y de la catedral de Kazán. Observaba maravillado toda aquella belleza.

—¿Estuviste por aquí, abuelo?

—No —dijo Santiago en su traje de chaqueta gris oscuro con su corbata negra. Hacía calor en aquel verano moscovita, pero se había negado a no llevar chaqueta y corbata—. Yo pasé por unas calles anchas, pero era zona residencial, no había monumentos cuando marchamos. Recuerdo verlos a lo lejos, pero no fue por aquí.

La plaza se abrió a ellos, descomunal, enorme. Cuando la mujer hablaba de las reformas que hizo Stalin para poder hacer sus desfiles militares, Mario miró con disimulo a su abuelo, pero no vio reacción en su cara, solo atendía.

—Papá —le dijo Miguel—, si estás cansado, me lo dices y nos sentamos.

—Estoy bien.

El mausoleo a Lenin estaba cerca.

—Está incluido en la visita —dijo la guía—, y por ser un grupo nos saltaremos la cola enorme que ven ustedes. Es una deferencia que hace con ustedes la Secretaría de Turismo del Ayuntamiento de Moscú. Por favor,

síganme. En el caso de que alguno se pierda, solo tiene que salir del mausoleo y esperar en este mismo lugar.

Todos se movieron. El grupo caminó siguiendo a la guía, pero Santiago se quedó en el mismo sitio, quieto como una estatua. Apoyado en el bastón, no iba a ir a ningún sitio.

—¿Papá? —le preguntó Miguel con un tono mitad intriga mitad queja.

—Id vosotros, yo espero aquí.

—Pero...

—Que no voy —dijo Santiago con tranquilidad—. A mí ahí dentro no se me ha perdido nada.

—¡Papá, por Dios! Nos hacen este detalle y les vas a hacer un feo.

—Me da igual. Yo ahí no entro. Id vosotros y saludad al asesino que construyó el sistema donde su sucesor me metió diez años preso.

—Yo tampoco voy, me quedo con él —dijo decidido Mario con la rebeldía propia de sus años.

—Está bien. —Miguel los miró a los dos. Los comprendía. No iba a decir nada más—. Esperaremos aquí. Voy a decírselo a la guía. Al menos, que lo sepa.

Media hora después subieron al autobús que los llevó por la ciudad. Santiago miró sin reconocer nada, la ciudad había cambiado mucho. La guía contaba la historia de las calles, de los museos, de la monumental Moscú. El tráfico era agotador, la avenida Novaya terminó para abrirse a una florida rotonda rodeada por anchos edificios decimonónicos de siete u ocho plantas con vivos colores. Era un lugar bonito para una foto. Iban a parar. Santiago se llevó las manos a la cara, como activadas por un resorte, cerró los ojos para apretarlos. Mario, sentado en el lado del pasillo, tocó a su padre para que observara el cuerpo casi encogido del abuelo.

—¿Estás bien, papá? —le preguntó preocupado—. ¿Qué pasa?

—Este edificio de aquí —dijo la guía por el micrófono— es la temida Lubyanka.

Las manos de Santiago temblaron, los ojos se le abrieron llenos de angustia. Su hijo y su nieto lo miraron callados, le preguntaron si estaba bien. Su mente no estaba allí, había vuelto a aquellos terribles días de los catorce meses que fue torturado en aquel edificio. Era tan vívido que solo volvió cuando su hijo y su nieto lo abrazaron.

—Fue horrible —musitó mientras lo abrazaban—. No dejes que me

metan ahí de nuevo.

Miguel no recordó la última vez que había abrazado a su padre ni cuándo lo había besado en la mejilla como acababa de hacer ahora. Pensó que no deberían haber venido, había leído el libro y al fin conocía la peripecia vital de sus padres. De su madre judía alemana a la que tanto quiso, con la que tantas confidencias tuvo y que tanto intentó que el eterno enfrentamiento con su padre no fuera definitivo ni tan grande que no se pudiera tender un puente.

Por un instante Mario no supo qué hacer. Se quedó quieto viendo cómo el abrazo de su padre calmaba al abuelo, que dejaba de temblar y las lágrimas liberadoras le caían por los ojos enrojecidos. Los abrazó a los dos. A su abuelo, que ya no era una sombra a la que no conocía, y su padre, que volvía a ser el hombre que conoció en su infancia y al cual los años habían difuminado.

## 36. Miguel

### Karagandá

Sary Arka estaba iluminado en aquel anochecer lento y agradable de la estepa central de Asia. El avión de Aeroflot aterrizó a las nueve menos cuarto en el moderno aeropuerto, no tan pequeño como Miguel había pensado.

—¿Son tres horas más que en Moscú? —preguntó Mario mientras caminaban por los pasillos del avión rumbo a la salida.

—Sí —dijo su padre cambiando su reloj de pulsera.

Santiago, callado entre los dos, no había parado de mirar por la ventanilla mientras aterrizaban, con la expresión pensativa de «¿seguro que esto es Karagandá?».

Tras el control de pasaportes y recoger las maletas en las cintas, un enviado de la embajada de España los estaba esperando.

—¡Señores, bienvenidos a Karagandá! —dijo un hombre de unos treinta y tantos años que se presentó como Enrique Rubio, trajeado, con el pelo marrón bien cortado—. Nuestro autobús es el blanco con una franja azul. Por favor, vayan subiendo. Nuestro conductor se llama Serik.

—Buenas tardes —dijo Serik con un deje cubano.

—Como comprobarán, habla perfectamente español. Así que no teman preguntarle cualquier cosa que necesiten.

Santiago miró alrededor, el atardecer era el mismo, pero por lo demás no supo dónde estaba. Las luces exteriores del aeropuerto se encendieron y subió al moderno autobús de marca japonesa. Su nieto se sentó con él. Cuando los pasajeros dejaron de subir, el conductor puso el vehículo en marcha. El agregado cultural de la embajada cogió el micrófono para explicar el horario y los actos del día siguiente. Él miró por la ventana para ver un anochecer que lo sobrecogió. El cielo se volvió naranja para pasar al violeta en un instante, con un sol enorme convertido en una naranja que desapareció despacio en el horizonte. La carretera rectilínea delante de ellos. Había media hora hasta la ciudad. Pero no estaban solos. Vio cómo un águila cruzó el cielo para caer en picado sobre la mano de un hombre a caballo.

—Mira —le dijo a su nieto.

Ambos observaron con asombro. Había una veintena de jinetes en la llanura que rodeaba la carretera, todos con sus sombreros de piel y sus ropas de colorido fieltro. Sus pieles marrones, sus ojos oblicuos. Galopaban tras un día de entrenar a sus águilas y a sus musculosos caballos.

Miguel los vio mirando, no pudo evitarlo y les sacó una foto con su móvil. Salieron ambos, su padre y su hijo juntos, absortos en el paisaje delante de ellos. Tenía cobertura, era débil, pero bastaría. Le envió la foto a Isabel con el texto: «Solo por esto valía la pena venir».

El Cosmonaut Hotel estaba a las afueras de la ciudad, moderno y cómodo, con muchos servicios. Sin duda Occidente sí había llegado hasta allí. Cuatro botones se lanzaron a coger y organizar las maletas para llevarlas a las habitaciones. Era un grupo de unas cincuenta y cinco personas, pocos ancianos, muchos familiares de antiguos presos, pero por el momento nadie había roto el hielo en aquella recepción donde un simpático empleado del hotel repartía las llaves, leyendo los apellidos con pronunciación inglesa.

—Señor Durán —dijo Enrique Rubio acercándose al anciano—, si necesita cualquier cosa, por pequeña que sea, solo tiene que decírmela.

—Por ahora todo bien —respondió Santiago—. Pero ¿está usted seguro de que esto es Karagandá? Yo estuve un año allí y esto no se parece nada.

—Bueno, sí —rio un instante—. El país ha cambiado mucho desde el 93 cuando se independizó. Desde entonces los recursos mineros ya no se los lleva Rusia, se quedan aquí y este país es muy rico.

La familia fue al comedor, donde cenaron en un copioso bufet. Viendo toda aquella comida expuesta, Santiago pensó en las raciones de sopa aguada, pan negro y té de hierbas que servían de almuerzo y cena. Vio cómo su nieto comía una hamburguesa de dos dedos de grosor y su hijo una sopa espesa llena de trozos de verdura. Su mente viajó a aquel día en la Kolymá, cuando cientos de mosquitos cayeron sobre su sopa y era tanta el hambre que se la comió con todos aquellos bichos dentro.

—«La estepa del hambre» llamaban a este lugar. —Bebió un poco del agua que le habían servido—. Me alegro de que ya no sea así.

—Papá, te noto cansado —le dijo Miguel.

—No, pero tampoco estoy como para ponerme a correr.

—Cenamos y subimos a la habitación —sentenció su hijo.

Una habitación de tres camas, grande, luces indirectas y bonitos cuadros

sobre el paisaje estepario, una pequeña sala con sillones muy cómodos, la vista a un pequeño bosquecillo que rodeaba el hotel. Era noche cerrada. Mario trasteaba en los canales de la televisión plana que estaba colgada en la pared hasta que se aburrió y la apagó. Él era de la era de internet, la televisión era solo un accesorio. Su abuelo salió del baño en pijama para sentarse en uno de los sillones.

—¿Me traes agua para las pastillas? —Tenía en las manos un neceser del que sacó un pastillero con las que tenía que tomarse cada día, tanto por la mañana como por la noche.

—Claro que sí. —El chico se levantó para ir al minibar, que estaba repleto de todo tipo de cosas. Palpó una botella, pero estaba fría. La dejó donde estaba al ver otra junto a la cama.

El abuelo se sirvió el agua en un vaso y tomó sus siete pastillas. Cerró el pastillero para guardar el neceser. En el baño oyeron la afeitadora eléctrica de Miguel.

—Abuelo.

—¿Qué?

—Traje esto —dijo Mario levantándose para ir a buscar en su mochila un sobre grande del que sacó otro más pequeño. Volvió con su abuelo, que lo reconoció nada más verlo.

—¿Cargaste con eso desde Madrid?

—Es que en Madrid siempre hay mucho jaleo, con los exámenes y eso.

—A ver.

—¿Quién era Simon Wiesenthal? —El chico señaló las cartas que estaban junto con el diario.

—Un austriaco que se dedicó a perseguir nazis hasta hace poco que murió. Yo le mandé varias cartas informándole sobre varios que conocía que eran ministros y altos jefes en la Alemania comunista, sobre todo.

—¿Ott?

—Sí, ese bastardo el primero de todos —dijo el anciano con rabia—. Pero me dio pocas esperanzas, ya que los comunistas los tapaban muy bien creándoles vidas paralelas. Además, su máquina de propaganda y de «negarlo todo» convertía a las víctimas en criminales. Cuando Ott murió a finales de los sesenta, pues se cerró el asunto.

—¿Y a Turión Albertos?

—Bueno, nunca di con él, ni con Pulgar. —Miró con cara de resignación

—. Sé que vivieron muy bien en la URSS, y que incluso Turión volvió para morir en España en los ochenta, donde los comunistas le hicieron un homenaje y todo. No sé si le habrán puesto una calle en algún sitio, algo leí de que se la querían poner. —Rio con fatalismo, pero sin resentimiento, los años y la felicidad de su vida le habían permitido dejar de odiar, de buscar venganza. Eso hacía mucho que había pasado.

El chico asintió para sacar una de las fotos donde aparecían un centenar de soldados con uniforme alemán.

—Esta es de Grafenwoehr —dijo Santiago con una sonrisa—. Salimos todos. ¡Qué jóvenes éramos! A ver esa. —Cogió otra donde salía un pequeño grupo al lado de un muñeco de nieve—. Esta fue de antes de que nos quedáramos cercados en Possad. Mira a Mogán aquí. Qué cara de buenazo tenía. ¡Pobre muchacho! ¡Ir tan lejos a morir tan joven! Y Morcón al lado de Carballo. Siempre le hacía bromas al murciano, pero eran muy buenos amigos. Siempre dije que quien no quería a Morcón es que era un mal bicho. —Santiago le iba pasando fotos—. Qué joven está Palacios en esa foto. Y mira a tu tío abuelo ahí. Se ponía tan serio en las fotos que parecía que el fotógrafo le debía dinero. El de al lado es Salamanca. —Sonrieron divertidos—. Este es Carrasco, que volvió en una silla de ruedas. Iba para torero, pero la guerra es cruel. Estos son Oroquieta y Rosaleny. Yo en medio de esos dos grandes.

—¿Qué fue de Carrasco y de tus amigos? ¿Volviste a verlos después?

—Sé que Carrasco se dedicó a la cría de toros de lidia y fue un gran promotor de toros. Sí, de esos que se sentaban con el sombrero y el puro al lado del gobernador general en las plazas de toros. A casi todos me los encontraba cuando volvía a España y pasaba por el local la Hermandad, pero eso era muy de vez en cuando. Pude ir a algunas reuniones a nivel nacional, donde se hacía un almuerzo y los veía.

—¿Qué fue de ellos?

—Martín Carballo —dijo señalando en una foto de grupo— se dedicó a la construcción y le fue muy bien. Se casó y formó una familia. Murió hace ya diez años. No cambió nunca, siempre haciendo bromas y chanzas. —Se puso las gruesas gafas para señalar a uno con pinta de funcionario atolondrado—. Diego Bazaga se quedó en Madrid para montar una tienda de antigüedades que, como él, aún vive. Se casó con una Miss España y todo, una chica de misa diaria, no te vayas a creer.

—¿Vive todavía?

—¡Joder, claro! Si nos vemos mucho en Madrid. Todas las semanas quedamos para jugar a las cartas y charlar un rato —sonrió sarcástico Santiago—. Algunos no nos hemos muerto todavía.

—Claro. —Mario puso cara de pesar—. ¿Y cómo es que no vino?

—Me dijo que venía, pero no lo vi ni ayer en Rusia ni antes en el grupo.

—Bueno, el de la embajada dijo que había otra parte del grupo en otro hotel.

—Pues igual.

—Marcos González o «Villa», como lo llamábamos desde el cuartel en Madrid —le enseñó la foto de un chico fumando una enorme pipa, vestido con el uniforme de auxiliar médico— llegó a ser procurador en Cortes —y añadió ante la extrañeza del chico—, que es como ahora diputado del Parlamento. Pero también fue secretario del Ministerio, incluso se rumoreó para ministro, o sea, todo un pez gordo. Murió en el 99. Fue un gran amigo al que le debí muchísimo siempre, por todo lo que me ayudó y lo bien que se portó con tu abuela.

Rebuscó en las fotos, mirándolas como si eligiera con indecisión un plato de la carta.

—Aquí tienes a Bernardo Rosales. —Era una foto de unos jóvenes descargando un camión. Señaló al más mayor, que tenía el pelo con entradas y sonrisa de lobo—. Lo conocí de verdad en el gulag, porque en la guerra me caía como beber agua salada. Le perdí la pista y no supe mucho hasta que un día lo encontré en una comida. Nos contó que emigró a Venezuela y que ahora tenía un restaurante en Mieres, pero igual que apareció desapareció.

—¿Este es Browazky?

—Sí, él siguió en el ejército. Silva lo reclutó para el servicio de Inteligencia, donde hizo carrera. —Miró el rostro que marcaba su nieto—. Ese es James Irlanda. Mira su altura, nos sacaba una cabeza y media a todos. Mi hermano decía que cuando Irlanda daba un puñetazo era como si todo Dublín lo diera con él. Se quedó en Barcelona, con su familia, como no podía ser de otra manera, y se dedicó a la importación de bebidas. La última vez que lo vi en la cena del 2003 estaba muy malito y cansado. Se fue tranquilo y les dejó a sus hijos una buena empresa.

—¿Y Santillana?

—Al no ser divisionario pues no lo veía en las comidas de la Hermandad, pero siempre nos enviábamos una tarjeta en Navidad, y en Año



Nuevo nos llamábamos, incluso desde Estados Unidos. Hablábamos un rato, nos preguntábamos por la familia y demás. Sé que trabajó con su cuñado hasta que un día decidió irse a vivir al norte. Creo que tuvo malas noticias de los médicos y decidió vivir en algún lugar bonito. Su hermana me contó que se fue a Santander, que allí conoció a su mujer a la que perdió en la guerra. Creo que quiso ir al sitio donde había sido feliz. Murió en el 82.

Mario quedó callado mirándolo, sus ojos parecían tristes.

—¿Decepcionado?

—No, es que casi todos están muertos. —Miró las fotos donde aparecían hombres jóvenes de caras dispuestas, ojos vivaces. En muchas, sonrisas, en otras, miradas resueltas de veinteañeros con toda la vida por delante.

—Pues todos vivieron sus vidas de forma intensa y pasaron por este mundo dejando la huella que pudieron dejar. No hay mucho que contar, es lo mismo desde que la tierra da vueltas. Fueron a una guerra como tantos otros antes y otros muchos después. Se vive y se muere. Ellos vivieron y murieron, lo mismo que me va a pasar a mí.

Mario abrazó a su abuelo. Sabía lo que le estaba diciendo, tenía quince años, pero en ese momento era consciente de la mortalidad de aquel hombre.

—No te preocupes —Santiago le acarició la cabeza—, que eso nunca se sabe. Vamos, que todavía sigo vivo.

El muchacho se separó para sonarse con un pañuelo de papel que le tendió su abuelo.

—Mario —lo miró fijamente a los ojos, tanto que el chico se sintió cohibido durante un instante—, te voy a dar un consejo que me dio tu tatarabuelo hace ya casi setenta años. Si tienes la oportunidad de irte y ver mundo, vete. Sal de Madrid, rompe con todo y viaja, no te ates a nadie y menos ahora que puedes. Olvídate de esos amigos del colegio. Dentro de dos años ya no te acordarás de ellos. No lo pienses, no vivas con el cepo de cosas que no existen.

—Pero, abuelo...

—Si puedes ir al extranjero, vete, visítalo todo, conócelo todo. Estudia allí, en alguna de esas universidades tan buenas si es necesario.

—Eso también lo decía... —calló Mario mirando al suelo.

—¿Tu hermana? —Su abuelo hizo un gesto con la mano—. Ella no quería nada y lo quería todo. Quería ser una esclava, pero mandar. —El muchacho lo miró, incapaz de rebatirlo—. Se esclavizó a las drogas y a esos que le

metieron todo ese veneno en la cabeza, pero al mismo tiempo esclavizó a tus padres. Yo no te digo nada de lo que hizo ella. Te digo lo contrario. No te esclavices a nadie. Si tienes que marcharte, hazlo, no mires atrás, solo te debes a tus padres hasta que seas capaz de mantenerte por ti mismo. Olvídate de amigos, de novias y piensa en ti. —El chico asintió—. Hazme caso, piénsalo al menos y tenlo en cuenta.

—De acuerdo.

—¿Sabes?, siempre pienso en que debí haberme escapado con tu abuela aquel día en Riga, haberme subido a aquel barco. Pero no lo hice. Mi deber estaba con el ejército, sobreviví a Krasni Bor y cuando pude volver no lo hice. Me até a todos los fantasmas que volaban dentro de mi cabeza. Me hundí en aquel círculo vicioso. Mientras tenía la posibilidad de huir yo mismo nadaba hacia el torbellino que me llevó al gulag. Me colgué la piedra al cuello mientras la mujer de mi vida anhelaba mi vuelta. Sufrí lo indecible en los campos, pero ella sufrió lo suyo esperándome. —Miró a Mario, que lo miraba atentamente—. Yo viví cincuenta y cinco años con tu abuela, pero perdí diez que nunca recuperaré. No nades en círculos, no te ates a nada.

La puerta del baño se abrió, Miguel apareció recién afeitado y con un pijama largo puesto.

—Bueno, creo que es hora de acostarnos. Mañana a las siete y media hay que estar desayunando.

—Acostémonos entonces —dijo Santiago mientras su hijo le ayudó a levantarse.

Miguel apagó las luces cuando estaban todos acostados, había escuchado hablar a su padre desde el baño. Pensó en lo que había dicho durante un buen rato mientras oía el sueño profundo del chico y la duermevela irregular del anciano.

Se bajaron treinta minutos después de haber dejado el hotel. Habían atravesado una zona de estepa para llegar a aquel lugar donde se reproducía una zona del *lager* original de Karagandá. Bajaron del autobús en el paisaje de hierba alta y seca, de horizonte infinito. La brisa esteparia los golpeaba mientras el cielo nublado mostraba aquel paisaje como lo había conocido Santiago en su juventud.

En el *parking* antes de entrar se le acercó Bazaga, que venía con sus dos hijas en el otro grupo. Se dieron un abrazo. En Madrid vivían muy cerca y se veían muy a menudo.

—Somos los únicos que hemos vuelto —le dijo Diego Bazaga con tristeza—. Al menos si es que en tu grupo...

—No, en el mío solo hay familiares y algunos *niños de la guerra*, pero no los conozco.

—En fin —dijo mirando la entrada del recinto—, ya no quedamos casi ninguno.

—Ley de vida —afirmó Santiago quitando dramatismo—. Espera que te presente a mi nieto.

Mario le dio la mano, emocionado por conocer a quien hasta aquel momento había sido un personaje de un libro. Miguel lo conocía. Era uno de los amigos de su padre, dos viudos que iban a jugar al mus, a ver los partidos de fútbol o a recordar tiempos pasados en los bares de vejestorios. En ese momento no los vio así. Ambos con abrigos, silenciosos, expectantes ante lo que iban a ver.

—¿Has hablado con esa gente? —le preguntó Bazaga mientras caminaban hacia la entrada.

—Mi hijo los llamó antes de salir del hotel. Dicen que están en la zona, que cuando terminemos aquí, nos mandan un coche para llevarnos. Nos esperan allí.

—Pues voy contigo —dijo Bazaga dispuesto.

—Dalo por hecho.

Entraron en los edificios reconstruidos, vieron la sordidez del gulag, no dijeron ni una palabra, solo miraron aquellos pasillos siniestros, con maniqués vestidos con los uniformes raídos que llevaron ellos durante una década. Pasaron por los pasillos que llevaban a las celdas de castigo, las vigas de madera donde los colgaban para torturarlos, los cables que rozaban contra su piel llenos de electricidad, las tenazas con las que cortaban los dedos, las porras, los palos, los látigos, las habitaciones de cemento reforzado donde hacían los fusilamientos, los dibujos realizados por artistas presos donde reflejaban el horror absoluto, la tortura de hombres colgados de ganchos, las violaciones en masa donde participaban los guardias, las amputaciones de orejas, el hambre total donde cuerpos de piel y huesos morían a diario tirados en cualquier lado, los niños arrancados de sus madres para llevarlos a orfanatos a cientos de kilómetros donde morían en el camino o a los pocos meses, entre llantos no atendidos por nadie, los cuerpos tiritando cubiertos de harapos, los pies congelados por la ausencia de zapatos. El grupo

miraba en silencio, ya no había preguntas, solo miradas horrorizadas. Allí estaba delante de ellos todo lo que sus padres o abuelos les habían contado. Lo que alguna vez pensaron que eran exageraciones, «nadie puede ser tan malo» o «alguno sería bueno» pues lo tenían delante. Santiago y Diego con expresión seria. Sus ojos solo miraban, sus mentes los llevaban a los momentos donde ellos vieron eso o aquello.

Salieron al exterior. Atravesaron un pequeño corredor para entrar en una sala de exposiciones, llena de vitrinas y expositores, donde las caras de las víctimas del gulag los miraban desde la frialdad de sus fotografías de registro penitenciario, aquellas que les sacaron el mismo día de su detención, con el miedo en sus ojos y la esperanza de que la pesadilla durara poco.

—¡Abuelo! —dijo su nieto—. Mira.

Señalaba una foto ampliada que colgada en una columna. Era la que tuvo durante diez años en aquella carpeta amarilla que tantas veces le enseñaron en los gulags de aquella prisión infinita que para él se llamaba Rusia. A su lado en la otra columna estaba la de un joven y magullado Diego Bazaga, ambos con la misma mirada perdida, intentando no gritar de terror y conservar la dignidad. Vio cómo los ancianos del grupo miraban las fotos que de ellos habían colocado. La organización había querido homenajear a los que fueron de esa manera.

—Qué jóvenes éramos —dijo Bazaga—. Esa foto me la hicieron después de un simulacro de fusilamiento en una isba al norte de Krasni Bor.

—La mía me la sacaron en la Lubyanka nada más entrar —dijo Santiago tragando saliva—. Estaba asustado.

—Perdone —dijo un hombre de unos cincuenta años que venía con un chico de la edad de Mario—. Soy sobrino de un divisionario que estuvo prisionero en Karagandá. Estoy escribiendo su biografía, sé que estuvo en Krasni Bor y que fue capturado allí. Los he escuchado e igual ustedes lo conocieron.

—¿Cómo se llamaba? —dijeron los dos ancianos casi al mismo tiempo.

—José García. También lo llamaban...

—Voluntario —dijeron al mismo tiempo los dos hombres.

—Claro que lo conocíamos. Venga, aquí tiene una foto suya con nosotros —dijo Santiago para enseñarle a aquel hombre una foto en sepia que sacó de la mochila de Mario, donde cinco guripas mostraban una bandera de España delante de un tren—. Aquí nos tiene. Este es su tío abuelo, este soy yo, y este

aquí mi camarada, estos otros dos son Carballo y Villa, dos héroes de la División.

El hombre se emocionó al ver la foto. No conoció a su tío abuelo, pero había investigado tanto sobre él que era como si lo conociese. Se mostró muy agradecido cuando Santiago le dijo «quédese» y Bazaga añadió «pase por el local de la Hermandad en Madrid y hablamos algún día. Nosotros solemos ir cuando hay partido de fútbol».

Continuaron el periplo por aquel museo. Los familiares se emocionaron al encontrar fotos de los suyos. Sacaron los móviles para llevarlas con ellos a España. «Para enseñársela a mi madre» o «ese era tu abuelo, mira qué joven estaba». La emotividad y las lágrimas llenaron a todos los que se encontraron con el lado humano de la sombra. Esas fotos inexpresivas, esos momentos congelados en el tiempo, eran los que habían vivido el horror visto en las otras partes del museo.

Salieron fuera. El cielo se había despejado, la brisa refrescaba y los condujeron atravesando un pequeño prado al lugar donde se encontraban los monumentos memoriales. Estaban los presidentes de los gobiernos de Kazajistán y España, ministros junto con diversas autoridades. Hubo discursos, sonaron los himnos. El grupo escuchó en silencio hasta que todo terminó. Los periodistas se acercaron para preguntar a los supervivientes.

El cámara le dijo que ya no estaba grabando, la periodista le dio las gracias a Santiago, que se volvió a su alrededor para buscar a su hijo y a su nieto, que paseaban entre los monumentos que habían colocado decenas de países en honor a sus nacionales torturados en aquel lugar. Recordó a Aleksandr en un caluroso día de verano que pasaron juntos, cuando fue con Borem y los niños a visitarlo en su casa de Cavendish en Vermont, en septiembre del 76, donde vivía con su esposa Nastasha y sus tres hijos desde que lo expulsaron de la Unión Soviética, no solo por ganar el Nobel de Literatura, cosa que no le perdonaron jamás, sino por *Archipiélago Gulag*, aquel libro que le había enseñado una noche en Karabás, escrito en manteles, márgenes de periódicos, trozos de papeles, pieles de animales y retales de trapos. Recordó cuando lo vio a la venta en el escaparate de la Barnes and Noble de la Quinta Avenida. Nunca compró un libro con tanta ansiedad, ni lo leyó con tanta emoción.

—Señor —le dijo una chica de pelo rubio y ojos claros, tal vez de veinte años—. ¿Es usted Santiago Durán?

—Sí, señorita —respondió Santiago a la que parecía la portavoz de un grupo de chicas y chicos jóvenes y varios más maduros. Parecía una familia que lo miraba con una sonrisa en la boca.

—¿Usted estuvo prisionero en Karagandá a lo largo de 1948? —La chica tenía un fuerte acento ruso, pero su español era muy fluido, como una maestra recitando la lección.

—Sí, señorita.

—Nosotros somos los nietos. Yo me llamo Irina. —Presentó a los más jóvenes uno por uno y a los más mayores después—. Como le digo somos los nietos de una prisionera española que estuvo en Karagandá durante el año 1947 hasta mitad del 48. Ella perteneció al grupo de niños que la República española evacuó entre 1937 y 1938.

—¿Nietos de Noelia? —dijo Santiago con la boca abierta.

—*Da!* —dijeron todos a coro—. Sí, el nombre de nuestra abuela y su apellido de soltera fue Noelia Mos.

—¡Dios mío! —dijo sonriendo—. ¿Qué fue de ella?

—Nuestra abuela murió hace dos años, rodeada de su familia.

—Mi más sentido pésame —dijo Santiago diciéndolo con el pesar sincero—. Pero ¿cómo fue su vida? ¿Volvió a Moscú?

—No, a ella las autoridades le prohibieron acercarse a Moscú por ser enemiga del pueblo. La confinaron a vivir en Smolensk, donde permaneció toda su vida. Se casó con Alevkseï Kudelin, que es nuestro abuelo. Aunque en el año 93 sí que pudo visitar Moscú, incluso viajó a España a ver a sus antepasados españoles.

Charló con ellos sintiendo un pesar, que no demostró, por esa muchacha que no pudo cumplir su sueño de casarse con el hombre que amaba en el paraíso comunista que solo existía en su deseo de no estar equivocada.

—Ella siempre lo nombraba a usted cuando nos hablaba de su paso por el gulag. Siempre decía que un español de ojos oscuros y pelo negro como el carbón la salvó de ser devorada por los criminales —dijo Irina traduciendo a uno de los nietos mayores que solo hablaba ruso, idioma que Santiago hablaba perfectamente, pero no quiso interrumpir a la muchacha.

Después de presentarles a Santiago y Miguel se despidieron. Los actos continuaban.

—¿Quiénes eran? —le dijo Miguel.

—Los vivos que aún recuerdan a los muertos.

Volvieron a Karagandá para la comida que daba el gobierno kazajo a los españoles. Fue larga e intensa, con mucha emoción, sobre todo para los familiares. Santiago y Bazaga charlaron con los otros ancianos, comentaron anécdotas sin entrar detalles horribles para no estropear aquel almuerzo.

—Papá, ya está el taxi ahí fuera —le dijo Miguel.

—Pues vámonos. —A Santiago se le puso un nudo en la garganta, pero lo disimuló—. Diego viene con nosotros.

—Es un taxi grande. Supongo que sus hijas querrán venir.

Los seis se montaron en el coche que esperaba en la puerta de aquel lujoso restaurante para atravesar una bonita ciudad llena de rascacielos, parques, centros comerciales donde se vendía de todo. Pasaron por delante de mezquitas, sinagogas y la catedral de la Virgen de Fátima, construida gracias a las donaciones de millones de europeos descendientes de antiguos prisioneros del gulag. Vieron la enorme diversidad étnica de Karagandá. Personas de muchas razas y etnias paseaban por las calles arboladas y limpias. Hijos, nietos y bisnietos de aquel gigantesco campo de concentración que fue aquella ciudad.

El taxi recorrió la misma carretera que ellos habían transitado aquella mañana. Parecía que volvían al memorial, pero esta vez cogió una carretera paralela que se desviaba un kilómetro y medio. Dos hombres maduros, cincuentones, vestidos con ropa sacada de una tienda de caza y pesca, ambos españoles, que los esperaban cuando bajaron.

—Por sus indicaciones, don Santiago, creemos haber localizado la tumba en esta zona —dijo uno de ellos con un sombrero color marrón claro mientras caminaban la centena de metros que los separaba del lugar donde se encontraban esperando cuatro kazajos alrededor de un camión y una pequeña excavadora—, aunque esta parte fue una inmensa fosa común. Es muy extraño encontrar una tumba individual —señalaba hacia la posición de una arboleda a un par de kilómetros—, pero como le dije a su hijo por teléfono, nos hemos basado en esa misma rareza para dar con este enterramiento basándonos en los datos aportados por usted. No hay otra tumba en al menos cuatro kilómetros.

Santiago caminaba nervioso.

—Tiene que ser aquí —dijo el otro con gafas de sol y aspecto enérgico—. Por su descripción, es lo más similar.

Santiago miró alrededor. Todo parecía muy cambiado. No reconoció nada. No había ningún referente, salvo el paisaje. La llanura era la misma que

vio hace más de sesenta años, cuando enterró a su hermano. Miró a Diego, que afirmó con la cabeza. Su nieto miró todo atentamente, buscando las referencias que recuerda del libro. El grupo de kazajos los miraban en silencio, hombres jóvenes de varias razas, vestidos con monos de obra. Permanecían expectantes mientras sujetaban sus palas y picos.

—No podremos saber si es su hermano el que está enterrado hasta que no cavemos. —El capataz miró al grupo de kazajos—. *Osinda!*

Los hombres elevaron sus palas y picos y con mucho cuidado comenzaron a abrir la tierra. Golpes en la tierra seca, nubes de polvo, montones de arena que fueron retirados por las palas hasta que alguien dijo «*biik!*» para cambiar por otras herramientas más pequeñas que movieron con destreza. Ágiles, retiraron más tierra. Apareció una forma. Era un cuerpo metido en un sudario acartonado por las décadas. Santiago no pudo evitarlo, se tambaleó para apoyarse en su amigo Diego Bazaga, al que le llozan los ojos. Él fue uno de los que lo enterraron, junto con aquellos chicos que ahora estaban todos muertos.

Un cepillo retiró la fina capa de tierra que quedaba sobre la sábana, que se resquebrajó con el simple roce, descomponiéndose en una mezcla de espeso polvo y volutas de fibra. El sudario desapareció poco a poco, las botas quedaron a la vista. Santiago lloró abiertamente y se aferró a su nieto, que lo abrazó. El cuerpo de Miguel estaba descubierto. Los restos de su uniforme penitenciario fueron separados por aquellos hombres que introdujeron con cuidado los huesos en una bolsa verde con asas.

—¡Miguel Durán González! —gritó Diego Bazaga mientras se cuadró haciendo el saludo militar.

—¡Presente! —respondió Santiago con lágrimas en los ojos, pero enérgico, en posición de firme y saludando militarmente.

Los hombres cerraron la bolsa de interior hermético y pasaron la cremallera exterior. Miguel cogió la bolsa por las asas para dársela a su padre, que la abrazó.

—Hermano, por fin te he venido a buscar para llevarte a casa —dijo Santiago mirando la bolsa y haciendo que la emoción les llegara a todos.

Su nieto lo abrazó fuertemente para llorar sobre su pecho. Miguel abrazó a su padre. Las tres generaciones de los Durán se fundieron en aquel momento que viajó muy lejos. A un lugar perdido en un bosque congelado donde Santiago, de rodillas con una pistola en la boca, vio a sus hermanos. El abuelo



abrazado por su hijo, y su nieto elevó la cabeza al cielo para ver aquella estepa gigantesca de nubes y claros, y sentir el viento en su cara. Su misión había terminado, lo sabía, pero no diría nada. Ya podría irse tranquilo porque el círculo estaba completo.

Bazaga miró con lágrimas en los ojos para esperar el momento de abrazar a su amigo y acariciar con mucho afecto la bolsa con los restos de su camarada. Se sacaron unas fotos con los trabajadores, con los dos españoles de la asociación que recuperaba a los caídos enterrados en Rusia. Todo era muy intenso. Atardecía, pero el abuelo había dejado de llorar. Sus ojos estaban húmedos, pero no lloraba, solo abrazaba aquella bolsa y nada más.

Durante la vuelta todos lo miraban. Parecía iluminado, liberado. Sabía que tendría que dejarla en la caja fuerte del hotel y recogerla antes de marcharse hacia Moscú. Pero en ese momento estaban con él.

—Vuelves conmigo, Miguel —dijo mientras acariciaba aquella bolsa color verde oscuro con asas negras.

### 37. El círculo será irrompible.

—Hola.

—Hola —respondió Isabel al descolgar el móvil—. ¿Cómo ha ido todo?

—Bastante bien, la verdad —dijo Miguel desde la habitación del hotel—. Han encontrado el cuerpo, los restos más bien, y se los han entregado.

—Fenomenal. Tu padre estaba entusiasmado con eso.

—Sí, ha sido muy emocionante. Él estaba... —le costó describirlo— como nunca. Superemocionado, llorando. Coincidió con uno de sus camaradas, que también conoció a mi tío, y fue... no lo sé, lírico, como una poesía, como aquella película de John Ford de la trilogía de la caballería... El grupo al lado de la tumba, los dos veteranos, la inmensidad del paisaje, los abrazos.

—¿Están ahí contigo?

—No, los dejé abajo en el restaurante. Subí a dejar la mochila de Mario, la cámara y coger un jersey.

—Dale un beso a cada uno de mi parte y que disfrutéis el día de turismo de mañana.

—Sí, nos van a llevar a ver un parque nacional. A ver qué tal.

—Te quiero mucho, Miguel —dijo ella sentándose en una de las sillas de la cocina.

—Yo a ti también, Isabel.

El día había sido largo, pero sus cuerpos necesitaban relajarse para poder dormir, las emociones aún estaban vivas. Su día turístico en Kazajistán había sido bastante movido, con bosques, lagos y cetreros a caballo como los que habían visto desde el autobús en la llegada. Una excursión, los tres juntos, nunca habían hecho algo así. En aquella habitación, sentados en los sillones con la luz de las lámparas, los tres en pijama, Mario sacó de nuevo el sobre con las fotos, pero esta vez, para sorpresa de Santiago, no eran de su pasado de uniforme, no había fotos de guerra. Mario las puso sobre la mesa, desordenadas, muchas de ellas en color, otras en blanco y negro. Las movió como si fueran barajas en un tapete. Miguel miró con interés. En todas aparecían sus padres, en ninguna había tristeza, solo caras sonrientes.

—¿Esta? —Le tiende una, que Santiago miró detenidamente.

—Fue en Monument Valley —sonrió—. Estábamos de vacaciones y mira qué Chrysler me había comprado —lo señaló—. Un cochazo. Llevaríamos tres años en Estados Unidos. Bueno, pues aprovechando que por fin tenía coche propio, mi mes de vacaciones lo dedicamos a recorrer aquel país. Qué guapa estaba tu abuela. —La miró con dulzura. Llevaba uno de esos moños de principios de los sesenta y un bonito vestido blanco—. Cuando estuvimos en Arizona, los indios navajos pensaban que era una actriz que venía a salir en las películas que rodaban allí —rio.

—¿Y esta?

—Esa es más nueva. Fue en la Casa Blanca, en el mes de la herencia hispana. Ya estaba casi jubilado, pero el propio Reagan insistió en que fuéramos. En sus años de gobernador y de presidente, siempre tuvimos muy buenas relaciones. Tu abuela y yo bailamos en aquel salón de baile con aquella orquesta tan buena. Reagan, además de ser un caballero, tenía un gusto excelente por la música y por casi todo. Tu abuela contaba unos chistes... Más que chistes eran ironía, acidez... Dicen que los judíos tienen un sentido cómico insospechado. Yo no sé si todos lo tienen, pero tu abuela, cuando quería, era muy divertida. La veías tan alta y tan guapa que parecía fría, pero después era capaz de hacer llorar de la risa a cualquiera.

—Aquí se os ve muy contentos —dijo el muchacho tendiéndole otra.

—Esa es en Berlín. El muro había caído hacía unos meses. Fuimos en tren desde Madrid, parándonos donde nos parecía, desviándonos cuando queríamos. Tardamos en llegar a la capital de Alemania cerca de un mes. Pasábamos la noche en hoteles, a veces en pequeños pueblos, de aquí para allá. Éramos ya mayores, no te vayas a creer, ¡pero qué viaje fue aquel! —suspiró—. Ahí paseábamos por el Berlín oriental. Visitamos los barrios donde se crio ella, incluso pusimos flores en las tumbas de su madre y su hermana.

—¿Dónde es esta?

—Está fue en el 92, en Riga. Creo que éramos los primeros turistas que llegaban allí después de su independencia. Pero queríamos ir.

—¡Volvisteis a Riga! ¿Y los comunistas?

—Ya no estaban. Visitamos toda la ciudad, pasamos las navidades allí.

—¿Fuisteis a todos esos lugares que tanto recordabais?

—¡Sí! —dijo con un punto de emoción—. Ahí estábamos en el Teatro de la Ópera de Riga —dijo sonriendo—. Volvimos, sí que volvimos.

—Qué emocionante, abuelo —dijo el muchacho con la sensibilidad a flor de piel—. Se me acaba de poner la piel de gallina. ¿Y esta?

—Es en casa, en Madrid. Brindábamos en el día de Navidad del 91. En el televisor no se aprecia, pero se veía cómo la bandera de la URSS se arriaba en el Kremlin y se izaba la rusa. Fue una especie de fiesta de fin de año anticipada.

Pasaban las fotos de una vida juntos. Visitas a España, recepciones en el Pardo, las contadas escapadas a Tenerife a ver a sus padres, pero sobre todo la vida de ambos en América, su vida en Nueva York y más tarde en Washington, las vacaciones en Niágara, en Yellowstone, en Florida... Fotos con los niños en Disneylandia, en el lago Tahoe o en las secuoyas del parque Yosemite, aquellos días en las playas negras de Hawái... Salas de fiesta donde la orquesta de Xavier Cugat tocaba canciones de Cole Porter o Eydie Gormé cantaba con Los Panchos aquella maravilla de «y qué hiciste del amor que me juraste...».

—En esta sí que estáis jóvenes.

—Es la embajada en Washington. Me habían nombrado embajador e hice una recepción para celebrar el doce de octubre. Vino Kissinger y todo. Industriales, banqueros, intelectuales, pero los reyes fueron los actores de Hollywood. Si te fijas, detrás está John Wayne con su mujer Pilar, y por este lado Sinatra con Mia Farrow. —El anciano miró una de las fotos de estudio de Bosem. Salía muy guapa mirando a algún punto indeterminado. Santiago sabía que lo miraba a él mientras el fotógrafo sacaba la foto. No pudo evitar la emoción y una lágrima cayó rompiéndose en el cristal de sus gafas—. Pero era tu abuela la auténtica estrella. Repartía sonrisas a todos, derrochaba simpatía, se volcaba en las recepciones de la embajada. Era una mujer como no habrá otra, de las que rompen el molde. Era tan especial... de las que surgen una vez cada siglo. Lo que nunca entenderé es por qué decidió casarse conmigo.

—Igual es que tú eres un gigante —dijo Miguel mirando a su padre—. Igual es que tú eras el molde de aquella mujer. Un hombre como no habrá otro, de los que surgen uno cada siglo. Lo que nadie habría entendido es que conociéndoos como lo hicisteis, casi de forma accidental, no os hubierais casado, viviendo el uno para la otra, criando una familia tan bonita y haciendo tan felices a vuestros hijos como siempre lo hicisteis.

Santiago se levantó para abrazar a su hijo.

## Epílogo

### Entre Roma y Madrid, 2016.

El cielo azul de un caluroso mayo hacía que el sol calentara a los diez mil asistentes que, sentados o de pie, escuchaban la misa de beatificación en la plaza de San Pedro entre las columnas que marcaban aquel minúsculo país que era el Estado del Vaticano. La ceremonia se desarrollaba bajo las condiciones de una larga misa, llena de salmos y oraciones en latín, así como cánticos de gran belleza interpretados por el coro vaticano.

Mario, callado y serio, sentado junto a sus padres, cumplía diecisiete años ese día, pero no hubiera cambiado aquello por ninguna fiesta de cumpleaños, ni siquiera por pasar la tarde con su novia del instituto. Allí era donde quería estar, ya habría tiempo para fiestas en otro momento. Sus tíos y casi todos sus primos habían llegado de América hacía unos días a Madrid, donde habían visitado al abuelo en el hospital, para viajar con ellos a Roma. El abuelo estaba muy débil, muy enfermo, no había podido venir. Por eso no se quedarían en aquella ciudad a dormir. Tenían un vuelo de vuelta esa misma tarde. Aunque todo el mundo decía que «él nos enterraría a todos», nadie lo creía realmente. Tía Candelaria, sentada a su lado, se concentraba en la misa y mezclaba sentimientos, como la profunda culpa por haber dejado a Santiago en el hospital y la emoción por estar allí.

Mario observaba con curiosidad a la señora que estaba en la silla de ruedas con un enorme parasol. Se la había presentado un sacerdote del Vaticano, a él y a su familia hacía unas horas en los frescos pasillos marmóreos de la basílica. Tenía cien años por lo menos, pensó el muchacho intentando calcular su edad. Había venido desde Miami con su familia nada más conocer que se habían cumplido los trámites para la beatificación. Una de sus hijas les había dicho: «Cuando se enteró movió cielo y tierra para venir. No pudimos impedirselo». Sonrieron y saludaron a aquella mujer de ojos vivos y enérgicos a la cual habían querido fusilar en Madrid en julio de 1936, y ni una sola de las balas la había rozado. Quedó en pie y pudo volver a La Habana con Jorge, su prometido.

En una fila por detrás, vestido con un traje negro, estaba un hombre mayor, tal vez de la edad de su abuelo, pelo completamente blanco, encorvado, que respiraba de forma pesada y se notaba que hacía un gran esfuerzo por estar allí. A su lado sus cinco hijos con sus esposas, todos vestidos como el resto, traje oscuro. También los había conocido en la misma sala del Vaticano. Habían querido fusilarlo junto con su padre en el mismo parque del Retiro cuando los detuvieron en el cine donde trabajaban, pero ni a él ni a su querido padre las balas les habían rozado. Ambos sobrevivieron en pie a la primera y segunda andanada. Ahora estaba allí con sus descendientes esperando que el Papa nombrara al hombre que había intercedido a Dios para que los salvara. Su padre había muerto de forma natural en el año 80. «¡Cuánto le hubiera gustado estar aquí!», les había dicho entre lágrimas cuando se lo presentaron.

Mario sentía un escalofrío, los conocía por el libro de su abuelo. Ahora estaban allí delante de él, vivos y reales, demostrando a sus familias que todos ellos viven, aunque su destino era no hacerlo. Sintió la necesidad de llorar, pero la reprimió. Se concentró en la voz del Papa sonando por el micrófono. Llegó el momento.

—Con nuestra autoridad apostólica concedemos que el venerable siervo de Dios, Antonio Durán González, de ahora en adelante sea llamado Beato y que se pueda celebrar su fiesta en los lugares y según las reglas establecidas por el derecho cada año el 20 de julio.

Un lienzo blanco comenzó a retirarse de la fachada de la basílica. Era gigantesco, pero ascendió de forma ordenada hacia el interior del balcón donde colgaba para ir dejando a la vista un tapiz dorado, con un rico marco de flores tejidas. En medio, el retrato de un muchacho serio con gafas que mira al infinito, un chico que quería ser misionero, aunque otros le presagiaron un destino mayor en aquella Iglesia y no se equivocaron.

Candelaria lloró al ver a su hermano. Su hija, que llegó a Roma aquella misma mañana, le pidió que se sentara, pero ella no quiso, no pensaba estar sentada mientras sonaba el coro, la gente aplaudía y su hermano se convertía en Beato de la Iglesia, de la fe por la que dio y le quitaron su vida. Ahí estaba, victorioso, resurgiendo del olvido, mirándolos a todos con ese aire de chico tímido que ocultaba uno de los espíritus más fuertes al que se habían enfrentado hombres violentos y desalmados.

A dos mil kilómetros de allí, en una tranquila habitación de hospital,

Santiago veía en la televisión la imagen de su hermano en aquel enorme tapiz. Era la misma fotografía que la Iglesia le mandó a su madre cuando confirmaron su muerte en una carta, aquella imagen que siguió en su casa, colgada en un marquito negro, hasta que sus padres murieron en los años setenta y que Candelaria había conservado como oro en paño en un álbum de fotos. Observó a su hermano y tantos recuerdos le vinieron a la cabeza.

—Por favor, ¿podría apagar la tele? —le pidió a la enfermera, que estaba terminando de limpiar la habitación, antes de que se marchase—. Estoy muy cansado.

La mujer pulsó el botón del mando para apagar el aparato, bajó la persiana hasta que el brillo salvaje del sol del mediodía se transformó en tranquila penumbra. La mujer se marchó, no sin antes comprobar las constantes vitales en las pantallas que rodeaban la cama. Todo sin novedad.

Santiago miró unos instantes al techo de la habitación para recordar otro techo de hospital hacía mucho en Riga, cuando resucitó tras días de agonía. No quería pensar en eso, estaba muy cansado, solo quería cerrar los ojos, nada más.

¿Qué música era aquella? Era un clarinete que sonaba melodiosamente alto. Abrió los ojos extrañado para ver la habitación en penumbra. La música había desaparecido. Todo seguía igual, allí nadie tocaba nada. Los párpados se le volvieron a caer. Volvió a escuchar la música, el mismo clarinete sonaba, pero esta vez Santiago no abrió los ojos, solo escuchó aquello. Una orquesta acompañó al clarinete que daba paso a un saxofón. Tocaban *Beguine the Beguine* y no quería que dejara de sonar.

La alarma con su estridente sonido comenzó a sonar en aquellas máquinas que lo rodeaban, una intermitencia amarilla en las pantallas acompañó al molesto sonido. Pero Santiago no oía nada de aquello, ni tampoco cómo las enfermeras corrían para abrir la puerta de su habitación. No fue consciente de cómo lo sacaban para correr por los pasillos a reanimación. No oyó cómo su familia llegaba por la noche, directos del aeropuerto, para ver su cuerpo cubierto con una sábana blanca. No escuchaba nada de aquello.

Santiago se había levantado. Llevaba un traje color gris marengo, camisa blanca, una corbata de un azul negrísimo y finas rayas plateadas, pisacorbatas de plata, un pañuelo con un estampado a juego, zapatos de un negro brillante y sombrero de la misma tela del traje. Ya no estaba en el hospital. Hacía mucho que se había marchado, tanto que ya no se acordaba. Caminaba por un suelo de

parqué barnizado. Era como si siempre hubiera estado allí. Una sala de la que no veía las paredes, solo la iluminación íntima de las salas de baile de los años cuarenta.

Un camarero vestido con un esmoquin se le acercó con una bandeja con copas de champán. Él cogió dos. La música seguía sonando en un extremo de la sala donde veía a los músicos. Era toda una gran banda con su director llevando la melodía mientras tocaba un clarinete. ¿Era Artie Shaw? Sí, lo identificó sorprendido. El mismísimo Artie Shaw, que sonrió y le saludó desde el escenario. Algunas parejas bailaban diseminadas por aquella inmensidad de madera y *art decó* en los techos. Se acercó a la barra, donde un camarero con pajarita blanca le miró sonriente para guiñarle un ojo e indicarle con el dedo una dirección a la derecha. Devolvió la sonrisa y un gesto con las copas en las manos.

Allí estaba ella, con un ceñido traje negro que colgaba de sus hombros dejando su espalda descubierta. La melena larga, la piel clara, sus piernas con medias brillantes y zapatos de tacón. La orquesta se lanzó a los acordes nostálgicos y rítmicos de la canción cuando ella miró hacia él. Sus ojos se iluminaron al verlo y su expresión seria se llenó con una gran sonrisa, aquella que le había dedicado tantas veces durante tantos años.

Santiago se acercó para darle la copa, Boses la cogió mirándolo, bebió un largo sorbo sin quitarle la vista de encima para dejarla en la barra. Él hizo lo mismo para abrazarla. Sonrieron pegando sus cabezas para besarse. Su felicidad era infinita y la música embriagadora. Ellos estaban como siempre habían estado, juntos y enamorados.

—¿Bailamos?

—Por supuesto.

Y sus pies se deslizaron por aquella pista de baile.